IMMANUEL WALLERSTEIN

I

EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI



Traducción de
PILAR LÓPEZ MÁÑEZ



EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

I

La agricultura capitalista y los orígenes del la economía-mundo europea en el siglo xvi

por

IMMANUEL WALLERSTEIN



grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, méxico
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS
04310 MÉXICO, DF

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, C 1425 BUP,
BUENOS AIRES, ARGENTINA

salto de página
ALMAGRO 38, 28010,
MADRID, ESPAÑA

biblioteca nueva
ALMAGRO 38, 28010,
MADRID, ESPAÑA

anthropos
DIPUTACIÓN 266, BAJOS
BARCELONA, 08007 ESPAÑA

HC51
W3518
2011 Wallerstein, Immanuel Maurice
El moderno sistema mundial / por Immanuel Wallerstein. — 2ª ed. aum.
— México : Siglo XXI, 2011-
3 v.
Traducción de: *The modern world system*

Contenido: v. 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi / traductor Antonio Resines. – v. 2. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750 / traductor Pilar López Máñez. – v. 3. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850 / traductor Jesús Albores

ISBN-13: 978-607-03-0337-1 (volumen 1)

1. Historia económica – 1600-1750. 2. Europa – Condiciones económicas – Siglo XVII. 3. Sistema mercantil – Historia. I. Resines, Antonio, traductor. II. López Máñez, Pilar, traductora. III. Albores, Jesús, traductor. I. t.

primera edición en español, 1979
undécima reimpresión, 2007
segunda edición aumentada, nuevo prólogo, 2011

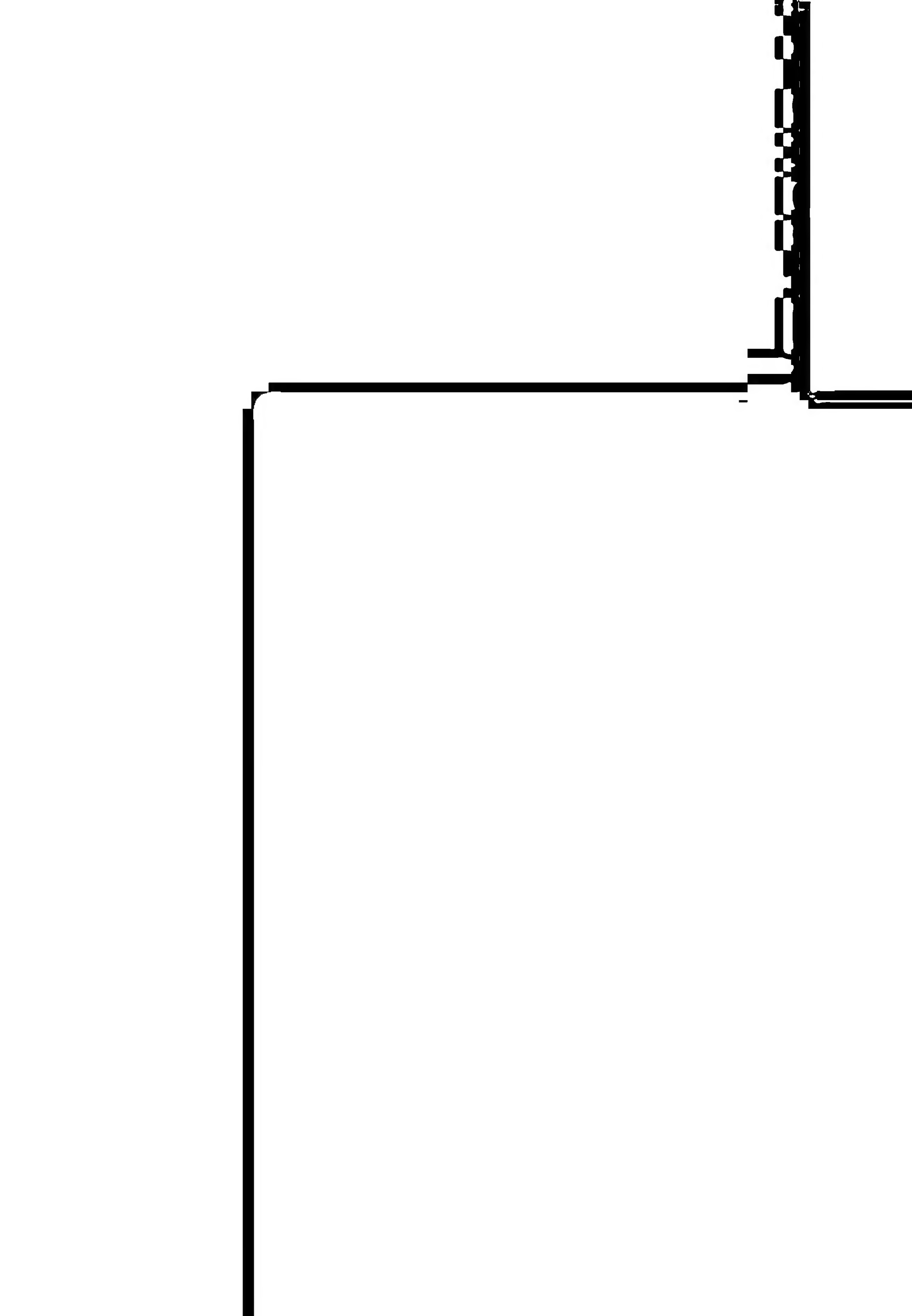
isbn 978-607-03-0333-3 (obra completa)
isbn 978-607-03-0337-1 (volumen 1)

primera edición en inglés, 1980

título original: *the modern world-system, capitalist agriculture and the origins of the european world-economy in the sisteenth century*

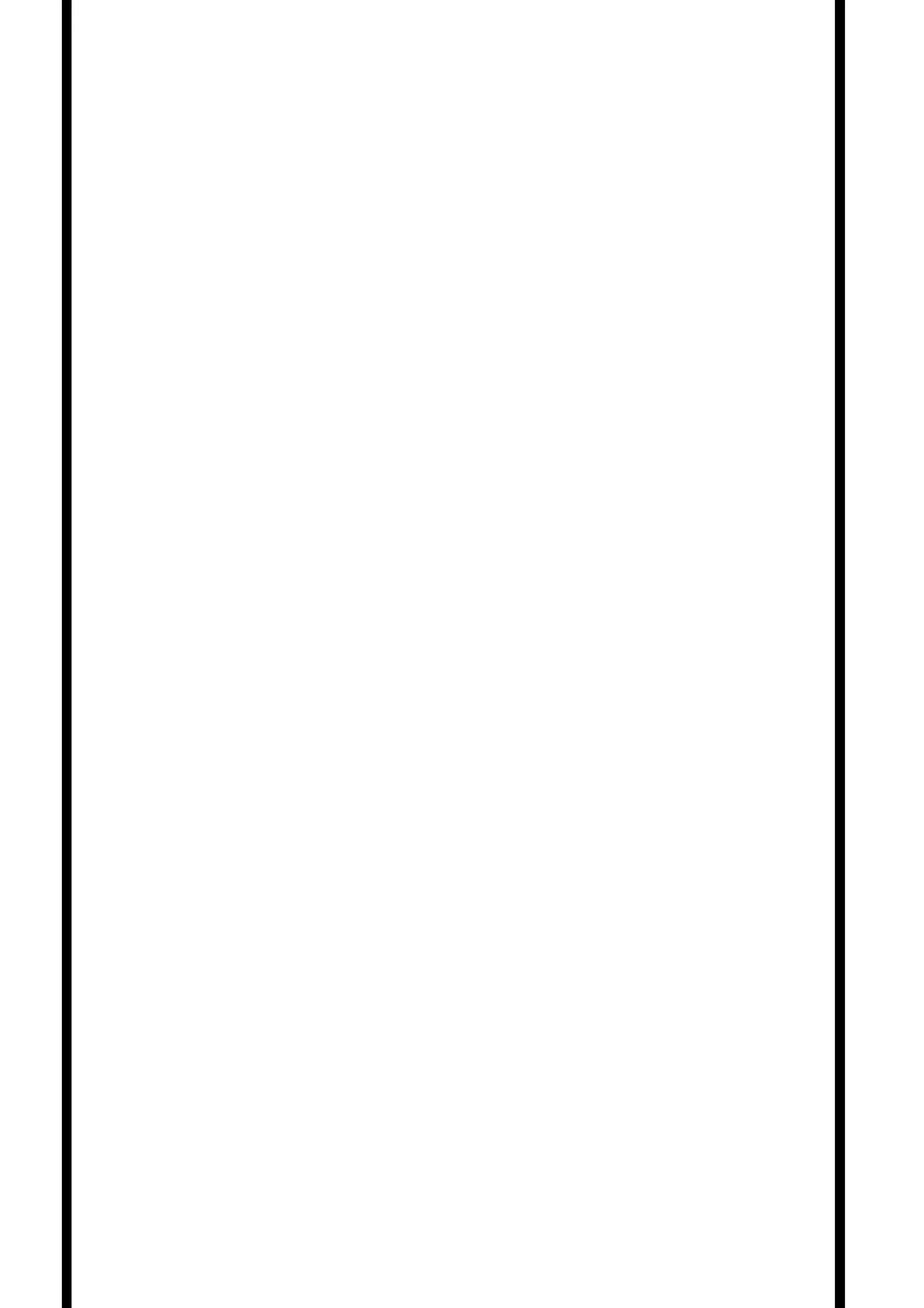
impreso en programas educativos, s.a.
calz. chabacano 65 local a
06850 méxico, d.f.

Para TKH





«Alegoría del comercio», grabado en madera de Jobst Amman (1539-1591), que vivió en Nuremberg y fue uno de los «Pequeños Maestros». Este detalle inferior ilustraba la casa de un mercader de Nuremberg, todavía un floreciente centro del comercio transeuropeo.



INDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2011*

El moderno sistema mundial se publicó en 1974. En realidad fue escrito en 1971-1972. Me costó bastante encontrar un editor. El libro trataba sobre el siglo XVI y se ocupaba de un tema prácticamente desconocido: una economía-mundo, deliberadamente escrita con guión. Era largo y tenía una cantidad considerable de notas al pie. Cuando apareció, un revisor no muy amistoso se quejó de que las notas trepaban por las páginas. Por fin Academic Press y quien era entonces su erudito asesor editorial, Charles Tilly, decidieron correr el riesgo de incluirlo en su nueva colección de ciencias sociales.

Cuando salió, su recepción sorprendió a todos, y muy en especial tanto al editor como el autor. Obtuvo reseñas favorables en el *New York Times Sunday Book Review* (en la primera plana) y en el *New York Review of Books*. En 1975 recibió el premio de la American Sociological Association a la mejor publicación erudita. En ese momento un gran reconocimiento era el premio Sorokin. Fue algo tan inesperado que yo ni siquiera estaba presente en la sesión en la que se lo anunció. El libro se tradujo rápidamente a una gran cantidad de otros idiomas. Se vendió notablemente bien por tratarse de una monografía académica. Desde todo punto de vista, era un éxito.

Pero también resultó, de inmediato, que era un libro sumamente controvertido. Recibió extraordinarios elogios pero fue sujeto asimismo de enérgicas denuncias, que provenían de muchos campos diferentes. Ahora, mientras escribo 37 años después de la publicación inicial, creo que vale la pena pasar revista a las críticas. ¿Cuáles eran sus fuentes? ¿Qué tal han sobrevivido? ¿Qué pienso hoy de la validez de las mismas? ¿Cómo influyeron esas críticas en los siguientes volúmenes?

Desde el primer momento tengo que señalar un subtexto particular de las críticas. Yo, por profesión, era sociólogo. Este li-

* Traducción de Victoria Schussheim.

bro les dio a muchos la impresión de ser una obra de historia económica. No se suponía, por lo menos no a principios de los setenta, que los sociólogos se interesasen por escribir respecto al siglo XVI o sobre temas de los que se ocupaban los historiadores de la economía. Por otro lado, los historiadores desconfiaban de los intrusos provenientes de otras disciplinas universitarias, sobre todo si se basaban, como hice yo, casi exclusivamente en las denominadas fuentes secundarias. Además, el libro se ocupaba, de manera central, de relaciones espaciales globales, y se suponía que ése era el dominio de los geógrafos. Y por último, entre los primeros entusiastas del libro había un grupo inesperado: algunos arqueólogos. Así que daba la impresión de estar desafiando las categorías que definían en ese momento el trabajo académico y de no encajar en las habituales divisiones enaltecidas en las estructuras del saber.

Debo empezar este comentario con mi propia percepción en el momento en el que escribí el libro. En la introducción explicaba cómo llegué escribirlo. Iba en pos de una mala idea: que podría entender mejor las trayectorias de las «nuevas naciones» del siglo XX si estudiaba cómo habían llegado a «desarrollarse» las naciones que fueron «nuevas» en el siglo XVI. Era una mala idea porque asumía que todos los estados seguían sendas paralelas e independientes hacia algo llamado «desarrollo». No obstante, esta mala idea tuvo ventajas inesperadas. Me puso a leer sobre Europa occidental en el siglo XVI e hizo que dirigiesen mi atención hacia realidades que no había previsto.

En ese momento yo consideraba que estaba discutiendo primordialmente con los sociólogos weberianos; no con el mismo Max Weber sino con el uso de sus categorías tal como se daba en la sociología estadunidense (y hasta cierto punto mundial) en el periodo posterior a 1945. Imperaba la impresión general de que el libro de Weber sobre la ética protestante significaba que la existencia de ciertos tipos de valores constituía un requisito previo necesario para lo que en el periodo posterior a 1945 solía llamarse modernización o desarrollo (económico). En ese tiempo el procedimiento especializado habitual consistía en examinar, país por país, la existencia o el surgimiento de tales valores. El resultado fue la creación de una especie de orden jerárquico de la marcha del progreso. ¿Qué país fue el primero? ¿Cuál vino después? ¿Y ahora cuál sería el siguiente? Y, como pregunta derivada, ¿qué tenía que hacer ahora un país para poder ser el siguiente?

Yo traté de cuestionar esa narrativa de varias maneras. En primer lugar, insistía en que este proceso no podía examinarse país por país sino sólo dentro de una categoría más amplia que denominé

sistema-mundo (donde la palabra *mundo* no es sinónimo de *global*): *un* mundo, no *el* mundo, como lo expresaría Fernand Braudel.

Segundo, sugería que los valores en cuestión *seguían*, no *precedían*, a las transformaciones económicas que estaban produciéndose. Sugería que sólo si ubicábamos a los diversos estados en sus relaciones con los demás podríamos comprender por qué algunos llegaron a ser líderes de la eficiencia productiva y la acumulación de riqueza.

Y, tercero, rechazaba la principal antinomia de los weberianos posteriores a 1945: la de lo moderno y lo tradicional. Antes bien, compartía los argumentos —que estaban desarrollándose— de los *dependistas*, como Samir Amin y Andre Gunder Frank, en el sentido de que lo «tradicional» era tan reciente como lo «moderno», que ambos aparecían juntos, por lo cual podríamos hablar, como en la famosa frase de Frank, «del desarrollo del subdesarrollo».[1]

Yo esperaba ser denunciado por los weberianos posteriores a 1945. Si bien se inclinaban por no aceptar lo que estaba sosteniendo, se inclinaban también en general a recibir mis argumentos educadamente, pese a lo que parecían pensar era mi resurrección de los argumentos marxistas (que ellos creían que ya habían sido abandonados, o que tendrían que haber sido abandonados, por los estudiosos serios). Me parece que estaban sorprendidos ante el hecho de que yo realmente me hubiera zambullido en la historia del siglo xvi, mientras que muchos de ellos se habían limitado a basarse en una síntesis abreviada (y a veces distorsionada) de las teses weberianas para poder discutir el material del siglo xx. Además, como observamos poco después Terence Hopkins y yo en un artículo conjunto, gran parte de los denominados análisis comparativos efectuados por los adeptos de la modernización involucraba la comparación de datos contemporáneos sobre un país no occidental con datos presuntos (pero no estudiados empíricamente) acerca de Estados Unidos (o tal vez de otro país de Europa occidental).[2]

De cualquier manera, los peores golpes vinieron de otro lado. Había tres variedades principales de críticas. Estaban las que yo considero las grandes críticas. Eran las que rechazaban el análisis de los sistemas-mundo como modo de análisis sobre la base de

[1] Andre Gunder Frank, «The development of underdevelopment», *Monthly Review*, xviii, 4, septiembre de 1966, pp. 17-31.

[2] Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein, «Patterns of development of the modern world-system», *Review*, 1, 2, otoño de 1977, pp. 111-146 (reproducido en T. K. Hopkins, Immanuel Wallerstein *et al.*, *World-system analysis: Theory and methodology*, Beverly Hills, Sage, 1982, pp. 41-82).

que no estaba en concordancia con su modo de análisis que, en su opinión, era evidentemente superior. Luego estaban las que para mí eran las críticas menores, las de aquellas personas que aceptan la legitimidad del análisis de los sistemas-mundo, por lo menos hasta cierto punto, pero que no están de acuerdo con mis detalladas descripciones históricas pues consideran que me equivoco al reportar o interpretar ciertos datos empíricos importantes, o que omití algunos tipos fundamentales de datos. Y después había una tercera variedad, que sólo apareció en los años noventa: la de quienes querían revisar el análisis de los sistemas-mundo eliminando el guión y el plural, es decir, insistiendo en que en el curso de los últimos cinco mil años siempre hay y hubo un solo «sistema mundial». Pasemos revista a cada una de estas variedades y subvariedades.

LAS GRANDES CRÍTICAS

Si los weberianos posteriores a 1945 pensaban que yo era demasiado marxista, los marxistas «ortodoxos» pensaban que yo no era marxista para nada, sino todo lo contrario: «neosmithiano».[3] Lo que entiendo por marxista ortodoxo es lo que considero un marxista de los partidos: el marxismo tal como lo definía el Partido Socialdemócrata alemán, como lo definía el Partido Comunista de la Unión Soviética y, de hecho, como lo definían la mayoría de los partidos trotskistas.

Aunque esos grupos diferían de manera muy radical en sus estrategias políticas y en sus interpretaciones de lo que había ocurrido políticamente en diversos países en el siglo XX, tenían en común ciertas premisas fundamentales. La primera era la naturaleza de la lucha de clases bajo el capitalismo, la que definían como la que se daba fundamentalmente entre el proletariado urbano emergente y los productores capitalistas (primordialmente los empresarios industriales). La segunda era la primacía de una base económica en relación con una superestructura política y cultural. La tercera era la primacía de factores internos (es decir, endógenos de un país) sobre los externos (es decir, exógenos a un país) en las explicaciones causales. La cuarta era la inevita-

[3] Robert Brenner, «The origins of capitalist development: A critique of neo-Smithian Marxism», *New Left Review*, núm. 104, julio-agosto de 1977, pp. 25-93 [«Los orígenes del capitalism», *En Teoría*, núm. 3, Madrid, 1979]. Maurice Zeitlin, *The civil wars in Chile, or, The bourgeois revolutions that never were*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

bilidad del progreso en términos de una secuencia de lo que se denominaban diferentes modos de producción.

La imputación de los marxistas ortodoxos era que el análisis de los sistemas-mundo violaba de una u otra manera todas estas premisas. En realidad, esta imputación estaba justificada hasta cierto punto. Al hablar del volumen 1 de *El moderno sistema mundial* estos críticos sostenían que yo había presentado lo que llamaban un argumento «circulacionista», y que tendría que haber explicado las cosas en términos de lo que ocurría en la esfera de la producción. Vale decir, cuando analizaba las relaciones entre el centro y la periferia estaba ignorando la lucha de clases dentro de Inglaterra como explicación del desarrollo capitalista para optar por darle crédito a un factor considerado externo, como la naturaleza y el flujo del comercio entre América y el noroeste de Europa.

Por supuesto, la pregunta que surge de inmediato es interno o externo con respecto a qué. Para los marxistas ortodoxos *interno* se definió siempre como interno en relación con las fronteras políticas de un país. La «economía» era un constructo nacional. Las clases eran nacionales. Eran los países los que podían denominarse o no capitalistas. Este debate era fundamental. Yo estaba desarrollando una visión alterna del capitalismo. En mi visión el capitalismo era la característica de un sistema-mundo, de la variedad específica que denominé una «economía-mundo». Las clases eran clases de este sistema-mundo. Las estructuras sociales existían dentro de este sistema-mundo.

Mis oponentes de este campo eran sumamente intransigentes respecto a su visión. No obstante, con el paso de los años su número fue reduciéndose más y más. Eso tuvo que ver menos con el impacto de mis obras que con la evolución de la situación en el moderno sistema-mundo. Los movimientos políticos que habían sostenido sus puntos de vista todavía hasta la década de 1960 fueron profundamente cuestionados por las fuerzas que constituyeron la revolución-mundo de 1968. Lo que los hizo ponerse a la defensiva fue la aparición de fuertes movimientos que insistían en la importancia del género, la raza, la etnicidad y las sexualidades en el análisis de la realidad social. Fue la contraofensiva política neoliberal de los ochenta y la generalizada aceptación de un concepto llamado globalización. Como consecuencia de ello, hoy son relativamente pocos los que sostienen la visión analítica tradicional de los marxistas ortodoxos de los sesenta.

También hubo críticas de parte de quienes proponían lo que yo consideraba el último baluarte intelectual del modo de análisis marxista. Se encontraba en la escuela de pensamiento, muy vigorosa en el decenio de 1970, conocida como «articulación de los

modos de producción».[4] Desde mi punto de vista, lo que estaba haciendo este grupo era llegar al argumento de que no se podía analizar la realidad social sólo dentro de los confines de un país único. Veían que estaba pasando algo en el sistema-mundo, aunque eludían este término. Su revisión consistía esencialmente en sugerir que, mientras un país podía ser capitalista y otro todavía feudal, de alguna manera se relacionaban entre sí de formas específicas e importantes. Decían que ambos modos de producción se «articulaban» entre sí, y que por consiguiente cada uno de ellos era afectado de alguna manera por el otro.

Esta posición intermedia no me resultó muy convincente ni me pareció que aportase nada importante a la capacidad de comprender la realidad social. En todo caso esta escuela, tras cierto florecimiento durante alrededor de una década, simplemente se desvaneció. No sé de nadie que siga usando hoy este marco de referencia.

Otra escuela que era muy hostil, casi totalmente hostil, al análisis de sistemas-mundo era la que estaba integrada por los tradicionales economistas y sociólogos nomotéticos. Para ellos lo que yo hacía, si acaso se molestaban en darse por enterados, era, en el mejor de los casos, periodismo, y en el peor argumentación ideológica. En términos generales sometieron al análisis de los sistemas-mundo al rechazo por el desdén. Raras veces se dignaron siquiera discutirlo, excepto cuando se los convocaba para actuar como críticos anónimos de las propuestas de subsidios.

Ese deliberado desinterés ocultaba un temor. Este grupo consideraba que el análisis de sistemas-mundo era desde todo punto de vista tan peligroso como les parecía a los marxistas ortodoxos, aunque por razones muy diferentes. Apreciaban lo que estaba en juego. Stephen Mennell señaló atinadamente hace poco que mi libro

> Representa de hecho un enorme intento de refutar históricamente la «ley de la ventaja comparativa», ley en apariencia intemporal propuesta por David Ricardo, mostrando cómo en un comienzo las pequeñas desigualdades en los vínculos de interdependencia entre sociedades y economías fueron magnificadas a lo largo del tiempo para producir hoy enormes diferencias entre lo que se llama, usando un eufemismo, el «Norte» y el «Sur».[5]

[4] Harold Wolpe, *Articulations of modes of production*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980. Véase también Barry Hindess y Paul Q. Hirts, *Pre-capitalist modes of production*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1977.

[5] Stephen Mennell, «Sociology», en W. H. McNeill *et al.*, eds., *Berkshire Encyclopedia of World History*, Great Barrington, Ma., Berkshire Publishing Group, 2005, IV, p. 1746.

Como efectivamente la ley de Ricardo ha representado una premisa central y esencial de la corriente principal de la macroeconomía, no es sorprendente que mis argumentos fuesen tratados tan negativamente por ese campo.

Sin embargo, en la medida en que el análisis de los sistemas-mundo fue ganando fuerza en las estructuras del saber, algunos integrantes del campo nomotético comenzaron a elaborar análisis que tenían el propósito de refutar empíricamente las premisas heréticas propuestas por nosotros. Estos críticos estaban especialmente ansiosos por demostrar que el análisis de los sistemas-mundo no explicaba por qué, en el mundo contemporáneo, unos países estaban más «desarrollados» que otros, ni por qué algunos de los denominados países subdesarrollados estaban mejorando su situación nacional más que otros. La oposición de este campo es tan inflexible como la de los marxistas ortodoxos. Probablemente sea más duradera.

Hay una tercera gran crítica. Proviene de un grupo a los que llamo los neohintzianos. Otto Hintze fue un historiador político alemán; se pensaba que sus escritos habían demostrado la autonomía de la esfera política de la realidad de la esfera económica. Me vi sometido a dos grandes análisis críticos,[6] y ambos invocaban específicamente a Hintze. Los dos decían que yo, de manera falsa, había desmontado los escenarios de análisis político y económico para constituir un escenario único, dándole primacía, de hecho, al económico.

Desde luego, yo, en realidad, había insistido en que las variables políticas y económicas residían en un único escenario. Me había negado a aceptar el argumento de que el arena política era autónoma o el concepto de que estaba regido por reglas diferentes, de alguna manera —antitéticas, incluso— a las que regían el escenario económico. En mi libro había yo insistido en un análisis holístico, en el cual las instituciones políticas eran simplemente una estructura institucional junto con otras dentro del moderno sistema-mundo. Aunque en los siguientes volúmenes, sobre todo en el 2, traté de aclarar la falacia de semejante separación de ambas esferas, esta crítica ha mostrado capacidad de persistir, en el sentido de que todavía hoy muchos consideran

[6] Theda Skocpol, «Wallerstein's world capitalist system: A theoretical and historical critique», *American Journal of Sociology*, LXXXII, 5, marzo de 1977, pp. 1075-1090 (reproducido en Theda Skocpol, *Social revolutions in the modern world*, Nueva York, Cambridge University Press, 1994, pp. 55-71). Aristide R. Zolberg, «Origins of the modern world system: A missing link, *World Politics*, XXXIII, 2, enero de 1981, pp. 253-281 (reproducido en Aristide Zolberg, *How many exceptionalisms: Explorations in comparative macroanalysis*, Filadelfia, Tenmple University Press, pp. 132-157).

que el análisis de sistemas-mundo es demasiado «economicista», lo que con frecuencia es una forma de decir que, en su opinión, es demasiado «marxista».

De cualquier manera, los neohintzianos no le eran más fieles a Otto Hintze que los neoweberianos a Max Weber, los marxistas ortodoxos a Karl Marx o los smithianos a Adam Smith. En el caso de Otto Hintze, termina su ensayo «Economía y política en la era del capitalismo» (que apareció en 1929), con este sumario de sus opiniones:

> En conjunto, los años de la guerra y la década transcurrida desde entonces no brindan evidencia alguna de un desarrollo económico autónomo del capitalismo, por entero separado del estado y la política. Muestran más bien que los asuntos del estado y los del capitalismo están inextricablemente interrelacionados, que son sólo dos caras o aspectos de un mismo desarrollo histórico.[7]

Eso, desde luego, era exactamente lo que yo estaba tratando de aseverar.

Están, por último, las críticas procedentes del campo «cultural», que empezó a florecer en la década de 1970. Cuando se analiza el ascenso del campo cultural hay que recordar dos cosas. La primera es que el análisis teórico liberal tradicional de la modernidad dividía la vida en tres esferas: la económica, la política y la sociocultural. Esto se reflejaba en la creación de tres disciplinas separadas de las ciencias sociales que se ocupaban del mundo moderno: la economía, interesada en el mercado; la ciencia política, preocupada por el estado, y la sociología, abocada a todo lo demás (lo que a veces se denominaba la sociedad civil).

Esta predilección ideológica liberal dio por resultado, necesariamente, un debate acerca de la prioridad causal entre las tres esferas. Tanto los marxistas ortodoxos como los economistas nomotéticos de la corriente principal le daban la prioridad causal a la esfera económica. Los neohintzianos se la daban, implícitamente, a la esfera política. Era de esperar que hubiese quienes le concediesen la prioridad causal a la esfera cultural.

Un segundo punto que hay que recordar es el impacto de la revolución-mundo de 1968 en los debates teóricos. Para muchos, lo que había ocurrido en 1968 fue la debacle final (y por consiguiente el repudio intelectual) del campo economicista. Daniel

[7] Otto Hintze, *The historical essays of Otto Hintze*, editado y con una introducción de Felix Gilbert, Nueva York, Oxford University Press, p. 452.

Bell había hablado antes del «fin de la ideología» en un fuerte ataque sobre la relevancia del marxismo y los movimientos marxistas para el mundo posterior a 1945.[8] A partir de 1968 un nuevo grupo se hizo cargo de descartar el marxismo desde un punto de vista diferente. Este grupo exigía una «deconstrucción» conceptual y exponía el final (y la inutilidad) de los *grand récits* o «grandes relatos».[9] Básicamente lo que estaban diciendo era que el campo economicista —en particular los marxistas ortodoxos— habían descuidado la posición central del discurso en la realidad social en evolución.

En ese momento hubo una segunda crítica a los marxistas ortodoxos. Se los acusó, muy atinadamente, de haber hecho a un lado las prioridades de quienes se ocupaban del género, la raza, la etnicidad y las sexualidades, en favor de la prioridad de la lucha de clases y la «revolución», cuyo sujeto histórico era el «proletariado».

A mí me reprocharon que no me hubiese unido a este campo.[10] Cuando este grupo censuraba los grandes relatos solía arrojar a la misma canasta el análisis de sistemas-mundo, el marxismo ortodoxo y la teoría de la modernización weberiana, pese al hecho de que el análisis de los sistemas-mundo había venido haciendo prácticamente las mismas críticas al marxismo ortodoxo y al gran relato de la modernización. Pero, desde luego, el análisis de los sistemas-mundo lo hacía proponiendo un gran relato alternativo. Nos negábamos a tirar la fruta fresca junto con la podrida.

El destino de esta crítica culturalista va de la mano con la suerte de todo el movimiento de los «estudios culturales». La coherencia de este campo tenía una falla fatal. La mitad de sus integrantes se interesaban primordialmente por insistir en la prioridad de la cultura... en realidad, en su interés intelectual exclusivo. Pero la otra mitad se interesaba por los «pueblos olvidados», los que habían sido omitidos en los grandes relatos previos. La alianza se desintegró cuando la segunda mitad empezó a darse cuenta de que también le interesaban los grandes relatos, pero unos diferentes de los que se estaban usando antes de 1968. Este grupo empezó a crear una nueva trinidad de intereses: género, raza y clase; o clase, género y raza; o raza, género y clase. Y una vez que esta nueva trinidad llegó a usarse de manera generalizada en

[8] Daniel Bell, *The end of ideology*, Cambridge, Harvard University Press, 2a. ed., 2000 (1a. ed. 1960).

[9] Jean Baudrillard, *El espejo de la producción*, Barcelona, Gedisa, 2002; *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI, 1974; *The Jean Baudrillard Reader*, Steve Redhead y Claire Abel, eds., Nueva York, Columbia University Press, 2008.

[10] Stanley Aronowitz, «Metatheoretical critique of Immanuel Wallerstein's *The modern world system*», *Theory & Society*, x, 4, julio de 1981, pp. 503-520.

el escenario universitario, algunos de quienes se interesaban primordialmente por los «pueblos olvidados» dejaron de denunciar el análisis de sistemas-mundo y empezaron a tratar de encontrar formas para aprender a aceptarla o para modificarla a fin de tomar más en cuenta sus prioridades.[11]

En los años transcurridos desde 1974 se hicieron ya todas las grandes críticas. Cuando llegamos a los noventa muchos de quienes las proponían habían desaparecido de la escena, aunque algunos siguen haciendo las mismas críticas. Pero ahora las grandes críticas ya son bien conocidas y pasaron a segundo plano en la discusión relativa al análisis de los sistemas-mundo, que es visto con creciente frecuencia como un paradigma que compite con otros en la ciencia social del mundo contemporáneo. Las que absorben ahora cada vez más atención son las críticas menores.

LAS CRÍTICAS MENORES

Las críticas menores se centran en torno a tres cuestiones diferentes: los límites espaciales del moderno sistema-mundo, los límites temporales del moderno sistema-mundo y las variables institucionales que deben tomarse en consideración. El primer volumen de *El moderno sistema mundial* planteaba muy claramente los límites espaciales y temporales que pretendía establecer. Es probable que fuese menos claro respecto a la gama de variables institucionales que resultaban pertinentes.

Empecemos con los límites espaciales. El argumento del libro es que existen fronteras reales de lo que debe considerarse dentro y fuera de la economía-mundo capitalista. Yo afirmaba que *dentro* de esos límites era posible hablar de centro, periferia y semiperiferia. No obstante, el capítulo 6 se dedica a lo que está *fuera* de esas fronteras, lo que denominé la arena externa. Y traté de especificar cómo era posible distinguir entre una zona periférica de la economía-mundo y la arena externa.

El argumento básico era que se podía distinguir entre mercancías a granel y mercancias preciosas, ya que el primero, pero

[11] Ramon Grosfoguel, ed. especial, número especial de *Review: Utopian Thinking*, xxv, 3, 2002. Walter D. Mignolo, *Local histories/global designs. Coloniality, subaltern knowledges, and border thinking*, Princeton, Princeton University Press, 2000; *The darker side of Renaissance: Literacy, Territoriality, & colonization*, 2a. ed., con nuevo prólogo, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006. Véase también Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, nation, class: Ambiguous identities*, Londres, Verso, 1991 [*Raza, nación y clase*, Madrid, IEPALA, 1991].

no el segundo, se basaba en un intercambio desigual. Más tarde traté de afinar aún más esta distinción.[12] Sugerí límites específicos utilizando esa diferenciación. Polonia y Hungría eran parte del moderno sistema-mundo en el siglo XVI. Rusia y el imperio otomano no lo eran. Brasil estaba dentro y el subcontinente indio afuera.

Había dos maneras de cuestionar estas afirmaciones empíricas. Una consistía en sugerir que la distinción entre mercancías a granel y mercancías preciosas era mucho más difusa de lo que yo proponía, y que esa distinción no podía utilizarse para establecer el límite sistémico. La otra era muy diferente. Implicaba sugerir que algunas de las áreas de las que yo afirmaba que estaban afuera se dedicaban de hecho al comercio en mercancías a granel con ciertas partes de la economía-mundo capitalista y que por consiguiente, precisamente sobre la base de mi distinción, debería considerarse que estaban «dentro» de los límites.

En relación con las que llamo grandes críticas no di cuartel. Sigo negándome a aceptar la legitimidad de esas objeciones al análisis de sistemas-mundo. Acerca de la crítica referida a los límites espaciales, dije desde el primer momento que estaba dispuesto a prestar cuidadosa atención a los argumentos empíricos y, cuando pareciesen sólidos, a aceptar revisiones del argumento empírico. Hans-Heinrich Nolte sostiene desde hace mucho que Rusia, en el siglo XVI, era parte del moderno sistema-mundo tanto como lo era Polonia.[13] Frederic Lane afirmó lo mismo con respecto al imperio otomano, tal vez sin precisar muy bien el caso.[14] Sin embargo, mucho más tarde Faruk Tabak planteó razones muy sólidas por las que debería verse todo el Mediterráneo oriental (que básicamente pertenecía al imperio otomano) como parte integral del moderno sistema-mundo durante el siglo XVI.[15]

Se hicieron varios intentos por demoler la validez de la distinción entre mercancías a granel y mercancías preciosas.[16] Desde el

[12] Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, II, *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Madrid, Siglo XXI, 1984; *El moderno sistema mundial*, III, *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI, 1998.

[13] Hans-Heinrich Nolte, «The position of Eastern Europe in the international system in early modern times», *Review*, VI, 1, verano de 1982, pp. 25-84.

[14] Frederic C. Lane, «Chapter 8, Economic growth in Wallerstein's social systems. A review article», *Profits from Power: Readings in protection rent and violence-controlling enterprises*, Albany, State University of New York Press, 1979, pp. 91-107.

[15] Faruk Tabak, *The waning of the Mediterranean, 1550-1870: A geohistorical approach*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2008.

[16] Jane Schneider, «Was there a pre-capitalist world-system?», *Peasant Studies*, VI, 1977, pp. 20-29. (Reproducido en Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall,

principio sabía yo que esta distinción era difícil de hacer. He sido sometido por la fuerza de los contraargumentos. Sigo pensando que mi planteamiento básico es sólido. Pero de cualquier manera, como sugerí más tarde,[17] incluso si tuviese que reconocer una imagen más compleja de lo que constituye la «incorporación» a la economía-mundo capitalista, el concepto de que había zonas que estaban fuera del funcionamiento del sistema pero que mantenían algún tipo de relación comercial con él sigue representando una idea esencial. Sienta las bases para comprender cómo es que el moderno sistema-mundo no tuvo alcance global desde el principio y llegó a tenerlo sólo después (a mediados del siglo XIX). En mi opinión continúa habiendo cabida para numerosos debates tanto teóricos como empíricos en torno a los límites espaciales.

Los límites temporales son todavía más difíciles. Muchas de las críticas menores posteriores quieren ampliar las fechas de inicio del moderno sistema-mundo al siglo XIII.[18] Janet Abu-Lughod intentó hacer algo ligeramente diferente.[19] Quería observar la Europa del siglo XIII en sus vínculos comerciales con muchas partes diferentes de la masa territorial euroasiática a fin de arrojar una luz un poco distinta sobre lo que explicaba el «ascenso» de Europa en el siglo XVI.

Gran parte de este debate en torno a las fronteras temporales se reduce a una discusión respecto a la naturaleza del feudalismo europeo. Yo tracé una distinción fundamental entre el «primer» feudalismo (el de la Europa medieval), que en mi opinión era lo que suele entenderse por feudalismo, y el «segundo» feudalis-

eds., *Core/periphery relations in precapitalist worlds*, Boulder, Westview, pp. 45-66.) Thomas D. Hall, «Incorporation in the world-system: Toward a critique», *American Sociological Review*, LI, 3, junio de 1986, pp. 390-402; *Social change in the Southwest, 1350-1880*, Lawrence, University of Kansas Press, 1989. Christopher Chase-Dunn, *Global formation: Structures of the world-economy*, 2a. ed. revisada, Lanham, Rowman and Littlefield, 1998.

[17] Terence Hopkins, Immanuel Wallerstein, Resat Kasaba, William G. Martin y Peter D. Phillips, eds. especiales, número especial de *Review: Incorporation into the world-economy: How the world-system expands*, X, núms. 5/6 (suplemento), verano/otoño de 1987.

[18] Fernand Braudel, *Out of Italy: 1450-1650*, París, Flammarion, 1991; *The perspective of the world*, vol. III de *Capitalism and civilization, 15th to 18th century*, Berkeley, University of California Press [*Civilización material, economía y capitalismo*, Barcelona, Labor, 1974]. Giovanni Arrighi, *The long twentieth century: Money, power, and the origins of our times*, 2a. ed. revisada, Nueva York, Verso, 2010 (1a. ed., 1994) [*El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999]. Eric Mielants, *The origins of capitalism and the «rise of the West»*, Filadelfia, Temple University Press, 2008. Véase también Oliver Coz, *Foundations of capitalism*, Nueva York, Philosophical Library, 1959.

[19] Janet Abu-Lughod, *Before European hegemony: The world system A. D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

mo del siglo XVI, que veía como un membrete incorrecto para el trabajo forzoso en los cultivos comerciales. Yo mismo reconocí más tarde que el capítulo más flojo del volumen 1 era el primero, «Preludio medieval». En un libro dedicado a China y el capitalismo elaboré lo que equivale a una versión revisada de ese capítulo.[20]

Aquí el problema básico, en mi opinión, consiste en que ningún marco de referencia teórico macrohistórico ha aportado una explicación satisfactoria de la naturaléza del feudalismo europeo en lo que suele considerarse su apogeo, los años 1000-1500. Algunos analistas lo ven como una especie de sistema protocapitalista, y por consiguiente hacen retroceder las fechas del moderno sistema-mundo para incluirlo dentro del marco temporal. Otros lo ven como la antítesis misma del capitalismo, así que adelantan el capitalismo a la fecha aceptada más ampliamente para el inicio del mundo moderno, alrededor de 1800.[21]

Mi opinión es que la mejor manera de definir el sistema feudal de la Europa medieval es como un imperio-mundo desintegrado, tenuemente unido por la iglesia católica romana. Desde luego, como lo sugiero en este volumen, creo que en su interior hubo fuerzas que trataron de transformarlo en una economía-mundo capitalista, pero no lo lograron. Lo que yo veo como fracasos lo ven otros como primeros pasos.

Lo que me parece esencial es comprender que crear una economía-mundo capitalista es algo muy difícil. En un artículo posterior intenté procuré explicar las condiciones excepcionales que lo hicieron posible.[22] En el volumen 2 de *El moderno sistema mundial* aclaro de qué manera ese frágil comienzo se consolidó en el siglo XVII. Yo veía el siglo XVII, no como una «crisis» que dio por resultado una especie de regreso al «feudalismo», sino más bien como un endurecimiento de la estructura de la economía-mundo capitalista. Creo que esta consolidación fue lo que hizo posible

[20] Immanuel Wallerstein, «The West, capitalism and the modern world-system», en T. Brook y G. Blue (eds.), *China and historical capitalism: Genealogies of Sinological knowledge*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 10-56.

[21] Perry Anderson, *Lineages of the absolutist state*, Nueva York, Verso, 1974 [*El estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1979]. Alex Dupuy y Paul Fitzgerald, «Review essays: A contribution to the critique of the world-systems perspective», *Critical Sociology*, VII, núm. 113, 1977, pp. 113-124. Steve J. Stern, «Feudalism, capitalism, and the world-system in the perspective of Latin America and the Caribbean», *American Historical Review*, XCIII, 4, octubre de 1988, pp. 829-872. Immanuel Wallerstein, «AHR Forum: Comments on Stern's critical test», *American Historical Review*, XCIII, 4, octubre de 1988, pp. 873-885. Steve J. Stern, «Reply: 'Ever more solitary'», *American Historical Review*, XCIII, 4, octubre de 1988, pp. 886-897.

[22] Immanuel Wallerstein, «The West, capitalism, and the modern world-system».

después expandir todavía más el sistema, tanto intensiva como extensivamente.

De manera que al final, aunque he cedido un poco ante estas críticas menores, sigo estando convencido de que en esencia mis límites tanto espaciales como temporales para el periodo inicial del moderno sistema-mundo son correctos.

Probablemente lo que no se expuso de manera suficiente en el volumen 1 fueron los parámetros institucionales de la economía-mundo capitalista. Invertí casi toda mi energía tratando de establecer en qué sentido lo que estaba ocurriendo en el escenario económico era de naturaleza capitalista. Aunque la industria era un pequeño segmento del aparato productivo general, insistí en que era necesario dirigir la mirada especialmente a la agricultura. Es verdad que el trabajo asalariado seguía siendo una parte relativamente pequeña de la forma de remuneración de la mano de obra, pero procuré demostrar que el capitalismo involucraba algo más que el trabajo asalariado. Aunque la burguesía, como se la define de manera clásica, parecía ser un grupo relativamente pequeño, insistí en que viésemos que la aristocracia se estaba transformando en la burguesía. Todo eso era parte de mi intento por revisar radicalmente el análisis del capitalismo como modo de producción. A partir de 1974 he escrito mucho sobre todos estos temas, y ahora existe una especie de sumario condensado de mis puntos de vista en *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción.*[23]

En los años que siguieron a 1974 se me cuestionó por descuidar todos los escenarios no económicos: el político, el cultural, el militar y el ambiental. Todos esos críticos insistían en que era demasiado «economicista» en mi marco de referencia. Ya he discutido mis opiniones respecto a las críticas relativas al escenario político y el escenario cultural. Me gustaría señalar que traté de aclarar más mi comprensión del escenario político en el volumen 2 y el del escenario cultural en el 4, así como en *Geopolítica y Geocultura: Ensayos sobre el moderno sistema mundial.*[24]

Tanto Michael Mann como William McNeill me censuraron por haber desatendido el escenario militar, y en especial la importancia de la tecnología militar.[25] No creo que esto sea del todo correcto.

[23] Immanuel Wallerstein, *World system analysis: An introduction*, Durham, Duke University Press, 2006 [*Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI, 2005].

[24] Immanuel Wallerstein, *Geopolitics and geoculture*, Cambridge, Cambridge University Press [*Geopolítica y geocultura*, Madrid, Kairos, 2007].

[25] Michael Mann, *States, war and capitalism*, Nueva York, B. Blackwell, 1988. William H. McNeill, *The pursuit of power: Technology, armed force and society since A. D. 1000*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.

En distintos lugares de este volumen y en volúmenes subsecuentes de la obra hablé de la tecnología militar y del papel que desempeñó. Pero en general creo que Clausewitz tenía razón cuando hizo su célebre afirmación de que «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Si es así, habría que tener cuidado de no darle a lo militar demasiada autonomía analítica.[26]

Por último, me han criticado por desatender el ambiente.[27] Al principio me inclinaba por decir que sin duda no había sido intencional. Pero de una excusa tan timorata me salvó Jason Moore, quien hizo una lectura cuidadosa del volumen 1 para demostrar hasta qué punto había incorporado y dado posición central en mi análisis a los factores ecológicos y sus consecuencias en la construcción de la economía-mundo capitalista.[28] A decir verdad me asombró darme cuenta del grado en el que lo había hecho.

La mejor respuesta a la crítica por haber dejado diversos parámetros institucionales fuera del volumen 1 es que no se puede hacer todo al mismo tiempo. Creo que si se lee el conjunto de mi obra las personas razonables verán en qué medida soy fiel a mi premisa epistemológica de que sólo un análisis verdaderamente holístico puede decirnos cosas de importancia acerca de cómo funciona el mundo real.

LA VISIÓN REVISIONISTA DEL SISTEMA-MUNDO

A partir de la década de 1990 surgió un importante grupo de especialistas que, de diferentes maneras, sostenían que el papel de China en el mundo moderno había sido gravemente ignorado, lo cual, afirmaban, conducía a una visión muy distorsionada del mundo. Algunos lo hicieron subrayando la existencia y persistencia de un mundo sínico desde el siglo XV hasta la actualidad.[29] Otros lo

[26] Véase también Giovanni Arrighi, «Capitalism and the modern world-system: Rethinking the non-debates of the 1970s», *Review*, XXI, 1, 1998, pp. 112-129.

[27] Sing Chew, «For nature: Deep greening world-system analysis for the 21st century», *Journal of World-Systems Research*, III, 3, 1997, pp. 381-402. (Disponible en http://jwsr.ucr.edu/archive/vol3/v3n3a2.php.)

[28] Jason W. Moore, «'The modern world-system' as environmental history? Ecology and the rise of capitalism», *Theory and Society*, XXXII, 3, junio de 2003, pp. 307-377.

[29] Takeshi Hamashita, «The tribute trade system and modern Asia», *Memoirs of the Tokyo Bunko*, núm. 46, 1988, pp. 7-25. Giovanni Arrighi, Takeshi Hamashita y Mark Selden, *The resurgence of East Asia: 500, 150 and 50 year perspectives*, Londres, Routledge, 2003. Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, Nueva York, Verso, 2007 [*Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2007].

hicieron sugiriendo que las comparaciones económicas entre China y Europa occidental eran considerablemente erróneas.[30]

Pero Andre Gunder Frank fue mucho más lejos. Frank participó desde fecha temprana en el análisis de los sistemas-mundo. Él mismo había escrito libros que postulaban los orígenes del moderno sistema-mundo en el siglo xvi.[31] Sin embargo, en los años noventa le dio un importante giro a su análisis. Tanto por sí mismo como en obras escritas conjuntamente con Barry Gill,[32] adelantó la hipótesis de que el sistema mundial (el *único* sistema mundial) tenía sus orígenes unos cinco mil años atrás. Insistió en que este sistema mundial podía analizarse utilizando muchas de las herramientas básicas del análisis de los sistemas-mundo, como las ondas largas que se presentaban simultáneamente en todo el sistema.

No sólo quería insistir en que este singular sistema mundial había existido durante cinco mil años. Deseaba insistir también en que China había sido siempre (o casi siempre) el eje central de este singular sistema mundial. Opinaba que el «ascenso» de Europa estaba limitado al siglo xix y parte del xx, y lo veía como una interrupción momentánea de ese sistema centrado en China. Dijo que quienes sosteníamos que el moderno sistema-mundo se había originado en Europa, ya fuese en el siglo xvi o antes, éramos culpables de eurocentrismo. La imputación abarcaba a Fernand Braudel y a mí, pero también tanto a Marx como a Weber.

Su principal libro, *Re-Orient: Global economy in the Asian age*, ha sido muy leído y discutido. Tres de sus colegas en el campo del análisis del sistema-mundo —Samir Amin, Giovanni Arrighi y yo— escribimos largas críticas del libro en un número especial de *Review*.[33] Mi propia crítica se centró en tres cuestiones. Primero, tenía la sensación de que el argumento de Frank era básicamente el mismo de los economistas neoclásicos. A diferencia de otras

[30] Kenneth Pomeranz, *The great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

[31] Andre Gunder Frank, *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967 [*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*]. *Mexican agriculture, 1521-1630: Transformation of the mode of production*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008 (1a. ed., 1979) [*La agricultura mexicana*, México, Era, 1982]. *World accumulation, 1492-1789*, Nueva York, Monthly Review Press, 2009 (1a. ed., 1978) [*La acumulación mundial*, Madrid, Siglo XXI de España, 1979].

[32] Andre Gunder Frank, «A theoretical introduction to five thousand years of world system history», *Review*, xiii, 2, primavera de 1990, pp. 155-250. Andre Gunder Frank y Barry Gills, eds., *The world system: 500 years o 5 000?*, Lanham, Routledge, 1996.

[33] *Review*, «Re-Orientalism?», xxii, 3, 1999.

obras de análisis de los sistemas-mundo, de verdad se merecía el membrete de «circulacionista».

Segundo, me parecía que se podía demostrar que sus análisis empíricos en torno a las relaciones de Europa occidental y China en los siglos XVI a XVIII, basadas primordialmente en el flujo de metales preciosos, eran incorrectos, usando los mismos datos proporcionados por Frank. Además, traté de sugerir que su análisis empírico previo, que me parecía esencialmente correcto, refutaba los argumentos de su obra posterior.[34]

Tercero, y más importante, su modo de análisis eliminaba al capitalismo de todo el panorama histórico. Yo había sostenido que el siglo XVI marcaba la creación de una economía-mundo *capitalista*. De ninguna manera es posible que Frank o cualquier otro pueda afirmar que el capitalismo se remonta a cinco mil años atrás. Eso despojaba al término de todo significado. De hecho Frank lo admitió, diciendo que ya no creía que el de capitalismo fuese un concepto intelectual útil.

Un último problema con esta visión sinocéntrica del mundo era el papel ambiguo que le daba Frank, en todo el análisis, a la India, que a veces parecía ser incluida en un mundo centrado en Asia y a veces excluida de un mundo sinocéntrico. Un libro reciente de Amiya Bagchi expone esta ambigüedad al colocar su propio análisis de la historia moderna de la India en el contexto del surgimiento de la economía-mundo capitalista.[35]

Todavía no se puede ver con claridad si esta revisión radical del análisis de los sistemas-mundo seguirá desempeñando un importante papel intelectual. Tal vez dependa de las cambiantes realidades empíricas del mismo sistema-mundo moderno en los próximos decenios.

CONCLUSIÓN

Para mí escribir el volumen 1 de *El moderno sistema mundial* fue el comienzo de una gran aventura intelectual que, en muchos sentidos, ha sido el enfoque central de mi vida intelectual desde entonces. Ya he llegado al volumen 4. Como puede verse en la

[34] Andre Gunder Frank, «Multilateral merchandise trade imbalances and uneven economic development», *Journal of European Economic History*, v, 2, otoño de 1976, pp. 407-438.

[35] Amiya Kumar Bagchi, *Perilous passage: Mankind and the global ascendancy of capital*, Lanham, Md., Rowman & Littlefield, 2005.

introducción al mismo, quedan por lo menos otros dos por venir, posiblemente incluso un volumen 7. No sé si podré completar la redacción de todos los siguientes volúmenes. Tal vez me salva el hecho de que he escrito muchos ensayos que cubren el material que se incluiría en los volúmenes 5 y 6, de manera que mi enfoque de los periodos 1873-1968 y 1945-20?? puede conseguirse y leerse. Pero no es lo mismo escribir ensayos que construir una narración sistemática. Espero poder hacer esto último.

De cualquier manera, estoy convencido —¿cómo podría no estarlo?— de que el análisis de los sistemas-mundo es un elemento necesario para superar los paradigmas restrictivos de la ciencia social del siglo XIX. No es, como he dicho en un detallado itinerario intelectual, ni una teoría ni un nuevo paradigma (aunque haya quienes piensan que es ambas cosas) sino un «llamado a un debate acerca del paradigma».[36] El volumen 1 sigue siendo el eje original, todavía crucial, de ese llamado.

[36] Immanuel Wallerstein, «The itinerary of world-system analysis; or, How to resist becoming a theory», en J. Berger y M. Zelditch, Jr., eds. *New directions in contemporary sociological theory*, Lanham, Md., Rowman & Littlefield, 2002, pp. 358-376.

AGRADECIMIENTOS

Siempre es difícil enumerar las fuentes inmediatas de ideas y ayuda —de autores, colegas y estudiantes— en la concepción y redacción de un libro, y especialmente de un libro que pretende sintetizar el trabajo empírico de otras personas. El gran riesgo es el olvido.

En el caso de este libro, los dos autores cuyos extensos escritos me inspiraron más inmediatamente en el camino que finalmente decidí seguir, fueron Fernand Braudel y Marian Malowist.

Una vez que hube escrito un borrador, Fernand Braudel lo leyó cuidadosamente, y me dio ánimos en un momento en que necesitaba confianza. Charles Tilly también lo leyó cuidadosamente, y planteando cuestiones pertinentes me obligó a clarificar mi argumento. Esto fue así particularmente en lo concerniente al poder estatal y al «absolutismo» en general, y su contrapunto con el fenómeno del bandidaje en particular. Douglas Dowd me impuso en Frederic Lane, lo que le agradezco, ya que merece la pena imponerse en Frederic Lane.

En cuanto a Terence Hopkins, mi deuda es de veinte años de discusión y colaboración intelectual. Ninguna frase puede resumir esta deuda.

Este libro fue escrito durante una estancia de un año en el Center for Advanced Study in Behavioral Sciences. Incontables autores han cantado sus alabanzas. Además de unos espléndidos alrededores, de unos ilimitados recursos en bibliotecas y secretarias, y de un surtido siempre a punto de investigadores a los que consultar en cuestión de un momento, lo que el centro ofrece es dejar al investigador a su propio ingenio, para bien o para mal. Ojalá que todos los hombres tuvieran tal acierto. La versión final se realizó con una ayuda del Social Sciences Grants Subcommittee de la Faculty of Graduates Studies and Research de McGill University.

Es a través de una crisis de los ingresos señoriales como se termina la Edad Media y se abren los tiempos modernos.

MARC BLOCH

Este colapso en la tasa de salarios real [en Europa] fue la contrapartida de la revolucionaria subida de los precios en el siglo XVI. La operación fue pagada enteramente por los crecientes afanes, penalidades, empobrecimiento y extenuación de la mayoría. Los contemporáneos fueron a menudo conscientes de que este deterioro estaba teniendo lugar.

FERNAND BRAUDEL y FRANK SPOONER

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de Africa en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria. Pisándoles los talones, hace su aparición la guerra comercial entre las naciones europeas, con la redondez de la Tierra como escenario.

KARL MARX



«El Saco de Roma por Carlos V», grabado en madera que ilustraba un libro sobre «Prácticas y previsión imperiales...», publicado en Estrasburgo hacia 1535. Este grabado conmemora el acontecimiento que condujo al Santo Padre a depender políticamente del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y que convirtió a Carlos en un poder sin rival en Italia.

INTRODUCCION: SOBRE EL ESTUDIO DEL CAMBIO SOCIAL

El cambio es eterno. Nada cambia jamás. Los dos tópicos son «ciertos». Las estructuras son los arrecifes de coral de las relaciones humanas, que tienen una existencia estable durante un período relativamente largo de tiempo. Pero las estructuras también nacen, se desarrollan y mueren.

A menos que queramos utilizar el estudio del cambio social como un término sinónimo de la totalidad de la ciencia social, su significado debería verse restringido al estudio de los cambios en los fenómenos que son más duraderos, viéndose por supuesto sometida la propia definición de durabilidad a cambios con respecto al tiempo y lugar históricos.

Una de las principales afirmaciones de la ciencia social mundial es que existen ciertas grandes divisorias en la historia del hombre. Una de tales divisorias, reconocida en general, aunque estudiada sólo por una minoría de científicos sociales, es la llamada revolución neolítica o agrícola. La otra gran divisoria es la creación del mundo moderno.

Este último evento aparece como centro de la mayor parte de las teorías de las ciencias sociales contemporáneas, y de hecho, también de las del siglo XIX. Sin duda, existen inmensas discusiones sobre cuáles son las características que definen los tiempos modernos (y en consecuencia sobre sus límites temporales). Es más, existe un gran desacuerdo acerca de los principios motores de este proceso de cambio, pero parece existir un consenso muy extendido de que en los últimos cientos de años se dieron de hecho grandes cambios estructurales en el mundo, cambios que hacen que el mundo de hoy sea cualitativamente diferente del mundo de ayer. Incluso aquellos que rechazan los supuestos evolucionistas de un progreso predeterminado, aceptan no obstante las diferencias de estructuras.

¿Cuáles son las unidades de estudio apropiadas si se desea describir esta «diferencia» y justificarla? En cierto sentido muchos de los debates históricos más importantes de nuestro tiempo pueden ser reducidos a planteamientos en torno a esto. Es la

gran búsqueda de las ciencias sociales contemporáneas. Resulta por lo tanto apropiado comenzar un trabajo que pretende analizar el proceso del cambio social en el mundo moderno con un itinerario intelectual de la propia búsqueda conceptual.

Comencé interesándome en las raíces sociales del conflicto político en el seno de mi propia sociedad. Pensé que, comprendiendo las modalidades de tal conflicto, podría contribuir como persona racional a la conformación de esta sociedad. Esto me llevó a dos grandes debates. Uno era el de en qué medida «toda la historia es la historia de la lucha de clases». Planteado de otra manera, ¿son las clases las únicas unidades operativas en la arena social y política? ¿O, como planteaba Weber, acaso no son más que una de la trinidad de unidades —clase, grupo de estatus y partido— que existen, y cuyas interacciones explican el proceso político? Aunque yo tenía mis prejuicios acerca del asunto, descubrí, al igual que otros antes que yo, que ni la definición de estos términos ni la descripción de sus relaciones mutuas eran fáciles de elucidar. Sentí cada vez con más fuerza que aquél era mucho más un problema conceptual que empírico, y que para resolver el debate, al menos en mi propia mente, tendría que plantear las cuestiones en un contexto intelectual más amplio.

El segundo gran debate, ligado al primero, era acerca del grado en el cual podría existir o existía de hecho un consenso de valores en el seno de una sociedad dada, y, en la medida en la que tal consenso existiera, sobre el grado en que su presencia o ausencia pudiera ser de hecho un determinante primordial de las acciones de los hombres. Este debate está relacionado con el primero, debido a que sólo si se rechaza el carácter primordial de las luchas sociales en la sociedad civil puede plantearse siquiera la cuestión.

Los valores son, por supuesto, un objeto de observación extremadamente elusivo, y empecé a sentirme extraordinariamente a disgusto con una gran parte de las teorizaciones acerca de los valores, que a menudo parecían combinar la ausencia de una base empírica rigurosa con una verdadera afrenta al sentido común. No obstante seguía estando claro que los hombres y los grupos justificaban de hecho sus acciones con referencia a determinadas ideologías. Más aún, parecía también estar claro que los grupos se hacían más coherentes y en consecuencia más eficaces políticamente en la medida en que eran conscientes de sí mismos, lo que significaba que desarrollaban un lenguaje común y una *Weltanschauung*.

Trasladé mi zona de interés empírico desde mi propia sociedad al Africa, con la esperanza de que o bien vería confirmadas algunas teorías por lo que pudiera encontrar allí, o de que una ojeada a tierras distantes agudizaría mi percepción al concentrar mi atención en cuestiones que en caso contrario habría pasado por alto. Yo esperaba que ocurriera lo primero, pero fue lo último lo que ocurrió.

Fui por primera vez a Africa durante la era colonial, siendo testigo del proceso de «descolonización», y después de la independencia de una verdadera cascada de Estados soberanos. Blanco como era, me vi bombardeado por el ataque de la mentalidad colonial de los europeos que llevaban largo tiempo residiendo en Africa. Y, simpatizante de los movimientos nacionalistas como era, fui testigo de excepción de los iracundos análisis y las optimistas pasiones de los jóvenes militantes de los movimientos africanos. No tardé mucho en darme cuenta de que estos grupos no sólo estaban enfrentados en los aspectos políticos, sino que abordaban la situación con esquemas conceptuales completamente diferentes.

En general, donde se da un conflicto profundo, los ojos de los oprimidos disfrutan de mayor agudeza en la percepción de la realidad presente. Ya que por propio interés, más les vale percibirla correctamente para poder así denunciar las hipocresías de sus gobernantes. Tienen menor interés en la deformación ideológica. Así fue en este caso. Los nacionalistas veían la realidad en la que estaban inmersos como una «situación colonial», es decir, una situación en la que tanto su acción social como la de los europeos que vivían con ellos codo con codo como administradores, misioneros, profesores y comerciantes venían determinadas por las restricciones de una única entidad legal y social. Más aún, percibían que la maquinaria política estaba basada en un sistema de castas en el que el rango y, en consecuencia, los beneficios, venían determinados en base a la raza.

Los nacionalistas africanos estaban empeñados en cambiar las estructuras políticas en cuyo seno vivían. He contado esta historia en otro lugar y no es relevante hacer referencia a ella aquí. Lo que aquí es relevante es que así me hice consciente del grado en que la sociedad como abstracción quedaba grandemente limitada a sistemas político-jurídicos como realidad empírica. Era una perspectiva falsa el adoptar una unidad como la «tribu» e intentar analizar su funcionamiento sin hacer referencia al hecho de que, en una situación colonial, las instituciones gobernantes de una «tribu», lejos de ser «soberanas»,

estaban seriamente circunscritas por las leyes (y las costumbres) de una entidad mayor de la cual formaban parte indisociable, léase la colonia. De hecho esto me llevó a la generalización más amplia de que el estudio de la organización social era en su mayor parte deficiente debido a la muy extendida falta de consideración del marco legal y político en el que tanto las organizaciones como sus miembros operan.

Intenté descubrir los atributos generales de una situación colonial y describir lo que yo consideraba su «historia natural». Pronto quedó claro para mí que tenía que considerar al menos algunos factores del sistema mundial como constantes. De modo que me limité a hacer un análisis de cómo operaba el sistema colonial para aquellos países que eran colonias de potencias europeas en los siglos XIX y XX, y que eran «posesiones ultramarinas» de las citadas potencias. Dada esta constante, pensé que podría hacer afirmaciones aplicables en general acerca del impacto de la imposición de la autoridad colonial sobre la vida social, sobre los motivos y las modalidades de resistencia a esta autoridad, los mecanismos por medio de los cuales se atrincheraban y buscaban legitimar su poder los poderes coloniales, la naturaleza contradictoria de las fuerzas que podían operar en este marco, las razones por las que los hombres se veían llevados a formar organizaciones que se opusieran al gobierno colonial, y los elementos estructurales que favorecían la expansión y el eventual triunfo político de los movimientos anticolonialistas. La unidad de análisis en todo esto era el territorio colonial, tal y como había sido definido legalmente por la potencia administradora.

Estaba igualmente interesado en lo que pudiera pasar con estos «Estados nuevos» después de su independencia. Al igual que el estudio de los territorios nacionales parecía centrarse en las causas del hundimiento del orden político existente, el estudio del período posterior a la independencia parecía centrarse exactamente en lo opuesto: cómo se establece una autoridad legítima y se extiende entre los ciudadanos un sentimiento de pertenencia a la entidad nacional.

Este último estudio se encontró, no obstante, con problemas. En primer lugar, el estudiar las políticas posteriores a la independencia de los Estados afroasiáticos parecía tanto como correr tras las primeras planas de los periódicos. Por lo tanto podría haber relativamente poca profundidad histórica. Lo que es más, estaba también la peliaguda cuestión de América Latina. Había muchos aspectos en los que las situaciones de allí parecían ser paralelas, y cada vez más gente empezó a considerar a

los tres continentes como un «tercer mundo». Pero los países latinoamericanos eran independientes desde hacía ciento cincuenta años. Sus culturas estaban mucho más cercanamente ligadas a la tradición europea que cualquiera de las existentes en Africa o Asia. La totalidad de mi empresa parecía balancearse sobre un terreno extremadamente inestable.

En busca de una unidad de análisis apropiada, me dediqué a los «Estados durante el período posterior a la independencia formal pero anterior al logro de lo que podríamos llamar integración nacional». Podría considerarse que esta definición incluye a América Latina durante todo o casi todo el período que llega hasta hoy en día. Pero evidentemente incluye también otras áreas. Incluía, por ejemplo, a los Estados Unidos de América, al menos en el período previo a, digamos, la guerra de secesión. Incluía sin duda a la Europa oriental, al menos hasta el siglo xx, y posiblemente incluso hasta hoy en día. E incluía incluso a la Europa occidental y del sur, al menos en lo que se refiere a períodos de tiempo anteriores.

Me vi por lo tanto obligado por esta lógica a dedicar mi atención a la primera época de la Europa moderna. Esto en primer lugar me llevó a la cuestión de qué era lo que debía tomar como punto de partida para este proceso, un proceso que yo formulaba provisionalmente, a falta de mejores herramientas conceptuales, como el proceso de modernización. Más aún, tenía no sólo que considerar el tema de los puntos de partida, sino también el de los puntos terminales, a menos que estuviera dispuesto a incluir como ejemplos de este mismo proceso social a Gran Bretaña o a la Alemania del siglo xx. Ya que eso *prima facie* parecía dudoso, había que pensar acerca de los puntos terminales.

En este momento estaba ya claramente metido en un esquema desarrollista, y tenía alguna noción implícita acerca de los estadios del desarrollo. Esto a su vez planteaba dos problemas: criterios para la determinación de etapas, y comparabilidad de las unidades a lo largo del tiempo histórico.

¿Cuántas etapas había habido? ¿Cuántas podían darse? ¿Es la industrialización el punto decisivo o la consecuencia de algún giro decisivo en la política? ¿Cuál sería en este contexto el significado empírico de un término como «revolución», como en el caso de la revolución francesa o de la revolución rusa? ¿Eran estas etapas unidireccionales o podía una unidad moverse «hacia atrás»? Parecía ser que me había metido en un verdadero pantano intelectual.

Más aún, salir de aquel pantano intelectual resultó muy difícil debido a la ausencia de instrumentos de medida razonables. ¿Cómo podía uno decir que la Francia del siglo XVII era en algún aspecto equivalente a la India del siglo XX? Los legos podrían considerar tal afirmación absurda. ¿Estarían acaso tan equivocados? Está muy bien y es muy cómodo eso de apoyarse en las fórmulas de los libros de texto acerca de las virtudes de la abstracción científica, pero las dificultades prácticas de la comparación parecían inmensas.

Una forma de manejar la «absurda» idea de comparar unidades tan dispares era aceptar la legitimidad de aquella objeción y añadir otra variable: el contexto mundial de cualquier era determinada, o lo que Wolfram Eberhard llama «tiempo mundial». Esto significaba que mientras que la Francia del siglo XVII podría haber compartido ciertas características estructurales con la India del siglo XX, debían de ser consideradas como muy diferentes en las dimensiones del contexto mundial. Esto fue conceptualmente clarificador, pero hizo que las mediciones fueran aún más complicadas.

Finalmente, parecía haber otra dificultad. Si determinadas sociedades atravesaban «etapas», es decir, tenían una «historia natural», ¿qué sucedía entonces con el propio sistema mundial? ¿Acaso no tenía «etapas», o al menos una «historia natural»? Si así fuera, ¿no estaríamos estudiando evoluciones comprendidas dentro de otras evoluciones? Y de ser ese el caso, ¿no se estaría convirtiendo la teoría en algo ligeramente sobrecargado en epiciclos? ¿No estaría pidiendo a voces algún toque de simplificación?

Al menos así me lo pareció a mí. Fue en ese momento cuando abandoné definitivamente la idea de tomar como unidad de análisis tanto el Estado soberano como ese otro concepto aún más vago, la sociedad nacional. Decidí que ninguno de los dos era un sistema social y que solamente podía hablarse de cambios sociales en sistemas sociales. En este esquema el único sistema social era el sistema mundial.

Esto fue por supuesto muy simplificador. Tenía un único tipo de unidad en lugar de unidades dentro de otras unidades. Podía explicar los cambios en los Estados soberanos como consecuencias de la evolución y la interacción del sistema mundial. Pero también resultaba extraordinariamente complicado. Probablemente sólo tendría un ejemplo de esta unidad en la era moderna. Supongamos incluso que yo estaba en lo cierto, que la unidad correcta de análisis era el sistema mundial y que los Estados soberanos debían ser considerados tan sólo como un

tipo de estructura organizativa entre otras en el seno de este único sistema social. ¿Podía yo entonces hacer algo más que limitarme a escribir su historia?

Yo no tenía interés en escribir su historia, ni siquiera tenía ni de lejos los conocimientos empíricos necesarios para tal tarea. (Y por su propia naturaleza muy pocos individuos podrían llegar a hacerlo.) Pero, ¿puede haber leyes que incluyan lo único? En un sentido riguroso, por supuesto que no. Una afirmación de causalidad o de probabilidad se hace en términos de una serie de fenómenos semejantes o de casos semejantes. Incluso si incluyéramos en una serie tal aquellos que probablemente o incluso posiblemente se podrían dar en un futuro, lo que podría proponerse aquí no sería añadir una serie de posibles casos futuros a un conjunto de casos presentes y pasados. Sería añadir una serie de casos posibles en el futuro a un único caso pasado y presente.

Sólo ha habido un «mundo moderno». Tal vez algún día se descubrirán fenómenos comparables en otros planetas o sistemas mundiales adicionales en este mismo. Pero, aquí y ahora, la realidad estaba clara: tan sólo uno. Fue aquí donde me vi inspirado por la analogía con la astronomía que pretende explicar las leyes que gobiernan el universo aunque (por lo que nosotros sabemos) jamás ha existido más que un universo.

¿Qué es lo que hacen los astrónomos? Por lo que tengo entendido, la lógica de sus argumentaciones comprende dos operaciones distintas. Ellos utilizan las leyes derivadas del estudio de entidades físicas de menor tamaño, las leyes de la física, y argumentan que, tal vez con ciertas excepciones específicas, estas leyes se aplican por analogía a la totalidad del sistema. En segundo lugar razonan *a posteriori*. Si la totalidad del sistema ha de estar en un estado determinado en el momento *y*, lo más probable es que estuviera en un estado determinado en el momento *x*.

Ambos métodos son engañosos, y es por eso por lo que en el campo de la cosmología, que es el estudio del funcionamiento del sistema como un todo, existen hipótesis asombrosamente opuestas, mantenidas por astrónomos de reputación. Al igual que las hay en las explicaciones acerca del sistema mundial moderno, un estado de cosas que lo más probable es que perviva durante algún tiempo. De hecho, los estudiosos del funcionamiento del sistema mundial posiblemente tengan más facilidades que los estudiosos del funcionamiento del universo, en lo que se refiere a la cantidad de evidencia empírica de la que disponen.

En cualquier caso, me vi inspirado por el epigrama de T. J. G. Locher: «no se debe confundir totalidad con completitud. El todo es más que la suma de las partes, pero también es sin duda menos»[1].

Estaba intentando describir el sistema mundial a un cierto nivel de abstracción, el de la evolución de las estructuras de la totalidad del sistema. Tenía interés en describir sucesos particulares tan sólo en la medida en la que iluminaran el sistema como ejemplos típicos de algún mecanismo, o en la medida en que fuesen puntos decisivos cruciales en algún cambio institucional de primer orden.

Este tipo de proyecto será abordable en la medida en que exista una buena cantidad de material empírico, y este material exista al menos parcialmente en forma de trabajos planteados en controversia. Afortunadamente este parece ser el caso ya para un gran número de temas de la historia moderna.

Uno de los principales avances de la ciencia social moderna ha sido el intento de lograr una cuantificación de los hallazgos de la investigación. El utilizar las descripciones densamente narrativas de la mayor parte de la investigación histórica no parece prestarse a tal cuantificación. ¿Cuál es entonces la fiabilidad de tales datos, y en qué medida puede uno sacar conclusiones seguras del material acerca del funcionamiento de un sistema como tal? Es una tragedia esencial de las ciencias sociales del siglo XX que una proporción tan grande de científicos sociales, al enfrentarse con este dilema, hayan tirado la toalla. Los datos históricos les parecían vagos y sin afinar, y por lo tanto no merecedores de confianza. Sentían que no había gran cosa que hacer al respecto y que por lo tanto era mejor el evitar usarlos. Y la mejor forma de no usarlos era formular los problemas de tal forma que su uso no fuera indicado.

Así, la cuantificabilidad de los datos determinaba la elección de los problemas para la investigación, que a su vez determinaban los aparatos conceptuales con los cuales se habían de definir y utilizar los datos empíricos. A poco que lo pensemos quedará claro que esto es una inversión del proceso científico. La conceptualización debe determinar la elección de los instrumentos para la investigación, y no al revés. El grado de cuantificación debería reflejar simplemente el máximo de precisión posible para problemas y métodos dados en momentos determinados.

---

[1] *Die Überwindung des europäozentrischen Geschichtsbildes* (1954), p. 15, citado por G. Barraclough en H. P. R. Finberg, comp., *Approaches to history: a symposium*, Toronto, Univ. of Toronto Press, 1962, p. 94.

Siempre es más deseable una mayor que una menor cuantificación, en la medida en la que se refiera a cuestiones que derivan del ejercicio conceptual. En esta etapa del análisis del sistema mundial, el grado de cuantificación logrado e inmediatamente realizable es limitado. Hacemos lo más que podemos y seguimos adelante a partir de ahí.

Finalmente está la cuestión de la objetividad y del compromiso. Yo no creo que exista ciencia social que no esté comprometida. Eso, no obstante, no significa que sea imposible ser objetivo. En primer lugar se trata de definir claramente nuestros términos. En el siglo XIX, como rebelión en contra de los tonos de cuento de hadas de tanta literatura histórica previa, se nos dio el ideal de contar la historia *wie es eigentlich gewesen ist*. Pero la realidad social es distinta. Existe en el presente y desaparece al ir convirtiéndose en pasado. Sólo se puede narrar verdaderamente el pasado como *es*, no como era. Ya que el rememorar el pasado es un acto social del presente hecho por hombres del presente y que afecta al sistema social del presente.

La «verdad» cambia porque la sociedad cambia. En un momento dado nada es sucesivo, todo es contemporáneo, incluso aquello que es ya pasado. En el presente todos somos irremediablemente producto de nuestro medio, nuestra educación, nuestra personalidad y nuestro papel social, y las presiones estructuradas en cuyo seno operamos. Eso no quiere decir que no haya opciones. Más bien todo lo contrario. Un sistema social y todas sus instituciones constituyentes, incluyendo el Estado soberano del mundo moderno, son el espacio de una amplia gama de grupos sociales, en contacto, en colusión y, por encima de todo, en conflicto los unos con los otros. Ya que todos pertenecemos a múltiples grupos, a menudo tenemos que tomar decisiones en cuanto a las prioridades que nuestras lealtades exigen. Los estudiosos y los científicos no están por ningún motivo exentos de este requerimiento. Ni tampoco ese requerimiento se ve limitado a sus papeles no académicos y directamente políticos en el seno del sistema social.

Por supuesto, ser un investigador o un científico es cumplir un determinado papel en el sistema social, un papel bastante diferente del de apologistas de cualquier grupo en particular. No pretendo denigrar el papel de abogado. Es esencial y honorable, pero no es el mismo del estudioso o científico. El papel de este último es el de discernir, en el marco de su compromiso, la realidad presente de los fenómenos que estudia, y derivar de este estudio unos principios generales a partir de los cuales se pueden hacer en último término aplicaciones particulares. En

este sentido no existe un área de estudio que no sea «relevante». Ya que la adecuada comprensión de la dinámica social del presente requiere una comprensión teórica que sólo puede estar basada en el estudio de la más amplia gama posible de fenómenos, incluyendo la totalidad del tiempo y el espacio históricos.

Cuando hablo de la «realidad presente» de los fenómenos, no quiero decir que por ejemplo un arqueólogo, para fortalecer las afirmaciones políticas de un gobierno, deba afirmar que los artefactos que descubre pertenezcan a un grupo, creyendo de hecho que en realidad pertenecen a otro. Quiero decir que la totalidad de la empresa arqueológica, desde su mismo comienzo —la inversión social en esta rama de la actividad científica, la orientación de la investigación, las herramientas conceptuales, los modos de resumir y comunicar los resultados—, es función del presente social. Pensar lo contrario es en el mejor de los casos engañarse a sí mismo. La objetividad es la honestidad dentro del marco en el que uno se mueve.

La objetividad es una función de la totalidad del sistema social. En la medida en que el sistema sea asimétrico, concentrando ciertos tipos de actividades de investigación en manos de grupos particulares, los resultados se «inclinarán» en favor de estos grupos. La objetividad es el vector de una distribución de la inversión social en una actividad tal que ésta sea realizada por personas enraizadas en todos los grupos fundamentales del sistema, de una manera equilibrada. Partiendo de esta definición, hoy en día no gozamos de unas ciencias sociales objetivas. Por otra parte, éste no es un objetivo irrealizable dentro de un futuro previsible.

Hemos sugerido ya que el estudio de los sistemas mundiales resulta particularmente peliagudo debido a la imposibilidad de localizar ejemplos comparables. También resulta particularmente peliagudo dado que el impacto social de las afirmaciones acerca del sistema social resulta clara e inmediatamente evidente para todos los principales actores de la arena política. De ahí que las presiones sociales ejercidas sobre los estudiosos y los científicos, bajo la forma de un control social relativamente estrecho sobre sus actividades, resulten particularmente grandes en este terreno. Esto suministra una explicación más que añadir a la de los dilemas metodológicos para explicar la desgana de los investigadores en abordar estudios en este terreno.

Pero, por otra parte, ésta es precisamente la razón por la que es importante hacerlo. La capacidad del hombre para participar inteligentemente en la evolución de su propio sistema

depende de su habilidad para percibirlo en su totalidad. Cuanto más difícil admitamos que resulta el trabajo, tanto más urgente es que abordemos el problema mejor antes que después. Por supuesto no todos los grupos están interesados en que esto ocurra. Aquí es donde aparece el problema del compromiso. Depende de la imagen que tengamos de una buena sociedad. En la medida en la que queramos un mundo más igualitario y más libertario, hemos de comprender las condiciones bajo las cuales estos estados del ser son realizables. El hacerlo requiere en primer lugar una clara exposición de la naturaleza y la evolución del sistema mundial moderno hasta hoy, y la gama de desarrollos posibles en el presente y en el futuro. Tal clase de conocimiento supondría poder. Y en el marco de mi compromiso sería un poder que resultaría especialmente útil para aquellos grupos que representan los intereses de la parte mayor y más oprimida de la población mundial.

Por lo tanto, con estas consideraciones en mente me he embarcado en este esfuerzo de analizar los elementos determinantes del sistema mundial moderno. Supondrá varios volúmenes el lograrlo, incluso la forma preliminar que esta obra necesariamente tendrá.

He dividido el trabajo, al menos inicialmente, en cuatro partes principales, correspondientes a lo que yo considero cuatro épocas fundamentales, hasta hoy, del sistema mundial moderno. Este primer volumen se ocupa de los orígenes y las condiciones primitivas del sistema mundial, hasta entonces tan sólo un sistema mundial europeo. Las fechas aproximadas de esta etapa son 1450-1640. El segundo volumen se ocupará de la consolidación de este sistema, aproximadamente entre 1640 y 1815. El tercero se ocupará de la conversión de la economía-mundo en una empresa global, hecha posible por la transformación tecnológica del industrialismo moderno. Esta expansión fue tan repentina y tan grande que el sistema tuvo de hecho que ser recreado. Este período es aproximadamente el de 1815-1917. El cuarto volumen tratará de la consolidación de la citada economía-mundo capitalista desde 1917 hasta el presente, y las tensiones «revolucionarias» particulares que esta consolidación ha provocado.

Una gran parte de las ciencias sociales contemporáneas se han convertido en el estudio de grupos y organizaciones, cuando no en psicología social disfrazada. Este trabajo, no obstante, no implica el estudio de grupos, sino el de sistemas sociales. Cuando uno estudia un sistema social las líneas de división clásicas entre las ciencias sociales carecen de sentido. La antro-

pología, la economía, las ciencias políticas, la sociología —y la historia— son divisiones de la disciplina en cuestión, ancladas en una cierta concepción liberal del Estado y su relación con sectores funcionales y geográficos del orden social. Tienen un cierto sentido si el centro de nuestro estudio son las organizaciones. No tienen absolutamente ninguno si lo es el sistema social. No pretendo que se aborde desde un punto de vista multidisciplinario el estudio de los sistemas sociales, sino más bien que se haga de forma unidisciplinaria. El contenido sustantivo de este libro clarificará, espero, lo que quiero decir con esta frase, y hasta qué punto me la tomo en serio.



«La caza del zorro», de *Das Mittelalterliche Hausbuch.* Dibujo en tinta por un artista alemán anónimo, que trabajó entre 1475 y 1490, conocido como Maestro del Libro Maestro [*Hausbuch*].

1. PRELUDIO MEDIEVAL

A finales del siglo xv y principios del xvi, nació lo que podríamos llamar una economía-mundo europea. No era un imperio, pero no obstante era espaciosa como un gran imperio y compartía con él algunas características. Pero era algo diferente y nuevo. Era un tipo de sistema social que el mundo en realidad no había conocido anteriormente, y que constituye el carácter distintivo del moderno sistema mundial. Es una entidad económica pero no política, al contrario que los imperios, las ciudades-Estado y las naciones-Estado. De hecho, precisamente comprende dentro de sus límites (es difícil hablar de fronteras) imperios, ciudades-Estado, y las emergentes «naciones-Estado». Es un sistema «mundial», no porque incluya la totalidad del mundo, sino porque es mayor que cualquier unidad política jurídicamente definida. Y es una «*economía*-mundo» debido a que el vínculo básico entre las partes del sistema es económico, aunque esté reforzado en cierta medida por vínculos culturales y eventualmente, como veremos, por arreglos políticos e incluso estructuras confederales.

Por el contrario, un imperio es una unidad política. Por ejemplo, Shmuel Eisenstadt lo ha definido de la siguiente forma:

> El término «imperio» ha sido utilizado para designar un sistema político que comprende amplios territorios, relativamente muy centralizados, y en el cual el centro, personificado tanto en la persona del emperador como en las instituciones políticas centrales, constituye una entidad autónoma. Más aún, aunque los imperios han estado habitualmente basados en una legitimación tradicional, han abrazado a menudo una orientación política y cultural más amplia, potencialmente universal, que iba más allá de cualquiera de sus partes componentes [1].

En este sentido los imperios fueron una característica constante del panorama mundial a lo largo de cinco mil años. Exis-

---

[1] S. N. Eisenstadt, «Empires», *International Encyclopedya of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan y Free Press, 1968, v, p. 41.

tieron varios imperios en diversas partes del mundo de forma continua en cualquier momento dado. La centralización política de un imperio constituía al mismo tiempo su fuerza y su mayor debilidad. Su fuerza se basaba en el hecho que garantizaba flujos económicos desde la periferia hacia el centro por medio de la fuerza (tributos e impuestos) y de ventajas monopolísticas en el comercio. Su debilidad yacía en el hecho de que la burocracia necesaria para su estructura política tendía a absorber un exceso de los beneficios, especialmente cuando la represión y la explotación originaban revueltas que aumentaban los gastos militares [2]. Los imperios políticos son un medio primitivo de dominación económica. Si se quiere plantearlo así, el logro social del mundo moderno consiste en haber inventado la tecnología que hace posible incrementar el flujo de excedente desde los estratos inferiores a los superiores, de la periferia al centro, de la mayoría a la minoría, eliminando el «despilfarro» de una superestructura política excesivamente engorrosa.

He dicho ya que la economía-mundo es un invento del mundo moderno. Esto no es del todo cierto. Existieron economías-mundo anteriormente. Pero siempre acabaron transformándose en imperios: China, Persia, Roma. La economía-mundo moderna podría haber ido en la misma dirección —de hecho esporádicamente ha dado la impresión de que iba a hacerlo— pero las técnicas del capitalismo moderno y la tecnología de la ciencia moderna, que como ya sabemos están un tanto ligadas entre sí, permitieron que esta economía-mundo creciera, produjera y se expandiera sin la emergencia de una estructura política unificada [3].

---

[2] Una discusión acerca de las contradicciones internas de los imperios, como explicación de su decadencia, aparece en S. N. Eisenstadt, «The causes of desintegration and fall of empires: sociological and historical analyses», *Diogenes*, 34, verano de 1961, pp. 82-107.

[3] Y fue una señal de sabiduría política el darse cuenta de esto. El primer signo de tal sabiduría fue la negativa de Venecia en el siglo XIII a asumir las cargas políticas del imperio bizantino. Mario Abrate observa:

«El organismo político que emergió de la cuarta cruzada, el imperio latino de Oriente, depositaba todas sus esperanzas de supervivencia en la continuidad de sus lazos con Occidente.

»Venecia, la potencia que había apoyado la cruzada y suministrado los medios navales para llevarla a cabo, no quería echar sobre sus hombros la carga del gobierno político del imperio (el dogo Enrico Dandolo rechazó de hecho el trono que le fue ofrecido), pero se aseguró, casi automáticamente, el monopolio de las comunicaciones y mercados marítimos para todos los territorios controlados por el nuevo dominio latino.» «Creta, colonia veneziana nei secoli XIII-XV», *Economia e Storia*, IV, 3, julio-septiembre de 1957, p. 291.

Lo que hace el capitalismo es ofrecer una fuente alternativa y más lucrativa de apropiación del excedente (al menos más lucrativa a largo plazo). Un imperio es un mecanismo para recaudar tributos, lo que en la significativa imagen de Frederic Lane significa «pagos recibidos a cambio de protección, pero pagos que superan el costo necesario para producir tal protección»[4]. En una economía-mundo capitalista, la energía política se utiliza para asegurarse derechos monopolísticos (o algo lo más parecido posible). El Estado se convierte no tanto en la empresa económica central como en el medio de asegurar ciertos términos de intercambio en otras transacciones económicas. De esta forma, el funcionamiento del mercado (no su funcionamiento *libre*, pero no obstante su funcionamiento) crea incentivos para incrementar la productividad, y todo el conjunto de rasgos consiguiente que acompaña al desarrollo económico moderno. La economía-mundo es la arena en la cual transcurren estos procesos.

Una economía-mundo parece ser limitada en sus dimensiones. Ferdinand Fried observó que:

> Si tomamos en cuenta todos los factores, vemos que el espacio de la economía «mundial», en la antigüedad romana, podía recorrerse en de cuarenta a sesenta días, utilizando los mejores medios de transporte [...] En nuestros días (1939), tardamos también, sobre poco más o menos, de cuarenta a sesenta días en cubrir todo el espacio de la economía mundial moderna. Esto, suponiendo que se empleen solamente los medios normales de transporte de mercancías[5].

Y Fernand Braudel añade que se podría decir que ésta era también la extensión temporal del mundo mediterráneo en el siglo XVI[6].

---

[4] Frederic C. Lane, «The economic meaning of war and protection», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, p. 389.

[5] Ferdinand Fried, *Le tournant de l'économie mondiale* (1942), citado en Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1966, 2.ª ed. corregida y aumentada, I, p. 339.

[6] Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, pp. 339-340. En cuanto a Europa en el siglo XV, Garrett Mattingly argumenta que requería aún unidades de menor escala: «A principios del siglo XV la sociedad occidental carecía aun de recursos para organizar Estados estables a escala nacional. Podía hacerlo a escala de la ciudad-Estado italiana. Internamente, las menores distancias a superar hicieron resolubles en la práctica los problemas del transporte y de la comunicación, y consiguientemente los problemas de la recolección de impuestos y del mantenimiento de la autoridad central». *Renaissance diplomacy*, Londres, Jonathan Cape, 1955, p. 59.

Pero, dice Mattingly, esto cambia para el siglo siguiente: «[En] térmi-

Los orígenes y el funcionamiento de la citada economía-mundo europea de sesenta días, en el siglo XVI, es lo que nos ocupa ahora [7]. No obstante es vital recordar que Europa no era la única economía-mundo en aquellos tiempos. Había otras [8]. Pero sólo Europa se embarcó en el camino del desarrollo capitalista que la capacitó para desbancar a las otras. ¿Cómo y por qué ocurrió esto? Empecemos viendo lo que pasó en el mundo a lo largo de los tres siglos anteriores a 1450. En el siglo XII el hemisferio oriental contenía una serie de imperios y pequeños mundos, muchos de los cuales estaban mutuamente entrelazados en sus límites. En aquellos tiempos el Mediterráneo era un foco comercial donde se encontraban Bizancio, las ciudades-Estado italianas, y en cierta medida partes del norte de Africa. El complejo océano Indico-mar Rojo formaba otro foco semejante. La región de China era un tercer foco. La masa de tierra del Asia central, desde Mongolia hasta Rusia, un cuarto. El área báltica estaba a punto de convertirse en un quinto foco. No obstante el noroeste de Europa era un área muy marginal en términos económicos. El principal modo social u organización era lo que ha venido a llamarse feudalismo.

Debemos tener muy claro lo que no era el feudalismo. No era una «economía natural», es decir una economía de autosubsistencia. El feudalismo de Europa occidental surgió de la desintegración de un imperio, desintegración que en realidad jamás fue total, ni siquiera *de jure* [9]. El mito del imperio roma-

---

nos de relaciones comerciales, o de logística militar, o incluso de comunicación diplomática, las distancias en Europa eran perceptiblemente mayores en el siglo XIV que en el XVI» *(ibid.*, p. 60).

[7] «Cuando uno dice "mundo", refiriéndose al siglo XVI [...] de hecho, uno se refiere habitualmente a Europa [...] A escala mundial, hablando geográficamente, la economía del Renacimiento es un aspecto regional sin duda primordial, pero no obstante regional.» Michel Mollat, «Y a-t-il une économie de la Renaissance?», en *Actes du colloque sur la Renaissance,* París, Vrin, 1958, p. 40.

[8] «Antes de la constitución de una verdadera economía mundial (aun incompleta en el siglo XX), cada núcleo de población aparece en el centro de una red de comunicaciones [...] Cada uno de estos mundos corresponde [...] a un núcleo con una elevada densidad de población. Está limitado por desiertos, por mares, por tierras vírgenes. El caso de Europa y el de China son particularmente claros.» Pierre Chaunu, *L'expansion européenne du XIII[e] au XV[e] siècle,* París, Presses Universitaires de France, 1969, p. 255.

[9] Marc Bloch atacó frontalmente la confusión básica: «Claramente, del hecho de que una transacción estipule un precio en equivalentes monetarios o en especie, no se puede deducir legítimamente, sin evidencia más precisa, que el pago fuera hecho o no realmente en metálico [...].

no suministraba aún una cierta coherencia cultural e incluso legal al área. La cristiandad servía como un conjunto de parámetros en el seno de los cuales tenía lugar la actividad social. La Europa feudal era una «civilización», pero no un sistema mundial.

No tendría ningún sentido concebir las áreas en las que existía el feudalismo como poseedoras de dos economías, una economía de mercado en las ciudades y una economía de subsistencia en los señoríos rurales. En el siglo XX, con referencia al llamado mundo subdesarrollado, este enfoque ha sido planteado bajo la etiqueta de teoría de la «economía dual». Más bien, como sugiere Daniel Thorner:

> Sin duda nos estaremos engañando a nosotros mismos si pensamos que las economías campesinas están orientadas exclusivamente hacia su propia subsistencia, y consideramos «capitalista» toda orientación hacia el «mercado». Es más razonable partir del supuesto de que, durante muchos siglos, las economías campesinas han participado de ambas orientaciones [10].

¿Durante muchos siglos? ¿Cuántos? B. H. Slicher van Bath, en su importante trabajo acerca de la historia agraria europea, fija el punto culminante en torno al 1150 d.C. Incluso antes de eso, no cree que Europa occidental estuviera inmersa en la

---

»Al igual que las instituciones políticas del feudalismo, caracterizadas por un profundo debilitamiento del Estado, no obstante suponían el recuerdo y mostraban las huellas de un pasado en el que el Estado había sido fuerte, igualmente la economía, incluso cuando el intercambio llegó a ser mínimo, nunca perdió su vinculación a un esquema monetario, cuyos principios habían sido heredados de civilizaciones precedentes.» «Economie-nature ou économie-argent: un pseudo-dilemme», *Annales d'Histoire Sociale*, I, 1939, pp. 13-14. Bloch afirma ulteriormente: «El feudalismo europeo debería por tanto ser considerado como el resultado de la disolución violenta de sociedades más antiguas. Sería de hecho ininteligible sin el gran cataclismo de las invasiones germánicas, las cuales, al unir por la fuerza dos sociedades que estaban originalmente en etapas de desarrollo muy diferentes, destrozaron a las dos». *Feudal society*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1961, p. 443.

Sobre la cuestión de la «economía monetaria», véase también M. M. Postan: «Así, desde el punto de vista de la historia inglesa, e incluso de la historia medieval y anglosajona el nacimiento de la economía monetaria, en el sentido de su primera aparición, carece de significado histórico. El dinero ya estaba en uso cuando comenzó la historia documentada, y su aparición no puede ser aducida como explicación de ningún fenómeno posterior». «The rise of a money economy», *Economic History Review*, XIV, 2, 1944, p. 127.

[10] Daniel Thorner, «L'économie paysan: concept pour l'histoire économique», *Annales ESC*, XIX, 3, mayo-junio de 1964, p. 422.

agricultura de subsistencia, sino más bien que desde el año 500 d.C. hasta 1150 d.C. estaba inmersa en lo que él llama «consumo agrícola directo», es decir, en un sistema de autosuficiencia parcial en el que, aunque la mayor parte de la gente produce su propia comida, también la suministra a modo de trueque a la población no agrícola. Desde 1150 en adelante, él considera que Europa occidental había llegado a una etapa de «consumo agrícola indirecto», un estado en el que aún estamos hoy en día [11].

Lo que debemos visualizar entonces, cuando hablamos de feudalismo en Europa occidental, es una serie de minúsculos nódulos económicos cuyas poblaciones y productividad estaban en lento crecimiento, y en los que los mecanismos legales garantizaban que el grueso del excedente fuera a parar a los terratenientes que tenían estatus de nobleza y poseían el control de la maquinaria jurídica. Dado que una buena parte de este excedente estaba en especie, resultaba escasamente beneficioso a menos que pudiera ser vendido. Aparecieron ciudades y con ellas artesanos que compraban el excedente y lo cambiaban por sus productos. Una clase mercantil surgió de dos fuentes distintas. Por una parte de los agentes de los terratenientes, que a veces se independizaban, así como de los campesinos de tamaño intermedio que después de los pagos al señor retenían suficiente excedente para venderlo en el mercado [12]. Por otra parte, de los

---

[11] B. H. Slicher van Bath, *The agrarian history of Western Europe, A. D. 500-1850*, Nueva York, St. Martin's, 1963, p. 24. El autor señala que alrededor de 1850 comienza una segunda fase de producción agrícola indirecta, en la que la *mayoría* de la población no está ya ocupada en la producción agrícola.

[12] Karl Bücher nos avisa de la confusión que la palabra «comerciante» produce en un contexto medieval: «Los estudios recientes que tratan acerca del origen de la constitución de las ciudades alemanas han pasado por alto el gran significado de la palabra *Kaufmann* e imaginado que las innumerables ciudades existentes en el seno del imperio alemán a finales de la Edad Media, desde Colonia y Augsburgo hasta Medebach y Radolfzell, estaban habitadas por comerciantes en el sentido moderno del término, esto es, por una clase especializada de hombres de comercio profesionales, a los que como regla general se representa además como mayoristas. Toda la historia económica se rebela contra tal concepción. ¿Con qué trataban estas personas y en qué pagaban sus productos? Además, los mismos términos utilizados se oponen a ella. La característica más predominante del comerciante profesional en su relación con el público no es su costumbre de comprar, sino la de vender. Sin embargo, el mercader [*Kaufmann*] de la Edad Media obtiene su nombre de la palabra comprar [*kaufen*]. En los archivos de Estado de

agentes residentes de mercaderes a larga distancia (frecuentemente basados en las ciudades-Estado del norte de Italia, y más tarde en las ciudades hanseáticas), que capitalizaban las defectuosas comunicaciones y en consecuencia las grandes disparidades entre los precios de un área a otra, especialmente cuando ciertas áreas sufrían calamidades naturales[13]. Por supuesto, al

---

Otón III, referentes a Dortmund entre 990 y 1000 d. C., se habla de los *emptores Trotmanniae* (cuyas leyes municipales, como las de Colonia y Mainz, se dice que sirven como modelo para otras ciudades), en relación con la misma cuestión, como *mercatores* o *negotiatores* en otros archivos. Si el abad de Reichenau, en el año 1075, puede de un plumazo transformar a los campesinos de Allensbach y a sus descendientes en comerciantes [*ut ipsi et eorum posteri sint mercatores*], ninguna posible interpretación ingeniosa puede explicar esto si tenemos en mente a los comerciantes profesionales. Que de hecho comerciante significaba cualquier persona que vendiera productos en los mercados, sin importar si los había producido ella misma o había comprado la mayor parte de ellos, resulta evidente, por ejemplo, de una declaración no impresa del Consejo de Francfort en 1420, respecto al tributo llamado *Marktrecht* (en el libro número 3 de los archivos municipales, fol. 80). Al comienzo de ella encontramos que este tributo ha de ser pagado por "todo comerciante que se aposenta en la calle con su mercancía, sea ésta la que sea". Después figuran, especificados detalladamente, los "mercaderes" o "mercancías" individuales afectados por estos tributos. De la larga lista se pueden tomar los siguientes ejemplos: negociantes de ropas viejas, pasteleros, vendedores de comida, cordeleros, vendedores de avellanas, vendedores de huevos y de queso con sus carros, vendedores de aves de corral que lleven sus cestas a la espalda, extranjeros que tengan en su posesión más de una pieza de queso, zapateros remendones, cambistas de dinero, panaderos que utilicen los puestos de mercado, forasteros con carros de pan, gansos, carros de forraje, paja, heno, coles, todos los vendedores de lino, lienzo, cáñamo, hilaza, que vendan sus productos en la calle. Aquí nos encontramos con un confuso batiburrillo de pequeños comerciantes de la ciudad, artesanos y campesinos. Que tanto quienes compraban como quienes vendían en el mercado eran designados como *Kaufleute* (comerciantes) es evidente en numerosos documentos; de hecho, se pueden citar pasajes en los cuales cuando se habla del mercader parece estarse haciendo referencia fundamentalmente al comprador». *Industrial evolution*, Nueva York, Holt, 1901, pp. 117-118, n. 23.

[13] Había un comercio «a larga distancia» y un comercio muy local, pero no existía ningún comercio «intermedio». Carlo Cipolla da esta explicación: «una curiosa mezcla de universalismo y particularismo dominaba la escena. Resultaba conveniente económicamente obtener la preciosa seda de la China o las valiosas alfombras del Oriente Próximo, pero habitualmente no resultaba conveniente obtener mercancías más pobres a unas pocas millas de distancia. Dado que el transporte masivo era imposible por razones técnicas, los costos de flete se mantenían relativamente altos. Particularmente, cuando el transporte por vía acuática era imposible el comercio a larga distancia tenía que apoyarse, fundamentalmente si no exclusivamente, en los objetos preciosos. Para sus necesidades básicas diarias toda la comunidad tenía que ser

crecer las ciudades ofrecieron un refugio y un lugar de empleo potencial a los campesinos, con lo cual empezaron a cambiar algunos términos de las relaciones en los señoríos [14].

El feudalismo como un sistema no debe ser considerado como algo antitético del comercio. Por el contrario, hasta cierto punto, el feudalismo y la expansión del comercio van unidos. Claude Cahen sugiere que, si bien los estudiosos han observado a menudo este fenómeno en áreas *exteriores* a Europa occidental [15], tal vez no han reparado en el mismo fenómeno en el caso del feudalismo occidental debido a sus anteojeras ideológicas. «Habiendo señalado así la posibilidad de la convergencia, *tan sólo hasta una cierta etapa de desarrollo*, del desarrollo del

siempre tan autosuficiente y automantenida como fuera posible. La división interlocal del trabajo tenía que basarse fundamentalmente en objetos preciosos, o en otras cosas que por ningún medio pudieran ser producidas localmente o que no fueran susceptibles de ser sustituidas fácilmente. Y el comercio tenía que apoyarse marcadamente sobre el consumo aristocrático de bienes de lujo». *Money, prices and civilisation in the Mediterranean world: fifth to seventeenth century*, Nueva York, Gordian Press, 1967 b, p. 57.

[14] Véase Paul Sweezy: «El auge de las ciudades, que fue bastante general en toda Europa occidental, hizo mucho más que ofrecer meramente un puerto de refugio a aquellos siervos que huían del señorío: también cambió la posición de aquellos que se quedaban [...] Al igual que los salarios tienen que aumentar en un área de bajos salarios, así hubo que hacer concesiones a los siervos cuando tuvieron la posibilidad de mudarse a las ciudades». «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XIV, 2, primavera de 1950, p. 145. Se podría señalar que en el transcurso de este largo debate entre Sweezy y Maurice Dobb, en el que están en desacuerdo en una larga lista de cosas, Dobb señala: «Incidentalmente, estoy totalmente de acuerdo con la importante observación, subrayada por Sweezy, de que no era tanto la magnitud de la huida a las ciudades lo que resultaba significativo, sino la amenaza de hacerlo (acompañada tal vez por poco más que un pequeño movimiento) que podía ser suficiente para obligar a los señores a hacer concesiones, que resultaban severamente debilitadoras para el feudalismo». «Reply by Maurice Dobb», *Science and Society*, XIV, 2, primavera de 1950, p. 160.

[15] «No existe duda de que formas muy cercanas al feudalismo aparecieron con toda fuerza, tanto en Bizancio como en el mundo musulmán, en los momentos de expansión comercial y no en los de declinación. La misma afirmación es probablemente válida para los mundos ruso o polaco, con la característica particular de que los hombres que organizaron materialmente el comercio internacional eran en gran medida extranjeros (comerciantes hanseáticos), mientras los terratenientes indígenas se ocupaban de producir y reunir los objetos de comercio. Las ganancias se repartían entre los dos grupos, ayudando así al ascenso de la clase señorial, al permitirle adquirir los medios para dominar a los campesinos». Claude Cahen, «A propos de la discussion sur la féodalité», *La Pensée*, 68, julio-agosto de 1956, pp. 95-96.

feudalismo y el comercio, deberíamos reconsiderar, desde este punto de vista, la propia historia del Occidente» [16].

No obstante, un sistema feudal sólo podía mantener un cierto volumen de comercio a larga distancia en oposición al comercio local. Esto era debido a que el comercio a larga distancia era un comercio de bienes de lujo, no de bienes masivos. Era un comercio que se beneficiaba de las disparidades de precio y dependía de la indulgencia política y de las posibilidades económicas de los realmente ricos. Sólo con la expansión de la producción en el marco de una economía-mundo moderna podría convertirse el comercio a larga distancia, en parte, en un comercio masivo que, a su vez, alimentaría un proceso de producción ampliada. Hasta entonces, como señala Owen Lattimore, no era en realidad lo que hoy en día llamamos comercio:

Incluso hasta los tiempos de Marco Polo (por lo menos), el comercio del mercader que se aventuraba más allá de su propio distrito dependía de forma delicada de los caprichos de los potentados [...] La empresa comercial a distancia implicaba menos la venta de bienes masivos que el transporte de curiosidades, rarezas y lujos [...] El mercader buscaba aquellos que pudieran proporcionarle favor y protección [...] Si tenía mala suerte podía ser saqueado o sometido a impuestos ruinosos; pero si tenía suerte, recibía por sus bienes no tanto un precio económico como una generosa largueza [...] La es-

---

[16] Cahen, *ibid.*, p. 96. A. D. Hibbert argumenta, de forma similar, que «tanto los hechos como la teoría sugieren que en más tempranos tiempos medievales el comercio no fue en absoluto un disolvente de la sociedad feudal, sino un producto natural de ésta, y que los comerciantes feudales hasta cierto punto favorecían su crecimiento [...] El feudalismo jamás pudo prescindir de los mercaderes [...] Había dos razones para esto [...] Tenían que mantener grandes rentas, privadas y públicas, y deseaban obtener ganancias del comercio y de la industria, bien convirtiéndose en comerciantes ellos mismos o absorbiendo la riqueza producida por el comercio y la industria a través de impuestos y cargas sobre los bienes o sobre aquellos que los producían y los distribuían». «The origins of the medieval town patriciate», *Past and Present*, 3, febrero de 1953, p. 17.

Hibbert discute ulteriormente las *dos* fuentes de los estratos dominantes en las ciudades:

«Hay dos procesos implicados en la formación de un patriciado, la transformación interna de una antigua clase dominante y el reclutamiento de nuevas familias entre los comerciantes y artesanos más prósperos, que eran a menudo inmigrantes y descendientes de inmigrantes» (p. 23).

«[Esta explicación] deja margen para otra fuente de capital mercantil además de las inesperadas ganancias de pequeños buhoneros y porteadores. Finalmente deja margen a la idea de que las técnicas nuevas o los nuevos mercados podrían ser explotados en primer lugar por hombres nuevos que para conseguir expansionarse se apoyaban en la asociación con hombres ricos de más antigua posición, de forma que el capital pasaba gradualmente de un uso más antiguo a uno nuevo» (página 26).

tructura del comercio de la seda y la de otros muchos comercios era más una estructura tributaria que una estructura comercial[17].

Así, el nivel de actividad comercial era limitado. La actividad económica principal siguió siendo la producción de alimentos y la artesanía, intercambiados en el seno de regiones económicas pequeñas. No obstante la escala de esa actividad económica iba expandiéndose lentamente. Y en consecuencia se expandieron los diversos núcleos económicos. Fueron cultivadas nuevas tierras fronterizas. Fueron fundadas nuevas ciudades. La población creció. Las cruzadas suministraron algunas de las ventajas del pillaje colonial. Y entonces, en algún momento a lo largo del siglo XIV, esta expansión se detuvo. Las áreas cultivadas se redujeron. Disminuyó la población. Y a lo largo de toda la Europa feudal y más allá, apareció una «crisis», marcada por la guerra, las enfermedades y las dificultades económicas. ¿De dónde surgió esta «crisis» y cuáles fueron sus consecuencias?

En primer lugar, ¿en qué sentido hubo una crisis? Aquí existe cierta disparidad de opiniones, no tanto en cuanto a la descripción del proceso como en cuanto al énfasis puesto en la explicación causal. Edouard Perroy considera la cuestión simplemente como una consecuencia de haberse alcanzado un punto óptimo en un proceso de expansión, una saturación de población, «una densidad enorme dado el estado aún primitivo de la tecnología agraria y artesanal»[18]. Y, a falta de mejores arados y fertilizantes, poco se podía hacer para mejorar la situación. Esto llevó a la escasez de comida, que a su vez llevó a la aparición de epidemias. Con un suministro de moneda estable, se dio una moderada subida de precios, lo que perjudicó a los perceptores de rentas. El lento deterioro de la situación se hizo entonces agudo a causa del comienzo de la guerra de los Cien Años, en 1335-1345, que hizo que los sistemas esta-

[17] Owen Lattimore, «The frontier in history», en *Relazioni del X Congresso de Scienze Storiche*, I; *Metodologia; problemi generali; scienze ausiliare della storia*, Florencia, Sansoni, 1955, pp. 124-125.

[18] Edouard Perroy, «A l'origine d'une économie contractée: les crises du XIV^e siècle», *Annales ESC*, IV, 2, abril-junio de 1949, p. 168. Una prueba de que Perroy puede estar en lo cierto acerca de la saturación de población es el hecho de que los archivos ingleses indican que en la Edad Media un día de trabajo en la agricultura significaba de hecho «desde el alba hasta el mediodía». Véase Slicher van Bath, *Agrarian history*, página 183. De hecho Ester Boserup deduce de este hecho la conclusión de que un aspecto significativo del desarrollo agrícola moderno es «un alargamiento gradual de las horas de trabajo en la agricultura». *The conditions of economic growth*, Chicago (Illinois), Aldine, 1965, p. 53

tales de la Europa occidental pasaran a una economía de guerra, con el resultado particular de que hubiera una mayor necesidad de impuestos. Los impuestos, que caían sobre unos tributos feudales ya considerables, fueron demasiado para los productores, creando una crisis de liquidez que, a su vez, llevó a una vuelta a los impuestos indirectos y a los impuestos en especie. Así empezó un ciclo descendente: la carga fiscal llevó a una reducción en el consumo, que condujo a una reducción en la producción y en la circulación de moneda, la cual incrementó aún más las dificultades de liquidez, llevando a los reyes a buscar préstamos, y eventualmente a la insolvencia de los limitados tesoros reales, lo que a su vez creó una crisis de crédito que condujo al atesoramiento, lo cual a su vez alteró el esquema del comercio internacional. Se dio un rápido crecimiento de los precios reduciendo aún más el margen de subsistencia, y esto empezó a hacerse sentir sobre la población. El terrateniente perdió a sus proveedores y arrendatarios. El artesano perdió clientes. Se pasó de los terrenos arables a los pastos, porque requerían menos mano de obra. Pero existía un problema en encontrar clientes para la lana. Los salarios crecieron, lo cual supuso una carga particularmente fuerte para los pequeños y medios propietarios de tierras, que se volvieron al Estado en busca de protección contra las alzas de los salarios. «La descomposición de la producción en los señoríos, que se hace aún más severa a partir de 1350, es prueba de una continua depresión [de] moderado estancamiento.» [19].

El estancamiento es a primera vista una curiosa consecuencia. Uno podría haber esperado encontrarse ante la siguiente secuencia. Una población reducida lleva a mayores salarios, lo cual, con la relativa inelasticidad de las rentas, supondría un cambio en la composición de la demanda, trasladando parte del excedente del señor al campesino, y asegurando por lo tanto que una menor parte de él sería atesorada. Más aún, una reducción de población en una economía que era en gran medida agrícola debería haber llevado a reducciones paralelas en la demanda y la oferta. Pero, dado que típicamente un productor reduce su producción normalmente eliminando las parcelas menos fértiles, debería haber habido una tasa superior de productividad, lo cual debería haber reducido los precios. Estos dos desarrollos deberían haber impulsado, y no desalentado al comercio. No obstante, de hecho, el comercio se «estancó».

---

[19] Perroy, *ibid.*, p. 182.

Lo que falló en este cálculo es el supuesto implícito de la elasticidad de la demanda. North y Thomas nos recuerdan que, dada la situación de la tecnología y la extensión y el volumen del comercio internacional, los costos de las transacciones eran muy elevados, y cualquier reducción en volumen (debida a una declinación de la población) pondría en marcha un proceso de elevación de costos que llevaría a una ulterior reducción en el comercio. Ellos describen el proceso de la siguiente forma:

[Previamente] los mercaderes consideraban rentable reducir los costos de transacción estableciendo agentes en una ciudad distante para adquirir información acerca de los precios y de las posibles oportunidades comerciales; al disminuir el volumen del comercio, esto dejó de ser útil. Las corrientes de información se secaron, y el volumen de comercio se vio reducido aún más. Por tanto, no es sorprendente que los historiadores económicos hayan encontrado depresiones (que para ellos significan un volumen total de actividad económica menor) incluso en este mundo donde presumiblemente el incremento relativo de los salarios reales que el campesino y el trabajador debían estar experimentando debería haber venido seguido por unos mayores ingresos per cápita [20].

R. H. Hilton acepta la descripción que Perroy hace de los hechos [21]. Pero no acepta la forma de análisis que hace a la crisis comparable a una de las crisis recurrentes de un sistema capitalista desarrollado, exagerando así el grado en el que los dilemas financieros y monetarios afectan a un sistema feudal, en el cual el elemento del flujo de moneda es una parte mucho menor de la interacción humana que en una sociedad capita-

---

[20] Douglass C. North y Robert Paul Thomas, «An economic theory of the growth of the western world», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 1, abril de 1970, pp. 12-13. B. H. Slicher van Bath señala una presión similar hacia el «estancamiento». Dice: «A pesar de la disminución del área cultivada y de una reducción en los factores de producción —que tiene que haber indicado una gran disminución en la producción total de cereales—, el precio de los cereales no creció en relación con otras mercancías. Incluso mostraron una cierta tendencia a bajar. Lo que indica que el consumo sufrió una regresión aún mayor que la producción». «Les problèmes fondamentaux de la société pré-industrielle en Europe occidentale», *Afdeling Agrarische Geschiedenis Bijdragen*, 12, 1965, p. 40.
La gravedad del «estancamiento» es de por sí una cuestión discutida. Eugen A. Kosminsky duda de que la descripción sea válida excepto para Inglaterra y, en cierta medida, Francia. Véase «Peut-on considérer le XIVᵉ et le XVᵉ siècles comme l'époque de la décadence de l'économie européenne?», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 562-563.

[21] La descripción de Michael Postan está también próxima a la de Perroy. Véase M. M. Postan, «Some economic evidence of declining population in the later Middle Ages», *Economic History Review*, 2.ª serie, II, 3, 1950, pp. 221-246.

lista[22]. Más aún, sugiere que Perroy omite la discusión de otro fenómeno que surgió de los sucesos que él mismo describe, y que para Hilton es esencial, el desusado grado de conflicto social, el «clima endémico de descontento», las insurrecciones de los campesinos que adoptaron la forma de una «revuelta contra el sistema social como tal»[23]. Para Hilton, no se trataba, por lo tanto, de una crisis coyuntural, un punto en los altos y bajos de las tendencias cíclicas. Era más bien la culminación de mil años de desarrollo, la crisis decisiva de un sistema. «Durante los últimos siglos del imperio romano, al igual que durante la Edad Media, la sociedad se vio paralizada por el gasto creciente de una superestructura social y política, gasto al que no correspondía un incremento compensador en los recursos productivos de la sociedad»[24]. Hilton está de acuerdo con Perroy en que la causa inmediata del dilema estaba en las limitaciones tecnológicas, la falta de fertilizantes y la incapacidad para expandir el suministro de fertilizantes por medio de la expansión del número de vacas, debido a que el clima limitaba la cantidad de forraje de invierno para éstas. Pero «lo que debemos subrayar es que no había ninguna gran reinversión de beneficios en la agricultura que pudiera incrementar la productividad *significativamente*»[25]. Esto obedecía a las limitaciones inherentes del sistema de incentivos de la organización social feudal.

Lo que nos ofrece el hincapié de Hilton en la crisis *general* del feudalismo, por encima del sentido de lo coyuntural de Perroy, es que puede explicar las transformaciones sociales que estos desarrollos supusieron. Ya que si se había superado el grado óptimo de productividad de un sistema *y* la recesión

---

[22] Marc Bloch apoya el argumento de Hilton al prevenirnos contra la exageración de la caída de los ingresos señoriales que proviene de sobrevalorar el papel del flujo de moneda. Es verdad que, en la medida en que las rentas eran fijas, una devaluación de la plata significaría de hecho una ventaja para el arrendatario, en el supuesto que éste pagase en plata. Pero estos supuestos son engañosos. Bloch nos recuerda que en esta época había una «terrible escasez de moneda metálica (hasta tal punto que en Inglaterra algunos campesinos, incapaces de conseguir la plata necesaria para pagar sus rentas, solicitaron ellos mismos pagarlas en especie)». *Seigneurie française et manoir anglais*, París, Armand Colin, 1960, p. 110. Por lo tanto, dice Bloch, el resultado fue «un límite inferior [*palier*] de precios ventajoso, obviamente, para aquellos que ganaban rentas fijas».

[23] R. H. Hilton, «Y eut-il une crise générale de la féodalité?», *Annales ESC*, VI, 1, enero-marzo de 1951, p. 25.

[24] *Ibid.*, p. 27.

[25] *Ibid.*, p. 28.

económica estaba llevando a una guerra de clases generalizada entre señores y campesinos, así como a luchas ruinosas en el seno de las clases señoriales, entonces la única solución que podría sacar a Europa occidental de verse estancada y diezmada sería la expansión de la tarta económica a repartir, solución que requería, dada la tecnología existente en aquel tiempo, una expansión de los territorios y de la base de población para su explotación. Esto es lo que de hecho ocurrió en los siglos XV y XVI.

Que las revueltas campesinas se extendieron en la Europa occidental, desde el siglo XIII hasta el XV, parece ser indudable. Hilton considera como explicación inmediata, en el caso de Inglaterra, el hecho de que «en el siglo XIII la mayor parte de los grandes terratenientes, laicos y eclesiásticos, expandieron la producción de sus reservas señoriales [*demesnes*] para vender productos agrícolas en el mercado [como resultado], se incrementaron las prestaciones de trabajo, incluso se duplicaron»[26]. Similarmente, Kosminsky considera este período como uno de los «de más intensa explotación del campesinado inglés...»[27]. En el continente, hubo una serie de rebeliones campesinas: en el norte de Italia, y después en las costas de Flandes, a principios del siglo XIV; en Dinamarca en 1340; en Mallorca en 1351; la *jacquerie* en Francia en 1358; rebeliones dispersas en Alema-

[26] R. H. Hilton, «Peasant movements in England before 1381», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, p. 79. Hilton señala que los aumentos de rentas, en el caso de los campesinos pobres, podía costarles sus reservas para el invierno. Para los campesinos ricos, el resultado era diferente: «Más irritantes para ellos deben haber sido las trabas a la acumulación que el miedo al hambre» (p. 86). Más aún, la legislación para mantener los costos bajos congelando los salarios benefició más a los grandes terratenientes que a los campesinos ricos. «Ahora bien, una granja grande es inútil sin manos que la cultiven, de modo que el arrendatario estaba dispuesto a pagar altos precios por la mano de obra que no hubiera podido conseguir de otra forma. Al hacer esto tendería también a aumentar el precio de la mano de obra para los señores. Pero no había necesidad de que los señores sufrieran los mecanismos de las leyes económicas, ya que tenían a su disposición el poder político que les capacitaba para eludirlos. Tenían aún reservas de mano de obra servil, y controlaban la distribución de la mano de obra asalariada disponible, en su capacidad de jueces de los trabajadores o de paz» (p. 88).

[27] Eugen A. Kosminsky, «The evolution of feudal rent in England from the XIth to the XVth centuries», *Past and Present*, 7, abril de 1955, p. 32. Continúa diciendo: «El crecimiento de la explotación feudal empezó a agotar la agricultura de los campesinos, erosionando al mismo tiempo las fuerzas productivas de la sociedad feudal, destruyendo las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo [...] Esta prolongada lucha [...], encontró su más clara expresión en el alzamiento de 1381».

nia, muy anteriores a la gran guerra campesina de 1525. Surgieron repúblicas campesinas en Frisia en los siglos XII y XIII y en Suiza en el siglo XIII. Para B. H. Slicher van Bath, «las rebeliones campesinas acompañaban a la recesión económica»[28]. Dobb sugiere que cuando tal recesión ocurría golpeaba con particular fuerza no a los estratos más inferiores de los trabajadores, que probablemente nunca hubieran estado demasiado bien, sino a los «estratos superiores de los campesinos prósperos, que estaban en situación de extender sus cultivos a nuevas tierras y mejorarlos, y que en consecuencia tendían a ser la punta de lanza de la revuelta»[29].

La súbita disminución de la prosperidad supuso algo más que el descontento campesino. La despoblación que la acompañó —causada por guerras, epidemias y hambres— condujo a la *Wüstungen*, la reducción de los asentamientos en tierras marginales, en ocasiones a la desaparición de pueblos enteros. El abandono de los pueblos no debe ser considerado exclusivamente como un signo de recesión. Porque hay al menos otras dos razones fundamentales para esa deserción. Una, que era continua, era la búsqueda de seguridad física siempre que la guerra envolvía una región[30]. Una segunda razón, menos «accidental» y más estructural, era un cambio en la estructura social agraria, el «cercamiento» [*enclosure*] o «acaparamiento» [*engrossing*] de las tierras. Parece claro que este proceso estaba también en marcha a finales de la Edad Media[31]. Y resulta un tanto difícil en nuestra etapa actual de conocimiento separar estas tres razones.

---

[28] Slicher van Bath, *AAGB*, 12, p. 190, describe el mecanismo de la siguiente forma: «Los campesinos se sentían descontentos al ver los bajos precios obtenidos por la producción agrícola, contrastándolos con los elevados precios y los salarios relativamente altos que se obtenían en la industria. A menudo una nueva subida de los impuestos, que el gobierno o el terrateniente consideraban aun tolerable, suponía la chispa que avivaba la brasa de un resentimiento largamente reprimido».

[29] Maurice Dobb, *Papers on capitalism, development and planning*, Nueva York, International Publ., 1967, p. 11.

[30] Véase, por ejemplo, el análisis de Jean-Marie Pesez y Emmanuel Le Roy Ladurie sobre la Francia de los siglos XIV y XV. «Le cas français: vue d'ensemble», *Villages désertés et histoire économique, XIᵉ-XVIIIᵉ siècles*, París, SEVPEN, 1965, p. 155. Señalan también que la búsqueda de seguridad puede a veces ser impuesta por ciudades cercanas por consideraciones estratégicas (véase p. 156). Véase Carlo Cipolla, *Clocks and culture, 1300-1700*, Nueva York, Walker and Co., 1967, p. 115.

[31] Véase el análisis de Georges Duby en «Démographie et villages désertés», *Villages désertés et histoire economique, XIᵉ-XVIIIᵉ siècles*, París, SEVPEN, 1965, pp. 18-23.

Hay dos cosas que parecen claras acerca de la detención del desmonte y la reducción de los asentamientos. Fue, como señala Karl Helleiner, un «proceso selectivo con respecto a la dimensión de las parcelas. El porcentaje de pequeñas parcelas abandonadas en el transcurso de la Baja Edad Media parece haber sido mayor que el de las granjas de buen tamaño»[32]. También fue selectiva respecto a la región. La *Wüstungen* parece haber afectado no solamente a Alemania y Europa central[33], sino también a Inglaterra[34]; por otra parte fue mucho más limitada en Francia[35]. Sin duda esto se explica en parte por el hecho de que Francia tenía una mayor densidad de asentamientos y había sido sometida a desmonte muy anteriormente que otras áreas de Europa, por razones tanto históricas como pedológicas.

En esta época de contracción de la demanda de productos agrícolas, los salarios urbanos y por lo tanto los precios indus-

---

[32] Karl Helleiner, «The population of Europe from the Black Death to the eve of the Vital Revolution», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 15. Véase Duby, *Villages désertés*, pp. 14, 16; Pesez y Le Roy Ladurie, *Villages désertés*, pp. 181-183.

[33] Véase Wilhelm Abel, *Die Wüstungen des ausgehenden Mittelalters*, 2.ª ed., Stuttgart, Fisher Verlag, 1955, pp. 5-12.

[34] Véase Maurice W. Beresford, *The lost villages of England*, Londres, Lutterworth Press, 1954. Beresford fija el punto álgido de la despoblación (tanto el abandono total de los pueblos como la reducción de su población) entre 1440 y 1520 (véase p. 166). Considera que el cercamiento es la mayor explicación única de este fenómeno que ve como un proceso que se desarrolla gradualmente: «La despoblación llegó a pueblos en los que ya había una buena parte de tierra de pastos junto con un número cada vez menor de tierras de grano; [...] cercamiento y despoblación [son] un objetivo al que sólo se llega lentamente» (p. 210).

[35] Pesez y Le Roy Ladurie ofrecen una cifra de un 5 a un 7 por 100 de pueblos del Languedoc oriental abandonados entre 1328 y nuestros días. Como ellos mismos señalan: «Estas cifras no son insignificantes, pero nos hallamos muy lejos de la tasa del 40 por 100 observada por Abel en Alemania y también de las cifras calculadas por Beresford». *Villages désertés*, p. 129. La diferencia entre las tasas tiende a confirmar la idea de una reorganización agraria más bien que la de una despoblación. Sabemos que hubo considerable diferencia en la reorganización agraria, y que Francia, por ejemplo, vio la creación de muchos menos grandes dominios que Inglaterra o Alemania. Por supuesto, puede haber habido diferencias en la tasa de declinación de la población en los siglos XIV y XV, pero aquí nos encontramos en un terreno más débil, en la medida en que gran parte de la evidencia ha sido inferida precisamente a partir de datos tales como los pueblos abandonados. Por lo tanto, no podemos utilizar esta evidencia, o nos veríamos sumidos en un razonamiento circular.

triales estaban creciendo, debido a la escasez de mano de obra producida por la disminución de la población. Esto a su vez elevó el costo de la mano de obra agrícola, reduciendo al tiempo las rentas (en la medida en que éstas eran fijas, mientras que los precios nominales crecían). Esto llevó a lo que Marc Bloch ha llamado el «empobrecimiento momentáneo de la clase señorial»[36]. No sólo disminuyeron las ganancias, sino que crecieron los costos de explotación, como siempre sucede en tiempos difíciles[37], llevando a los propietarios a considerar la posibilidad de ceder la explotación directa. La recesión económica llevó a un incremento de las exacciones sobre el campesinado, que resultaron entonces contraproductivas y tuvieron como consecuencia la huida de los campesinos[38]. Un camino para la restauración de los ingresos de la nobleza, que fue a menudo eficaz para el estrato más acomodado, fue el buscar nuevos y remunerativos empleos al lado de los príncipes[39]. No obstante, esto no fue suficiente para contrarrestar los efectos de la recesión y por lo tanto para detener la decadencia de la reserva señorial[40].

---

[36] Marc Bloch, *Les caracteres originaux de l'histoire rurale française,* París, Armand Colin, 1964, I, p. 122.

[37] Henri Lefebvre, «Une discussion historique: du féodalisme au capitalisme: observations», *La Pensée,* 65, enero-febrero de 1956, p. 22.

[38] «El resultado de este aumento de presión no fue sólo agotar la gallina que ponía sus huevos de oro para el castillo, sino provocar, de pura desesperación, un movimiento de emigración ilegal de los señoríos [...] [Tan] considerable llegó a ser el problema de los fugitivos y tan grande el hambre de mano de obra, que, a pesar de los tratados y las promesas mutuas, se llegó a una competencia de hecho para atraerse y robar los siervos de los dominios del vecino, competencia que [...] supuso la aparición de una serie de concesiones, y cuya existencia impuso sus propios límites al ulterior aumento de la explotación feudal». Maurice Dobb, *Studies in the development of capitalism,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1946, pp. 46-47.

[39] «De hecho, la caída en los pagos fijos, junto con la declinación del control directo y la necesidad de gastar dinero en reparaciones, afectó significativamente el estatus financiero de todos los señores durante [los siglos XIV y XV]. Por doquiera parecían andar escasos de dinero y a la caza de ganancias exteriores, y por esta razón a menudo se embarcaban en empresas o aventuras que les alejaban de sus posesiones. No obstante, las diversas formas de complementar sus ingresos, tales como emplearse al servicio de los príncipes más poderosos que andaban en busca de aliados, o el azaroso camino de la intriga política y la alianza matrimonial, garantizaron el mantenimiento de prácticamente todas las grandes fortunas aristocráticas». Georges Duby, *Rural economy and country life un the medieval West,* Columbia, Univ. of South Carolina Press, 1968, p. 330.

[40] «[La] cada vez más pronunciada declinación del precio del grano comparado con los salarios rurales, que se mantenían a niveles tan elevados por la competencia de los oficios de las ciudades y la extensión

E incidentalmente, al apartar a los señores de su residencia puede haber favorecido su desinterés por la administración de sus tierras.

¿Qué pasó entonces con las grandes propiedades? Fueron vendidas o arrendadas a cambio de dinero al principal grupo capaz y dispuesto para semejante transacción, los campesinos más prósperos, que estaban en situación de obtener unos términos favorables [41].

Debemos recordar no obstante que la organización social de la producción agrícola no era idéntica en todas partes. Las grandes reservas señoriales eran más abundantes en Europa occidental, en parte debido a que su mayor densidad de población había requerido la relativa eficiencia de mayores unidades. En Europa central, los efectos de la recesión económica llevaron a la misma deserción de las tierras marginales, pero el análisis de esta *Wüstungen* se ve complicado por el hecho de que en parte representaba tanto abandono como cercamientos [42]. Más al este, en Brandemburgo y Polonia, como veremos

---

de los trabajadores textiles por muchos distritos campesinos de Europa, selló la suerte de todas las empresas agrícolas excesivamente grandes. Parece, de hecho, como si el eclipse de la reserva señorial y la gran declinación en el cultivo directo de los señoríos ocurrieran en los años posteriores a 1380, al menos en Francia e Inglaterra.» Duby, *ibid.*, p. 311.

Una afirmación anterior de Duby le mostraba más cauteloso: «Parece probable, en consecuencia [...], que en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIV y durante el siglo XV, las grandes posesiones, si no se vieron notablemente reducidas en tamaño y a veces, por el contrario, crecieron, perdieron al menos su cohesión». «Le grand domaine de la fin du Moyen Age en France», *Première Conférence Internationale d'Histoire Economique* (Estocolmo, agosto de 1960), *Contributions*, París, Mouton, 1960, p. 338.

[41] «El establecimiento definitivo de la renta monetaria tuvo lugar en circunstancias poco provechosas para aquellos que la recibían. En gran medida les fue impuesta, dado que fue el ascenso del movimiento popular lo que obligó a los señores a ser más complacientes.» Kosminsky, *Past and Present*, 7, p. 33.

[42] Véase Duby: «No debemos considerar el abandono y reagrupamiento en los siglos XIV y XV de *todas* (el subrayado es mío, I. W.) las parcelas en algunos bloques compactos sometidos a estrictas obligaciones colectivas, como signos de un malestar económico, de un fracaso, y de un declive progresivo de la población. Por el contrario, este desplazamiento traduce una crisis de crecimiento de la economía de cereales, posterior en uno o dos siglos, pero comparable en su desarrollo y en su naturaleza a la que tuvo lugar en Île-de-France en el siglo XIII. Así pues, en el noroeste de Alemania, los señores cercaron sus bosques, cuyo valor no cesaba de aumentar, los rodearon de setos, impidieron que entraran en ellos las piaras de los campesinos, y prohibieron que se hicieran en ellos rozas periódicas. El poder señorial, con esta actitud, obligó a abandonar estas regiones a las familias que antes obtenían la mayor parte

más adelante, donde la densidad de población era aún menor, los señores que previamente poseían en conjunto menos tierras que los campesinos «vieron a sus posesiones adquirir todas las tierras que habían quedado desiertas por el súbito colapso demográfico»[43]. Hasta qué punto esto podría resultar rentable en el siglo XVI, cuán profundamente alteraría la estructura social de la Europa del este, hasta qué punto esto resultaría importante para el desarrollo de la Europa occidental: todo ello evidentemente estaba fuera de la percepción de los participantes en este proceso en los siglos XIV y XV. Pero en las áreas de terreno arable *no marginales* de Europa *occidental*, la reserva señorial *excesivamente grande* cede su puesto a propiedades menores. Así, simultáneamente surge un campesinado medio en la tierra arable de Europa occidental, y comienzan los cercamientos de las tierras menos arables en Europa occidental (que serían la base de un incremento de la ganadería), y la concentración de la propiedad en grandes posesiones en Europa del este (que vendrían a tener una nueva función como áreas de exportación de grano).

Este período de «colapso» o «estancamiento» económico ¿fue bueno o malo para el desarrollo de una economía-mundo capitalista? Depende de la longitud de la perspectiva que uno adopte. Michael Postan considera al siglo XV como una regresión respecto a los desarrollos del XIV[44], un paso atrás que fue por

---

de su subsistencia del bosque, de la ganadería y ocasionalmente de algunos cultivos. Las obligó a modificar su género de vida: el *Waldbauer* se transformó en *Ackermann*, verdadero campesino establecido en campos permanentes». *Rural economy*, p. 309.

[43] *Ibid.*, p. 315.

[44] «La gran época de crianza del capitalismo inglés tuvo lugar en las primeras fases de la guerra de los Cien Años, cuando las exigencias de las finanzas reales, los nuevos experimentos impositivos, las empresas especulativas con la lana, el hundimiento de las finanzas italianas y el surgir de la nueva industria textil, se combinaron para dar a luz una nueva raza de financieros de guerra y especuladores comerciales, proveedores de los ejércitos y monopolistas de la lana. Pero esta raza resultó tan efímera como nueva. Las grandes fortunas se perdieron con la misma facilidad con que se lograron, y el período de financiaciones desmesuradas y de gigantescos experimentos fiscales pasó con la primera etapa de la guerra [...]

»La clase mercantil inglesa respondió a la estabilidad y a la recesión del comercio igual que todos los comerciantes. Adoptaron una política de regulación y restricción, impidiendo la entrada de nuevos miembros en el comercio e intentando compartir el comercio disponible [...] Lo que a veces se considera como evidencia de una típica regulación medieval no es, de hecho, sino muestra del alejamiento de siglo XV de las condiciones de mayor libertad y más especulativas de los siglos pre-

supuesto superado más adelante. Eugen Kosminsky lo ve como parte de la liquidación del feudalismo, y por lo tanto como un paso necesario en el desarrollo de una economía capitalista[45]. Los hechos son los mismos. La perspectiva teórica es diferente.

Hasta aquí, en esta discusión, prácticamente no hemos mencionado los desarrollos en la esfera política, en particular el lento surgimiento de la burocracia centralizada del Estado. En el auge del feudalismo occidental, cuando el Estado era más débil, prosperaban el terrateniente, el señor feudal. Por mucho que pudiera ser utilizado el aparato de Estado por los nobles, en una época posterior, para favorecer sus intereses, se veían sin duda mejor servidos aún por la debilidad de los reyes y los emperadores. No solamente se veían personalmente más libres de control e impuestos sino que además tenían mayor libertad para controlar y cargar de impuestos a los campesinos. En tales sociedades, en las que no existe un eslabón efectivo entre la autoridad central con su orden legal y las masas, el efecto de la violencia era doble, ya que como percibió Bloch, «a través de la costumbre un abuso podía siempre convertirse en un precedente, y un precedente en un derecho»[46].

Por lo tanto los señores feudales jamás hubieran dado la bienvenida a un fortalecimiento de la maquinaria central si no hubieran estado en una situación de debilidad en la que vieron más difícil el resistir las exigencias de la autoridad central y más útil el dar la bienvenida a los beneficios de un orden impuesto. Tal situación fue la planteada por las dificultades económicas de los siglos XIV y XV, y por la disminución de los beneficios señoriales.

Junto con los problemas económicos se dio un cambio tecnológico en el arte de la guerra, del arco al cañón y las pistolas, de la guerra de caballería a una guerra en la que cargaba la infantería, y en la que, por lo tanto, se precisaban mayor disci-

---

cedentes.» M. M. Postan, «The fifteenth century», *Economic History Review*, IX, 2, mayo de 1939, pp. 165-166.

[45] «Creemos que no fue la despoblación, sino más bien la liquidación de la economía de los señoríos, la conmutación y la disminución de las rentas feudales, lo que trajo consigo la mejora de la situación de los campesinos y la expansión de la producción comercial simple, lo que preparó el camino para las relaciones capitalistas. Una reducción moderada de la población [...] sólo podía intensificar y modificar [...] el progreso de este desarrollo.» Eugen A. Kosminsky, *Studi in onore di Armando Sapori*, I, p. 567.

[46] Marc Bloch, «The rise of dependent cultivation and seigniorial institutions», en M. M. Postan, comp., *Cambridge Economic History of Europe*, I, *The agrarian life of the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge University Press, 1966, p. 269.

plina y un mayor grado de entrenamiento. Todo esto significaba que el costo de la guerra iba en aumento, al igual que el número de hombres necesarios, y que se iba haciendo cada vez más clara la conveniencia de un ejército regular sobre las formaciones *ad hoc*. Dados estos nuevos requerimientos, ni los señores feudales individualmente, ni las ciudades-Estado podían en realidad sostener o reclutar la fuerza humana necesaria, especialmente en una era de despoblación [47]. De hecho, incluso los Estados territoriales lo estaban pasando mal intentando mantener el orden, como demuestra la frecuencia de las revueltas campesinas [48].

No obstante, el siglo xv fue testigo del advenimiento de los grandes restauradores de la faz interna de la Europa occidental: Luis XI en Francia, Enrique VII de Inglaterra, y Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en España. Los principales mecanismos que tenían a su disposición para realizar esta tarea, que fueron los mismos que tuvieron sus menos afortunados predecesores, eran financieros: por medio de la ardua creación de una burocracia (civil y armada) suficientemente fuerte para imponer impuestos y por lo tanto para financiar una estructura

---

[47] «El rival de la ciudad-Estado, el Estado territorial, rico en espacio y en hombres, se mostró más capaz de enfrentarse a los costos de la guerra moderna; mantenía ejércitos mercenarios, se procuraba el oneroso material de artillería; pronto se permitiría el gran lujo de la guerra marítima a gran escala. Su ascenso había sido desde hacía tiempo un fenómeno irreversible.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 8.

Por supuesto debemos tener cuidado de no anticipar las cosas. Sir Charles Oman fecha la ruptura histórica en el arte de la guerra a partir de 1494. Véase *A history of the art of war in the sixteenth century*, Londres, Methuen, 1937, p. 30. Para Oman las dos «tendencias» claves (obsérvese bien, no obstante, esta palabra) fueron «la progresiva importancia de las armas de fuego, y (en parte como consecuencia de este progreso) la utilización de las trincheras, que harían cada vez menos practicables las cargas de caballería» (p. 33). De hecho, algunos autores van aún más lejos y sugieren que el impacto social de la nueva tecnología militar ha sido exagerado incluso para el siglo XVI. Véase, por ejemplo, H. M. Colvin, «Castles and government in Tudor England», *English Historical Review*, LXXXIII, 1968, p. 226. No obstante, si recordamos que estamos describiendo tendencias o direcciones de desarrollo, podemos afirmar la existencia de un impacto acumulativo y continuo que comienza ya en el siglo XIV.

[48] «Los últimos dos siglos de la Edad Media, en toda la Europa occidental y central, fueron una era de malestar rural y despoblación [...] Las grandes construcciones políticas del período precedente [...] parecieron provisionalmente incapaces de llevar a cabo la misión de policía y de orden que era la propia razón de su existencia.» Bloch, *Caractères originaux*, I, pp. 117-118.

burocrática aún más fuerte. Este proceso se había puesto en marcha ya en los siglos XII y XIII. Con el cese de las invasiones, que habían absorbido y agotado a los príncipes, el crecimiento de la población, el resurgimiento del comercio, y como consecuencia una circulación más abundante de moneda, existía una base para fijar impuestos capaces de pagar tropas y funcionarios asalariados[49]. Esto era cierto no sólo en Francia, Inglaterra, y España, sino también en los principados de Alemania.

Los impuestos son sin duda el problema fundamental. Y no es fácil emprender el ciclo ascendente[50]. Los obstáculos a un

---

[49] «Así, el Estado empezó a adquirir a partir de este momento el elemento esencial de su supremacía: recursos financieros incomparablemente mayores que los de cualquier individuo privado o comunidad». Bloch, *Feudal society*, p. 422.

[50] David Lockwood ha señalado el problema teórico que aparece aquí: «La relación que existe entre la burocracia y los impuestos es de gran interdependencia. La eficiencia de la burocracia depende de la efectividad de su sistema impositivo; y la efectividad de su sistema impositivo depende de la eficacia del aparato burocrático. Así, por las razones que sean, cualquier incremento en la carga burocrática o decrecimiento de su capacidad impositiva puede generar un círculo vicioso de descentralización del poder. De hecho, puede argumentarse que la "crisis impositiva" de la burocracia patrimonial es esencialmente análoga a las crisis de "producción" del capitalismo. [...] Los puntos de tensión son aquellos que representan una actualización del potencial de "feudalización": la tendencia de los funcionarios a "apropiarse" de los recursos económicos y políticos del cargo; la lucha de los grandes terratenientes por obtener inmunidad ante los impuestos y/o a usurpar las funciones fiscales y políticas; y la dependencia económica y política a la que se ven forzados los campesinos en busca de protección contra la carga impositiva del centro burocrático. Estas tendencias "centrífugas" pueden ser consideradas a la vez como causa y consecuencia del posible fracaso de los mecanismos para mantener una capacidad de imposición efectiva y un control central». «Social integration and system integration», en George K. Zollschan y Walter Hirsch, comps. *Explorations in social change*, Boston, Massachusetts, Houghton, 1964, p. 254.

La formulación de Gabriel Ardant de este dilema hace más hincapié en las opciones de política fiscal del Estado conducentes a un cambio estructural que en las opuestas, aunque es difícil separarlas. Ardant dice: «Aparte de la confiscación, que en todas las épocas tentó a los gobiernos incapaces de resolver sus problemas fiscales, pero que no les daba más que recursos limitados en el tiempo y a menudo desperdiciados (ya estamos hablando de las ganancias de conquista, de la expropiación de las propiedades de la Iglesia o de la persecución sistemática de ciertas categorías sociales), había dos tipos de solución al alcance de las autoridades.

»El primer tipo, la solución feudal, a menudo precedida por una economía señorial y la venta de cargos, tendía a conducir, en un número significativo de casos, al desmembramiento de hecho del Estado.

»A estas fórmulas podemos oponer los préstamos y la inflación, factores financieros que, como veremos, dependen también de la estructura de la economía.

sistema de impuestos efectivo en la Baja Edad Media parecen retrospectivamente insuperables. La imposición en realidad sólo puede realizarse sobre la producción neta, y la producción neta era escasa, al igual que la cantidad de moneda y su circulación. Era extraordinariamente difícil verificar los impuestos, tanto por falta de personal como por la escasez de archivos cuantificados. No es de extrañar que los gobernantes recurrieran de continuo a alternativas a los impuestos como fuentes de ingresos: a la confiscación, a los préstamos, a la venta de cargos oficiales, a la devaluación de la moneda. Pero cada una de estas alternativas, aunque puede que resolviera algunos problemas financieros, tenía unos efectos negativos a largo plazo sobre la fuerza político-económica del rey[51]. Aún así, sería falso subrayar las dificultades. Lo que resulta impresionante es la magnitud del logro. Los muchos compromisos pueden ser vistos como pasos esenciales en el camino del éxito. El arrendamiento de impuestos[52] y la venta de cargos oficiales[53] pueden verse precisamente bajo el punto de vista de ser dos de los citados compromisos útiles. Más aún, el incremento del flujo de fondos al rey no solamente atacaba a la nobleza fortaleciendo al Esta-

»Estamos sin duda haciendo abstracción de las políticas, de diferentes dimensiones, por medio de las cuales el Estado transforma la organización social de la sociedad». *Théorie sociologique de l'impôt,* París, SEVPEN, 1965, I, pp. 541 *ss.*

[51] Por ejemplo, Ardant señala que: «Para obtener créditos considerados necesarios en el marco de una situación financiera desfavorable, un Estado se puede ver obligado a empeñarse en el sentido más amplio de la palabra, que significa una restricción de su soberanía: una fuente específica de ingresos puede ser traspasada a los acreedores extranjeros; un cierto grado de supervisión de la administración financiera, extendida después a la administración política, puede ser ejercida por los acreedores, o por el Estado que los respalda, etc.». (*ibid.,* I, pp. 549-550).

[52] Max Weber, al comparar Europa occidental con la India, afirma: «También en los Estados occidentales, al comienzo de los tiempos modernos, apareció el arrendamiento de impuestos y el comisionamiento de empresarios para la recluta del ejército, empresarios a los que se tenían que confiar en gran medida las finanzas. En la India, no obstante, bajo los grandes reinos no lograron desarrollarse aquellas instituciones centrales que en Occidente permitieron a los príncipes volver a tomar las riendas de la administración militar y financiera». *The religion of India,* Nueva York, Free Press, 1958, p. 69.

[53] «La venta de cargos, a pesar de sus graves inconvenientes, tuvo entonces la consecuencia política [de fortalecer el Estado]. Esto es, para la administración civil, el equivalente al sistema de tropas militares a sueldo, o "mercenarios", un sistema denunciado con igual vigor [...], pero no obstante ligado a la enorme y creciente fortuna del poder real, que así no dependía ya tan sólo de las fuerzas militares de la nobleza feudal.» F. Chabod, «Y a-t-il un état de la Renaissance?», en *Actes du Colloque sur la Renaissance,* París. J. Vrin, 1958, p. 66.

do, sino también debilitando las propias fuentes de ingresos de la nobleza, especialmente en la estrecha economía de los siglos XIV y XV, y sobre todo para aquellos no ligados a las nuevas burocracias. Como plantea Duby: «Una gran parte de las rentas extraídas del suelo por los campesinos seguía llegando a manos de su señor, pero el ininterrumpido progreso de la imposición había aumentado grandemente la parte apropiada por los agentes del Estado» [54].

Y al irse haciendo cada vez más fuerte el Estado, la manipulación monetaria se hizo cada vez más rentable. Cuando la crisis financiera de los Estados sumidos en la guerra en los siglos XIV y XV se vio multiplicada por unos bajos márgenes de ganancia en el campo a los que se pudiera someter a impuestos, los Estados tuvieron que buscar otras fuentes de ingreso, especialmente considerando que la despoblación significaba que los príncipes estaban ofreciendo exenciones de impuestos a aquellos que estuvieran dispuestos a recolonizar las áreas devastadas. Por lo tanto la manipulación monetaria tenía muchas ventajas. Léopold Génicot señala que existen tres posibles explicaciones para las frecuentes devaluaciones del período: la reducción de las deudas del Estado (aunque la devaluación también reducía en consecuencia los ingresos fijos, que constituían el grueso de los ingresos de los dominios reales); la escasez de medios de pago, en un momento en el que el comercio crecía más que las reservas de plata y en el cual el desorden público favorecía el atesoramiento; o una política económica deliberada de rebajar la tasa de intercambio para detener la deflación, combatir a los acaparadores, facilitar las exportaciones y revivir así el comercio. Cualquiera que sea la explicación de las devaluaciones, eran «en gran medida inflacionarias» y «reducían así el valor real de las rentas fijas» [55]. Los principales perceptores de ingresos fijos eran las clases señoriales y, en consecuencia, se vieron debilitadas frente al Estado.

¿El Estado? ¿Qué era el Estado? En esta época era el príncipe, el príncipe cuya reputación era alabada, cuya majestad era preservada, y que poco a poco fue siendo apartado de sus súbditos [56]. Y era la burocracia, que emergía ahora como un

---

[54] Duby, *Rural economy*, p. 331.

[55] Léopold Génicot, «Crisis: from the Middle Ages to modern times», en *Cambridge Economic History of Europe*, I, *The agrarian life of the Middle Ages*, 2.ª ed., Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1966, p. 699.

[56] «La importancia concedida a la *reputación* del príncipe, tanto por parte de los teóricos como por los hombres de acción (por ejemplo,

grupo social diferenciado, con características e intereses especiales, el principal aliado del príncipe [57], y no obstante un aliado siempre. Y eran los diversos cuerpos parlamentarios creados por los soberanos como mecanismos auxiliares en la legislación de los impuestos, cuerpos compuestos en gran medida por nobles, que los reyes trataban de utilizar contra la nobleza y la nobleza contra el rey [58].

Este Estado era una creación que no procedía del siglo XVI sino del siglo XIII en Europa occidental. Yves Renouard ha reconstruido la forma en que los límites que determinan hasta hoy en día las fronteras de Francia, Inglaterra y España habían sido más o menos establecidos definitivamente en una serie de batallas que ocurrieron entre 1212 y 1214 [59]. Fue sobre la base de estos límites y no de otros (por ejemplo, un Estado occitano mediterráneo que incluía Provenza y Cataluña; o un Estado atlántico que incluía la Francia occidental de los angevinos como parte de Inglaterra) sobre la que los sentimientos nacionalistas posteriores se construyeron. En primer lugar las fronteras, posteriormente las pasiones: es algo que se aplica tanto a los comienzos de la Europa moderna como, por ejemplo, al Africa del siglo XX. Fue en este período cuando no sólo se decidieron las fronteras de las naciones, sino que también, lo que es incluso más importante, se decidió que estos límites debían existir. Esto es lo que Edouard Perroy llama el «cambio funda-

---

Richelieu), va aparejada con la atención cada vez mayor prestada a la «Majestad»: todo lo cual fue creando poco a poco una mayor distancia entre el príncipe y su súbdito, colocando al primero en un plano en el que uno ya no podía atraverse a familiaridades.» Chabod, *Actes*, p. 72.

[57] «Si bien el poder del príncipe iba en aumento, otro poder crecía también: el del "cuerpo" burocrático. Así se creó el *esprit de corps*, que los unía entre sí, a pesar de todas las disputas personales y privadas, y no sólo entre los *officiers de justice*, los burócratas más antiguos, sino también entre los demás [...]

»Este poder creciente del "cuarto estado", el aliado —en términos políticos— del poder del príncipe, que había ido simultáneamente en aumento (yendo así de la mano la centralización administrativa y el absolutismo político), es de hecho el elemento fundamental al que debemos dirigir nuestra atención» (*ibid.*, pp. 68-69, 72).

[58] Edward Miller tiene una breve discusión de cómo esta interacción de intereses, ahora mucho más compleja, empezó a tomar forma durante la Baja Edad Media en los diversos Estados europeos. Véase «Government and economic policies and public finances, 900-1500», *Fontana Economic History of Europe*, I, 8, 1970, pp. 34-40.

[59] Véase Yves Renouard, «1212-1216: Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du XIII^{e} siècle», *Annales de l'Université de Paris*, XXVIII, 1, enero-marzo de 1958, pp. 5-21.

mental» en la estructura política de Europa occidental[60]. Según su punto de vista, podemos fechar la transformación de Europa entre mediados del siglo XII y principios del XIV, es decir, en el cenit de la prosperidad comercial y agrícola de la Edad Media.

¿Por qué naciones-Estado y no imperios? Aquí debemos ser prudentes en la forma de utilizar la terminología. Tal vez podríamos considerar a la Francia de los siglos XIII y XIV como una nación-Estado, a la Francia del siglo XV y XVI como un imperio, y a la del siglo XVII de nuevo como una nación-Estado. Esto es lo que parece pensar Fernand Braudel[61]. ¿Por qué este esquema de alternancia? Braudel sugiere que «el auge económico de los siglos XV y XVI trae consigo una coyuntura tenazmente favorable a los grandes y aun a los grandísimos Estados, a esos "extensos Estados" [...] En realidad, la historia es, por turnos, favorable o desfavorable a las vastas formaciones políticas»[62]. Fritz Hartung y R. Mousnier sugieren la necesidad de una dimensión mínima (¿acaso también de una máxima?) para el establecimiento de una monarquía absoluta, una forma política, que no tuvo éxito en los Estados pequeños. «Sin duda, éstos no

---

[60] «Un cuerpo grande y unificado, más o menos congruente con la cristiandad latina, y compuesto de una multitud de pequeñas células autónomas, los señoríos, cedió el puesto a una yuxtaposición de vastas soberanías territoriales, bastante distintivas, los primeros comienzos de los Estados de la Europa moderna.» Edouard Perroy *et al.*, *Le Moyen Age*, vol. III de la *Histoire Générale des Civilisations*, París, Presses Universitaires de France, 1955, pp. 369-370.

[61] «De hecho, la rueda había girado. El siglo XVI fue favorable en su comienzo a los grandes Estados [España, el imperio otomano], que eran, como dirían los economistas, la empresa de dimensiones óptimas. Al seguir el transcurso del siglo, y por razones que no podemos explicar adecuadamente, estos grandes cuerpos fueron traicionados poco a poco por las circunstancias. ¿Era una crisis transicional o estructural? ¿Debilidad o decadencia? En cualquier caso, a principios del siglo XVII sólo aparecían como vigorosos los Estados de tamaño medio. Así, la Francia de Enrique IV, con su súbito esplendor, o la Inglaterra de Isabel, luchadora y radiante; u Holanda, organizada en torno a Amsterdam; o aquella Alemania invadida de una tranquilidad material desde 1555 hasta los años anteriores a la guerra de los Treinta Años, en la que se iría a pique en cuerpo y alma. En el Mediterráneo, tal es el caso de Marruecos, de nuevo rico en oro, y de la regencia de Argel, la historia de una ciudad que se convierte en un Estado territorial. Este es también el caso de Venecia la radiante, esplendorosa y refulgente de lujos, de belleza, de inteligencia; o de la Toscana del gran duque Ferdinando [...]

»En otras palabras, los imperios deben haber sufrido en mayor medida que los Estados de tamaño medio, las consecuencias de la regresión de 1959-1621». Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 47.

[62] *Ibid.*, II, p. 10.

podían constituir unidades militares y económicas suficientemente grandes para sostener una monarquía absoluta»[63]. Estas no son más que sugerencias para responder a un problema merecedor de una considerable atención teórica. Tal vez lo que más nos ayude sea la siguiente clasificación conceptual de V. G. Kiernan:

> Ninguna dinastía se propuso construir una nación Estado; todas pretendían una extensión ilimitada [...] y cuanto más prosperaba tanto más el resultado era un variopinto imperio *manqué*. Tenía que ser suficientemente grande para sobrevivir y afilar sus garras sobre sus vecinos, pero suficientemente pequeño para poder ser organizado desde un centro y considerarse a sí mismo una entidad. En el atestado borde occidental de Europa, cualquier hinchazón excesiva del territorio se vería detenida por la competencia y los límites geográficos[64].

A menos, por supuesto, que se extendieran los imperios a ultramar.

Lo que sucedería a estos imperios *manqués* sería que desarrollarían *raisons d'état* diferentes de las de los imperios, diferentes ideologías. Una nación-Estado es una unidad territorial cuyos gobernantes aspiran (a veces, frecuentemente pero desde luego no siempre) a hacer de ella una sociedad nacional, por razones que discutiremos más adelante. El asunto resulta aún más confuso cuando recordamos que a partir del siglo XVI las naciones-Estado de Europa occidental pretendían crear sociedades nacionales relativamente homogéneas en el centro de los imperios, utilizando como ayuda, tal vez indispensable para la creación de la sociedad nacional, la aventura imperial.

Hemos discutido la crisis del feudalismo occidental en los siglos XIV y XV como el fondo, el preludio de la expansión de Europa y su transformación económica a partir del siglo XVI. Hasta aquí la discusión y las explicaciones se han basado en gran medida en términos de la estructura social (la organización de la producción, el aparato de Estado, las relaciones entre varios grupos sociales). Aún así, muchos sentirán que la «crisis» del siglo XIV y la «expansión» del XVI podrían ser justificadas, digamos que en buena parte, por factores relativos al entorno físico: clima, epidemiología, condiciones del suelo. Estos argumentos no pueden ser pasados por alto frívolamente, y se debe

---

[63] Fr. Hartung y R. Mousnier, «Quelques problèmes concernant la monarchie absolue», en *Relazioni del X Congresso Internazionale di Science Storiche*, IV, *Storia moderna*, Florencia, Sansoni, 1955, p. 47.

[64] V. G. Kiernan, «State and nations in Western Europe», *Past and Present*, 31, julio de 1965, pp. 35-36.

valorar estos factores y asignarles su peso debido en la justificación del cambio social que de hecho se dio.

El planteamiento climático ha sido apoyado por Gustaf Utterström con gran fuerza. En resumen, su planteamiento es este:

> Gracias al industrialismo, y gracias también al progreso técnico, en nuestros días el hombre se ve menos expuesto a los caprichos de la naturaleza de lo que lo estuvo en siglos precedentes. Pero, ¿con qué frecuencia se toma en consideración el hecho de que otro factor es que estamos viviendo en una era en la cual el clima, especialmente en el norte de Europa, es desusadamente suave? Durante los últimos mil años [...] los períodos de prosperidad en las actividades humanas, en términos generales, aunque con importantes excepciones, se han dado durante los intervalos templados entre las grandes glaciaciones. Es precisamente en estos intervalos cuando tanto la vida económica como el tamaño de la población han realizado sus mayores adelantos [65].

Para fortalecer su planteamiento, Utterström nos recuerda que el cambio climático puede haber tenido particular importancia en los períodos primitivos en la transformación de Europa. «La primitiva agricultura de la Edad Media debe haber sido mucho más dependiente de un clima favorable de lo que es la agricultura moderna con su elevado nivel técnico» [66].

Utterström señala, por ejemplo, los severos inviernos de los siglos XIV y principios del XV, los suaves inviernos desde 1460 hasta mediados del siglo XVI, los severos inviernos de la segunda mitad del siglo XVII [67], que corresponden *grosso modo* con períodos de recesión, expansión y recesión económica.

> El considerar la presión de la población como factor decisivo no nos da una explicación satisfactoria de estos desarrollos económicos. El hecho de que la población creciera de la forma en que lo hizo plantea una cuestión que hasta el momento nadie se ha planteado: ¿por qué creció la población? [...] El gran incremento de población fue [...] general a todo lo largo y lo ancho de Europa. En el norte y centro de Europa comenzó durante el período en que el clima era desusadamente suave. Difícilmente podemos considerar esto como una coincidencia casual: tiene que haber una conexión causal [68].

Además, Utterström considera los factores epidemiológicos como variables que también intervinieron. Explica la peste

---

[65] Gustaf Utterström, «Climatic fluctuations and population problems in early modern history», *Scandinavian Economic Review*, III, 1, 1955, p. 47.

[66] *Ibid.*, p. 5.

[67] *Ibid.*, p. 24.

[68] *Ibid.*, p. 39.

negra por medio de los veranos calurosos que llevaron a la multiplicación de la rata negra, hospedadora de la pulga de la rata, que es uno de los dos portadores de la peste[69].

Georges Duby acepta que esta hipótesis debe ser tomada en serio. Sin duda, algunos de los abandonos de cultivos en el siglo XIV (los cereales en Islandia, las colonias escandinavas de Groenlandia, la disminución del límite forestal en los Sudetes, el fin de la viticultura en Inglaterra y su regresión en Alemania) quedan explicados plausiblemente por el cambio climático. Pero existen otras explicaciones plausibles. Lo más importante, Duby nos recuerda, es que «la recesión agraria, al igual que el colapso demográfico, comenzaron antes del principio del siglo XIV»[70], por lo tanto antes de los supuestos cambios climáticos. Por el contrario, Duby consideraría los factores climáticos y posteriormente la epidemiología como desgracias acumulativas que en el siglo XIV «supusieron un golpe aplastante a la ya frágil estructura demográfica»[71]. También han expresado un escepticismo similar, acerca de la primacía temporal del cambio climático como explicación de los altos y bajos, Helleiner[72], Slicher van Bath[73], y Emmanuel Le Roy Ladurie[74].

Evidentemente, en la medida en que hubiera un cambio climático, afectaría al funcionamiento de un sistema social. No obstante, también evidentemente, afectaría a sistemas diferentes de forma diferente. Aunque las opiniones son diversas, es pro-

---

[69] Véase *ibid.*, pp. 14-15. No obstante, Karl Helleiner, haciendo referencia a los trabajos de Ernst Rodenwaldt, sugiere que, aunque la pulga humana es menos importante que la de la rata, como portadora de la peste bubónica, puede haber sido más significativa en el transcurso de la Edad Media, reduciendo así la importancia de la hipótesis de Utterström. Véase Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 7.

[70] Duby, *Rural economy*, p. 307.

[71] *Ibid.*, p. 308.

[72] Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 76.

[73] «No parece probable que los altibajos periódicos observados en la vida económica de la Europa occidental a partir de 1200 sean el resultado de cambios de clima.» Slicher van Bath, *AAGB*, 12, p. 8.

[74] Después de señalar que parte de las evidencias presentadas por Utterström no son totalmente climáticas, señala algunos fallos metodológicos en la utilización de los datos meteorológicos. Sugiere que Utterström no ha proporcionado suficientes datos de tendencias a largo plazo como para apoyar sus generalizaciones. «Imaginémonos a un historiador o a un economista que se atreviera a afirmar que podía demostrar un alza larga y duradera en los precios partiendo como base para tal afirmación de tan sólo algunos puntos "cíclicos" excepcionales de la curva que desea interpretar, dejando de lado, tal vez desconociendo incluso la forma general de la curva en cuestión.» Emmanuel le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967, p. 17.

bable que la glaciación en cuestión se extendiera sobre la totalidad del hemisferio norte, y no obstante, los desarrollos sociales en Asia y Norteamérica fueron claramente divergentes de los de Europa. Sería útil, por tanto, volver al factor crónico de la tensión de recursos implicada en el sistema feudal de organización social, es decir, el sobreconsumo por parte de una minoría en medio de un bajo nivel general de productividad. Norman Pounds nos recuerda «cuán pequeño era el margen de seguridad para el campesino medieval, incluso bajo condiciones que podrían ser consideradas normales o medias...»[75]. Slicher van Bath tiende a corroborar esta hipótesis de subalimentación prolongada, observando que fue precisamente en las regiones productoras de proteínas donde los hombres fueron más resistentes a la peste[76].

No obstante, si a pesar de todo hubo una primera recesión económica debida a la sobreexplotación crónica y a las consiguientes rebeliones discutidas anteriormente, y posteriormente los factores climáticos sirvieron para acentuar tanto la escasez de comida como las plagas, es fácil ver cómo la coyuntura sociofísica pudo llegar a proporciones de «crisis». A su vez, esta crisis se hubiera visto agravada por el factor de que la peste, una vez extendida, se hacía endémica[77]. Más aún, aunque un número menor de hombres debía haber supuesto una mayor cantidad de comida, dado que la masa de territorio permanecía constante, también significó un paso de los cultivos a los pastos, y en consecuencia una reducción de la producción de calorías. La

[75] Norman J. G. Pounds, «Overpopulation in France and the Low Countries in the later Middle Ages», *Journal of Social History*, III, 3, primavera de 1970, p. 245. Pounds habla de una «permanente situación de subalimentación». Fernand Braudel adopta una posición similar: «[En una economía fundamentalmente agrícola], el ritmo, la calidad, la inadecuación de las cosechas determinan la totalidad de la vida material. De ellas puede resultar un daño súbito, como una mordedura en la albura de los árboles o en la carne de los hombres.» *Civilisation matérielle et capitalisme*, París, Armand Colin, 1967, pp. 32-33.

[76] «La gente de las áreas costeras holandesas, que vivía en gran medida de la pesca y de la ganadería, y en consecuencia consumía más productos animales y grasas que la gente dedicada al labrantío, tal vez por eso no sucumbió ante las epidemias del siglo XIV en grado ni remotamente similar [al de otros europeos].» Slicher van Bath, *AAGB*, 12, páginas 89-90.

[77] «Ya que la plaga, una vez introducida [en 1347-1351], no desapareció de Europa hasta unos trescientos cincuenta años más tarde de su primer brote. En forma endémica o epidémica continuó ejerciendo una profunda influencia tanto en la media a largo plazo como en las fluctuaciones a corto plazo de la tasa de mortalidad.» Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 5.

disminución demográfica se hizo por lo tanto también endémica[78]. Pierre Chaunu añade que «el hundimiento de la renta, la disminución de las ganancias y el agravamiento de las cargas señoriales» puede haber empeorado la situación aún más, apartando de la tierra la inversión de capital[79]. Y Dobb sugiere que el fenómeno resultante de la conmutación puede haber incrementado aún más las cargas de los campesinos, en lugar de mitigarlas como se asume habitualmente, aumentando por tanto el problema[80]. Por consiguiente, la incorporación de las varia-

[78] Karl Helleiner plantea la siguiente hipótesis: «[Las] propias mejoras en la posición económica de las clases inferiores [consiguientes a la despoblación causada por la peste negra] pueden haber militado en contra de una rápida recuperación demográfica. Ha de asumirse *a priori* y existen algunas pruebas para apoyar este punto de vista, que aquellas mejoras llevaron a una revisión ascendente del nivel de vida, incluyendo un desplazamiento del consumo medio de cereales hacia el consumo de carne. Este cambio en las preferencias de los consumidores se ve reflejado en el movimiento de los precios relativos de la carne y el grano, que debe haber intensificado [el] proceso de *Wüstung* [...] un aspecto del cual fue la "descerealización" parcial de Europa a favor de la ganadería. No obstante, dado un cierto nivel de tecnología agraria, se requieren cinco a seis veces más tierras para producir una caloría de alimento animal que las necesarias para la producción de una caloría de alimento vegetal. De lo que se sigue que, fuera cual fuese el grado de alivio de la presión de la población sobre las tierras producido por el hundimiento demográfico inicial, debe haberse visto parcialmente contrarrestado por ese cambio en el esquema de consumo y producción. Esta hipótesis sirve para explicar otro hecho por lo demás desconcertante, a saber, que la Baja Edad Media debió sufrir escasamente menos que los siglos precedentes en lo que a hambre y muertes se refiere, a pesar de que la disponibilidad per cápita de tierras fértiles fue sin duda mucho mayor durante este período» *(ibid.*, pp. 68-69).

[79] «La regresión de la población en los siglos XIV y XV agravó más que resolvió la escasez de espacio. Por lo tanto, no hizo disminuir la presión que había venido existiendo desde el siglo XIII. Puede incluso haberla aumentado, por medio de la caída de las rentas, la disminución de las ganancias y el agravamiento de la carga señorial. Capitales que podrían haberse visto tentados a volcarse en la tierra fueron atraídos en cierto grado por otros horizontes.» Chaunu, *L'expansion européenne*, página 349.

[80] «Pero hubo también abundantes casos en los que la conmutación no supuso una mitigación sino un aumento de las cargas feudales. Aquí no era más que una alternativa a la imposición directa de servicios adicionales. Lo más probable es que la conmutación tuviera este carácter cuando el recurrir a ella fuera en gran medida cuestión de propia iniciativa del señor; el intento de aumentar los ingresos feudales probablemente tomara esta forma debido a una relativa abundancia de mano de obra [...] Probablemente fuera la presión de la población sobre la tierra disponible en la aldea lo que dificultara al aldeano el asegurar su subsistencia, haciendo por lo tanto que la mano de obra asalariada fuera barata y relativamente abundante [...] esto acentuó aún más la tendencia a esta conmutación.» Dobb, *Studies*, pp. 63-64.

bles del entorno físico no desautoriza nuestro análisis anterior. Lo enriquece al añadir un elemento más a la explicación de una coyuntura histórica con tantas repercusiones en la historia futura del mundo, un ejemplo más en el que las estabilidades a largo plazo y los lentos cambios seculares pueden explicar coyunturas que tienen la capacidad de cambiar unas estructuras sociales intermedias desde el punto de vista de su duración temporal.

El análisis hasta aquí es como sigue. En Europa, a finales de la Edad Media, existía una «civilización» cristiana, pero no un imperio-mundo ni una economía-mundo. La mayor parte de Europa era feudal, es decir, consistía en nódulos económicos relativamente pequeños y relativamente autosuficientes, basados en una forma de explotación que suponía la apropiación relativamente directa del pequeño excedente agrícola producido en el seno de una economía señorial por una pequeña clase de nobles. Dentro de Europa, existían al menos dos economías-mundo menores, una de tamaño medio basada en las ciudades-Estado del norte de Italia y una más pequeña basada en las ciudades-Estado de Flandes y el norte de Alemania. La mayor parte de Europa no estaba involucrada directamente en estas redes.

Aproximadamente del año 1150 al 1300, se vio una expansión en Europa en el marco del modo de producción feudal, una expansión simultáneamente geográfica, comercial y demográfica. Desde aproximadamente el 1300 hasta el 1450, lo que se había expandido se contrajo de nuevo en los tres niveles de la geografía, el comercio y la demografía.

Esta contracción, tras la expansión, causó una «crisis», una crisis que fue visible no sólo en la esfera económica sino también en la esfera política (las guerras internas de la nobleza y las revueltas campesinas pueden ser consideradas como los dos síntomas fundamentales). También se hizo visible en la cultura. La síntesis cristiana medieval se vio sometida a un ataque multitudinario en todas las formas que posteriormente serían consideradas como primeros pasos del pensamiento occidental «moderno».

Existen tres explicaciones fundamentales de la crisis. Una es que fue esencialmente el producto de tendencias económicas cíclicas. Habiendo sido alcanzado el punto óptimo de expansión, dada la tecnología existente, vino seguido de una contracción. La segunda es que fue esencialmente el producto de una tendencia secular. Después de mil años de apropiación de excedente bajo el modo feudal, se había llegado a un punto de disminu-

ción de las ganancias. Mientras que la productividad permanecía estable (o incluso es posible que declinara como consecuencia del agotamiento del suelo), debido a la ausencia de motivaciones estructuradas para el avance tecnológico, la carga que caía sobre los productores del excedente había ido aumentando constantemente, por el creciente volumen de los gastos de la clase dominante. Ya no se podía exprimir más jugo. La tercera explicación es climatológica. El cambio en las condiciones meteorológicas europeas fue tal que redujo la productividad del suelo, incrementando simultáneamente las epidemias.

La primera y la tercera explicaciones se resienten del hecho de que ocurrieron cambios cíclicos y climatológicos semejantes en otros tiempos y otros lugares sin producir la consecuencia de la creación de una economía-mundo capitalista como solución a los problemas. La explicación secular de la crisis bien podría ser correcta, pero es inherentemente difícil crear el tipo de análisis estadístico serio que pudiera demostrar que ésta es una explicación suficiente de la transformación social. Creo que es más plausible operar sobre el supuesto de que la «crisis del feudalismo» representaba una coyuntura de tendencias seculares, una crisis cíclica inmediata, y una declinación climatológica.

Fueron precisamente las inmensas presiones de esta coyuntura lo que hizo posible la enormidad del cambio social. Porque lo que Europa iba a desarrollar y sostener a partir de entonces era una nueva forma de apropiación del excedente, una economía-mundo capitalista. No iba a estar basada en la apropiación directa del excedente agrícola, en forma de tributo (como había sido el caso en los imperios-mundo) o de rentas feudales (como había sido el sistema del feudalismo europeo). En su lugar, lo que iba a desarrollarse ahora era la apropiación de un excedente basado en una productividad más eficiente y ampliada (en primer lugar en la agricultura y posteriormente en la industria), por medio del mecanismo de un mercado mundial, con la asistencia «artificial» (es decir, ajena al mercado) de los aparatos de Estado, ninguno de los cuales controlaba en su totalidad el mercado mundial.

El argumento de este libro será que para el establecimiento de tal economía-mundo capitalista fueron esenciales tres cosas: una expansión del volumen geográfico del mundo en cuestión, el desarrollo de variados métodos de control del trabajo para diferentes productos y zonas de la economía-mundo, y la creación de aparatos de Estado relativamente fuertes en lo que pos-

teriormente se convertirían en Estados del centro de esta economía-mundo capitalista.

El segundo y tercer aspecto dependían en gran parte del éxito del primero. Por tanto, la expansión territorial de Europa era teóricamente un prerrequisito clave para una solución de la «crisis del feudalismo». Sin ella, la situación europea podría haberse hundido en una anarquía relativamente constante y una aún mayor contracción. ¿Cómo entonces adoptó Europa la alternativa que había de salvarla? La respuesta es que no fue Europa la que lo hizo, sino Portugal, o al menos fue Portugal el que estuvo en cabeza.

Veamos ahora qué es lo que, en su situación social, puede justificar el empuje hacia la exploración en ultramar que Portugal puso en práctica justo en mitad de la «crisis». Para comprender este fenómeno debemos comenzar recordando que la expansión geográfica Europea empezó, como ya hemos sugerido, anteriormente. Archibald Lewis argumenta que «a partir del siglo XI hasta mediados del XIII la Europa occidental siguió un desarrollo fronterizo casi clásico»[81]. Se refiere a la reconquista gradual de España a los moros, la recuperación por parte de la Europa cristiana de las islas Baleares, Cerdeña y Córcega, la conquista normanda de la Italia del sur y de Sicilia. Hace referencia a las cruzadas, con su anexión en primer lugar de Chipre, Palestina y Siria, posteriormente de Creta y las islas del Egeo. En el noroeste de Europa se dio la expansión inglesa hacia Gales, Escocia e Irlanda. Y en el este de Europa, los alemanes y los escandinavos penetraron, conquistaron y convirtieron al cristianismo las tierras de los bálticos y los eslavos. No obstante, «la frontera más importante era una frontera interna de bosques, pantanos, marismas, páramos y marjales. Fue en estos territorios donde se aposentaron los campesinos europeos, cultivándolos en gran medida, entre los años 1000 y 1250»[82]. Después, como ya hemos visto, esta expansión y esta prosperidad llegaron a su fin a causa de una «crisis» que supuso también una contracción. En términos políticos, esto supuso el reagrupamiento de los moros en Granada, la expulsión de los cruzados del Levante, la reconquista de Constantinopla por los bizantinos en 1261, la conquista por parte de los mongoles de las llanuras rusas. Internamente, en Europa se produjo la *Wüstungen*.

[81] Archibald R. Lewis, «The closing of the European frontier», *Speculum*, XXXIII, 4, octubre de 1958, p. 475.
[82] *Ibid.*, p. 476.

Las grandes exploraciones, la expansión atlántica, no fueron, por tanto, el primero, sino el segundo empujón de Europa, que tuvo éxito debido a que el impulso era mayor, la base social y tecnológica más sólida, y las motivaciones más intensas. No obstante, ¿por qué un empujón cuyo centro inicial fuera Portugal? En 1250 o incluso en 1350 pocas personas hubieran pensado que Portugal pudiera ser un candidato probable para cubrir este papel. Y retrospectivamente, desde el siglo XX, choca con nuestro sentido de la probabilidad, con nuestro prejuicio contra la pequeña potencia que Portugal ha sido en tiempos modernos y de hecho a lo largo de la historia.

Intentaremos contestar a esta cuestión en términos de motivación y de capacidades. Las motivaciones tenían un alcance europeo, aunque algunas de ellas pueden haber sido sentidas con mayor agudeza en Portugal. ¿Qué era lo que buscaban los exploradores? Metales preciosos y especias, según nos cuentan los libros de texto escolares. Y esto es cierto, hasta cierto punto.

En la Edad Media, la Europa cristiana y el mundo árabe mantenían una relación simbiótica en términos de oro y plata. Utilizando la frase de Andrew Watson, «en materias monetarias [...] las dos regiones deberían ser consideradas como un todo» [83]. La primera acuñaba plata; la otra, oro. Como resultado de un largo período de desequilibrio en los precios, cuyos orígenes son complejos y no necesitamos abordar aquí, la plata fluyó hacia el este, llevando a una abundancia de ella en el mundo árabe. Las exportaciones de plata ya no hacían posibles las importaciones de oro. En 1252, Florencia y Génova lanzaron, por tanto, nuevas monedas de oro. El motivo estaba allí. Un hecho que lo hizo posible fue la expansión del comercio de oro transahariano en el siglo XIII [84]. Watson piensa que es poco plau-

[83] Andrew M. Watson, «Back to gold—and silver», *Economic History Review*, 2.ª serie, XX, 1, 1967, p. 1.

[84] «Olvidamos que, en la Antigüedad y durante la Edad Media, lo que hoy en día consideraríamos unas minas paupérrimas eran consideradas de primera categoría. El Sudán occidental fue, desde el siglo VIII hasta el descubrimiento de América, el principal suministrador de oro para el mundo occidental; el comercio, organizado en primer lugar por Ghana, llegó bajo ese nombre al Mediterráneo y ensalzó el prestigio de los reyes que poseían semejante fuente de riqueza.» R. A. Mauny, «The question of Ghana», *Africa*, XXIV, 3, julio de 1954, p. 209.

Marian Malowist argumenta que fue la demanda norteafricana de oro (para vendérselo a los europeos), más que la necesidad del Sudán occidental de la sal que recibía a cambio, el estímulo fundamental de esta expansión. Véase «Quelques observations sur le commerce de l'or

sible, por tanto, el hablar de una falta de escasez de oro en Europa occidental entre 1250 y 1500, dado que aquélla fue una época de suministro creciente. No obstante, seguía existiendo un constante flujo de metales preciosos, de Europa a la India y China, pasando por Bizancio y el mundo árabe, aunque el desequilibrio era cada vez menor. Watson habla, un tanto misteriosamente, del «gran poder de la India y China para atraer metales preciosos del resto del mundo»[85]. La demanda de oro

---

dans le Sudan occidental au Moyen Age», *Annales ESC*, xxv, 6, noviembre-diciembre de 1970, pp. 1630-1636.

[85] Watson, *Economic History Review*, xx, p. 34. Véase el notable artículo colaboración de R. S. Lopez, H. A. Miskimin y Abraham Udovitch en el que argumentan con gran credibilidad que los años 1300-1500 son testigos de un flujo constante de metales preciosos desde el noroeste de Europa hacia Italia, el Levante y la India:

«Tanto el consumo de artículos de lujo por la población no agrícola [de Inglaterra] como las inversiones extensivas en la ornamentación de las iglesias [...] exacerbaron la ya existente escasez de artesanos cualificados que siguió a la peste negra, al crear un incremento relativo en la demanda de sus servicios. Como resultado, los salarios de los artesanos cualificados se vieron considerablemente aumentados, y parte de la demanda de lujo, no satisfecha domésticamente, se vio desviada hacia áreas fuera del norte de Europa, tanto por necesidades económicas como por la búsqueda de lo exótico; el resultado inevitable de esta demanda fue un incremento en la exportación de dinero. Más aún, dado que el uso de una mano de obra escasa en la producción de lujos para uso doméstico proscribe su utilización en la fabricación de artículos para la exportación, las ganancias potenciales en el extranjero de las economías del norte se vieron reducidas [...]

»¿Dónde había ido a parar [el dinero]? [...] El papado fue sin duda un sumidero de primera magnitud de los metales de la Europa del norte. Además de las transferencias directas de dinero, no obstante, los canales comerciales más convencionales tendían, a través del consumo de artículos de lujo, a producir el mismo resultado [...] Los puntos de llegada continentales de [la] ruta norte-sur [procedente de las ciudades de la Hansa] eran Milán, Génova y Venecia [...] da la impresión de que había un comercio activo y probablemente unilateral que conectaba la economía del norte con la del sur de tal forma que canalizaba los metales preciosos hacia el sur.

»En Francia, también, encontramos un extendido incremento en el consumo de artículos de lujo procedentes del sur durante el siglo XIV y principios del XV [...]

»Inglaterra y Francia se quejaban amargamente del acaparamiento de metales preciosos por Italia, pero en gran medida ésta era la contrapartida del flujo desde Italia hacia Levante [...] A pesar de las importaciones de oro desde la Europa del noroeste, de una moderada producción de las minas de Europa central, y de las cantidades más sustanciales procedentes del Senegal, hay abundantes indicios de que el suministro de oro era, en el mejor de los casos, apenas suficiente, y a menudo escaso. Admitiendo que el hambre de oro en el hombre es crónicamente insaciable, es seguro que el comercio con el Levante durante

y plata seguía siendo, por tanto, elevada. Entre 1350 y 1450 las minas de plata de Servia y Bosnia empezaron a desarrollarse [86], y se convirtieron en una fuente importante hasta que la invasión turca del siglo XV las aisló de Europa occidental. De forma semejante, a partir de 1460 hubo un súbito aumento en la minería de plata en la Europa central, gracias a las mejoras tecnológicas que permitían la explotación de lo que hasta entonces habían sido minas marginales. Perroy estima que entre

---

los siglos XIV y XV absorbió de Italia una cantidad creciente de oro [...] La importancia comparativa del comercio de artículos de lujo hizo a Italia más dependiente del Levante y aumentó el drenaje de metales preciosos en aquella dirección [...]

»[Existe] una contracción absoluta de la economía egipcia a finales del siglo XIV y [...] una declinación cuantitativa absoluta de todos sus sectores [...] La crisis económica de Egipto se vio acompañada de un hundimiento de su sistema monetario. La moneda de oro y plata se hizo cada vez más escasa, y las monedas de cobre predominaban en la circulación interna y a todos los niveles de transacción [...]

»Entre los numerosos factores que contribuyen a la escasez de numerario en Egipto a finales del siglo XIV y en el XV, el más central era su persistentemente desfavorable balanza de pagos en el comercio internacional. Al llegar el siglo XIII sus minas nubias estaban agotadas hasta el punto de que el oro extraído sólo a duras penas lograba cubrir los gastos. Un vivaz y rentable comercio con el Sudán occidental mantuvo a Egipto con suministros de oro hasta finales del siglo XIV, momento en que el citado comercio empezó a declinar y el oro africano fue succionado hacia Europa [...] Mientras que el suministro de oro de Egipto se iba contrayendo, no hay muestras de una declinación correspondientemente significativa en el consumo de productos foráneos y bienes de lujo, o una reducción paralela de los gastos del Estado en importaciones [...]

»A todo lo largo del siglo XV, Europa fue la única área con la que Egipto mantuvo una balanza de pagos favorable [...] Egipto, a comienzos del siglo XV, vivía virtualmente de las ganancias del comercio de especias con Europa [...] pero sólo una fracción de esta suma permanecía en el país. El comercio de especias era un comercio de tránsito. Por añadidura, Egipto estaba contribuyendo también [al] flujo [de oro hacia la India] por medio de su consumo interno de especias y otros productos importados del Oriente Lejano [...]

»Así, al menos una buena proporción del oro que empezaba su largo viaje hacia el sur a partir del norte de Europa en busca de artículos de lujo, viajando a través de Italia y Egipto, encontraba su lugar de reposo final en forma de incremento de la ya increíble acumulación de oro de la India.» «England to Egypt, 1350-1500; long-term trends and long-distance trade», en M. A. Cook, comp., *Studies in the economic history of the Middle East from the rise of Islam to the present day*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1970, pp. 101, 102, 103, 104, 105, 109, 110, 114, 117, 123, 126, 127-128.

[86] Véase Desanka Kovacevic, «Dans la Serbie et la Bosnie médiévales: les mines d'or et d'argent», *Annales ESC*, XV, 2, marzo-abril de 1960, páginas 248-258.

1430 y 1530 la producción de plata se quintuplicó en Europa central[87]. No obstante, el suministro no conseguía mantenerse paralelo a la demanda, y la búsqueda de oro por vía marítima (así, para el oro del Sudán burlando a los intermediarios norteafricanos) era sin duda algo que se planteaban los navegantes portugueses primitivos[88]. Cuando, por tanto, el descubrimiento de las Américas suministrara a Europa una fuente de oro más rica que el Sudán, y en especial una fuente de plata infinitamente más rica que Europa central, las consecuencias económicas serían enormes[89].

Los metales preciosos se perseguían en busca de una base monetaria para la circulación en el seno de Europa, pero aún más para exportarlos al Oriente. ¿A cambio de qué? Una vez más, cualquier colegial lo sabe: a cambio de especias y joyas. ¿Para quién? Para los ricos, que las utilizaban como símbolos de consumo ostentoso. Las especias se convertían en afrodisíacos, como si la aristocracia no pudiera hacer el amor de otra manera. En esta época las relaciones entre Europa y Asia podían resumirse en un intercambio de objetos preciosos. El oro y la plata fluían hacia el este para decorar los templos, los palacios y las ropas de las clases aristocráticas asiáticas, y las joyas y las especias fluían hacia el oeste. Los accidentes de la historia cultural (quizá tan sólo la escasez física) determinaron estas preferencias complementarias. Henri Pirenne, y más tarde Paul Sweezy, conceden a esta demanda de objetos de lujo un

[87] «[Hubo] un súbito incremento de la producción mineral allá por 1460, principalmente en la Europa central. En este terreno, la tecnología se hizo científica. La invención de mejores métodos de perforación, drenaje y ventilación hizo posible la explotación de las minas de Sajonia, Bohemia y Hungría hasta profundidades de 180 metros; el uso cada vez mayor de la fuerza hidráulica aumentó el poder de los fuelles y de los taladros, de tal manera que los hornos pudieron desplazarse de las laderas de las montañas para localizarse en los valles. La construcción de los primeros altos hornos, de una altura de tres metros, triplicó la capacidad productiva de los antiguos hornos. No es imposible que entre 1460 y 1530 se quintuplicara la extracción de mineral en la Europa central.» Perroy, *Le Moyen Age*, III, pp. 559-562.

[88] Véase V. M. Godinho, «Création et dynamisme économique du monde atlantique (1420-1670)», *Annales ESC*, V, 1, enero-marzo de 1950, página 33; Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (1), París, SEVPEN, 1959, p. 57.

[89] «América, que tomó el relevo en el Mediterráneo de las fuentes de oro de Africa, fue aún más importante como sustituto de las minas de plata alemanas.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 433.

lugar de honor en la expansión del comercio europeo[90]. No obstante, yo soy escéptico en cuanto a que el intercambio de objetos preciosos, por grande que pareciera al pensamiento consciente de las clases elevadas europeas, pueda haber sostenido una empresa tan colosal como la expansión del mundo atlántico, y mucho menos aún explicar la creación de una economía-mundo europea.

Los artículos de primera necesidad justifican a largo plazo los empujes del hombre en mucha mayor medida que los lujos. Lo que necesitaba Europa occidental en los siglos XIV y XV era comida (más calorías y una mejor distribución de los valores alimenticios) y combustible. La expansión a las islas del Mediterráneo y el Atlántico, después a Africa del norte y del oeste y al otro lado del Atlántico, al igual que la expansión a Europa oriental, las estepas rusas y eventualmente al Asia central, suministraron comida y combustible. Expandieron la base terri-

---

[90] «En cada dirección en que se extendía el comercio, creaba el deseo de los nuevos artículos de consumo que traía consigo. Como pasa siempre, la aristocracia deseaba rodearse de los lujos o al menos del confort correspondiente a su rango.» Henri Pirenne, *Economic and social history of medieval Europe*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1936, p. 81.

«Cuando tomamos en consideración el hecho de que la guerra se cobraba sus derechos fundamentalmente entre los órdenes superiores (dado que eran los únicos a los que se les permitía llevar armas) bien podemos poner en duda que hubiera un crecimiento *relativo* significativo en el volumen de la clase parásita [...] Por otra parte, no hay razón para dudar de la realidad de la creciente extravagancia de la clase dominante feudal [...] ¿Pero era esta creciente extravagancia una tendencia explicable por la naturaleza del sistema feudal, o refleja acaso algo que estaba pasando fuera del sistema feudal? [...] La rápida expansión del comercio desde el siglo XI en adelante puso a su alcance una cantidad y una variedad de bienes en crecimiento constante.» Paul Sweezy, *Science and Society*, XIV, pp. 139-140.

Maurice Dobb, no obstante, argumenta: «El paso de la extracción coercitiva de plustrabajo por los propietarios de tierras al uso de mano de obra asalariada libre debe de haber dependido de la existencia de una mano de obra barata para contratar (es decir, elementos proletarios o semiproletarios). Creo que esto ha sido un factor mucho más fundamental que la proximidad de los mercados en la determinación de la supervivencia o disolución de las viejas relaciones sociales.» *Science and Society*, XIV, p. 161.

R. H. Hilton se pone del lado de Dobb: «El progreso económico que era inseparable de la anterior lucha por las rentas y de la estabilización política del feudalismo, vino caracterizado por un incremento en el excedente social total de la producción sobre las necesidades de subsistencia. Esto, y no el llamado renacimiento del comercio internacional en sedas y especias, fue la base para el desarrollo de la producción de mercancías.» «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XVII, 4, otoño de 1953, p. 347.

torial del consumo europeo construyendo una economía política en la que esta base de recursos era consumida desigualmente, desproporcionadamente por Europa occidental. Este no fue el único camino. Existió también una innovación tecnológica que incrementó el rendimiento de la agricultura, innovación que comenzó en Flandes ya desde el siglo XIII, y se extendió a Inglaterra tan sólo en el siglo XVI[91]. Pero tales innovaciones tecnológicas era lógico que ocurrieran precisamente en lugares donde se daban una población densa y un crecimiento industrial, como el Flandes medieval, que eran precisamente los lugares donde resultaba más rentable la utilización de la tierra para cultivos comerciales, la cría de ganado y la horticultura, que, consecuentemente, «requerían la importación de grano [trigo] en grandes cantidades. Sólo entonces podía funcionar con el máximo de ventajas el complicado sistema de interrelaciones entre la agricultura y la industria»[92]. Por tanto, el proceso de innovación agrícola cebó más que impidió la necesidad de expansión.

El trigo era un foco central de la nueva producción y el nuevo comercio en los siglos XV y XVI. Al principio, Europa encontró en los bosques del norte y las planicies mediterráneas sus «Américas internas», utilizando la perceptiva frase de Fernand Braudel[93]. Pero las Américas internas no eran suficientes. Había expansión en los bordes, en primer lugar hacia las islas. Vitorino Magalhães Godinho ha planteado como hipótesis de trabajo que la agricultura fue la motivación fundamental de la colonización portuguesa de las islas atlánticas, una hipótesis secundada por Joël Serrão, que señaló que el desarrollo de estas islas fue rápido y en términos de «la tetralogía de cereales, azúcar, tintes y vino [...] [Hubo] siempre una tendencia al monocultivo, siendo preferido uno u otro de los cuatro productos»[94]. El nuevo trigo cultivado empezó a fluir a través del continente europeo, desde el área báltica a los Países Bajos, a partir del

[91] Véase Slicher van Bath, «The rise of intensive animal husbandry in the Low Countries», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Londres, Chatto, 1960, pp. 130-153.

[92] *Ibid.*, p. 137.

[93] «Estos movimientos de mejora [*bonification*] fueron la respuesta ante los requerimientos de las ciudades, cuya población no dejó de crecer durante los siglos XV y XVI. La urgente necesidad de aprovisionar a estas ciudades les llevó a desarrollar la producción agrícola en sus inmediaciones, bien cultivando nuevos terrenos o por medio de la práctica de la irrigación.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 62.

[94] Joël Serraõ, «Le blé des îles atlantiques: Madère et Açores aux XV^e et XVI^e siècles», *Annales ESC*, IX, 3, julio-septiembre de 1954, p. 338.

siglo XIV[95], y hasta Portugal en el XV[96], del Mediterráneo a Inglaterra y los Países Bajos en los siglos XIV y XV[97].

Podemos plantear una jerarquía de alimentos en términos de su costo por cada mil calorías. M. K. Bennett encuentra esta jerarquía razonablemente estable en el tiempo y en el espacio. Los productos de grano molido y los tubérculos y raíces feculentos se encuentran en la base de sus ocho estratos, es decir, son los más baratos, los productos más básicos[98]. Pero no se consigue una dieta adecuada sólo a base de grano. Uno de los más importantes complementos en la dieta europea es el azúcar, útil como fuente de calorías y como sustitutivo de las grasas. Más aún, también puede ser utilizado para la elaboración de bebidas alcohólicas (en particular ron). Y más adelante sería utilizada para la elaboración del chocolate, uso que los españoles aprendieron de los aztecas y que se convertiría en una bebida extraordinariamente apreciada, al menos en la España del siglo XVII[99].

El azúcar fue también una motivación principal para la expansión a las islas. Y, debido a su modo de producción, junto con el azúcar surgió la esclavitud. Esto comenzó en el Mediterráneo oriental en el siglo XII, y después fue desplazándose hacia el oeste[100]. La expansión atlántica no fue más que su continua-

---

[95] Véase J. A. van Houtte, «L'approvissionnement des villes dans les Pays-Bas (Moyen Age et Temps Modernes)», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 73-77.

[96] «En el siglo XV, Portugal empezó a estar cada vez más abierto a los comerciantes hanseáticos y a los bretones que suministraban al país trigo y madera, la importación de los cuales era ya en aquella época indispensable.» Marian Malowist, «Les aspects sociaux de la première phase de l'expansion coloniale», *Africana Bulletin*, 1, 1964, p. 12.

[97] Véase Ruggiero Romano, «A propos du commerce de blé dans la Méditerranée des XIV^e et XV^e siècles», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage a Lucien Febvre*, París, Armand Colin, 1953, pp. 149-161.

[98] Los ocho estratos que contabiliza Bennett son: 1) productos de grano molido y raíces y tubérculos feculentos, incluyendo el plátano; 2) grasas y aceites vegetales; 3) legumbres secas (judías, garbanzos, lentejas); 4) azúcar; 5) leche y sus derivados; posiblemente pescado; 6) carne de cerdo; 7) vacuno, carnero, cabra, búfalo, aves de corral y huevos; 8) frutas y verduras. Véase M. K. Bennett, *The world's food*, Nueva York, Harper, 1954, pp. 127-128. «¿Por qué había de existir la jerarquía general? Es sin duda el reflejo de los costos relativos de producción y las cualidades calóricas inherentes de los distintos alimentos» (p. 128).

[99] Véase G. B. Masefield, «Crops and livestock», *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 295.

[100] Anthony Luttrell ha trazado el cuadro *anterior* a 1500: «Los latinos estaban produciendo azúcar con esclavos musulmanes y de otras proce-

ción lógica. De hecho, E. E. Rich localiza en Portugal la esclavitud africana en el año 1000 d.C., siendo adquiridos los esclavos por medio del comercio con traficantes mahometanos [101]. El azúcar era un producto muy lucrativo y exigente, que expulsaba al trigo [102] pero agotaba después el suelo, de modo que requería continuamente nuevas tierras (por no hablar de la fuerza de trabajo consumida en su cultivo).

El pescado y la carne tienen un puesto más elevado en la lista de categorías de Bennett. Pero se buscaban como fuentes de proteínas. Godinho cita la expansión de las áreas de pesca como una de las dinámicas claves de la exploración portuguesa primitiva [103]. Sin duda la carne era menos importante que el grano, y se vio considerable y continuamente reducida en importancia en el período que va de 1400 a 1750 [104], lo que prueba un punto sobre el que volveremos, que los trabajadores europeos pagaron parte de los costos del desarrollo económico

---

dencias, en Siria, Chipre y otras colonias del Mediterráneo oriental, desde el siglo XII, y en 1404, cuando Giovanni della Padua, de Génova, recibió licencia real para establecer una plantación en el Algarve, los genoveses la habían transferido aparentemente de Sicilia al sur de Portugal. Fueron en gran medida los genoveses los que suministraron la iniciativa, el capital, las técnicas de molienda e irrigación para la introducción del azúcar en las Azores y Madeira, y los que la exportaban de las islas a lugares tan lejanos como Flandes y Constantinopla. También ayudaron a conseguir la mano de obra necesaria; Antonio da Noli, por ejemplo, llevó guineanos a las islas de Cabo Verde en la década de 1640.» «Slavery and slaving in the portuguese Atlantic (to about 1500)», en Centre of African Studies, *The transatlantic slave trade from West Africa*, Edimburgo, Univ. of Edinburgh, multicopiado, 1965, p. 76.

[101] Véase E. E. Rich, «Colonial settlement and its labour problems», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 308.

[102] Por ejemplo, Serraõ nos dice de Madeira: «Alrededor de 1475 finalizó el ciclo del trigo [...] El azúcar había liquidado al trigo.» *Annales ESC*, IX, p. 340. Serraõ señala que, cuando ocurrió esto, las Azores se convirtieron en el área triguera de Portugal, suplantando fundamentalmente a Madeira. Este esquema cíclico era «cierto en el siglo XVI, al igual que en el XVII, y se mantenía aún en el XVIII» *(ibid.*, p. 341).

[103] Véase Godinho, *Annales ESC*, V, p. 33.

[104] «De lo que la gente menos se da generalmente cuenta es de que la situación trazada a grandes rasgos en 1750 —mucho pan y poca carne— [...] era por su parte el resultado de un deterioro y no se puede aplicar cuando nos remontamos a la Edad Media.» Fernand Braudel y Frank C. Spooner, «Prices in Europe from 1450 to 1750», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 414.

europeo [105]. No obstante, el deseo de carne era una de las motivaciones del comercio de especias, no de las especias asiáticas para los afrodisíacos de los ricos, sino de los granos del paraíso (*Amomum Melegueta*) de Africa occidental, utilizados como sustitutivo de la pimienta, así como del vino especiado conocido como hipocrás [106]. Estas especias servían «simplemente para hacer aceptables unas gachas aguadas» [107].

Si las necesidades alimenticias dictaron la expansión geográfica de Europa, los beneficios resultaron ser incluso mayores de lo que se pudiera haber anticipado. La ecología mundial se vio alterada, y esto de una forma tal que, debido a la organización social de la emergente economía-mundo europea, beneficiaría primariamente a Europa [108]. Además del alimento la otra gran necesidad básica era la madera, madera para leña, y madera para la construcción de barcos (y de casas). El desarrollo económico de la Edad Media, y se debe asumir que también sus crudas técnicas forestales, habían llevado a una lenta pero constante deforestación de Europa occidental, Italia y España, así como también de las islas mediterráneas. El roble se hizo

---

[105] «De 1400 a 1750, Europa fue una gran consumidora de pan, y en más de la mitad vegetariana [...] Sólo esta "atrasada" dieta permitió a Europa cargar con el peso de una población en continuo crecimiento [...] El consumo de pan relegó cada vez más al de carne hasta mediados del siglo XIX.» *Ibid.*, p. 413. Véase también W. Abel, «Wandlungen des Fleischverbrauchs und der Fleischversorgung in Deutschland», *Bericht über Landwirtschaft*, n. s., vol. 22, 1938, pp. 411-452, citado en Slicher van Bath, *Agrarian history*, p. 204.

[106] «Las primeras exploraciones de los portugueses a lo largo de la costa occidental de Africa tuvieron como fruto tan sólo una planta de interés inmediato, los granos del paraíso [...] Podían ser obtenidos ahora más baratos que por la ruta terrestre a través del Sáhara, y su comercio dio nombre a la "Costa del Grano"; pero no pudieron ser aclimatadas las plantas a Europa.» Masefield, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 276.

[107] Chaunu, *L'expansion européenne*, p. 354.

[108] G. B. Masefield señala cómo cambió el mapa agrario del mundo la relación entre las Américas y el hemisferio oriental: «La dispersión de cosechas y ganado que siguió al establecimiento de estos lazos fue la más importante de la historia de la humanidad, y tal vez tuviera efectos más trascendentales que cualquier otro resultado de los descubrimientos. Sin las cosechas americanas, posiblemente Europa no hubiera sido capaz de sostener una población tan densa como la que sostuvo más adelante, y los trópicos del Viejo Mundo no se hubieran desarrollado tan rápidamente. Sin el ganado europeo, y en especial sin caballos y mulas para el transporte y el cultivo, el continente americano no podría haberse desarrollado al ritmo al que lo hizo.» *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 276.

particularmente escaso[109]. Al llegar el siglo XVI, el área báltica había empezado a exportar madera en grandes cantidades a Holanda, Inglaterra y la península Ibérica.

Debemos mencionar otra necesidad de aprovisionamiento, la necesidad de vestido. Existía por supuesto el comercio de lujo, la demanda de sedas, cuya antigua historia estaba ligada a la demanda de joyas y especias. La creciente industria textil, la primera industria importante del desarrollo industrial europeo, era no obstante algo más que un comercio de lujo, y requería materiales: tintes para los tejidos de algodón y lana, y goma para endurecer la seda en el proceso de acabado[110].

El oro y la plata eran buscados como objetos preciosos, para su consumo en Europa y más aún para el comercio con Asia, pero eran también una necesidad para la expansión de la economía europea. Hemos de preguntarnos por qué. Después de todo, el dinero como medio de pago puede hacerse con cualquier cosa, en el supuesto de que la gente esté dispuesta a aceptarlo. Y de hecho hoy en día utilizamos casi exclusivamente medios de pago distintos de los metales preciosos. Más aún, Europa estaba empezando a hacerlo a finales de la Edad Media, con el desarrollo de la «moneda de cuenta», a veces engañosamente llamada «moneda imaginaria».

---

[109] Braudel habla de un «hambre de madera» con referencia a varias partes de Italia. «Las flotas mediterráneas se fueron acostumbrando poco a poco a ir buscando cada vez más lejos lo que no lograban encontrar en sus propios bosques. En el siglo XVI, llegaba a Sevilla madera nórdica cargada en barcos rebosantes de planchas y vigas.» *La Méditerranée*, I, p. 131.

Véase Frederic Lane: «Cuando este agotamiento de los bosques de robles fue percibido claramente por primera vez —en la última mitad del siglo XV— la escasez parece haber sido peculiar de Venecia. Al menos los ragusanos y los vascos tenían un suministro suficientemente abundante como para que su competencia fuera severamente sentida. A finales del siglo XVI la escasez de madera de roble parece haber sido general en todos los países mediterráneos.» «Venetian shipping during the commercial revolution», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, p. 21.

H. C. Darby señala el mismo punto para Inglaterra: «El crecimiento de la marina mercantil de Inglaterra y el desarrollo de la armada inglesa, desde la época de los Tudor en adelante, dependía de un suministro adecuado de robles para los cascos de los barcos; abetos para los mástiles, junto con "pertrechos navales" como brea y alquitrán, eran importados de las tierras bálticas.» «The clearing of the woodland in Europe», en William L. Thomas, jr., comp., *Man's role in changing the face of the Earth*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1956, p. 200.

[110] Véase Godinho, *Annales ESC*, V, p. 33.

No obstante pasarían siglos antes de que la moneda metálica se aproximara al estatuto de moneda simbólica [111]. No hemos llegado totalmente a ello ni siquiera hoy en día. Como resultado Europa estaba continuamente sitiada por mutaciones constantes del valor a través de la devaluación, tan constantes que Marc Bloch lo llama «el hilo universal de la historia monetaria» [112]. Aún así nadie sugirió seriamente entonces el prescindir del oro y la plata.

Existieron varias razones para que esto no ocurriera. Aquellos que aconsejaban a los gobiernos tenían intereses propios en el sistema [113]. No debemos olvidar que, a finales de la Edad Media, las acuñaciones seguían siendo proposiciones comerciales que servían intereses privados [114]. Pero más fundamental que el interés propio era la psicología colectiva del miedo, basada en la realidad estructural de un sistema económico débilmente articulado. La moneda de cuenta estaba siempre a punto de hundirse. Evidentemente no estaba en manos de nadie, por rico que fuera, el controlarla bien individualmente, bien en colusión con otros. De hecho —¿quién podía saberlo?— ¿no se hundiría de nuevo la totalidad de la economía monetaria? Ya lo había hecho antes. El metal precioso era un tope, una protección. El dinero de los pagos siempre podía ser utilizado como una mercancía, contando sólo con que las dos utilizaciones del dinero, como medida de valor y medio de pago, no se apartaran demasiado [115].

---

[111] El elemento clave para hacer simbólico el dinero en metálico es hacer las monedas con un valor de mercancía menor (preferiblemente mucho menor) que su valor monetario. Y, no obstante, Carlo Cipolla señala que esto no fue adoptado para monedas pequeñas en Inglaterra hasta 1816 y en los Estados Unidos hasta 1853. Véase *Money, prices*, p. 27.

[112] Marc Bloch, *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, París, Armand Colin, 1954, p. 50.

[113] «La mayoría, si no la totalidad de los expertos consultados por los últimos Capetos [de Francia] eran comerciantes, generalmente italianos, a la vez comerciantes a larga distancia y prestamistas de dinero a los reyes y los notables; frecuentemente arrendadores de acuñación de moneda y vendedores de metales preciosos.» Bloch, *ibid.*, p. 52.

[114] «En la mayor parte de los casos las acuñaciones no eran realizadas directamente por el Estado, sino que eran arrendadas a particulares que acuñaban dinero a partir del metal que otros particulares les suministraban. El interés que guiaba a estos arrendadores de la acuñación de moneda era naturalmente el de la ganancia personal, no el de la utilidad pública. En los casos en que un rey se encargaba de la acuñación por su cuenta, actuaba también más a menudo como empresario privado que como cabeza de un Estado.» Cipolla, *Money, prices*, p. 28.

[115] Marc Bloch cita el sorprendente ejemplo del siglo XV de la *Chambre des Comptes* francesa que, «cuando calculaba las transferencias de una cuenta real a otra, en lugar de inscribir simplemente la suma transferida en *livres, sous* y *deniers*, se tomaba mucho cuidado en añadir un

Para esto, resultaba esencial la utilización de metales preciosos. Y por lo tanto, sin ellos, Europa hubiera carecido de la confianza colectiva para desarrollar un sistema capitalista, en el cual la ganancia se basa en diversos aplazamientos del valor realizado. Esto es verdad *a fortiori* dado el sistema de una economía-mundo no imperial, sistema que, por otras razones, era esencial. Dado este fenómeno de psicología colectiva, elemento integral de la estructura social de esta época, el metal precioso debe ser considerado como un ingrediente esencial de una economía-mundo próspera.

Los motivos de la exploración aparecen no sólo en los productos que Europa deseaba obtener, sino también en los requerimientos de trabajo de varios grupos en Europa. Como nos recuerda H. V. Livermore, fueron los cronistas ibéricos de aquellos tiempos y un poco posteriores los primeros en señalar que «la idea de continuar la *reconquista* en el norte de Africa fue sugerida por la necesidad de encontrar empleo útil para aquellos que habían vivido a base de expediciones fronterizas durante un cuarto de siglo» [116].

Debemos recordar el problema clave de la declinación de los ingresos señoriales en los siglos XIV y XV. M. M. Postan ha calificado de «gangsterismo» el comportamiento consecuente de la nobleza inglesa, la utilización de una violencia ilegal para recuperar un nivel de ingresos perdido. Fenómenos similares se dieron en Suecia, Dinamarca y Alemania. Una de las formas de esta violencia fue sin duda la expansión [117]. El principio gene-

---

coeficiente pensado para compensar las modificaciones que entre tanto pudiera haber habido en el valor en metálico de tales unidades. "Deuda de la cuenta precedente 416 *livres* 19 *sous tournois* de moneda débil [...] que en moneda fuerte [es decir, corriente] valen 319 *livres* 19 *sous tournois*".» *Esquisse d'une histoire*, p. 49.

[116] H. V. Livermore, «Portuguese history», en H. V. Livermore, comp., *Portugal and Brazil, an introduction*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1953, p. 59.

Vitorino Magalhães Godinho ve una relación directa entre el cese de la violenta lucha social en Portugal (1383-1385) y la expedición a Ceuta en 1415. Véase *L'économie de l'empire portugais aux XV[e] et XVI[e] siècles*, París, SEVPEN, 1969, p. 40.

[117] «Los historiadores ven una conexión entre las grandes guerras de los siglos XIV y XV (incluyendo el descenso francés a Italia) y el debilitamiento del nivel de ingresos de la nobleza [...] ¿Acaso no pertenece el comienzo de los grandes movimientos de expansión en el siglo XV (incluso en el XIV con la colonización de las islas atlánticas) al mismo grupo de sucesos, y no fue provocado por idénticas causas? Podríamos considerar como paralelas la expansión en la Europa del este y las intentonas de la nobleza danesa y germana de conquistar Escandinavia.» Marian Malowist, «Un essai d'histoire comparée: les mouvements d'expan-

ral que podría invocarse es que si los nobles feudales obtenían menos renta de sus tierras intentaran activamente conseguir más tierras de las que extraer rentas, devolviendo así sus ingresos reales al nivel de las expectativas sociales. Si entonces nos preguntamos por qué Portugal se expandió por ultramar y otras naciones europeas no, una respuesta sencilla es que los nobles de otros países tenían mejor suerte. Podían abordar expansiones más fáciles, más cercanas a sus lugares de origen, utilizando caballos en lugar de barcos. Portugal, debido a su geografía, no tuvo otra opción.

Sin duda la expansión ultramarina ha estado ligada tradicionalmente a los intereses de los comerciantes, que podían obtener beneficios por la expansión del comercio, y con los monarcas que buscaban conseguir a la vez gloria y rentas para el trono. Pero bien podría haber sido que la motivación *inicial* de las exploraciones ibéricas surgiera primariamente de los intereses de la nobleza, en particular de los notorios «hijos menores», que carecían de tierras, y que sólo una vez que empezaba a funcionar la red de comercio se animaban los comerciantes más prudentes (a menudo menos lanzados que los nobles que sufrían la amenaza del desclasamiento) [118].

---

sion en Europe au xv[e] et xvi[e] siècles», *Annales ESC*, xvii, 5, septiembre-octubre de 1962, p. 924.

[118] Véase Malowist: «Parece claro que en la primera fase de la expansión colonial portuguesa [...] el elemento de la nobleza juega un papel dominante [...] Al seguir adelante el proceso de desarrollo del imperio colonial portugués, la participación de los comerciantes en el comercio ultramarino fue en aumento [...] Parece que el proceso de la colonización española de América fue análogo.» *Africana Bulletin*, 1, pp. 32-34. De manera similar, Chaunu, citando como autoridad a Godinho, distingue dos tipos de expansión portuguesa: «una expansión que era fundamentalmente terrestre, realizada por lo tanto por la nobleza y política en cuanto a su forma, representada por la captura de Ceuta y la extensión de la *Reconquista* a Marruecos; y una expansión esencialmente mercantil, realizada por lo tanto fundamentalmente por la burguesía, a lo largo de la costa de Africa.» *L'expansion européenne*, p. 363. Chaunu añade, como lo había hecho Malowist, que se siente tentado a extender esta explicación a la conquista española de América.

[1] Luis Vitale está dispuesto a ir más lejos en la valoración del papel de la burguesía. Argumenta: «Portugal, en 1381, fue testigo de la primera revolución burguesa, anterior en cuatro siglos a la de Francia. La burguesía comercial de Lisboa, conectada a través del comercio con Flandes, alejó del poder a los señores feudales. El fracaso último de la revolución mostró que las condiciones no estaban maduras para el triunfo de la burguesía, pero su ascenso se vio reflejado en el comercio con el Atlántico norte, en los planes de Enrique el Navegante, y sobre todo en los descubrimientos del siglo xv.» «Latin America: feudal or capitalist?», en James Petras y Maurice Zeitlin, comps., *Latin America: reform or revolution?*, Greenwich (Connecticut), Fawcett, 1968, p. 34.

¿Fue acaso la sobrepoblación la causa de la expansión? Esta es una de esas preguntas que complican la cuestión. Braudel nos dice que por supuesto había sobrepoblación en el Mediterráneo occidental, y como prueba cita la repetida expulsión de los judíos, y más tarde los moriscos, de diversos países [119]. Pero E. E. Rich nos asegura que, como motivo de la expansión de los siglos XV y XVI, «el desbordamiento a causa de un exceso de población puede descartarse [...] lo probable (porque no se puede decir otra cosa) es que la creciente población fuera a las guerras o a las ciudades» [120]. Si, tal vez, pero ¿cómo eran alimentados, y vestidos y alojados aquellos que iban a las ciudades (o a las guerras)? Había sitio, físicamente hablando, para la población, incluso para la creciente población en Europa. De hecho aquello era parte del problema que originó la expansión. El espacio físico era un elemento en la fuerza del campesinado frente a la nobleza, y por lo tanto un factor de la declinación de las rentas señoriales, en la crisis del feudalismo. Las sociedades europeas podían haber respondido de varias formas. Una de ellas era el definirse a sí mismas (al menos implícitamente) como sobrepobladas, y por lo tanto necesitadas de una base territorial mayor [121]. De hecho, lo que la nobleza (y la burguesía) necesitaban, y lo que conseguirían, era una fuerza de trabajo más tratable. El tamaño de la población no era el problema; lo eran las relaciones sociales que gobernaban la interacción de las clases altas y bajas.

Finalmente, ¿puede explicarse la expansión por ultramar por medio del «espíritu de cruzada», la necesidad de evangelizar? Una vez más la pregunta oscurece el problema. Sin duda la cristiandad adoptó una forma particularmente militante en la península Ibérica, donde las luchas nacionales habían sido definidas en términos religiosos durante tanto tiempo. Sin duda

---

[119] «La religión era tanto el pretexto como la causa de estas persecuciones [...] Aún más adelante, como señaló hace mucho tiempo George Pariset, [la ley de los números también operaba] contra los protestantes franceses en la era de Luis XIV.» Braudel, *La Méditerranée*, I, página 380.

[120] Rich, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 302-303.

[121] Esta autodefinición tenía detrás, por supuesto, mucha historia en la península Ibérica. Véase Charles Julian Bishko: «Aquellos ocho siglos de avance rápido o lento hacia el sur contra los moros no fueron meramente una Ilíada de combate militar y político, sino, por encima de todo, una *repoblación* medieval, o recolonización, de la península Ibérica.» «The Castilian as plainsman: the medieval ranching frontier in La Mancha and Extremadura», en Archibald R. Lewis y Thomas F. McGann comps., *The New World looks at its history*, Austin, Univ. of Texas Press 1969, p. 47.

esta era una era de *derrota* cristiana por parte de los turcos y musulmanes en el sudeste de Europa (hasta las mismísimas puertas de Viena). Y la expansión atlántica bien podría haber reflejado una reacción psicológica a estos hechos, «un fenómeno de compensación, una especie de fuga hacia delante», como sugiere Chaunu [122]. Sin duda las pasiones de la cristiandad explican muchas de las decisiones particulares tomadas por los portugueses y los españoles, tal vez en parte la intensidad del compromiso o el exceso de compromiso. Pero parece más plausible considerar este entusiasmo religioso como una racionalización, sin duda internalizada por muchos de los actores, y en consecuencia como un factor de sostenimiento y fortalecimiento, y económicamente distorsionador. Pero la historia ha visto la pasión convertirse en cinismo con demasiada regularidad para que no se sospeche de las invocaciones a tales creencias como factores primarios en la explicación de la génesis y persistencia a largo plazo de acciones sociales a gran escala.

Todo lo que hemos dicho acerca de las motivaciones no responde de una manera concluyente a la pregunta: ¿por qué los portugueses? Hemos hablado de las necesidades materiales de *Europa*, de una crisis *general* en los ingresos señoriales. Sin duda, hemos señalado el particular interés de Portugal en resolver este problema por medio de la exploración atlántica. Pero esto no es suficiente como para resultar convincente. Debemos por lo tanto apartarnos de la cuestión de las motivaciones para abordar la de las capacidades. ¿Por qué fue Portugal, de entre todas las naciones europeas, la más capaz de dar el empujón inicial? Una respuesta obvia se puede hallar en cualquier mapa. Portugal está en el Atlántico, justo al lado de Africa. En términos de la colonización de las islas atlánticas y la exploración de la costa occidental de Africa, era la que evidentemente estaba más cerca. Más aún, las corrientes oceánicas son tales que era más fácil, especialmente dada la tecnología de aquella época, partir de puertos portugueses (así como de los del sudoeste de España) que de cualquier otro lugar [123].

---

[122] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 60.

[123] «No existe, en todo el Atlántico norte, un lugar más idealmente adecuado para la navegación hacia las aguas cálidas que la línea costera que va desde el norte de Lisboa a Gibraltar o posiblemente desde Lisboa al extremo norte de Marruecos. Solamente allí se pueden encontrar alternativamente, un viento seguro para salir de la costa a alta mar, en pleno corazón del océano, en el punto más bajo [*racine*] de los vientos alisios, en el momento del solsticio de verano, y un viento para volver, el contraflujo de las latitudes medias, desde otoño hasta principios de

Por añadido, Portugal tenía ya mucha experiencia en el comercio a larga distancia. En este campo, si bien Portugal no puede compararse a los venecianos o a los genoveses, investigaciones recientes han demostrado que su experiencia era significativa, y probablemente equivalente a la de las ciudades del norte de Europa [124].

Un tercer factor fue la disponibilidad de capital. Los genoveses, los grandes rivales de los venecianos, decidieron tempranamente invertir en las empresas comerciales ibéricas, y favorecer sus esfuerzos de cara a la expansión ultramarina [125]. A finales del siglo XV, los genoveses hubieran preferido a los españoles antes que a los portugueses, pero esto obedece en gran medida a que estos últimos podían para entonces permitirse el prescindir de la tutela y el patrocinio genoveses, y de la disminución de sus ganancias. Verlinden llama a Italia «la única nación realmente colonizadora de la Edad Media» [126]. En el siglo XII, cuando los genoveses y los pisanos aparecen por vez primera en Cat

la primavera [*petit printemps*].» Pierre Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 5. Un mapa útil aparece en Charles R. Boxer, *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825*, Nueva York, Knopf, 1969 pp. 54-55. Véase Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*, pp. 310-312.

[124] «Es incontestable que el prodigioso desarrollo colonial y comercial de los países ibéricos en el amanecer de los tiempos modernos fue hecho posible en gran medida por un crecimiento gradual en su comercio exterior durante los siglos finales de la Edad Media.» Charles Verlinden, «Deux aspects de l'expansion commerciale du Portugal au moyen âge», *Revista Portuguêsa de História*, IV, 1949, p. 170. Véase también Charles Verlinden, «The rise of Spanish trade in the Middle Ages», *Economic History Review*, X, 1, 1940, pp. 44-59. Un punto similar es señalado por Michel Mollat en «L'économie européenne aux deux dernières siècles du Moyen-Age», *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Florencia, G. B. Sansoni, 1955, III, *Storia del medioevo*, p. 755.

Antonio H. de Oliveira Marques nos detalla la naturaleza del comercio portugués con Flandes en los siglos XIII y XIV en «Notas para a história da feitoria portuguesa na Flandres no século XV», *Studi in onore de Amintore Fanfani*, II, *Medioevo*, Milán, Dott. A. Giuffré Ed., 1962, páginas 437-476. Señala que ya en 1308 había una «nación» portuguesa en Brujas y que se transportaban los productos en barcos portugueses (véase p. 451). Véase Godinho, *L'économie portugaise*, p. 37.

[125] K. M. Pannikkar señala el deseo de Génova de apoderarse del comercio con la India a partir del siglo XIII. «Finalmente, a través de España y Portugal, los genoveses fueron capaces de romper el monopolio veneciano y el bloqueo musulmán.» *Asia and western dominance*, Londres, Allen and Unwin, 1953, pp. 26-27. Mientras que su narración de la declinación de la dominación veneciana está sobresimplificada, como veremos en el capítulo 6, Pannikkar está en lo cierto al señalar este deseo largamente acariciado por Génova.

[126] Charles Verlinden, «Italian influence in Iberian colonization», *Hispanic American Historical Review*, XXXIII, 2, mayo de 1953, p. 199.

luña[127], en el siglo XIII cuando llegan por primera vez a Portugal[128], los italianos se esfuerzan por atraer a los pueblos ibéricos al comercio internacional. Pero una vez allí, los italianos procederían a jugar un papel de iniciadores en los esfuerzos colonizadores ibéricos, dado que, habiendo llegado tan temprano, «fueron capaces de conquistar posiciones claves en la propia península Ibérica»[129]. Para 1317, según Virginia Rau, «la ciudad y el puerto de Lisboa serían el gran centro del comercio genovés...»[130]. Sin duda, a finales del siglo XIV y principios del XV los mercaderes portugueses empezaban a quejarse acerca de la «injustificada intervención [de los italianos] en el comercio *minorista* del reino, que amenazaba la posición dominante de los mercaderes nacionales en aquella rama del comercio»[131]. La solución fue simple, y en cierta medida clásica. Los italianos fueron absorbidos a través del matrimonio, y se convirtieron en aristócratas terratenientes tanto en Portugal como en Madeira.

Hubo otro aspecto de la economía comercial que contribuyó al aventurerismo portugués, comparado con Francia o Inglaterra, por ejemplo. Irónicamente, fue el hecho de que fuera la menos absorbida en la zona que acabaría siendo la economía-mundo europea, estando más bien ligada en un grado significativo a la zona islámica mediterránea. Como consecuencia, su economía estaba relativamente más monetarizada, y su población relativamente más urbanizada[132].

---

[127] *Ibid.*, p. 200.

[128] Véase Virginia Rau, «A family of Italian merchants in Portugal in the fifteenth century: the Lomellini», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, p. 718.

[129] Verlinden, *Hispanic American Historical Review*, p. 205. Véase también Charles Verlinden, «La colonie italienne de Lisbonne et le développement de l'économie métropolitaine et coloniale portugaise», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, páginas 615-28.

[130] Rau, *Studi in onore di Armando Sapori*, p. 718.

[131] *Ibid.*, p. 719. El subrayado es mío.

[132] «La creación del mercado interior [en Portugal] llegó a su culminación y sintió las primeras brutales limitaciones en el siglo XIV. Probablemente por pertenecer a la rica zona islámica Portugal había mantenido el intercambio a un nivel relativamente alto de actividad, mayor que el de la Europa occidental, con un *predominio* de los pagos monetarios [...] Fue así como el campesinado, desarraigado, en rebelión contra la creciente violencia de la explotación señorial, arruinado por la caída del poder adquisitivo de la moneda, atraído por las grandes ciudades de la costa, contribuyó al enriquecimiento de estas ciudades mercantiles y a la extensión del comercio.» J.-G. da Silva, «L'autoconsommation au Portugal (XIVe-XXe siècles)», *Annales ESC*, XXIV, 2, marzo-abril de 1969, p. 252. El subrayado es mío.

No obstante no sólo la geografía y el poder mercantil justifican la ventaja de Portugal. Interviene también la fuerza de su aparato de Estado. En este aspecto Portugal era, durante el siglo XV, muy diferente de otros Estados europeos occidentales. Conoció la paz mientras los demás conocían la guerra interna [133]. La estabilidad del Estado fue importante, no sólo porque creó un clima en el que los empresarios pudieran florecer y porque animó a la nobleza a buscar salidas para sus energías fuera de la guerra interna o intereuropea. La estabilidad del Estado resultó también crucial porque el propio Estado era en muchos aspectos el principal empresario [134]. Si el Estado era estable podía dedicar sus energías a aventuras comerciales rentables. Para Portugal, como hemos visto, la lógica de su geohistoria planteaba la expansión atlántica como la aventura comercial más sensata para el Estado.

¿Por qué Portugal? Porque sólo ella de entre los Estados europeos maximizaba la voluntad y la posibilidad. Europa necesitaba una base territorial mayor sobre la que apoyar la expansión de su economía, que pudiera compensar la crítica declinación de las rentas señoriales y que pudiera cortar por lo sano la naciente y potencialmente muy violenta guerra de clases que implicaba la crisis del feudalismo. Europa necesitaba muchas cosas: oro y plata, materias primas, proteínas, medios para conservar las proteínas, alimentos, madera, materiales para procesar los textiles. Y necesitaba una fuerza de trabajo más tratable.

Pero «Europa» no debe ser reificada. No existía ninguna agencia central que actuara en términos de estos objetivos a

---

[133] «Un importante factor que contribuyó [a que Portugal fuera en cabeza] fue que durante la totalidad del siglo XV Portugal fue un reino unido, virtualmente libre de luchas civiles; mientras que Francia estaba absorbida por las etapas finales de la guerra de los Cien Años —1415 fue la fecha de la batalla de Agincourt y la de la captura de Ceuta [por los portugueses]— y por su rivalidad con Borgoña; Inglaterra por su lucha contra Francia y por la guerra de las Rosas; y España e Italia por convulsiones dinásticas y otras de carácter interno.» C. R. Boxer, *Four centuries of Portuguese expansion, 1415-1825*, Johannesburgo, Witswatersrand Univ. Press, 1961, p. 6.

[134] «Bajo el feudalismo un Estado era en cierto sentido propiedad privada de un príncipe, en el mismo sentido en que el feudo era propiedad privada de un vasallo [...] Los príncipes y los vasallos extendían la jurisdicción de sus tribunales, el cultivo de sus campos y las conquistas de sus ejércitos como empresas que buscaban un beneficio. Más adelante, gran parte del espíritu y de las formas legales del feudalismo fueron aplicadas a la expansión oceánica.» Frederic C. Lane, «Force and enterprise in the creation of oceanic commerce», en *Venice in history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 401-402.

largo plazo. Las verdaderas decisiones eran tomadas por grupos de hombres que actuaban en términos de sus intereses inmediatos. En el caso de Portugal, parecía haber ventajas en el «negocio de los descubrimientos» para muchos grupos: para el Estado, para la nobleza, para la burguesía comercial (indígena y foránea), incluso para el semiproletariado de las ciudades.

Para el Estado, un Estado *pequeño*, la ventaja era obvia. La expansión era la ruta más probable para lograr la expansión de las rentas y la acumulación de gloria. Y el Estado portugués, prácticamente el único entre los Estados de la Europa de aquellos tiempos, no se veía distraído por conflictos internos. Había logrado una estabilidad política moderada, al menos un siglo antes que España, Francia e Inglaterra.

Fue precisamente esta estabilidad lo que proporcionó un impulso para la nobleza. Frente a la misma reducción financiera que los nobles europeos de otros lugares, se vieron privados del potencial anestésico y financiero (en caso de victoria) de las guerras internas. Tampoco podían esperar recuperar su posición financiera por medio de la colonización interna. Portugal carecía del territorio necesario. De modo que miraban con simpatía el concepto de expansión oceánica, y ofrecieron a sus «hijos menores» para dar el necesario encabezamiento a las expediciones.

Los intereses de la burguesía, por una vez, no entraban en conflicto con los de la nobleza. Preparados para el capitalismo moderno por un largo aprendizaje en el comercio a larga distancia y por la experiencia de vivir en una de las áreas más marcadamente monetizadas de Europa (debido a su implicación económica con el mundo islámico mediterráneo) la burguesía también buscaba escapar a los confines del pequeño mercado portugués. En la medida en que les faltaba el capital lo encontraron disponible en los genoveses, que, por motivos propios relacionados con su rivalidad con Venecia, estaban dispuestos a financiar a los portugueses. Y el conflicto potencial entre la burguesía indígena y la foránea se vio enmudecido por el deseo de los genoveses de incorporarse a la cultura portuguesa con el tiempo.

Finalmente, la exploración y las consiguientes corrientes de comercio proporcionaron puestos de trabajo para el semiproletariado urbano, gran parte del cual había huido a las ciudades debido al aumento de la explotación consiguiente a la crisis señorial. Una vez más, una posibilidad de desorden interno se vio minimizada por la expansión externa.

Y por si estas coyunturas de voluntad y posibilidad no fueran suficientes, Portugal tenía la bendición de estar en la mejor localización geográfica posible para la empresa, la mejor posible tanto porque se proyecta en el Atlántico y hacia el sur como por la convergencia de corrientes oceánicas favorables. Así, no resulta sorprendente, visto desde ahora, que Portugal se lanzara a la aventura.

Existe un último asunto que debemos confrontar antes de llegar a la parte fundamental del libro. Hasta aquí nos hemos concentrado en explicar qué fue lo que llevó a Europa al borde de crear una economía-mundo capitalista. Dado que haremos hincapié en señalar cómo el capitalismo sólo es posible en el marco de una economía-mundo, y no en el seno de un imperio-mundo, debemos explorar sucintamente las razones de que esto sea así. La comparación más adecuada es la de Europa y China, que tenían aproximadamente la misma población total entre los siglos XIII y XVI [135]. Como afirma elegantemente Pierre Chaunu:

> Que Cristóbal Colón y Vasco de Gama [...] no fueran chinos [...] es algo que merece [...] unos momentos de reflexión. Después de todo, a finales del siglo XV, en la medida en que la literatura histórica nos permite comprenderlo, el Oriente Lejano como entidad comparable al Mediterráneo [...] no resulta bajo ningún aspecto inferior, al menos superficialmente, al occidente lejano del continente euroasiático [136].

¿Bajo ningún aspecto inferior? Esto requiere la comparación tradicional de tecnologías, y en esto los investigadores discrepan. Para Lynn White, jr., Europa se expandió en el siglo XVI porque había superado al resto del mundo en tecnología agrícola en una fecha tan temprana como el siglo IX d.C.:

> Entre la primera mitad del siglo VI y finales del siglo IX, Europa del norte creó o recibió una serie de inventos que rápidamente se aglutinaron en un sistema de agricultura totalmente nuevo. En términos del trabajo de un campesino, este sistema era con mucho el más productivo que el mundo había visto. [White se refiere al arado de desfonde, el sistema de triple rotación de los campos, los campos abiertos para el ganado, la moderna guarnición y la herradura] [...] Al irse perfeccionando y difundiendo los diversos elementos de este nuevo sistema, hubo más comida disponible, y la población creció [...] la nueva productividad de cada campesino del norte permi-

[135] Véase Fernand Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*, p. [illegible]
[136] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 50.

tió a un número cada vez mayor de ellos abandonar el campo en beneficio de las ciudades, la industria y el comercio [137].

White plantea también que la Europa del norte se adelantó en tecnología militar en el siglo VIII y en producción industrial en el siglo XI. Si uno se pregunta por qué, White lo atribuye al profundo trastorno producido por las invasiones bárbaras, ante las cuales se supone que el Occidente tuvo una reacción creativa toynbeeana [138].

Otros estudiosos, no obstante, difieren en esta afirmación factual. Tomemos por ejemplo la tecnología militar. Según Carlo Cipolla:

> Resulta probable que las armas de fuego chinas fueran al menos igual de buenas que las occidentales, si no mejores, hasta principios del siglo XV. No obstante, en el transcurso del siglo XV la tecnología europea se desarrolló notablemente [...] La artillería europea era incomparablemente más poderosa que cualquier tipo de cañón que jamás fuera fabricado en Asia, y no resulta difícil encontrar en los textos [del siglo XVI] ecos de la mezcla de terror y sorpresa provocada por la aparición de la artillería europea [139].

De forma similar, Joseph Needham, que está todavía embarcado en su monumental relato de la historia de la tecnología y la ciencia chinas, fecha el momento del adelanto tecnológico e industrial de Europa sobre China nada menos que en el año 1450 d.C. [140]. ¿Qué es lo que justifica el salto europeo hacia adelante? No una sola cosa, dice Needham, sino «un todo orgánico, un verdadero conjunto de cambios».

---

[137] Lynn White, jr., «What accelerated technological progress in the western Middle Ages?», en A. C. Crombie, comp., *Scientific change,* Nueva York, Basic Books, 1963, p. 227.

[138] «El factor fundamental que favorece las innovaciones en una comunidad son las innovaciones previas. Aplicando esta hipótesis a la Edad Media como un todo, parecería que en alguna medida la mayor originalidad de Occidente estuviera relacionada con el hecho de que la cristiandad latina se vio mucho más profundamente sacudida que jamás lo fuera Oriente [Bizancio y el Islam] por sucesivas oleadas de invasores bárbaros, que se extienden con interrupciones, desde el siglo III hasta el X [...] Occidente [...] era una sociedad fluida, lista para adoptar nuevos moldes. Resultaba singularmente abierta a los cambios, y favorable a ellos» *(ibid.,* p. 282).

[139] Carlo Cipolla, *Guns and sails in the early phase of European expansion, 1400-1700,* Londres, Collins, 1965, pp. 106-107.

[140] Véase Joseph Needham, «Commentary» a Lynn White, jr., «What accelerated technological change in western Middle Ages?», en A. C. Crombie, comp., *Scientific change,* Nueva York, Basic Books, 1963, página 32.

El hecho es que en el desarrollo espontáneo autóctono de la sociedad china no se produjo ningún cambio drástico paralelo al Renacimiento y a la «revolución científica» en Occidente. Frecuentemente me gusta trazar a grandes rasgos la evolución china como representada por una curva creciente a un ritmo relativamente lento, situada a un *nivel mucho más elevado que Europa* entre, digamos, los siglos II y XV d. C. Pero entonces, después de que hubiera empezado el renacimiento científico en Occidente con la revolución de Galileo, con lo que se podría llamar el descubrimiento de la técnica básica de los propios descubrimientos científicos, entonces, la curva de la ciencia y la tecnología en Europa empieza a crecer de forma violenta, casi exponencial, sobrepasando el nivel de las sociedades asiáticas. [...] Esta violenta alteración está empezando ya a corregirse[141].

Algunos investigadores insisten en el papel crucial del desarrollo del timón en el siglo XV en Europa[142]. Pero Needham plantea la existencia del timón en China desde más o menos el siglo I d.C., una invención probablemente difundida de China a Europa en el siglo XII d.C.[143].

Si es correcta la narración de Needham acerca de la competencia y superioridad tecnológica chinas sobre Occidente hasta que este último dio su repentino salto hacia adelante, entonces es aún más sorprendente que la exploración ultramarina china y portuguesa empezaran prácticamente de manera simultánea, pero que al cabo de sólo veintiocho años los chinos retrocedieran encerrándose en una especie de concha continental, abandonando todo posterior intento. Y tampoco por falta de éxito. Los siete viajes del almirante eunuco Cheng Ho entre 1405 y 1433 fueron un gran éxito. Recorrió todo el océano Indico desde Java hasta Ceilán y el Africa oriental en sus siete viajes, trayendo de vuelta tributos y productos exóticos a la corte China, que los apreció sobremanera. Los viajes cesaron al morir Cheng

[141] Joseph Needham, «Poverties and triumphs of Chinese scientific tradition», en Crombie, comp., *Scientific change*, Nueva York, Basic Books, 1963, p. 139. El subrayado es mío.

[142] Véase Boies Penrose, *Travel and discovery in the Renaissance 1420-1620*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1952, páginas 269-270.

[143] Véase Joseph Needham, «The Chinese contribution to vessel control», *Scientia*, XCVI, 99, mayo de 1961, pp. 165-167. Cuando Needham presentó su texto en el V Coloquio Internacional de Historia Marítima, W. G. L. Randles le preguntó específicamente acerca de la posibilidad de una invención independiente. Needham respondió afirmando sus dudas, aunque, como dijo, existe una dificultad intrínseca para demostrar una respuesta negativa. Véase «Discussion de la communication de M. Needham», en Joseph Needham, «Les contributions chinoises á l'art de gouverner les navires», *V^e Colloque Internationale d'Histoire Maritime* (Lisboa, 1960), París, 1966, pp. 129-131.

Ho en 1434. Más aún, cuando en 1479 Wang Chin, también eunuco, interesado en enviar una expedición militar a Annam, solicitó consultar los archivos para estudiar los papeles de Ho sobre Annam, le fue negado el acceso. Los documentos fueron suprimidos, como si se pretendiera borrar la misma memoria de Cheng Ho [144].

Los orígenes de las expediciones y las causas de su suspensión son igualmente poco claros. Parece ser que contaban con la continua oposición de la burocracia oficial de los mandarines confucianos [145]. La cuestión es por qué. Por el contrario, parecen haber sido apoyadas por el emperador. ¿Cómo si no podrían haber sido llevadas a cabo? T'ien-Tsê Chang encuentra más pruebas en el hecho de que, a principios del siglo XV la función de la Oficina de Juncos de Comercio, una institución del Estado desde el siglo VIII d.C., pasara de la recaudación de derechos de aduana (que se convirtió en una función provincial) a la de transmitir los tributos, que sin duda serían de considerable importancia en la era de Cheng Ho. Chang se pregunta acerca de la descentralización aduanera, que presumiblemente permitiría reducir barreras en algunas regiones: ¿No se propondría el emperador «favorecer el comercio exterior, cuya importancia para China era demasiado evidente?» [146].

Demasiado evidente, y no obstante, el intento cesó pronto. ¿Por qué? Para William Willetts, esto está relacionado con la

---

[144] Véase William Willetts, «The maritime adventures of the great eunuch Ho», en Colin Jack-Hinton, comp., *Papers on early south-east Asian history*, Singapur, Journal of South East Asian History, 1964, p. 38.

[145] «Aproximadamente en 1405, el almirante eunuco Cheng Ho partió con una flota de 63 juncos de navegación de altura, que visitaron muchas partes de los mares del sur [...] Durante los siguientes treinta años se llevaron a cabo siete de tales expediciones, regresando todas ellas con abundante información geográfica y sobre rutas marítimas, así como con grandes cantidades de los productos de las islas y de la India [...] Las razones de tales expediciones son desconocidas; podrían haber pretendido compensar el comercio exterior que se había ido agostando por las rutas terrestres, o incrementar la grandeza de la corte imperial, o incluso, como decían los anales oficiales, buscar al predecesor y sobrino del emperador (que, de hecho, había desaparecido de la vida pública como monje budista, y fue encontrado muchos años después durante un régimen posterior). En cualquier caso, acabaron tan súbitamente como empezaron, una vez más por razones que hoy resultan oscuras. Tanto si el asunto incluía alguna lucha entre los eunucos y los burócratas confucianos, como si no, el resultado fue que el comercio del océano Indico quedó en poder de los árabes y los portugueses.» Joseph Needham *Science and civilization in China*, I, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1954, pp. 143-144.

[146] T'ien-Tsê Chang, *Sino-Portuguese trade from 1514 to 1644*, Leiden, Brill, 1934, p. 30.

Weltanschauung de los chinos. Les faltaba, argumenta, una especie de misión colonizadora debido precisamente a que, en su arrogancia, eran ya la totalidad del mundo [147]. Además, Willetts ve dos explicaciones inmediatas para la suspensión de la exploración: el «odio patológico que sentían los funcionarios confucianos contra los eunucos» [148] y el «agotamiento de los fondos del tesoro ocasionado por el equipamiento de las misiones ultramarinas» [149]. Esta última razón resulta un tanto extraña, dado que ese desgaste se vería presumiblemente compensado por los ingresos que podrían haber generado las empresas coloniales. Al menos eso fue lo que aparentemente sucedió con los tesoros europeos en aquella misma época.

Existen otras explicaciones que razonan en términos de focos alternativos de atención política que desviarían el interés original en la exploración del océano Indico. Por ejemplo, G. F. Hudson plantea que el desplazamiento hacia el norte de la capital de Nanking a Pekín, en 1421, a consecuencia de la creciente amenaza de los bárbaros nómadas mongoles, podría haber desplazado la atención imperial [150]. Boxer considera la distracción procedente de la amenaza desde el este por parte de los *wako* o bandas de piratas japoneses que se dedicaban al pillaje en las costas de China [151]. M. A. P. Meilink-Roelofsz sugiere que la

[147] «Se puede plantear la cuestión de cuáles fueron los resultados de estas asombrosas expediciones, en las cuales se utilizaron cientos de juncos de navegación de altura y varias decenas de miles de hombres. Una respuesta corta sería que absolutamente ninguno. Los chinos Ming no eran constructores de imperios. Sus eruditos políticos no tenían concepción alguna de los horrores de la *realpolitik* inseparable de un régimen colonial. No tenían ningún sentimiento de tener una misión que cumplir, ni ideas de *Sturm und Drang*. Teóricamente el Hijo del Cielo gobernaba el mundo entero, *t'ien hsia*, "todo bajo el cielo", y sus enviados consideraban suficiente el mostrarse ante los bárbaros vulgares de los márgenes del mundo civilizado para dar entrada a un milenio activado por la serena presencia del Hijo del Cielo en su trono.» Willetts, *Papers on early south-east Asian history*, pp. 30-31.

[148] *Ibid.*, p. 37.

[149] *Ibid.*, p. 38.

[150] Véase G. F. Hudson, *Europe and China*, Londres, Arnold, 1931, página 197. ¿Podría acaso haber sido también el resultado de un trasvase de población hacia el norte? «Este análisis regional muestra que la pérdida de población por parte del sur de China [durante la dinastía Ming] (12 millones, excluyendo Nanking) se vio casi exactamente equilibrada por el aumento en el norte de China (9 millones) y el oeste y sudoeste (3 millones).» Otto B. van der Sprenkel, «Population statistics of Ming China», *Bulletin of the SOAS*, xv, parte 2, 1953, p. 306.

[151] «El trabajo de fortificar la costa entre los ríos Yangtsé y de la Perla fue comparado por los historiadores chinos de la época con la construcción de la Gran Muralla contra los invasores tártaros proce-

retirada podría haber sido favorecida por el empuje de la expulsión a manos de los comerciantes musulmanes del océano Indico[152].

Incluso aunque todo esto fuera cierto, no parece suficiente. ¿Por qué no existió una motivación interna que tratara estas dificultades externas como problemas en vez de como obstáculos definitivos? ¿Acaso, como han sugerido algunos escritores, China simplemente no quería expandirse?[153]. Pierre Chaunu nos da una pista cuando sugiere que una de las cosas que faltaban en China eran «grupos con voluntades convergentes» de expansión[154]. Esto es más significativo, ya que recordamos que en Portugal lo que llama la atención son los intereses paralelos en la exploración y expansión ultramarinas que presentan grupos sociales *diversos.* Repasemos por lo tanto en qué forma diferían el mundo europeo y el chino.

En primer lugar existe una diferencia significativa en la agronomía. Discutimos la importancia del consumo de carne en

---

dentes del norte. Esto era obviamente una exageración, pero la necesidad de mantener costosas defensas costeras para oponerse a estas incursiones crónicas constituyó sin duda una severa tensión en la tesorería de los Ming, y puede [...] haber contribuido al abandono de las grandes expediciones marítimas chinas al océano Indico» (p. 126). C. R. Boxer, *The Christian century in Japan,* Berkeley, Univ. of California Press, 1967, página 7.

George Sansom, observando este fenómeno desde el punto de vista de los japoneses, ve un sugestivo paralelo en Europa. «No hay duda de que tanto China como Corea sufrieron las depredaciones de los *wako* [...] La culpa era en parte de los chinos, ya que estaban en contra del comercio extranjero, mientras que las autoridades japonesas hubieran acogido con alegría un comercio legítimo. Pero estas eran también las razones por las que el Bakufu [autoridades centrales japonesas] sentía renuencia a adoptar medidas extremas con el fin de suprimir la piratería. No estaba totalmente convencido de las pacíficas intenciones de los chinos, y probablemente consideraba a los jefes piratas como la reina Isabel consideraba a sir Francis Drake, como a un saqueador o un capitán de navío según las circunstancias. Más aún, la acción contra los piratas dependía del control del Bakufu sobre los señores guerreros del oeste, y antes del año 1400 Yoshimitsu no estaba aún firmemente asentado en el poder.» *A history of Japan,* vol. II, *1334-1615,* Stanford (California), Stanford Univ. Press, 1961, pp. 177-178.

[152] «[Uno] se ve sorprendido por el importante papel desempeñado por los chinos en el archipiélago [indonesio] en el siglo XIV [...] Al ir pasando la hegemonía del comercio en este océano a manos de los musulmanes, los barcos chinos comenzaron a desaparecer. Probablemente exista alguna conexión.» M. A. Meilink-Roelofsz, *Asian trade and European influence in the Indonesian archipelago between 1500 and about 1630,* La Haya, Nijhoff, 1962, pp. 25, 74.

[153] Véase R. Servoise, «Les relations entre la Chine et l'Afrique au XV[e] siècle», *Le mois en Afrique,* 6, junio de 1966, pp. 30-45.

[154] Chaunu, *L'expansion européenne,* p. 335.

Europa, importancia que se incrementó con la «crisis» del siglo XIV. Mientras que el consumo de carne para la masa de la población declinaría más tarde del siglo XVI al XIX, esto no supuso necesariamente una declinación del uso de la tierra para ganado en lugar de para grano. Al aumentar el tamaño absoluto de las clases altas en Europa, a partir del siglo XVI, debido al dramático crecimiento de la población, se podría haber utilizado la misma área de tierra para carne. Esto no estaría en contradicción con una disminución relativa del consumo de carne por las clases bajas, que obtendrían su grano por medio de la importación desde las áreas periféricas, así como a través de un cultivo más intensivo en Europa occidental, como resultado de los adelantos tecnológicos.

Por contraste, China buscaba una base agrícola más fuerte desarrollando la producción de arroz en el sudeste del país. El acentuamiento del ganado en Europa llevó al uso extensivo de la fuerza muscular de los animales como motor de la producción. El arroz es mucho más rico en calorías por unidad de superficie, pero exige mucha más fuerza de trabajo.

Así, señala Chaunu, la utilización por parte de los europeos de la fuerza animal significa que «el europeo poseía en el siglo XV un motor cinco veces aproximadamente más poderoso que el poseído por los chinos, el segundo pueblo más favorecido del mundo en la época de los descubrimientos»[155].

Pero incluso más importante para nuestro problema que este adelanto tecnológico es la implicación de esta relación distinta del hombre con la tierra. Como plantea Chaunu:

> El europeo desperdicia espacio. Incluso en los momentos bajos, demográficamente hablando, de principios del siglo XV, a Europa le faltaba espacio [...] Pero si a Europa le faltaba espacio, a China le faltaban hombres.
>
> El «despegue» occidental tiene lugar aparentemente en la misma fecha (de los siglos XI al XIII) que el «despegue» chino en la producción de arroz, pero es infinitamente más revolucionario, en la medida en que condena a la gran área mediterránea a la conquista de la Tierra [...]
>
> En todos los aspectos, el problema chino en el siglo XV no es tanto una escasez de medios como de motivaciones. La motivación principal sigue siendo la necesidad, a menudo subconsciente, de espacio[156].

Aquí, al menos, tenemos una explicación plausible de por qué China no querría expandirse por ultramar. China había estado expandiéndose de hecho, pero internamente, extendiendo su

[155] *Ibid.*, p. 336.
[156] *Ibid.*, pp. 338-339.

producción de arroz en el interior de sus fronteras. Las «Américas internas» de Europa en el siglo xv fueron rápidamente agotadas, dada una agronomía que dependía de un mayor espacio. Ni los hombres ni las sociedades abordan empresas dificultosas gratuitamente. La exploración y la colonización son empresas dificultosas.

Una última consideración podría ser que, por alguna razón, el siglo xv supuso para China lo que Van der Sprenkel llama «una contracolonización», un desplazamiento de la población al exterior de las áreas productoras de arroz [157]. Aunque esto podría haber aliviado la «sobrepoblación», término que es siempre relativo a su definición social, podría haber debilitado el potencial de industrialización chino, sin las ventajas compensadoras de un imperio colonial. Así, es posible que el «despegue» se hundiera.

Existe una segunda gran diferencia entre Europa y China. En esta época China es un vasto imperio, al igual que el mundo turco-musulmán. Europa no lo es. Es una economía-mundo naciente, compuesta de pequeños imperios, naciones-Estado y ciudades-Estado. Existen muchos motivos por los cuales esta diferencia fue importante.

Empecemos con los argumentos de Weber acerca de las implicaciones de las dos formas de desintegración de un imperio: la feudalización, como en Europa occidental y la prebendalización, como en China [158]. Argumenta que es más fácil que surja un Estado centralizado a partir de un sistema feudal que de uno prebendal. El planteamiento de Weber es el siguiente:

El señorío occidental, como el indio oriental, se desarrolló por la desintegración de la autoridad central del poder del Estado patrimonial: la desintegración del imperio carolingio en Occidente, la desintegración de los Califas y los Majarajás o Grandes Mogoles en

---

[157] «El período Ming, una vez que el poder de los mongoles fue quebrado, parece haber sido testigo de una fuerte reacción contra estas condiciones compresivas por parte del sobrepoblado sur.» Van der Sprenkel, *Bulletin of the SOAS*, xv, p. 308. Obsérvese que Van der Sprenkel, en contraste con Hudson, ofrece la *disminución* de la amenaza de los mongoles como explicación del desplazamiento hacia el norte.

[158] En su comentario al libro de Max Weber. *The religion of China* (Nueva York, Free Press, 1951), Hans Gerth escribe: «Prebenda: derecho de un funcionario a beneficiarse de las tierras del Estado o la Iglesia o de otro ingreso público.» Weber califica a tales funcionarios de «prebendarios». Un sistema sociopolítico basado en una nómina de prebendarios es lo que Weber llama «prebendalismo» (p. 305. Eric Wolf discute las diferencias entre un dominio patrimonial (o «feudal») y un dominio prebendal desde la perspectiva de su significado para el campesino, en *Peasants*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1966, pp. 50-52.

la India. En el imperio carolingio, no obstante, el nuevo estrato se desarrolló sobre la base de una economía de subsistencia rural [Por tanto, presumiblemente estaba a un nivel de desarrollo económico *menor* que sus contrapartidas orientales.] Por medio de un juramento de vasallaje, que quedó estructurado tras la guerra siguiente, el estrato de los señores se unía al rey y se interponía entre los hombres libres y el rey. También existían en la India relaciones feudales, pero no fueron decisivas para la formación de una nobleza ni para la de señores terratenientes.

En la India, como en general en el Oriente, se desarrolló un señorío característico más bien a partir del arrendamiento de impuestos [presumiblemente debido a que el poder central era aún suficientemente *fuerte* para insistir en los impuestos, y la economía suficientemente desarrollada y con una circulación monetaria suficiente para suministrar el excedente básico para la imposición; en comparación con el presumiblemente menos desarrollado Occidente de principios de la Edad Media] y de las prebendas militares e impositivas de un Estado mucho más burocrático. El señorío oriental siguió siendo, por tanto, en esencia una «prebenda», y no se convirtió en un «feudo»; ni tampoco se dio una feudalización, sino una prebendalización del Estado patrimonial. Aunque no desarrollado el paralelo occidental comparable no es el feudo medieval, sino la compra de cargos y prebendas durante el *seicento* papal o durante los días de la *noblesse de robe* francesa... [También] es importante un factor puramente militar para la explicación del diferente desarrollo de Oriente y Occidente. En Europa el hombre a caballo era técnicamente una fuerza fundamental del feudalismo. En la India, a pesar de su número, los hombres a caballo eran relativamente menos importantes y eficientes que los soldados de a pie, que tenían un papel fundamental en los ejércitos desde Alejandro a los mogoles [159].

La lógica del argumento de Weber es algo parecido a esto: un factor técnico (la importancia de los hombres a caballo) conduce al fortalecimiento del estrato intermedio de guerreros frente al centro del imperio durante el proceso de desintegración de éste. De aquí que la nueva fuerza social que emerge sea el feudalismo más bien que un Estado de prebendas. (Pero, ¿es esto una causa o una consecuencia? En Weber no queda claro.) A corto plazo, la feudalización es evidentemente mejor desde el punto de vista de los señores terratenientes, ya que les da más poder (¿y mayores ingresos?). A largo plazo, no obstante, una clase prebendal controladora de la tierra puede resistir mejor el crecimiento de una monarquía realmente centralizada que una clase feudal terrateniente, debido a que el sistema de valores feudal puede ser utilizado por el rey, en la medida en que puede convertirse a sí mismo en vértice de un único sistema jerárquico de relaciones feudales (los Capetos tardaron varios siglos en con-

[159] Weber, *Religion of India*, pp. 70-71.

seguirlo), para construir un sistema de lealtad a él, que, una vez construido, puede prescindir simplemente del elemento personal y transformarse en lealtad a una nación cuya encarnación es el rey. El prebendalismo, siendo un sistema realmente mucho más contractual que el feudalismo, no puede ser burlado por tales lazos místicos. (En cuyo caso, incidentalmente y de pasada, podríamos ver el creciente prebendalismo de la Francia del siglo XVIII como regresivo, y la revolución francesa como un intento de compensar la regresión.)

Joseph Levenson, en un libro dedicado a esta cuestión (¿por qué no China?), nos ofrece una respuesta no demasiado distinta a la de Weber:

Ideal y lógicamente, el feudalismo como «tipo ideal» sociológico es totalmente opuesto al capitalismo. Pero histórica y cronológicamente lo estimuló. La misma ausencia de restricciones feudales en China planteó un mayor obstáculo en el camino de la expansión del capitalismo (y de la expansión mundial capitalista) que su presencia en Europa. Pues la sociedad burocrática no feudal de China, una sociedad persistente, que se autorrecargaba en la misma medida en la que era idealmente más favorable que la sociedad feudal a formas elementales capitalistas, acomodó y recubrió el capitalismo en su embrión, arruinando su potencial revolucionario. ¿Resulta entonces sorprendente que, incluso en Portugal, una de las más pequeñas de las potencias capitalistas, a fin de cuentas, un proceso social en gran medida el inverso al de China dejara libre la fuerza de expansión en vez de constreñirla? En Portugal, y en Europa occidental en general, hubo un proceso de superación protocapitalista del feudalismo, y de erosión del mismo. Y éste fue un proceso muy diferente de la persistencia en China de una sociedad no feudal y burocrática, un obstáculo para el feudalismo, y también para el capitalismo [160].

Aquí nos encontramos con un planteamiento que veremos a menudo: la receptividad inicial de un sistema a las nuevas formas no lleva a un cambio continuo y gradual, sino más bien a la asfixia del cambio, mientras que la resistencia inicial lleva a menudo a un posterior adelanto.

La feudalización trajo consigo el desmantelamiento de la estructura imperial, mientras que la prebendalización la mantuvo. El poder y los ingresos se distribuían en uno de los casos a terratenientes cada vez más autónomos, enraizados en un área y ligados a un campesinado dado, y en el otro a un estrato con las dimensiones del imperio, no ligado deliberadamente al área local, semiuniversal en su recluta pero en consecuencia

---

[160] Joseph R. Levenson, comp., *European expansion and the counter-expansion of Asia, 1300-1600*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1967, pp. 131-132.

dependiente del favor del centro. Fortalecer el centro de un imperio era una labor colosal, una labor sólo abordada en el siglo XX bajo el partido comunista en China. Crear unidades centralizadas en áreas menores era imposible en tanto que el centro mantuviera alguna coherencia, lo que hizo bajo la dinastía Ming y bajo su sucesora la dinastía Manchú; mientras que la creación de unidades centralizadas en un sistema feudal era, como sabemos, factible si bien difícil. Weber explicó a grandes rasgos las razones con bastante claridad:

> Un resultado general del patrimonialismo oriental, con sus prebendas pecuniarias, fue que, típicamente, sólo una conquista militar o revoluciones religiosas podían deshacer la firme estructura de los intereses prebendarios, creando así nuevas distribuciones de poder y a su vez nuevas condiciones económicas. Sin embargo, cualquier intento de innovación interna naufragaba por culpa de los obstáculos previamente mencionados. Como hemos señalado, la Europa moderna es una gran excepción histórica a esto, debido, sobre todo, a que le faltaba la pacificación de un imperio unificado. Podemos recordar que, en los Estados guerreros, el propio estrato de prebendarios del Estado que bloqueaban la racionalización administrativa en el imperio-mundo fueron en un tiempo sus más poderosos promotores. Después, el estímulo desapareció. *Al igual que la competencia por los mercados obligó a la racionalización de la empresa privada, igualmente la competencia por el poder político obligó a la racionalización de la economía del Estado y de la política económica,* tanto en el Occidente como en la China de los Estados guerreros. En la economía privada la cartelización debilita el cálculo racional que es el alma del capitalismo; entre Estados, el monopolio del poder destruye la gerencia racional en la administración, las finanzas y la economía política. [...] Además de la diferencia previamente mencionada en Occidente había fuerzas poderosas e independientes. Con éstas el poder de los príncipes podía aliarse para destruir los grilletes tradicionales; o, bajo condiciones muy especiales, estas fuerzas podían utilizar su propia fuerza militar para librarse de las ataduras del poder patrimonial[161].

Existe otro factor a considerar para comparar la relación entre el centro regional o el punto más avanzado de un sistema con la periferia en una economía-mundo y en un imperio. Un imperio es responsable de la administración y la defensa de una enorme masa de tierra y población. Esto absorbe atención, energía y beneficios que podrían haber sido invertidos en el desarrollo del capital. Tomemos, por ejemplo, la cuestión de los *wako* japoneses y su supuesto impacto sobre la expansión china. En principio los *wako* fueron menos problema para la China que los turcos para Europa. Pero cuando los turcos avan-

[161] Weber, *Religion of China*, pp. 61-62. El subrayado es mío.

zaron en el este, no había ningún emperador europeo que pudiera hacer volver a las expediciones portuguesas. Portugal no se vio apartada de sus aventuras ultramarinas para defender Viena, porque Portugal no tenía ninguna obligación política de hacerlo, y no había ningún mecanismo por medio del cual hubiera podido ser inducida a hacerlo, ni ningún grupo social de dimensiones europeas cuyos intereses estuvieran de acuerdo con ello.

Ni tampoco la expansión hubiera parecido tan inmediatamente beneficiosa a un emperador europeo como le pareció a un rey portugués. Hemos discutido cómo el emperador chino pudo considerar —y la burocracia, de hecho, consideró— las expediciones de Cheng Ho como un sumidero para el tesoro, mientras que la necesidad de incrementar las finanzas del Estado era precisamente uno de los motivos de la expansión de Europa. Un imperio no puede ser concebido como un empresario, a diferencia de un Estado en una economía-mundo. Ya que un imperio pretende ser una totalidad. No puede enriquecer su economía a expensas de otras economías, dado que él es la única economía. (Esta era sin duda la ideología china, y probablemente su creencia.) Se puede, por supuesto, incrementar la participación del emperador en la distribución de la economía. Pero esto quiere decir que el Estado busca no beneficios empresariales, sino un mayor tributo, y la misma forma de tributo puede resultar económicamente autodestructiva, en cuanto la fuerza política del centro disminuya, debido a que, bajo tales circunstancias, el pago de «tributo» puede ser una forma disfrazada de comercio desventajosa para el imperio [162].

Existe también un lazo entre la tecnología militar y la existencia de un marco imperial. Carlo Cipolla plantea la cuestión de por qué los chinos no adoptaron los adelantos tecnológicos militares que pudieron ver en los portugueses. Sugiere la si-

---

[162] Owen Lattimore muestra, precisamente, cómo funcionaba tal tipo de relación tributaria de Manchuria con relación a la China de los Ming en el siglo XVI: «En el período de la decadencia Ming, las "misiones tributarias" recibidas en la corte se convirtieron en un método de aprovecharse de los chinos. Los "portadores de tributo" llegaban con séquitos de cientos de personas, con los gastos pagados por las autoridades chinas, lo que inflaba su importancia política. Al mismo tiempo, traían bienes "no tributarios" para comerciar, lo que disminuía los beneficios de los comerciantes fronterizos chinos.» *Inner Asian frontiers of China*, segunda edición, Irvington-on-Hudson, Nueva York, Capitol Publishing Co. American Geographical Society, 1940, p. 124. Compárese este autodestructivo sistema con el franco colonialismo que Portugal y otros paises europeos practicaron sobre los bárbaros de ultramar, lo que Weber llamó «capitalismo de botín». *Ibid.*, p. 135.

guiente explicación: «temiendo a los bandidos internos no menos que a los enemigos foráneos, y a los alzamientos internos no menos que a la invasión extranjera, la corte imperial hizo todo lo posible por limitar tanto la extensión del conocimiento de la fabricación de armamento como la proliferación de artesanos versados en este arte»[163]. En Europa, con su multiplicidad de soberanías, no había esperanza de limitar la extensión de las armas. En China, aparentemente, resultaba aún posible, y por lo tanto el sistema centralizado rechazó un adelanto tecnológico esencial a largo plazo para el mantenimiento de su poder. Una vez más, la forma imperial puede haber servido como una constricción estructural, esta vez en cuanto al desarrollo tecnológico.

Queda un último rompecabezas. En esta época surgió en China una ideología de individualismo, la de la escuela de Wang Yang-ming, que William T. de Bary considera comparable a las doctrinas humanistas de Occidente, y a la que llama una «cuasi revolución en el pensamiento», que, no obstante, no fue capaz de «desarrollarse por completo»[164]. El individualismo como ideología, ¿no señalaba la fuerza de una burguesía emergente, sosteniéndola contra las fuerzas tradicionalistas?

Todo lo contrario, al parecer, según Roland Mousnier. Su análisis de los conflictos sociales de la China de los Ming plantea que el individualismo fue el arma de los mandarines confucianos, la clase burocrática que era tan «moderna» en sus miras, contra los eunucos, que eran «empresariales» y «feudales» al mismo tiempo, y que representaban el empuje «nacionalista» de la China de los Ming[165]. Mousnier plantea lo siguiente:

---

[163] Cipolla, *Guns and sails*, p. 117.

[164] William Theodore de Bary, comp., «Introduction», en *Self and society in Ming thought*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1970, p. 24. Desarrolla aún más este tema en un ensayo del mismo volumen, titulado «Individualism and humanism in late Ming thought»: «Un tipo de pensamiento individualista con características llamativamente modernas surgió de hecho, en conjunción con importantes fuerzas sociales y culturales, a partir de un movimiento liberal y humanitario formado en el seno de la escuela de Wang Yang-ming, en el siglo XVI. Así, el confucianismo, a pesar de ser la tradición dominante, y, para los ojos modernos, un sistema autoritario, resultó ser capaz de ejercer en cierto modo la misma función que [...] el cristianismo medieval en el ascenso del individualismo occidental» (p. 233).

[165] «La insurrección que expulsó del trono a la dinastía mongol de Yuan, en 1368, y el ascenso al poder de la dinastía Ming, fueron reacciones nacionales chinas contra los bárbaros.» Roland Mousnier, *Les XVIe et XVIIe siècles*, vol. IV de *Histoire Générale des Civilisations*, París, Presses Universitaires de France, 1954, p. 520.

Para progresar [en la China de los Ming], una gran parte de las clases educadas de origen medio se convertían voluntariamente en castrados. Debido a su educación, eran capaces de jugar un papel preponderante, y en realidad el imperio era gobernado por estos eunucos.

Una vez que habían obtenido cargos elevados, ayudaban a sus familias, creaban para sí una clientela distribuyendo cargos y feudos, y se convertían en verdaderas potencias en el seno del propio imperio. El gran papel jugado por los eunucos parece ser, por tanto, una función del ascenso de la burguesía. Los príncipes de sangre azul y los hombres importantes [*les grands*] intentaron defenderse creando una clientela constituida también de hombres educados surgidos de la clase media a los que ayudaban a subir en el servicio civil [...] [Este último grupo] eran a veces discípulos de Wang Yang-ming, e invocaban sus preceptos para oponerse a los eunucos que estaban establecidos en el poder. Los eunucos estaban a favor de Chu Hi, defensor de la tradición y de la autoridad [a la que los eunucos tenían, en este momento, principal acceso]. Estas luchas eran tanto más serias en cuanto que los príncipes de sangre azul, los hombres importantes y los eunucos tenían todos una base de poder como controladores de tierra [*maîtres du sol*]. Los Ming habían intentado defender su posición creando una especie de feudalismo de parientes y seguidores [...] La víctima de este estado de cosas era el campesino. Los gastos del Estado crecían sin cesar [166].

Por supuesto, también en Europa crecían, pero en Europa estos gastos apoyaban a una burguesía naciente y a una aristocracia que buscaba en última instancia, como veremos, salvarse convirtiéndose en burguesa, del mismo modo que los burgueses empezaban a hacerse aristocráticos. En la China de los Ming, la ideología que sirvió a la burguesía occidental para lograr su conquista final del poder estaba dirigida contra esta misma burguesía que (¿habiendo logrado conseguir algo de poder demasiado pronto?) se veía en el papel de defensora de la tradición y la autoridad. Es mucho lo que queda por dilucidar en esto, pero se abre la duda sobre una correlación excesivamente simple entre la ideología del individualismo y el nacimiento del capitalismo. Desde luego se abre la duda sobre cualquier afirmación causal que convirtiera en primaria la emergencia de tal ideología.

La discusión sobre China se reduce a lo siguiente. Resulta dudoso que existiera alguna diferencia significativa entre Europa y China en el siglo XV en cuanto a ciertos puntos básicos: población, superficie, estado de la tecnología (tanto en la agricultura como en la ingeniería naval). En la medida en que hubiera diferencias sería difícil utilizarlas para justificar la magnitud de la disimilitud del desarrollo en los siglos siguientes. Más

[166] *Ibid.*, pp. 527-528.

aún, las diferencias en los sistemas de valores parecen haber sido muy exagerados, y en la medida en que existieran tampoco parecen justificar las diferentes consecuencias. Ya que, como intentamos ilustrar, los sistemas de ideas pueden ser usados al servicio de intereses contrarios, pueden ser asociados con impulsos estructurales bastante diferentes. Los que sostienen la primacía de los valores, en su ansiedad por refutar los argumentos materialistas, parecen por su parte culpables de asumir una correspondencia mucho más literal entre la ideología y la estructura social (aunque invierten el orden causal) de lo que jamás lo hiciera el marxismo clásico.

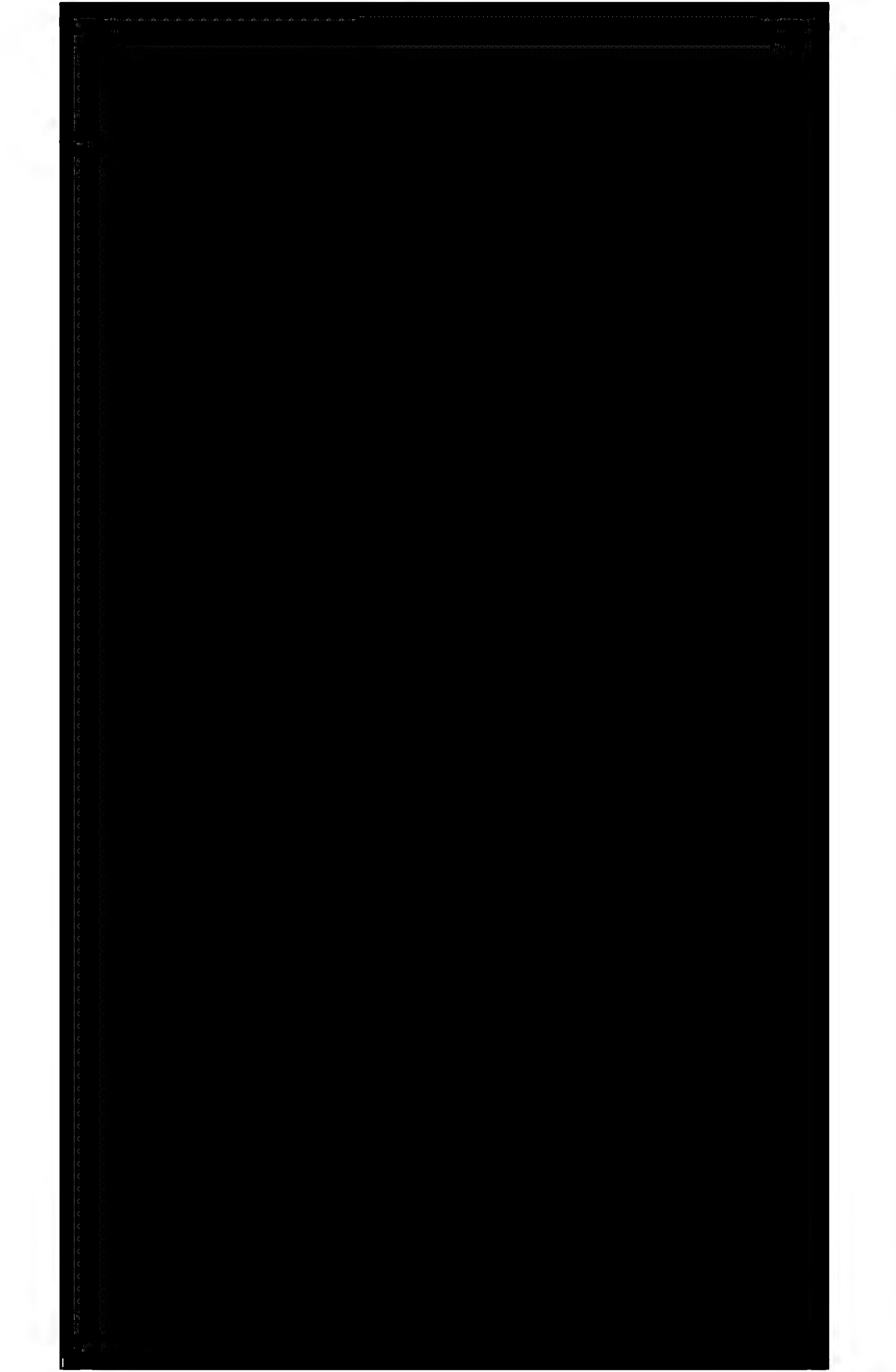
La diferencia esencial entre China y Europa refleja de nuevo la coyuntura de una tendencia secular con un ciclo económico más inmediato. La tendencia secular a largo plazo se remonta a los antiguos imperios de Roma y China, a las formas y el grado en que se desintegraron. Mientras que el marco romano quedó como una tenue memoria cuya realidad medieval venía mediada en gran medida por una Iglesia común, los chinos se las arreglaron para mantener una estructura política imperial, si bien debilitada. Esta era la diferencia entre un sistema feudal y un imperio-mundo basado en una burocracia prebendal. China podía mantener en muchos aspectos una economía más avanzada que Europa como resultado de esto. Y muy posiblemente el grado de explotación del campesinado a lo largo de un millar de años fue menor.

A lo dado debemos añadir los cambios agronómicos más recientes en cada caso, en el de Europa hacia el ganado y el trigo, y en el de China hacia el arroz. Ya que este último requería menos espacio pero más hombres, la depresión secular golpeó a los dos sistemas de formas diferentes. Europa necesitaba expandirse geográficamente más de lo que lo necesitaba China. Y en la medida en la que algunos grupos en China podían haber encontrado compensación en la expansión, se vieron restringidos por el hecho de que las decisiones cruciales estaban centralizadas en un marco imperial, que tenía que preocuparse en primer lugar, y por encima de todo, del mantenimiento a corto plazo del equilibrio político de su sistema mundial.

De modo que China, en todo caso aparentemente mejor situada *prima facie* para avanzar hacia el capitalismo, al tener ya una burocracia estatal extensiva, estar más adelantada en términos de la monetización de la economía y, posiblemente también, de la tecnología, estaba no obstante peor situada en último término. Tenía el lastre de una estructura política imperial. Tenía el lastre de la «racionalidad» de su sistema de valores,

que negaba al Estado el punto de apoyo para el cambio (en el caso de que lo hubiera deseado usar) que los monarcas europeos encontraron en la mística de las lealtades feudales europeas.

Estamos ahora preparados para continuar nuestra argumentación. En 1450, el escenario en Europa, pero no en otros lugares, estaba presto para la creación de una economía-mundo capitalista. Este sistema estaba basado en dos instituciones claves, una división «mundial» del trabajo y en ciertas áreas un aparato de Estado burocrático. Las examinaremos sucesiva y globalmente. Después echaremos un vistazo a las tres zonas de la economía-mundo por separado: lo que llamaremos la semiperiferia, el centro y la periferia. Las estudiaremos en este orden, en gran medida, por razones de secuencia histórica que quedarán claras en la exposición del argumento. Entonces será posible revisar la totalidad del razonamiento a un nivel más abstracto. Hemos elegido hacer esto al final, en vez de hacerlo al principio, no sólo por creer que la argumentación resultará más convincente una vez que el material empírico haya sido presentado, sino también por la convicción de que la formulación final de la teoría debería resultar del encuentro con la realidad empírica, en el supuesto de que el encuentro haya sido informado por una perspectiva básica que haga posible percibir esta realidad.



conficiendo ſaccharo operam dare debent.



NIgritarum ergo opera vſi ſunt Hiſpani initiò in ſcrutandis venis metallicis: verùm poſtquam illæ fuerunt exhauſtæ, horum miniſterio vti cœperunt ad molas truſatiles quæ ſacchariferas cannas comminuunt, ad ſaccharum coquendum & cogendum: in quo miniſterio etiamnum hodie magna ex parte occupantur. Nam cùm ea Inſula humida ſit & calida, minimo negotio ſacchariferæ cannæ ſiue arundines ſuccreſcunt; ex quibus contuſis, deinde in lebetes coniectis, & decoctis, poſtremum ritè repurgatis & in ſaccharum concretis, magnum quæſtum facere ſolent. Vtuntur præterea iſtorum Nigritarum opera in paſcendis armentis, & reliquis rebus adminiſtrandis quæ neceſſariæ ſunt ad ſuos vſus.

«Habiéndose agotado las vetas metálicas, se debió dar trabajo a los negros en la fabricación de azúcar.» Este grabado de un ingenio azucarero en La Española se hizo en 1595, como parte de una serie comenzada por el grabador flamento Theodore de Bry, y titulada *Collectiones Peregrinationum*, que celebraba los «descubrimientos» de las Indias Occidentales y Orientales. Reproducido por autorización de la Rare Books Collection de la New York Public Library, y de las fundaciones Astor, Lenox y Tilden.

2. LA NUEVA DIVISION EUROPEA DEL TRABAJO: *CA.* 1450-1640

Fue en el siglo XVI cuando apareció una economía-mundo europea basada en el modo de producción capitalista. El aspecto más curioso de este período primitivo es que los capitalistas no exhibían sus colores ante el mundo. La ideología reinante no era la de la libre empresa, ni siquiera el individualismo, la ciencia, el naturalismo o el nacionalismo. Hasta el siglo XVIII ó XIX estos puntos de vista no madurarían para convertirse en mundiales. En la medida en que parecía prevalecer una ideología, ésta era la del estatismo, *la raison d'État*. ¿Por qué el capitalismo, un fenómeno que no conocía fronteras, habría sido sustentado por el desarrollo de Estados fuertes? Esta es una cuestión que carece de una respuesta única. Pero *no* es una paradoja; todo lo contrario. La característica distintiva de una economía-mundo capitalista es que las decisiones económicas están orientadas primariamente hacia la arena de la economía-mundo, mientras que las decisiones políticas están orientadas principalmente hacia las estructuras menores que tienen control legal, los Estados (naciones-Estado, ciudades-Estado, imperios), en el seno de la economía-mundo.

Esta doble orientación, esta «distinción», si se quiere, entre lo económico y lo político, es la fuente de la confusión y la mistificación concernientes a la identificación apropiada de los grupos, a las manifestaciones razonables y razonadas de los intereses de grupo. Como, no obstante, las decisiones económicas y políticas no pueden ser disociadas significativamente ni discutidas por separado, esto plantea agudos problemas analíticos. Nos enfrentaremos a ellos intentando tratarlos consecutivamente, aludiendo a sus vinculaciones, y rogando al lector que suspenda sus juicios hasta que pueda ver la síntesis de todos los datos. Sin duda, voluntaria e involuntariamente, violaremos nuestra propia regla de narración consecutiva en muchas ocasiones, pero al menos éste es el principio organizativo de nuestra presentación. Si puede parecer que tratamos el sistema más grande como una expresión del capitalismo y los sistemas me-

nores como expresiones de estatismo (o, para utilizar la terminología de moda, de desarrollo nacional), jamás negamos la unidad del desarrollo histórico concreto. Los Estados no se desarrollan y no pueden ser comprendidos excepto en el contexto del desarrollo del sistema mundial.

Lo mismo se aplica tanto a las clases sociales como a los agrupamientos étnicos (nacionales, religiosos). Ellos también adquirieron la existencia social en el seno de los Estados y del sistema mundial, simultáneamente y a veces de maneras contradictorias. Son una función de la organización social del momento. El moderno sistema de clases empezó a tomar forma en el siglo XVI.

Pero, ¿cuándo fue el siglo XVI? No es una cuestión tan sencilla, si recordamos que los siglos históricos no son necesariamente cronológicos. Aquí me limitaré a aceptar el juicio de Fernand Braudel, tanto por la solidez de los conocimientos en los que se basa como porque parece encajar magníficamente con los datos tal y como yo los veo. Braudel dice:

> Soy escéptico [...] acerca de un siglo XVI del que no se especifique si fue uno o varios, del que se dé a entender que es una unidad. Yo veo a «nuestro» siglo dividido en dos, al igual que Lucien Febvre y mi notable profesor Henri Hauser: un primer siglo que empezó en torno a 1450 y terminó alrededor de 1550, y un segundo siglo que empezaría en ese momento y duraría hasta 1620 ó 1640[1].

Los puntos de partida y los finales varían de acuerdo con la perspectiva nacional desde la que uno vea el siglo. No obstante, para la economía-mundo europea en su totalidad consideraremos a 1450-1640 la unidad de tiempo significativa, durante la cual se creó una economía-mundo capitalista, que sin duda era, como dice Braudel, «vasta pero débil»[2].

¿Y dónde estaba esta economía-mundo europea? Eso es también difícil de contestar. Los continentes históricos no son necesariamente geográficos. A finales del siglo XVI la economía-mundo europea incluía no sólo el noroeste de Europa y el Mediterráneo cristiano (comprendida la península Ibérica) sino también Europa central y la región báltica. Incluía también

---

[1] Fernand Braudel, «Qu'est-ce que le XVI[e] siècle?», *Annales ESC*, VIII, 1, enero-marzo de 1953, p. 73. B. H. Slicher van Bath distingue los períodos de 1450-1550 y 1550-1650 en términos de los niveles de precios de los cereales: «ligeramente crecientes» y «marcadamente crecientes». *Agrarian history*, p. 113.

[2] Fernand Braudel, «European expansion and capitalism: 1450-1650», en *Chapters in western civilization*, I, 3.ª ed., Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961, p. 260.

ciertas regiones de las Américas: Nueva España, las Antillas, Tierra Firme, Perú, Chile, Brasil; o, mejor dicho, aquellas partes de estas regiones que estaban sometidas a un control administrativo efectivo por parte de los españoles o de los portugueses. Las islas atlánticas y tal vez algunos enclaves en la costa africana podrían ser incluidos, pero no las áreas del océano Indico, ni tampoco el Oriente Lejano, excepto durante un cierto tiempo parte de las Filipinas; el imperio otomano, no; y tampoco Rusia, o en el mejor de los casos, estuvo incluida marginalmente durante un breve espacio de tiempo. No existen líneas de demarcación claras y sencillas, pero considero que lo más fructífero es considerar el mundo europeo del siglo XVI como construido a partir del entrelazamiento de dos sistemas primitivamente más separados, el sistema mediterráneo cristiano [3] centrado en las ciudades del norte de Italia, y la red de comercio entre Flandes y la Hansa en el norte y el noroeste de Europa, y la adición a este nuevo conjunto del este del Elba, Polonia y algunas otras áreas de Europa oriental, por una parte, y por la otra de las islas atlánticas y de partes del Nuevo Mundo.

En cuestión de espacio, esto constituyó una notable expansión. Sólo tomando en cuenta las colonias ultramarinas formales de las potencias europeas, Chaunu señala que, en los cinco años que van de 1535 a 1540, España logró el control de más de la mitad de la población del hemisferio occidental y desde entonces hasta 1670-1680, el área bajo control europeo pasó de aproximadamente tres millones de kilómetros cuadrados a aproximadamente siete (estabilizándose en este punto hasta finales del siglo XVIII [4]). No obstante, la expansión del espacio no significaba expansión de la población. Chaunu habla de un «movimiento de tijera demográfico» por el cual el crecimiento demográfico en Europa «se ve en gran medida anulado a nivel planetario por la disminución en inmensos sectores extraeuropeos» [5]. Por lo tanto, la relación tierra/mano de obra en la economía-mundo europea se vio inmensamente incrementada, un factor fundamental en la capacidad de Europa para mantener un crecimiento económico continuado en este crítico período primitivo de la era moderna. Pero la expansión suponía algo más que una mejor

---

[3] Para una discusión de la naturaleza y extensión del área cristiana mediterránea, véase Jaime Vicens Vives, *An economic history of Spain*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1961, p. 260. [*Historia económica de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1977, pp. 247-248.]

[4] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 148.

[5] Pierre Chaunu, «Réflexions sur le tournant des années 1630-1650», *Cahiers d'Histoire*, XII, 3, 1967, p. 257.

relación tierra/trabajo. Hizo posible la acumulación a gran escala de capital básico, que fue utilizado para financiar la racionalización de la producción agrícola. Una de las características más obvias de esta economía-mundo europea del siglo XVI fue una inflación secular, la llamada revolución de los precios. La conexión entre esta inflación particular y el proceso de acumulación de capital ha sido un tema central de la historiografía moderna. Nos proponemos intentar tamizar las complejidades de este debate para, a la luz de los patrones observados, ser capaces de explicar la particular división del trabajo a la que llegó la economía-mundo europea a finales de esta época.

El esquema cíclico de los precios europeos tiene tras de sí una voluminosa historia, y aunque los investigadores difieran acerca de sus fechas y más aún acerca de sus causas, la realidad del fenómeno es un hecho admitido. Si unimos dos recientes resúmenes[6] sobre los precios del grano, obtenemos la siguiente imagen:

1160-1260: rápida subida
1260-1310 (1330, 1380): firmemente altos
1310 (1330, 1380)-1480: caída gradual
1480-1620 (1650): altos
1620 (1650)-1734 (1755): recesión
1734 (1755)-1817: subida

Si tomamos el segmento más estrecho con el que ahora estamos ocupados, el siglo XVI, que aparece en la lista anterior como «alto», existieron por supuesto fluctuaciones económicas en su seno. Pierre Chaunu ha puesto al descubierto el siguiente ciclo, basado en su monumental estudio de los registros de la Casa de Contratación de Sevilla, el puerto clave del comercio transatlántico. Utilizando medidas de volumen (tanto generales, como para mercancías específicas) y de valor, Chaunu observa cuatro períodos:

1504-1550: subida estable
1550-1562/63: recesión relativamente menor
1562/63-1610: expansión
1610-1650: recesión[7]

---

[6] Eugen A. Kosminsky, *Past and Present*, 7, p. 18; B. H. Slicher van Bath, *Britain and the Netherlands*, p. 150.

[7] Véase Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (2), *La conjoncture (1504-1592)*, París, SEVPEN, 1959, pp. 14-25.

Jordi Nadal se manifiesta escéptico ante la posibilidad de hacer afirmaciones sobre los precios españoles a partir del volumen de comercio

Las medidas de volumen y de valor, por supuesto, no son idénticas. «El índice de flujo se asemeja, de manera exagerada, a la fluctuación de los precios. La curva peculiar de los precios es más plana que la del flujo comercial» [8]. Chaunu considera que su punto de ruptura en 1610 encaja con los de Elsas para Alemania (1627) y Posthumus para los Países Bajos (1637), ya que, como veremos, la declinación surgió en momentos diferentes para diferentes partes de Europa [9].

Estas discrepancias en el tiempo nos recuerdan que la economía-mundo estaba tan sólo en proceso de emergencia. Chaunu señala que en el siglo XV las tres áreas de comercio europeas (la mediterránea cristiana, el noroeste y la Europa oriental) estaban en tres niveles de precios diferentes, que iban respectivamente de caros a baratos. La creación de una economía-mundo se puede medir, precisamente, por la «fantástica dispersión de los precios al principio [del siglo], y la desaparición a largo plazo de la discrepancia» [10]. Aunque este largo plazo es más largo que el siglo XVI, se puede apreciar cierto progreso en la disminución de la discrepancia. Si en el 1500 la diferencia de precios entre el Mediterráneo cristiano y la Europa oriental era del orden de 6 a 1, para el 1600 era tan sólo de 4 a 1 [11], y a partir

---

que pasaba por Sevilla, porque no existe manera de determinar qué volumen estaba en tránsito. «En definitiva, creo que, al sobreponer la curva del tonelaje sobre la de los precios, Chaunu ha incurrido en el mismo error en que incurriera Hamilton al sobreponer sobre la última la de los envíos de metal noble. En ambos casos se compara un fenómeno auténticamente español —el movimiento de los precios de los artículos de consumo— con otros sólo tangenciales a la economía del país (unas mercancías en gran parte de procedencia extranjera, y unas partidas de plata también en gran parte consignadas al exterior).» «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI: estado actual de la cuestión», *Hispania*, XIX, 77, octubre-diciembre de 1959, pp. 519-520, n. 55.

[8] Chaunu, *Séville*, VIII (2), p. 19.

[9] «A grandes rasgos, en 1600 el cambio en la curva se produjo en España, Italia y el sur de Francia. Sólo en 1650 alcanzó a los países del norte, particularmente a los Países Bajos, donde Amsterdam habría de afirmar su predominio en la escena mundial.» Braudel, en *Chapters*, I, página 263.

[10] Chaunu, *L'expansion européenne*, p. 343.

[11] «A finales del siglo XV, las tres Europas se mantenían en una relación relativa [de precios] de 100, 77 y 16; a finales del XVI, la razón era de 100, 76 y 25. El movimiento hacia el cierre había empezado, pero sólo afectaba a la Europa periférica. La distancia entre la Europa mediterránea y la media siguió siendo la misma a lo largo de todo el siglo» (*ibid.*, página 343).

Las distancias para áreas más periféricas podían no obstante seguir siendo muy grandes, como señala Braudel: «Cuanto más cerradas en sí mismas eran estas economías arcaicas, tanto más altamente eran esti-

de 1750 no era más que de 2 a 1. Henryk Samsonowicz dice que, desde principios del siglo XVI en adelante, los salarios y los precios en Prusia empezaron a ser «cada vez más cercanos» a los de Europa occidental, «a pesar de las direcciones diametralmente opuestas de su desarrollo social y económico» [12]. ¿A pesar de? ¿Acaso no debería decir «a causa de»?

Una explicación básica del aumento de los precios en el siglo XVI ha sido la de Earl J. Hamilton. La planteó en primer lugar en relación con los precios andaluces del siglo XVI, aplicándola más tarde de manera más general a Europa occidental:

A lo largo de todo el período investigado existió una estrecha conexión entre las importaciones de oro y plata americanos y los precios andaluces [...] Comenzando en el período 1503-1505, hubo una tendencia al ascenso en las llegadas de tesoros hasta 1595, mientras que de 1503 a 1595 hubo una subida continua de los precios andaluces. Los mayores aumentos en los precios coinciden con los máximos incrementos en las importaciones de oro y plata. La correlación entre importaciones de tesoros y precios persiste después de 1600, cuando ambos están en declive [13].

Hasta 1960 la teoría de Hamilton había sido sometida a numerosos ataques, tanto empíricos como teóricos. No obstante se reafirmó en ella incluso más vigorosamente:

[El incremento del suministro de metales preciosos desde 1500] fue probablemente mucho mayor desde el punto de vista del porcentaje que el incremento de los precios. De modo que en vez de buscar causas dependientes o auxiliares para la revolución de los precios [...] lo que se necesita es explicar la incapacidad de los precios para mantenerse al nivel del incremento del fondo de metales preciosos. El incremento de la utilización del oro y la plata para chapados, ornamentación, joyería y otros propósitos no monetarios, al irse convirtiendo en relativamente más baratos frente a los crecientes precios de las mercancías, neutralizó parte del nuevo metal precioso [...] La liquidación de la desfavorable balanza comercial [con el

mados el oro y la plata en sus raras apariciones. La vida en Cerdeña, anota un veneciano en 1558, es cuatro o cinco veces menos cara que en Italia, evidentemente para quien cuenta con una bolsa bien provista» *La Méditerranée*, I, p. 352.

[12] Henryk Samsonowicz, «Salaires et services dans les finances citadines de la Prusse au XV^e siècle et dans la première moitié du XVI^e siècle», *Third International Conference of Economic History* (Munich 1965), París, Mouton, 1968, p. 550.

[13] Earl J. Hamilton, «American treasure and Andalusian prices, 1503-1660», *Journal of Economic and Business History*, I, 1, noviembre de 1928, pp. 34-35. Para una bibliografía que contiene los elementos fundamentales sobre este tema, véase Braudel y Spooner, en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 605-615.

Oriente] absorbió grandes cantidades de metálico [...] El paso de las rentas en especie a los pagos en dinero y de los salarios parcialmente en especie a la remuneración monetaria, y una disminución del intercambio tendían también a contrarrestar el aumento del suministro de oro y plata [14].

Como muchos de sus críticos han observado, Hamilton trabaja con la teoría cuantitativa de la moneda de Fisher, que afirma que $PQ = MV$ e implícitamente asume que V y Q permanecen constantes (P son los precios; Q es la cantidad de bienes y servicios; M es la cantidad de dinero; y V es la velocidad de circulación). Han puesto en duda ese supuesto y reclamado una investigación empírica.

En un importante ataque contra Hamilton, Ingrid Hammarström planteaba que Hamilton había invertido la secuencia, siendo el incremento de la actividad económica lo que llevó a un incremento en los precios, que a su vez justifica las actividades mineras que produjeron el incremento en el suministro de metales preciosos. A lo que Hamilton responde:

Evidentemente, el «aumento en los precios» que habitualmente resulta de la «actividad económica que de alguna manera se pone en marcha» [...] no incrementaría, sino que disminuiría la extracción de metal precioso, a través del aumento de los costos de producción en conjunción con los *precios fijos de acuñación* de los metales preciosos. Más aún, el aumento en los precios no haría crecer, sino decrecer, la conversión en moneda del metal precioso existente, abaratándolo relativamente para su uso no monetario [15].

Pero ¿por qué tendrían que ser fijos los precios de acuñación? Esta era una decisión política y malamente podría haber convenido a aquellos que se beneficiarían por el flujo de metales preciosos en tiempos de expansión (lo que incluye a la Corona de España) el desanimar su producción cuando súbitamente había disponible tal cantidad a tan bajo costo real (dada la forma de trabajo). Como señala Hammarström, la cuestión fundamental es explicar el uso que se hacía del metal precioso:

¿Por qué necesitaba Europa occidental el metal precioso americano, no para acumularlo como tesoro, ni para usarlo como ornamento en lugares sagrados (la utilización que se le daba en Asia y entre los

---

[14] Earl J. Hamilton, «The history of prices before 1750», en *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, I, *Méthodologie, histoire des universités, histoire des prix avant 1750*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 156.

[15] *Ibid.*, p. 157. El subrayado es mío.

nativos de América), sino para aumentar en medida importante su cuerpo de moneda circulante, es decir, como medio de pago?[16].

Y. S. Brenner sostiene que un examen de los datos ingleses confirma la visión de Hammarström. Considera que los cambios en el nivel de precios de las mercancías eran consecuencia «menos de un incremento, o falta de incremento, en el fondo europeo de metal, que de la manera en que se empleaba ese fondo»[17]. Señala que el aumento de precios es anterior a la llegada del tesoro americano[18]. Brenner afirma que se debería percibir que *todos* los factores de la ecuación de Fisher eran variables en aquel momento:

En conclusión, el aumento de los precios en la primera mitad del siglo XVI era debido a la combinación de una mayor velocidad y volumen de moneda en circulación con un suministro relativamente disminuido de productos agrícolas, y una tensión intensificada de la demanda de éstos [...]

La velocidad (V) de la circulación se vio incrementada por el desarrollo de la industria y la expansión del comercio; el marcado aumento de la especulación de la tierra y en el mercado legalizado de fondos, y por la transición de la mayor parte de la sociedad desde la autosuficiencia rural a las comunidades urbanizadas dependientes de los mercados (de los recursos monetarios) para alimentación[19].

---

[16] Docent Ingrid Hammarström, «The "price revolution" of the sixteenth century: some Swedish evidence», *Scandinavian Economic History Review*, V, 1, 1957, p. 131.

[17] Y. S. Brenner, «The inflation of prices in sixteenth-century England», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 2, 1961, p. 231.

H. A. Miskimin, comentando a Brenner, dice: «Yo iría aún más lejos, e insistiría en que la distribución de la población y su relación con una disponibilidad fija de tierra tenía mucho que ver con la propensión de un país a retener todo el oro y la plata que atravesaban sus fronteras, dado que cuanto mayor era la presión de población que se ejercía sobre la tierra productora de alimentos, mayor era la porción relativa de las provisiones monetarias que se dirigía hacia bienes agrícolas producidos domésticamente.» «Agenda for early modern economic history», *Journal of Economic History*, XXXI, 1, marzo de 1971, p. 179.

[18] Y. S. Brenner, *Economic History Review*, XIV, p. 229.

Fernand Braudel señala el mismo punto: «Si las minas del Nuevo Mundo entran en el juego, se debe a que Europa cuenta con los medios requeridos para su aprovechamiento.» *La Méditerranée*, II, p. 27. R. S. Lopez y H. A. Miskimin subrayan, no obstante, que el crecimiento económico desde aproximadamente 1465 hasta la «Reforma» fue un proceso de «lenta recuperación». Así, el rápido ascenso posterior a 1520 es compatible con los argumentos de Hamilton. «The economic depression of the Renaissance», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 3, 1962, p. 417.

[19] Brenner, *Economic History Review*, pp. 238-339. Braudel y Spooner también sostienen que se da un incremento de la velocidad: «Esta aceleración [de la velocidad], este aumento del coste de la vida son el as-

Por lo tanto, plantea Brenner, es el aumento general de la actividad capitalista lo que justifica el *uso* dado a los metales preciosos.

La teoría monetaria de la expansión económica supone, si no velocidades fijas (V) y cantidades fijas de bienes (Q), al menos unos límites superiores. ¿Existe acaso alguna evidencia que apoye esto? Acerca de las cantidades de bienes y servicios, no parece demasiado plausible. Por una parte al menos, implica, como nos recuerda Jordi Nadal, la hipótesis del pleno empleo:

Sólo entonces, cuando el volumen de los bienes producidos no puede mejorar, cualquier aumento de los gastos (equivalente al de la masa monetaria en circulación) se traducirá en un incremento proporcionado de los precios [20].

No asumamos entonces que un incremento de los metales preciosos llevó directamente a un incremento en los precios, sino supongamos que lo hizo por su capacidad de incrementar el empleo. Por ejemplo, Miskimin argumenta que la «primitiva obsesión mercantilista por el flujo de oro y plata» tenía sentido en cuanto que:

Las entradas de metales preciosos presumiblemente hubieran puesto a trabajar a hombres y recursos, y, simultáneamente, hubieran tendido a incrementar los fondos disponibles para la financiación del gobierno, rebajando así el costo de las guerras.

En cuyo caso podemos analizar qué países *utilizaron* el oro y la plata con mayor efectividad,

en términos de la habilidad de cada país, ya fuera determinada institucionalmente o físicamente, para alcanzar el pleno empleo con el fin de convertir la entrada de oro y plata en crecimiento económico real [21].

¿Y qué hay acerca de los límites de la velocidad? W. C. Robinson, en su debate con Michael Postan, plantea la cuestión

---

pecto más digno de atención del Renacimiento o, mejor, del siglo XVI en comparación con otros tiempos anteriores [...] aunque había una diferencia de proporciones [...] [Hubo] en Europa un poderoso brote de "crecimiento" [...] Pero este "crecimiento" empujó a la totalidad del mundo hasta los límites de lo posible y lo imposible, es decir, lo puso al borde de la catástrofe.» «Les métaux monétaires et l'économie du XVI[e] siècle», en *Relazioni del X Congresso Internazionale de Scienze Storiche*, IV, *Storia moderna*, Florencia, Sansoni, 1955, pp. 245-246.

[20] Nadal, *Hispania*, XIX, p. 517.

[21] Miskimin, *Journal of Economic History*, XXXI, p. 183.

de si los flujos de oro y plata son capaces de explicar la depresión del siglo XIV. Argumenta que en una economía con mecanismos primitivos de crédito, «la V está relativamente cerca de la rotación física efectiva por moneda y período de tiempo...». De aquí que la expansión del siglo XIII, que estuvo estimulada por la disminución del atesoramiento y el incremento de la velocidad, estuviera sujeta a límites inherentes:

Eventualmente [...] el suministro de moneda llegó a su límite superior, fuera de modestos incrementos anuales, y la velocidad no podía crecer más. En este momento disminuyó el comercio, y se dejó sentir una presión hacia abajo en los precios. El boyante optimismo y las elevadas ganancias del período anterior se vieron reemplazados por el pesimismo y el ahorro. El atesoramiento de moneda empezó como barrera contra la disminución de los precios. En suma, la depresión llegaría a autorreforzarse [22].

Postan, en su respuesta, argumenta que Robinson está equivocado de hecho al pensar que se hubiera llegado a un límite, dado que seguía disminuyendo el atesoramiento, que los mecanismos de crédito eran más flexibles de lo que sugiere Robinson, y que las actitudes psicológicas de los hombres de negocios eran una variable económica de segundo orden en aquella época [23]. Pero básicamente no pone en duda el concepto de un límite. Miskimin lo hace, y en mi opinión eficazmente:

Es también cierto con toda probabilidad que, dado el nivel de desarrollo de las instituciones crediticias hubiera un límite físico superior para la velocidad de circulación de cualquier cantidad dada de oro y plata una vez que estuviera convertida en un número finito de monedas. No obstante, una devaluación, reduciendo el tamaño de las unidades en las que circulaban el oro y la plata, hubiera tenido el efecto de elevar los límites superiores físicos o institucionales impuestos a la velocidad de circulación del metal precioso. Bajo las presiones combinadas surgidas de las migraciones interiores, la urbanización y la especialización, parecía posible, y de hecho probable, que cuando la devaluación elevó los límites técnicos de la velocidad, esa nueva libertad fuera usada, y que las muchas devaluaciones europeas del siglo XVI actuaran a través del término velocidad para incrementar los precios *más* que proporcionalmente, en relación con el nivel de la propia devaluación [24].

Por lo tanto volvemos al hecho de que es el sistema en su conjunto, con sus presiones estructuradas hacia determinado

[22] W. C. Robinson, «Money, population and economic change in late medieval Europe», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 1, 1959, p. 63.

[23] Véase M. M. Postan, «Note», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 1, 1959, pp. 78-79.

[24] Miskimin, *Journal of Economic History*, XXXI, p. 177.

tipo de decisiones políticas (por ejemplo, la devaluación), lo que resulta crucial para explicar la expansión. No fueron sólo el oro y la plata, sino el oro y la plata en el contexto de una economía-mundo capitalista, lo que resultó crucial. Para Charles Verlinden, son específicamente las formas monopolísticas del capitalismo en esta etapa primitiva las que explican en gran medida la continua inflación de los precios:

En la explicación de las crisis cíclicas, debemos reservar un amplio lugar a la especulación. El «monopolio» no regulaba los movimientos de los precios. A corto plazo, excepto para ciertos productos de lujo (vino), los «desregulaba». Es responsable del aspecto catastrófico de estos movimientos. Indirectamente afectó sin duda al movimiento peculiar. Después de cada alza, parcialmente artificial, los precios no volvían al nivel previo a la crisis. Así, el monopolio contribuyó, en cierto grado, a la intensificación y aceleración del alza a largo plazo [25].

Entonces ¿fue buena o mala la entrada de metales preciosos? No estamos planteando una especie de moral abstracta. Más bien nos planteamos si las consecuencias de la entrada de oro y plata fueron saludables para la creación de la nueva economía-mundo capitalista. Hamilton, desde luego, parece decir que sí. Joseph Schumpeter, no obstante, piensa todo lo contrario:

El incremento en el suministro de metales monetarios no produce, al igual que tampoco lo hace, un incremento autónomo en la cantidad de cualquier otro tipo de moneda, efectos económicamente determinados. Resulta obvio que éstos dependerán totalmente del uso al que estas nuevas cantidades se apliquen [...] La primera cosa a observar [acerca del siglo XVI] es que, en lo que concierne a la propia España, la nueva riqueza [...] sirvió para financiar la política de los Habsburgo [...] La entrada [de metales preciosos] proporcionó [...] una alternativa a la devaluación de la moneda, a la que en caso contrario hubiera habido que recurrir mucho antes, y se convirtió, por tanto, en el instrumento de la inflación de guerra y en el vehículo del familiar proceso de empobrecimiento y organización social actuante en lo sucesivo. El espectacular aumento de los precios que siguió a esto fue un eslabón no menos familiar en esta cadena de acontecimientos [...]

En todos estos aspectos se vio influenciada la evolución del capitalismo, pero al final se vio retardada mas que acelerada por esa expansión del medio circulante. Los casos de Francia e Inglaterra fueron diferentes, pero sólo porque los efectos quedaron más diluidos [...] Todos los logros duraderos de la industria inglesa y de su comercio pueden ser explicados sin referencia a la plétora de metales preciosos [...] [26].

---

[25] Charles Verlinden *et al*, «Mouvements des prix et des salaires en Belgique au XVIe siècle», *Annales ESC*, X, 2, abril-junio de 1955, p. 198.

[26] Joseph A. Schumpeter, *Business cycles*, I, Nueva York, McGraw-Hill, 1939, pp. 231-232.

Este argumento surge de la firme convicción de Schumpeter de que «la influencia inflacionaria —que, según este autor, ha sido exagerada como tema histórico y teórico, pero que él no niega— fue casi totalmente destructiva» [27]. Sin aceptar la inclinación de Schumpeter a favor de lo racionalmente controlado y contra las consecuencias posiblemente impulsivas y a veces imprevisibles de la inflación, su andanada sí que nos impone una conciencia de que los efectos globales de la inflación fueron mucho menos significativos que los efectos *diferenciales* [28].

Veamos en primer lugar el suministro de alimentos. ¿Por qué, dada una expansión económica general, se dio un suministro *decreciente* de productos agrícolas? Bien, en primer lugar esto no ocurrió en un sentido absoluto [29]. Sólo aparece un suministro decreciente en relación con el aumento de población si se consideran las cifras de países como Inglaterra y España por separado, en vez de considerar la economía-mundo europea como una entidad. En aquellos países donde la industria se expandió fue necesario ceder una mayor proporción de la tierra para cubrir las necesidades de los caballos [30]. Pero los hombres

[27] *Ibid.*, I, p. 233, n. 1.

[28] Miskimin, *Journal of Economic History*, XXXI, sugiere posibles líneas de desarrollo de esta cuestión: «Al considerar la estructura de la industria y los cambios en los procesos de producción en el curso del siglo XVI desgarrado por las guerras, bien podemos preguntarnos qué papel jugó la existencia de dinero más abundante y quizá más barato. ¿Resultaba más fácil la acumulación privada de capital industrial al poder satisfacer los gobiernos sus necesidades a tasas de interés relativamente más bajas, sin competir con la industria privada, desalentar la reinversión de las ganancias ni crear una clase rentista? ¿Permitieron a su vez los bajos costos de capital que industrias tales como los astilleros holandeses mantuvieran amplias existencias de madera y materias primas, o que la industria del curtido inglesa economizase mano de obra manteniendo más pieles en los pozos de curtido, elevando así la productividad del trabajo? Quizá este análisis pueda proporcionar pistas fecundas sobre las causas del éxito económico comparativo de Inglaterra y los Países Bajos y el fracaso comparativo de España y Francia, transformando en este proceso el término "inflación de ganancia" de un error analítico en una herramienta mucho más útil» (p. 183).

[29] ¿Ocurrió siquiera en un sentido relativo? Robinson sostiene que la nueva tierra despejada no es necesariamente marginal en el sentido de ser menos productiva o fértil. Véase *Economic History Review*, p. 68. Postan contesta que, independientemente de la teoría, el hecho es que los nuevos asentamientos tendían a realizarse en «tierras inferiores». *Economic History Review*, XII, p. 81.

[30] «Un factor secundario que puede haber contribuido al alza en el precio de los cereales [en el siglo XVI] fue el creciente número de caballos [en Europa occidental]. La gran expansión del comercio y de la industria, con su correspondiente transporte, exigieron más tracción y potencia, en buena medida mediante caballos. Más caballos significó

seguían estando allí; sólo que ahora se alimentaban cada vez más de grano procedente del Báltico[31]. Era no obstante un grano más caro, a causa de la aparente escasez, el transporte y los beneficios de los intermediarios.

¿Fue entonces irrelevante el aumento en el suministro de oro y plata? En absoluto. Ya que realizó funciones importantes para la economía-mundo europea en expansión. Sustentó el impulso de la expansión, protegiendo aquel sistema aún débil contra los asaltos de la naturaleza. Michel Morineau señala que en la Europa medieval los precios del trigo subían y bajaban en respuesta directa a las cosechas. Lo que ocurrió en el siglo XVI no fue tanto que los metales preciosos elevaran los precios como que evitaron su caída[32]. De hecho, Carlo Cipolla

---

una mayor demanda de forraje. Evidentemente la tierra usada para cultivar forraje ya no se puede utilizar para cultivar alimentos para los hombres.» Slicher van Bath, *Agrarian history*, p. 195.

[31] Véase Josef Petráň, «A propos de la formation des régions de la productivité specialisée en Europe Centrale», en *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique* (Aix-en-Provence, 1962), II, *Middle Ages and Modern Times*, París, Mouton, 1965, pp. 219-220.

Se dice a veces que el grano del Báltico no pudo ser tan importante desde el momento en que sólo representaba un pequeño porcentaje del consumo total. Hay dos respuestas a esto. Para ciertas áreas de Europa, el grano báltico era una fuente fundamental de suministro. «Ese uno o dos por ciento [del consumo europeo total] fue sin embargo excepcionalmente importante, porque trajo la fortuna a navegantes como los holandeses y porque representaba el margen de supervivencia para capitales como Lisboa.» Charles Tilly, «Food supply and public order in modern Europe», multicopiado, p. 45. Véase Pierre Jeannin, «Les comptes du Sund comme source pour la construction d'indices généraux de l'activité économique en Europe (XVI^{e}-XVIII^{e} siècles)», *Revue Historique*, CCXXXI, enero-marzo de 1964, p. 62. Jeannin cita que, según E. Scholliers, entre 1562 y 1569 el grano báltico proporcionó el 23 por 100 del consumo holandés.

La segunda respuesta es que fue crucial marginalmente para la economía-mundo en su conjunto: «El tráfico local e internacional de grano está inextricablemente entrelazado. Sería un error, en el caso de una mercancía, como el grano, pensar en términos de una economía dual con dos sectores mutuamente distintos. Si este argumento es sólido, los suministros del Báltico eran marginales en relación con la demanda y la oferta totales. De aquí se sigue que cambios relativamente ligeros en las cantidades totales suministradas y/o requeridas podían producir cambios relativamente grandes en ese sector marginal en el que debía hallarse el grano báltico.» Glamann, «European trade, 1500-1700», *Fontana Economic History of Europe*, II, 6, 1971, p. 44.

[32] «En el siglo XVI, la llegada de metales preciosos "sostiene" la moneda, conduciendo a la devaluación del metal en vez de a la de la moneda. Los metales preciosos son responsables del aumento de los precios en plata [*prix-argent*], pero no del aumento de los precios reales.» Michel Morineau, «D'Amsterdam à Séville; de quêlle réalité l'histoire des

se muestra escéptico acerca de que hubiera un aumento real de los precios [33]. Cree más bien que lo que resulta verdaderamente significativo acerca de la estructura financiera del siglo XVI no fue el aumento de los precios, sino la caída de la tasa de interés. Argumenta que a finales de la Edad Media la tasa de interés era del orden del 4-5 por 100, creciendo entre 1520 y 1570 a un punto más alto del 5,5 por 100, y descendiendo también súbitamente entre 1570 y 1620 a una media del 2 por 100. El metal precioso abarató el dinero [34].

Lo que esto parece indicar es que el factor crítico fue la emergencia de un sistema capitalista; con palabras de Marx «el comercio y el mercado mundiales inauguran en el siglo XVI la biografía moderna del capital» [35]. La variable clave fue la emergencia del capitalismo como modo dominante de organiza-

---

prix est-elle le miroir?». *Annales ESC*, XXIII, 1, enero-febrero de 1968, página 195.

Ruggiero Romano señala que las crisis aparecen y desaparecen según calculemos los incrementos de los precios en términos de los precios del oro y la plata o en términos de la moneda de cuenta: «[Los resultados de la investigación sobre los precios en el siglo XVI] son en buena medida el fruto de una transformación arbitraria en precios metálicos de precios expresados originalmente en moneda de cuenta: estos, por consiguiente, no son *precios*, sino precios-plata o precios-oro, y no expresan, para ser exactos, aspectos de la historia monetaria, sino de la historia "metálica" [...] [En lo que se refiere a los argumentos sobre si hubo o no una depresión en el siglo XV], las razones para las interpretaciones opuestas se deben, en gran medida, precisamente a las diferentes construcciones de las curvas de precios. ¿Precios en plata? Crisis del siglo XVII. ¿Precios en moneda de cuenta? La crisis se disuelve.» «Tra XVI e XVII secolo. Una crisi economica: 1619-1622», *Rivista Storica Italiana*, LXXIV, 3, septiembre de 1962, pp. 481-482.

[33] «[Los metales preciosos americanos] crearon un umbral por debajo del cual los precios ya no podían caer en el curso de las largas fases de depresión. Su papel fue el de intensificar o aminorar *tendencias generales*. Por descontado que éste era un papel importante, pero un papel que sólo existe y puede ser explicado a través de otras *tendencias*: tendencias de la inversión, por ejemplo. Estas son las que verdaderamente reflejan [el cambio]. No es posible ignorarlas, ni relegarlas a un papel secundario.» Carlo M. Cipolla, «La prétendue "révolution des prix"», *Annales ESC*, X, 4, octubre-diciembre de 1955, p. 515.

[34] «Por consiguiente, si se toma en su totalidad el período 1570-1620, un período al que se considera inflacionario en su conjunto —hasta el punto de que los historiadores le han llamado "revolución de los precios"— se tiene la ilusión óptica de una paradójica caída de la tasa de interés durante una fase inflacionaria.» Carlo M. Cipolla, «Note sulla storia del sagio d'interesse. Corso, dividendi, e sconto dei dividendi del Banco di S. Giorgio nel secolo XVI», *Economia Internazionale*, V, 2, mayo de 1952, p. 266.

[35] Karl Marx, *Capital*, Nueva York, International Publishers, 1967, I, cap. 4, p. 146. [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975-1979, I, vol. 1, p. 179

ción social de la economía. Probablemente podríamos decir como *único* modo, en el sentido de que, una vez establecido él, los otros «modos de producción», sobrevivieron en función de su capacidad de ajuste con el marco político y social derivado del capitalismo. No obstante resulta saludable recordar que, al menos en este punto, «no había un solo capitalismo, sino varios capitalismos europeos, cada uno con su zona y sus circuitos»[36]. De hecho, es precisamente esta existencia de varios capitalismos lo que dio importancia al incrementado fondo de oro y plata, dado que la velocidad de su circulación fue precisamente menor al principio en el noroeste de Europa que en la Europa mediterránea. Como concluyen Braudel y Spooner, «la teoría cuantitativa de la moneda tiene significado cuando se considera junto con la velocidad de circulación y en el contexto de las disparidades de la economía europea»[37].

Esto nos lleva a la segunda parte del argumento de Hamilton. No sólo hubo un aumento de los precios, sino un retraso de los salarios. Aquí también es grande la controversia sobre su existencia y sus causas[38]. Hamilton argumentaba que, al crecer los precios, los salarios y las rentas no consiguieron mantenerse por delante de los precios, a causa de rigideces institucionales, en Francia y en Inglaterra, aunque sí en España[39]. Esto creó una separación, una especie de superganancia [*windfall*], que fue la principal fuente de acumulación de capital en el siglo XVI:

---

[36] Braudel, en *Chapters*, I, p. 286.

[37] Braudel y Spooner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 449.

[38] Pierluigi Ciocca dice, al finalizar sus dos muy largos artículos sobre la hipótesis del retraso de los salarios, que la cuestión del retraso de los salarios es menos difícil de resolver que la de explicar las causas de la inflación en el siglo XVI. Véase «L'ipotesi del "ritardo" dei salari rispetto ai prezzi in periodi di inflazione: alcune considerazioni generali», *Bancaria*, XXV, 5, mayo de 1969, p. 583.

[39] Jordi Nadal niega la veracidad empírica de esta afirmación de Hamilton, arguyendo que las cifras de Hamilton tienen una base metodológica defectuosa, pues usa cifras ponderadas para Inglaterra y Francia, y cifras sin ponderar para España. Señala que cuando Phelps-Brown y Hopkins tomaron las únicas cifras publicadas disponibles para comparar los salarios de los albañiles, ponderadas todas de la misma forma, el análisis cambió fundamentalmente. «La enseñanza de estas cifras es tan clara como insospechada: a medida que fue transcurriendo el siglo XVI, el poder adquisitivo del salario nominal cobrado por el albañil valenciano (único español computable) habría sufrido una pérdida progresiva muy acentuada, dentro de la misma línea que la del salario del albañil inglés o francés.» *Hispania*, XIX, pp. 523-524.

En Inglaterra y en Francia, la enorme discrepancia entre precios y salarios, nacida de la revolución de los precios, privó a los trabajadores de una gran parte de los ingresos que hasta entonces habían disfrutado, y desvió esta riqueza a los recipientes de otras participaciones distributivas [...]. Las rentas, al igual que los salarios, quedaron detrás de los precios; de modo que los terratenientes no sacaron nada de la pérdida de los trabajadores [...]

Las superganancias así recibidas, junto con las ganancias del comercio con las Indias Orientales, suministraron los medios para construir equipo de capital, y los asombrosos beneficios obtenibles suministraron un incentivo para la febril prosecución de la empresa capitalista [40].

La afirmación de que las rentas iban por detrás de los precios, ha sido objeto de críticas particularmente duras, especialmente por parte de Eric Kerridge con respecto a la Inglaterra del siglo XVI [41], así como también por otros con respecto a otros

[40] Earl J. Hamilton, «American treasure and the rise of capitalism», *Economica*, IX, 27, noviembre de 1929, pp. 355-356.

Walter Prescott Webb introduce la útil distinción conceptual de diferenciar entre superganancias *primarias* y *secundarias*, ambas como resultado de la conquista europea de las Américas. «Además de la tierra —la mayor de todas las ganancias—, consideremos el oro y la plata, los productos forestales, las pieles y el ámbar gris, dentro de una primera categoría [...]. Las superganancias primarias eran aquellas rápidamente obtenibles, cosas que podían ser conseguidas con un mínimo de inversión y poco trabajo preliminar. Las superganancias secundarias implicaban un elemento de largo tiempo de espera, y a menudo grandes gastos, excesivos para la resistencia de un lejano e impaciente inversor. Las superganancias primarias fueron las que dieron impulso al capitalismo en los siglos XVI y XVII, y las superganancias secundarias las que mantuvieron al capitalismo en marcha a través de los siglos XVIII y XIX.» *The great frontier*, Boston (Massachusetts), Houghton, 1952, páginas 181-182.

Fritz Redlich nos recuerda que el botín resultante de las guerras europeas, una antigua forma de superganancia, siguió siendo una importante fuente de formación de capital en el siglo XVI. «De praeda militari: looting and booty, 1500-1815», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, suplemento núm. 39, 1956, pp. 54-57. La diferencia es que ese botín representaba una redistribución de la riqueza existente en Europa, no una incorporación de nuevos recursos.

[41] Véase Eric Kerridge, «The movements in rent, 1540-1640», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, II, pp. 208-226. Véase también Ian Blanchard: «La información impresa de la que se dispone hasta ahora para el estudio de los cambios en las rentas durante el período 1485-1547 no carece de ambigüedad, y en ninguna parte resulta esto tan claro como en [Joan Thirsk, comp., *Agrarian History of England and Wales*, vol. IV], donde en la [p. 204] se declara que a partir de la década de 1470 hubo un marcado incremento de las rentas de las tierras cultivables, mientras que en la [p. 690] se señala que no hubo un movimiento ascendente agudo hasta bien entrado el siglo XVI. Para resolver esta aparente contradicción se deben consultar estudios de fincas concretas, pero son pocos los que existen». «Population change, enclosure

lugares y épocas [42]. Hacia 1960, Hamilton había dado marcha atrás con respecto a las rentas, pero afirmaba que esto no afectaba para nada la fuerza de su argumento:

Uno puede asumir que al principio de la revolución de los precios, los pagos por salarios representaban tres quintos de los costos de producción [...] Supongo que en 1500 las rentas de la tierra pueden haber supuesto un quinto del ingreso nacional en Inglaterra y en Francia, y que, contrarrestándose la tendencia a aumentar las rentas por el aumento de los precios agrícolas y la infrecuente ruptura de los contratos de arrendamiento para bajar las rentas, éstas crecieron con la misma velocidad que los precios durante la revolución de los precios. El quinto restante del ingreso nacional correspondía a las ganancias, incluyendo los intereses. Con tres quintos de los costos yendo muy por detrás de los precios disparados [...] las ganancias deben haber llegado a niveles elevados en Inglaterra y en Francia en el siglo XVI, continuado en una elevada meseta durante cuatro o cinco décadas, y haberse mantenido alta en el grande, aunque declinante, margen entre precios y salarios, hasta finales del siglo XVII [43].

Ha habido otras críticas de la hipótesis de Hamilton sobre el retraso de los salarios [44]. Una importante línea de argumentación fue aportada por John Nef, que sugirió que los salarios monetarios registrados no eran equivalentes a los salarios totales, ya que existían salarios en especie que podrían haber crecido suficientemente, para cubrir la separación, y también que los aumentos en los precios del trigo podían no haberse visto igualados por aumentos equivalentes en todos los precios de mercancías básicas:

En primer lugar, los índices aquí recopilados exageran el incremento del costo de la subsistencia durante la revolución de los precios. En segundo lugar, el incremento en el costo de la dieta de los trabajadores fue soportado en alguna medida no por ellos, sino por sus patronos. En tercer lugar, muchos trabajadores tenían pequeñas parcelas de tierra de las que obtenían parte de los suministros necesarios. De aquí se sigue que probablemente pudieran gastar una porción no despreciable del salario monetario en mercancías distintas de los alimentos [45].

---

and the early Tudor economy», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 3, diciembre de 1970, p. 443.

[42] Pierre Vilar, «Problems on the formation of capitalism», *Past and Present*, 10, noviembre de 1956, p. 25. Respecto a España, Nadal dice también: «habremos de concluir, en contra de Hamilton, que la etapa inflacionista no fue desfavorable a los grandes señores territoriales españoles». *Hispania*, XIX, p. 526.

[43] Hamilton, *International Congress*, I, p. 160.

[44] Ciocca las resume en *Bancaria*, XXV; 4, abril de 1969, pp. 425-426 (n. 13).

[45] John U. Nef, «Prices and industrial capitalism in France and England», en *The conquest of the material world*, Chicago, Illinois,

Phelps-Brown y Hopkins están de acuerdo en que el deterioro de los salarios podría haber sido menos grave de lo que parecía, dado que los precios del grano crecían más rápidamente que los de los productos manufacturados. De aquí que los productos alimenticios procesados, cada vez más importantes, crecieran menos en precio que los granos básicos, y que las mejoras en la manufactura redujeran aún más el costo de tales materias procesadas [46]. No obstante, evidencias más recientes (1968), basadas en mejores datos que los usados originalmente por Hamilton, incluyendo investigaciones realizadas por Phelps-Brown y Hopkins, tienden a confirmar la hipótesis general de que hubo una caída en los salarios reales en la Europa occidental del siglo XVI [47].

La caída de los salarios reales queda ejemplificada de manera llamativa en el cuadro 1, tomado de Slicher van Bath [48]. Presenta los salarios reales por día de un carpintero inglés, expresados en kilogramos de trigo.

Univ. of Chicago Press, 1964, p. 254. Hamilton rechaza el argumento de Nef en «Prices and progress», *Journal of Economic History*, XII, 4, otoño de 1952, pp. 333-334. Pero Ciocca comenta: «La [anterior] observación de Hamilton, de que la importancia de los dos factores en cuestión es menor en la fase histórica de la comercialización creciente y del nacimiento del proletariado, nos parece válida y alentadora. Sin embargo, [se] requiere la mayor prudencia». *Bancaria*, XXV, p. 428.

[46] Véase E. H. Phelps-Brown y Sheila V. Hopkins, «Wage-rates and prices: evidence for population pressure in the sixteenth century», *Economica*, XXIV, 96, noviembre de 1957, p. 293. Sobre los precios en Roma, véase Jean Delumeau: «Más en general, el índice decenal del trigo fue siempre más alto que el de todos los demás productos [diversos artículos alimenticios, vino, leña, cera] a lo largo de los cuarenta años que van de 1590 a 1629, con una sola posible excepción: la de las pasas entre 1610 y 1619. E incluso en este caso se trata de una excepción que confirma la regla, porque el precio de las pasas fue excepcionalmente alto a finales del siglo XVI y comienzos del XVII». *Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*, París, Boccard, 1957, II, pp. 741-742.

[47] Phelps-Brown y Hopkins ofrecen pruebas de la disminución de los salarios reales en el siglo XVI para la Inglaterra meridional, Francia, Alsacia, Münster, Augsburgo, Valencia y Viena, en su cuadro 2, de «Builders wage-rates, prices and population: some further evidence», *Economica*, XXVI, 101, febrero de 1959, p. 21. Jean Fourastié y René Grandamy no están seguros de en qué medida fue real la caída de los niveles de vida entre los siglos XV y XVI, pero señalan que el precio real del trigo se cuadruplicó entre el siglo XV y los siglos XVII y XVIII. «Remarques sur les prix salariaux des céréales et la productivité du travailleur agricole en Europe du XVe et XVIe siècles», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, p. 650.

[48] Slicher van Bath, *Agrarian history*, cuadro 1, p. 327.

CUADRO 1. SALARIO REAL DE UN CARPINTERO INGLÉS *

1251-1300	81,0
1300-1350	94,6
1351-1400	121,8
1401-1450	155,1
1451-1450	143,5
1501-1500	122,4
1551-1600	83,0
1601-1650	48,3
1651-1700	74,1
1701-1750	94,6
1751-1800	79,6
1801-1850	94,6

* 1721-45 = 100.

De este cuadro se derivan tres hechos. El salario real de un carpintero inglés no resulta llamativamente diferente en 1850 respecto al de 1251. El punto más alto de los salarios (155,1) fue inmediatamente anterior al «largo» siglo XVI, y el punto mínimo (48,3) ocurrió a su final. La caída durante el siglo XVI fue inmensa. Esta caída es tanto más significativa si nos damos cuenta de que los salarios ingleses en el período de 1601-1650 no estaban en absoluto en el extremo inferior de la escala europea de salarios urbanos.

Esta dramática disminución de los salarios era en sí misma consecuencia de tres factores estructurales, restos de los rasgos de una economía precapitalista no eliminados aún en el siglo XVI. Pierluigi Ciocca describe con cuidadoso detalle cómo operaban estas estructuras para reducir los salarios reales en una era de marcada inflación, y por qué cada uno de estos factores estructurales se vio en gran medida eliminado en siglos posteriores. Los tres factores son: ilusiones monetarias, y discontinuidad de las demandas salariales; fijación de los salarios por costumbre, contrato o estatuto; y retrasos en su pago. Al hablar de ilusiones monetarias Ciocca se refiere a la incapacidad para percibir con precisión los aumentos inflacionarios graduales, excepto en puntos temporales discontinuos. Incluso si eran percibidos tales aumentos, los salarios sólo podían ser negociados con ciertos intervalos. Más aun, en el siglo XVI a menudo intervenía el Estado, allá donde la costumbre o los contratos se

rompían, para prohibir los aumentos salariales. Finalmente, en aquellos tiempos muchos trabajadores cobraban sólo una vez al año, lo que en una era inflacionaria significaba dinero depreciado. En el siglo XX, las ilusiones monetarias se verían contrarrestadas por la organización de los sindicatos, la extensión de la educación, la existencia de índices de precios, y la acumulación de experiencia sobre la inflación. Más aún, la organización política de los trabajadores hace más difícil para el Estado el restringir los salarios. Y por supuesto la frecuencia en el pago de los salarios es un derecho hace largo tiempo adquirido. Pero en aquella primitiva era capitalista, los trabajadores no tenían la misma capacidad de maniobra [49].

Lo que fortalece la plausibilidad de este análisis —según el cual hubo un desfase de los salarios debido a factores estructurales de la economía-mundo europea del siglo XVI, basada en formas primitivas de capitalismo mundial—, no son sólo los datos empíricos que lo confirman, sino las dos excepciones empíricas conocidas: las ciudades del centro y del norte de Italia, y las de Flandes. Carlo Cipolla señala que a finales del siglo XVI y principios del XVII, «los costos del trabajo parecen haber sido excesivamente altos en Italia, en relación con los niveles de salarios de las naciones competidoras». La razón, según Cipolla, fue que «las organizaciones de los trabajadores tuvieron éxito en imponer niveles de salarios desproporcionados a la propia productividad del trabajo» [50]. De manera semejante, Charles Verlinden encuentra que, en las ciudades belgas, los salarios siguieron el precio de los productos del trigo muy de cerca en el siglo XVI [51]. ¿Por qué estas dos excepciones? Precisamente porque eran los «antiguos» centros de comercio [52], y

---

[49] Ciocca, *Bancaria*, XXV, pp. 518-579.

[50] Carlo Cipolla, «The economic decline of Italy», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, pp. 139, 140. Véase Brian Pullan, «Wage-earners and the Venetian economy, 1550-1630», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 3, 1964, pp. 407-426; Domenico Sella, «Les mouvements longs de l'industrie lainière à Venise aux XVIᵉ et XVIIᵉ siècles», *Annales ESC*, XII, 1, enero-marzo de 1957, especialmente pp. 44-45. Sella llama a Venecia «rica ciudad», en la que el alto costo de la vida se debía a las «pesadas rentas y altos salarios».

[51] Véase Verlinden *et al.*, *Annales ESC*, X, p. 198. Véase Herman van der Wee: «Por eso Brabante no experimentó un catastrófico colapso de los ingresos reales de las masas asalariadas, como fue el caso en otros países europeos durante el siglo XVI». *The growth of the Antwerp market and the European economy*, La Haya, Nijhoff, 1963, II, p. 386.

[52] Esto nos lleva de nuevo a la cuestión de por qué fueron centros los «antiguos» centros de comercio. Este es un problema completamente

por lo tanto los trabajadores eran *relativamente* fuertes como fuerza político-económica. Por este motivo, estos trabajadores podían resistir mejor la galopante carrera de los beneficios. Además, el «avance» del capitalismo había quebrado parcialmente las antiguas estructuras. No obstante, fue la «fuerza» de los trabajadores y el progreso del capitalismo lo que originó que tanto las ciudades del norte de Italia como las de Flandes declinaran como centros industriales en el siglo XVI, dejando paso a los recién llegados que serían los triunfadores finales: Holanda, Inglaterra y, en menor medida, Francia.

La idea de que algunos trabajadores (precisamente aquellos pertenecientes a los sectores más «adelantados») pudieran resistir el deterioro de los salarios mejor que otros, nos lleva a considerar cuáles fueron las *diferencias en las pérdidas*[53] ocasionadas por la inflación a largo plazo. Pierre Vilar sugiere una simple distinción centro-periferia[54]. No obstante, ésta es una dicotomía excesivamente simple. Porque no fueron sólo los trabajadores de la periferia, quienes trabajaban, como veremos, en la América española y en Europa oriental en el siglo XVI, los que perdieron. Simultáneamente los trabajadores asalaria-

---

distinto. Sylvia Thrupp ofrece esta breve explicación: «Flandes y el norte de Italia son, con mucho, las zonas más interesantes, porque la fertilidad de su suelo y la facilidad con la que podían importan más alimento de las regiones "granero" cercanas favoreció una alta densidad de población. Esto les dio no sólo una amplia reserva de trabajo campesino a tiempo parcial disponible para el trabajo industrial en el campo, sino también la posibilidad de urbanizar una proporción mayor de su población». «Medieval industry, 1000-1500», *Fontana Economic History of Europe*, I, 6, 1971, p. 47.

[53] Nos referimos a diferencias entre países. También hubo, por supuesto, diferencias dentro de cada país entre los grupos sociales, diferencias que están reflejadas en nuestra discusión de la relación entre rentas, ganancias y tasas salariales. Entre las diferentes categorías de asalariados, sin embargo, no parece haber habido tales diferencias. O al menos éste parece ser el caso para el pago relativo de maestros y peones en la industria de la construcción en Inglaterra, donde «la tasa de los peones de la construcción [cambió] en la misma proporción que la de los maestros, con gran conformidad, desde la peste negra hasta la primera guerra mundial». E. H. Phelps-Brown y Sheila V. Hopkins, «Seven centuries of the prices of consumables, compared with builder's wage-rates», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's Press, 1966, II, p. 189.

[54] «Pero, recordando la frase profundamente sugestiva de Marx, "la esclavitud disfrazada de los asalariados en Europa exigía, a modo de pedestal, la esclavitud *sans phrase* en el Nuevo Mundo", ¿podríamos dejar de ver [las "ondas largas" de los precios y las actividades económicas] en términos de una alternancia histórica entre un aumento de la explotación del trabajo colonial y del trabajo europeo?». Vilar, *Past and Present*, 10, p. 34.

dos en la mayor parte de la Europa occidental perdieron también, aunque quizás no tanto (¿acaso lo sabemos?) como los trabajadores de Europa oriental (es imposible de medir la «pérdida» para los trabajadores de la América española, dado que previamente no habían estado en absoluto en el mismo sistema económico). Y J. H. Elliott argumenta que la posición del trabajador español en esta declinación se aproxima más a la del trabajador de la Europa del este que a la del inglés[55].

Así, si en algún tipo de continuidad el trabajador polaco era el que menos ganaba, y después el español, y digamos el que ganaba más era el veneciano, ¿dónde estaba exactamente el trabajador inglés, representando las áreas semiperiféricas que estaban en pleno proceso de convertirse en áreas centrales? Phelps-Brown y Hopkins sugieren que una forma de pensar en lo que estaba pasando en estos países es ver que «la contracción de la cesta de la compra del asalariado [inglés] era fundamentalmente debida al cambio de los términos de intercambio entre el taller y la granja»[56]. Por una parte, la transformación de los términos de intercambio cae con máximo peso sobre el asalariado (ya fuera carente de tierra o cuyos ingresos procedentes de la tierra fueran subsidiarios). Phelps-Brown y Hopkins estiman que el número de tales asalariados era ya un tercio de la población activa en Inglaterra en la primera mitad del siglo XVI. Como ellos dicen, «la otra cara de la medalla [del empobrecimiento del asalariado] es el enriquecimiento de aquellos que vendían productos de granja *o arrendaban granjas con arreglo*

[55] «La hipótesis [de Hamilton] de que los salarios españoles permanecieron por delante de los precios parece hasta este punto bastante infundada. De hecho, nuevas investigaciones bien pueden mostrar un marcado deterioro del nivel de vida de la masa de la población castellana durante la primera mitad del siglo. Tal deterioro, combinado con el alto nivel de los precios castellanos *en relación con los de otros Estados europeos*, nos aproximaría mucho a una explicación de la peculiar estructura de la economía de Castilla a finales del siglo: una economía más próxima en muchos sentidos a la de un Estado de Europa oriental, como Polonia, exportadora de materias primas e importadora de productos de lujo, que a las economías de los Estados europeos occidentales. En la medida en que la industria sobrevivía en Castilla, tendía a ser una industria de lujo, al servicio de las necesidades de los pocos acomodados, y sometida a creciente competencia extranjera.» J. H. Elliott: «The decline of Spain», *Past and Present*, 20, noviembre de 1961, p. 62. El subrayado es mío. En Cataluña el proceso fue análogo. Véanse los comentarios de Jaime Vicens Vives al «Rapport de M. Malowist», en *IXe Congrès Internationale des Sciences Historiques*, II, *Actes*, París, Armand Colin, 1951, en los que Vicens compara el «segundo feudalismo» en Cataluña y Polonia.

[56] Phelps-Brown y Hopkins, *Economica*, XXIV, p. 298.

a unas rentas que podían ir elevando» [57]. Esto proyecta algunas dudas sobre la argumentación de Hamilton de que el desfase de los salarios era una fuente directa de acumulación de capital, o al menos nos previene del hecho de que el terrateniente en Europa occidental era un intermediario clave para la acumulación de capital.

No obstante, el punto fundamental del razonamiento de Hamilton, respaldado por John Maynard Keynes, está bien planteado. La inflación creó una redistribución de ingresos, una redistribución complicada, debido a las múltiples capas de la economía-mundo europea. Fue, no obstante, un método de cargar a los sectores políticamente más débiles para proveer un fondo de acumulación de capital que pudiera entonces ser invertido por alguien [58]. Los terratenientes, en particular siguieron

---

[57] *Ibid.*, p. 299. El subrayado es mío.

Este análisis es muy similar al de Dobb: «Se puede preguntar: en estas circunstancias, si el consumo real de las masas cayó, ¿cómo pudo subir el nivel de precios y hacer posible la realización de las grandes ganancias de este período (dependientes esencialmente del margen entre precios y salarios monetarios, multiplicado por la rotación de la mercancía)? En otras palabras, ¿de dónde surgió una demanda en expansión? La respuesta se encuentra aparentemente en el hecho de que fue el gasto de los ricos y medio acomodados (es decir, la nueva burguesía y la Corona, y también la clase ascendente de capitalistas de provincias y grandes granjeros *yeomen*) lo que proporcionó un mercado en expansión; creando el incrementado gasto de esta parte, en cierto sentido, las condiciones para la realización de las ganancias. Muchas de las industrias en auge en este período estaban al servicio del consumo de lujo de los más acomodados. Hubo también una inversión ampliada en navíos, en la construcción y (en muy pequeña medida) en maquinaria y herramientas, también en armas y equipo militar. A esto se debe añadir el importante efecto del comercio exterior, un comercio exterior realizado en términos altamente favorables y compensado por la entrada en el reino de una apreciable cantidad de metales preciosos». *Studies*, p. 120.

Braudel aporta un análisis de la razón por la cual los terratenientes no se vieron necesariamente afectados por la inflación de precios en la forma inicialmente supuesta por Hamilton: «Esa revolución de los precios [...] no ha sido, como por arte de magia, obstinadamente democrática. Ha aligerado las cargas y deudas campesinas pagaderas en moneda y fijadas bastante antes de que se descubriese América. En la práctica, los derechos feudales sobre las tenencias de tierra campesinas son con frecuencia muy leves, a veces poco menos que nada. Pero no siempre, desde luego. Y, cosa importante, el señor percibe también rentas *en natura* valoradas de acuerdo con el curso de los precios en el mercado [...]. Además, tanto en el Mediterráneo como en Europa, la partición de las tierras no se hizo de una vez para siempre». *La Méditerranée*, II, p. 51.

[58] «El capitalismo requiere *capital*, y no sería fácil imaginar un instrumento más poderoso para proporcionarlo que el del ahorro forzado a través de un cociente precios/salarios altamente favorable.» Earl J.

hallando nuevas formas de sacar dinero a los campesinos[59]. El argumento, recordemos, no es sólo que hubo un inesperado beneficio, sino que la inflación favorecía la inversión[60].

Esto nos lleva a una ulterior objeción a la hipótesis del desfase de salarios, la de John Nef, quien afirma que el argumento se viene abajo debido al caso de Francia, donde, aunque existía el mismo retraso de los salarios que en Inglaterra, no se realizó ningún progreso significativo en la industria en aquel tiempo[61]. Más aún, Nef señala que no se trata simplemente de una comparación Francia-Inglaterra, dado que en términos de desarrollo industrial la situación de Francia era, según él, comparable a la del sur de Alemania y los Países Bajos españoles, mientras que Inglaterra era comparable a Holanda, Escocia, Suecia y Lieja. Es decir, los primeros estaban todos retrasados en comparación con la «era del Renacimiento» y los últimos adelantados. Y no obstante, la madera y el trabajo eran más *baratos*, y no más caros, en Francia que en Inglaterra. Posiblemente el problema fuera que eran *demasiado* baratos[62].

Hamilton, *Journal of Economic History*, XII, p. 338. Véase J. M. Keynes: «Así es casi seguro que una inflación de beneficios traiga consigo una más desigual distribución de la riqueza, a menos que sus efectos sean compensados mediante impuestos directos del tipo que caracteriza a la Inglaterra moderna [1930], pero no a ningún otro lugar o período». *A treatise on money*, Londres, Macmillan, 1950, II, p. 162.

[59] «Si este mundo señorial y terrateniente domina a Europa a comienzos del siglo XVII es porque su férula se ha aflojado mucho menos de lo que generalmente se piensa. La tierra había sido, una vez más, para quienes supieron aprovecharla, una fuente de riqueza. No andaban, pues, descaminados los mercaderes y los ricos de las ciudades que compraban con sus ganancias tierras o señoríos.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 479.

[60] «La subida de los precios castigaba los retrasos en la inversión y al disminuir la tasa de interés efectivo fomentaba la obtención de préstamos para invertir por adelantado las ganancias. En suma, la subida de los precios y el retraso de los salarios proporcionaron capital y fuertes incentivos para utilizarlo según pautas capitalistas.» Hamilton, *Journal of Economic History*, XII, p. 339.

[61] «Lo que tenemos que explicar en el caso de Francia no es, como en el de Inglaterra, por qué el capitalismo industrial progresó tanto en la era de la revolución de los precios, sino por qué progresó tan poco» Nef, *The conquest of the material world*, p. 242.

[62] «La historia de Francia sugiere que una prolongada caída de los salarios reales de los trabajadores, aun siendo sin duda un incentivo para emprender negocios, no es por sí misma un factor suficientemente poderoso para causar una gran aceleración en la tasa de crecimiento industrial. Es posible que durante el último cuarto del siglo XVI la caída del nivel de vida del trabajador fuera tan grande que impidiera el crecimiento de la demanda de algunos productos industriales, y que la

Pero esta comparación de Nef sólo rebate la tesis de Hamilton si se comparan Inglaterra y Francia *in vacuo*. Pero si se toman en el contexto de la economía-mundo europea, esta comparación coloca simplemente el nivel de salarios reales de Francia en algún lugar entre el de España y el de Inglaterra. Lo que podríamos entonces argumentar es que en el seno de la economía-mundo como un todo se dio una aguda reducción en la distribución de ingresos producidos a los trabajadores. Las tasas variaban con arreglo a los países. La situación óptima para una clase inversora local sería la de tener acceso a los beneficios procedentes de salarios bajos en la periferia y a beneficios adicionales procedentes de salarios medios (en contraposición con los salarios altos) en su propia área. Un nivel de salarios medio era lo óptimo, ya que mientras que por una parte un nivel de salarios excesivamente alto (Venecia) suponía un bocado excesivo en el margen de beneficios, por otra parte un nivel de salarios excesivamente *bajo* (Francia y España *a fortiori*) reducía las dimensiones del mercado local para nuevas industrias. Los que más se acercaban a esta situación óptima en el sistema europeo eran Inglaterra y Holanda. El hecho de que fuera una economía-mundo, no obstante, era la condición *sine qua non* para que las ganancias inflacionarias pudieran ser invertidas rentablemente en nuevas industrias.

La inflación fue por tanto importante, tanto porque era un mecanismo de ahorro forzoso, y en consecuencia de acumulación de capital, como porque servía para distribuir estas ganancias desigualmente en el interior del sistema, favoreciendo a lo que hemos venido llamando el centro emergente de la economía-mundo y perjudicando a su periferia y semiperiferia de «antiguas» áreas desarrolladas.

La otra cara de este cuadro, como posiblemente haya intuido el lector a partir de la discusión sobre el impacto de la inflación, es que en el seno de la economía-mundo emergió una división del trabajo no sólo entre labores agrícolas e industriales, sino también dentro de las propias labores agrícolas. Y junto con esta especialización surgieron diferentes formas de control del trabajo, y diferentes esquemas de estratificación,

---

miseria de los pobres supusiera más un obstáculo que una ayuda para el desarrollo de la industria durante las guerras de religión.» Nef, *ibid.*, p. 267.

Nef se ve respaldado también por David Felix, «Profit inflation and industrial growth: the historic record and contemporary analogies», *Quarterly Journal of Economics*, LXX, 3, agosto de 1956. Véanse especialmente pp. 443-451.

que a su vez tuvieron diferentes consecuencias políticas para los «Estados», es decir, las arenas de la acción *política.*

Hasta aquí hemos intentado explicar por qué fue Europa la que se expandió (en lugar de, por ejemplo, China), por qué en el seno de Europa fue Portugal la que se puso a la cabeza, y por qué esta expansión vino acompañada de inflación. No nos hemos encarado en realidad a la cuestión de por qué esa expansión fue tan significativa. Es decir, ¿por qué la creación de esta economía-mundo fue un heraldo del moderno desarrollo industrial, mientras que las creaciones imperiales previas de la historia del mundo, basadas aparentemente en un sector agrícola relativamente productivo y un aparato político burocrático relativamente fuerte, no consiguieron ir en esta dirección? Decir que a causa de la tecnología sólo nos lleva a preguntar qué tipo de sistema fue el que favoreció tanto el adelanto tecnológico. (Recordemos la metáfora de Needham acerca del súbito brote de tecnología occidental). E. L. Jones y S. J. Woolf consideran un factor distintivo del siglo XVI precisamente el hecho de que por primera vez en la historia, una expansión de la productividad agrícola abriera el camino a una expansión del ingreso real

Una de las lecciones menos agradables de la historia es que las agriculturas técnicamente adelantadas y físicamente productivas no traen, inevitablemente, un crecimiento sostenido de los ingresos reales per cápita, y mucho menos aún promueven la industrialización. Las civilizaciones de la Antigüedad, con sus elaboradas agriculturas suministran un punto de partida. Ninguna de ellas, en el Oriente Medio, Roma, China, Mesoamérica [...] llevó a una economía industrial. Técnicamente su organización agrícola era soberbia [...] Igualmente, el volumen físico del grano que producían era impresionante. Y aun así, sus historias sociales son terribles historias de ciclos de producción sin un aumento duradero en los ingresos reales para la masa del pueblo, tanto en las expansiones como en las recesiones [...]

El factor común, notablemente en los imperios con agricultura de irrigación, era el inmenso poder de un aparato de Estado basado en una burocracia preocupada por la defensa contra las amenazas exteriores y el mantenimiento interno de su propia posición. Adoptando una visión general de la historia, se podría concluir que estas *burocracias pretendían y consiguieron mantener vastas sociedades campesinas, durante largas eras y con todas las densidades de población, en un estado de virtual homeostasis* [63].

Los autores argumentan que, en un sistema tal, un incremento en la producción bruta no tiene más resultado que una

---

[63] E. L. Jones y S. J. Woolf, «The historic role of agrarian change in economic development», en Jones y Woolf, comps., *Agrarian change and economic development*, Londres, Methuen, 1969, p. 1. El subrayado es mío.

«expansión estática»[64], es decir, un incremento de la población sostenible con un mantenimiento de la misma distribución absoluta de bienes en las mismas proporciones relativas a las diferentes clases de la sociedad.

¿Qué tenía la economía-mundo del siglo XVI que justifique una transformación social de tipo distinto, que difícilmente podría ser considerada una homeostasis? Sin duda las burocracias del siglo XVI no tenían motivaciones demasiado diferentes de las que Jones y Woolf adjudican a otras anteriores. Si el resultado fue diferente, debe ser porque la economía-mundo estaba organizada de manera diferente que los imperios anteriores, y de tal forma que existían presiones sociales de diferente tipo. Específicamente, podríamos examinar los tipos de tensiones que tal sistema generaba entre las clases dominantes, y consiguientemente los tipos de oportunidades que proporcionaba a la masa de la población.

Hemos señalado ya a grandes rasgos lo que consideramos como presiones existentes sobre Europa para la expansión. La expansión supone sus propios imperativos. La capacidad de expandirse con éxito es función de la habilidad para mantener una relativa solidaridad social interior (a su vez en función de los mecanismos de distribución de recompensas) y de los arreglos que se pueden hacer para utilizar *lejos* mano de obra *barata* (siendo tanto más importante que lo sea cuanto más lejos esté, debido a los costos de transporte).

La expansión supone también un desarrollo desigual y por lo tanto recompensas diferenciales, y un desarrollo desigual en un formato de múltiples capas dentro de otras capas, polarizada cada una de ellas en términos de una distribución bimodal de recompensas. Así, concretamente, en el siglo XVI existían oposiciones entre el centro de la economía-mundo europea y sus áreas periféricas, en el seno del centro europeo entre los Estados, en el interior de los Estados entre las distintas regiones y estratos, en el seno de las regiones entre la ciudad y el campo, y en último término en el seno de unidades más locales[65].

La solidaridad del sistema se basaba en última instancia en este fenómeno de desarrollo desigual, ya que la complejidad multiestratificada proporcionaba la posibilidad de una identificación multiestratificada y de un realineamiento constante de

---

[64] *Ibid.*, p. 2.

[65] Véase la discusión en Frédéric Mauro, *Le XVIe siècle européen: aspects économiques*, París, Presses Universitaires de France, 1966, pp. 285-286.

las fuerzas políticas, que proveían por otra parte y al mismo tiempo la turbulencia subyacente que permitía el desarrollo tecnológico y las transformaciones políticas, y también la confusión ideológica que reprimía las rebeliones, ya fueran rebeliones de retroceso, de avance o de huida. Un sistema tal de múltiples estratos de estatus y de recompensa social se relaciona a grandes rasgos con un complejo sistema de distribución de las tareas productivas: en general, aquellos que producen fuerza de trabajo mantienen a los que producen comida, que mantienen a los que producen otras materias primas, que a su vez mantienen a los implicados en la producción industrial (y por supuesto, al progresar el industrialismo esta jerarquía de servicios productivos se hace más compleja según se va haciendo cada vez más refinada esta última categoría).

La economía-mundo en esta época tenía varios tipos de trabajadores: había esclavos que trabajaban en plantaciones de azúcar y en operaciones mineras de excavación en la superficie. Estaban los «siervos» que trabajaban en grandes dominios donde se cultivaba el grano y se cosechaba madera. Había granjeros «arrendatarios» [*tenants*], dedicados a varios tipos de cultivos para el mercado (incluyendo el grano), y trabajadores asalariados en algunas producciones agrícolas. Esto daba cuenta del 90 al 95 por 100 de la población de la economía-mundo europea. Había una nueva clase de «pequeños propietarios libres» [*yeomen*]. Además, había una pequeña capa de personal intermedio —capataces, artesanos independientes, y unos pocos trabajadores especializados— y una delgada capa de clases dominantes ocupadas en supervisar las grandes propiedades, manejando las instituciones fundamentales del orden social, y en alguna medida dedicadas a su propio disfrute. Este último grupo incluía tanto a la nobleza existente como a la burguesía patricia (al igual que, por supuesto, el clero cristiano y la burocracia del Estado).



Por poco que se repare en ello, se verá que estas categorías ocupacionales no estaban distribuidas al azar, ni geográfica ni étnicamente, en el seno de la floreciente economía-mundo. Después de algunas arrancadas en falso, la imagen pasó a ser la de una clase esclava, de orígenes africanos, localizada en el hemisferio occidental; una clase «servil» dividida en dos segmentos: uno principal en Europa oriental, y otro menor de indios americanos en el hemisferio occidental. Los campesinos de la Europa occidental y meridional eran en su mayor parte «arrendatarios». Los trabajadores asalariados eran prácticamente

su totalidad europeos occidentales. Los *yeomen* estaban en gran medida concentrados incluso de forma más estrecha, principalmente en el noroeste de Europa. Las clases intermedias eran de origen paneuropeo (más mestizos y mulatos) y estaban distribuidos geográficamente por toda la arena. Las clases dominantes eran también de origen paneuropeo, pero creo que se puede demostrar que desproporcionadamente procedentes de Europa occidental.

¿Por qué diferentes modos de organizar el trabajo —esclavitud, «feudalismo», trabajo asalariado, autoempleo— en el mismo punto temporal en el seno de la economía-mundo? Porque cada modo de control del trabajo es el más adecuado para tipos particulares de producción. ¿Y por qué estaban concentrados estos modos en diferentes zonas de la economía-mundo —la esclavitud y el «feudalismo» en la periferia, el trabajo asalariado y el autoempleo en el centro, y, como veremos, la aparcería en la semiperiferia—? Porque los modos de control del trabajo afectan grandemente al sistema político (en particular a la fuerza del aparato de Estado) y a las posibilidades de florecimiento de una burguesía indígena. La economía-mundo estaba basada precisamente sobre el supuesto de que existían de hecho estas tres zonas, y tenían de hecho diferentes modos de control del trabajo. De no haber sido así, no hubiera sido posible garantizar el tipo de flujo de excedente que hizo posible que apareciera el sistema capitalista.

Revisemos los modos de control del trabajo y veamos su relación con el producto y la productividad. Podremos ver entonces cómo esto afecta a la aparición de elementos capitalistas. Comenzamos con la esclavitud. La esclavitud no resultaba desconocida en la Europa de la Edad Media [66], pero resultaba carente de importancia en comparación con su papel en la economía-mundo europea del siglo XVI al XVIII. Una razón fue la debilidad militar previa de Europa. Como ha planteado Marc Bloch:

> La experiencia lo ha demostrado. De todos los tipos de crianza, la del ganado humano es la más dura. Para que la esclavitud sea rentable aplicada a empresas a gran escala, tiene que haber abundancia de carne humana barata en el mercado. Esto sólo puede conseguirle por medio de la guerra o de las incursiones en busca de esclavos. De modo que una sociedad difícilmente puede basar buena parte de su economía en seres humanos domesticados, a menos que

[66] Véase Charles Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, Brujas, De Tempel, 1955, 2 vols.

tenga a mano sociedades más débiles a las que vencer o a las que arrasar[67].

Tan inferior modo de producción sólo es rentable si el mercado es grande, de modo que la pequeña ganancia per cápita se vea compensada por la gran cantidad de producción. Por esto la esclavitud pudo florecer en el imperio romano, y por esto es preeminentemente una institución capitalista, vinculada a las primitivas etapas preindustriales de una economía-mundo capitalista[68].

No obstante, los esclavos no son útiles en empresas a gran escala desde el momento en que se requiera cierta habilidad. No se puede esperar que los esclavos hagan más de lo que se vean obligados a hacer. Cuando se precisa habilidad resulta más económico buscar métodos alternativos de control del trabajo, dado que el bajo costo se ve contrarrestado, por otra parte, por una productividad muy baja. Los productos que pueden realmente considerarse de uso intensivo de mano de obra son aquellos que, debido a que requieren poca habilidad para «cosechar», requieren poca inversión en la supervisión. Fueron principalmente el azúcar y, más tarde, el algodón los que se prestaban a la acumulación de trabajadores no especializados bajo supervisores brutales[69].

El cultivo del azúcar empezó en las islas mediterráneas, más adelante se desplazó a las islas atlánticas, cruzando después el Atlántico hasta Brasil y las Antillas. La esclavitud siguió el rastro del azúcar[70]. Al desplazarse, la composición étnica de la clase

---

[67] Bloch, *Cambridge Economic History of Europe*, I, p. 247. Véase también Marc Bloch, «Medieval "inventions"», en *Land and work in medieval Europe*, Berkeley, Univ. of California Press, 1967, p. 180.

[68] La exposición clásica de este punto de vista es Eric Williams, *Capitalism and slavery*, Londres, Deutsch, 1964. Un planteamiento más reciente que lo respalda es Sergio Bagú, «La economía de la sociedad colonial», *Pensamiento Crítico*, 27, abril de 1969, pp. 53-61.

[69] Eric Wolf señala que la minería y el cultivo de la caña *a pequeña escala* se revelaron antieconómicos en América Central por razones tecnológicas, dando paso rápidamente a empresas capitalistas a gran escala. En el caso de la minería, el avance tecnológico fue la introducción en 1557 del proceso de amalgamación, en el cual la plata se separa de la ganga con ayuda de mercurio, y que requería maquinaria costosa, especialmente desde el momento en que el nuevo proceso hizo rentable la minería en profundidad. En la producción de azúcar era el molino a gran escala, o ingenio, lo que requería grandes desembolsos de capital. Exigencias tecnológicas similares tuvieron consecuencias sociales análogas para la producción del añil. Véase *Sons of the shaking earth*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1959, pp. 177-180.

[70] «La primera consecuencia de la extensión de la producción de caña de azúcar a las Canarias y Madeira en el siglo XV fue una dura compe-

esclava se transformó[71]. Pero ¿por qué fueron africanos los nuevos esclavos? Por el agotamiento del suministro de trabajadores indígenas en la región de las plantaciones, porque Europa necesitaba una fuente de trabajo de una región razonable-

---

tencia para los productores europeos anteriores. Esto se acentuó cuando las colonias americanas se incorporaron a la producción. Hacia 1580 [...], la industria estaba moribunda en Sicilia [...]. En España languidecía [...]. Las pequeñas industrias medievales azucareras del sur de Italia, Malta, la Morea, Rodas, Creta y Chipre, todas padecieron una decadencia similar y eventualmente desaparecieron.

»Tanto en Madeira como en las Canarias, la producción de azúcar implicaba el uso de esclavos africanos [...]. Este uso de esclavos puede haber ayudado a los isleños a vender más barato que otros productores de azúcar europeos, pero Madeira y las Canarias a su vez sucumbieron, respectivamente, ante la competencia de Brasil y las Indias Occidentales [...].

»En la América tropical la historia del azúcar y la de la esclavitud están incluso más estrechamente ligadas. De todos los cultivos tropicales de exportación en este período, la caña de azúcar era el que requería más trabajo manual, especialmente para la zafra. La necesidad de un ingenio próximo a los campos, al que la caña pudiera ser transportada a las pocas horas de haber sido cortada, requirió por vez primera la introducción del sistema de plantaciones [...]. Sin duda la caña de azúcar fue responsable en primer término de la esclavitud agraria en los trópicos.» Masefield, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, páginas 289-290.

Las islas como etapas sucesivas de la colonización trasatlántica no son un fenómeno exclusivamente ibérico. A. L. Rowse argumenta que lo mismo sucede en la Europa del norte en tres etapas: del continente a Gran Bretaña, de Gran Bretaña a Irlanda, y después de Gran Bretaña a Norteamérica.

«Podemos considerar el poblamiento de Norteamérica como la extensión a través del Atlántico del proceso de mil años antes, en el tiempo del *Volkerwanderungen*, por el cual Gran Bretaña fue colonizada por las estirpes anglosajonas originales [...].

»La unificación de las islas [Gran Bretaña e Irlanda] proporcionó la base para el gran salto adelante a través del Atlántico, el éxodo de familias a Norteamérica, la puerta abierta por la que habían luchado los isabelinos [...]. Se debe observar algo en lo que los historiadores apenas han reparado: fueron precisamente las gentes más dedicadas a la plantación y colonización del sur de Irlanda —Humphrey Gilbert, Walter Raleigh, Richard Grenville— quienes jugaron un papel dirigente en el establecimiento de las primeras colonias en Virginia. Es como si Irlanda hubiera sido el modelo para América.» Rowse, «Tudor expansion: the transition from medieval to modern history», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XIV, 3, julio de 1957, pp. 310, 315.

[71] «La esclavitud y el tráfico de esclavos habían florecido en el Mediterráneo durante muchos siglos antes de que los europeos comenzaran a extenderse por Africa, y el tráfico atlántico no fue en ningún sentido un mero subproducto accidental del descubrimiento africano [...]. El cambio más importante, el paso de traficar principalmente para el consumo doméstico a hacer esclavos para las plantaciones o los mercados coloniales predominantemente, estaba ya sobradamente en marcha antes del

mente bien poblada que fuera accesible y relativamente cercana a la región donde había de ser utilizada. Pero tenía que ser una región que estuviera fuera de su economía-mundo, de tal modo que Europa pudiera sentirse indiferente acerca de las consecuencias económicas para la región de crianza de una sustracción a gran escala de mano de obra en forma de esclavos. La que mejor cumplía estas condiciones era Africa occidental[72].

El agotamiento de los suministros alternativos de mano de obra resulta claro. Los monocultivos impuestos en las islas mediterráneas y atlánticas los destrozaron, pedológicamente y en términos de población humana. Sus suelos fueron agotados, sus poblaciones murieron (por ejemplo, los guanches de las islas Canarias) o emigraron, para escapar de aquella presión[73]. Las poblaciones indias de las islas del Caribe desaparecieron por completo. Nueva España (México) sufrió una dramática disminución en su población, de aproximadamente 11 millones en 1519 a aproximadamente 1,5 millones alrededor de 1650[74]. Brasil y Perú parecen haber sufrido una declinación igualmente dramática[75]. Las dos explicaciones inmediatas de esta caída demográ-

descubrimiento de América. En general, el color de los esclavos pasó de blanco a negro durante el siglo XV, y se desarrolló una tendencia general a tratar a los esclavos en masa como artículos de comercio impersonales, en vez de como individuos que trabajaban para una familia o en una granja como servidores domésticos o jornaleros agrícolas.» Anthony Luttrell, *The transatlantic slave trade*, pp. 78-79.

[72] En el estudio de Charles Verlinden sobre la Creta de los siglos XIV y XV pueden encontrarse pruebas del hecho de que los esclavos eran traídos desde el exterior de la propia economía-mundo. Creta era entonces una colonia veneciana, que servía a la vez como centro agrícola de cultivos para el mercado y como puerto intermedio. En este último sentido era un pilar fundamental del tráfico de esclavos. Los esclavos eran traídos de diversas partes del sudeste de Europa, Rusia y el sudoeste de Asia (zonas todas ellas exteriores a la economía-mundo mediterránea), para ser usados en Creta y otras colonias venecianas, y para ser revendidos en Egipto, el sur de Francia y el levante español. Véase «La Crète, débouché et plaque tournante de la traite des esclaves aux XIV[e] et XV[e] siècles», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, III, *Medioevo*, Milán, A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 591-619.

[73] Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, pp. 144-145.

[74] Sherburne F. Cook y Leslie Boyd Simpson documentan una caída de once millones en México en 1519 a unos 6,5 millones en 1540, unos 4,5 millones en 1565, y unos 2,5 millones en 1600. Véase *The population of central Mexico in the sixteenth century* (Ibero-Americana, vol. 31), Berkeley, Univ. of California Press, 1948, pp. 10-16, 38, 43, 46. Woodrow Borah añade la cifra de 1,5 millones en 1650. Véase *New Spain's century of depression* (Ibero-Americana, vol. 35), Berkeley, Univ. of California Press, 1951, p. 3.

[75] «La destrucción de la población aborigen fue igualmente considerable en Brasil. El jesuita José de Anchieta observa que "la gente que

fica parecen ser las enfermedades y el daño causado al cultivo indio por los animales domésticos que criaban los europeos [76]. Pero el mero agotamiento de la mano de obra, especialmente en las minas, debe haber resultado también significativo. Por consiguiente, en un momento relativamente temprano, los españoles y los portugueses abandonaron el intento de reclutar indios como mano de obra esclava en el hemisferio occidental, y empezaron a apoyarse exclusivamente en africanos importados como esclavos de plantación. Presumiblemente el costo del transporte no hacía subir aún el costo por encima del costo potencial de evitar las huidas entre los indígenas supervivientes. Además, estos últimos iban muriendo rápidamente.

Y, no obstante, la esclavitud no se utilizó en todas partes. No se utilizó en Europa oriental, que fue testigo de una «segunda servidumbre». Tampoco en Europa occidental, que fue testigo de nuevas formas de «renta» y del aumento del trabajo asalariado. Ni siquiera en muchos sectores de la economía de la América española, donde, en lugar de plantaciones de esclavos, los españoles utilizaron el sistema conocido como encomienda. ¿Por qué no se dio la esclavitud en toda la producción en la América española? Probablemente debido a que el suministro de esclavos africanos, por grande que fuera, no era ilimitado. Y porque la economía de supervisar una población esclava *indígena* (siendo ésta la única otra posibilidad razonable ante la cantidad de mano de obra esclava no indígena asequible en el mundo), dada la gran probabilidad de revueltas, no lo hacía práctico. Este fue particularmente el caso, dado que la producción de grano, la crianza de ganado y la minería requerían a nivel básico una mayor especialización de los trabajadores que la producción de azúcar. Estos trabajadores, por tanto, tenían

---

de veinte años a esta parte (1583) es gastada en esta Bahía, parece cosa que no se puede creer" e indica datos locales que ponen en evidencia una destrucción de población similar a la que mencionamos para México.» Celso Furtado, *Economic development of Latin America*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, p. 5, n. 2.

Sobre Perú, véase Alvaro Jara: «La devoradora empresa minera se habría derrumbado de no haber existido la reserva de una masa de población de alta densidad, capaz de soportar por algún tiempo el declinar de la curva demográfica.» «Estructuras de colonización y modalidades de tráfico en el Pacífico sur hispanoamericano», en *Les grandes voies maritimes dans le monde, XV^e^-XIX^e^* (VII^e^ Colloque, Commission Internationale d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1965, p. 251.

[76] Véase J. H. Parry, *The age of reconnaissance*, Nueva York, Mentor Books, 1963, pp. 245-246.

que ser compensados mediante alguna forma ligeramente menos onerosa de control del trabajo [77].

Dado que tanto la «segunda servidumbre» en Europa oriental como el sistema de encomienda en la América española —nótese que son contemporáneos— han sido considerados por muchas personas como «feudalismo», se ha generado gran cantidad de controversia inútil en cuanto a la posibilidad y forma de comparar estos sistemas con el feudalismo «clásico» de la Europa medieval. El debate gira esencialmente en torno a si la característica definitoria del feudalismo es la relación jerárquica de propiedad (el premiar con un feudo a un vasallo, el intercambio de protección por rentas y servicios), la jurisdicción política de un señor sobre su campesinado, o la existencia de grandes dominios de tierra sobre la cual el campesino se ve de alguna forma «obligado» a trabajar, al menos parte del año, a cambio de algún tipo de pago mínimo (ya sea en forma de dinero, en especies o como el derecho de usar la tierra para su propia producción, para su consumo o venta). Evidentemente, son posibles todo tipo de combinaciones [78]. Más aún, no sólo puede variar la forma de la obligación del subordinado con el superior, sino que el grado de subordinación puede también variar, y, como señala Dobb, «un cambio en lo primero no va siempre ligado a un cambio en lo segundo...» [79].

Desde el punto de vista que estamos desarrollando aquí, existe una diferencia fundamental entre el feudalismo de la Europa medieval y los «feudalismos» de la Europa oriental y la

---

[77] Véase Gabriel Ardant sobre el vínculo entre exigencias de cualificación y formas de control del trabajo, en su discusión de la eliminación gradual de las restricciones legales: «La lógica de un sistema que pedía al siervo que produjera más, a la vez que organizaba su propio plan de trabajo, condujo tanto a un sistema de pagos fijos como a una mayor liberación [...]. Los mismos señores advirtieron que la sustitución de las requisas por pagos [*redevances*] podía aumentar la productividad» *Théorie sociologique de l'impôt*, I, pp. 46-47. Véase también, *ibid.*, I, p. 194.

[78] Véanse las discusiones en Rushton Coulbourn, comp., *Feudalism in history*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1956. Véase Claude Cahen, «Au seuil de la troisième année: réflexions sur l'usage du mot "féodalité"», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, III, parte 1, abril de 1960, pp. 2-20; Dobb, *Studies*, pp. 33-37; Lefebvre, *La Pensée*, 65; Henryk Lowmianski, «The Russian peasantry», *Past and Present*, 26, noviembre de 1963, pp. 102-109; Joshua Prawer y S. N. Eisenstadt «Feudalism», en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, V, Nueva York, Macmillan y Free Press, 1968, pp. 393-403; George Vernadsky, «Feudalism in Russia», *Speculum*, XIV, 3, julio de 1939, pp. 300-323; Max Weber, *Economy and society*, Totowa, Bedminster Press, 1968, I, páginas 255-256.

[79] Dobb, *Studies*, p. 66.

América española del siglo XVI. En aquél, el terrateniente (señor) producía primariamente para una economía local, y derivaba su poder de la debilidad de la autoridad central. Los límites económicos de su presión explotadora venían determinados por su necesidad de equipar su casa con el limitado grado de lujo determinado como socialmente óptimo, y por los costos de la guerra (que variaban a lo largo del tiempo). En éstos el terrateniente (señor) producía para una economía-mundo capitalista. Los límites económicos de su presión explotadora venían determinados por la curva oferta/demanda de un mercado. Se mantenía en el poder por la fuerza más que por la debilidad de la autoridad central, al menos por su fuerza frente al trabajador agrícola. Para evitar cualquier confusión designaremos a esta forma de «servidumbre» por el nombre de «trabajo obligado en cultivos para el mercado» [*coerced cash-crop labor*], aunque el término resulte imperfecto e incómodo.

El trabajo obligado en cultivos para el mercado es un sistema de control del trabajo agrícola en el cual a los campesinos se les requiere, por medio de algún proceso legal respaldado por el Estado, para trabajar, al menos a tiempo parcial, en un dominio de grandes dimensiones que produce algún producto para su venta en el mercado mundial. Normalmente el dominio era «posesión» de algún individuo, habitualmente designado por el Estado, pero no necesariamente una propiedad heredable. El propio Estado podía ser propietario directo de un tal dominio, pero en este caso existía la tendencia a transformar el mecanismo de control del trabajo [80]. Utilizando dicha definición, esta forma de control del trabajo se convirtió en la forma dominante en la producción agrícola de las áreas periféricas de la economía-mundo europea del siglo XVI.

Henri H. Stahl deja muy clara la forma en que la «segunda servidumbre» al este del Elba (y, en términos más generales, en Europa oriental) es de origen «capitalista» [81]. Otros autores re-

---

[80] Véase la discusión que hace Charles Gibson, en la que muestra cómo aquellas encomiendas que se encontraban bajo jurisdicción directa de la Corona, gestionadas por los llamados corregidores, evolucionaron de lo que hemos llamado trabajo obligado en cultivos para el mercado hasta convertirse en mecanismos para el cobro de impuestos al campesinado, transformándose los corregidores en arrendadores de impuestos. *The Aztecs under Spanish rule*, Stanford (California), Stanford Univ. Press, 1964, pp. 82-97.

[81] «Esta renovación de la servidumbre, que tuvo lugar así en Alemania, no era una vuelta al estado de cosas anterior ni una simple repetición, al este del Elba, de formas medievales superadas. Las influencias

conocen que lo que llamamos «trabajo obligado en cultivos para el mercado» es una forma de control del trabajo en una economía capitalista y no en una feudal. Sergio Bagú, hablando de la América española, lo llama «capitalismo colonial»[82]. Luigi Bulferetti, hablando de la Lombardía del siglo XVII, la califica de «capitalismo feudal»[83]. Luis Vitale, al hablar de los latifundios españoles, insiste en que son «empresas muy capitalistas»[84]. Eric Wolf no ve ninguna contradicción en el hecho de que un señor mantuviera «controles patrimoniales dentro de los límites de su dominio» e hiciera funcionar a su dominio «como una empresa capitalista»[85].

El esquema empezó ya con los venecianos en Creta y en otros lugares en el siglo XIV[86], y se hizo general en el siglo XVI en toda la periferia y semiperiferia de la economía-mundo europea. Los aspectos cruciales, desde nuestra perspectiva, son dos. El primero es ver que el «trabajo obligado en cultivos para el mercado» *no* es, como dice Pietro Vaccari, «de una forma que puede definirse como una verdadera reconstitución de la previa servidumbre feudal»[87]; es una *nueva* forma de organización so-

---

del mercado capitalista mundial, que aliviaron la "segunda servidumbre", impusieron nuevas leyes al desarrollo social local.

»En primer lugar, era necesario asegurar una mayor producción de cereales. Para hacerlo, la técnica del *Dreifeldwirtschaft*, procedente de la Alta Edad Media, tuvo que ser abandonada y sustituida por una técnica más moderna tomada por los *Junkers* de los holandeses, la del *Koppelwirtschaft*, que adaptaron a sus necesidades (el *Preussische Schlagwirtschaft*).

»En segundo lugar, la meta de la agricultura dejó de ser la producción de bienes de consumo para una agricultura de subsistencia y pasó a ser la producción de mercancías con precio en un mercado mundial.

»Como resultado, las cargas feudales sobre el campesinado tomaron el carácter de una "acumulación primitiva de capital".» Henri H. Stahl, *Les anciennes communautés villageoises roumaines: asservissement et pénétration capitaliste*, Bucarest, Academia de la República Socialista de Rumania, 1969, p. 15.

[82] Véase Bagú, *Pensamiento Crítico*, 27, pp. 34-35, 42-53, 61.

[83] Véase Luigi Bulferetti, «L'oro, la terra e la società: una interpretazione del nostro Seicento», *Archivio Storico Lombardo*, 8.ª serie, IV, 1953, *passim*.

[84] Luis Vitale, «España antes y después de la conquista de América», *Pensamiento Crítico*, 27, abril de 1969, p. 12.

[85] Wolf, *Peasants*, p. 54.

[86] «El feudo era adjudicado [a los venecianos] con entera libertad de uso; podía por tanto ser cambiado o vendido excepto a griegos y judíos.» Abrate, *Economia e Storia*, IV, p. 262.

[87] Pietro Vaccari, «I lavoratori della terra nell'occidente e nell'oriente dell'Europa nella età moderna», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, p. 969.

cial. Y el segundo, que *no* existieron, ni podrían nunca haber existido, dos formas de organización social, capitalista y feudal, una junto a la otra. La economía-mundo tiene una u otra forma. Una vez que es capitalista, las relaciones que muestren ciertas semejanzas formales con las relaciones feudales deben ser necesariamente redefinidas en términos de los principios que gobiernan un sistema capitalista [88]. Esto fue cierto tanto para la encomienda de la América española como para el llamado «segundo feudalismo» de la Europa oriental.

La encomienda en la América española fue una creación directa de la Corona. Su justificación ideológica era la cristianización. Su función fundamental fue la de suministrar fuerza de trabajo para las minas y las haciendas ganaderas, así como para trabajar la seda y suministrar productos agrícolas a los encomenderos y a los trabajadores de las minas y las ciudades [89]. La encomienda fue en su origen un privilegio feudal, el derecho a obtener servicios de trabajo de los indios [90].

Cuando la exageración de los primitivos encomenderos puso en peligro el suministro de trabajo —por ejemplo, los indios de

---

[88] Henri Stahl, *Les anciennes communautés*: «Cada "época histórica" se caracteriza por la coexistencia en una sola área cultural de varios países con niveles desiguales de desarrollo. Siempre hay algunos países en el punto más avanzado de progreso y países retrasados. Una "era histórica" asume necesariamente el carácter que le imponen los países más avanzados. Los países que van detrás deben someterse a la ley de la "época"» (p. 17).

[89] «El encomendero invertía el tributo en empresas de todo tipo: minería, agricultura, industria, comercio. Pero, como cabía esperar, las inversiones se concentraban ante todo en la minería, y después en la agricultura». José Miranda, *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI*, México, El Colegio de México, 1957, p. 186. Sobre la relación del tributo con la producción de seda, véanse pp. 197-204. Sobre la relación del tributo con la satisfacción básica de las necesidades de la población no agrícola, véanse pp. 204-223.

[90] «En principio legal, la encomienda era una institución benigna para la hispanización de los indígenas. Su rasgo esencial era la consignación oficial de grupos de indígenas a colonizadores españoles privilegiados. Aquellos a quienes se otorgaban, llamados encomenderos, tenían derecho a recibir tributo y trabajo de los indígenas que les eran delegados. Los indígenas, aunque sujetos a las demandas de tributo y trabajo durante el período en que la otorgación estaba en vigor, eran considerados como libres por la razón de que no eran propiedad de los encomenderos. Su libertad establecía una distinción legal entre encomienda y esclavitud [...]. Una otorgación de encomienda no confería propiedad sobre la tierra, jurisdicción judicial, dominio o señorío.» Gibson, *The Aztecs*, p. 58. Véase la descripción de la jurisdicción y de la condición social y económica de los indígenas en las encomiendas en J. M. Ots Capdequí, *El Estado español en las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, pp. 24-33.

las Antillas se extinguieron—, una cédula real de 1549 cambió las obligaciones de la encomienda del trabajo al tributo, pasando así de un sistema próximo a la esclavitud a uno que podemos llamar trabajo obligado en cultivos para el mercado. Como señala Silvio Zavala, la nueva versión de la encomienda era «libre», pero la amenaza de la coerción persistía en el fondo[91]. Cuando la «libertad» tuvo como resultado una significativa caída en el suministro de mano de obra, se dio un ulterior cambio legal: la institución del trabajo asalariado forzado, llamado *cuatequil* en Nueva España y *mita* en el Perú[92].

En consecuencia, aunque es cierto que la encomienda, en la América española (al igual que la capitanía en Brasil), puede haber surgido en la forma de privilegio feudal, pronto se transformó en empresa capitalista, por medio de reformas legales[93]. Esto parece venir confirmado por el hecho de que fue preciso

[91] «La meta era [...] establecer un sistema de trabajo asalariado voluntario con deberes moderados; pero anticipando que los indígenas podrían no ofrecer sus servicios voluntariamente, la cédula ordenaba además a las autoridades reales en la colonia que entregaran peones a aquellos colonos que los necesitaran. Desde un punto de vista, esta orden estaba pensada para evitar los abusos que podían surgir de una relación directa entre el amo español y los encomenderos indios para obligar a los indígenas a trabajar. Desde otro punto de vista, sin embargo, su significado yace en el hecho de que si fracasaba el esfuerzo por establecer un sistema voluntario a causa de la negativa de los indígenas a aceptar trabajo, el Estado estaba dispuesto a actuar como mediador y proteger el interés público obligando al peón a trabajar.» Silvio Zavala, *New viewpoints on the Spanish colonization of America*, Filadelfia, Univ. of Pennsylvania Press, 1943, p. 94. Véase también su obra clásica *La encomienda indiana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935. Véase un compendio de los distintos puntos de vista en John F. Bannon, comp. *Indian labor in the Spanish Indies: was there another solution?*, Indianápolis, Indiana, Heath, 1966.

Sobre la encomienda en Chile véase Alvaro Jara: «El nativo fue obligado a participar en un sistema de producción en el cual se le exigía proporcionar a España un excedente que superaba considerablemente sus propias necesidades, que eran reducidas.» *Guerre et société au Chili: essai de sociologie coloniale*, París, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1961, p. 46.

[92] Zavala, *New viewpoints*, p. 95.

[93] Esta parece ser la perspectiva de Bagú. Véase *Pensamiento Crítico*, 27, pp. 32-33. En Brasil, el equivalente a la abolición por la Corona española en 1549 de la servidumbre personal en la encomienda fue el proceso por el cual la Corona portuguesa transformó las *capitanias hereditarias* en *capitanias da coroa*. La primera acción en tal sentido tuvo lugar el mismo año de 1549. Véase J. Capistrano de Abreu, *Capítulos de história colonial (1500-1800)*, Río de Janeiro, Soc. Capistrano de Abreu, 1928, páginas 63-76.

mente con el fin de evitar el carácter centrífugo de un sistema feudal por lo que se instalaron el cuatequil y la mita [94].

El terrateniente no sólo tenía tras él a la Corona de España para crear su capital y ejercer coerción sobre la mano de obra campesina. Normalmente tenía un arreglo con el jefe tradicional de la comunidad india, por el que este último sumaba su autoridad a la de los gobernantes coloniales en el proceso de coerción [95]. La fuerza de la jefatura era, por supuesto, función en gran medida de los esquemas precoloniales [96]. El interés del jefe

[94] Luis Vitale argumenta: «Durante los primeros años de la conquista, los encomenderos intentaron afirmar su independencia. La Corona española, ansiosa de evitar la emergencia en América de un grupo de señores feudales que pudieran eventualmente repudiar su autoridad, edificó una fuerte administración con el propósito de contrarrestar cualquier brote feudal [...] El encomendero no era el amo de los indígenas, ni podía imponer justicia, porque "el indígena no era un siervo del encomendero, sino un súbdito del rey". Así, la encomienda de servicios fue reemplazada por la encomienda de tributos monetarios [...]. El trabajador asalariado significó una relación capitalista embrional entre las clases, y creó una nueva clase de trabajadores.» *Latin America*, pp. 37-38.

Véase José Miranda: «El encomendero es, ante todo, un hombre de su tiempo, movido por el deseo de ganancia y con el objetivo de hacer riqueza. Para sus contemporáneos, el encomendero es el hombre de acción en el que las ideas y los deseos de un nuevo mundo se reflejan más fuertemente. Es muy diferente del hombre medieval [...]. A diferencia del señor feudal, no limita sus aspiraciones al mero disfrute de tributos y servicios, sino que los convierte en fundamento de una ganancia multiplicada [...]. Así, el encomendero da primacía al elemento de repartimiento capitalista del trabajo en la encomienda, que es el único elemento que le puede llevar hasta el objetivo que persigue con tanto ardor: la riqueza». «La función económica del encomendero en los orígenes del régimen colonial: Nueva España (1525-1531)», *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, II, 1941-1946, pp. 423-424. El encomendero aparece como capitalista en su perspectiva y modo de operación, pero, como Miranda indica (véanse pp. 431-444), no aporta capital financiero a la empresa. Su capital inicial es lo que el Estado le ha proporcionado, y obtiene su nuevo capital de sus ganancias.

[95] Fernando Guillén Martínez llega a decir: «El hecho es que la "encomienda" y la "mita" sólo podían sobrevivir como instituciones en aquellas áreas en las que, por la fuerza del número o de la inercia, se mantenían las instituciones tribales indígenas. En la medida en que el parentesco mágico del cacique y la esclavitud colectiva permanecían en el alma del pueblo, los indios iban de forma solemne y resignada al trabajo y a la matanza. Pero cuando la evangelización cristiana y el mestizaje desintegraban la tribu, abriendo paso al individualismo, el indio ya no permitía que se le subordinara a una servidumbre organizada». *Raíz y futuro de la revolución*, Bogotá, Tercer Mundo, 1963, p. 80. Sobre la definición y origen de la mita, véase Ots Capdequí, *El Estado español*, páginas 31-32.

[96] Furtado, en *Economic development of Latin America*, sostiene de hecho que en los casos en que la clase dominante local tradicional era

o cacique queda bastante claro cuando nos damos cuenta de cómo eran pagados de hecho los trabajadores. Alvaro Jara describe el sistema establecido en 1559, tal y como funcionaba en Chile. Allí, los indios que trabajaban en el lavado de oro recibían un sexto de su valor. Este pago, llamado sesmo, no se hacía, sin embargo a los indios como individuos, sino a la colectividad a la que pertenecían[97]. Uno puede imaginarse los tipos de división desigual que eran consecuencia de este tipo de sistema de pago global.

La creación de trabajo obligado en cultivos para el mercado en Europa oriental, fue más gradual que en la América española, donde había sido instituido como resultado de una conquista. En los siglos XII y XIII gran parte de la Europa oriental (esto es, el este del Elba, Polonia, Bohemia, Silesia, Hungría, Lituania) pasó un proceso de concesiones crecientes al campesinado, y de transformación creciente de las obligaciones de trabajo feudales en obligaciones monetarias, al igual que en Europa occidental, y también en Rusia[98]. Este proceso sucedió en todas partes por la misma razón: el impacto de la prosperidad y la expansión económica en la fuerza negociadora del siervo y el señor[99]. La recesión de los siglos XIV y XV, no obstante, tuvo

débil, «la encomienda ya no funcionó como marco de organización social y se apeló directamente a formas de esclavitud, sometiendo a los hombres a trabajos intensos y en condiciones distintas a las que estaban habituados. En este último caso, las poblaciones indígenas tendieron a desaparecer rápidamente» (pp. 10-11).

[97] «A partir del decreto de la Tasa de Santillán en 1559, que asignaba a los indios de cada encomienda un sexto de los placeres de oro, el sesmo, como pago anual por su trabajo, ha sido posible establecer que tal participación adquiría el carácter muy definido de un salario social o comunal, que se sumaba al tesoro de cada aldea o comunidad indígena.» Alvaro Jara, «Una investigación sobre los problemas del trabajo en Chile durante el período colonial», *Hispanic American Historical Review*, XXXIX, 2, mayo de 1959, p. 240.

[98] Hablando con propiedad, algunas áreas no habían tenido durante la Edad Media sistema feudal en absoluto. Solamente conocieron el «segundo» feudalismo, nunca el primero. Stahl sostiene que éste fue el caso de Moldavia y Valaquia. Véase *Les anciennes communautés*, páginas 241-244.

[99] «La riqueza natural de la Europa oriental [...] exigía mucho esfuerzo para ser aprovechada. Un cierto equilibrio de poder entre los Estados que se habían formado en los siglos XII y XIII, significaba que las invasiones recíprocas no serían ventajosas para ninguno de ellos. Y la presión alemana sobre Bohemia y Polonia constituía una muy seria amenaza. En estas circunstancias, los príncipes, la aristocracia secular y eclesiástica, se vieron forzados a poner mayor interés en el desarrollo de sus propios recursos. Esto solo era posible, sin embargo, con la colaboración de los campesinos. Mientras las obligaciones de los

consecuencias opuestas en Europa occidental y oriental. En el oeste, como ya hemos visto, llevó a una crisis del sistema feudal. En el este condujo a una «reacción señorial»[100] que culminó en el siglo XVI con la «segunda servidumbre» y una *nueva clase* terrateniente[101].

campesinos permanecieran sin determinar, y los campesinos temieran ser privados de su producción excedente, no tendrían interés en mejorar sus métodos de trabajo. Los señores, por otra parte, no estaban en condiciones de aumentar sus exigencias a sus siervos, pues éstos podían huir fácilmente. Así los príncipes y los señores que deseaban desarrollar su propiedad económicamente estaban obligados a inducir a sus súbditos a trabajar más intensivamente y a introducir nuevos métodos, en particular en relación con la agricultura. Consiguieron estos fines introduciendo la costumbre alemana o, mejor, occidental, de no sólo regular, sino también reducir las cargas de los campesinos. La conmutación de los servicios y de las rentas en especie por rentas monetarias, iniciada en Bohemia a comienzos del siglo XIII y llevada a efecto algo más tarde en Polonia, ya reflejaba el desarrollo de la agricultura y el avance en la división social del trabajo.» M. Malowist, «The social and economic stability of the Western Sudan in the Middle Ages», *Past and Present*, 33, abril de 1966, pp. 14-15. Véase Jerome Blum, «Rise of serfdom in Eastern Europe», *American Historical Review*, LXII, 4, julio de 1957, pp. 807-836.

[100] El *Grundsherr*, rentista, se convirtió en *Gutsherr*, productor directo. Véase la discusión en Hans Rosenberg, *Bureaucracy, aristocracy and autocracy: the Prussian experience, 1660-1815*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1966, cap. 1. Véase la discusión en torno a cómo en Eslovenia los nobles superaron sus dificultades financieras, extendiendo su dominio, elevando las rentas y apoderándose del comercio, en Ferdo Gestrin, «Economie et société en Slovénie au XVI° siècle», *Annales ESC*, XVII, 4, julio-agosto de 1962, p. 665.

[101] «[Antes del siglo XV] el área colonial al este del Elba tenía sus *Junkers* individuales, pero no una clase de *Junkers*, excepto por lo que se refiere a los Caballeros Teutónicos. La formación de una clase noble terrateniente estrechamente entretejida, con grandes ambiciones políticas y sociales, con solidez y conciencia de clase, una voluntad colectiva forjada en defensas y agresiones concretas, y la autoconfianza y el *sprit de corps* propios de una casta, fue obra de los siglos XV y XVI [...]. Cronológicamente esto coincide con el ascenso de la *gentry* en Inglaterra y Hungría, de la nobleza terrateniente en Bohemia y Moravia, y de la *szlachta* en Polonia, así como con la decadencia política y económica de la *noblesse* ociosa de los señores rentistas y absentistas en Francia y Alemania occidental.» Hans Rosenberg, «The rise of the Junkers in Brandenburg-Prussia, 1410-1653», *American Historical Review*, XLIX, 1, octubre de 1943, p. 4. Nótese que Rosenberg incluye a Inglaterra junto con los países de Europa oriental. Como veremos más adelante, esto es comprensible, pero puede inducir a confusión. Una de las bases para el establecimiento de este vínculo entre la *gentry* inglesa y los terratenientes de Europa oriental la da Zs. P. Pach al decir que ambas clases eran «de tipo capitalista». Véase «Die Abbiegun der Ungarischen Agrarenentwicklung von der Westeuropäischen», en *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Résumés des communications*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 55.

La razón de que se dieran estas reacciones opuestas ante el mismo fenómeno (recesión económica) es que, por las razones que explicamos previamente, las dos áreas se convirtieron en partes complementarias de un único sistema más complejo, la economía-mundo europea, en la cual Europa oriental tenía el papel de productor de materias primas para el Occidente en plena industrialización, llegando a tener, según la frase de Malowist, «una economía que, en el fondo, [estaba] cerca del esquema colonial clásico» [102]. Una ojeada a la naturaleza del comercio báltico es suficiente para verificar esto. A partir del siglo XV los productos que fluían del Este al Oeste eran fundamentalmente bienes masivos (cereales, madera, y más adelante lana), aunque las más antiguas exportaciones de pieles y cera continuaban. Y del Oeste al Este fluían textiles (tanto de lujo como de calidad media), sal, vinos, sedas. A finales del siglo XV Holanda dependía del grano báltico; el tráfico marítimo inglés y holandés resultaba impensable sin la madera, el cáñamo, la brea y la grasa del este de Europa. Inversamente, el trigo se había convertido en la exportación más importante del este, llegando incluso hasta la península Ibérica e Italia [103].

Sin duda este tipo de esquema colonial del comercio existía previamente en términos de relaciones comerciales en Europa. Estaba la relación entre Venecia y sus colonias, más su esfera de influencia [104]. Estaba Cataluña como centro de comercio a finales de la Edad Media [105]. En los siglos XIII y XIV Portugal

[102] M. Malowist, «Poland, Russia and Western trade in the 15th and 16th centuries», *Past and Present*, 13, abril de 1958, p. 32. Véase también M. Malowist, «The problem of the inequality of economic development in Europe in the latter Middle Ages», *Economic History Review*, 2.ª ser., XIX, 1, abril de 1966, pp. 15-28. Stanislaw Hoszowski cita a un diplomático inglés del siglo XVII, sir George Carew, que dijo: «Polonia se ha convertido en el granero de Europa y en el almacén de materiales para la construcción naval». «The Polish Baltic trade in the 15th-18th centuries», en *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences in Stockholm*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1960, p. 118.

[103] Véase Malowist, *Past and Present*, 13, pp. 26-27.

[104] El intercambio de productos primarios de las colonias por bienes manufacturados de la metrópoli se describe en Freddy Thiriet, *La Romanie vénitienne au Moyen Age*, París, Boccard, 1959, pp. 304-305. Creta es descrita como la «cesta del pan del imperio» (p. 414). En cuanto a relaciones similares con países fuera del imperio, «al no ser suficiente el trigo del imperio», véanse pp. 327-328.

[105] Véase Jaime Vicens Vives, *An economic history of Spain*, cap. 17, especialmente pp. 211-215. [*Historia económica de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1977, cap. 17, pp. 193-196.]

era un productor primario para Flandes [106], al igual que Inglaterra lo era para la Hansa [107]. La producción de productos primarios para su intercambio por productos manufacturados de áreas más avanzadas fue siempre, como dice Braudel del grano, un «fenómeno marginal sometido a frecuentes revisiones [geográficas]». Y, como él dice, «en todos los casos el cebo [era] el dinero» [108]. Lo que era diferente en el siglo XVI era la existencia de un mercado para productos primarios que abarcaba una gran economía-mundo. Slicher van Bath fecha la creación del mercado internacional de cereales, centrado en los Países Bajos, sólo en 1544 [109].

Si nos tomamos en serio la idea de Braudel de las «revisiones frecuentes», debemos preguntar entonces qué es lo que define a un area como periferia en vez de como centro. En la Edad Media, incluso en la Baja Edad Media, no estaba en absoluto claro que la Europa oriental estuviera destinada a ser la periferia de una economía-mundo europea. Una serie de autores han subrayado la comparabilidad de los desarrollos del este y del oeste. Reginald R. Betts, por ejemplo, dice, hablando del siglo XIV: «curiosamente [¡sic!], no sólo los grandes terratenientes franceses e ingleses preferían los pagos en especie, sino también los terratenientes checos, polacos y húngaros» [110]. De manera similar, Zs. P. Pach argumenta que, incluso hasta el

[106] Véase A. H. de Oliveira Marques, *Studi in onore di Amintore Fanfani*, II, p. 449.

[107] Véase Philippe Dollinger, *La Hanse (XII^e^-XVII^e^ siècles)*, París, Montaigne, 1964, pp. 76-80.

[108] Braudel, *Civilisation matérielle*, p. 94.

[109] B. H. Slicher van Bath, *AAGB*, 12, p. 28. Véase Karl Helleiner: «En el siglo XVI, el comercio interregional de alimentos por mar tenía ya tras de sí una larga historia [...] Lo que se puede decir, sin embargo, es que ahora, debido a un mecanismo de mercantilización más elaborado, y, sobre todo, a un volumen grandemente incrementado de excedentes disponibles en el este del Elba, Polonia y Estonia, las áreas con déficits permanentes o temporales de grano podían ser aprovisionadas desde fuera más ampliamente y con mayor regularidad que en épocas anteriores. A mediados del siglo XVI el volumen del grano exportado anualmente a través del puerto de Danzig era de seis a diez veces superior al promedio de los años 1490-92 [...] Dos o tres importantes fuentes de alimento animal se abrieron en este período al hombre europeo: los ricos bancos pesqueros de cabo Cod a Labrador proporcionaban cantidades crecientes de ricas proteínas, mientras las llanuras de Hungría y Valaquia, así como las tierras bajas danesas, se habían convertido en terrenos de cría de un vasto número de bueyes para su exportación a Austria, Alemania y Holanda.» *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 77-78.

[110] Reginald Betts, «La société dans l'Europe centrale et dans l'Europe occidentale», *Revue d'Histoire Comparée*, VII, 1948, p. 173.

siglo XV, «la tendencia del desarrollo rural [en Hungría] concordaba fundamentalmente con la de los países de Europa occidental» [111].

¿Por qué entonces la divergencia? Se puede responder en términos de los factores —geográficos y sociales— que justificaron el despegue de Europa occidental. Ya lo hemos hecho en cierta extensión. Sólo se puede contestar parcialmente en términos de las características específicas de la Europa oriental. Por una parte, la debilidad de las ciudades fue un factor importante [112]. Esto suponía una pequeña diferencia en el siglo XIII, que se convirtió en grande en el XVI, dado que, como resultado de la divergencia complementaria, las ciudades occidentales se hicieron más fuertes y las orientales relativamente más débiles. O se puede subrayar el hecho de que existía ya un cultivo de la tierra relativamente más extensivo en la Europa occidental a finales del siglo XIII, mientras que quedaba mucho más espacio libre en la Europa oriental [113]. Era relativamente más fácil instituir el trabajo obligado en cultivos para el mercado en unas «nuevas» tierras.

Pero entonces debemos preguntar: ¿por qué incluso esas ligeras diferencias entre Oriente y Occidente? Tal vez exista tan sólo una única explicación geopolítica: las invasiones de los turcos y de los tártaros y mongoles, a finales de la Edad Media, que destruyeron mucho, causaron emigraciones y diversas decadencias, y sobre todo debilitaron la autoridad relativa de los reyes y los grandes príncipes [114].

---

[111] Zs. P. Pach, «The development of feudal rent in Hungary in the Fifteenth Century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIX, 1, abril de 1966, p. 13.

[112] «El auge económico de Europa occidental se convirtió en una de las más poderosas causas de la decadencia de las ciudades en Europa oriental.» Hartung y Mousnier, *Relazioni del X Congresso Internazionale de Scienze Storiche*, IV, p. 46. «Desde mediados del siglo XV hasta mediados del siglo XVIII, el rasgo característico de la economía polaca fue la difusión de una economía de reservas señoriales basada en el trabajo servil. Esto a su vez obstaculizó el desarrollo de las ciudades y tuvo un efecto negativo sobre las condiciones sociales y económicas del conjunto del país.» Hoszowski, *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences in Stockholm*, p. 117.

[113] Véase Doreen Warriner, «Some controversial issues in the history of agrarian Europe», *Slavonic and East European Review*, XXXI, 78, diciembre de 1953, pp. 174-175.

[114] Betts sostiene la existencia de un paralelismo entre estas invasiones y el «segundo feudalismo» e invasiones anteriores y la creación en Europa del «primer» feudalismo. Véase Betts, *Revue d'Histoire Comparée*, VII, p. 175. En las pp. 175-180 detalla el impacto de invasiones posteriores sobre los grupos dominantes en la Europa oriental. Doreen

Lo que aparece aquí es el principio general de que en el transcurso de la interacción social las pequeñas diferencias iniciales se ven reforzadas, estabilizadas y definidas como «tradicionales». Lo «tradicional» era y ha sido siempre un aspecto y una creación del presente, nunca del pasado. Hablando del mundo moderno, André Gunder Frank argumenta: «el desarrollo y el subdesarrollo económico son las dos caras de una misma moneda. Ambos son un resultado necesario y manifestaciones contemporáneas de contradicciones internas en el sistema capitalista mundial» [115]. Pero el proceso es mucho más general de lo que Frank indica. Como dice Owen Lattimore, «la civilización dio a luz a la barbarie» [116]. Hablando de la relación entre sedentarios y nómadas en las fronteras del mundo, Lattimore argumenta que la forma de concebir su origen y sus relaciones es observar

> la formación, a partir de lo que originalmente había sido una sociedad unificada, de dos tipos divergentes. Aquellos a los que podemos llamar, por conveniencia, «progresivos» (para los que la agricultura se convierte en primaria, y la caza y la recolección de frutos en secundarias) y «atrasados» (para los que siguen siendo primarias la caza y la recolección, transformándose en secundaria la agricultura, y en algunos casos no llegando más allá de una etapa pasajera) [117].

Warriner, *Slavonic and East European Review*, XXXI, aventura que «si los canales comerciales [europeos] no se hubieran desplazado [relativamente hablando] hacia el oeste [desde la Europa oriental] en busca del oro y la plata ultramarinos, Europa oriental podría haber continuado siguiendo el mismo desarrollo que la Europa occidental, actuando el comercio y la expansión de las ciudades como disolventes de la sociedad y la economía feudales. O, alternativamente, la depresión del siglo XV en Europa occidental podría haberse desplazado al este» (p. 176).

[115] André Gunder Frank, *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967, p. 9. Frank prosigue: «El desarrollo y el subdesarrollo económicos no son simplemente relativos y cuantitativos, en el sentido de que uno represente más desarrollo económico que el otro; el desarrollo y el subdesarrollo económicos son relacionales y cualitativos, en el sentido de que son estructuralmente distintos aunque cada uno está causado por su relación con el otro. Sin embargo, el desarrollo y el subdesarrollo son lo mismo, en el sentido de que ambos son el producto de una estructura económica y un proceso del capitalismo únicos, si bien dialécticamente contradictorios.»

[116] Owen Lattimore, «La civilisation, mère de Barbarie?», *Annales ESC*, XVII, 1, enero-febrero de 1962, p. 99.

[117] Owen Lattimore, *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, I, p. 110. La posición de Morton Fried es muy similar: «La mayor parte de las tribus parecen ser un fenómeno secundario en un sentido muy específico: bien pueden ser el producto de un proceso estimulado por la aparición de sociedades con un grado de organización relativamente alto en medio de sociedades mucho más simplemente or-

Así, si en un momento dado del tiempo, debido a una serie de factores con un origen anterior, una región tiene una ligera ventaja sobre otra en términos de un factor clave, *y* existe una *coyuntura* de circunstancias que otorgan a esta ligera ventaja una importancia central en términos de la determinación de la acción social, entonces esa ligera ventaja se convierte en una gran disparidad, y la ventaja se mantiene incluso después de haber sido superada la coyuntura [118]. Este fue el caso en los siglos XV y XVI en Europa. Dada la gran expansión de la amplitud geográfica y demográfica del mundo del comercio y de la industria, algunas áreas de Europa podían amasar las ganancias de esta expansión tanto más si podían especializarse en las actividades esenciales para la recogida de esta ganancia. Así, tenían que gastar menos de su tiempo, fuerza de trabajo, tierra y otros recursos naturales para sostener sus necesidades básicas. O Europa oriental se convertía en la «cesta del pan» de la Europa occidental, o viceversa. Cualquiera de las dos soluciones hubiera cubierto las «necesidades de la situación» en la coyuntura. La *ligera* ventaja determinó cuál de las dos alternativas prevalecería. En ese momento, la *ligera* ventaja del siglo XV se convirtió en la gran disparidad del XVII y la diferencia monumental del XIX [119].

---

ganizadas. Si esto se pudiera demostrar, el tribalismo podría ser visto como una reacción a la creación de una estructura política compleja, en vez de como una necesaria etapa preliminar en su evolución.» «On the concept of "tribe" and "tribal society"», en June Helm, comp., *Essays on the problem of tribe* (actas de la reunión anual de la primavera de 1967 de la American Ethnological Society), p. 15.

[118] De hecho, advirtiendo este efecto acumulativo de las pequeñas diferencias se puede tender un puente sobre la estéril discusión en torno a cantidad y cualidad. Estoy de acuerdo con P. C. Gordon-Walker: «La distinción entre cambios en cualidad y cambios en cantidad es una distinción irreal. Si los historiadores buscaran cambios en cantidad, o grado, encontrarían que los "cambios en cualidad" de hecho resultan solamente de cambios en cantidad. Esto es cierto tanto para los cambios en las ideas y en la perspectiva social como para los cambios en la organización económica [...]

»Los cambios en cualidad no son sino un cierto grado de intensidad alcanzado por anteriores cambios en cantidad.» «Capitalism and Reformation», *Economic History Review*, VIII, 1, noviembre de 1939, pp. 45

[119] Traian Stoianovich sostiene que la misma disparidad creciente se da entre la Europa occidental y la Europa sudoriental: «Si en el siglo XIV se descubren pequeñas diferencias cuantitativas entre la orientación de las sociedades balcánicas y la de Europa [occidental], esta distinción ya era significativa en 1700, mucho mayor en 1800, e increíblemente grande en 1850.» «Material foundations of preindustrial civilization in the Balkans», *Journal of Social History*, IV, 3, primavera de 1971, página 223.

Las consideraciones cruciales en la forma de control del trabajo adoptada en Europa oriental fueron la oportunidad de grandes ganancias si se aumentaba la producción (debido a la existencia de un mercado mundial) más la combinación de una relativa escasez de mano de obra y una gran cantidad de tierras sin utilizar [120]. En la Europa oriental del siglo XVI, y en ciertas partes de la economía de la América española, se hizo, por tanto, deseable (rentable), necesario (en términos del propio interés del terrateniente) y posible (en términos del tipo de trabajo requerido) el trabajo obligado en cultivos para el mercado. La esclavitud resultaba impracticable debido a la relativa escasez de mano de obra. La mano de obra *indígena* es *siempre* escasa para su utilización como esclavos, dado que es excesivamente difícil de controlar, y la importación a larga distancia de esclavos no resultaba rentable para productos que requerían tanta supervisión como el trigo. Después de todo, el costo de los esclavos no era despreciable.

Mientras que presumiblemente el campesino prefiriese un sistema de trabajo obligado en cultivos para el mercado antes que la esclavitud, dados la dignidad y los privilegios mínimos que implica la libertad formal, no es seguro que las condiciones materiales de este tipo de trabajador fueran mejores que las del esclavo. De hecho, Fernando Guillén Martínez sostiene que en la América española el indio de la encomienda era tratado peor que el esclavo, en gran medida debido a la insegura situación social del encomendero [121]. Alvaro Jara argumenta, de forma

---

[120] Evsey D. Domar hace la siguiente hipótesis: «De los tres elementos de una estructura agrícola relevantes [a los fenómenos de la esclavitud y la servidumbre] —tierra libre, campesinos libres, y terratenientes no trabajadores— dos elementos cualesquiera, *pero nunca los tres, pueden existir simultáneamente*. La combinación encontrable en la realidad dependerá del comportamiento de los factores políticos, de las medidas gubernamentales.» «The causes of slavery or serfdom: a hypothesis», *Journal of Economic History*, XXX, 1, marzo de 1970, p. 21.

[121] «La creación y constitución de castas, de grupos permanentemente subyugados por otros, no consiguió sanción legal [en la América española] excepto de forma embrionaria y provisional. La legislación oficial sobre el trabajo personal de los indígenas nunca aceptó plenamente la desigualdad judicial intrínseca de blancos, indios y mestizos [...]

»Precisamente a causa de sus precauciones y trucos extralegales, la clase explotadora (de terratenientes y burócratas aliados) llegó a tener unas características de irresponsabilidad moral, rapacidad y violencia inhumana, desconocidas allí donde se unieron unos estratos aristocráticos firmemente apoyados por el Estado en su privilegiada situación económica, como en Alemania, Francia o Italia.

»Una prueba de esto se puede ver en el hecho de que cuando se autorizó la importación de esclavos negros a Nueva Granada, para trabajar

similar, que el nivel de vida de los indios de la encomienda, en este caso en Chile, estaba «a un nivel mínimo, utilizando este concepto en su sentido más estricto» [122].

Así, en las áreas geoeconómicamente periféricas de la economía-mundo emergente había dos actividades primarias: minería, principalmente de metales preciosos, y agricultura, principalmente para ciertos alimentos. En el siglo XVI la América española proporcionaba principalmente lo primero [123], mientras que Europa oriental proporcionaba fundamentalmente lo segundo. En ambos casos la tecnología se basaba en el uso intensivo de

---

en las minas de Antioquía o como peones agrícolas en la región del río Cauca o en la costa del Atlántico, el trato paternal que recibieron de sus amos fue mucho menos cruel, inmoral o bárbaro que el que habían recibido previamente las tribus indígenas asignadas a los encomenderos. El propietario de un esclavo negro estaba garantizado por la ley en su privilegiada situación, y esta conciencia de la estabilidad de la esclavitud daba a los propietarios un cierto sentido de responsabilidad concreta que faltaba a los encomenderos a los que los indios estaban sujetos.» Guillén, *Raíz y futuro*, p. 81.

[122] Alvaro Jara, «Salario en una economía caracterizada por las relaciones de dependencia personal», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, p. 608.

Nuevas muestras del bajo nivel de vida de los indígenas en la encomienda pueden hallarse en Guatemala, donde el producto era el añil. En 1563 la Corona española confirmó una decisión previa de la Audiencia prohibiendo el empleo de indios, sobre la base de que se trataba de un «trabajo nocivo». Robert S. Smith señala que el decreto fue inefectivo: «En 1583, los funcionarios coloniales descubrieron que los plantadores habían ingeniado un subterfugio: en vez de alquilarlos mediante un salario, los plantadores contrataban a los indios para acarrear las plantas de añil a tanto el fardo, pagándoles en vestidos por una décima parte de lo que habrían recibido en salarios monetarios [...] Siete años más tarde, la Hacienda descubrió que "muchos mestizos, mulatos y negros libres e incluso esclavos" (es decir, los peones de los que el gobierno esperaba que hicieran el trabajo) estaban violando la ley alquilando indios para cosechar y acarrear el xiquilite [planta que era la principal fuente del añil] a cambio de salarios nominales.» «Indigo production and trade in colonial Guatemala», *Hispanic American Historical Review*, XXXIX, 2, mayo de 1959, p. 187. Incluso los esclavos estaban alquilando indios: ¡eso da una idea!

[123] «[Los] propósitos iniciales [de la conquista española muestran] una fuerte convergencia hacia la creación de economías mineras en los diferentes lugares de ocupación y asentamiento [...] Lo que los indios dieron a Europa fue fundamentalmente metales preciosos. Los productos coloniales aparecen relegados a un modesto segundo lugar.» Alvaro Jara, *Grandes voies maritimes dans le monde, XV*e*-XIX*e* siècles*, pp. 249-250. Jara señala que los cuadros que muestran el volumen de tráfico marítimo son muy claros a este respecto: «Excepto las décadas de 1591-1600 y 1621-1630, todas las otras parecen ajustarse a esta formula: cuanto mayor es la producción minera, mayor es el tráfico marítimo como contrapartida comercial» (p. 266).

mano de obra, y el sistema social, en la explotación del trabajo. En términos generales, el excedente iba destinado, de forma desproporcionada, a satisfacer las necesidades de la población de las áreas del centro. Las ganancias inmediatas de la empresa eran compartidas, como veremos, por grupos de las áreas centrales, grupos de comercio internacional y personal local supervisor (que incluye, por ejemplo, tanto a los aristócratas en Polonia como a los funcionarios públicos y los encomenderos en la América española). La masa de la población estaba dedicada al trabajo obligado, un sistema definido, circunscrito e impuesto por el Estado y su aparato judicial. Los esclavos eran utilizados en la medida en que era rentable hacerlo, y donde tal extremosidad jurídica era excesivamente costosa, la alternativa de una mano de obra formalmente libre, pero legalmente sometida a coerción, fue empleada en los cultivos para el mercado [124].

En el centro de la economía-mundo, en la Europa occidental (incluyendo el mundo cristiano mediterráneo), la situación era diferente en una serie de aspectos. La densidad de población era básicamente mucho mayor (incluso en períodos de declive demográfico, como los siglos XIV y XV) [125]. La agricultura era, por

---

[124] Max Weber establece la distinción entre economías de plantación y economías de hacienda, terminología usada frecuentemente. La principal distinción parece centrarse en las formas de control de la mano de obra y en los productos típicos. Véase *General economic history,* Nueva York, Free Press, 1950, pp. 79-92. Las plantaciones producen en general cultivos hortícolas (según Weber), y típicamente caña de azúcar, tabaco, café, algodón. Las haciendas se dedican a la cría de ganado, o al cultivo de trigo, o a una combinación de ambos. No estoy seguro de que la distinción planteada de este modo sea útil, puesto que las «haciendas» (definidas así) de Europa oriental están más próximas a las «plantaciones» americanas que a las «haciendas» inglesas, por ejemplo.

[125] Sin embargo, la densidad declinó en Europa meridional al tener lugar el proceso de semiperiferización que describiremos más adelante. Comentando .un trabajo de Marian Malowist sobre el desarrollo de Europa oriental en esta época, Jaime Vicens Vives establece esta comparación con Cataluña: «He notado en efecto, como especialista en la evolución de las clases campesinas en un país bastante diferente de la Polonia del siglo XV, que es Cataluña, que si hay en ambas áreas una concordancia muy llamativa en lo que hemos llamado "segundo feudalismo", esta similitud no puede ser explicada por causas idénticas. Malowist, siguiendo a sus precursores polacos [considera] como elemento primario en el comienzo de una nueva feudalización en los siglos XV y XVI el desarrollo del comercio báltico de Polonia y la ampliación de los mercados internos, consecuencia normal del crecimiento de las ciudades. En Cataluña, bien por el contrario, las fuentes del empeoramiento del estatuto jurídico de la población campesina fueron la decadencia del comercio mediterráneo, por una parte, y la despoblación de las ciudades, por otra. Así, se llega a resultados idénticos a partir de hechos opuestos.»

tanto, más intensiva[126]. Además, parte de la tierra había pasado de ser arada a ser usada para pastos. El resultado fue una coerción menor. Por una parte, una mano de obra más especializada puede conseguir una menor coerción jurídica. O, mejor, la coerción ha de ser más indirecta, a través de los mecanismos del mercado. Por otra parte, en la cría de ganado siempre existía la tentación, especialmente en invierno, de dedicar la comida de las vacas a los hombres. Un sistema señorial no era capaz de resolver con eficiencia este problema[127]. Pero el si-

---

Comentario al «Rapport de M. Malowist», en *IXe Congrès International des Sciences Historiques*, II, *Actes*, París, Armand Colin, 1951, p. 148.

Prescindiendo de que yo no creo que Vicens caracterice la posición de Malowist con total precisión, creo que confunde la cuestión. Las causas del nuevo estatuto del campesino en Polonia y en Cataluña son idénticas. Sólo los puntos de partida son distintos, habiendo sido Cataluña en el siglo XIV una de las áreas relativamente más avanzadas de Europa. La despoblación de Cataluña y el crecimiento de la población de Polonia pueden haber aproximado bastante las densidades resultantes, reflejando a fines del siglo XVI «largo» su no tan diferente status en la economía-mundo europea.

De forma similar, cuando Pierre Jeannin señala que los puertos del Báltico crecieron de hecho en dimensiones y actividad en el siglo XVI, precaviéndonos de no sobreestimar la *decadencia* de las ciudades en la periferia, debemos reconocer que esto es así. Véase «Les relations économiques des villes de la Baltique avec Anvers au XVIe siècle», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftgeschichte*, XLIII, 3, septiembre de 1956, p. 196. Pero es preciso tener en cuenta varias cosas. 1) Un aumento del comercio internacional conduce por supuesto a un incremento de la actividad de los puertos. Pero ¿qué sucede con los centros administrativos y los focos de comercio local? 2) Un incremento de la población total tendrá normalmente por consecuencia un crecimiento absoluto de las ciudades, pero ¿cuáles son las proporciones relativas de la población urbana? 3) Incluso un aumento relativo de la población urbana en la periferia puede suponer (e indudablemente supuso) una decadencia relativa en relación con el grado de urbanización de la Europa occidental.

[126] Una agricultura más intensiva requiere mejores condiciones para el campesino. Véase en Ardant cómo los diezmos disminuyen la productividad (*Théorie sociologique de l'impôt*, I, p. 208) y cómo los impuestos o rentas fijas la favorecen (*ibid.*, I, pp. 225-226).

[127] Witold Kula explicita el dilema teórico: «[Un] sistema que transfería a la granja del siervo la parte esencial de las funciones de reposición de la capacidad productiva de la hacienda —me refiero a la alimentación del ganado— creaba las peores condiciones para el desarrollo de la ganadería. La negligencia con que los campesinos trataban el ganado, del cual se beneficiaba sobre todo el señor y no ellos, era motivo de constante preocupación de aquél o de su administrador. En años de mala cosecha, el campesino se encontraba a veces en la alternativa de alimentarse a sí mismo o alimentar al ganado; su elección es fácil de deducir. El reducido rendimiento del trabajo de los bueyes hacía necesario mantener un gran número de ellos, lo que agravaba más aún el

glo XVI fue un tiempo de una creciente demanda de carne, siendo esta demanda elástica y tendiendo a crecer al elevarse el nivel de vida[128]. También, dada la expansión de la población, había a su vez una mayor demanda de grano. Las consecuencias fueron simples. La cría de ganado, que era rentable, requería una diferente organización social del trabajo. Cuando ésta no se desarrollaba, por las razones que fueran, el pastoreo disminuía de hecho[129]. Por tanto, en todo el ámbito europeo el problema se convirtió en una cuestión de mayor división del trabajo.

En las áreas del centro, las ciudades florecieron, nacieron industrias, los mercaderes se convirtieron en una fuerza económica y política significativa. Desde luego, la agricultura siguió siendo a lo largo de todo el siglo XVI la actividad de la mayoría de la población. (De hecho, esto fue cierto hasta el siglo XIX para la Europa del noroeste, y hasta el siglo XX para la Europa del sur.) No obstante, la inclusión de la Europa oriental y la América española en una economía-mundo europea, durante el siglo XVI, no sólo proporcionó capital (a través de los botines y altos márgenes de ganancia), sino que también liberó mano de obra en las áreas del centro para su especialización en otras labores. El abanico ocupacional en las áreas centrales era muy complejo. Incluía un gran remanente paralelo a los de la periferia (por ejemplo, producción de grano). Pero la tendencia en el centro era *hacia* la variedad y la especialización, mientras que la tendencia en la periferia era hacia el monocultivo.

---

problema forrajero.» *Théorie économique du système féodal: pour un modèle de l'économie polonaise, XVIe-XVIIIe siècles,* París, Mouton, 1970, páginas 31-32. Esta no es una consideración puramente teórica. Emmanuel Le Roy Ladurie muestra que esto es exactamente lo que sucedió en el Languedoc entre 1515 y 1530. *Les paysans de Languedoc,* París, SEVPEN, 1966, I, p. 323.

[128] Véase Kristof Glamann, *Fontana Economic History of Europe,* II, páginas 45-52. «El apogeo del comercio de ganado coincidió con la edad de oro de la nobleza» (p. 50).

[129] Como en Languedoc. Véase la descripción de Le Roy Ladurie: «Los despejamientos disminuyen la tierra de pasto; los plantíos (olivos, castaños, etc.), las terrazas y las cercas de piedra limitan los campos abiertos de propiedad común. Por todas estas razones, la cría de ganado se estabiliza, luego decae. En esta agricultura antigua, que no conoce las plantas forrajeras o las confina a los huertos, no es posible desarrollar simultáneamente la producción animal y vegetal. Sus exigencias son contradictorias, porque ambas buscan la tierra que todavía es libre pero cada día más escasa. A falta de una Mesta que, como en España, defienda los intereses de los ganaderos, el desarrollo de la cría de ganado resulta sacrificado pronto en una sociedad tradicional que emprende su expansión.» *Les paysans du Languedoc,* I, p. 324.

La expansión del siglo XVI no fue sólo una expansión geográfica. Fue una expansión económica: un período de crecimiento demográfico, de mayor productividad agrícola y de la «primera revolución industrial». Señaló el establecimiento de un comercio *regular* entre Europa y el resto del mundo habitado[130]. A finales del siglo la economía parecía simplemente diferente y mejor[131].

Hasta aquí hemos descrito las formas emergentes de producción y de control del trabajo en la periferia, tratándola en contraste explícito e implícito con las áreas centrales. De hecho, la estructura del centro es más complicada de lo que hemos indicado hasta aquí. No obstante, antes de que tratemos esta complejidad deberíamos echar un vistazo a la producción agrícola de una tercera zona estructural, la semiperiferia. No hemos explicado aún la función de la semiperiferia en el funcionamiento del sistema mundial. Baste con decir en este momento que, con arreglo a ciertos criterios económicos (pero no todos), la semiperiferia representa un punto intermedio de un continuo que va desde el centro a la periferia. Esto es cierto, en particular, con respecto a la complejidad de las instituciones económicas, el grado de retribución económica (tanto en términos de nivel medio como de amplitud) y fundamentalmente en la forma de control del trabajo.

La periferia (Europa oriental y la América española) utilizaba trabajo forzado (esclavitud y trabajo obligado en cultivos para el mercado). El centro, como veremos, utilizaba, cada vez más, mano de obra libre. La semiperiferia (antiguas áreas centrales en evolución hacia estructuras periféricas) desarrolló una forma intermedia, la aparcería, como una alternativa extendida. Sin duda la aparcería era conocida en otras áreas. Pero sólo se hizo predominante, en este tiempo, en la semiperiferia. La *mezzadria* en Italia, y la *fâcherie* en Provenza, eran ya conocidas a partir del siglo XIII; el *métayage*, en otros lugares del sur de Francia, a partir del XIV. Y al aumentar las dificultades económicas de los señores feudales en los siglos XIV y XV, los dominios eran arrendados cada vez más en esta forma, no como un todo, sino

[130] Véase J. H. Parry, «Transport and trade routes», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 191.

[131] Véase esta comparación de la Europa de 1600 con la Europa de 1500: «Ante todo un sector agrícola, todavía la principal actividad, capaz de alimentar a muchos más hombres que en 1500, y de alimentarlos mejor; comercio con los mundos de ultramar, una industria textil aún mayor que la de 1500, una industria minera y metalúrgica mucho mayor» Mauro, *Le XVIe siècle européen*, p. 257.

en unidades menores, capaces de sostener a una familia en vez de a todo un pueblo. Duby señala que para mediados del siglo XV «las explotaciones productoras de cereales a gran escala que pudieran existir aún en la Europa occidental desaparecieron...». Considera que ésta fue «una de las transformaciones fundamentales de la vida rural...» [132].

¿Por qué, no obstante, tomó la transformación esta forma particular? Es decir, ¿por qué, si se pronosticaba una transformación, no se dirigía el señor al Estado para obligar a los campesinos a permanecer en la tierra, como en la Europa oriental? Y, por otro lado, ¿por qué, si había concesiones, éstas tomaban la forma de la aparcería, en vez de la de la transferencia de tierra a pequeños granjeros, que compraran directamente la tierra o pagaran una renta fija, que fue la principal solución (aunque, por supuesto, no la única) en la Europa del noroeste?

Dobb, al comparar la Europa del este y la del oeste en términos de la reacción señorial ante el fenómeno de la deserción y de la despoblación, y considerando a la Europa occidental el terreno de las «concesiones» y a la Europa oriental el de la «coerción renovada», atribuye las diferentes reacciones a la «fuerza» de la resistencia de los campesinos [133]. Ian Blanchard, por otra parte, está de acuerdo en que el grado de descontento campesino es un factor, pero de forma menos directa. El factor crucial era la disponibilidad de mano de obra. Sostiene que hasta la década de 1520 existía escasez de mano de obra en In-

---

[132] Duby, *Rural economy*, p. 325; véase también p. 275. Sin embargo, la situación parece haberse desarrollado de forma distinta en Castilla: «En los siglos XIV y XV la aristocracia castellana cobra un auge, una importancia tan desmesurada que la convierten en árbitro del Estado. Los nobles castellanos no adoptan una posición defensiva como en los demás reinos occidentales, sino que, al contrario, cambian las dinastías, se apoderan del patrimonio real y hacen del poder un instrumento de sus ambiciones. Este fenómeno se debe a que la realeza no pudo sustentarse en un sólido apoyo municipial. Muchos concejos castellanos fueron partidarios y muchos fueron sometidos por la aristocracia.» Vicens, *An economic history of Spain*, p. 245. [*Historia económica de España*, página 225.] Por ello sostiene Vicens, el siglo XVI conoció el auge en Extremadura y Andalucía de grandes latifundios, cuyo origen está en las grandes concesiones de tierras de los siglos XIV y XV. Véanse páginas 247-248 [227-228].

[133] Y Dobb añade, a la fuerza de la resistencia campesina, «el poder político y militar de los señores locales, que según los casos hacía fácil o difícil el superar la resistencia campesina y evitar por la fuerza la deserción de los señoríos, y la medida en que el poder real ejercía su influencia para fortalecer la autoridad señorial o, por el contrario, aprovechaba todas las ocasiones de debilitar los sectores rivales de la nobleza». *Studies*, pp. 51-52.

glaterra, y que los legisladores intentaban de hecho ejercer coerción sobre los trabajadores para que permanecieran en la tierra, mientras los terratenientes cercaban las tierras, de mala gana, *faute de mieux*[134]. Así, la coerción, plantea Blanchard, fue utilizada también en Inglaterra mientras hubo despoblación. Sólo cuando la población creció estallaron los campesinos, exigiendo tierras.

Cualquiera que sea el caso, la fuerza de la resistencia campesina explica poco, ya que necesitaríamos saber por qué los campesinos se resistieron más en Inglaterra que en Polonia —¿creerá esto realmente Dobb?[135]—, por qué los señores eran más fuertes o más débiles, por qué los reyes fortalecían la autoridad señorial o la debilitaban. Tenemos más probabilidades de descubrir las razones en el hecho de la divergencia complementaria en el seno de una única economía-mundo, para la cual sugerimos dos explicaciones: la fuerza comparativa de las ciudades en el punto de partida de la divergencia, y el grado de desocupación de la tierra.

La «desocupación» de la tierra puede ser replanteada en términos de la relación tierra/trabajo. Si existe abundancia de tierra, uno puede apañárselas con unos medios de producción relativamente ineficaces. Uno puede dedicarse a la agricultura extensiva. Se pueden utilizar esclavos o trabajo obligado en cultivos para el mercado. La agricultura intensiva requiere trabajadores libres. Pero, entonces, ¿por qué la aparcería? Evidentemente, porque la situación se encuentra en algún punto intermedio.

---

[134] «Desde finales de la década de 1520 [sin embargo], los arrendatarios que previamente habían permanecido tan silenciosos sobre los cercamientos iniciaron un gran clamor denunciando a quienes mantenían las tierras para pasto, impidiéndoles así a ellos la adquisición de nuevos arrendamientos, necesarios para satisfacer a una población creciente. Esta protesta estaba a menudo organizada a través de canales legales, pero progresivamente se fue haciendo evidente que no mostrarían obediencia a la ley y echarían abajo los cercamientos de tierras.» Blanchard, *Economic History Review*, XXIII, p. 440.

[135] Braudel sugiere una posible explicación del diferente grado de resistencia *efectiva:* las diferencias en la densidad de la población. Comparando los asentamientos de baja densidad de la Europa central con los de alta densidad en Italia («pueblos-ciudades») y con los grandes centros del Rin, el Mosa y la cuenca de París, Braudel dice: «Ahora bien, esta baja densidad de los pueblos, en tantos países de la Europa central y oriental ¿puede dejar de ser una de las causas esenciales del destino del campesinado? Frente a los señores, se encontraban más desarmados en la medida en que les faltaba el sentimiento de codo con codo propio de las grandes comunidades.» *Civilisation matérielle*, p. 42.

Señalemos que, desde el punto de vista del campesino, la aparcería tal vez sea preferible al trabajo obligado en cultivos para el mercado, pero no demasiado. El ingreso neto es bajo, aunque en tiempos de prosperidad pueda aumentar. La coerción a través del endeudamiento es a menudo tan real como la coerción legal. Para H. K. Takahashi, los *métayers* son «semisiervos» que trabajan para «terratenientes usureros» [136]. Bloch ve los desarrollos en Francia como un proceso de retroceso en la liberación gradual del campesino respecto a su señor que se había venido dando a finales de la Edad Media:

> Si —hipótesis absurda— la revolución [francesa] hubiera tenido lugar alrededor de 1480, hubiera entregado la tierra, mediante la supresión de las cargas señoriales [*charges seigneuriales*], casi exclusivamente a una masa de pequeños granjeros. Pero de 1480 a 1789 pasaron tres siglos en los que se reconstituyeron las grandes posesiones [137].

No obstante, ¿por qué aparcería y no arrendamiento, por una parte, o trabajo obligado en cultivos para el mercado, por otra? Aunque la aparcería tenía la desventaja, comparada con el trabajo obligado, de una mayor dificultad de supervisión, tenía la ventaja de favorecer los esfuerzos de los campesinos por conseguir una mayor productividad, dado el supuesto, lógicamente, de que el campesino estuviera dispuesto a seguir trabajando para su señor sin necesidad de compulsión legal [138]. En pocas palabras, cuando la mano de obra es abundante, la aparcería probablemente sea más rentable que el trabajo obligado en cultivos para el mercado [139].

---

[136] H. K. Takahashi, «The transition from feudalism to capitalism: a contribution to the Sweezy-Dobb controversy», *Science and Society*, XVI, 4, otoño de 1952, p. 324.

[137] Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 154.

[138] Véase Duby: «El *métayage* ofrecía a los amos una gran ventaja. Les permitía beneficiarse tanto del crecimiento esperado de la productividad de la reserva como del alza de los precios agrícolas [...] Incluso cuando la participación del señor era mínima, el contrato le aseguraba una participación importante en las ganancias netas [presumiblemente mayor que si rentaba la tierra al campesino]. Pues no debemos olvidar que el *métayer* debía deducir semillas y a veces diezmos de la parte que se le dejaba, y ésta era una pesada carga que gravitaba sobre los rendimientos normalmente bajos de la agricultura. Sin embargo, el sistema presentaba inconvenientes de los cuales los señores eran bien conscientes. Las grandes fluctuaciones de las cosechas exigían una estrecha supervisión.» *Rural economy*, pp. 275-276.

[139] Como dice Duby, la ventaja del *métayage* para el terrateniente era que «los costos de cultivo eran bajos, las ganancias en bienes comercializables [...] muy altas» *(ibid.*, p. 280).

En cuanto al arrendamiento, sin duda, por este mismo razonamiento, es aún más rentable que el trabajo obligado en cultivos para el mercado. No obstante, existe una condición. Los arrendatarios tienen un contrato fijo, y salen ganando en momentos de inflación, al menos en la medida en la que los contratos sean a plazo relativamente largo. Por supuesto, lo contrario es cierto cuando declina el mercado. La aparcería es así un método de minimización de riesgos [140]. Resulta de esto que la aparcería es considerada más fácilmente en áreas de agricultura especializada, en las que los riesgos de variaciones pesan más que los costos de transacción.

Pero éste era precisamente un momento de altos riesgos. El aumento continuo de la inflación de precios resulta muy preocupante. La aparcería parecía ser el remedio [141]. En determinadas áreas los campesinos tuvieron la suerte de tener defensas lega-

---

[140] Steven N. S. Cheung formula esta tesis teóricamente: «Los términos de un contrato de aparcería incluyen, entre otras cosas, el porcentaje de renta, la proporción respecto a la tierra de los restantes inputs, y los tipos de cultivo que se van a plantar. Estas cuestiones se deciden conjuntamente entre el terrateniente y el arrendatario. En los contratos sobre la base de un salario o de una renta fija, sin embargo, dados los precios de mercado, una sola de las partes puede decidir qué proporción de los recursos de la otra parte empleará y qué cultivos plantará. Y desde el momento en que en un contrato de aparcería el reparto del producto se realiza a partir del producto *de hecho*, el terrateniente debe esforzarse en determinar el rendimiento de la cosecha. Así, la negociación y el cumplimiento son más complejos en un contrato de aparcería que en contratos salariales o de renta fija [...]

»Si sólo se tuvieran en cuenta los costos de transacción, entonces [...] nunca se optaría por contratos de aparcería. ¿Por qué se opta entonces por los contratos de aparcería? [...] Bajo un contrato de renta fija, el arrendatario carga con la mayor parte, si no la totalidad, del riesgo [de grandes variaciones en el rendimiento introducidas por factores exógenos a la función de producción]; bajo un contrato salarial, el terrateniente carga con la mayor parte, si no la totalidad, del riesgo. La aparcería puede ser vista como un procedimiento para compartir (o dispersar) el riesgo.» *The theory of share tenancy*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1969, pp. 67-68.

[141] «Bruscamente, a partir del siglo XVI, la aparcería, hasta entonces tan desigualmente distribuida, e incluso tan excepcional allí donde era conocida, se extendió por toda Francia y jugó un papel mayor incluso al menos hasta el siglo XVIII. *No existe remedio más seguro contra las fluctuaciones monetarias*. La burguesía italiana, sutiles financieros, fueron los primeros en advertirlo. En ocasiones —por ejemplo en Bolonia a partir de 1376— llegaron incluso a imponer por ley este tipo de contrato a cada ciudadano de la ciudad dominante que arrendaba tierra a los habitantes del *contado* [campo circundante], que estaban dominados y sometidos a presión. Los propietarios franceses no necesitaron mucho tiempo para hacer el mismo descubrimiento.» Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 152. El subrayado es mío.

les que hacían que la imposición de la aparcería fuera excesivamente onerosa para el propietario, que, en consecuencia, consideraba preferible el alquiler directo. Un ejemplo de esto fue Inglaterra. Cheung sugiere que la clave fue la tenencia libre [*freehold tenure*], conocida en Inglaterra, pero no en Francia, por ejemplo [142].

Los factores legales no son determinantes por sí mismos. Debemos aún explicar las discrepancias entre el norte de Francia, que avanzó extensivamente hacia arreglos de tipo arrendamiento, y el sur de Francia, donde el modo dominante fue la aparcería. La ley de ambas áreas era esencialmente la misma. Duby localiza la diferencia clave en la posición relativamente desahogada del granjero del norte, comparada con la «deprimida condición económica» del campesino del sur «que trabajaba en una tierra cuya productividad, probablemente, no había sido aumentada a través de mejoras en las técnicas, como en el norte...» [143].

Si, no obstante, no era más que una cuestión de tecnología, nos vemos abocados a dar un paso atrás, a preguntarnos por qué los avances tecnológicos hechos en un área no fueron adoptados en otra área no muy distante ni geográfica ni culturalmente. Braudel sugiere que las condiciones del suelo en la Europa mediterránea y en la noroccidental eran fundamentalmente diferentes, siendo la primera más pobre [144]. Porshnev sugiere que

[142] «Bajo el arriendo a perpetuidad [que resultaba de la tenencia libre en que el arriendo vitalicio venía impuesto por la ley], el costo de imponer un contrato de aparcería puede ser tan alto como para hacerlo indeseable, ya que la supresión del arriendo es el único mecanismo efectivo contra un pobre rendimiento de los aparceros.» Cheung, *The theory of share tenancy*, p. 34.

[143] Duby, *Rural economy*, p. 327.

[144] Comparando la situación en las dos áreas, Braudel dice: «Era raro que una cosecha [en el área mediterránea] escapara a todos los peligros sucesivos que la amenazaban. Los rendimientos eran bajos, y, dada la pequeña área que se dedicaba a criar simiente, el Mediterráneo estaba siempre al borde del hambre.» *Civilisation matérielle*, I, p. 223.

Aldo de Maddalena disiente: «En general, se debe reconocer que la productividad de la tierra labrantía [en Italia] era bastante baja, excepto en circunstancias excepcionales. Braudel culpa al clima de esta baja productividad del suelo mediterráneo, pero para llegar a una visión del fenómeno más válida e históricamente justificada se debe sopesar también las deficiencias del aparato tecnológico, del sistema cultural, de la doctrina agraria, de la capacidad empresarial, de la disponibilidad de capital, de la estructura administrativa y social, de las vicisitudes políticas y militares.» «Il mondo rurale italiano nel cinque e nel seicento», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 2, junio de 1964, p. 423. Sin duda todos estos factores deberían tomarse en cuenta, pero alargar el inventario rara vez es un buen camino para limitar las posibles explicaciones causales. Nótese sin embargo la visión de Sylvia Thrupp, citada previa-

otra consideración más es el grado de incorporación a la economía-mundo, estando la existencia de grandes posesiones (y, por tanto, la ausencia de aparcería) en correlación con un alto grado de incorporación [145].

¿No podemos entonces considerar la aparcería como un mal menor? Incapaces de recorrer todo el camino hasta las grandes posesiones a través de los cercamientos y de los arrendamientos, como en Inglaterra, o del trabajo obligado en cultivos para el mercado, como en el este de Europa, las clases terratenientes del sur de Francia y del norte de Italia eligieron el camino intermedio [146] de la aparcería, como respuesta parcial a la creación de una economía-mundo capitalista, en la forma de empresas semicapitalistas, sin duda adecuadas para las áreas semiperiféricas.

Si las áreas semiperiféricas siguieron siéndolo y no se convirtieron en satélites totales, como las áreas periféricas, no fue sólo debido al elevado índice tierra/mano de obra. También po-

---

mente en la nota 52, sobre la *alta* fertilidad del norte de Italia en la Edad Media.

[145] Boris Porshnev observa que es cierto que las grandes haciendas no se desarrollaron en Francia en este período en la forma en que lo hicieron en Inglaterra: «[Tales haciendas] se encuentran sin embargo en débiles proporciones, como una tendencia económica todavía poco desarrollada, especialmente en las provincias de la periferia donde la proximidad del mar ofrece algunas posibilidades comerciales ventajosas. Los puertos de Guyena, Languedoc, Provenza, Saintonge, Poitou, Normandía y Bretaña facilitaban la exportación de vino, de productos agrícolas, a veces incluso trigo de contrabando, hasta intentos de exportar ganado, particularmente ovejas. En suma, los nobles trataban de probar el fruto prohibido del comercio.» *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, París, SEVPEN, 1963, p. 289. Nótese sin embargo que Porshnev incluye Languedoc y Provenza en su lista. Volveremos a esta cuestión en un capítulo posterior. Por el momento, digamos que nos hallamos ante un caso de múltiple causalidad.

[146] Marx veía la aparcería como una etapa intermedia: «Como forma de transición entre la forma originaria de la renta y la renta capitalista puede considerarse al sistema de aparcería o medianería. [...] Para una explotación capitalista plena al arrendatario le falta aquí, por una parte el capital suficiente. Por la otra, la parte que obtiene aquí el terrateniente no tiene la forma pura de la renta. Puede incluir, en efecto, el interés sobre el capital que ha adelantado y una renta excedentaria. [...] En este caso, la renta ya no aparece como la forma normal del plusvalor en general. Por una parte el granjero, sin que importe si emplea solamente su trabajo propio o también trabajo ajeno, debe tener derecho a una parte del producto, no en su calidad de trabajador, sino como poseedor de una parte de los instrumentos de trabajo, en cuanto capitalista de sí mismo. Por otro lado, el terrateniente no reclama su parte exclusivamente fundado en su propiedad del suelo, sino también como prestamista de capital.» *Capital*, III, cap. 47, p. 803. [*El capital*, III, vol. 8, pp. 1021-1022.]

dría ser debido a que la existencia de una fuerte burguesía indígena tiene un fuerte impacto en la producción *agrícola* en tiempos difíciles. Duby señala que en áreas donde los comerciantes de las ciudades habían sido numerosos y relativamente poderosos, muchas de las propiedades cayeron en manos de estos hombres de la ciudad, que iban en busca de protección contra el hambre y del estatus social que iba ligado a la tenencia de tierras, pero no deseaban los problemas derivados de la explotación directa. Ceder la tierra en aparcería era un compromiso razonable[147]. Hasta qué punto este compromiso era «razonable» desde el punto de vista de los campesinos, es puesto en considerable duda por G. E. de Falguerolles, ya que la orientación de estos burgueses de las ciudades era más bien hacia la obtención de un beneficio a corto plazo por su inversión, lo que tendría el efecto de desolar la tierra durante el siguiente siglo[148].

Tenemos, pues, una segunda paradoja acerca del área más «avanzada». Ya hemos señalado la fuerza de los trabajadores de las ciudades en el mantenimiento del nivel de salarios, que puso a la Italia del norte en una situación de desventaja industrial frente al noroeste de Europa. Tal vez esta misma fuerza de los trabajadores justificara el mantenimiento de un número desproporcionado de trabajadores en las áreas rurales, utilizando restricciones gremiales para evitar su incorporación a empleos urbanos, durante el período de explosión demográfica del siglo XVI. Esto tendría el resultado de debilitar la posición negociadora del campesinado. En cualquier caso, la «fuerza» de la burguesía ciudadana parece haber hecho probable la aparcería, y, por tanto, la no emergencia del *yeoman*, que jugaría tan gran papel en el avance económico de la Europa del noroeste.

---

[147] «El contrato de *métayage*, tan difundido en el entorno de las ciudades mediterráneas, italianas y francesas, para las tierras que quedaban vacantes por emigración [en el período de declive demográfico de los siglos XIV y XV] de las que las gentes de la ciudad habían conseguido asumir el control, era de hecho una forma de cooperación entre burgueses y campesinos con el propósito de cultivar las tierras de labrantío y producir cereales.» Duby, *Rural economy*, pp. 356-357.

[148] «Tal y como se practicaba, la aparcería tiene la apariencia de un régimen esencialmente capitalista que responde a las necesidades de los propietarios burgueses: su ideal era obtener de sus tierras una parte del producto neto y libre, convertible en moneda. Introducían en la gestión de sus empresas una perspectiva mercantil: anotaban cuidadosamente en sus *livres de raison* o *livres de recettes* la parte de cosecha recibida, las ventas de grano o ganado, todo ello mezclado con el interés de sus préstamos [*le produit de leur usure*]. Para estos hombres venidos de fuera [*forains*], el interés en la ganancia era la primera consideración;

Fijémonos ahora en aquellas áreas que en 1640 se incluirían en el centro de la economía-mundo europea: Inglaterra, los Países Bajos y, en cierta medida, el norte de Francia. Estas áreas desarrollaron una combinación de producción de labrantío y de pastos basada en mano de obra libre o más libre y en unidades de un tamaño relativamente eficiente. Como cabe señalar, España empezó por este camino, para después abandonarlo y convertirse en parte de la semiperiferia. Expondremos extensamente las razones para este cambio de su papel económico en un capítulo posterior.

En la crisis de la Baja Edad Media, cuando una declinación de la población llevó a una disminución de la demanda de productos agrícolas, así como a una subida de los salarios de los trabajadores urbanos (y, por tanto, a una mejor posición negociadora de los trabajadores rurales), las grandes reservas señoriales declinaron en Europa occidental, como ya hemos visto. No podían convertirse en tierras de cultivos para el mercado como en la Europa del este del siglo XVI, porque no existía un mercado internacional dentro de un marco económico en general muy decaído. Tenían tan sólo dos alternativas reales. Por una parte, podían convertir las obligaciones feudales en rentas monetarias [149], lo que reduciría los costos y aumentaría los ingresos del propietario de la reserva señorial, pero supondría una transferencia gradual del control sobre la tierra. Es decir, haría posible el ascenso del pequeño propietario, del *yeoman*, bien como arrendatario con renta fija o, en caso de mayor desahogo económico, como propietario independiente (que puede ser considerado como alguien que, para comprar la tierra, ha pagado una gruesa suma de renta durante un número de años) [150]. La otra alternativa que le quedaba entonces al terrateniente era convertir su tierra en pastizales: para ganado vacuno u ovino. En el siglo XV, tanto los precios de la lana como los de la carne parecían haber resistido en mayor grado los efectos de la depresión, y, además, los costos de la mano de obra, entonces escasa, eran aquí menores [151].

---

eran más o menos ignorantes en cuestiones agrícolas.» G. E. de Falguerolles, «La décadence de l'économie agricole dans le Consulat de Lempaut aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles», *Annales du Midi*, LIII, 1941, p. 149.

[149] «[La liberación de los siervos] se les vendió más que se les concedió.» Marc Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 111.

[150] «[Bajo un sistema de propiedad de parcelas de tierra], el precio de la tierra no es otra cosa que la renta capitalizada.» Marx, *Capital*, III, cap. 47, p. 805. [*El capital*, III, vol. 8, p. 1028.]

[151] Véase Slicher van Bath, *AAGB*, 12, pp. 164-168. Véase Peter J. Bowden: «Fue la rentabilidad de la lana en comparación con la producción

En esta época, *tanto* en Inglaterra *como* en España aumentó la ganadería. Con la economía en expansión del siglo XVI, el trigo parecía más ventajoso que la lana [152], pero no que el ganado vacuno, que no sólo proporcionaba carne, sino también sebo, cuero y productos lácteos, cuyo consumo iba en aumento con la prosperidad [153]. El punto más importante a señalar acerca de la ganadería en el siglo XVI, especialmente acerca del ganado, es que se iba convirtiendo cada vez más en una actividad de especialización regional. Más vacas en una zona, para ventaja de los

---

de grano lo que en buena medida motivó la difusión de la cría de ovejas, especialmente en la Inglaterra central, entre mediados del siglo XV y mediados del siglo XVI [...]

»Al aumentar la producción y la exportación de tejidos, los precios de la lana subieron. Tomando como base la década de 1451-1460, el precio de la lana de producción doméstica se había doblado aproximadamente hacia 1541-1550. Los precios del grano se mantuvieron comparativamente estables durante la última parte del siglo XV, y no mostraron una marcada tendencia a subir después de 1520, cuando los precios se elevaron en general.» *The wool trade in Tudor and Stuart England,* Nueva York, Macmillan, 1962, pp. 4-5.

152 «A mediados del siglo XVI, sin embargo, el impulso para pasar del trigo a la lana se estaba debilitando. La tierra era más escasa y el trabajo más abundante. Los precios del grano, que habían estado subiendo desde la década de 1520, se duplicaron en la de 1540, cuando el nivel general de precios experimentó una brusca subida. Entonces, en 1577, el mercado extranjero para el tejido inglés se derrumbó, y los precios de la lana se vinieron abajo.» Bowden, *ibid.*, p. 5.

Véase Peter Ramsey: «Hablando muy a grandes rasgos, hasta aproximadamente 1550 podía ser todavía rentable [en Inglaterra] convertir el labrantío en tierra de pastos, suponiendo que se pudiera ahorrar trabajo. En este sentido la opinión de autores anteriores se ve confirmada. Pero a partir de 1570 probablemente era más rentable reconvertir los pastos en labrantío, suponiendo que el incremento de los costos del trabajo no anulara la superior ganancia de la venta de grano.» *Tudor economic problems,* Londres, Gollancz, 1968, p. 25.

153 Como Delumeau decía de Roma: «A una ciudad que crecía en población y riqueza, [los barones del campo] encontraban más ventajoso venderle carne y queso que trigo. En consecuencia, saboteaban todos los esfuerzos de las autoridades para forzarles a limitar sus pastos. Esta avidez de ganancia por parte de la nobleza, y su creciente preferencia por la cría de ganado, parecen haber venido claramente acompañados por una verdadera reacción señorial, fenómeno que no fue, por lo demás, peculiar del campo romano.» Delumeau, *Vie économique,* II, páginas 567, 569.

Georges Duby relaciona la expansión de la cría de ganado en Francia desde finales del siglo XIII con «la creciente demanda de carne, cuero y lana que se daba en las ciudades». A su vez, la creciente importancia de la producción ganadera (y de vino) «aceleró considerablemente la comercialización del campo francés». «The French countryside at the end of the 13th century», en Rondo Cameron, comp., *Essays in French economic history,* Homewood (Illinois), Irwin Inc., 1970, p. 33.

grandes terratenientes, significaba a su vez menos vacas en otros lugares, lo que a menudo suponía una reducción en el consumo campesino de carne y productos lácteos, un deterioro de su dieta[154]. Este acusado énfasis sobre el ganado se dio en España precisamente. Las dos opciones —conversión de las reservas señoriales en tierras arrendadas, y de la tierra cultivable en pastizal— iban juntas. Ya que esta última hacía aún más escasa la tierra cultivable, lo que a su vez hacía mayor su valor de alquiler[155]. Más aún, al hacerse cada vez más escasa la tierra cultivable, el cultivo debía ser cada vez más intensivo, lo que quería decir que la calidad de la mano de obra era cada vez más importante, lo cual suponía un motivo más para pasar de las prestaciones de trabajo a las rentas en dinero[156].

El aumento de la cría de ovejas en el siglo XVI llevó al gran movimiento de cercamientos [*enclosures*] en Inglaterra y en España. Pero, paradójicamente, no eran los propietarios a gran escala quienes buscaban el cercamiento, sino un nuevo tipo de propietario independiente a pequeña escala[157]. Por supuesto, fue

---

[154] «[La] creciente demanda [a escala europea] de cereales y vino privó de carne al campo y especialmente a los campesinos, arrebatándoles así un importante elemento de su subsistencia. Los pueblos que durante largo tiempo habían reservado sus últimos pastos para carne terminaron por perderlos todos [...]

»Las regiones en las que la relativa insuficiencia de la población significaba una incapacidad para buscar una producción per cápita más alta, como Aragón, abandonaron los campos menos fértiles, desarrollaron una producción de exportación, y los trabajadores emigraron [...] la desaparición de una rica fuente de alimentación vino acompañada de empobrecimiento y sujeción del campesinado, de la estabilidad de la tasa de ganancia [*prix de revient*] y contribuyó al subempleo.» José Gentil da Silva, *En Espagne: développement économique, subsistance, déclin*, París, Mouton, 1965, pp. 169-170.

[155] Véase Dobb, *Studies*, p. 58; Douglass C. North y Robert Paul Thomas, «An economic theory of the growth of the Western world», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 1, abril de 1970, p. 13.

[156] Véase Dobb, *ibid.*, p. 53.

[157] Julius Klein muestra la razón de que fuera así: El movimiento inglés de los cercamientos y el proceso análogo en Castilla [...] se sincronizaron en un grado sorprendente. En cada caso el episodio tuvo su comienzo con el estímulo de la industria ovina en el siglo XIV [...] la explotación de las tierras confiscadas a los monasterios en Inglaterra, y la adquisición por la Corona de las grandes propiedades de las órdenes militares en Castilla, contribuyeron materialmente al crecimiento de la industria ganadera en ambos países durante las décadas centrales del siglo XVI. A continuación, sin embargo, se hace perceptible en ambos reinos un incremento gradual de los cercamientos, no tanto por empresas de cría de ovejas a gran escala como por el pequeño arrendatario [*copyholder*] en el caso de Inglaterra y por rebaños sedentarios y agricultura campesina en el caso de Castilla. En los dos países las altas

la renovación económica del siglo XVI la que hizo posible el continuo crecimiento de estos granjeros independientes a pequeña escala.

Dado que «las ovejas devoran a los hombres», como rezaba el dicho, el aumento de la cría de ovejas creó una escasez de alimentos que hubo de ser compensada tanto por una producción de labrantío más eficiente en Inglaterra (el *yeoman*) como por el grano del Báltico (el trabajo obligado en cultivos para el mercado) [158].

Más aún, el creciente número de acotamientos hizo posible en las áreas rurales el crecimiento de una industria artesanal [159].

---

instancias [...] protegían el movimiento, y en los dos el motivo para cercar las tierras comunales se apoyaba en el deseo de estimular la cría sedentaria de ovejas. El efecto último en ambos fue promover la agricultura a pequeña escala [...] En la península, el elemento que se oponía al movimiento de los cercamientos, y que lo obstaculizó con éxito durante dos siglos, era la industria ganadera trashumante a gran escala. En la Inglaterra medieval y de los primeros Tudor los intereses contrarios a los cercamientos estaban ligados en su gran mayoría a las clases agrarias.» *The Mesta: a study in Spanish economic history, 1273-1836*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1919, pp. 314-315.

[158] «El comercio de exportación de cereales desde Prusia y Polonia comenzó a finales del siglo XIII, y vino seguido en el siglo XIV por el de los países bálticos. Los cereales eran embarcados a los Países Bajos, al norte de Noruega, y a las zonas de Inglaterra en las que había insuficiencia de grano, como el distrito de Fen y la gran área de pasto de ovejas.» Slicher van Bath, *AAGB*, 12, p. 170.

[159] Explicando por qué estas industrias se encontraban en algunas áreas antes que en otras, Joan Thirsk apunta:

«Los factores comunes parecen ser éstos: una comunidad populosa de pequeños granjeros, que a menudo disfrutan principalmente de tenencias libres [...] o de tenencias consuetudinarias casi tan favorables como la tenencia libre [...], desarrollando una economía de pastoreo. Esta puede apoyarse sobre los productos de la leche, en cuyo caso las granjas usualmente han sido cercadas tempranamente, y la organización señorial y la explotación cooperativa, en consecuencia, son débiles o inexistentes. O puede descansar sobre la cría y mantenimiento del ganado en los generosos pastos comunes, donde no hay ningún incentivo práctico para cercar, donde el labrantío es escaso, y allí tampoco hay un marco importante de campos abiertos de labranza cooperativa [...] Subyacente en todo esto podemos ver a veces una cierta lógica en la forma en que estos factores comunes están ligados entre sí. Parte de la tierra más adecuada para pastos no fue despejada hasta un periodo comparativamente tardío en la historia del asentamiento local. Era probable que fuera inmediatamente cercada. Era probable que diera lugar a una comunidad de granjeros independientes, que no reconocerían como unidad de trabajo cooperativo a la aldea o el pueblo, sino a la familia. Si la tierra era adecuada para la producción de leche, también tendría agua suficiente para soportar una industria textil. En zonas menos benignas del campo, donde hubiera amplios marjales o tierras pantanosas comunes, y poca tierra adecuada para grano, la explotación estaba des-

En España, no obstante, la Mesta estaba demasiado arraigada como para que el propietario a pequeña escala avanzara demasiado. Como veremos más adelante, la política imperial de Carlos V proporcionó fuerza adicional a los grandes terratenientes. En vez de utilizar a sus desempleados rurales en el desarrollo industrial, España los expulsó y los exportó.

Nos vemos precisados a insistir un poco más en la cuestión del desarrollo de la agricultura en Europa occidental y de por qué no podía seguir el camino de la Europa del este: grandes posesiones con trabajo obligado en cultivos para el mercado. Fue, en última instancia, porque estaba gestándose una economía-mundo capitalista. Paul Sweezy plantea una especie de continuo ecológico: «Cerca de los centros de comercio, el efecto sobre la economía feudal [de la expansión del comercio] es fuertemente desintegrador; lejos, el efecto tiende a ser exactamente el contrario»[160]. Esta es, en realidad, una formulación

---

tinada a consistir en la cría y el pastoreo de ovejas. Las tierras comunales atraían a los jóvenes sin tierra. La explotación requería menos trabajo que el cultivo de grano, y dejaba a los hombres tiempo para una actividad subsidiaria.» «Industries in the countryside», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, páginas 86-87.

[160] Sweezy, *Science and Society*, XIV, p. 141. Véanse también pp. 146-147. Joan Thirsk ofrece cierto apoyo a las hipótesis de Sweezy: «Pero, a comienzos del siglo XVI, todavía pueden observarse claros contrastes entre las extremidades del reino. Cornwall y Devon, Cumberland, Westmoreland y Northumberland poseían muchas comunidades dispersas en casas de labor solitarias, algunas de las cuales conservaban todavía vestigios del espíritu del clan, casi completamente aisladas aún del mundo comercial. En East Anglia y el este de Kent, por otro lado, los pueblos dedicados a la producción de grano estaban profundamente envueltos en negocios comerciales de alimentación, y llevaban sus negocios aparentemente sin tener en cuenta ninguna obligación social con el clan, la familia o el señor. Entre las zonas altas y bajas [por ejemplo, los Midlands occidentales] los contrastes estaban atenuados.» «The farming regions of England», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 15. Para quienes puedan pensar que East Anglia no es exactamente un punto próximo al centro, debemos recordar que de lo que se trata es de su posición de hecho en el siglo XVI, y no en el siglo XX. Aquí Thirsk observa: «East Anglia ocupa en la actualidad una posición geográfica un tanto aislada, fuera de las principales vías de tráfico entre Londres y el norte. En el siglo XVI, por el contrario, sus ríos, que llegaban hasta el corazón de East Anglia, su larga línea costera y sus numerosos puertos, la situaban en fácil comunicación con los mercados de Londres, la Inglaterra del nordeste, Escocia, los Países Bajos y el Báltico. Su agricultura, en consecuencia, se desarrolló tempranamente al servicio de los mercados nacionales e internacionales, y la

excesivamente simple, como plantea Postan con el apoyo de Dobb[161]. El razonamiento de Sweezy está basado en las alternativas del campesino, en su posibilidad de escapar a la ciudad, en la «civilizadora proximidad de la vida urbana»[162]. Olvida la posibilidad de que en muchas regiones periféricas, por ejemplo la Europa del este, el campesino tuviera la alternativa de las áreas fronterizas, a menudo tan atractivas como las ciudades. De hecho, precisamente porque el campesino utilizaba esta posibilidad, se introdujeron en el siglo XVI medios jurídicos para atarle a la tierra.

La diferencia no estaba tanto en las alternativas del campesino, aunque esto también jugara su papel, como en las alternativas del terrateniente. ¿De dónde podía obtener un mayor y más inmediato beneficio? Por una parte, podía dedicar su tierra a otros usos (pastizales, con una mayor tasa de ganancia, o arrendamiento a cambio de dinero a los pequeños campesinos, suponiendo ambas soluciones el prescindir de las prestaciones de trabajo feudales) y utilizar las nuevas ganancias para invertirlas en el comercio y la industria y/o en lujos aristocráticos. Por otra parte, podía intentar obtener mayores ganancias intensificando la producción de cultivos básicos para el mercado (en especial de grano), invirtiendo después sus nuevas ganancias en el comercio (pero no en la industria y/o en lujos aristocráticos)[163]. La primera alternativa era más plausible en el noroeste

especialización estaba tan avanzada que, a comienzos del siglo XVII, incluso en los años de buena cosecha, muchísimos distritos estaban lejos de ser autosuficientes en grano» (pp. 40-41).

[161] «En las zonas más atrasadas de [Inglaterra], más alejadas de los grandes mercados, sobre todo en el noroeste, las prestaciones de trabajo fueron abandonadas primero, y fue en el más progresivo sudeste en donde más tiempo se mantuvieron.» M. Postan, «The chronology of labour services», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.ª serie, XX, 1937, p. 171; Dobb, *Science and Society*, XIV, p. 161.

[162] Sweezy, *Science and Society*, XIV, p. 147.

[163] Esto debe ser matizado. Los nobles terratenientes capitalistas de Europa oriental estaban interesados, por supuesto, en el lujo aristocrático. De hecho, Jeannin llega a decir: «Es cierto que, pese a las limitaciones de compra impuestas por la penuria, pasajera o permanente, de los tesoros reales, el crecimiento del consumo suntuario constituye uno de los cambios significativos que caracterizan la evolución de la vida aristocrática en el norte [de Europa, es decir, en los Estados que bordean el Báltico] durante el siglo XVI.» *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIII, p. 215. Pero nótese que Jeannin se refiere sin embargo a la penuria como un límite. Esta es precisamente la cuestión. En una economía en expansión el gusto por el lujo aumenta en términos absolutos, pero, en comparación con el incremento en Europa occidental, podemos hablar probablemente de una relativa declinación.

de Europa; la segunda, en Europa oriental, en gran medida porque la *ligera* diferencia ya establecida en las especialidades de producción significaba que se podía conseguir una maximización de la ganancia, o al menos así se creía, haciendo más extensiva y eficientemente lo que ya se hacía mejor[164]. Por tanto, las autoridades estatales favorecieron los cercamientos para el pastoreo (y para el cultivo de hortalizas para el mercado) en Inglaterra, y la creación de grandes dominios para el cultivo de trigo en la Europa del este.

En cuanto a por qué el trabajo era contractual en el noroeste de Europa y obligado en la Europa del este, no basta con contraponer la ganadería con el labrantío como usos de la tierra. Porque, en ese caso, la América española hubiera tenido mano de obra contractual. Más bien, es la demografía la que juega el papel dominante, como ya hemos apuntado. La alternativa de Europa occidental partía de la base de que habría una reserva suficiente de fuerza de trabajo a precios suficientemente bajos como para satisfacer las necesidades del terrateniente sin costarle demasiado[165]. En la Europa del este y la América española había escasez de mano de obra en comparación con la cantidad de tierra que resultaba rentable explotar, dada la existencia de la economía-mundo. Y en la presencia de tal escasez, «la expansión de los mercados y el crecimiento de la

[164] Douglass C. North y Robert Paul Thomas, en *Economic History Review*, XXIII, señalan que: «Los cercamientos que tenían lugar en esta época se producían [...] en pastos para la producción de lana sin elaborar y en zonas adecuadas para la producción de hortalizas. Lo primero era en respuesta a una demanda creciente de lana sin tratar, y lo segundo los aumentos de la demanda local de artículos alimenticios para las crecientes áreas urbanas. En el siglo XVI el movimiento de los cercamientos fue más extensivo en las tierras altas de Inglaterra, porque la rentabilidad de los cercamientos era más alta allí que en las regiones de labranza, por dos razones. Primera, las áreas adecuadas para pasto tenían una densidad de población más baja que las de labranza; por consiguiente [...] era menos la gente que debía llegar a un acuerdo para realizar el cercamiento. Segunda, y probablemente más importante, el incremento del precio de la lana habría causado que los individuos que poseían tierras en común las utilizaran de forma ineficiente, al intentar cada uno apacentar más ovejas. Para un individuo, el costo de apacentar otra oveja más en los pastos comunales era casi nulo, pero, para la sociedad, el costo de que todos lo hicieran así era positivo. El pasto comunal tendería a ser excesivamente pastado, y el producto total de lana declinaría de hecho [...] Los individuos con poder para cercar los campos comunales podían evitar que esto sucediera, cercando ciertas zonas y negando acceso a ellas a todos los demás» (p. 13).

[165] Dobb llama a dicha reserva de fuerza de trabajo «elementos proletarios o semiproletarios». *Science and Society*, XIV, p. 161.

producción tienen las mismas posibilidades de producir un crecimiento de las prestaciones de trabajo que producir su disminución»[166]. De hecho, en la América española fue precisamente la disminución de la población lo que explica el aumento en la cría de ovejas y ganado vacuno, que se generalizaron en el siglo XVI, tomando la forma de empresas a gran escala, con una componente importante de trabajo forzado, a causa de la escasez de éste[167].

Finalmente, fijémonos en lo que significó el aumento del arrendamiento por dinero. Recordemos que en Europa occidental la conversión de las cargas feudales en rentas en dinero se extendió en la *Baja Edad Media*, como discutimos en el anterior capítulo, debido a la declinación de la población. Esto no debe ser considerado como una proposición tajante. Las cargas feudales podían ser pagadas en prestaciones de trabajo, en especie o en dinero. A menudo era ventajoso para el terrateniente pasar de una forma a otra[168]. Por este motivo, el simple cambio en la *forma* de la renta feudal no fue determinante en sí mismo. De hecho, Takahashi llega a afirmar que es epifenoménico[169], aunque esto me parece excesivo. Incluso aunque pudiera ser

---

[166] Postan, *Transactions of the Royal Historical Society*, XX, pp. 192-193.

[167] Véase François Chevalier, *Land and society in colonial Mexico*, Berkeley, Univ. of California Press, 1963.

[168] «El desarrollo de las rentas monetarias no siempre está conectado con la conmutación de las prestaciones de trabajo. En un cierto número de señoríos, las rentas monetarias surgieron como conmutación de las rentas en especie. Las rentas monetarias también podían coexistir con las prestaciones de trabajo y las rentas en especie. Finalmente, la renta monetaria podía surgir como resultado del arriendo de parte de la reserva señorial.» Eugen A. Kosminsky, *Past and Present*, 7, pp. 16-17. Véase Postan: «En este ensayo se ha asumido tácitamente que las rentas y las prestaciones de trabajo se mantenían en una relación mutuamente complementaria, y que el crecimiento de unas, en circunstancias normales, iría acompañado de un decrecimiento de las otras.» *Transactions of the Royal Historical Society*, XX, p. 191.

[169] «El cambio en la estructura de la propiedad feudal de la tierra que acompañó el declinar del sistema señorial, trajo aparejado un cambio en la forma de la renta: en Inglaterra el paso a la renta monetaria, en Francia y Alemania el cambio de naturaleza de la renta feudal. Previamente los campesinos habían proporcionado plustrabajo directamente en forma de trabajo, y ahora lo pagaban en formas realizadas, en productos o en su precio monetario. El cambio se limitó a esto [...] En ambos casos los terratenientes feudales, en virtud de su propiedad, utilizaban directamente "coerción extraeconómica", sin intervención de las leyes del intercambio de mercancías, para obtener el excedente de los productores campesinos *(tenanciers, Besitzer)* que de hecho ocupaban la tierra, los medios de producción.» Takahashi, *Science and Society*, XVI, página 327.

cierto en alguna medida para los siglos XIII y XIV, el aumento de los pagos de las cargas en términos monetarios ciertamente *se convirtió* en una diferencia significativa en el siglo XVI, precisamente porque las fuerzas coercitivas «extraeconómicas» presionaban no sobre los trabajadores rurales, sino sobre los terratenientes, llevándolos más lejos de lo que deseaban[170], o al menos llevaron a algunos terratenientes. En una época de expansión, había competencia por la mano de obra. Los terratenientes más ricos podían permitirse el comprar la mano de obra de otros. Los más pequeños, a menudo, no tenían más opción que aceptar arrendatarios en su tierra. Puede que fueran los de tamaño intermedio los que se aferraran durante más tiempo a las viejas relaciones feudales[171].

---

[170] Weber explica convincentemente por qué un cierto número de fuerzas exteriores al señorío estaban interesadas en llevar adelante este proceso hasta una más completa transformación de la situación: «Los intereses comerciales de la burguesía de nuevo establecimiento en las ciudades [...] promovían el debilitamiento o disolución del señorío, porque éste limitaba sus propias oportunidades de mercado [...] Por el simple hecho de los servicios y pagos obligatorios de los arrendatarios, el sistema señorial limita el poder adquisitivo de la población rural, porque impide a los campesinos dedicar toda su fuerza de trabajo a la producción para el mercado y desarrollar su poder adquisitivo [...] Por añadidura, existía un interés por parte del capitalismo en desarrollo en la creación de un mercado libre de trabajo [...] El deseo de los nuevos capitalistas de adquirir tierra les daba un interés adicional antagónico con el sistema señorial [...] Finalmente, también intervenía el interés fiscal del Estado, que contaba con que la disolución del señorío aumentase la capacidad de pago de impuestos de las zonas agrícolas.» *General economic history*, p. 94.

[171] Véase Dobb: «Sucedía con frecuencia que los señoríos menores [...] estuvieran mucho peor abastecidos de trabajo servil, en relación a sus necesidades, que los más vastos, en especial los de la Iglesia. Además, cuando se producían "seducciones" o raptos por la fuerza de siervos entre terratenientes, los señoríos menores estaban más expuestos a sufrir la competencia y las depredaciones de sus vecinos más ricos y poderosos, y, por lo tanto, se mostraban ansiosos de obtener protección jurídica [...] Pero a veces [...] esto producía un efecto opuesto. Si la cantidad de trabajo servil de la que un dominio podía disponer bajaba de cierta cifra decisiva, su señor, si a pesar de ello consideraba conveniente cultivar su reserva, estaba necesariamente obligado a recurrir, en lo esencial, a trabajo asalariado; y la cuestión de la cantidad de prestaciones obligadas que podía imponer a cada uno de sus siervos revestía para él un interés relativamente escaso, y de cualquier forma, mucho menor que para su vecino más rico. Si no había trabajadores para contratar, la alternativa que se le presentaba no era incrementar o extender las prestaciones de trabajo (pues éstas serían en cualquier caso insuficientes), sino abandonar el cultivo de la reserva señorial y encontrar, en cambio, los arrendatarios que pudiera, que le pagaran una renta por el uso de la tierra.» *Studies*, pp. 59-60.

Inglaterra y Francia habían seguido el mismo camino en la Baja Edad Media. En ambas hubo manumisión de la servidumbre, un aumento del arrendamiento por dinero, y correlativamente un aumento del trabajo asalariado. No obstante, en el siglo XVI ocurrió algo curioso. Inglaterra continuó su camino. Europa del este se dirigió hacia una «segunda servidumbre». El sur de Francia se decantó hacia la aparcería. En el norte de Francia, la transformación pareció detenerse. Como señala Bloch, «los pueblos que no habían sido capaces [en el siglo XVI] de obtener su libertad, encontraron cada vez más difícil el lograrlo»[172].

Se puede ver esto como una limitación de la capacidad del siervo para liberarse. Bloch lo considera más bien como una limitación del señor para forzar al siervo a un arreglo de arrendamiento[173]. Bloch explica esa diferencia crucial entre Inglaterra y Francia en términos de diferencias previas. Francia estaba económicamente más desarrollada que Inglaterra, en el sentido de que la economía monetaria se había extendido antes y con mayor amplitud. Inglaterra estaba más «desarrollada» políticamente que Franoia, en el sentido de que tenía unas instituciones centrales más poderosas, en último término a causa de que el poder real procedía en Inglaterra de una situación de conquista, mientras que en Francia los reyes tenían que consolidar lentamente su autoridad en medio de una verdadera dispersión feudal. Veamos ahora la lógica de estos argumentos.

---

[172] Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 117.

[173] «En Alemania oriental, más allá del Elba, y en los países eslavos al este de allí, todo el sistema señorial cambió y abrió paso a uno nuevo. Las cargas feudales ya no son lucrativas. ¡No importa! El terrateniente mismo se convirtió en productor y comerciante de trigo. Se juntaron en sus manos los campos arrebatados a los aldeanos [...] la reserva señorial devoró o sangró los terrazgos. En Inglaterra, los acontecimientos siguieron otro curso. También allí, es cierto, el desarrollo directo [por los terratenientes] creció rápidamente, a expensas de las tierras comunales y de los campesinos. Sin embargo, en buena medida el terrateniente sigue siendo un rentista. Pero la mayor parte de sus rentas dejan de ser inmutables. A partir de este momento las pequeñas tenencias serían entregadas, a lo más, por tiempo limitado, más usualmente a placer del señor. Nada más simple, en cada renovación, que ajustar la renta a las circunstancias económicas del momento. En los dos extremos de Europa, el rasgo fundamental es el mismo: el régimen de tenencias a perpetuidad, que era ampliamente responsable de la crisis [feudal de los siglos XIII y XIV], fue desechado.

»Ahora bien, esto, en Francia, de una forma tan descarnada, resultaba imposible.» Bloch, *ibid.*, I, pp. 131-132.

En primer lugar, Francia estaba localizada más centralmente respecto a las corrientes del comercio y la tecnología europeas que Inglaterra, y, por tanto, sus clases terratenientes se desarrollaron antes, ocurriendo también antes el proceso de conversión de las cargas feudales en rentas monetarias [174]. Pero dado que las presiones contrarias a la disolución de los señoríos se dieron más o menos simultáneamente en Inglaterra y Francia, los señoríos ingleses aún se mantenían relativamente más intactos que los franceses a comienzos del «largo» siglo XVI. Por lo tanto, deduce Bloch, los terratenientes ingleses tenían relativamente mayor libertad que los terratenientes franceses para sacar partido a las nuevas posibilidades de comercialización de las grandes propiedades. Los ingleses tendieron hacia un sistema de trabajo asalariado y manumisión continuada. Los franceses tuvieron que sacar del mal el menos, y los terratenientes intentaron aumentar sus ingresos por medio de renovadas presiones a la vieja usanza.

El segundo argumento se refiere a la relación entre el rey y la nobleza incluso *desde el siglo* XII. Los ingleses habían establecido un fuerte control central en lo judicial. La otra cara de este logro, no obstante, era que *dentro* del señorío el señor, aunque perdía poder sobre los delitos, obtenía autoridad absoluta para hacer lo que le viniera en gana acerca de la tenencia de la tierra. En los siglos XIV y XV, los tribunales señoriales dieron de lado la tenencia en enfiteusis en su interpretación de la ley consuetudinaria. Cuando finalmente la justicia real se vio capacitada para intervenir en tales cuestiones, a finales del siglo XV, descubrieron que la «ley consuetudinaria» permitía rentas variables.



En Francia, no obstante, no había justicia criminal central. Por otra parte, el señor feudal jamás tenía autoridad exclusiva en las leyes sobre tierras. Así, la patrimonialidad no era tan sencilla de socavar. Quién era el verdadero «dueño» se convirtió en una oscura cuestión legal. Al llegar el siglo XVI había juristas que estaban dispuestos a argumentar que el arrendatario no podía ser desalojado. Incapacitado, por tanto, para cambiar las rentas, el señor tenía que readquirir la tierra, por medio de la manipulación judicial de documentos, y aumentando mediante su

---

174 «[El] movimiento tendente a la disminución de los señoríos [en Inglaterra] había ocurrido mucho más tarde [que en Francia]: finales del XIII-XIV-XV, en vez del XI-XII-comienzos del XIII (a grandes rasgos). Un retraso natural, ya que el señorío se había creado más tarde.» Marc Bloch, *Seigneurie française et manoir anglais*, p. 114.

«redescubrimiento» las cargas feudales[175]. A la larga, esta diferencia resultaría crucial[176].

Por lo tanto, lo que Bloch parece argumentar es que, ya que el sistema judicial inglés concedía al terrateniente una mayor flexibilidad, el arrendamiento por dinero y el trabajo asalariado comenzaron a expandirse, permitiendo que florecieran tanto las grandes posesiones ganaderas como los *yeomen*, que se estaban transformando en *gentry*. Esto también llevaría a una mayor cantidad de mano de obra rural hacia las ciudades, para formar un proletariado por medio del cual se produciría la industrialización. En Francia, paradójicamente, la propia fuerza de la monarquía obligó a la clase señorial a mantener formas de posesión de la tierra menos funcionales económicamente, más «feudales», que retrasarían su avance.

Resolver el asunto de la tenencia de la tierra tuvo a su vez grandes consecuencias para el papel que jugarían los países en el sistema mundial. Un sistema de gestión de las fincas como el de la Europa oriental requiere grandes cantidades de personal para su supervisión. Si los terratenientes ingleses hubieran seguido esta dirección, podría no haber habido personal suficiente para ocupar los abundantes nuevos puestos administrativos requeridos por la emergente economía-mundo: administradores

[175] Véase Bloch, *Caractères originaux*, I, pp. 132-139. A. D. Lublinskaya dice de este análisis: «Estas explicaciones de Marc Bloch me parecen superficiales.» En su artículo, sin embargo, no ofrece una explicación mejor. «Préface à l'édition russe des *Caractères originaux de l'histoire rurale française*», *Annales ESC*, XIV, 1, enero-marzo de 1959, p. 201.

Edouard Perroy llega incluso más lejos en la línea de Bloch, porque sostiene que, mientras Inglaterra estaba abandonando su carácter feudal en la Baja Edad Media, precisamente en este momento Francia refuerza de hecho el suyo, con la colaboración y, más aún, por iniciativa del rey. Su argumentación es la siguiente: Francia había sido el país más afectado por la descomposición feudal en la Alta Edad Media. De aquí que el rey tuviera tan sólo los poderes de un terrateniente, *primus inter pares*. La solución de los Capeto a este dilema fue extender el señorío del rey hasta incluir toda Francia, que se convirtió en una vasta pirámide feudal con el rey como único vértice. Por consiguiente, en el siglo XIII y posteriormente, los reyes fomentaron la transformación de las tierras alodiales en feudos, trayéndolas así bajo su autoridad última. Véase Perroy, *Le Moyen Age*, pp. 370-371.

[176] Para indicar esto debemos adelantarnos a nuestra narración: «En Inglaterra, la caída del absolutismo permitió, en beneficio de la *gentry*, la difusión del famoso movimiento de los "cercamientos", la transformación de los métodos técnicos, pero también, en la práctica, a causa de esta transformación y de sus efectos, la ruina y desposesión de innumerables arrendatarios. En Francia, por un desarrollo análogo pero inverso, la victoria de la monarquía absoluta limitó la extensión de la "reacción feudal".» Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 139.

comerciales, eventualmente personal en ultramar, etc. No es que los terratenientes cedieran personal para tales usos, sino que al irse expandiendo éstos, fue quedando menos gente para utilizar en puestos de supervisión de las fincas. El arrendamiento era una salida posible. Hagamos una panorámica general. El noroeste de Europa está en camino de dividir el uso de su tierra entre ganadería y labrantío. Esto sólo fue posible al crear la ampliación del mercado, un mercado aún mayor para los productos de la ganadería [177], y gracias al suministro por parte de la periferia de la economía-mundo de suplementos de cereales para las áreas del centro. La semiperiferia iba abandonando la industria (labor cada vez en mayor medida confiada al centro) y *acercándose* a una relativa autosuficiencia en la agricultura. La especialización agrícola del centro favoreció la monetización de las relaciones de trabajo en el campo, en la medida en que el trabajo era más especializado y los propietarios deseaban librarse de la carga de un excedente de trabajadores agrícolas. El trabajo asalariado y las rentas en dinero se convirtieron en los medios de control del trabajo. En este sistema podía emerger un estrato de granjeros independientes a pequeña escala, y de hecho hacerse poderoso, tanto a través de sus productos agrícolas como a través de sus relaciones con las nuevas industrias artesanales. Dado el aumento en la población y la declinación de los salarios, se sigue, como dijo Marx, que el *yeoman* «se enriquecía, al propio tiempo, a costa de sus asalariados y de su terrateniente» [178]. Usurpaban (por medio del cercamiento) las tierras de los primeros, argumentando públicamente la necesidad de garantizar el suministro de alimentos de la nación [179], y después les contrataban con salarios bajos, obteniendo mientras tanto, con rentas fijas, cada vez más tierras de los propietarios de grandes reservas señoriales. No debemos sobrevalorar la fuerza de esta nueva clase de *yeomen*. Es suficiente con darse cuenta de que se convirtieron en una significativa fuerza eco-

---

[177] Los medios a través de los cuales el creciente mercado de alimentos de Londres fomentó la producción ganadera, en extensiones cada vez mayores de Inglaterra y Gales, son descritos por F. J. Fisher, «The development of the London food market, 1540-1610», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history,* I, Nueva York, St. Martin's, 1965, pp. 135-151.

[178] Marx, *Capital,* I, cap. 39, p. 744. [*El capital,* I, vol. 3, pp. 930-931.]

[179] «[En Inglaterra], la difusión del nuevo industrialismo dio fuerza al alegato de los arrendatarios de que la sustitución del pastoreo en gran escala por la agricultura en pequeña escala era la única solución para el problema de la alimentación del país.» Klein, *The Mesta,* p. 344.

nómica y, por tanto, política. Su fuerza económica yacía en el hecho de que tenían todos los incentivos para ser «emprendedores». Buscaban riqueza y ascenso social: la ruta del éxito pasa por la eficiencia económica. Pero no estaban aún lastrados ni por las obligaciones tradicionales de largueza ni por las obligaciones del estatus de gastos en lujos o vida social [180].

Obviamente, tal redistribución del esfuerzo económico rural tuvo un gran impacto sobre el carácter de las áreas urbanas. ¿Qué pasaba en las ciudades? Sabemos que el siglo XVI fue una época de crecimiento general de la población y de aumento en las dimensiones de las ciudades, en términos absolutos en todas partes, pero en términos relativos en las áreas del centro. Sabemos que de ello se sigue, lógicamente y a partir de la evidencia empírica, que, como dice Helleiner, «se debe asumir que en el [siglo XVI], la presión de la población sobre los recursos de la tierra iba en aumento» [181]. En Europa del este, alguna gente se trasladó a las tierras fronterizas. De la península Ibérica algunos se trasladaron a las Américas, y otros fueron expulsados (judíos, moriscos más adelante) a otras áreas del Mediterráneo. En Europa occidental, en general, se dio una emigración a las ciudades y un creciente vagabundeo que era «endémico» [182]. No hubo tan sólo un éxodo rural, el del trabajador expulsado por los cercamientos o el del trabajador migratorio que bajaba de la montaña al llano durante algunas semanas en tiempos de cosecha, el «verdadero proletariado rural», según Braudel [183]. Estaba

---

[180] Marc Bloch señala que en Francia surge en el siglo XVI el nuevo tipo social del «caballero agricultor», el propietario de un dominio que supervisa sus propias tierras. «Nada podía ser más ventajoso, si se hacía de una manera inteligente, que esta supervisión por el propio dueño. Pero esto implicaba vivir allí [...] Pero el exilio [de París], después de todo, era una solución desesperada; además, muchos grandes terratenientes, nobles o burgueses, no tenían interés ni tiempo para vivir en sus campos; por no hablar del hecho de que la gente rica poseía usualmente campos muy diferentes, dispersos a lo largo y a lo ancho, lo cual hacía imposible para ellos supervisarlos todos en persona.» *Caractères originaux,* I, p. 149.

[181] Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe,* IV, p. 24.

[182] Braudel y Spooner, *Relazioni del X Congreso Internazionale di Scienze Storiche,* IV, p. 242.

[183] Braudel, *La Méditerranée,* I, p. 67. «En condiciones miserables de higiene y salubridad, el campesino, en estas tierras, tiene que vivir, además, ganando muy poco. Todo tiene dueño, y lo que produce es para el amo. El campesino, que es con frecuencia un recién llegado, un hombre sencillo arrancado a su montaña, se deja engañar por la gente de la planicie, el terrateniente o su administrador. En muchos casos es, de hecho, una especie de esclavo colonial, cualquiera que sea, sobre el papel, su condición jurídica [...] La planicie pertenece al señor.»

también el vagabundaje «provocado por la desaparición de las mesnadas feudales, por el licenciamiento de los ejércitos enrolados que habían servido a los reyes contra los vasallos»[184].

¿Qué es lo que hacían todos estos vagabundos? Suministraban, por supuesto, la mano de obra no especializada a las nuevas industrias. Según Marx, «el rápido florecimiento de las manufacturas, sobre todo en Inglaterra, fue absorbiéndolos poco a poco»[185]. Y, como hemos visto, su disponibilidad era una de las condiciones de la buena disposición de los terratenientes a conmutar las prestaciones feudales por rentas[186].

Este cuadro de una fuerza de trabajo en expansión, no productora de alimentos, es, no obstante, difícil de reconciliar con

---

[184] Karl Marx, *Pre-capitalist economic formations*, Londres, Lawrence & Wishart, 1964, p. 134. [Apéndice correspondiente a *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970, p. 63.]

[185] *Ibid.*, p. 135. [*La ideología alemana*, p. 64.]

[186] Dobb, *Studies*, p. 55. Dobb añade: «Nos encontramos, en realidad, con la paradoja de que, con sólo que se hubiera alcanzado ese nivel decisivo de productividad (en relación con el precio del trabajo asalariado), el trabajo asalariado podría haber sido incluso *menos* eficiente que el trabajo servil, resultando empero ventajoso su empleo» (p. 56). En una nota al pie, continúa: «El plusproducto que dejaba el trabajo asalariado no necesitaba ser mayor que el que rendía el trabajo servil (= el producto del trabajo del siervo cuando trabajaba para el señor), puesto que, aunque estamos suponiendo que trabajo asalariado reemplaza a trabajo servil en el dominio, en realidad no lo sustituye, sino que se *agrega* al trabajo servil como *fuente de plusproducto*. Si suponemos que el señor conmutaba las *corvées* a cambio del equivalente de lo que el tiempo de plustrabajo de los siervos podía producir cuando se dedicaba a cultivo de la reserva señorial, entonces el señor ganaría con el cambio en el caso de que el nuevo trabajo asalariado produjera un plusproducto, cualquiera que fuera éste, por encima de sus salarios, puesto que ahora percibiría este plusproducto como un añadido a lo que recibía de sus siervos a título de obligaciones conmutadas.»

Además, como nos recuerda Marc Bloch, «el trabajo de *corvée* no siempre carecía absolutamente de costo [para el terrateniente]. Durante los "trabajos gratuitos", especialmente, era usual alimentar al trabajador [*tenancier*]. Por consiguiente, no resultaba rentable si el precio del alimento excedía al valor del trabajo. Puede parecer absurdo sugerir que los salarios podían ser inferiores al costo del alimento del asalariado. Pero debemos recordar la pobre calidad del trabajo [...] [Además], cuando no se requerían los servicios del campesino sujeto a la *corvée*, ello significaba que éste los había comprado; es decir, se le pedía un pago en su lugar. Así, debemos poner en una columna el valor del pago sustitutivo que se pudiera esperar razonablemente, más, cuando correspondiera, el ahorro del costo de la comida. En la otra columna, pondremos el precio de los días de trabajo asalariado que sustituirían el trabajo de *corvée*. Según el total de una columna excediera o no a la otra, se consideraría si abandonar o no las *corvées*.» *Seigneurie francaise*, páginas 116-117.

otro hecho. Jones y Woolf argumentan que una precondición para el desarrollo industrial, que se dio por primera vez en la Europa del noroeste en el siglo XVI, es que junto con un incremento en la productividad y un más amplio mercado, se produjo «una pausa en la intensa presión del crecimiento de la población, pausa durante la cual podrían multiplicarse los ingresos en vez de los hombres» [187].

Pero ¿qué decir entonces del excedente de población que hinchaba las ciudades de los Estados del centro, que erraba por los campos vagabundeando? Bueno, por una parte, no hacían más que morirse en grandes cantidades. Algunos fueron ahorcados por vagabundos [188]. Las epidemias de hambre eran frecuentes, especialmente dados «la lentitud y el precio prohibitivo de los transportes, [y] la irregularidad de las cosechas» [189]. Tal como lo plantean Braudel y Spooner, un análisis de esta economía «tiene que tomar en cuenta la "juventud" de esta población [vagabunda], cuya vida media era en general baja debido al hambre y las epidemias» [190].

Esto justificaría entonces un fenómeno señalado por Braudel, que de otra forma sería desconcertante: «El proletariado de las ciudades sólo podía mantenerse estable, y mucho menos aumentar, gracias a las inmigraciones constantemente renovadas» [191]. También ayuda a explicar la extraña circunstancia señalada por Phelps-Brown y Hopkins de que, a pesar de la significativa caída de los salarios de los trabajadores, hubiera tan relativamente poca agitación social. Ellos dicen: «Parte de la respuesta pudiera ser que esto supuso una caída de un nivel superior [el del siglo XV], de modo que, por grande que fuera, que lo fue, permitía aún al asalariado la subsistencia» [192].

---

[187] Jones y Woolf, *Agrarian change and economic development*, p. 4.

[188] Marx, *Pre-capitalist economic formations*, p. 134. [*La ideología alemana*, p. 63.]

[189] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 300.

[190] Braudel y Spooner, *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, IV, pp. 241-242.

[191] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 306. «Estos indispensables inmigrantes no siempre eran hombres de poco pelo o de mediana calidad. No pocas veces, traían consigo técnicas nuevas, no menos indispensables que sus personas para la vida urbana. Los judíos, inmigrantes muy especiales a quienes se perseguía por su religión y no por su miseria, desempeñaron un papel excepcional en las innovaciones técnicas de la época.»

[192] Véase Phelps-Brown y Hopkins, *Economica*, XXVI, p. 294. Las diferencias comparativas entre los estilos de vida de diferentes clases de habitantes de la ciudades pueden no haber sido distintas en absoluto de las de la Europa contemporánea. Se puede espigar una sugerencia en

Pero este nivel de subsistencia de los salarios del trabajador del noroeste de Europa sólo fue posible teniendo una periferia de la que importar trigo, teniendo metales preciosos para que el flujo se mantuviera, y dejando morir a parte de la población; aspecto que resultaría fascinante investigar. ¿Acaso no es probable que, ya en el siglo XVI, hubiera sistemáticas distinciones étnicas de rango en el seno de la clase trabajadora en las diversas ciudades de Europa? Por ejemplo, Kazimierz Tyminiecki señala precisamente este fenómeno en las ciudades del este del Elba en el siglo XVI, donde los trabajadores alemanes excluían a los emigrantes eslavos de las ocupaciones más elevadas[193]. No parece haberse realizado excesiva investigación acerca de la distribución étnica de la clase trabajadora urbana en los comienzos de la Europa moderna, pero apostaría a que la descripción de Tyminiecki podría ser considerada como típica de la totalidad de la economía-mundo. No es sólo que en el seno de esta economía-mundo las ciudades estuvieran distribuidas desigualmente, sino que, dentro de las propias ciudades, probablemente estuvieran distribuidos desigualmente los grupos étnicos. No debemos olvidar aquí el concepto de capas en el seno de las capas.

Si hemos de tener cuidado en saber a quién nos referimos al hablar de trabajadores urbanos, debemos tener cuidado al examinar las clases superiores. En la Europa medieval, el estatus alto pertenecía a los guerreros-terratenientes llamados nobles. En su mayor parte, eran un grupo ocupacionalmente homogéneo, diferenciado fundamentalmente por un rango que estaba,

---

este sentido de un estudio realizado en 1559 de 3.096 hogares (alrededor de 12.000 personas) en Málaga. Este estudio arroja la siguiente división en clases: razonables, no necesariamente ricos, 10 por 100; pequeños, 70 por 100; pobres, 20 por 100. ¿Ofrecería resultados radicalmente distintos un estudio de Málaga, o incluso de París, en el siglo XX? Este estudio lo cita Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 413.

[193] «En la parte de Alemania al este del Elba, desde Lusacia, a través de Brandemburgo, hasta Mecklemburgo —por tanto en un área en la que, pese a una larga dominación por los alemanes (o por príncipes germanizados), seguía estando fuertemente presente en el campo el elemento eslavo—, se ve que en este período, es decir, a partir del siglo XIV, pero especialmente en el siglo XV y primera mitad del XVI, fue típica la aparición en las ciudades de restricciones para la admisión de eslavos en los gremios artesanos. Así, además de las discriminaciones sobre la base de la nacionalidad, vemos dirigidas contra la población [eslava] otras discriminaciones «sociales». Esto viene ocasionado por la fuerte tendencia de los eslavos a emigrar a las ciudades.» Kazimierz Tyminiecki, «Le servage en Pologne et dans les pays limitrophes au moyen âge», *La Pologne au X^e Congrès International des Sciences Historiques à Rome*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1955, p. 25.

en términos generales, en correlación con el tamaño del dominio y el número de vasallos. Sin duda, los individuos y las familias ascendían y descendían en la escala de rango. También en unas pocas ciudades emergió un patriciado urbano. Ya hemos discutido en el anterior capítulo algunas de las confusiones conceptuales de identidad a las que esto dio lugar.

Pero en el siglo XVI ¿era el terrateniente-comerciante aristócrata o burgués? Es obvio que tanto genérica como específicamente esto no quedaba claro. La imagen se había complicado con la creación de una economía-mundo basada en el comercio y en la agricultura capitalista. Observemos sucesivamente a los mercaderes internacionales y después a los «industriales», y fijémonos tanto en su distribución geográfica como en sus vínculos con las clases terratenientes.

En muchos aspectos, las técnicas de ganancia comercial usadas en el siglo XVI no eran más que una extensión de los métodos que habían aprendido a utilizar las ciudades frente a sus *hinterlands* inmediatos en la Baja Edad Media. El problema colectivo de las ciudades era el de controlar su propio mercado, es decir, el de poder reducir el costo de los productos comprados al campo y minimizar el papel de los mercaderes extranjeros[194]. Se utilizaron dos técnicas. Por una parte, las ciudades buscaron obtener no sólo el derecho legal a establecer impuestos sobre las operaciones de mercado, sino también el derecho a regular la operación comercial (quién debía comerciar, cuándo, con qué se debía comerciar). Más aún, buscaban restringir las posibilidades de que su propio campo comerciara excepto a través de la ciudad. El resultado fue lo que Dobb considera una

[194] En cierta forma se puede pensar en el aristócrata dedicado a los negocios simplemente como un «comerciante forastero» desde el punto de vista de la burguesía urbana. Véase el análisis de Fritz Redlich: «El grueso de las regulaciones restrictivas y códigos de sanciones [contra la dedicación de los aristócratas al comercio] parece haber aparecido y haberse originado en una fecha bastante tardía, concretamente hacia 1600 [...] De hecho, parece que las restricciones afectaban a las actividades de los herederos [...] En bastantes casos las restricciones contra las actividades comerciales de los nobles fueron promulgadas para proteger a los comerciantes de las ciudades, a los que ponía en peligro la competencia de los nobles, y no porque estas actividades fueran consideradas inapropiadas para personas nobles [...] En general, las prohibiciones parecen haber hecho referencia al menudeo y las artesanías; siempre dejaban campo a lo que llamamos actividades empresariales en la agricultura, a la industria en gran escala [...] y en muchos casos también al comercio ultramarino.» «European aristocracy and economic development», *Explorations in Entrepreneurial History*, VI, 2, diciembre de 1953, p. 83.

especie de «colonialismo urbano» [195]. Con el tiempo, estos diversos mecanismos variaron sus términos de intercambio a favor de los hombres de la ciudad, a favor, por tanto, de las clases comerciales urbanas, en contra tanto de las clases terratenientes como de las campesinas.

Pero las ganancias así conseguidas, aunque importantes, eran pequeñas en comparación con lo que se podía ganar por medio del comercio a larga distancia, especialmente con el comercio colonial o semicolonial. Henri Sée calcula los márgenes de ganancia de las primeras operaciones comerciales coloniales como muy altos: «en ocasiones superiores al 200 o el 300 por 100, en acuerdos que eran poco más que actos de piratería» [196]. Había en

---

[195] Dobb, *Studies*, p. 95. El paso del «colonialismo urbano» al «colonialismo nacional» podría verse entonces como un paso natural, una vez que la tecnología amplía las dimensiones de lo que Frederic Lane llama «monopolio natural» de la fuerza: «En gran parte de la Europa medieval, gobernar un territorio mayor que una provincia traía inconvenientes de escala. Por el contrario, en el siglo XVII se había hecho imposible para un gobierno defender contra los intrusos el monopolio incluso de una sola provincia a menos que su aparato militar fuera suficientemente fuerte para conquistar un reino nacional. La dimensión de los monopolios naturales ha cambiado, y ha habido períodos de competencia y altos costos de protección mientras se establecían nuevos monopolios naturales acordes con las nuevas técnicas. En nuestra época de armas atómicas quizá no existe ningún monopolio natural de dimensiones más reducidas que las del mundo entero.» «Economic consequences of organized violence», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 415-416, n. 4.

[196] Henri Sée, *Modern capitalism*, Nueva York, Adelphi Co., 1928, p. 41. Análogamente, Dobb sostiene: «Internamente el mercado se estaba expandiendo [en Inglaterra], no sólo a través del crecimiento de las ciudades y la multiplicación de los mercados urbanos, sino también por la creciente penetración de la economía monetaria en el señorío, con el crecimiento del trabajo asalariado y el arrendamiento de la reserva señorial a cambio de una renta en dinero. Sin embargo, era el comercio exterior lo que proporcionaba las mayores oportunidades de rápido avance comercial, y fue en esta esfera donde se amasaron las fortunas más impresionantes.» *Studies*, p. 129.

Lenin también sostiene el papel esencial del comercio internacional en el desarrollo del capitalismo nacional: «La necesidad de mercado exterior para un país capitalista no se determina en modo alguno por las leyes de la realización del producto social (y de la plusvalía en particular) sino, en primer lugar, por la circunstancia de que el capitalismo aparece sólo como resultado de una *circulación* de mercancías ampliamente desarrollada, que rebasa los límites del Estado. Por eso no es posible imaginarse una nación capitalista sin comercio exterior, además de que no existe.» V. I. Lenin, *The development of capitalism in Russia*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1956, p. 44. [*El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 48-49.]

Esta primacía del mercado mundial permite a Frédéric Mauro decir que es «el capitalismo comercial lo que distingue a la civilización occi-

realidad dos aspectos separados en esta elevada tasa de ganancia. Uno era la situación «monopsónica» en el área colonial, es decir, monopsónica en la «compra» de tierras y mano de obra. Esto fue organizado, como hemos visto, por el uso de la fuerza legal, tanto en la América española como en el este de Europa. El segundo era la falta efectiva de competencia en las áreas de venta de los productos primarios, Europa occidental. Esta falta de competencia era, en parte, consecuencia de la falta de desarrollo tecnológico, y en parte de la verticalidad de las cadenas de comercialización.

Sin duda, la tecnología de las transacciones comerciales había sido testigo de adelantos muy importantes a finales del siglo XIII y a principios del XIV: los bancos de depósito, la letra de cambio, los corredores, las sucursales de organizaciones comerciales centrales. Chaunu estima que estas técnicas permitieron al capitalismo comercial aumentar, «tal vez diez veces», su capacidad de extraer excedente y tener así «los barcos, los hombres, los medios necesarios para alimentar la aventura de la exploración y después la explotación del nuevo espacio, en estrecha relación con el Estado» [197]. No obstante, la suma total de estas innovaciones comerciales era insuficiente para hacer posible que los comerciantes a larga distancia entraran en el mercado mundial sin un capital sustancial y habitualmente asistencia del Estado. Por tanto, no podían entrar demasiados en estas condiciones, y aquellos que ya estaban dentro no intentaban activamente alterar la situación [198].

Más importantes incluso eran los vínculos verticales. Las fuentes de capital eran limitadas. Recordemos que incluso los aparatos de Estado eran deudores a gran escala. Las ganancias de las plantaciones de azúcar portuguesas basadas en mano de obra esclava, por ejemplo, no iban a parar solamente a los portugueses directamente implicados en ellas, sino a personas de las economías europeas más «avanzadas», que suministraban

---

dental entre 1500 y 1800, entre el Renacimiento y la revolución industrial.» «Towards an "intercontinental model": European overseas expansion between 1500-1800», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 1, 1961, pp. 1-2.

[197] Chaunu, *L'expansion européenne*, p. 311.

[198] «La falta de desarrollo del mercado —la incapacidad de los productores para intercambiar sus productos en escala más amplia que la parroquial—, precisamente, proporcionó al capital mercantil su dorada oportunidad [...] En la medida en que perduraban estas condiciones primitivas, lo hacían también las posibilidades de ganancia excepcional para quienes tenían los medios de explotarlas; y era simplemente natural que la perpetuación de semejantes condiciones, y no su eliminación, pasara a ser el objetivo consciente del capital mercantil.» Dobb, *Studies*, p. 89.

tanto el capital inicial como una salida industrial[199]. No era simplemente que la Europa del noroeste pudiera desarrollar las fábricas, sino que sus relaciones comerciales verticales favorecían una dependencia financiera. De hecho, no sería extremado hablar de un sistema internacional de peonaje por deudas, perfeccionado en primer lugar por los comerciantes hanseáticos frente a los pescadores y tramperos noruegos en la Baja Edad Media[200] y más adelante por los comerciantes alemanes de ciudades tales como Riga, Reval y Gdańsk frente al *hinterland* de Europa oriental. La técnica era conocida en otros lugares, siendo usada por los comerciantes de Toulouse, por los genoveses en la península Ibérica, y en áreas del comercio lanero en Inglaterra y España. ¿Cuál era el método? Muy simple: comprendía la compra de mercancías antes de su producción, es decir, pagos adelantados por entregas que se harían en el futuro. Esto evitaba la venta en un mercado abierto. Permitía que fueran los mercaderes en vez de los productores quienes decidieran el momento óptimo para la reventa al mundo. Y ya que el dinero prestado solía haber sido gastado en el momento de la entrega de las mercancías, si es que no se había gastado incluso más, el productor siempre se veía tentado a perpetuar el arreglo. Prohibido en teoría por la ley, este sistema sólo podía ser utili-

---

[199] «[El] sistema de plantaciones de caña de azúcar que existía [en Santo Tomé] estaba estrechamente ligado con el comercio internacional en gran escala en el que tomaban parte primero las grandes compañías de Amberes y después las de Amsterdam. En esos grandes centros de la vida económica se establecieron numerosas refinerías de azúcar que funcionaban en el siglo XVI gracias al creciente suministro de melazas de Santo Tomé. Se debe observar que, a pesar del papel muy activo de los comerciantes portugueses en la exportación de azúcar desde la isla, el proceso de refinado no fue emprendido por Portugal, cuya economía era débil, sino por los países que entonces prosperaban económicamente, que tenían importantes recursos de capital, trabajo libre y cualificado, es decir, países que se encontraban ya en la vía del desarrollo.» Marian Malowist, «Les débuts du système des plantations dans la période des grandes découvertes», *Africana Bulletin*, 10, 1969, p. 29.

[200] «Este era un sistema de compra de bienes mediante el pago por adelantado de entregas aún no realizadas [...] Se sabe que durante doscientos cincuenta años los comerciantes hanseáticos de Bergen mantuvieron en sus manos por este procedimiento casi todo el comercio de pieles y pescado del norte de Noruega. Los mercaderes hanseáticos hacían depender a los pescadores del norte de Noruega directamente de ellos, pagándoles por adelantado. Esto, al mismo tiempo, les permitió eliminar de este comercio, durante largo tiempo, a los ciudadános noruegos.» Marian Malowist, «A certain trade technique in the Baltic countries in the fifteenth to the seventeenth centuries», *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1960, p. 103.

zado por comerciantes que tuvieran los medios y la influencia necesarios para poder mantener la citada práctica, es decir, por «comerciantes extranjeros, o comerciantes ricos que tuvieran fácil acceso a mercados extranjeros» [201]. Estos comerciantes podían, por tanto, recoger las ganancias de la revolución de los precios y multiplicarlas. La forma en que este sistema suponía una red vertical de explotación y extracción de ganancias queda claramente descrita por Malowist de la forma en que funcionaba en Polonia:

> En los siglos XVI y principios del XVII, cuando los comerciantes de Gdańsk prestaban menor atención al comercio por mar, empezaron a ejercer una creciente influencia sobre la agricultura en todas partes de Polonia. Hacia finales del siglo XVI, cuando las condiciones para la exportación del trigo resultaban particularmente favorables, los agentes de los comerciantes de Gdańsk eran vistos regularmente en los mercados de pueblos y ciudades de Polonia, donde compraban grano [...] [En] el siglo XVII los comerciantes ricos de Gdańsk, como los de Riga, hacían pagos por adelantado no sólo a la baja *gentry*, sino incluso a los nobles ricos de Polonia y Lituania [...] Este enorme florecimiento del comercio de Gdańsk con las extensas tierras interiores puede ser explicado por el inmenso enriquecimiento de los comerciantes de Gdańsk durante los tiempos de la revolución de los precios [...] Los comerciantes de Gdańsk recibían pagos adelantados de los holandeses, y [...] estos últimos a veces recogían para tal fin sumas de dinero de comerciantes de Amberes [202].

Este sistema internacional de peonaje por deudas capacitaba a un cuadro de comerciantes internacionales para obviar (y destruir así eventualmente) a las clases comerciantes indígenas de la Europa del este (y, en cierta medida, a las del sur de Europa), entrando en relaciones directas con terratenientes-empresarios (incluida la nobleza), que eran esencialmente granjeros capitalistas, y que producían los bienes y los mantenían bajo control hasta que llegaban a la primera área portuaria de importancia, después de lo cual pasaban a las manos de algunos comerciantes de nacionalidad europea occidental (o italiana del norte) [203], que a su vez trabajaban a través de y junto con una floreciente clase financiera centrada en unas pocas ciudades.

Si los comerciantes internacionales en la economía-mundo europea eran en gran medida de determinadas nacionalidades, ¿era esto cierto también respecto a los «industriales»? ¿Y cuál era la relación entre ambos grupos? La producción industrial existía ya en la Edad Media, pero era dispersa, a pequeña esca-

[201] *Ibid.*, p. 104.
[202] *Ibid.*, p. 114.
[203] Véase Dobb, *Studies*, p. 71.

la, y en su mayor parte adaptada a un mercado de lujo. Fue sólo con el ascenso de un sistema capitalista en el marco de una economía-mundo como pudieron emerger empresarios industriales [204].

Fue precisamente en las áreas de mayor especialización agrícola donde hubo un impulso a industrializar, no sólo en momentos de expansión, sino también en momentos de contracción. Marian Malowist habla de la combinación en estas áreas del crecimiento de una industria textil y de la crisis agrícola de los siglos XIV y XV [205]. Joan Thirsk señala cómo el impulso

[204] «Antes de sobrevenir la producción capitalista, es decir, en la Edad Media, regía con carácter general la pequeña industria, basada en la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción: en el campo, la agricultura corría a cargo de pequeños labradores, libres o siervos; en las ciudades, la industria estaba en manos de los artesanos organizados en gremios [...] El papel histórico del modo de producción capitalista y de su portadora, la burguesía, consistió precisamente en concentrar y desarrollar estos dispersos y mezquinos medios de producción, transformándolos en las potentes palancas productoras de los tiempos actuales.» Friedrich Engels, *Socialism: utopian and scientific*, Nueva York, International Publishers, 1953, p. 28. [*Del socialismo utópico al científico*, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, II, p. 141.]

[205] «[En] Inglaterra, en los Países Bajos, en el sur de Alemania y en Italia, es precisamente en los siglos XIV y XV [...] cuando encontramos un muy marcado desarrollo de una industria textil rural. Los campesinos se dedican a ella por cuenta de empresarios que viven en las ciudades, o a veces también por su propia cuenta. Me parece que este hecho demuestra que la agricultura no basta para darles de vivir [...] En efecto, mientras que en Flandes, Brabante y la Toscana podemos observar un declinar gradual de la producción de bienes de lujo, durante este período, no obstante, en el mismo Flandes, en Hainaut, Holanda, Inglaterra, el sur de Alemania y ciertas partes de Italia creció un nuevo tipo de producción textil en las ciudades pequeñas y en el campo. Estos tejidos no eran de la mejor calidad, pero eran más baratos y por consiguiente estaban al alcance de la nobleza empobrecida y de otros consumidores menos acomodados [...] Durante los siglos XIV y XV, tanto en la industria como en el comercio a larga distancia, el papel de los artículos de uso común se hizo cada vez más importante en relación con el de los artículos de lujo.» M. Malowist, «The economic and social development of the Baltic countries from the 15th to the 17th centuries», *Economic History Review*, segunda serie, XII, 2, 1959, p. 178.

Véase Marx: «Las formas históricas originarias, en las cuales el capital aparece al comienzo esporádica o *localmente, junto a* los antiguos modos de producción, pero destruyéndolos cada vez más por todas partes, incluyen, por un lado, la verdadera *manufactura* (aún no fábrica); ésta surge allí donde se produce en masa para la exportación, para el mercado externo: o sea, sobre la *base del gran comercio marítimo y terrestre*, en los emporios de éste, tales como las ciudades italianas, Constantinopla, las ciudades de Flandes, las holandesas, algunas españolas, como Barcelona, etc. En un comienzo, la manufactura no somete a la llamada indus-

rural, la necesidad de encontrar una alternativa de empleo para la mano de obra rural expulsada, continuó operando en la Inglaterra del siglo XVI [206].

No obstante, esta presión rural no operaba en las áreas más «avanzadas», porque el hecho de que muchas de estas industrias estuvieran entonces localizadas en áreas rurales era función no sólo de la búsqueda rural de empleo, sino también del rechazo urbano. Muchos de los centros de la industria textil medieval en Flandes y en el norte de Italia tenían su capital invertido en la producción de bienes de lujo, y eran incapaces o no deseaban entrar en el nuevo mercado, lo cual se había hecho necesario, en primer lugar, por la crisis monetaria de los siglos XIV y XV, y después se hizo rentable con la creación de una economía-mundo en el siglo XVI. Estos empresarios no se ocupaban en este caso de las fronteras [207]. Un famoso y crucial movimiento de este tipo fue la huida de capitalistas flamencos a Inglaterra. Debemos tener presente que en esta etapa las industrias tenían

---

tria urbana, sino a la *industria campesina accesoria*, hilandería, tejido, al trabajo que requiere en menor grado habilidad artesanal corporativa, formación artística artesanal. Fuera de aquellos grandes emporios, donde la producción existe ya basada en un mercado *externo* y está, en consecuencia, orientada *naturalmente*, por así decirlo, hacia el valor de cambio —[hay allí] entonces manufacturas conectadas directamente con el transporte por barco, la construcción misma de barcos, etc.—, ésta se instala primeramente no en las ciudades sino en el campo, en las aldeas no corporativas, etc. La industria campesina accesoria contiene la amplia base de la manufactura, mientras que la industria urbana requiere un mayor progreso de la producción para poder ser llevada a cabo dentro de una organización fabril. Lo mismo ocurre con ramas tales de la producción como las fábricas de vidrio, de metal, aserraderos, etc., que desde un principio requieren mayor concentración de fuerzas de trabajo, que desde un principio utilizan más fuerzas naturales, requieren producción en masa e, igualmente, concentración de los medios de trabajo, etc. Lo mismo con las fábricas de papel, etc.» *Pre-capitalist economic formations*, página 116. [*Formaciones económicas precapitalistas*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1971, pp. 91-92.]

[206] «Se podría postular razonablemente alguna asociación entre el crecimiento de la población y la presión sobre la tierra en el siglo XVI y el auge de la industria de tejido de punto a mano en los valles de Yorkshire.» Thirsk, *Essays in economic and social history of Tudor and Stuart England*, p. 88.

[207] «Cuando los capitalistas industriales, ansiosos de tener tejido barato para su venta ambulante, intentaron producir tales tejidos en sus ciudades, encontraron que no se les permitía hacerlo así. En consecuencia encargaron cada vez más su trabajo a trabajadores rurales. Si esto estaba prohibido por los gremios o gobiernos de sus ciudades, trasladaban su industria incluso a otros países. Los "países", en el continente, no eran demasiado grandes.» Robert L. Reynolds, *Europe emerges*, Madison, Univ. of Wisconsin Press, 1967, p. 339.

una base vacilante. Se alzaban y caían. Eran como vagabundos en busca de un refugio: «Parecían un millar de fuegos encendidos al mismo tiempo, todos ellos débiles, en una vasta pradera de hierba seca»[208]. Está claro que los antiguos centros avanzados, los controladores del comercio internacional, no eran necesariamente los centros de la imaginación y la audacia. Esto parece demostrar la creencia de Henri Pirenne en la no continuidad de los empresarios capitalistas[209].

Nos vemos así obligados a ser prudentes en el uso de nuestra terminología. En una explicación que utilice categorías de clase para explicar los cambios sociales, las clases feudal y burguesa no deberían ser entendidas, como suele ocurrir, como «terratenientes» y «comerciantes». Durante el largo período de creación de la economía-mundo europea, en las países del centro de esta economía-mundo había algunos comerciantes y algunos terratenientes que salían ganando al mantener formas de producción asociadas con el «feudalismo», a saber, aquellas en que la mano de obra campesina se veía de alguna forma sistemática y legalmente obligada a ceder la mayor parte de su producción al terrateniente (*corvée*, rentas feudales, etc.). Y había algunos comerciantes y algunos terratenientes que salían ganando con la aparición de nuevas formas de producción industrial, basadas en el trabajo contractual. En el siglo XVI, esta división correspondía a menudo, en primera aproximación, a grandes y pequeños. Los grandes comerciantes y los grandes terratenientes se beneficiaban más del antiguo sistema feudal; los pequeños (¿medios? ¿crecientes?), de las nuevas formas capitalistas. Pero la dicotomía grande-pequeño debe ser utilizada con precaución y matices, y sólo se sostiene en este punto del tiempo histórico. Teóricamente, por supuesto, tiene mucho sentido. Las nuevas formas de organización social tienden habitualmente a tener menos atractivo para aquellos a quienes les va

[208] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 399.

[209] «Creo que, para cada uno de los períodos en que podamos dividir nuestra historia económica, existe una clase distinta y separada de capitalistas. En otras palabras, el grupo de capitalistas de una época dada no surge del grupo capitalista de la época precedente. A cada cambio de la organización económica encontramos una ruptura de la continuidad. Es como si los capitalistas que hasta entonces han estado activos reconocieran que son incapaces de adaptarse a las condiciones creadas por necesidades anteriormente desconocidas y que exigen métodos anteriormente no empleados. Se retiran de la lucha y se convierten en una aristocracia, que, si de nuevo desempeña una parte en la marcha de los asuntos, lo hace tan sólo pasivamente.» Henri Pirenne, *American Historical Review*, XIX, 3, abril de 1914, pp. 494-495.

bien bajo un sistema ya existente que para quienes son enérgicos y ambiciosos, pero que aún no se han establecido. Empíricamente, esto viene complicado por otras consideraciones.

Cualesquiera que fueran sus orígenes, esta nueva clase de «industriales», algunos procedentes de la *yeomanry* y otros comerciantes reconvertidos, se veían abocados a lo que Vilar considera característica esencial de una economía moderna: «el logro de ganancias medianas en mercados mucho mayores: más venta, venta en mayores cantidades, ganando menos por unidad» [210]. Parte de la ganancia procedía del retraso de los salarios [211]. Parte eran gangas inesperadas. Parte eran bajas tasas de interés real. Parte eran ganancias a crédito contra el futuro en términos de una depreciación no calculada [212]. Pero había ganancias. Y el volumen de la ganancia no sólo creó la base política de esta clase; tuvo un impacto inmediato en la totalidad de la economía. Esto se sintió en multitud de formas: como estímulo para la producción de materias primas y la movilización de recursos humanos, como una forma de hacer frente a

---

[210] Pierre Vilar, en *Actes du Colloque de la Renaissance*, p. 50.

[211] Incluso J. D. Gould, escéptico respecto a esta hipótesis, reconoce sin embargo que hubo «una caída muy aguda del ingreso real de los asalariados» en este período. Véase «The price revolution reconsidered», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 2, 1964, p. 265. Véase también Dobb: «Las notables ganancias obtenidas por el capital comercial en los siglos XIV y XV, frutos del monopolio, no se lograron tanto mediante una efectiva baja del nivel general de vida como excluyendo a la masa de los productores de una participación en los beneficios del creciente volumen de intercambio. En otros términos, los jugosos beneficios de la nueva clase de mercaderes se originaron en una reducción relativa —antes que absoluta— del ingreso de los productores. Pero hay pruebas de que esto dejó de ser así hacia la segunda mitad del siglo XVI (y quizá también en el siglo XVII, al menos durante los primeros cincuenta años).» *Studies*, páginas 119-120.

[212] Para Gould, este factor fue particularmente importante: «Se reconoce en general actualmente que a mediados del siglo XX el impacto del alza de los precios sobre los beneficios viene menos de ningún retraso de los salarios respecto a los precios —en la mayor parte de los casos no ha habido tal retraso— que del retraso de los costos de capital respecto a los precios [...] Parte —una parte creciente— de la ganancia *aparente* corresponde a depreciación no reconocida, que deberá ser compensada de alguna manera cuando la máquina deba ser reemplazada en último término. El día del ajuste de cuentas llega finalmente. Pero si la máquina o estructura posee una larga vida —y bien puede haber sido este el caso con una parte muy importante del capital fijo de los períodos Tudor y Estuardo: ruedas hidráulicas, salinas, hornos, etc.—, entonces pueden haber sido frecuentes en estos siglos las altas tasas de ganancia *aparentes*.» *Ibid.*, p. 264.

una demanda creciente que se convirtió en demanda masiva. Pero, por añadidura, hizo posible la industria responsable de la creación de muchos ahorros externos: carreteras, obras para el control de las inundaciones, puertos [213].

Está también claro que el siglo XVI fue testigo de notables desplazamientos en la localización de la industria textil. A finales del siglo XV y a principios del XVI, estas industrias se expandieron en los centros «antiguos»: el norte de Italia, el sur de Alemania, la Lorena, el Franco Condado, los Países Bajos españoles; y en Inglaterra sólo en el sudoeste y exclusivamente de telas de lana. Entonces surgieron nuevos centros, principalmente en Inglaterra y el norte de los Países Bajos, en tierras que habían sido, como observó Nef, «industrialmente atrasadas a principios del siglo XVI» [214].

Hemos intentado presentar en este capítulo la causa de la emergencia de un nuevo marco económico de acción en el siglo XVI: la economía-mundo europea basada en métodos capitalistas. Suponía una división del trabajo productivo, que sólo puede ser debidamente apreciada tomando en consideración la economía-mundo en su totalidad. La emergencia de un sector industrial fue importante, pero lo que lo hizo posible fue la transformación de la actividad agrícola de las formas feudales a las capitalistas. No todas estas «formas» capitalistas estaban basadas en mano de obra «libre»: sólo las del centro de la economía. Pero las motivaciones del terrateniente y del trabajador en el sector no «libre» eran tan capitalistas como las del centro.

No deberíamos abandonar este tema sin ver las objeciones a este análisis. Ernesto Laclau ha censurado a André Gunder Frank por sostener que en el siglo XVI en la América española existía una economía capitalista. Afirma que esto no es ni correcto ni marxista. Sin dispersarnos en un largo *excursus* de exegética marxiana, querría decir solamente que en mi opinión Laclau está en lo cierto en cuanto a la letra de los argumentos de Marx, pero no en cuanto a su espíritu. Sobre el tema de la cuestión en sí misma, el argumento básico de Laclau es que la definición de Frank de capitalismo como producción para lograr una ganancia en un mercado, en la que la ganancia no va a parar al productor directo, y del feudalismo como una economía aislada de subsistencia están ambas equivocadas conceptualmente. Argumenta que la definición de Frank, al omitir las «rela-

[213] Véase Mauro, *Le XVI^e siècle européen*, p. 298.
[214] Nef, *Conquest of material world*, p. 116.

ciones de producción» (es decir, esencialmente si la mano de obra es o no «libre»), hace posible incluir no sólo a la América española del siglo XVI, sino también «a los esclavos de los *latifundia* romanos o a los siervos de la gleba en la Edad Media europea, al menos en aquellos casos —la abrumadora mayoría— en que el señor destinara a la venta *parte* [subrayado mío] del excedente económico extraído al siervo»[215]. Sugiere después que, si Frank está en lo cierto, «tendríamos que concluir que la Inglaterra isabelina o la Francia del Renacimiento estaban maduras para el socialismo»[216]. Finalmente dice que, lejos de ser incompatible el feudalismo con el capitalismo, la expansión del mercado externo de la América española sirvió para «acentuar y consolidar [el feudalismo]»[217].

Laclau oscurece precisamente la cuestión. En primer lugar, la diferencia entre el siervo de la gleba de la Edad Media y un esclavo o trabajador en una encomienda en la América española del siglo XVI, o de un «siervo» en Polonia, era triple: la diferencia entre destinar «parte» del excedente al mercado y destinar «la mayor parte del excedente»; la diferencia entre la producción para un mercado local y la producción para un mercado mundial; la diferencia entre que las clases explotadoras gasten las ganancias y que se vean motivadas a maximizarlas y reinvertirlas parcialmente. Respecto a la inferencia de Laclau acerca de la Inglaterra isabelina, es absurda y puramente polémica. En cuanto a que la entrada en un mercado mundial capitalista acentúa el feudalismo, así es, precisamente, pero «feudalismo» de una nueva variedad.

La cuestión es que las «relaciones de producción» que definen un sistema son las «relaciones de producción» del sistema en su conjunto, y el sistema en esta época es la economía-mundo europea. El trabajo libre es, en efecto, un carácter definitorio del capitalismo, pero no el trabajo libre en todas las empresas productivas. El trabajo libre es la forma de control del trabajo utilizada para el trabajo cualificado en los países del centro, mientras que el trabajo obligado se utiliza para el trabajo menos especializado en las áreas periféricas. Esta combinación es

---

[215] Ernesto Laclau, «Feudalism and capitalism in Latin America», *New Left Review*, 67, mayo-junio de 1971, p. 25. [«Feudalismo y capitalismo en América Latina», en *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978, p. 20.]

[216] *Ibid.*, p. 30 [p. 28].

[217] *Ibid.* [p. 29].

la esencia del capitalismo. Cuando el trabajo sea libre por doquier, tendremos el socialismo.

Pero el capitalismo no puede sobrevivir en el marco de un imperio-mundo. Esta es una razón por la cual jamás emergió en Roma. Las diversas ventajas que los comerciantes tenían en la emergente economía-mundo fueron políticamente más fáciles de obtener que si hubieran sido perseguidas en el seno de un Estado único, cuyos gobernantes tendrían que responder a múltiples intereses y presiones[218]. Por eso el secreto del capitalismo estuvo en el establecimiento de la división del trabajo en el marco de una economía-mundo que *no* era un imperio, en lugar de hacerlo en el marco de un único Estado nacional. En los países subdesarrollados del siglo XX, K. Berrill señala que «el comercio internacional es frecuentemente mucho más barato y más fácil que el comercio interior y [...] la especialización entre países es a menudo mucho más fácil y temprana que la especialización entre regiones de un país»[219]. Esto también era cierto en la Europa del siglo XVI. Intentaremos demostrar cómo y por qué esto fue así a lo largo de este volumen.

En resumen, ¿cuáles fueron los logros económicos del siglo XVI y cómo los hemos justificado? No fue un siglo de gran adelanto tecnológico, excepto en cuanto a la introducción del carbón como combustible en Inglaterra y el norte de Francia. A. Rupert Hall ve tanto a la industria como a la agricultura

[218] Talcott Parsons sostiene que el desarrollo original del industrialismo tenía que producirse bajo la forma del capitalismo, es decir, un sistema en el que existieran «límites institucionales al ejercicio del poder político y que *independientemente* de la estructura política proporcionara un impulso específico al desarrollo económico». *Structure and process in modern societies*, Nueva York, Free Press, 1960, pp. 101-102. La razón para ello, según Parsons, es que: «La influencia política como tal [...] parece orientarse hacia "intereses constitutivos" relativamente a corto plazo, o bien a caer prontamente en estereotipos tradicionales. Estas parecen ser las razones por las que Weber hablaba de la influencia "económicamente irracional" de los intereses políticos» (p. 107).

Este es un razonamiento plausible, pero no parece que encaje con el hecho empírico de que el papel del Estado en el desarrollo capitalista ha sido constante a lo largo de la historia moderna. Parsons pierde de vista el esencial componente geográfico de la diferenciación estructural: que la actividad económica tenía lugar en una economía-mundo, mientras que la autoridad de los dirigentes políticos, si no su poder, estaba limitada a áreas menores que las comprendidas por la actividad económica. Esta disparidad estructural crucial fue lo que marcó el derrotero de los capitalistas.

[219] K. Berrill, «International trade and the rate of economic growth», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 3, 1960, p. 352.

«en las últimas fases de una serie de cambios, tanto tecnológicos como organizativos» que habían empezado en el siglo XIV, con la «crisis». Pero, señala, en el siglo XVI hubo una «difusión de técnicas desde el centro hacia la periferia de la civilización europea» [220].

Cuatro cosas llaman la atención en el siglo XVI. Europa se expandió en las Américas. Esto puede no haber sido determinante en sí mismo, pero fue importante [221]. El hecho crucial de la expansión ha sido señalado por Braudel: «el oro y la plata del Nuevo Mundo permitieron a Europa vivir por encima de sus posibilidades, invertir por encima de sus ahorros» [222].

Invertir por encima de sus ahorros y aumentar éstos por medio de la revolución de los precios y el retraso de los salarios. Fuera o no responsable la expansión del oro de la expansión de la producción, e independientemente de la medida en que la expansión demográfica fuera causa o consecuencia, el mismo oro era «una mercancía, y una expansión general del comercio subyace en la "prosperidad" del siglo XVI, que no fue ni un juego ni un espejismo, ni tampoco una ilusión monetaria» [223].

El tercer cambio llamativo se dio en el patrón de trabajo rural: aumento del trabajo obligado en cultivos para el mercado en la periferia y de los *yeomen* en el centro. Tal vez Takahashi exagere cuando llama al granjero *yeoman* «primer motor» [224]

---

[220] A. Rupert Hall, «Scientific method and the progress of techniques», *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 100.

[221] «La apertura de una nueva frontera en la orilla opuesta del Atlántico creó por consiguiente nuevas oportunidades, y un clima de pensamiento que fomentaba la confianza en las posibilidades de éxito. Las oportunidades existían; pero también los individuos dispuestos a aprovecharlas y capaces de hacerlo [...] América bien puede haber acelerado el ritmo del avance europeo. Incluso es posible que el avance no hubiera tenido lugar sin América. Pero aunque se acepte esta afirmación extrema, sigue siendo aconsejable recordar la lapidaria advertencia del profesor Braudel: *"L'Amérique ne commande pas seule."* América no es lo único que cuenta.» J. H. Elliott, *The Old World and the New, 1492-1650*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, p. 78.

[222] Braudel, en *Chapters*, p 268.

[223] Braudel y Spooner, *Relazioni del X Congreso Internazionale di Scienze Storiche*, IV, p. 243.

[224] «El *primer motor* que ha abolido el orden de producción y la propiedad feudales, y que lleva a cabo de forma muy natural la formación de la sociedad capitalista, debe buscarse en el desarrollo de la producción pequeña y mercantil (pequeña burguesía y campesinos independientes como productores de mercancías), y consiguientemente en su "polarización" económica en capitalistas industriales y trabajadores asalariados despojados de tierra y obligados a vender su trabajo. Este tipo de evo-

del final del feudalismo, pero resulta dudoso que hubiera podido haber un sistema capitalista sin él. Pero tampoco sin trabajo obligado en cultivos para el mercado.

Jean Néré ataca a Dobb por hacer hincapié exclusivamente en la disponibilidad de mano de obra proletaria para explicar el ascenso del capitalismo. Dice que hay que unir a este factor los movimientos seculares de los precios [225]. Braudel y Spooner, por otra parte, nos previenen contra la confusión entre fluctuaciones accidentales (la revolución de los precios) y cambios estructurales [226]. Lo que está claro es que en el siglo XVI emerge una «era capitalista» [227], y que toma la forma de una economía-mundo. Sin duda, «la fragilidad de esta primera unidad del mundo» [228] es una crucial variable explicativa de la evolución política. Pero el hecho es que la unidad sobrevive, y que en los siglos XVII y XVIII llegó a consolidarse.

Una de las características principales del sistema mundial europeo del siglo XVI es que no existía una respuesta sencilla a la cuestión de quién dominaba a quién. Se puede muy bien argumentar que los Países Bajos estaban explotando a Polonia a través de Gdańsk, y sin duda España explotaba a sus posesiones en América. El centro dominaba a la periferia. Pero el centro era muy amplio. ¿Utilizaban los comerciantes genoveses y los banqueros a España, o acaso el imperialismo español había absorbido partes de Italia? ¿Florencia dominaba Lyon, o Francia dominaba Lombardía, o las dos cosas? ¿Cómo se deberían describir las verdaderas relaciones entre Amberes (y más tarde

---

lución capitalista, creemos, debe ser clásica y específicamente característica de la historia económica de Europa occidental.» «On the "transition" from feudalism to the bourgeois revolution», *Indian Journal of Economics*, XXXV, 140, 1955, pp. 149-150.

[225] «Dobb [...] toma como hilo conductor de la historia económica las "variaciones de la energía humana disponible"; éste es sin duda un fenómeno interesante de estudiar, pero nuestro autor [...] da de lado casi totalmente ese otro hilo: los movimientos a largo plazo de los precios [...] no considera la posibilidad de combinar ambos enfoques.» Jean Néré, «Le développement du capitalisme», *Revue Historique*, CCIII, enero-marzo de 1950, p. 68.

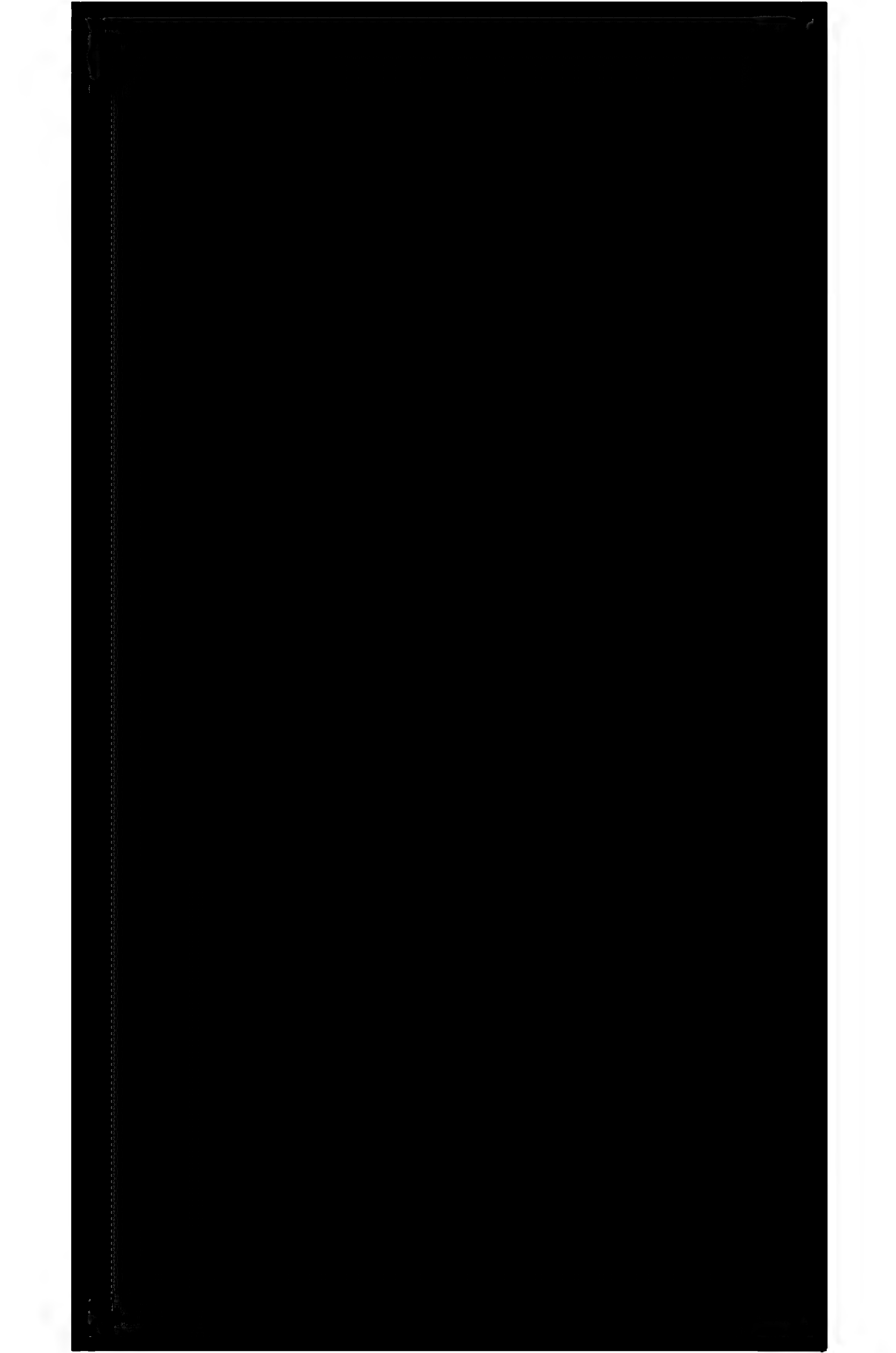
[226] «Las fluctuaciones económicas, incluso cuando son decisivas, violentas o creativas, siguen siendo accidentes en una historia "estructural", a largo plazo —el desarrollo del capitalismo—, que por su misma naturaleza trasciende los accidentes.» Braudel y Spooner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 450.

[227] «Aunque los primeros inicios de producción capitalista ya se nos presentan esporádicamente en los siglos XIV y XV, en algunas ciudades del Mediterráneo, la *era capitalista* sólo data del *siglo XVI*.» Marx, *Capital*, I, cap. 26, p. 715. [*El capital*, I, vol. 3, pp. 894-895.]

[228] Braudel, en *Chapters*, p. 285

Amsterdam) e Inglaterra? Nótese que en todos estos casos tratamos con una ciudad-Estado comercial, por una parte, y con una nación-Estado mayor, por otra.

Si hemos de clarificar más el cuadro, hemos de fijarnos en su aspecto político, en las formas en que los diversos grupos buscaban utilizar las estructuras del Estado para proteger y favorecer sus intereses. Es ésta la cuestión que abordamos ahora.





«El Gran Duque fortifica el puerto de Livorno», grabado de Jacques Callot que forma parte de una colección sobre *La vida de Ferdinando I de Médicis*. Ferdinando fue Gran Duque de Toscana entre 1587 y 1609. El grabado fue realizado en el período 1614-1620.

3. LA MONARQUIA ABSOLUTA Y EL ESTATISMO

Resulta evidente que la emergencia de la monarquía absoluta en Europa occidental coincide en el tiempo con la emergencia de una economía-mundo europea. Pero ¿es su causa o su consecuencia? Se puede argumentar razonablemente en favor de ambas posibilidades. Por una parte, de no haber sido por la expansión del comercio y el ascenso de la agricultura capitalista, difícilmente hubiera habido base económica para financiar las ampliadas estructuras burocráticas del Estado[1]. Pero, por otra parte, las propias estructuras del Estado fueron un importante apoyo del nuevo sistema capitalista (por no mencionar que fueron su garantía política). Como dice Braudel: «Lo haya pretendido o no, el Estado se convirtió en el empresario más importante del siglo»[2]. Más aún, era un cliente fundamental para los comerciantes[3].

Existen varios argumentos diferentes acerca del papel del Estado en la empresa capitalista. Uno se refiere a su extensión; el segundo, a su impacto económico, y un tercero, a su contenido de clase. El tercer argumento lo discutiremos más adelante. En primer lugar, mientras que hay mucho desacuerdo acerca de la

[1] «Los Estados del siglo XVI se afirman cada vez más como grandes recaudadores y distribuidores de rentas; por medio de impuestos, venta de servicios, rentas y confiscaciones, se apoderan de una enorme parte de los diferentes *productos nacionales*. Este múltiple acaparamiento de fondos resulta muy efectivo porque el conjunto de los presupuestos estatales fluctúa a la par de la coyuntura general y sigue la marea de los precios. La irrupción de los Estados en el centro mismo de la vida económica no es un accidente, ni tampoco una fuerza intempestiva, como ha pensado, quizá un poco precipitadamente, Joseph A. Schumpeter.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 409.

[2] *Ibid.*, I, pp. 409-410.

[3] «El capitalismo comercial nunca habría tenido un auge tan espectacular en la primera mitad del siglo XVI sin los rentables negocios que hicieron posibles los préstamos al Estado, la elevación de los impuestos, la explotación de los dominios reales, los gastos bélicos y de la corte.» Hartung y Mousnier, *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, IV, p. 44.

extensión de la intervención del Estado en la economía-mundo del siglo XIX, parece existir un amplio consenso en que durante períodos anteriores del moderno sistema mundial comenzando al menos en el siglo XVI y hasta por lo menos el XVIII, los Estados eran agentes económicos centrales en la economía-mundo europea.

Pero si casi todos están de acuerdo en que los Estados jugaban este papel, hay quienes piensan que fue un papel innecesario e indeseable. Por ejemplo, Schumpeter, fiel a su creencia en la superior eficiencia a largo plazo de la empresa privada, niega que el Estado favoreciera los negocios como comprador o receptor de crédito. Dice que es un error «imperdonable pensar que sin la extravagancia de las cortes no hubiera habido bienes equivalentes procedentes de los campesinos y los burgueses de los que se tomaran los correspondientes medios»[4]. Puede que sea imperdonable, pero tal vez no sea un error. ¿Por qué no se puede concebir que, para hacer frente a las exigencias impositivas, un campesino produzca un excedente que en otras circunstancias podría bien consumir o no producir? ¿Asume realmente Schumpeter que en el siglo XVI los campesinos europeos estaban totalmente orientados hacia un mercado comercial?

En cuanto a la tesis de que los gastos de la corte fueron vitales en la creación del crédito, Schumpeter tiene dos respuestas. Una es que cualquier beneficio obtenido con el desarrollo de una «máquina de crédito» debe ser contrapesado «con toda la destrucción y la parálisis económica causadas por los métodos de extraer esos ingresos y por los usos que financiaban»[5]. Esto supone un tremendo argumento contrafáctico, cuya validez sólo puede ser valorada en términos de la totalidad del planteamiento de este libro. El punto de vista expuesto en él será que el desarrollo de Estados fuertes en las áreas del centro del mundo europeo fue una componente esencial del desarrollo del capitalismo moderno. Su segunda respuesta es que la contrapartida de los préstamos a las cortes eran privilegios económicos que con toda probabilidad serían económicamente inapropiados desde el punto de vista de los intereses de la mayor parte de la comunidad[6]. Sin duda esto es cierto, pero a mí me parece una

[4] Joseph A. Schumpeter, *Business cycles*, I, p. 236.

[5] *Ibid.*

[6] «Prestar a una corte era muy rara vez de por sí un buen negocio pese a los exorbitantes intereses usualmente prometidos. Pero precisamente porque tales préstamos, como norma, no podían ser pagados, conducían a la adquisición de privilegios y concesiones en el campo del comercio y la industria que eran el gran negocio de la época [...] El ascenso de

descripción de la esencia del capitalismo, no una distorsión accidental de su funcionamiento y, por tanto, una afirmación que de hecho suministra una buena parte de la refutación de la anterior afirmación de Schumpeter.

Hemos echado ya un vistazo previamente a los diversos aspectos de la crisis económica de los siglos XIV y XV, que contribuyeron al lento, pero firme crecimiento de las burocracias de Estado. Hemos mencionado también la evolución de una tecnología militar que privó de sentido al caballero medieval y, por tanto, fortaleció a las autoridades centrales, que podían controlar grandes números de infantería. El objetivo político fundamental de los monarcas era la restauración del orden, un prerrequisito para el resurgir económico. Como resume sucintamente Génicot, «al mostrar los malignos efectos de una desaparición de la autoridad, aquellos tiempos de desorden dieron un argumento a favor de la centralización» [7].

Pero ¿por qué surgieron tales regímenes políticos en este tiempo en particular? Una respuesta clásica se nos da en términos de los fenómenos centrífugos presentes en los nuevos Estados, argumento utilizado frecuentemente para los nuevos Estados del siglo XX [8]. El empuje inicial de los «restauradores

---

los Fugger a una posición nunca igualada de nuevo por una casa financiera tiene [...] mucho que ver con las dificultades de Carlos V.» *Ibid.*, I, página 236, n. 1.

[7] Génicot, *Cambridge Economic History of Europe*, I, p. 700. De forma similar, Joseph Strayer sostiene la existencia de un lazo causal entre el derrumbamiento del orden en la Baja Edad Media y la nueva disposición de la aristocracia a «aceptar la dirección real» en el siglo XVI. El sospecha que la variable que interviene puede ser un cambio en la psicología social colectiva:

«Es difícil decidir qué factores cambiaron el comportamiento de las clases poseedoras. Algunos de ellos, especialmente los pequeños hacendados, habían sufrido tanto como los pobres a causa de la violencia interna, y, como los pobres, deseaban paz y seguridad. Algunos de ellos advertían que podían beneficiarse más plenamente de la naciente recuperación económica apoyando gobiernos estables. Algunos de ellos podían haber quedado impresionados por el fracaso de la mayor parte de las revoluciones de finales del siglo XV.» *On the medieval origins of the modern State*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1970, p. 91.

[8] Respecto a la Europa occidental del siglo XVI, Mousnier dice: «La necesidad de un fuerte poder [central] proviene de la misma composición de las naciones [es decir, de los Estados]. Son una yuxtaposición de comunidades territoriales, provincias, países, municipalidades, comunidades aldeanas, y estructuras corporativas, tales como las órdenes militares [...] los cuerpos de funcionarios, las universidades, los gremios [...] El rey *tenía que ser* bastante fuerte para arbitrar sus conflictos y coordinar sus esfuerzos con vistas al bien común. Pero sus divisiones le daban

del orden» del siglo XV surgió de la «crisis del feudalismo». La presión económica sobre los señores había llevado a un incremento de la explotación de los campesinos y, consiguientemente, a rebeliones de éstos. También había llevado a guerras internas entre la nobleza. Los debilitados nobles se volvieron a los reyes para que les preservaran de la amenaza de aún mayores desórdenes. El rey se benefició de las circunstancias para aumentar sus riquezas frente a esta misma nobleza. Este era el precio de proporcionarles seguridad, lo que Frederic Lane llama «renta de protección», y que, nos recuerda, era en aquellos tiempos «una importante fuente de las fortunas hechas en el comercio [y] una fuente más importante de ganancias [...] que la superioridad en técnica o en organización industrial» [9].

Por supuesto, el avance del rey no era meramente función de la oportunidad, sino de las presiones a que él mismo estaba sometido. Eisenstadt argumenta que lo que él llama «política burocrática» comienza a existir cuando «los mandatarios políticos no pueden apoyarse en los recursos que les son asequibles por sus propios medios (*v. g.*, los dominios del rey), o por el compromiso ciego de otros grupos...» [10]. Pero ¿fueron alguna vez ciegos estos compromisos? Y en cuanto a la disponibilidad de los recursos, el hecho de que los del rey fueran insuficientes para sus propósitos era consecuencia de unos objetivos más ambiciosos. Debemos entonces analizar las presiones que llevaban a los gobernantes a buscar *alcanzar* objetivos más ambiciosos.

Archibald Lewis nos ofrece una sugerencia, relacionando estas presiones con la disponibilidad de tierras: «Cuando [...] el soberano ha entregado toda la tierra libre y no queda más, se le hace necesario recurrir a los impuestos, recuperando de otra forma la riqueza que anteriormente había hecho llover sobre su pueblo» [11]. Esta necesidad de impuestos a nivel nacional no llevó inmediatamente al «absolutismo». Más bien, el soberano tuvo que crear el Parlamento para obtener la asistencia de la

---

la posibilidad de utilizar a unos contra otros.» *Les XVI[e] et XVII[e] siècles*, p. 97. El subrayado es mío.

¿Tenía que ser? ¿Por qué? Una explicación funcional rara vez resuelve el problema genético, ya que no sólo es posible plantear alternativas funcionales, sino que el fracaso en la resolución de una necesidad funcional es no sólo posible sino muy probable. Por consiguiente, suspenderemos de momento el juicio sobre la «causa».

[9] Véase Lane, *Venice and history*, pp. 421-422.

[10] S. N. Eisenstadt, «Political struggle in bureaucratic societies», *World Politics*, IX, 1, octubre de 1956, p. 17.

[11] Archibald Lewis, *Speculum*, XXXIII, p. 483.

nobleza en el proceso de imposición, pero sólo «hasta el momento en que los gobernantes se sintieron suficientemente poderosos como para prescindir de tal asistencia» [12]. Dobb hace hincapié en otro punto. Para él la presión sobre el rey procedía no de la escasez de tierra, sino de la «escasez de mano de obra». El crecimiento del aparato de Estado sirvió para facilitar el «control del mercado del trabajo» [13].

Podría seguirse de este análisis que, si la crisis económica llevó a un mayor poder de los monarcas, la expansión económica del siglo XVI habría tenido el efecto contrario. En cierta medida, como veremos, así fue. El «primer» siglo XVI fue una era de pugnas imperiales, no de Estados fuertes, como discutiremos en el siguiente capítulo. Hasta después del «fracaso del imperio» (del que hablaremos en él), no empezaron a surgir de nuevo los Estados fuertes. Y, de hecho, sería el siglo XVIII el que los historiadores conocerían como «la era del absolutismo» [14].

En realidad, no obstante, a pesar de las fluctuaciones de la curva, nos hallamos ante un incremento secular del poder del Estado a lo largo de toda la era moderna. La economía-mundo capitalista parece haber requerido y facilitado este proceso secular de incremento de la centralización y el control internos, al menos en el seno de los Estados centrales.

¿Cómo hicieron los reyes, que eran los directores del aparato de Estado en el siglo XVI, para fortalecerse? Utilizaron cuatro mecanismos fundamentales: burocratización, monopolización de la fuerza, creación de legitimidad y homogeneización de la población súbdita. Abordaremos cada uno por separado.

Si el rey se hizo más fuerte, fue incuestionablemente debido al hecho de que se hizo con un nuevo aparato: un cuerpo de

---

[12] *Ibid.*, p. 483. Véase Edward Miller: «El intento de establecer impuestos generales directos fue una de las principales influencias subyacentes en la aparición a partir del siglo XIII de asambleas representativas que reunían a diversos grupos de contribuyentes a través de las personas de sus procuradores o delegados.» *Fontana Economic History of Europe*, I, página 14.

[13] Dobb, *Studies*, p. 24. Dobb contrapone «intervención estatal» y «libertad» como métodos de organización política dentro de las sociedades capitalistas: una visión extrañamente liberal para un marxista. Explica su alternancia en términos de escasez de trabajo. «La libertad florece en grado máximo bajo el capitalismo cuando, por existir un proletariado superabundante, el modo de producción está seguro; mientras que cuando la oferta de trabajo supera la demanda y el modo de producción se vuelve menos lucrativo como fuente de ingresos, entonces se tiende a echar mano de la compulsión legal» (pp. 24-25).

[14] Véase, por ejemplo, Max Beloff, *The age of absolutism, 1600-1815*, Nueva York, Harper, 1962.

funcionarios permanentes y subordinados[15]. Por supuesto, en este aspecto, Europa estaba justamente poniéndose al día respecto a China. Así sabemos que una estructura burocrática de Estado es por sí misma insuficiente para delimitar los grandes cambios del siglo XVI, mucho más para justificarlos. No obstante, el desarrollo de la burocracia de Estado fue crucial, dado que habría de alterar fundamentalmente las reglas del juego político, asegurando que en adelante las decisiones de política económica no pudieran ser tomadas fácilmente sin pasar a través de la estructura del Estado. Significó que la energía de los hombres de todos los estratos tuviera que volverse en cantidad significativa a la conquista del reino político. Sin duda, hablamos aún en esta era de una burocracia relativamente pequeña, desde luego, en comparación con la Europa contemporánea[16]. Pero las diferencias en tamaño y estructura, por comparación con la Baja Edad Media, representaron, no obstante, un salto cualitativo.

---

[15] «¿Qué explica entonces la diferencia entre el absolutismo *de hecho* del siglo XVI y el absolutismo *teórico* de la Edad Media, que nunca se realizó en la práctica, o lo hizo sólo momentánea, discontinua e intermitentemente?

»Debemos buscar nuestra respuesta en un nuevo órgano estructural interno del Estado, es decir, en el reforzamiento, extensión y nuevo poder del cuerpo de servidores públicos, los «funcionarios» [*officers*] del rey (o del príncipe) —lo que hoy llamamos la burocracia—, que había pasado al frente de la vida pública y estaba involucrado en la actividad diaria del Estado. Sobre todo, en lo que se refiere a los asuntos exteriores.» Chabod, *Actes du Colloque*, pp. 63-64.

Edouard Perroy sostiene que este proceso ya había comenzado en Francia en el siglo XIII: «El aumento de la autoridad privada del rey de Francia, tanto señorial como feudal, condujo al desarrollo de los órganos del poder [central] [...]

»En el último cuarto del siglo XIII, el poder real, sin dejar de ser cada vez más fuerte, comenzó a cambiar de naturaleza bajo la influencia de dos factores. Uno era la idea del absolutismo, la idea de poder público [soberanía pública] [...] El otro, igualmente importante, era la presión de los propios hombres del rey, cuyo número creció grandemente con la creciente complejidad de la administración y el uso cada vez más extendido de la escritura: estaba naciendo una nueva clase, la de los agentes del poder, la de los hombres de la ley y la pluma [...] En ese momento, en efecto, el cuerpo de personal gubernamental, depositario colectivo de una autoridad capaz de moverse ya por sí misma, comenzó a eclipsar al personaje real.» *Le Moyen Age*, pp. 372-373.

[16] «El espectáculo de estas grandes maquinarias políticas nos puede inducir fácilmente a error. Comparando las del siglo XVI con las del siglo XV, las vemos crecer desmesuradamente, hasta hacerse desproporcionadas para la época. Pero todo es cuestión de proporciones. Si pensamos en las enormes masas de funcionarios que el Estado tiene a su servicio en la actualidad, el número de empleados y funcionarios públicos del siglo XVI resulta irrisorio.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 37.

¿Cómo hacía un rey para conseguir estos hombres? Los compraba. El problema del rey no era la carencia de agentes. Había personas que realizaban funciones militares y administrativas en el reino, pero, en su mayor parte, no habían estado previamente *subordinadas* a él, y, por tanto, no estaban obligadas a llevar a cabo sus disposiciones frente a presiones adversas derivadas de sus propios intereses o de los de sus familias o sus pares. El rey buscaba personas habitualmente de «origen modesto» [17] para crear un equipo pagado a tiempo completo. La institución principal que hizo esto posible ha llegado a ser conocida como «venta de cargos». Por contraste con burocracias basadas en una norma de desinterés financiero y en el reclutamiento universal, sin duda estas formas subrayan el poder *limitado* del rey, y la probabilidad de que los ingresos del Estado se consumieran en mayores pagos para esta burocracia venal. Pero, por contraste con el precedente sistema feudal, la venalidad hizo posible la relativa supremacía del sistema de Estado. Como dicen Hartung y Mousnier, «a pesar de las apariencias, la venta de cargos era con la mayor frecuencia favorable al monarca absoluto» [18].

Esta elección política fue hecha por el rey entre alternativas realistas. Para establecer una burocracia racional, el Estado necesitaba una fuente segura de fondos previos aparte de los que la burocracia harían ingresar. K. W. Swart sugiere que lo que les faltaba a los monarcas en el siglo XVI, al contrario que a gobiernos posteriores, era la posibilidad de «emitir préstamos sin dedicar una parte especial de sus ingresos como resguardo del interés» [19]. Estaban atrapados en un círculo sin salida, ya que para adquirir esta posibilidad tenían que crear primero un aparato de Estado más poderoso. La venta de cargos tenía la virtud de proporcionar tanto unos ingresos inmediatos como un equipo. Por supuesto, esto iba a la par con el desarrollo de un grupo corporativo de funcionarios venales con intereses propios [20]. Sin duda, la venalidad crea un «círculo vicioso», como

---

[17] *Ibid.*, p. 29.

[18] «Esto es lo que permitió al rey de España poner a la municipalidades bajo su protección, lo que dio en Francia a Luis XII, Francisco I y Enrique II, Enrique IV y Luis XIII, medios de influencia tan poderosos sobre la corte y las compañías [...] Sólo tras la guerra de Sucesión austríaca [1748] esta venalidad se hizo insoportable.» Hartung y Mousnier, *Relazioni del X Congresso*, IV, p. 48.

[19] K. W. Swart, *Sale of offices in the seventeenth century*, La Haya, Nijhoff, 1949, p. 117.

[20] «Según crece el papel de la fiscalidad en la monarquía, crece igualmente la importancia de los funcionarios de finanzas en el Estado. Al

señala Richard Ehrenberg, en el que la creciente burocracia devora los ingresos y crea deudas, llevando al Estado a necesidades fiscales aún mayores[21]. El truco consistía en transformar el círculo en una espiral ascendente, en la cual la burocracia fuera suficientemente eficiente para exprimir a la población un excedente mayor que los costos de mantenimiento del aparato. Algunos Estados tuvieron éxito. Otros, no. El factor distintivo crucial sería su papel en la economía-mundo.

La espiral ascendente operaba más o menos así: las ventajas momentáneas adquiridas por el rey a finales de la Edad Media, a causa de la presión económica sobre la nobleza, crearon los fondos que hicieron posible el empezar a «comprar» una burocracia. Esto a su vez hizo posible obtener tanto mayores impuestos como más préstamos. En aquellas áreas de la economía-mundo en que la transformación económica estaba teniendo lugar de tal manera que les garantizaba una parte desproporcionada del excedente mundial, los Estados encontraron más fácil la imposición y los préstamos, un simple reflejo de la confianza hacia el futuro de los elementos poseedores de dinero. Los Estados utilizaban estos ingresos incrementados para incrementar su poder coercitivo, lo que a su vez incrementaba lo que podríamos llamar la «confianza en el potencial coercitivo» del Estado.

Esto hizo posible que surgieran las deudas nacionales, es decir, presupuestos deficitarios del Estado. Las deudas nacionales eran desconocidas en el mundo antiguo, e imposibles en la Edad Media, debido a la debilidad de los gobiernos centrales y la incertidumbre de la sucesión. Sólo con el régimen de Francisco I en Francia, en el siglo XVI, encontramos por primera vez este fenómeno económico[22]. Porque las deudas nacionales sólo

---

desarrollarse la venalidad, los funcionarios de finanzas se multiplican, se organizan, se unen en asociaciones, lo que les lleva a extender el alcance de su autoridad con vistas a asegurarse nuevas ganancias.» G. Pagès, «Essai sur l'évolution des institutions administratives en France du commencement du XVI^e siècle à la fin du XVII^e», *Revue d'Histoire Moderne*, n. s., 1, enero-febrero de 1932, p. 26.

[21] «Por las condiciones que hemos visto se hacía necesario un excesivo endeudamiento de los príncipes. Esto no podía sostenerse sin el sistema de arrendamiento de impuestos o sin empeñar fuentes particulares de ingresos. Ello condujo a una espantosa degeneración del sistema financiero, que era inevitable mientras se mantuvieran las circunstancias que conducían a la repetida acumulación de deudas.» Richard Ehrenberg, *Capital and finance in the age of Renaissance*, Nueva York, Harcourt, 1928, página 39.

[22] Véase Earl J. Hamilton, «Origin and growth of the national debt in western Europe», *American Economic Review*, XXXVII, 2, mayo de 1947, pá-

pueden existir cuando los Estados pueden obligar a la gente a retrasar su cobro, o en momentos oportunos negarse a pagarla, obligando simultáneamente a ciertos grupos a prestar el resto, en metálico o por medio de diversas transacciones en papel. Es parte de la pugna para asegurar ingresos crecientes a la Corona. La Corona necesitaba dinero para construir su aparato de Estado, y tenía suficiente aparato de Estado para obtener dinero. El sistema empleado no era aún el mercantilismo, una política orientada a reforzar a largo plazo la base impositiva del Estado, sino más bien «fiscalismo», en palabras de Martin Wolfe[23], una política orientada a incrementar los ingresos inmediatos del Estado.

En este punto del tiempo, no obstante, la *falta* de un serio aparato de Estado financiero resulta sorprendente, «otra señal de debilidad», como dice Braudel, del Estado del siglo XVI, comparado con Estados posteriores[24]. Aun así, la debilidad del Es-

ginas 118-130. Esta afirmación es válida si hablamos de los Estados actualmente existentes. De hecho, como sucede con la mayor parte de los fenómenos modernos, había habido un precedente en las ciudades-Estado de la Italia del Renacimiento. Marvin B. Becker rastrea el crecimiento de la deuda pública en Florencia desde una «suma insignificante» en 1303 hasta una suma aproximadamente igual en 1427 a la riqueza total del pueblo florentino. Véase «Economic change and the emerging Florentine territorial State», *Studies in the Renaissance*, XIII, 1966, pp. 7-9.

[23] Martin Wolfe, «Fiscal and economic policy in Renaissance France», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 687-689. Véase Fernand Braudel: «A partir del siglo XVI, y con mayor fuerza en este siglo de renovación, los Estados —al menos los que viven, prosperan, y especialmente resisten los agotadores gastos de las guerras terrestres y marítimas— dominan, deforman la vida económica, la someten a un marco de condicionamientos; la capturan en sus mallas. Es grande la tentación de explicarlo todo por los deseos y las debilidades de los Estados, por sus inestables juegos. Pero la historia nunca tiene una sola cara. Sin embargo, se puede defender con sólidos argumentos que la parte de la vida económica que era en este instante la más moderna, la que bien podría designarse como operante dentro del marco del capitalismo mercantil en gran escala, estaba ligada a estos auges y caídas financieros del Estado; estimulada y solicitada por el Estado, se ve progresivamente paralizada por la glotonería de este último y por la inevitable esterilidad de unos gastos públicos demasiado pesados. Esta glotonería y esta ineficacia —grandes fuerzas de la historia— desempeñaron un papel en lo que sería el repliegue del siglo XVI.» «Le pacte de ricorsa au service du roi d'Espagne et de ses prêteurs à la fin du XVI^e^ siècle», en *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, p. 1.115.

[24] «[Los] grandes Estados no se hallan en perfecto contacto con la masa de los contribuyentes, lo que los incapacita para explotarlos a su antojo; y ello da origen a singularidades fiscales primero, y luego a dificultades financieras. Salvo los ejemplos [de algunas] ciudades italianas,

tado como manipulador financiero no elimina el hecho de que las deudas nacionales reflejaban los crecientes intereses autónomos de los Estados como agentes económicos, como agentes, no obstante, con especial capacidad para perseguir sus fines económicos.

Tal vez el uso más importante que se dio al excedente de dinero, una vez deducido el costo de la maquinaria administrativa utilizada para recaudarlo, fue la creación de ejércitos. Una vez más la forma en que los Estados consiguieron gente al principio fue comprándola. La contrapartida de los burócratas «venales» fueron los soldados «mercenarios».

¿Quién, no obstante, estaba disponible para ser comprado? No cualquier persona, ya que ser un mercenario era una ocupación peligrosa, si bien ocasionalmente compensadora. En términos generales, no era una ocupación que se eligiera. Quienes podían conseguir algo mejor lo hacían con presteza. Era, consiguientemente, una ocupación cuya recluta era geográfica y socialmente asimétrica, muestra inseparable de la nueva división europea del trabajo.

El crecimiento de la población en Europa occidental llevó, como ya hemos mencionado, al fenómeno del «vagabundeo». Surgió por doquiera un «lumpenproletariado». Esto constituía una amenaza para el orden no muy firmemente establecido de los nuevos Estados. El incorporar a algunos de ellos a los ejércitos servía a múltiples propósitos. Suministraba empleo a algunos, y usaba a este grupo para suprimir a los otros [25]. Daba a los reyes nuevas armas para controlar a los señores, pero también para sostenerlos. V. G. Kiernan ha indicado cuántos de los mercenarios provenían de los rincones «menos desarrollados» de la Europa occidental: Gascuña, Picardía, Bretaña, Gales, Córcega, Cerdeña, Dalmacia. «En conjunto, un sorprendente número de estas zonas de recluta yacía en regiones montañosas de los límites de Europa, habitadas por gentes extrañas como los celtas

---

en las postrimerías del siglo XVI los Estados no disponen de una tesorería ni una banca propias.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 39.

[25] Fritz Redlich señala que había dos tipos de mercenarios. Por supuesto había individuos desarraigados, *fahrendes Volk*, en el lenguaje de la época, o gente errabunda. En Alemania y Suiza había también una variedad más «sedentaria», que «permanecía arraigada en sus comunidades de origen». Estos eran análogos a una milicia convocada en situaciones de emergencia. «The German military enterpriser and his work force», I, *Vierteljahrschrift für Social- und Wirtschaftsgeschichte*, suplemento 47, 1964, pp. 115-117.

y los vascos»[26]. Y, al parecer, por encima de todas, de Suiza[27].

Kiernan argumenta que este esquema de reclutamiento no fue solamente responsable del control de la explosión social del siglo XVI[28]; también tuvo un segundo y más sutil impacto, si bien de igual importancia, si recordamos que, en nuestros términos, estamos tratando de una economía-mundo:

Los cotos de reclutamiento mercenario permanecieron políticamente estancados en comparación con sus vecinos, en cierto modo como el Nepal y Penjab, dos grandes zonas de reclutamiento del ejército británico, lo estuvieron durante largo tiempo. Para Suiza, los tres siglos de simbiosis con la Francia despótica tuvieron nefastas consecuencias. La política cantonal fue corrompida por los pagos recibidos por permitir la exportación de soldados, y los círculos de patricios incrementaron su poder a expensas de la gente común [...]

---

[26] V. G. Kiernan, «Foreign mercenaries and absolute monarchy», *Past and Present*, 11, abril de 1957, p. 70.

[27] «En Francia, cuyo ejemplo era decisivo para Europa, Luis XI inauguró un sistema destinado a sobrevivir hasta la Revolución cuando, en 1474, alistó tropas auxiliares suizas por acuerdo con los cantones. Desde entonces Suiza, convenientemente próxima, fue para los reyes franceses lo que Gales había sido para los ingleses» (*ibid.*, p. 72).

Otton Laskowski atribuye la popularidad de los mercenarios suizos a su competencia militar. Véase «Infantry tactics and firing power in the XVIth century», *Teki Historyczne*, IV, 2, 1950, pp. 106-115.

Los mercenarios resultaban más necesarios para Francia en la medida en que en esta época la infantería francesa era notoriamente inferior. La explicación, según sir Charles Oman, era que, «fuera de la fuerza permanente de suizos, las unidades siempre se formaban con precipitación y se disolvían cuando una crisis terminaba». *A history of the art of war*, p. 45. Esto nos lleva a preguntar por qué la infantería francesa era disuelta con mayor rapidez que en otros lugares. La respuesta no resulta clara, ni el hecho es seguro. Pero, de ser cierto, sería una muestra más del penoso esfuerzo de la monarquía francesa por crear un Estado fuerte.

[28] «Los gobiernos europeos dependían así fuertemente de los mercenarios extranjeros. Uno de los usos para los que resultaban más adecuados era la supresión de rebeliones, y en el siglo XVI, era de la revolución endémica, a menudo fueron llamados con este propósito. Muchos monarcas acosados, como Claudio, clamaron: "¿dónde están mis suizos?" [...] Las rebeliones encabezadas por gentes de dinero podían alquilar sus propios mercenarios [...] Sin embargo, en general, los gobiernos podían sobrepujar a los rebeldes en este juego.» Kiernan, *Past and Present*, 11, páginas 74-75.

Hay un segundo sentido en el que el uso de mercenarios contenía las explosiones sociales: limitaba las devastaciones de la guerra. Oman señala que los mercenarios desertaban cuando no se les pagaba. Esto tenía un impacto directo sobre las tácticas militares. En vez de un asalto frontal, a menudo un juego de espera tenía más éxito que la rápida búsqueda de una ventaja militar. Los jefes militares que veían «muestras de malestar en el campo contrario» a menudo simplemente dejaban pasar el tiempo, porque «unas pocas semanas más de privaciones y bancarrota arruinarían al oponente». Oman, *A history of the art of war*, p. 38.

Como Alfieri comentaría amargamente, estos hombres libres de las colinas habrían de convertirse en los principales perros guardianes de la tiranía. La historia europea podría haber tomado un rumbo distinto si los suizos hubieran sido revolucionarios en 1524, cuando se libró la guerra de los campesinos, como lo habían sido cincuenta años antes[29].

Los mercenarios ni siquiera eran reclutados directamente por el Estado en la mayoría de los casos. El aparato existente no lo permitía. Más bien, el Estado contrataba a «empresarios militares», que buscaban ganancias. Redlich duda que éste fuera un medio óptimo para la acumulación de capital, dado que, si bien sus ingresos eran «extraordinariamente altos [...], típicamente sus gastos eran tremendos»[30]. Pero esto es una evidencia más de cómo la construcción del Estado afectó al ascenso del capitalismo. Al menos a corto plazo, «en una sociedad donde existe una subutilización crónica de los recursos, un aumento en el gasto militar estimula frecuentemente nueva producción de otros tipos, de tal manera que el excedente crece en tiempo de guerra»[31]. Pero en la empresa militar no sólo intervenían el comercio y la producción. El sistema creaba crédito. Porque no sólo los príncipes tomaban préstamos de los banqueros; también lo hacían los empresarios militares, cuyo capital era suministrado por los grandes banqueros comerciantes como los Fugger. Esto seguiría siendo así hasta la guerra de los Treinta Años[32].

Más aún, no es sólo que los ejércitos de mercenarios ofrecieran empleo para los pobres y oportunidades empresariales. Los ejércitos tenían que ser alimentados. Típicamente, los comerciantes de comida acompañaban a los ejércitos en el campo, sirviendo también de intermediarios para el botín[33]. Alan Everitt argumenta que el avituallamiento de los ejércitos fue un importante estímulo para la especialización regional de granos en la

---

[29] Kiernan, *Past and Present*, 11, p. 76.

[30] Redlich, *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, página 401.

[31] Frederic Lane atribuye este punto de vista a H. John Habakkuk. Lane añade esta reserva: «Pero, ¿no se puede decir que a largo plazo, permaneciendo iguales los demás factores, una sociedad que sólo es capaz de alcanzar un alto nivel de empleo de los recursos mediante altos gastos militares produce menos excedente que si fuera capaz de alcanzar el mismo nivel de empleo de los recursos con menos gastos militares?» *Venice and history*, p. 422, n. 11. Por supuesto, pero la cuestión reside en la condición final.

[32] Véase Fritz Redlich, «Military entrepreneurship and the credit system in the 16th and 17th centuries», *Kyklos*, x, 1957, pp. 186-188.

[33] Véase Redlich, *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, suplemento 39, pp. 49-50.

Inglaterra de los Tudor[34], y que incluso estimuló el comercio de exportación[35]. Esto resulta tanto más plausible cuando uno toma en consideración que los Estados sentían también la responsabilidad de asegurar a sus crecientes burocracias la comida suficiente[36]. La expansión del capitalismo vino, pues, a satisfacer las necesidades a corto plazo del Estado.

Aquí, como en la burocracia civil, el monarca se enfrentaba a un dilema. El empresario militar era un adjunto necesario en la búsqueda de poder del monarca. También absorbía una respetable parte del excedente. Sin duda el empresario militar era un agente de más confianza para el príncipe que un noble vasallo, pero en última instancia él también perseguía en primer lugar sus propios intereses. ¡Ay del príncipe al que le faltara liquidez![37]. No obstante, la posibilidad de que esto ocurriera estaba una vez más en razón directa al papel del Estado en la economía-mundo.

Hasta cierto punto, en cualquier caso, los ejércitos se amortizaban a sí mismos. Hacían posibles más impuestos. Dado que el «peso de [estos impuestos] caía casi totalmente sobre el pueblo, especialmente sobre quienes vivían en el campo»[38], la

---

[34] Véase Alan Everitt, «The marketing of agricultural produce», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 521-522.

[35] «Los granjeros ingleses que en tiempo de guerra habían aumentado su producción o extendido sus tierras para satisfacer las necesidades de los ejércitos de los Tudor, se encontraron, cuando volvió la paz, cargados con un considerable excedente. Con toda probabilidad su experiencia de tiempos de guerra les sugirió el recurso de explotar los mercados europeos, y su excedente pasó del soldado inglés al artesano francés o flamenco» (*ibid.*, p. 524).

[36] «La creación de plantillas especializadas de empleados del gobierno -incluyendo evidentemente los ejércitos permanentes— multiplicó el número de bocas hambrientas de las que el gobierno era directamente responsable.» Charles Tilly, «Food supply and public order in western Europe», multicopiado, p. 20. Véanse también pp. 36-40.

Véase C. S. L. Davies: «Para los gobiernos, en una era preindustrial, pocos problemas habrán sido tan difíciles como el de proporcionar suficiente alimento a un ejército en el campo de batalla.» «Provisions for armies, 1509-1550: a study in the effectiveness of early Tudor governments», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 2, 1964, p. 234.

[37] «De hecho, el peor riesgo para un señor en guerra era que el empresario militar e, incidentalmente, también la fuerza de trabajo, pudieran intentar pagarse por sí mismos a expensas de los fines políticos de su amo. Al no pagar o al retrasar el pago de sus deudas (acompañamiento usual de la empresa militar y su riesgo comercial sobresaliente), el señor corría el riesgo de perder la guerra llevada en su nombre por un empresario y una fuerza de trabajo impagados.» Redlich, *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, p. 69.

[38] Génicot, *Cambridge Economic History of Europe*, I, p. 700.

gente se irritaba y, en la medida en que les era posible, se rebelaban[39]. Los ejércitos estaban entonces para suprimir estas rebeliones, en la medida en la que les era posible. La forma más sencilla de rebelión, dado que era la más difícil de contrarrestar por parte de los Estados, era el bandidaje, tanto más fácil, por supuesto, cuanto más montañosa fuera la región[40]. La policía del Estado era aún excesivamente escasa como para hacer gran cosa, excepto en áreas centrales, y este bandidaje a menudo encontraba resonancia en la oposición de algunos señores tradicionales a los nuevos Estados[41].

Sin duda, como plantea Delumeau, «el bandidaje era a menudo la insurrección del campo contra la ciudad»[42]. Pero ¿de quién, en el campo, y aún más importante, cuándo? Está claro que la implicación del campesinado en el bandidaje parece estar ampliamente correlacionada con momentos de escasez de grano[43]. Por supuesto, cuando se daba un motín por la comida estaban implicados los más pobres, pero en el bandidaje como movimiento, especialmente en el área del Mediterráneo, no eran los extremadamente pobres los que constituían el corazón del movimiento. Fueron más claramente los nacientes *yeomen*, que a finales del siglo XVI encontraron en el bandidaje la forma de protestar contra la «refeudalización» en curso, contra la con-

[39] Braudel observa que la primera mitad del siglo XVI fue particularmente agitada, y que después hubo bastante tranquilidad entre 1550 y 1600. Comenta: «De modo que es posible [...] que la solidez de los Estados en tiempos de Felipe II explique este tono de sordina, esta discreción popular. El guardián del orden ha logrado resistir.» *La Méditerranée*, II, página 80.

[40] «Así, cuando el siglo XVI toca a su fin, la montaña mediterránea, excesivamente superpoblada y constreñida, experimenta un estallido liberatorio. Esa guerra difusa se transmuta, haciéndose invisible a nuestros ojos, en esa forma de guerra social larvada e interminable denominada bandidismo, palabra vaga si las hay. Tanto en los Alpes como en los Pirineos, Apeninos y demás montañas, sean cristianas o musulmanas, un destino común parece unir a todas estas enormes guirnaldas montañosas en medio de las cuales alienta el mar.» Braudel, *ibid.*, I, p. 93.

[41] «Detrás de la piratería marina estaban las ciudades, los Estados urbanos. Detrás de esta piratería terrestre que es el bandolerismo se descubre, apuntalando la aventura múltiple de los hombres, otra ayuda, la de los señores [...] Un auténtico señor dirige a menudo, desde lejos o de cerca, las acciones de los bandidos [...]

»Pero guardémonos de simplificar en exceso: múltiple y polivalente, el bandolerismo, al servicio de ciertos nobles, va también dirigido contra otros [...] Es evidente que el bandidismo nace de más orígenes que el de la crisis de una cierta nobleza: es campesino y popular» (*ibid.*, II, páginas 88-90).

[42] Delumeau, *Vie économique*, II, p. 547.

[43] Véase *ibid.*, II, pp. 543, 546-547, 608, 625.

versión de sus países en semiperiféricos [44]. En tales países, eran particularmente los pequeños propietarios, como los *massari* del sur de Italia, quienes, teniendo menores medios de resistencia a los años de mala cosecha que los grandes terratenientes, temían una precipitada caída a las filas de los pobres rurales, y por lo tanto, utilizaban el bandidaje contra estos grandes terratenientes a los que consideraban su enemigo inmediato [45].

El otro elemento envuelto en el bandidaje fue una parte de la nobleza, pero de nuevo, ¿quiénes? Parece ser que aquellos que fueron arruinados por la transformación económica. En nuestra discusión sobre los mercenarios, señalamos que el crecimiento de la población, junto con las oleadas de cercamientos, crearon el problema del vagabundeo, y que el ascenso de ejércitos mercenarios sirvió, entre otras cosas, para emplear algunos de estos «vagabundos» en mantener controlados a los otros. Los ejércitos mercenarios fortalecieron a los príncipes. Por el mismo motivo, debilitaron a la nobleza tradicional, no sólo estableciendo fuerzas capaces de imponer la voluntad real, sino creando también un vacío de empleo para la baja nobleza [46].

---

[44] Rosario Villari expone el impacto de la involución agrícola en la Italia meridional: «El campo meridional, que no se había visto afectado por las olas de revuelta rural que acompañaron a la Reforma protestante, reaccionó ahora a la cada vez más acentuada reimposición de las cargas feudales sobre la tierra y a la fuerza contemporánea de la reorganización económica y financiera de la Iglesia. El hecho importante era que aquellos que participaban en el movimiento eran, más que pobres jornaleros, grupos que desempeñaban un papel de gestión y aglutinación social en el campo.

»Eran los empresarios agrícolas, los *massari*, organizadores semicapitalistas de la producción de cereales: las fuerzas que se habían beneficiado en el campo de toda la fase secular de coyuntura favorable durante el siglo XVI, cosechando en parte el fruto de la depresión de los salarios y aprovechándose indirectamente de la crisis financiera de la nobleza y del desarrollo de la burguesía urbana. Son en esta época trabajadores asalariados, propietarios pequeños o medianos, empresarios agrícolas. Con una fisonomía bastante distinta de la de la burguesía acomodada, los *massari* tenían una función organizativa de gran importancia en la producción primaria del reino y en la ganadería.» *La rivolta antispagnola a Napoli: le origini (1581-1647)*, Bari, Laterza, 1967, p. 61.

[45] *Ibid.*, pp. 61-62.

[46] Georg Rusche y Otto Kirchheimer extraen las consecuencias de esta situación: «La oferta barata de mercenarios hizo superfluos a los caballeros y les costó una importante parte de sus ingresos. Algunos sufrieron doblemente, especialmente en los estratos inferiores, porque el agotamiento de la tierra y la creciente miseria de los campesinos imposibilitaban a éstos el pago de sus rentas [...] Muchos de estos caballeros hereditarios pero sin tierras se dedicaron al bandolerismo como sus súbditos lo estaban haciendo en menor escala. La principal diferencia era que los campesinos desamparados tenían que robar abiertamente, mientras que

Había por supuesto una alternativa para los caballeros empobrecidos en muchas áreas. Podían ponerse al servicio del rey. Más aún, donde el rey era más fuerte, el bandidaje era más dificultoso. Pero en áreas donde el príncipe era débil, su debilidad hacía más rentable el bandidaje, y la alternativa de servirle menos accesible. En este sentido el bandidaje era implícitamente más una exigencia de un Estado más fuerte que una «huida» hacia la «resistencia» tradicional. Era una forma de oposición, en algunos casos, «la fuerza de oposición más fuerte existente en el seno del reino» [47], pero una oposición *dentro* del marco del Estado moderno.

Sería por lo tanto un grave error considerar el bandidaje como una forma de oposición feudal tradicional a la autoridad del Estado [48]. Era consecuencia del crecimiento inadecuado de la autoridad del Estado, de la incapacidad del Estado para compensar las dislocaciones causadas por la turbulencia económica y social, de la falta de voluntad del Estado de asegurar una mayor igualación de la distribución en tiempos de inflación, de crecimiento de la población y escasez de alimentos. El bandidaje fue creado en este sentido por el propio Estado, al privar a algunos nobles de sus derechos tradicionales (y por lo tanto de sus fuentes de riqueza) y a algunos campesinos de su producción para alimentar a las nuevas burocracias, y al crear en el propio Estado una concentración de riqueza tal que resultaba tentador intentar tomar parte de ella. El bandidaje era un síntoma de las dislocaciones causadas por las reasignaciones resultantes de la creación de una economía-mundo europea.

Los organismos políticos son siempre más estables en la medida en que adquieren al menos una legitimidad parcial. Existe mucha mistificación en los análisis del proceso de legitimación, a causa de una observación casi exclusiva de las relaciones entre los gobiernos y la masa de la población. Resulta dudoso que haya habido muchos gobiernos en la historia que

---

los caballeros podían disfrazar sus fines bajo el pretexto de guerras legítimas o de vengar, en los ricos comerciantes de las ciudades, a las masas depauperadas.» *Punishment and social structure*, Nueva York, Russell & Russell, 1939, p. 13.

[47] Villari, *La rivolta antispagnola a Napoli*, p. 58.

[48] «Vincular el fenómeno [del bandolerismo] con el concepto de resistencia feudal al Estado es algo que no encaja con los hechos de la situación histórica [...] El final del siglo XVI no es un período de especial presión del Estado contra los nobles; incluso en Roma el intento del papa de recuperar los bienes y derechos usurpados por los grandes terratenientes [*feudatari*] terminó en 1581 con el definitivo triunfo de los usurpadores» (*ibid.*, p. 60).

hayan sido considerados legítimos por la mayoría de los explotados, oprimidos, y maltratados por ellos. Las masas pueden resignarse ante su destino, o estar pasivamente hostiles, o asombradas ante su temporal buena fortuna, o insubordinarse activamente. Pero los gobiernos tienden a ser soportados, no apreciados, admirados o amados; ni siquiera apoyados. Así ocurrió sin duda en la Europa del siglo XVI.

La legitimación no concierne a las masas sino a los cuadros. La cuestión de la estabilidad política depende de la medida en que el pequeño grupo de dirigentes del aparato de Estado sea capaz de convencer al grupo más amplio de empleados centrales y potentados regionales de que el régimen se formó y funciona sobre la base de cualesquiera valores consensuales que se pueda hacer creer a estos cuadros que existen, y de que es en bien de los intereses de estos cuadros que el régimen continúe funcionando sin grandes obstáculos. Cuando se dan estas circunstancias podemos llamar «legítimo» a un régimen.

Más aún, la legitimidad no es una cuestión resuelta de una vez por todas. Es una cuestión de compromisos constantes. En el siglo XVI, la ideología que surgió como medio de legitimar la nueva autoridad de los monarcas fue el derecho divino de los reyes, el sistema que hemos dado en llamar monarquía absoluta. Dado que el absolutismo era una ideología, debemos precavernos de no aceptar sus afirmaciones por lo que puedan parecer. Sería útil por lo tanto examinar exactamente cuáles eran sus pretensiones y cómo se correspondían con la realidad de la estructura social.

En primer lugar, ¿hasta qué punto «absoluta» quería decir absoluta? La teoría de que no había instancia humana que pudiera, bajo casi cualquier circunstancia, pretender negarse legítimamente a cumplir la voluntad proclamada del rey, no era totalmente nueva. No obstante, sí que obtuvo una exposición más amplia y más aceptación intelectual en esta era que en épocas anteriores y posteriores. «Absoluta» es un nombre inexacto, no obstante, tanto en cuanto a la teoría como en cuanto a los hechos. En teoría, absoluta no significaba ilimitada, ya que, como señalan Hartung y Mousnier, estaba «limitada por la ley divina y la ley natural». Argumentan que «absoluta» no debe ser interpretada como «ilimitada» sino más bien como «no supervisada» [*pas contrôlee*]. La monarquía era absoluta en oposición a la dispersión del poder de los tiempos feudales. «Esto no significaba despotismo y tiranía»[49]. De forma similar, Mara-

[49] Hartung y Mousnier, *Relazioni del X Congresso*, IV, p. 8.

vall dice que «ni en las fases iniciales ni en las subsiguientes del Estado moderno significó "monarquía absoluta" monarquía ilimitada. Se trataba de un absolutismo relativo»[50]. El planteamiento operacional clave era que el monarca no debería verse limitado por las restricciones de la ley: *ab legibus solutus*.

Cualesquiera que fueran los planteamientos, los poderes de los monarcas eran de hecho bastante limitados, no sólo en teoría sino en la práctica. En casi cualquier aspecto, el poder del rey era mucho menor que el del ejecutivo de una democracia liberal del siglo XX, a pesar de las restricciones institucionales y morales que existen sobre éste. Por una parte, el aparato del Estado del siglo XX tiene un grado de capacidad organizativa detrás que compensa sobradamente las mayores constricciones. Para comprender el poder real de un monarca «absoluto», debemos verlo én el contexto de las realidades políticas del tiempo y el lugar.

Un monarca era absoluto en la medida en que tenía razonables posibilidades de prevalecer contra otras fuerzas en el seno del Estado al ocurrir confrontaciones políticas[51]. Pero incluso los más fuertes Estados del siglo XVI se las veían y se las deseaban para mostrar un claro predominio dentro de sus fronteras en el terreno de la fuerza, o en el control de las fuentes de riqueza[52], por no mencionar la primacía en la lealtad de sus súbditos.

El ascenso del Estado y del absolutismo como su ideología, no debe ser confundido con el de la nación y el nacionalismo. La creación de Estados fuertes en el seno de un sistema mun-

---

[50] José A. Maravall, «The origins of the modern State», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VI, 4, 1961, p. 800.

[51] Erik Molnar da esta cuidada definición: «El absolutismo es un régimen político en el que el poder del Estado es ejercido por el soberano, esencial y efectivamente, sobre todo el territorio, con la asistencia de la organización militar-burocrática que está bajo su control. Esta definición incluye como criterio esencial un poder efectivo que usualmente, cuando se le disputa, prevalece sobre las aspiraciones contrarias, por ejemplo las formuladas por un parlamento o por una burocracia hereditaria.» «Les fondements économiques et sociaux de l'absolutisme», en *XII^e Congrès Internationale des Sciences Historiques: rapports*, IV, *Méthodologie et histoire contemporaine*, Viena, Ferdinand Berger & Sohne, 1965, p. 155.

[52] «Nada indica tan claramente los límites del poder real en el siglo XVI como el hecho de que los gobiernos tuvieran perennemente problemas financieros, siendo incapaces de tocar la riqueza de quienes más podían pagar, y resultando probable que se encendiera una costosa revuelta cuando intentaban desarrollar unos ingresos adecuados.» William J. Bouwsma, «Politics in the age of the Renaissance», en *Chapters in western civilization*, 3.ª ed., Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961, I, p. 233.

dial fue un prerrequisito histórico del ascenso del nacionalismo, tanto en los Estados fuertes como en la periferia. El nacionalismo es la aceptación de los miembros de un Estado como miembros de un grupo de estatus, como ciudadanos, con todas las exigencias de solidaridad colectiva que ello implica. El absolutismo es la afirmación de la importancia fundamental de la supervivencia del Estado como tal. Lo primero es por definición un sentimiento de masas, lo último por definición el sentimiento de un pequeño grupo de personas directamente interesadas en el aparato de Estado.

Sin duda, quienes proponen un Estado fuerte a lo largo del tiempo tienen que llegar a cultivar el sentimiento nacional como un sólido reflejo de sus objetivos. Y en alguna medida ya tenían algo que hacer en el siglo XVI [53]. Pero este sentimiento colectivo engranaba primariamente, en general, en la medida en que existía, con la persona del príncipe más que con la colectividad como un todo [54]. El monarca absoluto era una figura «heroica» [55], haciéndose el proceso de deificación cada vez más intenso con el paso del tiempo. Esta fue la era en la que se desarrolló el tan elaborado ceremonial de la Corte, para poder apartar mejor al monarca de todo contacto con el trabajo banal (e incidentalmente para proporcionar ocupación a los aristócratas de la Corte, manteniéndolos así suficientemente a mano para ser supervisados y comprobados).

---

[53] «En los siglos XV o XVI no había una verdadera tradición nacional; pero había un sentimiento de comunidad que los reyes podían usar para sus propios fines, haciendo que su mantenimiento en el poder resultara aceptable y fuera algo en lo que todos colaboraban libremente.» Maravall, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VI, p. 796.

[54] «[Deberíamos] evitar la tentación de interpretar esta nueva orientación del pensamiento político [la idea de Estado] como una conciencia de solidaridades nacionales colectivas [...]

»Debemos observar el hecho de que los juristas e ideólogos que elaboran progresivamente la idea de Estado en el siglo XVI hablan mucho más a menudo del *Príncipe* (en el sentido de Maquiavelo) que del pueblo, de *autoridad* que de *colectividad*.

»Debemos reflexionar por consiguiente desde este punto de partida: el "Estado" no existe por sí mismo. Ante todo, constituye esencialmente la afirmación de una nueva forma de autoridad: el *poder público del soberano*.» Georges de Lagarde, «Réflexions sur la cristallisation de la notion d'Etat au XVI^e siècle», en Enrico Castelli, comp., *Umanesimo e scienza politica*, Milán, Dott. Carlo Mazzorati, 1951, pp. 247-248.

[55] «La moda de la Antigüedad anuncia, en el siglo XVI, una nueva fuerza del derecho romano, y le incorpora la antigua idea del "héroe", del semidiós, todopoderoso y benéfico [...] El héroe es el modelo del ser al que los pueblos sienten la necesidad de entregarse.» Mousnier, *Les XVI^e et XVII^e siècles*, pp. 96-97.

Sería a finales de los siglos XVII y XVIII, y en el marco del mercantilismo, cuando el nacionalismo encontraría sus primeros abogados entre la burguesía [56]. Pero en el siglo XVI, los intereses de la burguesía no estaban aún fijados con firmeza en el Estado. Una parte excesivamente grande de ella estaba más interesada en una economía abierta que en una cerrada. Y para los constructores del Estado, el nacionalismo prematuro corría el riesgo de cristalizar en una entidad étnico-territorial excesivamente pequeña. En un punto inicial, podríamos incluso decir que el estatismo era antinacionalista, dado que los límites del sentimiento «nacionalista» eran a menudo más estrechos que los márgenes del Estado del monarca [57]. Sólo mucho más adelante perseguirían los encargados del aparato de Estado la creación de Estados «integrados» [58], en los que el grupo étnico dominante «asimilaría» las áreas exteriores.

En el siglo XVI, unos pocos Estados hicieron progresos sustanciales en la centralización del poder y en la consecución, al menos parcial, de una aceptación de la legitimidad de esta centralización. No resulta demasiado difícil dibujar a grandes rasgos las condiciones en las que era probable que esto ocurriera. Cuando los diversos cuadros, los grupos diversos que controlaban los recursos, sentían que sus intereses de clase quedaban mejor servidos políticamente intentando persuadir e influenciar al monarca que persiguiendo sus fines políticos a través de vías de acción alternativas, entonces podemos hablar de un sistema monárquico relativamente efectivo, un Estado relativamente «absoluto».

---

[56] «Hay lugar, en las antípodas de la pura economía, para la tan flexible fórmula mixta: "el mercado es la escuela en la que la burguesía aprende nacionalismo por vez primera".» Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, I, París, SEVPEN, 1962, p. 34.

[57] «[En los Estados occidentales] muchas gentes estaban comenzando a verse a sí mismas como súbditos particulares del rey, con un estatuto similar a lo que hoy llamaríamos un *Staatsvolk* [...] Un monarca que luchara por poner bajo su control a los súbditos excesivamente poderosos podía levantar contra ellos a las clases medias, pero también podía esperar conseguir su propósito expandiéndose, flanqueando al feudalismo de su provincia de origen mediante el control de las exteriores.» Kiernan, *Past and Present*, 31, p. 33.

[58] «[La] idea de que una sociedad debe estar integrada, de que en un Estado debe haber, si es posible, sólo una raza, un lenguaje, una cultura, y de que toda o casi toda la gente dentro de unas fronteras políticas debe tener un derecho a determinar lo que se debe hacer, todo esto es nuevo, un resultado del pensamiento occidental del siglo XIX.» Wolfram Eberhard, *Conquerors and rulers: social forces in medieval China*, 2.ª ed. rev., Leiden, Brill, 1965, p. 6.

«Absoluto» da una idea equivocada, por supuesto aquella que los reyes intentaban transmitir. El absolutismo era un precepto retórico, no una afirmación seria. Tal vez fuera prudente quitar énfasis a la localización en la persona del rey, y hablar simplemente de un Estado más fuerte, o de una mayor «estatalidad»[59]. Lo mejor sería llamar «estatismo» a esta ideología. El estatismo es la pretensión de aumentar el poder en manos del aparato de Estado. En el siglo XVI esto significaba poder en manos del monarca absoluto. Era una pretensión de poder, siendo esta pretensión parte del intento de alcanzarlo. Nadie, ni entonces ni ahora, lo consideraba o debería considerarlo como una descripción del mundo real de aquella época. Esta pretensión se vio realizada hasta cierto punto en algunos Estados, aquellos que constituirían el centro de la economía-mundo europea. Fracasó fuera de allí, por razones que dilucidaremos más adelante.

Una de las mayores indicaciones de éxito, así como un importante mecanismo en el proceso de centralización del poder, era el grado en que la población podía ser transformada, *por un medio u otro*, en un grupo culturalmente homogéneo. Una vez más lo que importa son menos las masas que los cuadros en el sentido más amplio. El rey, su burocracia y cortesanos, los terratenientes rurales (grandes y pequeños), los comerciantes. En el siglo XVI, mientras los Estados centrales avanzan hacia una mayor homogeneidad «étnica» entre estos estratos, las áreas periféricas se mueven precisamente en la dirección opuesta.

Empecemos observando la actitud del aparato de Estado hacia el comerciante que pertenecía a un grupo «minoritario». En primer lugar, estaban los judíos, grupo que jugó un amplio papel en las actividades comerciales a lo largo de toda la Edad Media. Una de las cosas a señalar es que en términos tanto sociales como económicos hubo «un continuo deterioro del esta-

[59] Charles Tilly mide la «estatalidad» por «la autonomía formal, la diferenciación de las organizaciones no gubernamentales, la centralización y la coordinación interna». De esto se sigue que «una extrema estatalidad no garantiza la estabilidad política ni asegura un poder en la arena internacional. Se puede suponer que un aumento de la estatalidad incrementa el control de un gobierno sobre los recursos móviles de su población súbdita, aumenta su capacidad de disponer de recursos para objetivos a escala nacional o internacional». «Reflections on the history of European statemaking» (borrador multicopiado del cap. 9 de Charles Tilly, comp., *The building of States in western Europe*, Princeton [Nueva Jersey], Princeton Univ. Press, pendiente de publicación), pp. 18-19.

tus de los judíos en la Baja Edad Media»[60]. Por una parte, al ir creando Inglaterra, Francia y España estructuras centralizadas más fuertes, empezaron a expulsar a los judíos: Inglaterra en 1290, Francia a finales del siglo XIV, España en 1492. Pero este fenómeno ocurrió también en Alemania, donde, si no fueron expulsados, los judíos vieron debilitado de muchas maneras su papel como grupo comercial. Eran los judíos quienes habían llevado gran parte del comercio internacional entre la Europa occidental y la oriental a lo largo de la ruta transcontinental del norte, en el período 800-1200 d.C., y quienes constituían su principal soporte[61]. Durante este período, en ambas regiones su estatus legal era razonablemente favorable[62]. En los siglos XIII y XIV se produce un declive generalizado tanto en el estatus legal como en el papel económico de los judíos *en toda* Europa[63]. No obstante, al llegar al siglo XVI podemos hablar de un

---

[60] Salo W. Baron, *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., XI, *Citizen or alien conjurer*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1967, p. 192.

[61] «A finales del siglo XIII, la posición de los judíos en el comercio internacional se había debilitado en Alemania a consecuencia de una serie de prohibiciones dirigidas contra ellos. A partir de esta época, todo el comercio con el este pasa a través de canales posteriores y mejor conocidos: los italianos en el Mediterráneo, el sur, y los hanseáticos al norte. La ruta transcontinental a través de Rusia y Polonia, como había funcionado en siglos anteriores, desaparece de las fuentes históricas.» J. Brutzkus, «Trade with eastern Europe, 800-1200», *Economic History Review*, XIII, 1943, página 41.

[62] Sobre Polonia, Salo W. Baron señala: «Sabemos muy poco sobre la vida de los judíos durante [los siglos XI y XII], pero evidentemente disfrutaban de plena libertad de acción y estaban sujetos a pocas o ninguna restricciones legales.» *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., III, *Heirs of Rome and Persia*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1957, p. 219. En Europa occidental, el sistema feudal tendía a ser favorable a los judíos, convirtiéndolos en «un nuevo grupo de vasallos del rey, algo análogo a los nobles cristianos». Salo W. Baron, *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., IV, *Meeting of East and West*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1957, p. 50. Esto era cierto para España (véanse pp. 36-43), la Francia carolingia (véanse pp. 43-53), Alemania (véanse pp. 64-75), Inglaterra y Normandía (véanse pp. 75-86). Aunque el feudalismo «complicó mucho la vida de los judíos en Europa occidental, tanto por su diversidad anárquica como por su fortalecimiento de la autoridad de la Iglesia sobre los judíos», también es cierto que «los órganos centrales y provinciales de la Iglesia contribuyeron de forma significativa a la seguridad de los judíos por su continua insistencia en una básica tolerancia, su fortalecimiento del poder real al hacer hincapié en el derecho divino de los reyes, sus mandatos a los reyes de gobernar justamente, y su incansable fomento de pactos destinados a establecer la "tregua de Dios" en favor de los grupos más indefensos de la población, incluyendo clérigos y judíos» (pp. 53-54).

[63] En la Alta Edad Media, los judíos se habían beneficiado de ser «vasallos del rey». En la Baja Edad Media, estos mismos reyes se hicieron

desequilibrio geográfico: una ausencia virtualmente total en Europa occidental pero, por otra parte, una presencia *mayor* en la Europa del este y parte del sur, es decir, una ausencia en el centro y un aumento en la periferia y en la semiperiferia[64].

Aunque los judíos jugaron un papel continuamente creciente en la vida económica de Europa del este, entre las profesiones con estatus superior al de la clase trabajadora sólo se les permitía el papel de comerciantes. Para ellos, la ruta clásica de empresarios a rentistas era impracticable[65]. De manera semejante, en el norte de Italia, como resultado de la declinación del poder financiero de las ciudades-Estado, que en parte se debía a su pequeño tamaño, con las consiguientes estrecheces de base impositiva e incapacidad para proteger a sus ciudadanos

---

más fuertes. Sin embargo la posición de los judíos comenzó a declinar. Baron comenta: «Desde el momento en que sus respectivos príncipes obtenían cada vez mayores ganancias fiscales de esta relación, resulta doblemente asombroso que no emplearan su creciente poder para proteger con más eficacia a sus "siervos" judíos» (p. 198). Baron encuentra la explicación en «el nuevo tipo de nacionalismo que toma forma gradualmente en la Baja Edad Media» (p. 199). Por añadidura, «la creciente secularización de las sociedades medievales intensificó su intolerancia etnorreligiosa» (p. 200).

[64] «Expulsados de un país tras otro [en los siglos XIV y XV, los judíos] se desplazaron en número creciente hacia las fronteras que se abrían en la Europa centro-oriental, y establecieron comunidades crecientes y progresivamente autoafirmadas en territorios eslavos, húngaros y lituanos. En muchos de tales empeños, los judíos encontraron su utilidad para las respectivas sociedades en el suministro de dinero y crédito, y para los Estados, como sujetos de imposición disponibles y a menudo indefensos, se convirtieron en una de sus principales partidas económicas.» Salo W. Baron, *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., XII, *Economic catalyst*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1967, pp. 30-31.

Alemania era un área marginal: «Después de la catástrofe de la peste negra, sin embargo, la judería alemana, diezmada y empobrecida, se vio obligada más y más a concentrarse en el préstamo de dinero. Aunque sus ingresos económicos disminuyeron de forma continua, incurrieron con ello en una intensa animosidad por parte de la población [...] Los mismos gobernantes, que, a través de los impuestos, eran en muchos aspectos socios comanditarios de los banqueros judíos, defendían ahora cada vez menos vigorosamente a sus pupilos [...] Las condiciones fueron de mal en peor en las tormentosas décadas de comienzos del siglo XVI, cuando el malestar social y las disensiones religiosas preparaban el terreno para las guerras civiles y religiosas» (pp. 151-153).

[65] «Parece que en Polonia la situación era diferente para los numerosos judíos, para los que en principio estaba cerrado el acceso a la propiedad de la tierra y al progreso social. En este caso, creemos, fue más frecuente la inversión de capital [en actividades industriales y mineras].» Marian Malowist, «L'évolution industrielle en Pologne du XIVᵉ au XVIIᵉ siècle: traits généraux», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, p. 601.

fuera del país[66], la posición de los judíos comenzó a mejorar un tanto, jugando principalmente una vez más el papel de comerciantes[67]. La cuestión judía, tal y como se presentaba ante los gobernantes, era un dilema entre el «fiscalismo» y el naciente «mercantilismo». Por una parte estos comerciantes judíos eran una fuente importante de ingresos para el Estado, por otra parte los comerciantes no judíos los veían como competidores y los terratenientes como prestamistas, coincidiendo ambos grupos frecuentemente en presionar al monarca para eliminar a los judíos. La primera consideración fue la que prevaleció en un principio, con la frecuencia con la que los reyes fueron capaces de disponerlo así[68]. Al ir haciéndose más poderosa la burguesía indígena en los Estados del centro, la intolerancia hacia los judíos logró sustanciales progresos en el terreno legal.

---

[66] «Pero ¿cómo podemos explicar esta pérdida (de la primacía comercial de las ciudades-Estado italianas)? Los elementos que contribuyeron a ella fueron los siguientes: la lucha de clases que floreció en las ciudades-Estado, las bancarrotas provocadas por la insolvencia de los deudores reales (bancarrota de los Bardi-Peruzzi), la ausencia de un gran Estado que protegiera a sus ciudadanos en el exterior; es decir, la causa fundamental fue la misma estructura de la ciudad-Estado, que no podía transformarse en un gran Estado territorial.» Antonio Gramsci, *Il Risorgimento*, Roma, Giulio Einaudi, 1955, p. 9.

[67] «En tanto que las repúblicas del norte de Italia sirvieron como centros bancarios mundiales, los judíos no pudieron entrar en la patria de estos "lombardos" cuyos recursos financieros sobrepasaban con tanta frecuencia a los suyos incluso en el resto de Europa. Sin embargo, después de las crisis financieras del siglo XIII que condujeron al derrumbamiento de [varias] grandes firmas [...] nuevas oportunidades se abrieron para los judíos [...]

»También los principados italianos apreciaron pronto la presencia de judíos como una fuente adicional de fortaleza económica.» Baron, *A social and religious history of the Jews*, XII, pp. 161, 163.

Cuando los judíos fueron expulsados de España y Sicilia en 1492, «Italia fue la única tierra de la Europa cristiana abierta a los refugiados». Cecil Roth, *The history of the Jews of Italy*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1946, pp. 178-179.

[68] «Si no se podía prescindir totalmente de los judíos en ciertas regiones [de Europa occidental] [...] esto se debía en buena medida a los intereses fiscales de los respectivos gobiernos en los ingresos que obtenían, directa o indirectamente, a través de los préstamos de dinero de los judíos, cargando a éstos con impuestos cada vez más exorbitantes.» Baron, *A social and religious history of the Jews*, p. 197.

Véase J. Lee Shneidman con referencia al Aragón de los siglos XIII y XIV: «Usualmente, cuando uno presta dinero espera que se lo devuelvan. Esto no es totalmente cierto cuando se presta dinero al Estado. Aunque los reyes frecuentemente devolvían los préstamos pequeños, la práctica habitual era pagar mediante la obtención de un nuevo préstamo de la misma o diferente persona. Normalmente, el dinero que el judío prestaba al Estado estaba perdido, y debía resarcirse mediante las ganancias de la

Los judíos eran un blanco fácil para sus competidores, porque se les podía convertir en una cuestión ideológica. Se podía argüir en contra de su papel económico sobre una base religiosa. Una de las formas en que los monarcas resolvieron esto en Europa occidental fue expulsando a los judíos, pero sustituyéndolos por otro grupo menos vulnerable en el aspecto religioso, aunque fuera, desde el punto de vista de los mercaderes indígenas, un competidor igual. Por ejemplo, P. Elman describe cómo, cuando el monarca inglés se vio finalmente forzado a expulsar a los judíos en 1290, dio la bienvenida en su lugar a los prestamistas italianos. Dado que el rey a menudo dejaba sin pagar los préstamos, «desde un punto de vista práctico los préstamos italianos podrían no haber diferido grandemente de los tributos judíos»[69]. Aun así, al llegar el siglo XVI los italianos fueron expulsados de su papel como empresarios en Inglaterra[70], si bien no en España[71], pero al mismo tiempo los judíos

recaudación de impuestos. Desde el momento en que estas ganancias se convertían en fuente de nuevos créditos, los monarcas estaban enormemente ansiosos de asegurar que el judío recuperara el valor de su préstamo más una ganancia.» *The rise of the Aragonese-Catalan empire, 1200-1350*, Nueva York, New York Univ. Press, 1970, II, p. 433.

[69] P. Elman, «The economic causes of the expulsion of the Jews in 1290», *Economic History Review*, VII, 1, noviembre de 1936, p. 151. Elman sostiene además que se pidió a los italianos que ocuparan el lugar de los judíos *porque* éstos «habían quedado secos».

[70] «Para esa época [...] los comerciantes ingleses en ultramar habían unido sus fuerzas con las gentes de las ciudades inglesas, y la xenofobia urbana se estaba ampliando para transformarse en nacionalismo económico. A finales del siglo XIV los intentos de los comerciantes de paño ingleses de penetrar en el Báltico encontraron un mal recibimiento en las ciudades de la Hansa. En estas circunstancias, los privilegios que disfrutaban en Inglaterra los comerciantes de la Hansa (que incluían unos impuestos sobre el paño inferiores incluso a los que pagaban los naturales) parecieron enormemente injustificados, y los comerciantes ingleses exigieron o bien reciprocidad en el Báltico o bien que se recortaran los privilegios hanseáticos en Inglaterra [...] Simultáneamente los italianos se convirtieron en centro de una controversia similar [...] [Las gentes de las ciudades se levantaron] contra las nociones bullonistas que se estaban haciendo de curso común. Se decía que sus actividades bancarias y de cambio conducían a una exportación de oro y plata, y que el carácter de su comercio ["bagatelas" de lujo] a una constante sangría de metales preciosos.» Edward Miller, «The economic policies of governments: France and England», en *Cambridge Economic History of Europe*, III, M. M. Postan, E. E. Rich y Edward Miller, comps., *Economic organization and policies in the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1963, pp. 330-331.

[71] La fecha clave es 1492. Antes de ella, Vicens señala: «No había una burguesía urbana como en el resto de Occidente. Este vacío fue llenado por una clase social ajena a la religión cristiana: los judíos.» *An economic history of Spain*, p. 248 [p. 228]. Después dominaron los genoveses: «El

estaban expulsando a los polacos de Polonia[72]. ¿Cómo era posible?

En Europa occidental, la base agrícola cada vez más diversificada, junto con las industrias nacientes, fortalecieron a la burguesía comercial hasta el punto en que el rey se vio obligado a tomarla políticamente en cuenta. El otro aspecto de la cuestión era que podía servir de soporte fiscal a la monarquía —como contribuyente, prestamista y socio comercial— con la misma eficacia, si no más, que los comerciantes extranjeros. El reflejo «nacionalista» fue por lo tanto natural[73]. En Europa oriental,

---

momento decisivo en la historia de los comerciantes genoveses en España fue el descubrimiento de América y la subsiguiente apertura de relaciones comerciales con el nuevo continente. Desde entonces, su ascenso hacia el predominio económico en España fue paralelo a la creciente emergencia de la nación como potencia dominante en el mundo del siglo XVI. La fortuna dio a España simultáneamente dos imperios, uno en el Viejo Mundo y otro en el Nuevo. La falta de preparación de España para las responsabilidades imperiales, especialmente en la esfera económica, fue el trampolín para el avance genovés.» Ruth Pike, «The Genoese in Sevilla and the opening of the New World», *Journal of Economic History*, XXII, 3, septiembre de 1962, p. 348. Véase Chaunu, *Séville*, VIII (1), páginas 285-286.

Véase también Javier Ruiz Almansa: «Cada uno de los tres grupos raciales (cristianos, judíos, moros) había tomado sobre sí, en el aspecto económico-social de entonces, una función determinada; la eliminación crea un vacío difícil de llenar y produce un verdadero trastorno orgánico de la sociedad española; los negociantes genoveses y flamencos toman a su cargo parte de las funciones realizadas por los judíos, sin sustituirlos por completo; los menestrales del sur de Francia llenan una parte del hueco dejado por los moriscos.» «Las ideas y las estadísticas de población en España en el siglo XVI», *Revista Internacional de Sociología*, I, 1947; citado por Joan Reglà, «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias», *Hispania*, XIII, 52, 1953, p. 445.

[72] «La Polonia de la primera Modernidad, a partir del siglo XV, [se ve] incrementada bruscamente por la cada vez más creciente presencia judía, que acaba constituyendo lo que casi se podría llamar una nación judía; es decir, un Estado dentro del Estado polaco que sería destruido a consecuencia de las dificultades económicas y la despiadada persecución del siglo XVII.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 137.

[73] «Entre los siglos XIII y XIV, las grandes casas italianas [...] se hicieron con el dominio de las exportaciones inglesas de lana, y en unos años consiguieron un monopolio total de las exportaciones y un completo control de las aduanas reales.

»De esta posición los italianos fueron desalojados eventualmente por las asociaciones de comerciantes locales, y finalmente por la English Company of Staple [...].

»Hacia 1361 la English Company of Staple estaba en posesión de un virtual monopolio de las "exportaciones de lana" a la Europa del norte [...]

»El monopolio convenía [...] a los comerciantes de lana [...]; convenía al interés en auge de los fabricantes de paño, pues creaba amplios már-

no obstante, la cuestión se planteaba de forma muy diferente. Los monarcas eran más débiles, los comerciantes también, los productores agrícolas más fuertes. La cuestión en la Europa oriental del siglo XVI, como en otras partes del sistema mundial capitalista que estaban especializándose cada vez más en la producción de cultivos para el mercado, no era la existencia o inexistencia de una burguesía comercial. Si existe una economía monetaria tiene que haber gente que sirva de conducto para el complejo intercambio de bienes y servicio que favorece el uso del dinero. La cuestión era si esta burguesía comercial había de ser en gran medida extranjera o por el contrario indígena. Si era indígena, introduciría un importante factor adicional en la política interna. Si era extranjera sus intereses estarían ligados primariamente a los de los emergentes polos de desarrollo, lo que con el tiempo se llegaría a llamar las metrópolis.

¿No fue una razón crucial para la «bienvenida» dada a los judíos en la Europa oriental del siglo XVI el hecho de que los terratenientes indígenas (y tal vez también los comerciantes de Europa occidental), preferían que fueran judíos los mercaderes locales indispensables en Europa oriental, en lugar de una burguesía comercial indígena? [74]. Esta última, si ganaba fuerza, habría tenido una base política (totalmente ausente en el caso de

---

genes entre los precios de la lana en el interior y en el exterior. Sobre todo, convenía al rey. Los derechos de aduana y los subsidios a la exportación de lana eran la mejor seguridad posible que él podía ofrecer, y una compañía privilegiada [*chartered company*] que disfrutara del monopolio del comercio era una fuente de préstamos mucho más segura que la serie de firmas y asociaciones que habían ido a la bancarrota, una por una, en los comienzos de la guerra de los Cien Años [...] El único interés perjudicado era el de los productores de lana; y ésta puede haber sido una de las razones por las que la producción de lana declinó.» M. M. Postan, «The trade of medieval Europe: the north», en *Cambridge Economic History of Europe*, II, M. M. Postan y E. E. Rich, comps., *Trade and industry in the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1952, p. 238.

[74] Se produjeron conversiones forzadas en España y Portugal. Esto resultaba ideal para la semiperiferización. Se permitió a los judíos actuar como marranos. Esto les hacía posible desempeñar un papel mucho más importante que antes dentro de la burguesía. Cuando el desarrollo de la península Ibérica alcanzó un punto en el que pareció deseable aplastar a la burguesía local, la coincidencia entre «burgueses» y «nuevos cristianos» convirtió a éstos últimos en un blanco fácil para la persecución. Véase I. S. Revah, «L'hérésie marrane dans l'Europe catholique du 15ᵉ au 18ᵉ siècle», en Jacques Le Goff, comp., *Hérésies et sociétés dans l'Europe préindustrielle, 11ᵉ-18ᵉ siècles*, París, Mouton, 1968, especialmente página 333 con referencia a Portugal.

los judíos) y podría haber pretendido llegar a ser una burguesía industrial. La ruta que sin duda hubiera elegido habría supuesto reducir la «apertura» de la economía nacional, lo que amenazaría los intereses simbióticos de los terratenientes y comerciantes de Europa oriental. Mientras que sabemos que los principios del período moderno fueron una época de *decadencia* de la burguesía indígena en la Europa oriental [75], «en el campo, por otra parte, los judíos cumplían un papel cada vez mayor como agentes de los terratenientes y como comerciantes y artesanos en las pequeñas aldeas» [76]. Esto ilustra un fenómeno más general en la economía-mundo. Las alianzas de clase *en el seno* del sistema político del Estado son función de que el grupo gobernante esté dominado primariamente por aquellas personas cuyos intereses están ligados a la venta de productos primarios en el mercado mundial o por aquellas cuyos intereses están en las ganancias comercial-industriales.

No fueron los judíos los únicos juguetes de estas alianzas político-económicas transnacionales. Los comerciantes en los países católicos eran frecuentemente «protestantes». La controversia ideológica central en toda Europa en los siglos XVI y XVII —Reforma frente a Contrarreforma— estaba entrecruzada inextricablemente con la creación tanto de los Estados fuertes como del sistema capitalista. No es ningún accidente que aquellas partes de Europa que fueron reagrarizadas en el siglo XVI fueran también aquellas en las que triunfó la Contrarreforma, mientras que en su mayor parte los países en proceso de industrialización eran protestantes. Alemania, Francia y «Bélgica», estaban en una situación intermedia, siendo el resultado a largo plazo un compromiso ideológico. Alemania se dividió entre protestantes y católicos, Francia y «Bélgica» llegaron a tener pocos protestantes, pero desarrollaron una tradición anticlerical y librepensadora a la que podían adherirse ciertos grupos.

Esto no es un accidente, no porque, siguiendo a Weber, pensemos que la teología protestante esté de alguna forma más en consonancia con el capitalismo que la teología católica. Sin duda

[75] Véase Malowist, *Past and Present*, 13; Ferdo Gestrin, *Annales ESC*, XVII, 1962.

[76] Salo W. Baron, carta personal, 16 de noviembre de 1970. Véase D. Stanley Eitzen: «Los judíos eran impopulares, además, por el trabajo que hacían para los nobles y los príncipes [en el siglo XVI]. Servían como agentes financieros para los príncipes, arrendaban y administraban los dominios de la Corona y las haciendas de la *gentry*, y a menudo trabajaban como recaudadores de impuestos.» «Two minorities: the Jews of Poland and the Chinese of the Philippines», *Jewish Journal of Sociology*, X, 2, diciembre de 1968, p. 227.

se puede defender este argumento. Por otra parte, parece ser cierto en general que cualquier sistema complejo de ideas puede ser manipulado para servir a cualquier objetivo particular, social o político. Sin duda también la teología católica ha demostrado su capacidad de adaptación a su medio social. Existen pocas razones a un nivel abstracto de ideas por las que no se pudiera haber escrito un libro plausible titulado «La ética católica y el espíritu del capitalismo». Y se podría considerar que la teología calvinista tiene implicaciones anticapitalistas [77]. A donde quiero llegar es a un lugar diferente. Por una serie de desarrollos históricos intelectualmente accidentales [78], el protes-

[77] «Actualmente, sin embargo, a menudo se considera axiomático que el calvinismo surgió como la religión que fomentaba los esfuerzos competitivos del hombre de negocios. En su forma más cruda, esta doctrina sostiene que el calvinismo glorifica el deseo adquisitivo, o, por lo menos, que fomenta la creencia en que el éxito en los negocios podría ser visto como un signo de inclusión entre los elegidos de Dios. Semejante perversión del calvinismo no es impensable, pero es importante señalar no sólo que sería una perversión, sino que sería una perversión particularmente repulsiva para los calvinistas estrictos, pues implica la pecaminosa presunción de intentar descubrir los inescrutables caminos de la Providencia. Una versión popular del calvinismo más verosímil habría sido de naturaleza muy distinta. Habría sido la de dejar que la creencia en la predestinación se hundiese en el fatalismo, y condujera al letargo y a la falta de interés en el propio trabajo a través de un sentimiento de impotencia de los esfuerzos individuales frente a la voluntad del Señor. Hace algunos años, la comisión designada por la Carnegie Corporation para investigar el problema de los "blancos pobres" en Sudáfrica discutió seriamente si uno de los factores que causaba la falta de habilidad y de confianza en ellos mismos de los "blancos pobres" no era este tipo de fatalismo surgido de un "calvinismo malentendido". Esto constituye un interesante comentario a la creencia, ampliamente aceptada, en el calvinismo como estimulante de la empresa de negocios. De hecho, sugiere con gran fuerza que otras influencias distintas de las doctrinales determinan la reacción calvinista a las oportunidades y estímulos económicos.» H. M. Robertson, «European economic developments in the sixteenth century», *South African Journal of Economics*, XVIII, 1, marzo de 1950, p. 48.

[78] No trato de negar que pueda haber sido *más fácil* usar la teología calvinista, en vez de la católica, para justificar las actividades capitalistas. No sólo Weber, sino también algunos de sus más tajantes críticos lo piensan así. Por ejemplo, Christopher Hill sostiene: «Las doctrinas que emplean los motivos del corazón, que permiten a las presiones sociales influenciar más libremente la conducta de los individuos, florecen especialmente [...] en períodos de cambio social rápido, y entre aquellas personas más expuestas a sus efectos. La cristiandad surgió en un período así; San Agustín, en cuya teología tanto se apoyaron los reformadores, también vivió en una época en la que las viejas normas se estaban viniendo abajo; y también él subrayó las motivaciones internas antes que las acciones externas [...]. Parece haber una tendencia permanente en las Iglesias establecidas a volcarse hacia el ceremonial, y en los grupos de oposición a hacer hincapié en el elemento interno». «Protestantism and

tantismo llegó a identificarse en gran medida, durante el período de la Reforma, con las fuerzas que favorecían la expansión del capitalismo comercial en el marco de Estados nacionales fuertes, y con los países en los que estas fuerzas eran dominantes. Así, cuando tales fuerzas perdieron la batalla en Polonia, España, «Italia», o Hungría, el protestantismo también declinó, y a menudo con gran rapidez. Los factores que favorecían la expansión de una agricultura de exportación favorecían la reafirmación del catolicismo.

Debemos contemplar la Reforma tal y como se desarrolló. Como señala Christopher Hill:

> La Iglesia había sido desde largo tiempo atrás una fuente de poder, protección y riqueza para los gobernantes de las principales potencias, como Francia y España. Aquellos gobiernos que rompieron con Roma a principios del siglo XVI estaban en los márgenes de la civilización católica, eran potencias secundarias cuyos gobernantes no habían sido suficientemente fuertes para llegar a un arreglo favorable con el papado, como Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Suiza, Escocia [79].

En este punto existía claramente un elemento de irritación del norte de Europa frente al peso económico del mundo mediterráneo cristiano más «adelantado» [80]. Pero, como sabemos, a finales del largo siglo XVI, el noroeste de Europa se había convertido en el centro de la economía-mundo, la Europa del este en su periferia, y el sur de Europa se deslizaba rápidamente en esa misma dirección.

---

the rise of capitalism», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1960, pp. 34-35.

Lo que afirmo es que, de haber la necesidad social, el catolicismo podría haber sido usado para justificar el capitalismo, y el protestantismo no tendría por qué haberlo sido. Cuando más, estoy de acuerdo con la formulación de Hill: «Pero no hay nada en el protestantismo que conduzca automáticamente al capitalismo; su importancia era más bien que disminuía los obstáculos impuestos por las rígidas instituciones y ceremonias del catolicismo» (p. 37).

[79] Christopher Hill, *Reformation to the Industrial Revolution, 1530-1780* (vol. II de la Pelican Economic History of Britain), Londres, Penguin Books, 1967, p. 34.

[80] «Entonces, en la década de 1520, vino la gran revuelta, la revuelta de Lutero. No era una revuelta dentro de la vieja economía madura de Europa; era una revuelta de las áreas "subdesarrolladas", "coloniales,", del norte y del centro, que sentían que durante largo tiempo habían sido sometidas a impuestos, frustradas y explotadas para mantener la alta civilización del Mediterráneo y del Rin.» H. R. Trevor-Roper, «Religion, the Reformation, and social change», en *The European witch-craze of the sixteenth and seventeenth centuries, and other essays*, Nueva York Harper, 1969, pp. 32-33.

P. C. Gordon-Walker intenta relacionar la evolución del protestantismo —primero Lutero, después Calvino— con las dos fases de la revolución de los precios: la primera 1520-1540/50 suave y limitada a Alemania y los Países Bajos (producción de plata centroeuropea), y la segunda de 1545 en adelante, durante alrededor de un siglo (plata americana). Argumenta que las fases emparejadas están a su vez ligadas a las sucesivas necesidades culturales del nuevo sistema capitalista.

El problema social presentado por la revolución de los precios era un problema con dos partes. La primera necesidad era la acumulación primaria [...] la segunda, subsiguiente y realmente básica, era la aclimatación de las clases de la sociedad capitalista a las nuevas posiciones hechas necesarias por los recursos de la acumulación primitiva [...]

Estas dos fases controlaban la importancia de las diversas partes de Europa. En 1520-40 las áreas en cabeza eran España (que no heredó una clase media fuerte de la Edad Media[81]) y Alemania (que tenía una fuerte burguesía feudal). A partir de 1545-80, tanto España como Alemania perdieron terreno, y la cabeza fue tomada por Inglaterra, los Países Bajos y partes de Francia y Escocia. El paralelismo entre estas áreas y las áreas de la Reforma resulta sorprendente, al igual que el paralelismo en el tiempo entre la primera fase de la revolución de los precios y Lutero (ambos aproximadamente entre 1520 y 1540) y entre la segunda fase y Calvino (ambos alrededor de 1545-80)[82].

No es preciso aceptar todos los detalles históricos para admitir que resulta una hipótesis interesante.

---

[81] Véase Baron, *A social and religious history of the Jews*, XII, p. 18.

[82] P. C. Gordon-Walker, *Economic History Review*, VIII, 1937, p. 14. «Los resultados concretos de la fase luterana [...] fueron la destrucción de la ascendencia católica sobre las clases medias y bajas, y la sanción de la toma de las propiedades feudales y católicas [...].

»[En la segunda etapa] la aclimatación de clase se convirtió en el problema clave [...]. La burguesía debía cambiar su servilismo por la voluntad de gobernar [...]. La clase trabajadora debía cambiar su trabajo extensivo y flexible por un trabajo disciplinado, regular y organizado [...]. La sociedad capitalista [...] necesitaba el individualismo para encubrir la estructura de clase de la sociedad, que estaba más cerca de la superficie que en el feudalismo [...]. La estructura de clase resulta a la vez justificada (desde la eternidad) y oscurecida por el hincapié que se hace en el comportamiento espiritual del individuo como único criterio de división social; y la ética social correcta y los medios para asegurar su cumplimiento estaban ya dispuestos para su autoimposición entre los elegidos y, si era necesario, para su imposición coactiva a los réprobos [...]

»[Según] se fue llevando a cabo la aclimatación de clase que constituía la más alta tarea de la Reforma, los protestantes debieron aceptar otras tareas que se hacían más importantes; sobre todo, dejar paso al Estado secular y a la ciencia.» (pp. 16-17, 18).

Lo que es más, tenemos nueva evidencia de la íntima relación entre las coyunturas religiosa y político-económica cuando observamos el triunfo de la Contrarreforma en Polonia. Stefan Czarnowski hace un cuidadoso análisis de por qué Polonia *volvió* al catolicismo desde una Reforma que parecía estar ganando terreno, y de por qué lo hizo con gran rapidez. Señala una sincronización entre el momento en que la nobleza terrateniente [*noblesse territoriale*] toma el poder político, con lo que él llama «una dictadura de clase», y el momento de la ofensiva católica. En su análisis, distingue entre la aristocracia, la nobleza terrateniente y la pequeña [*petite*] nobleza. Argumenta que era precisamente en las filas de la aristocracia (así como en las de la burguesía) donde estaban localizados los partidarios de la Reforma. Ve a la aristocracia apeteciendo las tierras de la Iglesia. Los pequeños propietarios encontraban más dificultades para combatir al cura local, estando éste como estaba apoyado por el todavía poderoso episcopado católico. De modo que para ellos había menos ventajas en adoptar el protestantismo, y por lo tanto, tendían a no hacerlo. Czarnowski y otros señalan que en Polonia, mientras los señores favorecían el calvinismo, el rey y la burguesía se inclinaban hacia el luteranismo [13]. Esto supone un verdadero quiebro en el tema webe-

[13] Véase Stefan Czarnowski, «La réaction catholique en Pologne à la fin du XVI^e siècle et au début du XVII^e siècle», *La Pologne au VII^e Congrès Internationale des Sciences Historiques*, Varsovia, Sociedad Polaca de Historia, 1933, II, p. 300. Véase Thadée Grabowski: «Los principales defensores del luteranismo [entre 1530 y 1555] eran miembros del clero, burgueses de ascendencia alemana, y estudiantes polacos de regreso de Wittenberg y Königsberg, entonces centros de educación universitaria.

»La nobleza apenas estaba envuelta en absoluto. El luteranismo era demasiado moderado para ellos y apoyaba [...] al poder real [...]. Al ser demasiado dogmático y monárquico, disgustaba [...] a los señores, que soñaban con una república al estilo de la antigua república romana.» «La réforme religieuse en Occident et en Pologne», *La Pologne au V^e Congrès Internationale des Sciences Historiques* (Bruselas, 1923), Varsovia, 1924, páginas 67-68.

Stanislaw Arnold, sin embargo, sostiene que esto no es exacto: «Es cierto que una parte, pero sólo una parte, de los magnates se convirtieron en adeptos de la Reforma, especialmente del calvinismo. Pero el calvinismo atrajo particularmente a los elementos más progresivos de la media nobleza, que en esta época estaban en el poder en el país, especialmente en la Dieta.» «Les idées politiques et sociaux de la Renaissance en Pologne», *La Pologne au X^e Congrès Internationale des Sciences Historiques à Rome*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1955, p. 160. Arnold critica específicamente a Czarnowski. Véanse páginas 159 *ss.*

Fox y Tazbir, sin embargo, ofrecen un cuadro próximo a las descripciones de Czarnowski y Grabowski. Véase P. Fox, «The Reformation in

riano, pero nos recuerda el argumento de Erik Molnar, que veía una alianza de la monarquía, la pequeña nobleza y la burguesía contra la aristocracia. Más aún, Czarnowski argumenta que la «burguesía» estaba en este caso dividida. La «alta burguesía» de las ciudades, especialmente de Cracovia (un «viejo» centro comercial), estaba aliada con la aristocracia. Se refiere aquí al patriciado de la ciudad, a aquellos que desde finales del siglo XV hasta aproximadamente la mitad del siglo XVI «formaban parte de aquella clase de tratantes en dinero y comerciantes que surgieron con la aparición del capitalismo naciente» [84]. Pero Polonia no estaba destinada a tomar el camino de Inglaterra como foco de la burguesía de la economía-mundo europea. La gran crisis de 1557, de la que hablaremos más adelante, no sólo arruinó a financieros en Lyon, Amberes y el sur de Alemania, sino también a los banqueros de Cracovia:

> [Desde] aquel momento, el impulso de la aristocracia y el calvinismo, se vio debilitado [...] Los bienes que permitieron florecer al gran comercialismo de los tiempos anteriores: la plata de Olkusz, el cobre húngaro, los productos industriales, declinaron continuamente en su valor. El dinero con el que los campesinos pagaban sus rentas se depreciaba con desesperante rapidez. Mientras tanto, la demanda internacional de trigo, potasio, corteza de roble, pieles y ganado de cuerna de Polonia se hacía cada vez mayor. Cuanto más podía manejarse sin dinero el productor de los citados bienes, utilizar el trabajo forzado e impagado de los siervos, e intercambiar sus productos por aquellos que necesitaba, tanto mejor era capaz de resistir [los efectos de la crisis financiera]. Esto era precisamente lo que podían hacer los pequeños y medios terratenientes/nobles [85].

Esto no significaba, señala Czarnowski, que no hubiera burguesía en Polonia. La burguesía de Cracovia podía haber sido arruinada, pero fue reemplazada por italianos, armenios y alemanes. En 1557 una red internacional se vino abajo, y la burguesía-aristocracia polaca ligada a ella cayó también. Después de esto surgió una nueva red. Los polacos que trabajaron con ella —la «nobleza»— aceptaron el nuevo papel de Polonia en la economía-mundo. Hicieron educar a sus hijos por los jesuitas, para

---

Poland», en *The Cambridge History of Poland*, I, W. F. Reddaway *et al.*, comps., *From the origins to Sobieski (to 1696)*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1950, pp. 329, 345-346; J. Tazbir, «The commonwealth of the gentry», en Aleksander Gieysztor *et al.*, *History of Poland*, Varsovia, PWN (Editora Científica Polaca), 1968, pp. 185-186.

[84] Czarnowski, p. 301.

[85] *Ibid.*, p. 304.

mantenerlos lejos de la influencia de la antigua aristocracia: «Así, la Iglesia de Polonia acabó siendo, podríamos decir, la expresión religiosa de la nobleza»[86]. Y esta nobleza ahora triunfante podía definir el sentimiento «nacional» polaco como algo virtualmente indistinguible de la piedad católica.

Fue así como Polonia se convirtió definitivamente en católica al convertirse definitivamente en un área periférica de la economía-mundo. La Contrarreforma simbolizó (no causó) la «regresión social» que veían en ella los protestantes. Pero su piadoso escándalo estaba mal orientado. Ya que el avance social de la Europa del noroeste se hizo posible por la «regresión» de la Europa oriental y meridional, al igual que, por supuesto, por la dominación de las Américas. La Contrarreforma iba dirigida no sólo contra el protestantismo, sino contra todas las diversas formas de humanismo que asociamos con el Renacimiento. Esto viene ilustrado por las tensiones entre Venecia y Roma en el siglo XVI. La controversia culminó en 1605, cuando acciones venecianas que limitaban ciertos derechos de la Iglesia llevaron a la excomunión del Senado de Venecia por Roma. La Contrarreforma fue en Italia un Contrarrenacimiento[87], y su triunfo allí

[86] *Ibid.*, p. 308. J. Umiński hace hincapié en los ingredientes no polacos del protestantismo en Polonia: «El luteranismo atrajo principalmente a la población de ascendencia alemana que vivía en las ciudades polacas [...] El llamado antitrinitarismo, que pronto comenzó a desplazar al calvinismo entre la nobleza, no era propiamente polaco. El antitrinitarismo polaco estaba organizado y dirigido principalmente por extranjeros.» «The Counter-Reformation in Poland», en *The Cambridge History of Poland*, I, página 412.

Janusz Tazbir señala las implicaciones internacionales del nacionalismo religioso: «El catolicismo separó a Polonia de la Suecia protestante, de la Rusia ortodoxa y de la Turquía mahometana» (p. 228). Recíprocamente, «el papado intentaba alcanzar, a través de Polonia, no sólo sus propias metas políticas, sino a menudo también las de los Habsburgo» (página 229).

[87] «Pues detrás de las nuevas herejías del luteranismo y el calvinismo acechaban enemigos potencialmente incluso más peligrosos, de cuya existencia eran bien conscientes las autoridades católicas. Y a largo plazo, probablemente, la Curia estaba menos interesada en suprimir el protestantismo (un desafío pasajero) que en hacer retroceder al creciente particularismo político de la época, en centralizar una administración eclesiástica que casi por doquier se convertía crecientemente en federal y autónoma, en subordinar a la autoridad de los clérigos una afianzada secularidad, en poner fin a las peligrosas libertades de la cultura artística e intelectual, en reafirmar la validez de la concepción objetiva, jerárquica y filosófica de la realidad que sustentaba sus aspiraciones a supervisar las múltiples actividades de la cristiandad; en suma, en detener todos los procesos que los historiadores han llegado a asociar con la era del Renacimiento.» William J. Bouwsma, *Venice and the defenses of republican liberty*, Berkeley, Univ. of California Press, 1968, p. 294.

fue función de la transformación del norte de Italia en un área semiperiférica de la economía-mundo.

La Iglesia como institución *transnacional* se vio amenazada por la emergencia de un sistema económico igualmente transnacional, que encontraba su fuerza *política* en la creación de fuertes aparatos de *Estado* en ciertos Estados (del centro), lo que a su vez amenazaba la posición de la Iglesia en otros Estados; por ello ésta se lanzó en cuerpo y alma a la lucha contra la modernidad. Pero paradójicamente, fue precisamente su éxito en las zonas periféricas lo que aseguró el éxito a largo plazo de la economía-mundo europea. La extinción final de las pasiones de la batalla de la Reforma a partir de 1648 puede no haber sido a causa de que ambas partes estuvieran exhaustas y hubieran llegado a un empate, sino debido a que la división geográfica de Europa era la resolución natural de los empujes subyacentes de la economía-mundo. En cuanto al papel de la ética protestante, concuerdo con C. H. Wilson:

> Si el protestantismo y la ética protestante parecen explicar los fenómenos económicos en menor medida de lo que parecieron hacerlo en tiempos, también se diría que existe, en la era de la Reforma, menos cosas que explicar [...] El liderazgo en materia económica pasó lentamente del Mediterráneo hacia el norte, y mientras declinaban las ciudades italianas subían las de los Países Bajos, pero había poco en los métodos de los negocios o la técnica industrial utilizados en las economías del norte que no hubiera resultado familiar a un comerciante veneciano o a un lanero florentino del siglo XV[88].

En el siglo XVI, algunos monarcas lograron gran fuerza por medio de burocracias venales, ejércitos mercenarios, el derecho divino de los reyes y la uniformidad religiosa (*cuius regio*). Otros no lo consiguieron. Esto está íntimamente relacionado, como ya hemos sugerido, con el papel de cada área en la división del trabajo en el seno de la economía-mundo. Los diferentes papeles llevaron a diferentes estructuras de clase, que condujeron a políticas diferentes. Esto nos lleva a la clásica cuestión sobre el papel del Estado frente a las clases que encabezan la nueva era capitalista, los terratenientes capitalistas y los comerciantes capitalistas, a veces abreviados, en forma que no ayuda mucho, como aristocracia y burguesía, dado que algunos aristócratas eran capitalistas y otros no. Desafortunadamente, el papel que jugó el Estado, de quién era agente, en qué

---

[88] C. H. Wilson, «Trade, society and the State», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 490.

medida podría ser considerado como una tercera fuerza, son cuestiones sobre las que no existe acuerdo alguno. Pierre Vilar ha planteado adecuadamente la cuestión teórica subyacente básica:

Una cuestión de particular importancia es la de cómo se dividían los ingresos feudales, a través de un sistema de «adjudicaciones» y por otros medios, entre una aristocracia ociosa y una clase intermedia de «mercaderes-cultivadores» o tipos similares, que transformaban los ingresos señoriales y los mantenían dispuestos para nuevos tipos de inversión; en otras palabras, la cuestión de cómo los ingresos feudales llegaban a ser movilizados para su inversión capitalista [89].

Un aspecto de esta cuestión es el grado en que el Estado absoluto debería ser considerado como el último recurso de una aristocracia feudal enfrentada a la «crisis» del feudalismo, la reducción de los ingresos señoriales y el ataque de otras clases (la burguesía comercial, los *yeomen*, los trabajadores agrícolas). Un punto de vista es el de Takahashi, que ve en el absolutismo «tan sólo un sistema de concentración de fuerza para contrarrestar la crisis del feudalismo que surge de este desarrollo inevitable [en el sentido de la liberación e independencia de los campesinos]» [90]. Este punto de vista es compartido sustancialmente por Christopher Hill [91], V. G. Kiernan [92], Erik Molnar [93], y Boris Porshnev [94].

[89] Vilar, *Past and Present*, 10, pp. 33-34.

[90] Takahashi, *Science and Society*, XVI, p. 334.

[91] «[La] monarquía absoluta es una forma de Estado feudal.» Christopher Hill, «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XVII, 4, otoño de 1953, p. 350.

[92] «La monarquía absoluta surge en Occidente de una forma particular de la monarquía feudal.» V. G. Kiernan, *Past and Present*, 31, p. 21.

[93] «Todas las formas del absolutismo europeo han servido a los intereses de la clase de los nobles o terratenientes y han expresado su dominación política sobre las otras clases de la sociedad, ante todo sobre el campesinado, que era la clase más numerosa.» Erik Molnar, *XII' Congrès Internationale des Sciences Historiques: rapports*, IV, p. 156.

[94] Porshnev trata de explicar los orígenes burgueses de la burocracia como derivados precisamente de las contradicciones inherentes a un sistema feudal en el que la indivisibilidad de los fenómenos políticos y económicos significa que cada noble persigue intereses específicos no necesariamente acordes con los de la totalidad de su clase. «De aquí surge una extraña dificultad: la estructura de poder de un Estado aristocrático [*nobiliaire*] no puede ser puesta en manos de aristócratas, pues la toma del poder por cualquier grupo específico de aristócratas debe provocar inevitablemente una lucha abierta con los otros elementos de la clase señorial.» *Les soulèvements populaires*, p. 563.

Un segundo punto de vista sostiene que sobre la política de la monarquía absoluta la aristocracia tenía una influencia considerable, tal vez determinante, pero que el monarca no era una simple extensión de las necesidades de esta aristocracia. Por ejemplo, Joseph Schumpeter argumenta:

> Así, la aristocracia [bajo los monarcas absolutos], considerada en su conjunto, era todavía un poderoso factor que tenía que ser tomado en cuenta. Su sumisión a la Corona tenía más la naturaleza de un acuerdo que la de una rendición. Parecía una elección —compulsiva, sin duda— del rey como dirigente y órgano ejecutivo de la nobleza [...]
>
> La razón [de que los nobles no se opusieran, ni siquiera pasivamente, al régimen] era en esencia que el rey hacía lo que ellos querían, y ponía a su disposición los recursos domésticos del Estado [...] Era más bien una clase, y no un individuo, quien era de hecho el dueño del Estado [95].

Braudel insiste de forma similar en que el conflicto entre el rey y la aristocracia era un conflicto limitado, en el que el rey se esforzaba, por una parte, en poner a la nobleza bajo su disciplina, pero, por otra parte, en proteger sus privilegios contra la presión popular [96]. La posición de A. D. Lublinskaya parece muy cercana a la de Braudel [97]. J. Hurstfield subraya el dilema

---

[95] Joseph A. Schumpeter, «The sociology of imperialism», en *Social classes, imperialism*, Nueva York, Meridian Books, 1955, pp. 57-58.

[96] «En la Cristiandad, lo mismo que en el Islam, la nobleza ocupa los primeros puestos y no está dispuesta a renunciar a ellos [...] El Estado, tanto revolución social (entonces apenas insinuada) como política, tiene que luchar en todas partes contra estos "detentadores de feudos, amos de pueblos, campos y caminos, y custodios de la inmensa población rural". Luchar contra ellos quiere decir pactar y llegar a componendas con ellos, dividirlos y, a la vez, preservarlos, porque es imposible controlar una sociedad sin la complicidad de una clase dominante. El Estado moderno toma estos útiles en sus manos a medida que se ponen a su alcance, pues en caso de destruir la nobleza se habría encontrado con la tarea de tener que rehacerlo todo partiendo de cero. Y recrear un orden social no es un empeño fácil. En realidad, nadie pensó seriamente en ello durante el siglo XVI.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 50. Véase también página 54.

[97] «En relación con ambos grupos de la nobleza, la política del absolutismo tendía a defender sus intereses básicos de clase, es decir, su propiedad. La monarquía absoluta no satisface las demandas abiertamente reaccionarias de la *noblesse d'epée*, y en muchos casos se opone directamente a ellas, pero el "igualitarismo" está aún muy lejos.» A. D. Lublinskaya, *French absolutism: the crucial phase, 1620-1629*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 26.

de las monarquías, que «encontraban difícil gobernar sin la nobleza, pero encontraban igualmente difícil gobernar con ella»[98].

Un tercer punto de vista, tal vez el más tradicional, es el de Roland Mousnier, según el cual la monarquía aparece como una fuerza autónoma, a menudo aliada con la burguesía en contra de la aristocracia, ocasionalmente mediando entre ambas[99].

Pero ¿existe una conexión necesaria entre la tesis sobre el papel relativamente autónomo del aparato de Estado y la de la lucha de clases como una lucha entre la aristocracia y la burguesía? Molnar no parece pensar así. En primer lugar utiliza más categorías. Habla de una aristocracia feudal a la que el rey se oponía claramente. Además había una «nobleza» y una burguesía, ambas aliados potenciales. La nobleza parecen ser los pequeños terratenientes y aquellos más orientados a la agricultura capitalista, pero no queda totalmente claro. Señala que, si bien el absolutismo parece haber supuesto el establecimiento de fuertes impuestos sobre el campesinado, resulta menos claro cómo se distribuía el dinero. Por una parte, el incrementado presupuesto del Estado se utilizaba para pagar a los recaudadores de impuestos y a la burocracia, para saldar los préstamos del Estado y para la compra de material militar, todo lo cual beneficiaba a la burguesía. Pero por otra parte, todos los gastos corrientes del Estado —es decir, el mantenimiento de la Corte y el ejército— eran pagos a la nobleza. Ve esto como una táctica para «maniobrar [...] entre la nobleza y la burguesía»[100]. De manera similar, Engels señala las formas en que el aparato de Estado juega, en algunos aspectos contra su propia voluntad,

---

[98] J. Hurstfield, «Social structure, office-holding and politics, chiefly in western Europe», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 130. Continúa: «Pero en toda la Europa occidental la función de la aristocracia en la sociedad era inherentemente contradictoria. Como nobles poseían ambiciones y rivalidades tradicionales que frecuentemente iban contra los intereses de la paz del rey. Pero en cuanto funcionarios hereditarios —como muchos de ellos eran— se esperaba que apoyaran un sistema legal cuya fuerza perdurable dependía de la reducción de sus propios poderes egoístas.»

[99] «[La] monarquía absoluta resulta de la rivalidad de dos clases, la burguesía y la nobleza [...]

»Esta lucha de clases es quizá el principal factor en el desarrollo de las monarquías absolutas.» Mousnier, *Les XVI^e et XVII^e siècles*, pp. 97, 99.

[100] Molnar, *XII^e Congrès Internationale des Sciences Historiques: rapports*, IV, p. 163.

una función mediadora, al menos durante «períodos excepcionales» [101].

Una fuente de esta falta de claridad acerca de las relaciones entre el monarca y la aristocracia es la vaguedad que existe sobre la composición de la nobleza. Sin duda la pertenencia familiar de la nobleza varía con el tiempo; la situación es de movilidad perpetua en todas las sociedades que tienen una nobleza. Pero en el siglo XVI existía no sólo movilidad familiar sino también movilidad ocupacional. Por ejemplo, la condición de noble era supuestamente incompatible en el feudalismo occidental con la ocupación de empresario. Probablemente esto fuera ya un mito en gran medida en las municipalidades de la Baja Edad Media. Al llegar el siglo XVI esto era simplemente falso en la totalidad de Europa, tanto en las regiones urbanas como en las rurales. Por doquiera —en Italia, Hungría, Polonia, el este del Elba, Suecia, Inglaterra— miembros de la nobleza se habían convertido en empresarios [102]. Tan cierto llegó a ser

[101] «Dueños de la fuerza pública y del derecho de recaudar los impuestos, los funcionarios [...] aparecen ahora situados *por encima* [de la sociedad] [...]

»Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida [...] Sin embargo, por excepción, hay períodos en los que las clases en lucha están tan equilibradas que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII [¿pero no del XVI?], que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y el estado llano.» Friedrich Engels, *The origins of the family, private property and the State*, Londres, Lawrence & Wishart, 1940, pp. 195-196. [*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, II, pp. 338-339.

[102] Analizando el fenómeno de la dedicación de los aristócratas a los negocios en el siglo XV en varias ciudades italianas, Paul Coles dice: «La nobleza estaba ensayando el importante papel que iba a representar en los negocios europeos en el siglo XVI.» «The crisis of the Renaissance society: Genoa, 1448-1507», *Past and Present*, 11, abril de 1957, p. 19.

«[Hacia fines del siglo XV comienza] una nueva tendencia del desarrollo húngaro [que] puede resumirse económicamente en la creciente participación de la clase señorial en el comercio de mercado, y más tarde en la misma producción de estas mercancías [vino, ganado, trigo].» Zs. P. Pach, «En Hongrie au XVIe siècle: l'activité commerciale des seigneurs et leur production marchande», *Annales ESC*, XXI, 6, noviembre-diciembre de 1966, p. 1.213.

«La participación de la nobleza en el comercio de exportación de productos agrícolas y ganaderos, que comienza a finales del siglo XV y au-

esto que la nobleza buscó con éxito eliminar todo impedimento formal a este papel ocupacional allá donde existiera, como ocurría en España [103]. Tampoco debemos olvidar que, aunque en los países protestantes la Iglesia estaba siendo testigo de la confiscación de sus tierras, en el siglo XVI la Iglesia era un empresario agrícola capitalista, especialmente en Italia [104].

La otra cara de la moneda era que el burgués con éxito se iba convirtiendo constantemente en terrateniente y noble, y

---

menta con el tiempo, constituye otro de estos interesantes fenómenos ligados al desarrollo de la explotación directa de la tierra por la nobleza [...] El factor que facilitó este desarrollo [de los nobles como importadores de tejidos y bienes de lujo] en el siglo XVI, fue la gradual supresión de los derechos de aduana en las grandes ciudades, bajo la presión de la nobleza.» Marian Malowist, *Studi in onore di Armando Sapori*, I, páginas 587-588.

«La gama de actividades empresariales de los *Junkers* se amplió durante el siglo XVI con el asalto a la producción industrial y los monopolios comerciales de las ciudades [...] La aparición del *Junker* como comerciante, contrabandista e industrial, destruyó definitivamente el equilibrio entre la ciudad y el campo.» Hans Rosenberg, *American Historical Review*, XLIX, p. 236.

A partir de finales del siglo XVI, la mayor parte del campo romano estaba en manos de una docena de terratenientes. Se les llamaba *mercanti di campagna*, comerciantes del campo. Véase Delumeau, *Vie économique*, II, página 571.

Los empresarios militares de los que se ha hablado previamente eran en su mayor parte de origen noble. Cuando no era así, normalmente este tipo de actividad empresarial llevaba al ennoblecimiento. Véase Redlich, *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, suplemento 47, páginas 411, 427-428.

Véase también Goran Ohlin, «Entrepreneurial activities of the Sweedish aristocracy», *Explorations in Entrepreneurial History*, VI, 2, 1953, pp. 147-162; Lawrence Stone, «The nobility in business, 1540-1640», *Explorations in Entrepreneurial History*, X, 2, diciembre de 1957, pp. 54-61.

[103] «Para evitar dificultades futuras y establecer una norma uniforme, en 1622 se obtuvo una bula papal que extendía a todas las Ordenes [militares] el estatuto de la Orden de Santiago, de forma que la prohibición de actividades comerciales [a los miembros de las Ordenes] no se aplicaba a los empresarios en gran escala, sino sólo al pequeño tendero o al prestamista común [...] El comercio era claramente un factor vital para el mantenimiento de España como poder imperial, y no podía ser dado de lado como una forma vulgar de hacer dinero.» L. P. Wright, «The military Orders in sixteenth and seventeenth-century Spanish society», *Past and Present*, 43, mayo de 1969, pp. 66-67.

[104] «En la carrera por invertir en la tierra, la Iglesia y las asociaciones benéficas [*enti morali*] (en su mayor parte bajo influencia de la [Iglesia]) se encontraban en una posición ventajosa, porque la habían emprendido antes que los laicos y "partes privadas". A finales de la década de 1500 la mitad de la propiedad de las tierras de Milán estaba en sus manos, con bien conocidas consecuencias sociales y religiosas.» Bulferetti, *Archivio Storico Lombardo*, IV, pp. 21-22.

treinta años más tarde resultaba indudablemente difícil marcar líneas claras de separación entre los dos. R. H. Tawney lo considera un proceso normal, que se vio no obstante muy acelerado en el siglo XVI [105]. Tanto Braudel [106] como Postan [107] concuerdan en la visión de un esquema continuo de transición de empresarios a rentistas en aquellos de condición no noble, y ven en ello una búsqueda de seguridad a largo plazo. No obstante, lo que resulta crucial es apreciar que, a pesar de esta movilidad ocupacional, la fuerza de la clase terrateniente no quedó desintegrada. Como lo expresó Marc Bloch: «el régimen señorial

[105] «Desde fechas muy tempranas, el comerciante que ha triunfado ha comprado dignidad y consideración social invirtiendo sus ahorros en una hacienda. El caballero sin fortuna ha restaurado la declinante fortuna de su casa mediante especulaciones comerciales, entre las cuales el matrimonio con una familia comercial, si no la menos especulativa, tampoco es la menos rentable. A comienzos del siglo XVI ambos movimientos estaban en marcha con una rapidez anteriormente desconocida, y que debe ser explicada como una consecuencia del gran crecimiento de todas las formas de actividad comercial. El auge de los grandes ingresos extraídos del comercio creó un nuevo tipo de hombres de negocios cuyas empresas no se limitaban a los puertos marítimos y las ciudades privilegiadas, sino que se extendían a la compra de haciendas, antes incluso de que la secularización de las propiedades de los monasterios convirtiera a la especulación en tierras en manía de toda una generación.» R. H. Tawney, *The agrarian problem in the sixteenth century*, Nueva York, Longmans, 1912, página 187.

[106] «La burguesía del siglo XVI, dedicada al comercio y al servicio del rey, está siempre al borde de la desaparición. La ruina financiera no era la única causa. Si se enriquece mucho o se cansa de correr los riesgos inherentes a la vida comercial, la burguesía comienza a comprar cargos, rentas del Estado, títulos o feudos, y sucumbe a las tentaciones de la vida nobiliaria, a su prestigio y a su tranquila indolencia. El servicio del rey era el camino más corto hacia la nobleza; este camino, que no excluye los otros, será uno de los agentes que aclarará las filas de la burguesía.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 68.

[107] «La propensión a retirarse a la vida de *rentier* se comprende fácilmente. Los riesgos físicos del comercio activo en el extranjero no siempre estaban compensados por oportunidades de enriquecimiento, y estas oportunidades fueron menores a medida que disminuían los mercados extranjeros. Al mismo tiempo, es probable que el capital fuese aún bastante escaso para justificar un alto tipo de interés [...] [Este proceso] únicamente fue un componente, entre otros varios, de la nueva *bourgeoisie*, y existieron también otros diversos. Sobre todo, había hombres que buscaban y encontraron seguridad no fuera, sino dentro de actividades que seguían siendo ampliamente mercantiles. Conseguían esto dedicándose al comercio en menor escala, dentro de mercados protegidos y bien organizados [...] La mayor parte del comercio estaba en manos de hombres de origen modesto. Y por esto trataban de buscar seguridad, y la encontraban en la cooperación, en la combinación, y más en general en la asociación con otros.» M. M. Postan, en *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 218.

no había sido minado. De hecho pronto conseguiría un renovado vigor. Más bien, en gran medida, cambió de manos la propiedad señorial» [108]. Fue el absolutismo del monarca lo que creó la estabilidad que permitía esta transferencia a gran escala de personal y ocupación sin que, a la vez, al menos en este punto en el tiempo, se vinieran abajo las divisiones jerárquicas básicas de estatus y recompensa.

¿Qué hay entonces del supuesto papel clave del Estado para ayudar a la burguesía comercial a afirmarse, a obtener sus ganancias y conservarlas? Existió tal relación, sin duda, pero la cuestión era de grado y cronología, transformándose el inicial apoyo mutuo en el asfixiante control de años posteriores. No es ningún accidente que la relación simbiótica entre comerciante y rey pareciera en los siglos XVII y XVIII una relación de oposición directa. Hartung y Mousnier ven señales de esta tensión presentes ya en el siglo XVI [109]. Douglass C. North y Robert Paul Thomas, buscando trazar a grandes rasgos el ascenso de varias instituciones judiciales y económicas que tuvieron el efecto de favorecer la actividad empresarial basada en el crecimiento de la productividad frente a las formas de comercio que simplemente redistribuían los ingresos [110], intentan dilucidar

---

[108] Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 129.

[109] «La vinculación del capitalismo con la monarquía absoluta no siempre fue favorable al capitalismo. Es seguro que desde los años 60 del siglo XVI las bancarrotas que afectaron a toda Europa y la regimentación del Estado fueron factores en absoluto despreciables que contribuyeron a hacer más lento el progreso del capitalismo comercial en el continente. Por otra parte, este estancamiento fue favorable a largo plazo a la monarquía absoluta. Impidió un crecimiento demasiado rápido de la burguesía y ayudó al mantenimiento de un equilibrio relativo entre burguesía y nobleza, equilibrio que es ciertamente uno de los rasgos del absolutismo en Europa occidental.» Hartung y Mousnier, *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, IV, p. 45.

Christopher Hill hace un planteamiento similar: «Los monopolios no eran malos en sí: constituían una forma de protección de las nuevas industrias en un país atrasado. Los primeros monopolios estaban relacionados con la defensa nacional: la Mines Royal isabelina buscaba hacer a Inglaterra independiente del cobre extranjero para la manufactura de cañones. Hubo monopolios similares para el salitre y la pólvora. Pero los monopolios rápidamente se convertían en nocivos cuando eran usados para propósitos fiscales por gobiernos hostiles al desarrollo capitalista. En el siglo XVII se crearon monopolios para venderlos.» *Reformation to the Industrial Revolution*, p. 96.

[110] Se refieren no sólo a las economías de escala, sino a la reducción de los costos de transacción por medio de la «internalización» de las repercusiones externas [*externalities*] (mediante la reorganización de los derechos de propiedad), la reducción de los costos de información (mediante

las condiciones bajo las que tiene sentido hacer hincapié en el papel institucional del Estado. Argumentan que junto con las distorsiones económicas que la intervención del Estado introduce en el mercado, y por lo tanto a la probabilidad de innovación, debemos situar el «poder coercitivo que permite al gobierno abordar una política aunque ésta pueda encontrar fuerte oposición en una parte de la sociedad»[111]. Esta manera de formular la cuestión nos pone en guardia frente a la visión de las funciones del estatismo para el capitalismo en términos de un análisis costo-ganancia. Mientras que para la aristocracia la monarquía absoluta representaba una especie de última trinchera en la defensa de sus privilegios, para aquellos que obtenían sus ingresos de la maximización de la eficiencia económica de su firma el aparato de Estado resultaba en ocasiones extremadamente útil[112], en ocasiones un impedimento de importancia.

Hemos trazado ya a grandes rasgos los dos elementos constituyentes fundamentales del sistema mundial moderno. Por una parte la economía-mundo capitalista fue construida sobre una división del trabajo a nivel mundial en la que varias zonas de esta economía (lo que hemos llamado centro, semiperiferia y periferia) tenían asignados papeles económicos específicos, desarrollando diferentes estructuras de clase, utilizando consiguientemente diferentes modos de control de la mano de obra y beneficiándose desigualmente del funcionamiento del sistema. Por otra parte, la actividad política se daba primariamente en el marco de Estados que, como consecuencia de sus diferentes papeles en la economía-mundo, estaban estructurados de forma diferente, estando más centralizados los Estados del centro. Repasaremos ahora la totalidad del siglo XVI en términos de un proceso, en el curso del cual ciertas áreas se *transformaron* en periferia, semiperiferia o centro de esta economía-mundo.

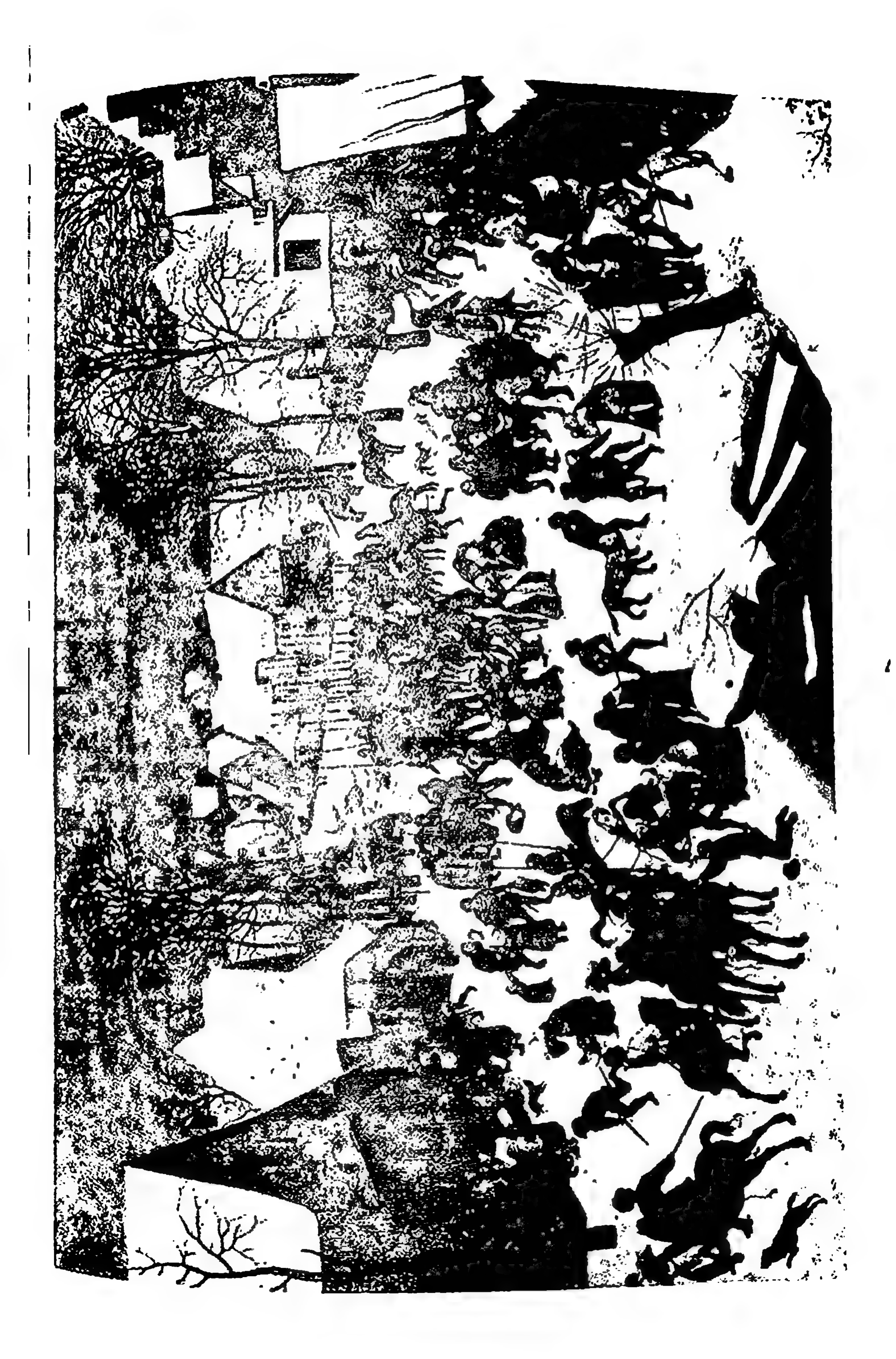
---

el corretaje), y la reducción de los costos de riesgo (mediante las compañías por acciones). Véase Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *Economic History Review*, XXIII, pp. 5-7.

[111] *Ibid.*, p. 8.

[112] Simon Kuznets pone el dedo en el elemento clave de la utilidad del Estado para los empresarios: «La existencia de un gobierno implica de forma definida la posibilidad de decisión allí donde pueden existir conflictos, dentro del país y entre la gente, que muy a menudo conllevan directa y explícitamente alternativas de crecimiento económico.» «The State as the unit of study of economic growth», *Journal of Economic History*, XI, 1, invierno de 1951, p. 28.

Intentaremos así dar cuerpo a lo que hasta aquí ha corrido el riesgo de ser un análisis abstracto. También esperamos demostrar, de este modo, la unidad de la totalidad del proceso. Los desarrollos no fueron accidentales sino, más bien, dentro de un cierto margen de variación posible, determinados estructuralmente.



«La matanza de los inocentes», óleo de Pieter Brueghel, el Viejo, pintado en 1565 como protesta por las atrocidades españolas en los Países Bajos.

4. DE SEVILLA A AMSTERDAM: EL FRACASO DEL IMPERIO

La economía-mundo europea que se estaba creando era un gran premio, y es comprensible que los hombres buscaran su control. La ruta de la dominación imperial era el camino clásico, familiar para los hombres de esta era. Muchos soñaron con esa posibilidad. Los Habsburgo, bajo Carlos V, hicieron un valiente intento de absorber toda Europa. Hacia 1557, el intento había fracasado, y España perdió definitivamente no sólo su imperio político sino también su papel económico central. Muchas ciudades aspiraban a ser el eje de la economía-mundo europea: Sevilla, Lisboa, Amberes, Lyon, Génova y Hamburgo pretendieron (si no exigieron) serlo. Pero, de hecho, sería Amsterdam, un candidato poco probable en 1450, la que para 1600 habría logrado la preeminencia. Volvamos ahora a esta historia del fracaso del imperio, que trajo consigo la declinación de España, y la de todas las ciudades-Estado que eran sus aliados, en favor de los triunfantes rebeldes de Amsterdam.

La oscilación económica ascendente que comenzó hacia 1450 creó una notable prosperidad en primer lugar en todos los viejos centros de comercio, en lo que se ha llamado la espina dorsal de Europa —Flandes, el sur de Alemania, el norte de Italia— y, por supuesto, como resultado de los descubrimientos, en España. Resulta llamativo ver con qué precisión estas áreas vinieron a constituir el imperio de los Habsburgo bajo Carlos V. En esta expansión el elemento significativo más nuevo era el comercio transatlántico español del siglo XVI, centrado en Sevilla y su Casa de Contratación de las Indias, un comercio que llegó a ser tan importante que «toda la vida europea y la vida del mundo entero, en la medida en que existía un mundo podría decirse que dependían [de este tráfico]. Sevilla y sus cuentas podrían darnos el ritmo del mundo» [1].

¿Cómo llegó España a jugar un papel tan central? Después de todo, como discutimos en el capítulo 1, fue Portugal y no España la que se puso a la cabeza de la expansión ultramarina europea del siglo XV. Más aún, el siglo XV no fue una era tran-

[1] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 14.

quila en la historia de España. De hecho, Jaime Vicens Vives dice que «la palabra crisis sintetiza la evolución histórica española durante el Cuatrocientos»[2].

La crisis era política (un período de rebelión y guerra interna) y económica (recesión en toda Europa). La reacción de España ante la crisis en términos económicos fue desarrollar su industria ovejera y ganar, como resultado de los bajos precios, una considerable parte del (reducido) mercado mundial[3]. La fuerza del grupo de productores de lana en España, la Mesta, era tal que los intentos de potenciales burgueses castellanos de que el rey adoptara políticas proteccionistas fracasaron en los siglos XIV y XV[4]. Incluso bajo los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, supuestos partidarios de la actividad industrial, Vicens encuentra que las industrias mencionadas «o bien son de lujo o de mercado local»[5]. A diferencia de Inglaterra, España no avanzaba hacia una importante industria textil[6]. Irónicamente, puede haber sido el hecho mismo de la competencia castellana,

[2] Jaime Vicens Vives, *Approaches to the history of Spain*, 2.ª ed., Berkeley, Univ. of California Press, 1970, p. 76. [*Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1976, p. 89.]

[3] «Sin la crisis por la que pasó Europa durante los siglos XIV y XV, sin la atracción de los posibles bajos precios de la lana castellana, sin la bien conocida disminución de las exportaciones de la lana inglesa, sin la próspera actividad de las ciudades italianas, habría sido imposible e impensable el desarrollo del ganado lanar castellano con sus millones de ovejas itinerantes.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 84.

[4] «Que en el siglo XV la industria pañera había alcanzado una densidad notable, nos lo revela, precisamente, la proposición de las Cortes de 1438, celebradas en Madrigal, solicitando que se prohibiera la importación de tejidos extranjeros y la exportación de lana castellana. Esta política decididamente proteccionista no fue aceptada por Juan II por la intervención decidida de la Mesta, y de todos los que vivían cómodamente del comercio de la lana: mercaderes, recaudadores, tratantes y usureros. Desde entonces empezó el violento forcejeo de los latifundistas para evitar el desarrollo de la burguesía castellana. En este sentido debe entenderse el acuerdo de las Cortes de Toledo de 1462, en las que Enrique IV fijó la proporción de un tercio que se reservaba la industria pañera castellana sobre las exportaciones totales de la Mesta, proporción escasa si se quería retener para el país la riqueza que salía hacia el extranjero y que hacía la fortuna de tantos aristócratas.» Jaime Vicens Vives, *An economic history of Spain*, pp. 259-260 [p. 238].

[5] *Ibid.*, p. 305 [p. 277].

[6] «Castilla se caracterizaba por ser exportadora de lana primera materia y no de paño, y [...] uno de los soportes de la política mercantilista de los Reyes Católicos fue el fomento de la extracción de las lanas merinas de la cabaña mesteña. Inglaterra, por el contrario, que poseía una próspera ganadería lanar, las 9/10 partes de cuyos vellones se habían exportado tradicionalmente con destino a la industria flamenca, comenzó en el siglo XIV, a la par que desarrollaba su cabaña, una política de indus-

combinada con la depresión de finales de la Edad Media, lo que animó a Inglaterra a emprender el camino del crecimiento industrial. El hecho fue, no obstante, que España no emprendió ese camino.

Pero entonces, si la economía española era estructuralmente tan débil, ¿cómo explicamos la posición *económica* central de España en la primera mitad del siglo XVI? En parte porque las debilidades eran a largo plazo, no a corto plazo, y en parte porque a determinados niveles el sistema político era fuerte. Castilla tuvo una clara tarea «nacional» a lo largo de toda la Edad Media. Por una parte, estuvo la Reconquista, la expulsión gradual de los moros de la península Ibérica, que culminó con la caída de la Granada musulmana y la expulsión de los judíos de España, ambos en 1492, el año de Colón. Por otra parte estaba el empuje para unificar los Estados cristianos de la península. Este impulso culminó con una unión tan sólo en la cumbre, reteniendo Aragón una legislatura, un presupuesto del Estado y un sistema sociolegal separados.

Dado que España fue construida sobre una Reconquista, el feudalismo como forma *política* era débil[7]. Por consiguiente, como afirma José A. Maravall, «un orden político y social que no estaba basado en la estructura feudal proporcionaba un terreno favorable para el desarrollo de formas «estatales»[8]. Un sistema de carreteras de primera categoría hacía la relación

---

trialización de la primera materia.» José Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*, Madrid, Atlas, 1943, p. 20.

[7] Luis Vitale enumera cinco razones por las cuales el feudalismo fue más débil en España que en otros países de Europa occidental. Estas razones giran en torno al impacto de las conquistas árabe-musulmanas, el papel de la Mesta y el papel inicial de la burguesía. Véase *Latin America: reform or revolution?*, pp. 34-36.

[8] Maravall, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VI, p. 791. Esto no significa necesariamente que el papel económico de los grandes terratenientes fuera débil. Por el contrario, Pierre Vilar sostiene sobre la base de este hecho que el imperialismo español fue «la fase superior del feudalismo». «Le temps de Quichotte», *Europe*, vol. 34, 121-122, enero-febrero de 1956, página 8.

Sin embargo, ya hemos argumentado en el capítulo anterior por qué la aparición del fenómeno de los latifundios no debe ser considerado como un «segundo feudalismo» sino más bien como «agricultura capitalista». Véase no obstante Pierre Vilar: «En España [...] o más bien en *Castilla*, las clases dominantes emprendieron la conquista a la manera de la Reconquista: *a la manera feudal*. La ocupación de tierras, el sometimiento de los hombres a sumisión, la acumulación de tesoros, todo esto no es una preparación para "invertir" en el sentido capitalista de la palabra. Una burguesía naciente podría haberlo hecho. Y desde 1480 aproximadamente, hasta 1550, no dudó en hacerlo. Sin embargo, a causa de su posición en el circuito monetario, ensayó primero el inestable capitalismo de

política y económica del centro con la periferia relativamente sencilla[9]. Fernando e Isabel ayudaron a la Mesta a crear un fuerte sistema de mercados nacionales[10]. Crearon un sistema de movilidad individual, si bien en un contexto de mantenimiento de los valores de rango y jerarquía[11]. Fortalecieron la burocracia haciendo de ella algo que estaba «enraizado en la comunidad [...] de la cual es [...] "pars rei publicae"»[12]. Nacionalizaron, por así decirlo, el clero católico[13]. Por encima de todo,

---

puertos y ferias. Además, las "fuerzas productivas" de las que disponía —tierra, hombres, innovaciones técnicas— cayeron bien pronto en las llanuras de Castilla bajo la ley de los rendimientos decrecientes. Después, a partir de 1550, sintió el efecto esterilizante de las inyecciones de moneda. Se gasta, se importa, se presta bajo interés. Se produce poco. Los precios y los salarios se disparan. El parasitismo se desarrolla y la empresa decae. Eso significa pobreza para el día de mañana» (*ibid.*, pp. 9-10).

La alusión de Vilar al «inestable capitalismo de puertos y ferias» parece referirse al escepticismo de Marx sobre las cualidades progresivas del capital comercial: «Sin embargo, su desarrollo, considerado *por sí solo* [...] es insuficiente para explicar y mediar la transición de un modo de producción a otro [...] Por el contrario, allí donde ese capital predomina imperan condiciones anticuadas.» *Capital*, III, cap. 20, p. 327. [*El capital*, III, vol. 6, p. 418.] El subrayado es mío.

9 «Este movimiento de "acarreo" es lo que permite a Castilla servir de nexo de unión entre las regiones periféricas de la península que la rodean y la separan a menudo del mar. Es ese tráfico, y no Castilla solamente, como se ha dicho [Ortega y Gasset], lo que ha hecho a España [...] ¿Acaso no es la facilidad de comunicaciones la primera condición para un gobierno eficaz? Castilla se convierte por todas estas razones en el centro histórico de gravedad de España.» Braudel, *La Méditerranée*, I, página 49.

10 «El especial interés de Fernando e Isabel en restringir y regular los portazgos sobre los rebaños de la Mesta se debía a la importancia muy acrecentada de esta organización como instrumento para el estímulo de la comunicación interna. La nacionalización del comercio, la evolución de los mercados locales y urbanos hacia un mercado nacional, era una etapa de progreso económico cuya profunda importancia estos ilustrados soberanos fueron los primeros de la península en apreciar.» Klein, *The Mesta*, p. 223.

11 «El efecto de la política de Fernando e Isabel fue por consiguiente confirmar y consolidar la importancia del rango y la jerarquía en la sociedad castellana, pero al mismo tiempo ofrecer oportunidades de progreso social a muchos que habrían tenido en reinados anteriores esperanzas mucho menores de acceder a un estatus privilegiado. Una de las claves para el progreso era la educación, que podía llevar eventualmente a una posición en el servicio real. La otra era la riqueza, particularmente la riqueza urbana, que hizo posible la alianza entre las ricas familias de comerciantes (incluidas las de origen judío) y las familias de respetable linaje aristocrático.» J. H. Elliott, *Imperial Spain, 1469-1716*, Nueva York, Mentor, 1966, pp. 113-114.

12 Maravall, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VI, p. 805.

13 «Los Reyes Católicos no querían que hubiese extranjeros ocupando posiciones eclesiásticas en su reino, en parte para preservar sus privile-

crearon «condiciones en las cuales el potencial económico existente en Castilla pudiera ser ampliamente realizado» [14].

Que el oro y la plata fluyeran a través de España, que Castilla pudiera ascender al centro del cielo europeo era, dice Pierre Vilar, «consecuencia a la vez que causa» [15]. Pero ¿consecuencia de qué, exactamente? De una larga serie de hechos, en realidad, centrados en torno al papel económico de los metales: la débil base de metales preciosos del mundo mediterráneo, la centralidad anterior del Sudán como suministrador del oro, el impacto de la expansión portuguesa sobre los intermediarios norteafricanos de las ciudades-Estado italianas, el papel de los genoveses en España y el deseo de los genoveses de encontrar una fuente no portuguesa de metales preciosos (un deseo que sólo podía realizar España).

Reconstruyamos esta compleja historia. Hemos hablado ya del papel del oro en el comercio medieval, y de cómo el oro de Sudán llegaba a Europa, a través del norte de Africa y del mundo mediterráneo cristiano. Súbitamente, a mediados del siglo XV el papel norteafricano disminuyó grandemente. La extensión de esta disminución parece ser una cuestión bastante debatida. Braudel habla de un hundimiento de la posición norteafricana [16]. Malowist reconoce la reducción pero no la consi-

---

pios, pero en parte también a la vista de lo poco que los extranjeros conocían de las cosas de su reino» *(ibid.*, p. 806).

[14] Elliott, *Imperial Spain,* p. 117. Elliott señala por otra parte toda una serie de rasgos negativos de su reinado. Véanse pp. 123-127.

[15] Vilar, *Past and Present,* 10, p. 32. Y España asciende, añade Alvaro Jara, porque conquista la América española: «España no estaba aislada del marco europeo; recibía, a su vez, la influencia y el reflejo de las necesidades económicas provenientes de los centros financieros europeos, que le eran comunicadas de una forma u otra. Ya se tratara de las necesidades del consumo español (entendiendo consumo en el sentido general de provisiones) o de las exigencias de las campañas militares de la monarquía, las colonias indias formaban un telón de fondo protector, sin cuya ayuda sería imposible explicar el predominio español. Así, no debemos dudar de hablar de una coincidencia de intereses paralelos entre los grandes rasgos de la conquista española en América —basados en la empresa privada— y las necesidades del aparato de Estado metropolitano, que estimulaba una forma de conquista que permitiese acumular prodigiosos tesoros sin riesgos ni grandes desembolsos.» «Estructuras de colonización y modalidades del tráfico en el Pacífico sur hispanoamericano», *Les grandes voies maritimes dans le monde, XV*e*-XIX*e *siècles* (VII[e] Colloque, Commission Internationale d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1965, página 251.

[16] «Desde la última década del siglo XV, el oro de Sudán deja de llegar, al menos en las mismas cantidades, a las ciudades del norte de Africa [...] [El] Mediterráneo se ve súbitamente privado de una parte importante de su suministro de oro [...] A consecuencia de ello, la prosperidad local del

dera catastrófica [17]. La súbita escasez de oro y plata agravó la carga financiera del Estado español, que había ido aumentando continuamente a causa de los crecientes gastos militares y de la Corte, causando una caída del valor del dinero de cuenta, el maravedí [18].

La crisis financiera fue seria, e hizo reaccionar a los genoveses de España, porque eran tanto los banqueros de España como los compradores del oro. Hemos hablado ya del papel de Génova en el comercio español. Los genoveses estaban implicados en él de muchas formas, no sólo como financieros [19],

---

norte de Africa se derrumba como un castillo de naipes [...] ¿Qué sucedió? Sólo esto: en 1460, los exploradores portugueses alcanzaron las proximidades del golfo de Guinea [...] A partir de 1482, se construye São Jorge da Mina [...] Ello da comienzo a una verdadera "captura" del tráfico económico sahariano, un cambio de dirección y una desviación.» Fernand Braudel, «Monnaies et civilisation: de l'or du Soudan à l'argent d'Amérique», *Annales ESC*, I, 1, enero-marzo de 1946, pp. 12-13.

[17] «Existe mucha confusión sobre la influencia de los puestos comerciales [*comptoirs*] portugueses de Arguim (a partir de 1448) y São Jorge da Mina (1482-1484) en el comercio africano de oro. Debemos admitir que el puesto comercial de Arguim modificó en alguna medida la dirección de las exportaciones de oro sudanés, sin dañar sin embargo los intereses de los países transaharianos y de sus poblaciones [...] Los suministradores sudaneses, así como los nómadas bereberes ocupados en este comercio, tenían, con la llegada de los europeos a Arguim, nuevos compradores de mineral, pero esto no afectaba de ninguna forma a su posición en este comercio. Esto no era cierto para los tradicionales compradores de oro, es decir, los magrebíes y los egipcios, quienes, al parecer, iban a sentir los efectos de la aparición de competidores europeos en las costas de Africa occidental [...]

»En la etapa actual de las investigaciones pensamos más bien que las exportaciones de oro sudanés al Magreb y a Egipto quizá habían disminuido de hecho, pero que este fenómeno no fue de proporciones catastróficas para el mundo árabe. Nos parece igualmente dudoso que el crecimiento de la circulación de oro en Uadam pueda ser atribuido a la actividad del puesto comercial en el puerto de Mina, que estaba situado demasiado lejos [...]

»En cualquier caso, de acuerdo con el autor de *Tarikh es-Soudan*, Djené era todavía un gran centro de intercambio de sal del Sáhara por oro a finales del siglo XVI y comienzos del XVII.» Marian Malowist, «Le commerce d'or et d'esclaves au Soudan occidental», *Africana Bulletin*, 4, 1966, páginas 56-59.

[18] Véase Miguel Angel Ladero Quesada, «Les finances royales de Castille à la veille des temps modernes», *Annales ESC*, XXV, 3, mayo-junio de 1970, p. 784.

[19] Los genoveses y otros no españoles desempeñaron un amplio papel no sólo en la búsqueda de metales preciosos y en el comercio en España, sino también en la producción primaria en las islas Canarias. Véase Manuela Marrero, «Los italianos en la fundación del Tenerife hispánico», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, pp. 329-337.

Pero ¿por qué no podían los genoveses haber conseguido su oro a través de Portugal? Tal vez la fuerza de Portugal como país puntero en la exploración significaba que sus términos no fueran tan ventajosos para Génova como los que ofrecería España[20]. Tal vez también porque su propia fuerza llevaba a una falta de imaginación. La imaginación es habitualmente tan sólo la búsqueda de ganancias a plazo medio, por parte de aquellos para los cuales los canales a corto plazo están bloqueados. Cuando los canales no están bloqueados la imaginación sufre. Portugal se las apañaba bastante bien con la navegación a lo largo de la costa africana. No sentía presión alguna para lanzarse a peligrosas aventuras de navegación hacia el oeste[21]. Chaunu argumenta elocuentemente el sensato planteamiento de que no es la suerte lo que justifica el descubrimiento de América por España. Era el país mejor dotado, en el contexto de aquellos tiempos, «no sólo para aprovechar todas las oportunidades que se le ofrecieran, sino para creárselas ella misma»[22]. Inglaterra empleó al italiano John Cabot, pero su segunda expedición «inglesa» requirió apoyo *español*. Hasta el siglo XVII Francia e Inglaterra no se convirtieron en países con exploración ultramarina y hasta el siglo XVIII no tuvieron realmente éxito[23].

---

[20] «Es un honor para Génova, si de honor se trata, haber sido la única entonces en buscar una solución antiportuguesa.» Braudel, *Annales ESC*, I, página 14.

[21] «El fracaso de Colón en Portugal puede explicarse por el mismo adelanto de los conocimientos geográficos en los medios gubernamentales y comerciales del país. Nadie deseaba arriesgar dinero y vidas humanas sobre la base de hipótesis tan evidentemente erróneas, si se era juicioso y se tomaban en cuenta especialmente las distancias que debían cubrirse.

»Además Portugal estaba demasiado dedicada a la fructífera política de exploración africana, a la búsqueda a través de Sudán de una ruta marítima directa a las islas de las especias, para apostar por una probabilidad tan remota como la inverosímil ruta propuesta por Colón.» Chaunu, *Séville*, VIII (1), pp. 89-90.

[22] *Ibid.*, p. 235.

[23] «Desde el momento en que uno se niega a reconocer que ha habido una revolución tecnológica entre los comienzos del siglo XVI y el siglo XVIII, se niega a admitir que el papel de Castilla resultaba lógicamente favorecido por su posición como punta de lanza de la Reconquista, en la intersección del Mediterráneo y el océano, en la intersección del punto culminante de los vientos comerciales hacia el norte y el punto de contraflujo de las latitudes medias hacia el sur, desde ese momento se atribuye a la suerte, es decir, al absurdo, el descubrimiento de América por un navegante genovés que parte de Palos; y en la misma línea, la vida de Andalucía en el siglo XVI, el largo e inteligente esfuerzo de los habitantes del sur de la península Ibérica, se convierten en el fruto absurdo de un absurdo capricho.» Chaunu, *Séville*, VIII (1), pp. 236-237.

España, sin embargo, tuvo éxito ya en el siglo XVI en la creación de un vasto imperio en las Américas, tan grande como lo permitía el costo del transporte marítimo [24]. Esto supuso un relampagueante crecimiento del comercio transatlántico, multiplicándose su volumen por ocho entre 1510 y 1550 y de nuevo por tres entre 1550 y 1610 [25]. El foco central de este comercio era un monopolio del Estado en Sevilla, que en muchas formas se convirtió en la estructura burocrática clave de España. El elemento central en el comercio transatlántico eran los metales preciosos. Al principio los españoles simplemente tomaron el oro ya extraído por los incas y utilizado en sus rituales [27]. Esto era todo un filón. Precisamente cuando se estaba acabando, los españoles consiguieron descubrir el método de la amalgama de plata, que les permitió extraer rentablemente la plata que tan abundantemente existía, y que representó el flujo realmente importante de metal precioso hacia Europa [28].

El «relampagueante crecimiento» del comercio vino acompañado por una espectacular expansión política por Europa. Tras la coronación de Carlos V como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1519, sus dominios en Europa incluían

---

[24] «La América española alcanzó sus dimensiones en menos de medio siglo. El fracaso en la conquista del Chile araucano lo demuestra. La América colonial, en orden a crecer y sobrevivir, comenzó pronto a basarse en un sistema eficiente de comercio marítimo. El costo del transporte exigía una amplia producción de riquezas. Ello condenó a la primera América a los únicos sistemas capaces de producir tales riquezas inmediatamente.» Pierre Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, París, Armand Colin, 1964, pp. 85-86.

[25] «Qué asombroso el dinamismo de esta primera fase de expansión: aquí estamos realmente en presencia [...] de una ruptura estructural. Esta disparidad se explica fácilmente: ¿no es este período 1504-1550 la transición de la nada al ser?» Chaunu, *Séville*, VIII (2), p. 51.

[26] «Incapaz el Estado español de liberarse en su política oceánica de la influencia del grupo de hombres de Andalucía que controlaban la situación, buscó con toda su fuerza asegurar un estricto respeto a un monopolio [el de Sevilla] que, entre otras virtudes, favorecía la eficacia de su control.» Huguette y Pierre Chaunu, «Economie atlantique, économie-monde (1504-1650)», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, I, 1, julio de 1953, p. 92.

[27] Véase Alvaro Jara, «La producción de metales preciosos en el Perú en el siglo XVI», *Boletín de la Universidad de Chile*, 44, noviembre de 1963, página 60. Véase el cuadro de la p. 63.

[28] «Es probable que sin el uso de la técnica basada en las propiedades del mercurio, todo el proceso inflacionario europeo se habría detenido, y la minería americana habría entrado en una fase de estancamiento y decadencia.» Alvaro Jara, «Economía minera e historia económica hispanoamericana», en *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, Santiago (Chile), Centro de Investigaciones de Historia Americana, 1966, página 37.

áreas tan variadas y discontinuas como España (incluyendo Aragón), los Países Bajos, varias regiones del sur de Alemania (incluyendo Austria), Bohemia, Hungría, el Franco Condado, Milán, y las posesiones españolas del Mediterráneo (Nápoles, Sicilia, Cerdeña y las Baleares). Por un momento este imperio, paralelo en su estructura al contemporáneo imperio otomano de Solimán el Magnífico y al imperio moscovita de Iván el Terrible, pareció absorber el espacio político de Europa. Parecía que la naciente economía-mundo podría convertirse en otro imperio. Carlos V no fue el único en intentar absorber la economía-mundo europea en su imperio. Francisco I de Francia estaba intentando hacer lo mismo [29] y Francia tenía las ventajas de su tamaño y su centralidad [30]. Pero Francia tenía menos recursos para su intento, y la elección de Carlos V como emperador, por encima de Francisco I, fue un gran paso atrás. No obstante, Francia, localizada «en el corazón» [31] del imperio español, era

[29] «Existe [en el siglo XVI] un imperialismo francés. Ante todo los franceses se negaron a reconocer ninguna dependencia respecto al Emperador [del Sacro Imperio Romano]. "El rey es emperador en su reino." Después Carlos VIII bajó por Italia [1494] para alcanzar Oriente, dirigir una cruzada y obtener nuevos títulos en el imperio de Constantinopla. Entró en Nápoles, coronado de oro, llevando en sus manos el cetro y el globo imperiales, mientras todo el mundo gritaba: "Emperador augustísimo." Entonces hubo pánico en Alemania, donde pensaron que estaba deseoso del título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Este imperialismo francés, que tomó la forma de los intentos de dominar Italia y la candidatura de Francisco I en la [elección del] Sacro Imperio [Romano] de 1519, se vio reemplazado, tras la elección de Carlos V, por una política defensiva contra los Habsburgo.» Mousnier, *Les XV^e^ et XVI^e^ siècles*, pp. 132-133.

Michel François habla de forma similar de la «doble herencia» de Francisco I, por una parte como monarca cuya autoridad había sido creada por el duro trabajo de los filósofos políticos [*légistes*] y los hombres de gobierno, y por otra parte como heredero de las empresas imperiales italianas de Carlos VII y Luis XII, que habían «abierto perspectivas singularmente amplias para la monarquía francesa». «L'idée d'empire sous Charles Quint», en *Charles Quint et son temps* (Colloques Internationaux du CNRS, París, 30 de septiembre-30 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, página 25.

[30] En 1500, se podía decir que: «Inglaterra, España y Borgoña-Austria giraban como en una órbita en torno a la primera y mayor de las potencias europeas, Francia [...] Las principales ventajas de Francia eran su extensión y su posición central. En la Europa occidental de comienzos del período moderno, Francia era el corazón. Inglaterra, España, Italia y el imperio alemán ocupaban posiciones simétricas en torno suyo, de forma que Francia controlaba sus líneas de unión. Y el corazón era también el reino más populoso.» Garrett Mattingly, *Renaissance diplomacy*, páginas 129, 131.

[31] La expresión es de un español del siglo XVI, A. Pérez, en *L'art de gouverner. Discours adressé à Philippe II*, citado en Ruggiero Romano,

suficientemente fuerte como para hacer que la historia de los siguientes cincuenta años fuera la de una guerra virtualmente constante entre los dos gigantes imperiales, los Habsburgo y los Valois, una lucha que conduciría eventualmente al agotamiento de ambos en 1557, y a la desaparición por un largo período de tiempo de los sueños imperiales en Europa.

La larga lucha de los dos gigantes, Francia y España, se desarrolló en términos militares principalmente en la península italiana, primero con las guerras franco-españolas de 1494-1516, y después con la rivalidad Habsburgo-Valois que continúa hasta 1559[32]. La razón para luchar sobre Italia, desde el punto de vista de los imperios, era clara. Las ciudades-Estado italianas del norte habían sido en la Baja Edad Media el centro de las actividades económicas más «adelantadas», industriales y comerciales, del continente europeo. Si bien ya no monopolizaban el comercio a larga distancia, eran aún fuertes por su capital acumulado y su experiencia[33], y un pretendido imperio-mundo

---

«La pace di Cateau-Cambrésis e l'equilibrio europeo a metà del secolo XVI», *Rivista Storica Italiana*, LXI, 3, 1949, p. 527.

[32] Véase Oman, *A history of the art of war*, p. 14, que comenta en qué amplio porcentaje la lucha militar tuvo lugar en Italia.

[33] R. S. Lopez sugiere que resulta válido el paralelismo con la Inglaterra posterior a 1870, y añade: «Si todo esto implicaba decadencia, ni los italianos ni sus competidores lo advirtieron plenamente.» «The trade of medieval Europe: the south», en *Cambridge Economic History of Europe*, II, M. M. Postan y E. E. Rich, comps., *Trade and industry in the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1952, p. 351.

Amintore Fanfani también observa la gloria de Italia en la Baja Edad Media y su decadencia en los siglos XV y XVI: «La buena fortuna de Italia en la Edad Media está ligada al hecho de que los puertos de la península eran la base del comercio occidental con el Levante y del comercio levantino con Occidente; además está ligada al hecho de que los vínculos comerciales con el Levante eran de naturaleza colonial, mientras que los vínculos con Occidente eran los propios de un exportador de bienes industriales. No es totalmente cierto que los italianos poseyeran sus propias colonias en ultramar y carecieran de ellas al otro lado de los Alpes, sino que de hecho todos o casi todos los italianos disfrutaban de los beneficios de una colonización puramente económica, no muy evidente, y por tanto bastante tolerada, pero sustancial, y por tanto extremadamente fructífera [...]

»Desde el siglo XIV dos hechos comienzan a perturbar la situación sobre la que se basaba la prosperidad italiana [...] Con el avance de los turcos y la liberación de franceses e ingleses, las perspectivas de prosperidad para la economía italiana se redujeron, aunque, a lo largo del siglo XVI, consiguieron no ser eliminados totalmente.» *Storia del lavoro in Italia dalla fine del secolo XV agli inizii del XVIII*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1959, pp. 24-25.

necesitaba asegurar su control sobre ellas. En el disperso mapa político de Italia [34], sólo Lombardía había desarrollado un aparato de Estado relativamente fuerte sobre un área de tamaño medio [35], pero en apariencia excesivamente pequeña aún para sobrevivir políticamente [36].

---

[34] Por qué estaba Italia tan desunida políticamente es algo que no atañe a nuestro análisis. La respuesta se encuentra probablemente en los desarrollos políticos de la Alta Edad Media, en combinación con el relativo éxito económico de algunas de las ciudades-Estado en la Baja Edad Media. Una explicación clásica es la ofrecida por Jacob Burckhardt: «La lucha entre los papas y los Hohenstaufen dejó a Italia en condiciones políticas esencialmente distintas de las de los restantes países de Occidente. Mientras que en Francia, España e Inglaterra el sistema feudal estaba organizado de tal forma que, al concluir su existencia, se transformó naturalmente en una monarquía unificada, y mientras que en Alemania ayudó a mantener, al menos en apariencia, la unidad del imperio, Italia se había librado de él casi por completo. Los emperadores del siglo XIV, incluso en el caso más favorable, ya no eran admitidos y respetados como señores feudales, sino como posibles dirigentes y sustento de poderes que ya existían; mientras que el papado, con sus dependientes y aliados, era suficientemente fuerte para impedir la unidad nacional en el futuro, no lo era lo bastante para introducir esa unidad. Entre ambos yacía una multitud de unidades políticas [...] cuya existencia se fundaba simplemente en su poder para mantenerla.» *The civilization of the Renaissance Italy*, Nueva York, Modern Library, 1954, p. 4.

Véase Wallace Ferguson: «Los Estados de la Italia renacentista eran necesariamente diferentes de los del norte, porque la historia pasada de Italia era también diferente, y esa diferencia era en parte el resultado de dos hechos puramente políticos: primero, el hecho de que desde el siglo X al siglo XIII Italia perteneció al Sacro Imperio Romano Germánico, y segundo, el hecho de que los papas gobernaban un Estado territorial que se extendía a través del centro de la península.» «Toward the modern State», en Wallace Ferguson, comp., *Renaissance Studies*, 2, Londres (Ontario), Univ. of Western Ontario, 1963, pp. 147-148.

[35] «Lo que separó a Lombardía del resto de Italia en los siglos XIV y XV fue su transformación política [...] [La] *signoria* [es] la "innovación" fundamental que subyace a los vastos cambios económicos de Lombardía en este período [...] En más de una forma, las políticas económicas de esta época en Lombardía, sobrepasando con mucho la política municipal, prefiguran el mercantilismo inglés, sin omitir el tratamiento otorgado a la Iglesia y a sus tierras [...]

»En lo que podríamos llamar sus obras públicas, sus políticas de estímulo de la industria y el comercio, sus mejoras en la agricultura, y sus políticas de población (incentivos materiales para la formación de familias numerosas, para la repatriación y la migración a Lombardía), los duques de Milán anticiparon en muchos, quizá en todos los aspectos significativos, a los Estados mercantiles aún lejanos en el tiempo.» Douglas F. Dowd, «The economic expansión of Lombardy, 1300-1500: a study in political stimuli to economic change», *Journal of Economic History*, XXI, 2, junio de 1961, pp. 147, 160.

[36] Para comprobar que este fenómeno no se limitó a Lombardía, véase Mousnier, *Les XVI^{e} et XVII^{e} siècles*, p. 93.

Estamos hablando en realidad de un área relativamente pequeña, «un pequeño cuadrilátero urbano constituido por Venecia, Milán, Génova y Florencia, con sus conflictos y rivalidad entre ciudades, todo ello influido siempre por la importancia relativa alcanzada en determinado momento por cada una de ellas...» [37]. El problema político para estas ciudades-Estado (como para las de Flandes) había sido desde largo tiempo atrás «[emanciparse] de la interferencia feudal y [al mismo tiempo mantener] a raya la más reciente amenaza de un control político más centralizado representado por los nuevos monarcas» [38]. Una de las formas de mantener apartadas a las monarquías era la de estar ligadas a un imperio [39]. De modo que, aunque Gino Luzzatto describe lo que pasó entre 1530 y 1539 como la caída de Italia bajo la «directa o indirecta dominación de España sobre la mayor parte de la península» [40], y Paul Coles dice, de manera similar, que «el tema dominante de la historia internacional en la primera mitad del siglo XVI fue la lucha por Italia entre el imperialismo francés y el español» [41], no queda claro que las ciudades-Estado se resistieran excesivamente a esta forma de «dominación». Posiblemente podrían haberla considerado su mejor alternativa. Debemos recordar que se trataba de una economía-mundo y que los focos de actividad económica y las «nacionalidades» de los grupos económicos clave no estaban relacionados de forma biunívoca con los centros de decisión política. En tal marco, la conexión entre las ciudades-Estado y

---

[37] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 354.

[38] C. H. Wilson, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 492.

[39] Henri Pirenne señala el proceso en dos etapas de la emancipación de algunas de las ciudades: «Una república municipal no disfrutaba, de hecho, de absoluta independencia cuando había suprimido su fidelidad al señor inmediato. Sólo escapaba al poder del conde o del obispo poniéndose bajo el poder directo de un soberano más alto. Las ciudades alemanas sólo eran libres en el sentido de que cambiaban la autoridad próxima y muy activa de su señor por la autoridad distante y muy débil del emperador.» *Early democracies in the Low Countries*, Nueva York, Norton, 1971, p. 183.

Las consecuencias para la creación de Estados fuertes fueron claras: «Mientras que en Francia e Inglaterra el Estado moderno tuvo sus principales adversarios en los grandes nobles, en los Países Bajos fueron las ciudades las que obstaculizaron su progreso» (p. 187).

[40] Gino Luzzatto, *Storia economica dell'età moderna e contemporanea*, I, *L'età moderna*, Padua, CEDAM, 1955, p. 116. Añade: «Sólo Venecia permaneció independiente en Italia, pero estaba inmovilizada por la cada vez más seria presión de los turcos» (p. 117). Por otra parte, Domenico Sella piensa que «Venecia encontró su fortuna en la crisis que golpeó a las otras ciudades de la península». *Annales ESC*, XII, p. 36.

[41] Coles, *Past and Present*, 11, p. 41.

el imperio fue primariamente un «matrimonio de conveniencia»[42]. En el que, además, la metáfora se hizo realidad. Ruth Pike señala que el mayor aumento del número de genoveses en Sevilla ocurre entre 1503 y 1530, y que para mediados de siglo «controlaban en gran medida el comercio americano y ejercían una poderosa influencia sobre la vida económica de Sevilla»[43]. No obstante, como habían hecho los portugueses con una anterior oleada de genoveses, los españoles los disolvieron por absorción: «Con la naturalización venían la estabilidad y la asimilación, lo cual en la España del siglo XVI no podía llevar más que al abandono del comercio por sus descendientes»[44].

Además de controlar tres de las cuatro principales ciudades-Estado italianas (Venecia permanecía fuera de su dominio), el imperio de Carlos V tenía otros dos pilares económicos: las casas de banqueros mercantiles del sur de Alemania (en particular los Fugger) y el gran mercado de la economía-mundo europea del «primer» siglo XVI, Amberes.

La situación de las ciudades comerciales del sur de Alemania, al otro lado de los Alpes, no era en realidad demasiado diferente a la de las del norte de Italia. R. S. Lopez, por ejemplo, señala que: «En el siglo XV la región que avanza más rápidamente cubre las ciudades del sur de Alemania y Suiza»[45]. De 1460 hasta alrededor de 1500 ó 1510 la minería de plata creció a un ritmo muy rápido en la Europa central, suministrando aún otra fuente de poder económico[46]. La expansión del comercio del

---

[42] «El imperialismo del siglo XVI en Italia suponía más que la conquista militar inicial. Era necesaria una medida de compensación económica a las repúblicas italianas por la pérdida de la independencia política, y esto resultaba especialmente urgente en el caso de Génova, cuyos ciudadanos estaban ansiosos de reparar las pérdidas ocasionadas por la contracción del comercio con el Levante. España, a través de sus posesiones en el Nuevo Mundo y más tarde en Flandes, estaba admirablemente dotada para proporcionar una compensación de esta especie. La historia de las relaciones entre España y los Estados italianos en el siglo XVI es básicamente la de un matrimonio de conveniencias: la Corona española se aprovecha políticamente de Italia, los hombres de negocios italianos se aprovechan económicamente de España» (*ibid.*, p. 41). Véanse sus referencias en la n. 57, pp. 46-47.

[43] Ruth Pike, *Journal of Economic History*, XXII, p. 370.

[44] *Ibid.*, p. 351.

[45] Lopez, *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 349.

[46] Véase John U. Nef, «Silver production in central Europe, 1450-1618», *Journal of Political Economy*, XLIX, 4, agosto de 1941, pp. 575-591. Sobre los lazos entre el papel de los alemanes meridionales en los nuevos mundos coloniales de España y Portugal y los procedimientos industriales en el sur de Alemania, véase Jacob Streider, «Origin and evolution of early European capitalism», *Journal of Economic and Business History*, II, 1, noviembre de 1929, p. 18.

siglo XVI sólo pareció reforzar el papel alemán como canal del comercio entre el norte de Italia y Flandes[47]. Al principio, ni siquiera el crecimiento del comercio atlántico y la relativa declinación del comercio mediterráneo pareció afectar a su prosperidad económica, especialmente una vez que pudieron participar de los beneficios del comercio atlántico en el marco del imperio de los Habsburgo[48].

Esta fue la era del florecimiento de los más espectaculares de todos los capitalistas mercantiles modernos, los Fugger. El apogeo de su poder, la era de Carlos V, ha sido a veces llamada era de los Fugger[49]. Los Fugger compraron a Carlos V su trono imperial. Eran el eje central financiero de su imperio, sus banqueros personales por excelencia. Un cronista contemporáneo suyo, Clemens Sender, dijo de ellos:

> Los nombres de Jacob Fugger y sus sobrinos son conocidos en todos los reinos y tierras; sí, incluso entre los paganos. Emperadores, reyes, príncipes y señores han tratado con él, el Papa le ha saludado llamándole su hijo amado y le ha abrazado, y los cardenales se han puesto en pie en su presencia. Todos los comerciantes del mundo le han llamado un hombre ilustrado, y todos los paganos se han maravillado de él. Es la gloria de toda Alemania[50].

Los Fugger y Carlos se dieron mutuamente poder y apoyo. Pero esto también significó que subieron y cayeron juntos. Porque, en realidad, la actividad de los Fugger estaba «limitada a los confines del imperio de Carlos y era internacional sólo en

---

[47] «A lo largo de la mayor parte del siglo XVI, Flandes y el norte de Italia fueron las dos principales áreas de actividad industrial y comercial en Europa, y el contacto entre ellas resultaba esencial para la prosperidad de ambas [...] Excepto para bienes muy masivos [las] rutas terrestres tenían muchas ventajas [...] El floreciente comercio transalpino entre el norte de Italia y el sur de Alemania no sobrevivió por mucho tiempo al siglo XVI.» Parry, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, página 185.

[48] Gerald Strauss dice respecto a la reacción de los mercaderes alemanes a la reorientación geográfica de su contenido: «Se ajustaron a este cambio intensificando sus antiguas conexiones con estos centros del tráfico europeo [Amberes y Lisboa]. Durante medio siglo, aproximadamente después de 1500, el nuevo comercio aceleró el comercio internacional de Nuremberg y Augsburgo y otras ciudades, y compensó más que sobradamente la rápida decadencia del comercio de acarreo transalpino del que anteriormente habían dependido.» *Nuremberg in the sixteenth century*, Nueva York, Wiley, 1966, p. 148. Parry, al que acabamos de citar, parece pensar que no hubo una «rápida decadencia» hasta un siglo más tarde. Sin embargo ambos autores concuerdan en que, al menos hasta 1550, el comercio era floreciente en el sur de Alemania. Véase también Streider. *Journal of Economic and Business History*, pp. 14-15.

[49] Véase Richard Ehrenberg, *Capital and finance*, pp. 74-79.

[50] Citado en *ibid.*, p. 83.

la medida [...] en que un imperio puede ser considerado internacional [...]»[51]. Cuando Carlos y sus sucesores no podían pagar, los Fugger no podían ganar. Al final, las pérdidas totales de los Fugger por deudas impagadas de los Habsburgo hasta mediados del siglo XVII «se pueden valorar sin exageración alguna en ocho millones de florines renanos»[52].

Pero incluso más importante que el norte de Italia o que los Fugger fue Amberes, que «jugó un papel fundamental en la vida económica del siglo XVI»[53]. J. A. van Houtte ha seguido la pista a la gran diferencia entre Brujas, en el siglo XIV, un centro de mercado «nacional» (es decir, fundamentalmente para Flandes) y Amberes en el siglo XVI, un centro «internacional» de mercado, que ligaba a los comercios del Mediterráneo y del Báltico con el comercio transcontinental a través de Alemania meridional[54]. No sólo coordinaba Amberes gran parte del comercio internacional del imperio de los Habsburgo, sino que era también el eslabón por medio del cual tanto Inglaterra como Portugal estaban ligadas a la economía-mundo europea[55]. Cons-

---

[51] Lublinskaya, *French absolutism*, p. 8.

[52] Ehrenberg, *Capital and finance*, p. 131.

[53] Emile Coornaert, «La genèse du système capitaliste: grand capitalisme et économie traditionelle au XVI^e siècle», *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, VIII, 1936, p. 127.

[54] Véase J. A. van Houtte, «Bruges et Anvers: marchés "nationaux" ou "internationaux" du XIV^e au XVI^e siècles», *Revue du Nord*, XXXIV, 1952, páginas 89-108. Herman van der Wee: «La emergencia de Amberes como metrópoli comercial de Europa occidental y el crecimiento del comercio *transcontinental* centrado en la Alemania central estuvieron vinculados inseparablemente.» *The growth of the Antwerp market and the European economy*, La Haya, Nijhoff, 1963, II, p. 119. Sostiene que esto ocurre hacia 1493-1520, y que consiguientemente los alemanes meridionales se pusieron «comercialmente a la cabeza» de Amberes durante la primera mitad del siglo XVI (p. 131). Véase Pierre Jeannin: «El comercio terrestre de Amberes en el siglo XVI alcanzó una importancia igual, si no superior, a la del comercio marítimo.» *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIII, p. 198. Véase Ehrenberg, *Capital and finance*, pp. 112-113.

[55] «El comercio de paño inglés tuvo un impacto decisivo en la prosperidad de Amberes. Su curva coincide con la del desarrollo general del mercado de Amberes [...] Portugueses, alemanes meridionales e ingleses constituyeron los tres pilares del comercio mundial de Amberes.» J. A. van Houtte, «Anvers aux XV^e et XVI^e siècles: expansion et apogée», *Annales ESC*, XVI, 2, marzo-abril de 1961, pp. 258, 260.

Véase Philip de Vries: «Al comienzo del siglo XVI, Inglaterra constituía [...] una unidad económica junto con los países de herencia borgoñona de los Habsburgo, unidad cuyos centros financieros e industriales eran Amberes y Flandes.» «L'animosité anglo-hollandaise au XVII^e siècle», *Annales ESC*, V, 1, enero-marzo de 1950, p. 43.

Por otra parte, la rivalidad imperial dañó las relaciones económicas de Amberes con Francia. «De forma bastante natural, el comercio de

tituía entre otras cosas el mercado obligado [*staple*] de las exportaciones inglesas[56]. Si podía jugar este papel, a pesar de que el comercio anglo-italiano, por ejemplo, hubiera sido menos costoso de haber transitado por Hamburgo, era precisamente porque ofrecía a los comerciantes la multitud de ventajas colaterales que sólo un mercado imperial de tal categoría podía ofrecer[57].

Además, en esta época, Amberes se convirtió en el supremo mercado monetario de Europa, «a causa principalmente de la creciente demanda de créditos a corto plazo, ocasionada fundamentalmente por la política mundial del emperador Carlos V [...]»[58]. Amberes no sólo sirvió como bolsa de valores del imperio; la propia ciudad como colectividad se convirtió en uno de los principales acreedores de Carlos[59]. Dado que los imperios carecían de una base imponible firme, encontraban difícil obtener el tipo de crédito que los Estados modernos consiguen con

---

Amberes con Lyon, y particularmente sus exportaciones de especias portuguesas, se vieron severamente afectados.» Van der Wee, *The growth of the Antwerp market and the European economy*, II, p. 144.

[56] Jan Craeybeckx define así el concepto de mercado obligado [*staple*]: «Quien se interese más en la realidad que en las distinciones abstractas concederá de buen grado que el *staple* constituía ante todo un mercado. Sólo un mercado [*market*] de cierta importancia podía aspirar a hacer obligatorio su "mercado" [*staple*] y a obligar a los comerciantes a someterse a sus reglas [...] Los privilegios, que sólo unas pocas ciudades podían ofrecer, no eran por tanto lo esencial. Cualquier ciudad que tuviera un mercado o "*staple*" (en el sentido restringido del término) capaz de imponer su dominación, *de jure* o *de facto*, en una región más o menos extensa, debería ser considerada un mercado obligado.» «Quelques grands marchés de vins français dans les anciens Pays-Bas et dans le nord de la France à la fin du Moyen Age et au XVIe siècle: contribution á l'étude de la notion d'étape», *Studi in onore di Armando Sapori*, II, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, p. 819.

[57] Véase Wilfrid Brulez, «Les routes commerciales d'Angleterre en Italie au XVIe siècle», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, VI, *Evo moderno*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, pp. 181-184.

[58] Van der Wee, *The growth of the Antwerp market and the European economy*, II, p. 362. Sostiene que, pese a una relativa decadencia en años posteriores, «el mercado monetario de Amberes continuó siendo el centro estratégico de las finanzas de los Habsburgo incluso a comienzo de la década de los cincuenta» (p. 206).

El capital fluía por medio de arbitraje entre Amberes, Venecia, Lyon, Piacenza, Florencia, Sevilla y Ruán. Véase José-Gentil da Silva, «Trafics du nord, marchés du "Mezzogiorno", finances génoises: recherches et documents sur la conjoncture à la fin du XVe siècle», *Revue du Nord*, XLI, 1959, página 140.

[59] Véase Fernand Braudel, «Les emprunts de Charles Quint sur la place d'Anvers», *Charles Quint et son temps* (Colloques Internationaux du CNRS, París, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, páginas 197-198.

relativa facilidad. Un imperio del siglo XVI tenía crédito en la medida en lo que tuviera su soberano [60]. Así, éste tenía que dirigirse a las ciudades, como «centros de riqueza pública» [61], para garantizar sus préstamos. Pero también las ciudades tenían un crédito limitado y a su vez necesitaban la garantía de alguna gran casa como los Fugger, como ilustra este párrafo de Lonchay:

> El crédito de las ciudades, como el de las provincias, como el de los receptores, era limitado. Por eso algunos financieros exigían la garantía de una casa comercial solvente, preferiblemente la de algún gran banco, antes de aceptar la concesión de un crédito al gobierno. Así, en 1555 los comerciantes solicitaron como garantía de un préstamo de 200.000 libras cartas de pago de los Estados o el «aval» de los Fugger. María de Hungría solicitó a Ortel, el comisionado de aquella casa, que diera su aprobación, y prometió darle a cambio una contragarantía del ingreso procedente de los impuestos [*le produit des aides*] [62].

Así, Carlos V, Castilla, Amberes, los Fugger, estaban todos implicados en una gigantesca operación de crédito sobre crédito, un castillo de naipes con el cebo de unas ganancias basadas tan sólo en la esperanza y el optimismo.

De la década de 1530 en adelante, el creciente comercio transatlántico dio a Amberes una nueva fase de expansión [63]. La com-

[60] «A causa del desarrollo de la riqueza en general, los Estados disfrutan hoy de un crédito casi ilimitado. Una nación, es decir, una nación productiva, obtiene dinero fácilmente [...]

»Oferta pública, facilidad, rapidez, son las características de los préstamos obtenidos por los Estados modernos. En el siglo XVI era diferente. A causa de la escasez de capital y de su dispersión, la alta finanza tan sólo ofrecía sus servicios a un precio oneroso para el receptor del préstamo; la falta de conocimiento sobre los recursos del país la hacían desconfiar del soberano. No hacía distinción entre el jefe del Estado y la persona del príncipe, o, si se quiere, entre el rey y una persona privada.» H. Lonchay, «Etude sur les emprunts des souverains belges au XVI[e] et au XVII[e] siècles», *Academie Royale de Belgique, Bulletins de la Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques et de la Classe des Beaux-Arts*, 1907, páginas 926, 928.

[61] *Ibid.*, p. 941.

[62] *Ibid.*, p. 943.

[63] «La nueva expansión comercial fue muy ventajosa para los Países Bajos. Esto no fue coincidencia. Los contactos entre España y los Países Bajos habían dado origen a una sólida unión dinástica, respaldada por el creciente consumo de lana española por la industria textil de los Países Bajos. Los metales preciosos del Nuevo Mundo comenzaron a desempeñar un papel dominante en la política mundial de los Habsburgo a partir de los años treinta. Puesto que su financiación se basaba en buena medida en el mercado monetario de Amberes, esto supuso un estímulo adicional. En 1539 la economía de los Países Bajos estaba tan fuer-

binación de los dos focos de expansión comercial —el comercio transcontinental en el que eran tan centrales los mercaderes del sur de Alemania, y el comercio atlántico de los españoles (*cum* genoveses), unidos en el mercado de Amberes, que era también un mercado monetario— creó la atmósfera de un «febril *boom* capitalista»[64]. Este *boom* tenía su propia dinámica, que desbordó el marco político administrativo del putativo imperio-mundo de los Habsburgo. Presionados por las increíbles tensiones financieras causadas por la crisis social que arrasaba las Alemanias y por los gastos militares resultantes del deseo de englobar el resto de Europa, tenían que ir a la bancarrota el imperio o las fuerzas capitalistas. Resultaron ser más fuertes estas últimas. Repasemos las dos tensiones bajo las que operaba el imperio.

En términos políticos, el período 1450-1500 fue un tiempo de «consolidación de los principados» en Alemania, una tarea difícil pero que en parte tuvo éxito. Geoffrey Barraclough escribe: «Los príncipes [...] sacaron a Alemania de su heredada anarquía [...]»[65]. La consolidación fue, no obstante, excesivamente parcial. Cuando la Reforma y la guerra de los campesinos en 1525 llegaron para perturbar la nueva prosperidad, las divisiones políticas hicieron imposible evitar los disturbios, como otros países pudieron hacer en aquellos tiempos[66]. El fracaso de la «nación» alemana ha sido explicado de diversas formas. Napoleón dijo una vez que fue culpa de Carlos V, al no colocarse a

---

temente ligada a España a través de Amberes que Van der Molen escribió, durante la crisis causada por la devaluación: "si no llegan pronto grandes pedidos desde Italia o España, la mayor parte de los pañeros flamencos irán a la quiebra".» Van der Wee, *The growth of the Antwerp market and the European market*, II, p. 178.

[64] *Ibid.*, p. 317.

[65] Geoffrey Barraclough, *The origins of the Germany*, Oxford, Blackwell, 1962, p. 352.

[66] Amberes padeció también grandes tensiones sociales durante la primera mitad del siglo XVI, es decir, durante la era de Carlos V, aunque aquí las principales quejas parecen venir de los trabajadores urbanos, que sufrían los problemas de un retraso de los salarios que no se superaría hasta 1561. Véase Charles Verlinden, «Crises économiques et sociales en Belgique à l'époque de Charles Quint», *Charles Quint et son temps* (Colloques Internationaux du CNRS, París, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, esp. p. 183. No hubo sin embargo alzamientos políticos en Amberes en esta época, lo que quizá es una demostración de la hipótesis de Fanon de que los trabajadores urbanos acuden menos que los campesinos a los levantamientos espontáneos. Véase Frantz Fanon, *The wretched of the earth*, Nueva York, Grove, 1966, pp. 85-117.

la cabeza del protestantismo alemán[67]. Engels argumentó extensamente que fue el miedo de Lutero y la clase media a las aspiraciones revolucionarias del campesinado[68]. Tawney ha señalado el contraste con Inglaterra, donde los campesinos (esto es, los *yeomen*) encontraron aliados significativos en otras clases, y fueron considerados suficientemente importantes «como para ser objeto de solicitud por parte de los hombres de Estado preocupados por los intereses nacionales»[69].

¿Qué causó la crisis social, con sus cualidades políticamente autodestructivas, no demasiado diferentes en cuanto a sus consecuencias del sometimiento directo que sufrieron grandes partes de Italia? Probablemente el mismo factor: la falta de una unidad política *previa*, es decir la ausencia de un aparato de Estado incluso en embrión. «Alemania» a principios del siglo XVI es un excelente ejemplo de cuán profundamente disolvente puede ser el sentimiento «nacionalista» si precede a la existencia de una entidad administrativa en lugar de crecer dentro de ella. Carlos V no podía encabezar el protestantismo alemán porque tenía entre manos un imperio. Los hombres de Estado alemanes no podían tomar en consideración las necesidades de los *yeomen* dentro del marco de los intereses nacionales en una situación en la que no existía ningún Estado que pudiera traducir cualquier compromiso político al que se pudiera llegar. Los hombres se dirigieron a las arenas políticas en las que podían lograr sus fines. Estas eran los principados, y dado que éstos eran demasiado pequeños para resultar económicamente significativos, buscaron benefactores exteriores. Los resultados fueron el desconcierto y el desastre.

El momento crítico parecen haber sido los primeros años de gobierno de Carlos V. De forma un tanto dramática pero no menos persuasiva, A. J. P. Taylor argumenta:

> Los primeros años de Carlos V fueron el momento de la frase de Goethe según la cual la eternidad, una vez perdida, jamás nos es devuelta. La oportunidad de crear una Alemania de clase media nacional se perdió en 1521; tal vez para siempre, desde luego, por

---

[67] Citado por A. J. P. Taylor, *The course of German history*, Londres, Hamilton, 1945, p. 163. Véase Hurstfield: «La Reforma protestante que podría haber unido a Alemania contra el Papa, dividió a Alemania contra el Emperador.» *New Cambridge Modern History*, III, p. 130.

[68] Friedrich Engels, *The peasant war in Germany*, en *The German revolutions*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1967, *passim*.

[69] Tawney, *The agrarian problem*, p. 347.

muchos siglos. Hacia 1525 resultaba evidente que el período de despertar nacional había pasado, y desde aquel momento empezó un continuo avance del absolutismo y el autoritarismo que continuó sin interrupción durante más de doscientos cincuenta años [...][70].

En cualquier caso la agitación continuó en forma muy acusada hasta el tratado de Augsburgo de 1555 y su solución de una Alemania dividida basada en el principio *cuius regio eius religio*. Tampoco terminaría ni siquiera entonces la agitación. A principios del siglo XVII, Alemania se convertiría en el campo de batalla de la guerra de los Treinta Años y sufriría una severa regresión, tanto demográfica como económicamente.

La agitación social de las Alemanias era, no obstante, sólo uno de los problemas de Carlos V, y quizás no el mayor. Resultaba evidentemente insuficiente para explicar el hundimiento de su imperio. ¿Por qué entonces éste se dividió? ¿Por qué se vio reducido en última instancia esencialmente a España más la América española? ¿Y por qué España perdió su preeminencia convirtiéndose en parte de la semiperiferia de Europa? Pierre Chaunu considera el ascenso de la importancia económica de la América española, su centralidad respecto a la vida económica del imperio de los Habsburgo, y de hecho de toda Europa, no como «la consecuencia sino [como] la causa de la partición de los Estados de Carlos V»[71]. J. H. Elliott y Ramón Carande argumentan, de forma similar, que el imperialismo europeo de Carlos V llegó a ser indebidamente costoso para

[70] Taylor, *The course of German history*, p. 162.

[71] Pierre Chaunu, «Séville et la "Belgique", 1555-1648», *Revue du Nord*, XLII, 1960, p. 269. Añade: «¿Hemos prestado suficiente atención al hecho de que esta supuesta división es en realidad una multiplicación? ¿Hemos advertido en qué medida los Estados de Felipe II después de 1560 eran, pese a las impresiones dadas por los historiadores demasiado atentos tan sólo a Europa, inconmensurablemente más vastos que el imperio de Carlos V antes de 1540, es decir, antes de los cambios fundamentales causados por América?

»Una vez que se acepta esta perspectiva, la partición de 1555-1559 se sitúa en su verdadera perspectiva. Carlos V no consideraba a su hijo incapaz de continuar en Europa las tareas que él había comenzado. Parecía imposible mantener unidos Estados incluso más vastos, incluso más numerosos, que se extendían más allá de los mares, dentro de un mundo que, medido en términos de sufrimiento, fatiga y tiempo humanos, estaba mucho más próximo a un *cosmos* que a nuestro muy pequeño planeta del siglo XX [...] Es el impulso de América al final de la conquista lo que rompe el imperio de Carlos V o, más precisamente, lo que lo reconstruye en torno a su eje de alimentación, el tráfico entre Sevilla y el Caribe» (páginas 270-271).

España, especialmente para Castilla[72]. De hecho, Braudel argumenta que incluso el imperio en su forma reducida (España y los Países Bajos, sin Europa central), acabaría resultando «excesivamente vasto» en términos de su capacidad para mantener su cabeza financiera fuera del agua, dada la enorme inflación de precios[73]. El argumento parece ser que las prolongaciones políticas son en los momentos de inflación una carga financiera superior a su valor como fuentes de ingresos, especialmente, tal vez en esta etapa inicial del capitalismo[74]. España era un

[72] «El imperialismo de Carlos V, a diferencia del de su hijo, era ante todo un imperialismo basado en Europa. Entre los territorios europeos de Carlos estaban los Países Bajos e Italia, que soportaron el peso del gasto imperial durante la primera mitad de su reinado. Pero según fueron viéndose exprimidos hasta quedar secos, Carlos se vio obligado a buscar en otra parte nuevas fuentes de ingresos [...] [Después de 1540] las contribuciones financieras de España —lo que significaba esencialmente Castilla— asumieron una importancia continuamente creciente en relación con las de los Países Bajos [...]

»El fracaso del Emperador en extraer mayores contribuciones financieras de la Corona de Aragón le hizo depender crecientemente, de forma inevitable, de los recursos fiscales de Castilla, donde las Cortes eran mucho menos poderosas, y donde existían numerosas e importantes fuentes de ingresos fuera del control de las Cortes.» Elliott, *Imperial Spain*, páginas 197, 199.

«Carlos V, ante el tormento de la penuria, perpetua como el infierno, sabía que la economía era la sierva de sus designios, pero no tuvo a su alcance una política congruente con la hegemonía española que él lleva a su cenit; una política nacional, ni él ni los castellanos llegaron a vislumbrarla siquiera; sus poderes no eran tan recios como altivos sus ideales, y, caso de haber concebido una política adecuada, que en la órbita imperial llegó a ofrecerle Gattinara, es problemático que, dadas las circunstancias imperantes, la hubiese podido desarrollar. Causas múltiples de acción insobornable dejaron a Castilla empobrecida mientras llegaban, y pasaban fugitivos, los tesoros más cuantiosos de la economía moderna.» Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros: la vida económica en Castilla (1516-1556)*, 2.ª ed. corregida y aumentada, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1965, I, p. 140.

[73] «[Podemos plantearnos] la importante pregunta de si este torbellino de los precios sacudió a los Estados del Mediterráneo o a sus aledaños más o menos que a los otros. La afirmativa nos parece probable en lo que se refiere a España; particularmente si pensamos en los enormes gastos que la guerra impone al vasto imperio.» Braudel, *La Méditerranée*, I, página 486.

[74] «Dentro del imperio se puede ver otro movimiento [...] el aislamiento respecto a Europa de Castilla, cuya prosperidad se vería finalmente arruinada por la "traición" de los otros miembros del imperio y por la multiplicidad de cargas que, a causa de este aislamiento, iban a caer eventualmente sobre ella.

»Se puede advertir un fenómeno análogo en América, donde los dinámicos sectores mineros de México y el alto Perú se hundieron finalmente bajo las exigencias rápidamente crecientes de una periferia cada vez más

imperio, cuando lo que hacía falta en el siglo XVI era un Estado de tamaño medio. Su burocracia resultaba inadecuada, porque la España imperial requería una burocracia mayor de la que podía construir dados sus recursos, humanos y financieros. Esta es la causa fundamental de lo que los historiadores han llamado las «lentitudes» de la burocracia española [75].

Una vez más, la ventaja estructural de una economía-mundo sobre un imperio-mundo, como sistemas, se impone ante nosotros. Por ejemplo, H. G. Koenigsberger describe la incapacidad española para explotar su colonia siciliana atribuyéndola a la falta de una teoría política [76]. Esto me parece poner el carro delante del caballo. España carecía de una teoría que fomentara el establecimiento de un monopolio comercial en Sicilia porque, burocráticamente, estaba ya excesivamente dispersa como para explotar adecuadamente su imperio. Dedicaba principalmente su energía a mantener un imperio en las Américas, así como a guerrear en los Países Bajos y gobernar España. Para mantener su imperio en América tenía que invertir en una creciente buro-

---

deficiente financieramente. Es como si los bordes, dispuestos a separarse del cuerpo principal, se hicieran extremadamente pesados, como si el costo de la cohesión del imperio, al pasar la economía de la expansión a la contracción a largo término, creciera desproporcionadamente para la unidad de cohesión y de dominación, Castilla en un caso, las regiones mineras de México o del alto Perú en el otro. Esto es cierto hasta tal punto que cuando, en el siglo XVIII, la periferia flamenca e italiana se separa de Castilla, ello provoca un renacimiento económico en esta última, al descargarla del peso de la cohesión imperial en la que había terminado por agotarse sin beneficio para nadie [...]

»Para Castilla, sus prolongaciones mediterráneas, elementos dinámicos en la primera mitad del siglo XVI, se convirtieron gradualmente, a comienzos del siglo XVII, en elementos pasivos por los que era preciso pagar, mantenidos por medio de soldados y dinero, siempre dispuestos a rebelarse (como Aragón en 1640) cuando se les pedía un esfuerzo adicional para la defensa común.» Chaunu, *Séville*, VIII (1), pp. 248-249.

[75] Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 343.

[76] «Puesto que Sicilia era un antiguo reino establecido, que disfrutaba de relaciones comerciales tradicionales con sus vecinos, a los hombres de Estado españoles nunca se les ocurrió tratarla como a las colonias americanas. La ausencia de una teoría española desarrollada del imperio en Europa salvó a Sicilia del monopolio comercial que España impuso a los colonizadores en el Nuevo Mundo. A falta de una genuina coordinación de los recursos económicos, tal monopolio comercial habría sido la única forma en la que se podría haber manifestado un imperialismo económico español. Sicilia era incapaz de emanciparse de la tutela financiera de los banqueros genoveses y de su dependencia comercial e industrial de los industriales florentinos y venecianos; pero sus ciudadanos podían, al menos, vender la mayor parte de su trigo y su seda a quienes les podían suministrar bienes acabados.» H. G. Koenigsberger, *The government of Sicily under Philip II of Spain*, Londres, Staples Press, 1951, p. 143.

cracia que mantuviera bajo control a los colonos españoles y a sus aliados entre la nobleza india [77].

¿Podría haber funcionado el imperio español? Tal vez, si hubiera estado estructurado de diferente manera. Como dice Koenigsberger: «su debilidad fundamental era [...] la estrechez de su base impositiva. Castilla y la plata financiaban y defendían el imperio; los otros dominios eran en mayor o menor medida espectadores» [78]. Ferrán Soldevila documenta cómo los castellanos excluyeron del comercio hispano-americano incluso a un grupo tan «cercano» como los catalanes [79]. Pero si hubiera estado estructurado de forma diferente, no habría sido un imperio, que es precisamente a donde queremos llegar. Si los catalanes hubieran sido incorporados a un Estado único, junto con los castellanos, cosa que no ocurrió, y si las ambiciones imperiales de Carlos V no hubieran desangrado a Castilla ni la hubieran llevado a inevitables conflictos de intereses con partes de su imperio, conflictos que eran autodestructivos [80], entonces

---

[77] «A partir de la década de 1570 resultó evidente que las operaciones de la empresa privada y de la administración colonial tendrían que ser modificadas para refrenar la brutalidad incontrolada de los españoles y de sus aliados, los caciques de la nobleza amerindia a través de los cuales operaban para obtener tributos y mano de obra. Para la conservación, organización y manipulación eficientes de las comunidades indígenas era necesario urbanizarlas, cristianizarlas e incorporarlas a la economía de Europa occidental.» Stanley J. y Barbara H. Stein, *The colonial heritage of Latin America*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1970, p. 71.

[78] H. G. Koenigsberger, «The European civil war», en *The Hapsburgs and Europe, 1516-1670*, Ithaca (Nueva York), Cornell Univ. Press, 1971, página 257.

[79] Véase Ferrán Soldevila, «Barcelona demana a l'emperador Carles V l'autorització per a comerciar directament amb America (1522)», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, pp. 638-641.

[80] Por ejemplo, véase Malowist: «Cada perturbación del suministro de grano y madera de la costa del Báltico, es decir, especialmente de Polonia, ocasionaba un alza del costo de la vida en Holanda y las otras provincias de los Países Bajos, y paralizaba el comercio exterior de Holanda al impedir el intercambio de bienes con los países de la península Ibérica, con Bretaña y con Inglaterra. Así, los mercaderes de Amsterdam y de las ciudades vecinas intentaban mantener buenas relaciones con Gdańsk y Polonia, y se opusieron enérgicamente a la política de Carlos V de hostilidad hacia Dinamarca durante la primera mitad del siglo XVI, política que causaba el cierre del Sund y consiguientemente hacía imposible el acceso al Báltico.» *Economic History Review*, XII, p. 185.

De forma similar, los comerciantes de Amberes se vieron afectados por los intentos de Carlos V de mantener un cociente oro/plata fijo, que produjeron en varias ocasiones salidas de oro de los Países Bajos a Francia. Véase Florence Edler, «The effects of the financial measures of Charles V on the commerce of Antwerp, 1539-1542», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XVI, 3-4, julio-diciembre de 1937, pp. 665-673.

España podría haber tenido realmente alguna oportunidad de convertirse en un Estado del centro de la economía-mundo europea. En lugar de ello, el exceso de extensión se limitó a agotar a Carlos V y a sus sucesores.

En 1556 el imperio se dividió. Carlos V abdicó. Felipe II de España, hijo de Carlos V, recibió los Países Bajos, pero las tierras de Europa central se convirtieron en territorios separados. En 1557, Felipe se declaró en bancarrota. En el conjunto España-Países Bajos, el centro de gravedad político se desplazó de nuevo a España cuando Felipe fue a vivir allí en 1559. A raíz de ello sobrevino la revolución de los Países Bajos[81], que terminó, unos ochenta años después, tras muchos trabajos, idas y venidas, en la división del área entre las Provincias Unidas, al norte, independientes y calvinistas (más o menos los Países Bajos actuales) y los llamados Países Bajos españoles, al sur, católicos (más o menos la Bélgica contemporánea). Pero esta crisis no fue solamente una crisis española, o una crisis imperial de los Habsburgo. Fue un punto crucial en la evolución de la economía-mundo europea. Porque un elemento crucial en esta revolución fue la paz de Cateau-Cambrésis, firmada por España y Francia en 1559. Para comprender la importancia de este tratado deberemos fijarnos primero en la otra aspirante al dominio imperial, Francia.

Ningún país ilustra mejor que Francia los dilemas de los Estados europeos occidentales en el «primer» siglo XVI. Por una parte probablemente no hubiera otro Estado europeo que emergiera de finales de la Edad Media con una monarquía comparativamente más fuerte[82]. Hemos repasado ya en un capí-

---

[81] Para una exposición de su contenido social, y un análisis de sus causas, véase J. W. Smit, «The Netherlands revolution», en Robert Forster y Jack P. Greene, comps., *Preconditions of revolution in early modern Europe*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1970, pp. 19-54. El artículo contiene una buena y breve bibliografía.

[82] «Es en Francia donde las bases para la monarquía absoluta estaban mejor echadas [...] En efecto, desde el fracaso de los Estados Generales de 1484 ninguna reivindicación de libertad, pública o privada, podía hacerse contra [la autoridad del] rey.» Mousnier, *Les XVI^e et XVII^e siècles*, página 100.

Véase Eli F. Hecksher: «Geográficamente [Francia], era ya en la primera mitad del siglo XVI un reino unificado y compacto, casi totalmente libre de enclaves y Estados soberanos superpuestos. Su monarca tenía, quizá, mayor poder sobre su país que ningún otro en Europa, y, finalmente, sus hombres de Estado habían seguido desde épocas tempranas una política económica consciente, en la que los peajes tenían un propósito definido que cumplir [...] La persistencia de formas feudales de organización sólo se manifestaba realmente en los portazgos en ríos y carreteras, *péages* [*pedagia*], pero, por añadidura, sobrevivían los portazgos

tulo previo las explicaciones de Bloch sobre las diferencias entre Francia, Inglaterra y Europa oriental en términos de los tipos de tenencia de la tierra tal y como emergieron en el siglo XVI, basados en las diferentes dinámicas de sus estructuras jurídicas en la Baja Edad Media. Mientras que el sistema inglés permitía, como vimos, una redefinición legal de la tenencia para satisfacer las nuevas necesidades de los terratenientes entre los siglos XIV y XVI, estas definiciones estaban más congeladas en Francia. Por lo tanto la nobleza tenía que ser políticamente más activa para conservar sus ventajas. Así, mientras que Bloch señala adecuadamente la «decadencia de la justicia señorial»[83] en Francia en el siglo XVI, también es cierto que, como señala Rushton Coulbourn, que la fortaleza política de la nobleza condujo a una estructura económica menos capacitada para maniobrar en la nueva economía-mundo[84].

Las consecuencias de que no se produjera en Francia, como en Inglaterra, una relativa fusión de la nobleza con la nueva *gentry* comerciante, fueron múltiples. De momento, concentrémonos en sus implicaciones para la política de Estado en el sistema mundial. Edward Miller señala que la fuerza política de los intereses comerciales era mayor en Inglaterra que en Francia. Como consecuencia, la política comercial francesa era mucho más abierta en la Baja Edad Media[85]. El resultado final

de las ciudades; aquí, al igual que en otros países, como reliquias de la economía más o menos autónoma de la ciudad.» *Mercantilism*, I, ed. rev., Londres, Allen & Unwin, 1955, pp. 78-79.

[83] Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 107.

[84] «En el siglo XV, la nobleza [francesa] había mostrado la misma tendencia a fusionarse con los *roturiers* [plebeyos] que sus rivales en Inglaterra, pero en el siglo XVI el gobierno buscó deliberadamente detener esto, y lo logró por medio de las leyes que prohibían a los nobles el comercio y ciertas otras actividades lucrativas. El problema era que en Francia, como en la mayor parte de los países continentales, la nobleza había conseguido inmunidad fiscal, y, si entraban en el comercio, conservaban consigo su inmunidad personal, y el Estado perdía parte de sus considerables nuevos ingresos [...] [La] Corona en Francia temía demasiado a la nobleza para atreverse a privarla de su inmunidad.» Rushton Coulbourn, «A comparative study of feudalism», tercera parte de Rushton Coulbourn, comp., *Feudalism in history*, p. 316.

[85] «La principal intención [de Luis XI] era convertir nuevamente a Francia en lugar de encuentro de las rutas comerciales, a la luz de su convicción de que "las ferias y mercados enriquecen el país", y de que la riqueza aumentaría al "multiplicar" el tráfico y las mercancías dentro del reino [...]. En Francia, entonces, el apoyo del gobierno sólo tomó partido por los intereses comerciales nativos en una medida limitada, y no logró el establecimiento de estos intereses en una forma permanente organizada.» Miller, *Cambridge Economic History of Europe*, III, páginas 334-335.

fue que, a pesar de tener una burocracia más poderosa, a principios del siglo XVI Francia había adquirido menos «poderes de dirección económica»[86] que Inglaterra. Las presiones del fiscalismo, en tal situación, empujaron al monarca francés a ambiciones imperiales, *a fortiori* dado que los Habsburgo también las tenían. Podía haber intentado una expansión ultramarina, como hizo España, pero le faltaba el respaldo del capital internacional, esto es, del capital del norte de Italia, para hacerlo[87].

---

[86] *Ibid.*, p. 338. Joseph Strayer sostiene, de forma similar, que la fórmula francesa de mayor centralización de la administración enmascaraba una uniformidad de la ley mucho menor, y, por consiguiente, una posibilidad mucho menor de desarrollar una política económica nacional: «Para Francia, como para Inglaterra, las dos áreas esenciales de desarrollo eran la justicia y las finanzas. Pero los reyes franceses tenían que avanzar lentamente, y sus primeras instituciones eran mucho más simples y menos formalizadas que las de Inglaterra [...].

»[La] serie de anexiones [realizadas por Francia en los siglos XII y XIII] planteó serios problemas al gobierno francés. Las instituciones relativamente simples, que habían sido adecuadas para gobernar un pequeño dominio real, claramente tendrían que ser ampliadas y refinadas para tratar con la superficie y la población grandemente incrementadas que ahora estaban sujetas al rey. Las nuevas provincias tenían sus propias instituciones y costumbres, que eran a menudo más complejas y especializadas que las del gobierno real [...].

»La solución básica de estos problemas fue descubierta por Felipe Augusto (1180-1223), el rey que fue el verdadero fundador del Estado francés. Permitió a cada provincia conservar sus propias costumbres e instituciones, pero envió hombres desde París para ocupar todos los cargos provinciales importantes. Así, los tribunales normandos seguían imponiendo la ley normanda, pero los jueces no eran normandos sino agentes reales, en buena parte procedentes del antiguo dominio real. El orgullo provincial quedaba aplacado, mientras que el rey conseguía un control efectivo de sus nuevas posesiones [...].

»(Por contraste, el Estado inglés, con su insistencia en la uniformidad de instituciones y leyes, tuvo grandes problemas para asimilar regiones que tenían tradiciones políticas distintas, como los principados de Gales y los pequeños reinos de Irlanda.) Pero el Estado francés emergente tendría que pagar un alto precio por su flexibilidad. Los dirigentes locales se preocupaban ante todo de la conservación de las costumbres y privilegios locales; desconfiaban del gobierno central tanto como el gobierno central desconfiaba de ellos. No se les podía emplear en gran medida en el trabajo de la administración local. De hecho, la regla básica de la administración francesa era que nadie podía ocupar un cargo en su provincia natal.» *On the medieval origins of the modern State*, página 49-51.

[87] «En los siglos XV y XVI Francia fracasó dos veces en los siete mares del mundo [...]. Fracasó en el siglo XV cuando los grandes descubrimientos se llevaron a cabo sin marinos franceses o casi sin ellos. Fracasó de nuevo en el siglo XVI [...] al rendirse en la lucha por las rutas, las islas, las costas y las ganancias del Atlántico, de Africa y América [...].

»La consideración dominante, ya antes incluso de la guerra de los Cien Años, había sido, desde que las galeras de Génova unieron con

La alternativa era una expansión imperial en el seno de la propia Europa, dirigida precisamente contra el norte de Italia.

Francia tenía una red internacional competitiva de finanzas y comercio, con centro en Lyon. En la Alta Edad Media, las ferias de Champaña fueron durante un tiempo el gran punto de confluencia de los mercaderes del norte de Italia y de Flandes. Servían también como centro financiero internacional. Después, a finales del siglo XIII y principios del XIV comenzó su decadencia [88]. En el siglo XV los monarcas franceses fomentaron con toda solicitud el crecimiento de Lyon [89], y favorecieron sus relaciones con Florencia [90], donde estaban los grandes banqueros

---

éxito el Mediterráneo y el mar del Norte, la exclusión de los grandes circuitos del comercio de las rutas transcontinentales y de la economía francesa. Las ferias de Champaña sólo duraron un tiempo. Ahora bien, sin tomar en consideración esta colaboración de la economía general, quiero decir, sin el apoyo de Venecia o Génova en el siglo XV, sin la complicidad del capital internacional italiano o nórdico, ¿cómo se puede explicar Lisboa o la toma de Ceuta, o esas raíces que los genoveses estaban estableciendo en Andalucía, o, mucho más tarde, el viaje de Magallanes? Detrás de la buena fortuna ibérica estaba este empuje de los siglos XIV y XV, esta complicidad del capitalismo internacional y de sus fuerzas motrices con Sevilla, Lisboa, más tarde Amberes, ciudades con destinos ligados, cuyos vínculos dejan a Francia al margen. Como culminación de todo esto [...] el drama de la guerra de los Cien Años lo empeoró todo. Lo empeoró, pero no creó una crisis que ya había sido iniciada por la revolución de las rutas comerciales.» Fernand Braudel, «La double faillite "coloniale" de la France aux XV[e] et XVI[e] siècles», *Annales ESC*, IV, 4, octubre-diciembre de 1949, p. 454. Quizá no intervino sólo la falta de respaldo exterior. Braudel concluye: «La vocación colonial pone en cuestión toda la vida, toda la estructura de un país, hasta sus mismas entrañas. La Francia del siglo XVI [...] no está todavía tan profundamente abierta» (p. 456).

[88] Robert-Henri Bauthier da la siguiente explicación: «En nuestra opinión, las causas de la decadencia y el declinar de las ferias de Champaña están ligadas a la transformación general de la economía occidental a finales del siglo XIII y comienzos del XIV. Se producen cambios importantes en dos áreas esenciales: 1, la industrialización italiana, y 2, la revolución de los metales preciosos [...].

»Desde el momento en que el principal propósito de las ferias de Champaña era proporcionar metálico para las compras italianas de pañerías francesas y flamencas, su decadencia se hizo inevitable, pues la pañería de todo el norte de Francia entró en idéntica crisis [...].

»La economía internacional se apoyaba tradicionalmente sobre la plata; a finales del siglo XIII el oro comenzó a representar un papel, y las repentinas variaciones de la proporción entre los dos metales desorganizaron por completo el equilibrio de las compañías cuya actividad dependía de las ventas de moneda y del cambio extranjero.» «The fairs of Champagne», en Cameron, comp., *Essays in French economic history*, páginas 62-63.

[89] Véase Ehrenberg, *Capital and finance*, pp. 281-306.

[90] Véase *ibid.*, pp. 202-220.

de la época[91]. Acumulando enormes cantidades de capital al principio del siglo XVI, tanto Lyon como Amberes «redujeron el poder de los financieros individuales dentro de unos límites tolerables [y así] se hizo posible reunir grandes masas de capital con tasas de interés moderadas...»[92]. Lyon no fue un centro internacional como Amberes porque los reyes franceses intentaron simultáneamente convertirlo en «su arsenal financiero»[93]. Tampoco llegó Lyon jamás a igualar a Amberes como centro comercial. En pocas palabras, ocupaba un segundo lugar.

No obstante, Francia lo intentó. Los imperios de los Habsburgo y los Valois fracasaron ambos, y se hundieron juntos. No sólo España, sino también Francia se declaró en bancarrota en 1557. Los Habsburgo, no obstante, fueron los primeros, para subrayar su primacía incluso en la derrota. Los dos fracasos financieros llevaron muy rápidamente al cese de las luchas militares y al tratado de Cateau-Cambrésis de 1559, que había de cambiar durante cien años los términos de referencia política en Europa. Estas bancarrotas fueron por tanto algo más que un reajuste financiero. Todo un mundo se había venido abajo.

Lo que se vino abajo no fue meramente una particular estructura de Estado. Fue más que la trágica abdicación de Carlos V, en medio de las lágrimas de sus caballeros. Lo que se vino abajo fue el sistema mundial. Durante cien años Europa había estado disfrutando de prosperidad. Los hombres habían intentado beneficiarse de ella a la antigua. Pero los adelantos tecnológicos y la irrupción de elementos capitalistas había progresado ya demasiado para que fuera posible recrear imperios políticos en correspondencia con las arenas económicas. El año 1557 señala, si se quiere, la derrota de tal intento, y el establecimiento de un equilibrio de poder en Europa que permitiría a los Estados que pretendían ser naciones (llamémoslos naciones-Estado) llegar a sus propios términos y progresar en la aún floreciente economía-mundo.

Las crisis son puntos de inflexión simbólicos. Como numerosos historiadores han señalado, muchas de las características organizativas del «primer» siglo XVI no desaparecen hasta mucho después: 1576, cuando la autoridad española se derrumba en los Países Bajos, o 1588, con la derrota de la Armada Invencible, o 1598, con la Paz de Vervins (y el Edicto de Nantes).

---

[91] Véase *ibid.*, p. 193.
[92] *Ibid.*, p. 333.
[93] *Ibid.*, p. 307.

No vale la pena discutir cuál es la fecha más adecuada, ya que un cambio de acento organizativo es siempre gradual, dado que los factores estructurales subyacentes se mueven como los glaciares.

Pero hubo desplazamiento, y vale la pena describir las implicaciones que tuvo para la economía-mundo europea. Empecemos con la descripción de R. H. Tawney del acento organizativo del «primer» siglo XVI:

> En su organización económica la maquinaria del comercio internacional había llegado a un grado de eficiencia que en nada era notablemente inferior al de tres siglos más tarde. Antes de que los más organizados entre los sistemas económicos de la época se vieran arruinados por la lucha entre España y los Países Bajos y por las guerras de religión en Francia, había tal vez de diez a doce casas comerciales cuyos mercados monetarios eran los generadores financieros del comercio europeo, y cuyas opiniones y política eran decisivas en la determinación de las condiciones financieras. En las ciudades de Flandes, Francia e Italia, donde se llegó a su cenit, y de las cuales Inglaterra era una alumna, la esencia de la organización financiera del siglo XVI era el internacionalismo, la libertad de todo capitalista para emprender cualquier transacción a su alcance, una unidad de la que era un síntoma el movimiento acorde de todos los principales mercados y un efecto la movilización de inmensos recursos en los puntos estratégicos de las finanzas internacionales. Su centro y símbolo era la bolsa de Amberes, con su significativo lema, «*Ad usum mercatorum cujusque gentis ac linguae*», donde, como dijo Guicciardini, podía oírse cualquier lenguaje de la tierra; o las ferias de Lyon, que formaban, según palabras de un veneciano, «la base de las transacciones pecuniarias de la totalidad de Italia y de una buena parte de España y los Países Bajos»[94].

Tawney dice que este sistema se vino abajo a causa de guerras ruinosas. Esto es cierto, pero la secuencia causal es excesivamente inmediata. Sugerimos en el último capítulo que la causa eficiente fue la inviabilidad de un sistema imperial dados los empujes económicos de la Europa del siglo XVI y sus limitaciones estructurales, esto es, el nivel relativamente bajo de productividad y la insuficiencia del marco burocrático frente a una economía en expansión basada en empresas de tamaño medio dispersas.

Un estrangulamiento crucial fueron las crecientes exigencias financieras de los aparatos de Estado imperiales y la consiguiente inflación del crédito público que condujo a las quiebras imperiales de mediados de siglo. Carlos V había recorrido

[94] R. H. Tawney, «Introduction» a Thomas Wilson, *A discourse upon usury*, Londres, Bell & Sons, 1925, p. 62.

los Estados y sus comerciantes como fuentes de financiación: Nápoles, Sicilia, Milán, Amberes, Castilla[95]. La exposición clásica de este argumento fue hecha por Henri Hauser, quien argumentaba que la crisis financiera europea de 1559 «probablemente dificultó la evolución del capitalismo comercial e impulsó la transformación de la geografía económica»[96]. Hauser sostiene que la guerra entre Francia y España que comenzó en 1557 tan sólo sometió a una tensión excesiva los créditos del Estado, llevó a incumplimientos de pago y forzó a ambos Estados a la apresurada paz de Cateau-Cambrésis en 1559.

Las consecuencias para el extenso imperio de los Habsburgo fueron grandes y condujeron directamente al comienzo de la decadencia de España[97]. La crisis llevaría a una ruptura definitiva entre Amberes e Inglaterra, dejando a ésta libre para desarrollar su nueva y triunfal alianza económica con Amsterdam[98]. En la propia Amberes, la prosperidad basada en el eje con España llegó a su término. «La bancarrota en 1557 de Felipe II trajo la ruptura que decidió finalmente el destino de Amberes»[99].

Por todo Flandes la crisis llevaría a un reforzamiento de las tendencias calvinistas, especialmente entre los trabajadores especializados. En 1567 los españoles mandaron al duque de Alba

---

[95] Braudel, *Charles Quint et son temps*, p. 199.

[96] Henri Hauser, «The European financial crisis of 1559», *Journal of European Business History*, II, 2, febrero de 1930, p. 241. Para la descripción de la inflación de crédito, véanse pp. 242-250.

[97] «Pero sería incapacitarse para comprender el estado de crisis latente desde principios del reinado de Felipe II, desconocer la desaceleración del ritmo inflacionista a partir del quinquenio 1560-1565. No es casual que la primera bancarrota del Estado se produjera ya en 1557, ni que el primer gran viraje de la política felipista se sitúe en 1568.» Nadal, *Hispania*, XIX, p. 513. Nadal señala que, en contra de la afirmación de Hamilton de que el alza de los precios españoles culminó a fines del siglo, los datos muestran un mayor incremento entre 1501 y 1550 (107 por 100), que entre 1551 y 1600 (98 por 100). Véase *ibid.*, pp. 511-512.

[98] «La crisis de 1557 ya había afectado de forma desastrosa la posición de Amberes en el campo de las finanzas públicas. Este declinar continuó en años posteriores. Bajo el impulso de Gresham la Corona inglesa escapó completamente de la tutela de Amberes en la década de los sesenta [...].

»Cuando en 1569 el embargo anglo-neerlandés condujo a una compleja ruptura, Inglaterra se sentía suficientemente fuerte para liberarse de la influencia comercial y financiera de Amberes. Su legado comercial lo recibió Hamburgo, y Londres el financiero. Ambas plazas se aseguraban un brillante futuro. Así Amberes perdió definitivamente la última base de su primera expansión.» Van der Wee, *The growth of the Antwerp market and the European economy*, II, pp. 22, 238.

[99] *Ibid.*, p. 207.

para reprimir la nueva agitación sociopolítica, pero esto simplemente tuvo como resultado a largo plazo un éxodo de los comerciantes y de los artesanos calvinistas a países protestantes[100]. Y hacia 1585 sobrevino el hundimiento de la industria y el comercio de Flandes, que «quedaron estancados durante años»[101]. La revuelta de los Países Bajos que combinaba la agitación política y social consiguiente a este desastre, creó una base política viable en la mitad norte de los Países Bajos para su papel como centro del comercio mundial a partir de finales del siglo XVI[102].

La Alemania del sur también se vio duramente golpeada. Luzzatto señala que «el golpe más severo para ellos procedió en primer lugar de la insolvencia y después de la bancarrota de la Corona española, que se llevó por delante totalmente no sólo las fortunas personales de los Fugger, sino también las de la mayor parte de los grandes banqueros comerciantes del sur de Alemania»[103]. Al empeorar económicamente la situación, los an-

---

[100] Véase *ibid.*, pp. 232-236. Véase Parry: «La "furia española" de 1576 dañó gravemente a Amberes. El sitio de Parma y la captura de la ciudad en 1585 condujeron al traslado o a la quiebra de muchas casas comerciales, y al exilio —principalmente a Amsterdam— de millares de artesanos protestantes [...]. El comercio marítimo que había manejado Amberes se desplazó a Amsterdam.» *Cambridge Economic History of Europa*, IV, p. 169.

[101] Van der Wee, *The growth of the Antwerp market and the European economy*, II, p. 183. Dos autores recientes afirman, sin embargo, que se ha exagerado la decadencia de Amberes, y que siguió siendo relativamente fuerte durante un largo tiempo. Véase Jan Craeybeckx, «Les industries d'exportation dans les villes flamandes au XVI[e] siècle, particulièrement à Gand et à Bruges», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, IV, *Evo moderno*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, p. 415. No obstante, Craeybeckx admite que las nuevas empresas del Amberes posterior a 1585 «no pudieron impedir, por supuesto, el desplazamiento del centro de gravedad del comercio internacional hacia Amsterdam y Londres» (p. 416).

Jean A. van Houtte es incluso más tajante. Considera que el cuadro de la decadencia está «gravemente deformado». «Déclin et survivance d'Anvers (1150-1700)», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, p. 706. Señala que, si bien el bloqueo de tiempo de guerra dañó al comercio marítimo de Amberes, no afectó en cambio al comercio terrestre. Véase *ibid.*, p. 720. Afirma que a lo largo del siglo XVII las clases comerciantes de Amberes seguirían siendo «de importancia no desdeñable» (p. 722).

[102] Véase Verlinden en *Charles Quint et son temps*. Jaime Vicens Vives, en su discusión de la ponencia, sostiene que lo mismo es cierto para Cataluña. Véase *ibid.*, p. 187. Véase J. W. Smit: «En resumen, no puede dejar de impresionarnos la situación socioeconómica como una condición previa de la revolución de los Países Bajos». *Preconditions of revolution*, p. 43.

[103] Luzzatto, *Storia economica*, p. 151.

teriormente aliados comerciantes de la Alemania del sur y el norte de Italia empezaron a invadir sus respectivos territorios en una lucha competitiva en busca de negocios, lo que resultó una actividad mutuamente destructiva [104].

Las consecuencias políticas de este hundimiento para Alemania fueron enormes. Se vio recorrida por lo que Barraclough llama «el fermento revolucionario del protestantismo, que, en reacción frente a la declinación del imperio [...] era fuertemente nacional en su carácter» [105]. Pero, como ya hemos señalado, la vinculación de Carlos V con su imperio significaba que no podía apostar políticamente por la unificación de Alemania, en la misma medida en que no podía adoptar la perspectiva de un nacionalista español. El compromiso de *cuius regio* dividió en trincheras a los principados alemanes, minó a la burguesía alemana y anuló toda esperanza de unificación durante siglos. Alemania vendría a quedar dividida en gran medida entre un norte y noroeste luteranos, éste último al menos económicamente situado en la periferia del este de Europa, y un sudoeste más rico y católico (incluyendo partes de la Renania). Como dice A. J. P. Taylor: «ambos desarrollos fueron un retroceso respecto a los florecientes días del Renacimiento, que habían abarcado toda Europa...» [106].

Incluso en el relativamente más rico sudoeste vendría a darse un retroceso a la industria artesanal en el siglo XVII [107]. Taylor puede exagerar la extensión de la prosperidad y el liderazgo económicos de Alemania a principios del siglo XVI, pero sin duda está en lo cierto al señalar el dramático hundimiento del naciente desarrollo económico [108].

---

[104] Véase Strauss, *Nuremberg in the sixteenth century*, p. 150.

[105] Barraclough, *Origins of modern Germany*, p. 370.

[106] Taylor, *The course of German history*, p. 20.

[107] R. Ludloff describe así el proceso en Alemania: «En el siglo XVI, progresos técnicos y un decidido avance hacia la organización capitalista; en el siglo XVII una interrupción del proceso —debida en parte a las crecientes exacciones del poder feudal de los señores territoriales— y un regreso a los pequeños métodos de producción». «Industrial development in 16th-17th century Germany», *Past and Present*, 12, noviembre de 1957, página 58.

[108] «Alemania era en esta época la clave del comercio europeo, y sus ciudades destacaban sobre todas las demás en prosperidad. De hecho, las monarquías nacionales surgieron en otros países más de la resistencia a la supremacía comercial alemana que de la resistencia al imperio [...].

»Toda la comunidad comerciante experimenta altibajos dependiendo del mercado mundial; pero ninguna comunidad comerciante de la Europa moderna ha experimentado nunca un desastre tan profundo y prolongado como el que sufrió la clase media alemana precisamente en el momento en que su poder financiero estaba en su apogeo y su consenso nacional

El esfuerzo de Carlos V por dominar políticamente la economía-mundo repercutió por tanto negativamente en España y Alemania, en las ciudades de Flandes y del norte de Italia, y en las casas comerciales que ligaron sus destinos al imperio. La construcción de un imperio había parecido un intento razonable, incluso posible. Pero no lo era.

Ya hemos narrado en gran parte la historia de la empresa colonial española en las Américas. Sería mejor describir aquí simplemente la situación como un fenómeno interno del imperio español, para medir así el impacto de la decadencia hispánica en las Américas. España había establecido colonias en el Caribe y parte del litoral que lo rodea (los actuales México, Guatemala y Colombia), así como en Perú y Chile. Estas colonias habían sido concebidas como complementos económicos no sólo de Europa como un todo, sino de España en particular[109]. España carecía de la energía administrativa necesaria para crear una gran burocracia en las Américas. Recurrió por tanto al viejo expediente de los imperios, la cooptación de jefes locales al sistema político como agentes intermedios entre la Corona y los colonos españoles[110].

---

plenamente afirmado; de hecho, precisamente en el momento en que podían haber esperado convertirse en la fuerza política dominante, como ya eran la fuerza económica dominante en la Europa central.» Taylor, *The course of German history*, pp. 17-18.

[109] «Los colonizadores importaban de España los bienes que necesitaban para mantener su modo de vida español en un entorno americano. Desarrollaron, para pagar estas importaciones, una economía ganadera, plantadora y minera, productora de bienes para su venta en Europa. Para sus plantaciones necesitaban esclavos, y así crearon el mercado para todo un nuevo comercio con Africa occidental. Finalmente, a mediados de siglo tropezaron con las minas de plata más ricas del mundo, que les permitieron pagar aun más importaciones, y que alimentaron el comercio con Europa proporcionando el metálico necesario para la compra de productos orientales.» Parry, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 199.

[110] «Dentro de las diversas sociedades indígenas, el fin de la supremacía de las autoridades de tiempos precolombinos condujo, por una parte, a un crecimiento de los abusos de poder de los jefes tradicionales (caciques, curacas) sobre la masa de la población, y por otra, a una colaboración interesada de estos jefes con los colonizadores, especialmente los encomenderos [...].

»Al igual que Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., en Africa o Asia en el siglo XIX, el Estado español en la América del siglo XVI reajustó las antiguas subdivisiones territoriales de las sociedades indígenas, desplazó los centros de población, y pretendió reconocer tan sólo a una jerarquía de jefes, investida y controlada por él. En el siglo XVI, como en el XIX, la autoridad colonial se vio llevada así a establecer compromisos, pero los jefes, tanto los tradicionales como los nuevos, eran en último término

Tampoco tenía España la energía necesaria para controlar enteramente a sus propios colonos. Para mantener su lealtad política hizo muchas concesiones económicas. Una de éstas fue prohibir a los indios bases independientes de poder económico, prohibiéndoles la cría de ganado, la única actividad en la que podrían haber competido eficientemente en la nueva economía capitalista [111]. Más aún, no sólo se vieron apartados los indios de esta rentable actividad, sino que su desarrollo les debilitó económicamente, porque las ovejas devoraban hombres en América Central tanto como en Inglaterra [112]. Los colonos dependían no obstante de un apoyo español continuado, no tanto contra las rebeliones de esclavos, indios y africanos, como contra las intrusiones de los ingleses y otros en su comercio, por tanto, en sus márgenes de beneficio [113]. Por tanto, aunque se sintieran descontentos ocasionalmente con la Corona y la burocracia, no se organizaron como fuerza autónoma. Además, los colonos, muchos de

---

tan sólo sus instrumentos de recolección de impuestos.» Charles Verlinden, «L'Etat et l'administration des communautés indigènes dans l'empire espagnol d'Amerique», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Résumés des communications*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 133.

[111] Véase Wolf, *Sons of the shaking earth*, pp. 182-183.

[112] Véase *ibid.*, pp. 197-198.

[113] Véase la descripción de E. E. Rich de la economía del comercio de esclavos: «Un rasgo casi inevitable de la dependencia del trabajo esclavo era que la demanda nunca se viera compensada por una oferta suficiente y barata, pues la fuerza de trabajo es el factor que más fácilmente se gasta en un sistema de propiedad de esclavos [...]. En tales circunstancias no es sorprendente que los embarques de contrabando tolerados fueran numerosos y atractivos [...]. En general se asumía que tales embarques invadían gravemente una verdadera propiedad de Portugal cuando iban a la costa africana en busca de esclavos, pero que al llevarlos para su venta en las posesiones españolas sólo evadían un veto formal; la auténtica barrera al comercio libre era Portugal, no España. Este enfoque del comercio de esclavos interesaba tanto a los comerciantes del siglo XVI, que un poderoso grupo de comerciantes ingleses vio la posibilidad de establecer un acuerdo angloespañol para este comercio, en términos tales que satisficieron la necesidad de esclavos de los colonos, el deseo de fortaleza y control económicos del gobierno español, y el deseo de los comerciantes ingleses de obtener las ganancias aparejadas [...]. John Hawkins comenzó a comerciar con esclavos para las Indias Occidentales con la esperanza de que podría establecer una cooperación comercial regular entre Inglaterra y España». *Cambridge Economic History of Europe*, IV, páginas 325-326. Debemos preguntarnos por qué las autoridades españolas no se mostraron interesadas en el proyecto de Hawkins, que parecía apuntar en primer término contra los comerciantes portugueses. ¿No sería posiblemente porque la intrusión inglesa parecía a largo plazo más peligrosa para la Corona y para los colonizadores, y porque la Corona vio en esta propuesta un intento de meter una cuña?

ellos de origen humilde, se beneficiaban del hecho de que las colonias fueran economías de exportación [114].

De hecho, como ocurre a menudo en las estructuras imperiales, empezaron a crecer subimperialismos, capas dentro de las capas. Podemos hablar de la forma en que México (esto es, los españoles de México) «colonizó» Perú. México tenía una población mucho mayor. Hubo una disparidad constante en los niveles de precios a lo largo de los siglos XVI y XVII. México exportaba manufacturas, lujos y esclavos a Perú, y recibía a cambio mercurio y metálico [115]. Cuando las Filipinas entraron en la esfera de comercio española, el español de México se convirtió en el intermediario entre Manila y Lima, dejando fuera a los españoles de Manila [116]. Esta reexportación de México a Perú, de productos chinos, llegados a través de Manila, se convirtió en el soporte principal del comercio intercolonial [117]. La Corona española intentó sin éxito acabar con el papel de México, dado que dañaba las ganancias de Castilla [118]. «Nadie discutirá», dice Chaunu, «que durante el siglo XVI México se comportaba con respecto a Perú como una metrópoli respecto a su colonia» [119]. Uno de los efectos de la excesiva extensión política de Europa, combinada con la contracción económica en el «segundo» siglo XVI fue que hubo un aumento de la emigración de españoles a América [120]. Esto proporcionaba una fuente de trabajo a los

---

[114] «Desde el mismo comienzo de su existencia colonial [siglo XVI], Chile ha tenido una economía exportadora [...]. De forma bastante típica, Chile comenzó su existencia como exportador de oro. Pero las minas [...] no eran ricas, y no duraron mucho [...]. Sin embargo, de forma bastante atípica entre las colonias españolas en el continente, aunque quizá de la misma forma que Guatemala, incluso en esa época, Chile exportaba un producto de su suelo: sebo de su ganado.» André Gunder Frank, *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, p. 29.

[115] Véase Woodrow Borah, *Early colonial trade and navigation between Mexico and Peru* (Ibero-Americana, voi. 38), Berkeley, Univ. of California Press, 1954, pp. 81-82, 86-88.

[116] Véase Walter L. Schurz, «México, Perú, and the Manila galleon», *Hispanic American Historical Review*, I, 4, noviembre de 1918, p. 391.

[117] Véase Borah, *Early colonial trade*, p. 121.

[118] Véase *ibid.*, pp. 118-120, 124-127.

[119] Pierre Chaunu, «Pour une histoire économique de l'Amérique espagnole coloniale», *Revue Historique*, LXXX, 216, octubre-diciembre de 1956, p. 218.

[120] Las dimensiones de la emigración son exploradas por Jordi Nadal en *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona, Ariel, 1966, pp. 73-80. No hay duda de que existía sobrepoblación. «[La] imagen [de una Castilla sobrepoblada] es inseparable de la de la grandeza española», afirma José-Gentil da Silva. «Villages castillans et types de production au XVI[e] siècle», *Annales ESC*, XVIII, 4, julio-agosto de 1963, p. 735. ¿Se debe

españoles que lo necesitaban y una fuente inmediata de ingresos al Estado español, dado que los puestos en la burocracia colonial americana se vendían [121]. Por otra parte, la creciente población española viviendo de la tierra en América, ante la contracción económica, y la desastrosa caída demográfica de los indios bajo la primera etapa de dominación española, se combinaron para crear un «siglo de depresión» en la América española [122], y, como resultado, para dar lugar gradualmente al

---

vincular entonces emigración y decadencia? Quizá, pero no de forma lineal.

[121] «La ocupación de cargos coloniales [...] daba oportunidades a los españoles de todo tipo de rangos e ingresos a trabajar y enriquecerse, cosa que les negaba la economía metropolitana en contracción. Además, los aumentados cuadros de organización de la administración colonial dieron a la monarquía española la oportunidad de vender cargos coloniales a ciudadanos ansiosos que a su vez encontraban otros españoles dispuestos a adelantar préstamos a los administradores recién nombrados que se encaminaban a sus posiciones de control sobre las sumisas masas amerindias.» Stein y Stein, *The colonial heritage of Latin America*, páginas 71-72. Swart subraya el hecho de que España extendió la venalidad a sus colonias, lo que Francia no hizo, signo de la *carga* de las colonias en esta época. Véase Swart, *The sale of offices*, p. 41.

[122] «Todos los datos disponibles apuntan a la conclusión de que sólo en los mejores años posteriores a 1576-1579, hasta buena parte del siglo XVII, pudieron los habitantes blancos asegurarse fácilmente el alimento suficiente para alimentarse a sí mismos y a los sirvientes y trabajadores que dependían directamente de ellos. En este período deben haber intervenido probablemente otros factores además de la oferta de trabajo; la inexplicada caída en las cifras de ganado a finales del siglo XVI y en las primeras décadas del XVII es difícil que se haya debido solamente a la falta de pastores; pero el suministro de mano de obra fue probablemente el factor más importante en la insuficiencia de alimentos y otros artículos para el suministro de las ciudades [...]. En la minería los datos también apuntan de forma inconfundible a una grave y continuada falta de mano de obra debida a la disminución de la población indígena [...].

»Las dificultades económicas que acosaban a las ciudades de la Nueva España [...] deben haber tenido un paralelismo, casi con certeza, en desarrollos similares en las principales colonias españolas en el Nuevo Mundo [...]. Las menores oportunidades económicas y un empeoramiento de las condiciones de vida en España significaron que muchos españoles emigraran a la colonia, donde, por muy malas que pudieran ser las condiciones económicas, el alimento aun era más abundante que en la España de finales del siglo XVI y de gran parte del siglo XVII. A causa de la naturaleza de la sociedad colonial, estos inmigrantes significaban poco o ningún aumento de la fuerza de trabajo en Nueva España, pero aumentaban el número de personas que debían ser alimentadas [...]. Por su coincidencia en el tiempo, las crisis demográficas y económicas de España y su colonia [...] interactuaron en perjuicio de ambas.» Borah, *New Spain*, pp. 25-26, 29. Sobre la crisis de fin de siglo en Chile véase Alvaro Jara, *Guerre et société en Chili: essai de sociologie coloniale*, pp. 105-119.

sistema de haciendas basado en el peonaje por deudas [123]. Pero la hacienda estaba orientada a un mundo económico más pequeño que la plantación [124], un mundo de relativa autosuficiencia de una élite de colonos [125]. La propia España encontró que el

[123] «Se puede concluir que el origen de la hacienda fue esencialmente un desarrollo antes que una lucha. La evolución de la gran propiedad respondió a realidades tales como las dimensiones de las ciudades y de las poblaciones españolas, el grado de aculturación entre los indios, y la naturaleza de la sociedad española al comienzo de los tiempos modernos [...]. Donde podría parecer que la Corona o la Iglesia se habían convertido en los motores primeros de su desarrollo, se encontrará en un examen más detenido que estaban en acción fuerzas más profundas. Se ha atribuido a la política de la Corona la destrucción de la encomienda, pero el desarrollo natural de las colonias había sentenciado a esta institución. Por una parte, las fortunas surgidas del comercio y de la minería no dependían directamente de la encomienda; por otra parte, el brusco crecimiento de la sociedad española produjo nuevas familias poderosas que empezaron a crear sus propias haciendas, socavando el inflexible sistema de encomiendas.» James Lockhart, «Encomienda and hacienda: the evolution of the great estate in the Spanish Indies», *Hispanic American Historical Review*, XLIX, 3, agosto de 1969, página 428.

[124] Los Stein distinguen entre hacienda y plantación de la siguiente forma: «La hacienda era un fundo de grandes dimensiones donde se cultivaban cereales o se criaba ganado. Sus productos eran consumidos localmente en los centros mineros o en las grandes regiones urbanas, tales como las ciudades de México o Lima. Los amerindios dependientes, relativamente inmovilizados, constreñidos por una forma especial de trabajo asalariado, el peonaje por deudas, constituían la fuerza de trabajo [...] A diferencia de la hacienda, la plantación era una unidad económica independiente creada para producir artículos esenciales para el consumo externo, es decir europeo». *The colonial heritage of Latin America*, p. 40.

[125] «A comienzos de la década de 1590, la formación de haciendas propiedad de españoles alcanzó claramente un punto a partir del cual, suponiendo que pudiesen obtener la suficiente mano de obra, su producción podía satisfacer las necesidades alimentarias de las ciudades españolas. Esto no quiere decir que las ciudades ya no dependieran en absoluto de la producción indígena, sino más bien que en caso de apuro podían pasar con el alimento producido en las granjas que poseían o controlaban sus propios vecinos.» Borah, *New Spain*, p. 33.

Véase Huguette y Pierre Chaunu, que señalan que las exportaciones de España a las Américas, que en el siglo XVI están compuestas principalmente de bienes primarios destinados a los colonizadores, en el siglo XVII pasan a ser bienes manufacturados, procedentes de Italia o el norte de Europa y transbordados en España. Se preguntan: «¿Cómo podemos explicar este cambio fundamental? Por el hecho de que la colonización española, al desarrollarse, fue adueñándose de sus condiciones naturales. Un ejemplo, entre otros: el cultivo con éxito de viñas en la costa del Pacífico, en el seco oasis de Perú, pese a las prohibiciones un tanto platónicas que la aristocracia andaluza obtuvo de un gobierno complaciente. Y, en medida no menor, por el hecho adicional de que los españoles de las nuevas generaciones, nacidos en las Indias y entre los

sistema en desarrollo suponía menores beneficios económicos para ella y mayores dificultades políticas. Resultaría más fácil en adelante para otros Estados europeos obtener beneficios económicos de la América española mientras España seguía cargando con los costos políticos del imperio [126].

Por lo tanto, en el período posterior a 1557, España no sólo perdió las regiones centro-europeas de su imperio y, después de una larga lucha, el norte de los Países Bajos. Estaba perdiendo parte de los beneficios de las colonias que le quedaban. Más aún, el mismo hecho de que las Américas se hubieran convertido en una fuente tan importante de ingresos para España, hasta el 10 por 100 del total, llevó a que España hiciera más lento su proceso de expansión para consolidar lo ganado [127]. Pero esta disminución de velocidad resultó ser más que temporal.

---

indios, ya no mantenían los mismos prejuicios culinarios hacia la comida local que sus padres habían sentido, al transplantarse de un universo a otro. Por último y especialmente, a causa del disparate económico que suponía transportar, a enorme costo, productos de bajo valor, por definición intransportables a través de las largas distancias que separaban España de América, disparate que ya no hacían posible las muy altas ganancias de las minas de plata del Nuevo Mundo. Cuando estas ganancias disminuyeron por muchas razones (agotamiento de los filones más accesibles, escasez de mano de obra en las áreas mineras, aumento del precio del mercurio necesario para la amalgama y especialmente la disminución del poder adquisitivo de la plata a consecuencia de la revolución de los precios del siglo XVI), la plata se exportó a Europa en menor medida, y sirvió más para la creación en América de una economía mejor equilibrada y más diversificada.» *Cahiers d'Histoire Mondiale*, I, pp. 99-100.

[126] «El imperialismo del reinado de Felipe II se había basado en una economía hispanoatlántica, en cuanto que se financió con los recursos americanos y de Castilla, la cual había recibido inyecciones regulares de plata de las minas del Nuevo Mundo [...]

»A partir de la década de 1590 [...] las economías de España y de sus posesiones americanas comenzaron a separarse [es decir, comenzaron a entrar en competencia más bien que a complementarse], mientras los intérlopes holandeses e ingleses se esforzaban por entrar a través de una brecha que se ensanchaba.» Elliott, *Imperial Spain*, pp. 285, 287. Esta es otra forma de decir que España se estaba convirtiendo en una parte de la semiperiferia de la economía-mundo europea.

André Gunder Frank señala el grado en que el excedente económico generado en Chile, en el siglo XVI, se gastó en bienes de lujo que podían ser vistos como equivalentes a una «sangría en el cambio exterior y los recursos domésticos de Chile», sangría que no benefició necesariamente a España. *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, p. 33.

[127] «Era natural que Felipe [II] deseara, por razones de seguridad, suspender nuevas conquistas hasta que las provincias existentes pudieran ser pobladas de españoles industriosos y de indígenas asentados, y administradas por funcionarios civiles metódicos y obedientes. Por encima de todo, lo que llevó a desistir de la expansión fue el reconocimien-

La decadencia de España ha sido uno de los grandes tópicos de la historiografía de la Europa moderna. La causa, en nuestros términos, parece ser que España no erigió (probablemente porque no podía hacerlo) el tipo de aparato de Estado que habría capacitado a sus clases dominantes para beneficiarse de la creación de una economía-mundo europea, a pesar de la posición central, geográfica y económica, de España en esta economía mundo en el siglo XVI. Esto indica que las áreas del «centro» no son necesariamente las más «centrales», tanto en términos geográficos como en términos de movimientos comerciales.

España sufría ya algunas fallas subyacentes en su estructura económica a su entrada en el siglo XVI. En primer lugar, como mencionamos previamente, la fuerza relativamente organizada de los ganaderos de ovejas migratorios fue una barrera importante para la aparición de una *yeomanry*, ya que fueron capaces de mantener sus prerrogativas contra el cercamiento de la tierra cultivable. En Inglaterra, la ganadería de ovejas era menos migratoria, y más compatible con un sistema de cercamientos que permitió el lento progreso de la enfiteusis [128]. En segundo lugar, estaba la falta de un sector industrial significativo, y el que había (telas y sedas en Castilla) se vendría abajo en la crisis de 1590 [129]. Vicens atribuye esto de forma un tanto mística

---

to de la importancia creciente de las Indias como fuente de ingresos para el rey [...] En el momento de la subida al trono de Felipe II sus ingresos procedentes de las Indias eran casi un 10 por 100 de sus ingresos totales, y estaban aumentando. En vista de las vastas deudas y enormes compromisos europeos de Felipe, se convirtió en un objetivo fundamental de la política real el incremento cada vez más rápido de los ingresos de Indias; la concentración del capital y la iniciativa de los españoles y del trabajo de los indígenas en la minería de la plata y en otras actividades productoras de ingresos; y la insistencia en el desarrollo de las provincias ya existentes y rentables, antes que permitir la disipación de energías en nuevas entradas distantes y especulativas.» J. H. Parry, *New Cambridge Modern History*, III, pp. 510-511.

[128] «[Las grandes ciudades españolas del siglo XVI] advertían ya una verdad fundamental de la economía agraria, verdad que, de forma especialmente desafortunada para Castilla, no sería enteramente apreciada hasta que hubieran pasado dos desastrosos siglos. Era el hecho de que la vida agrícola y la ganadera podían muy bien combinarse, y no eran en ningún sentido hostiles y mutuamente excluyentes.» Klein, *The Mesta*, pp. 327-328.

[129] «Desde el siglo XVI hasta el XVII, los Países Bajos, Inglaterra, Francia, importaron de España materias primas: aceite de oliva, tintes, lana, mientras España recibía a cambio sus manufacturas, pero también cereales. La especialización internacional así definida impidió que la industria española obtuviera inversiones duraderas. Sólo quedó la pequeña empresa artesanal para luchar por la existencia.» Da Silva, *En Espagne*, páginas 177-178.

a la «incomprensión del mundo capitalista» por parte de Castilla [130]. En cualquier caso, su descripción empírica de lo que ocurrió tras la crisis indica que la estructura del gasto fue al menos una variable que jugó un papel en la decadencia:

En definitiva, los que poseen el dinero —aristócratas, hidalgos andaluces y extremeños, funcionarios retirados— lo petrifican en construcciones —templos, palacios, monasterios— o lo sacralizan en obras de arte. Pero ninguno cede a la tentación industrial o simplemente mercantil [131].

Un desplazamiento similar del esquema de inversiones afectó a la burguesía catalana, que estaba mucho más orientada hacia la nueva economía capitalista. Braudel señala su creciente desplazamiento del comercio para invertir en tierras cultivables. «¿Acaso no es éste uno de los aspectos del drama económico de Barcelona? La burguesía de Barcelona empezó a invertir su dinero en tierras en vez de continuar arriesgándolo en empresas marítimas» [132]. Esto nos hace reflexionar: ¿cómo es posible que en un centro del imperio más importante de Europa en la época, su burguesía pase de la inversión ultramarina al cultivo del grano, en lugar de construir una base industrial? [133]. Existe otro

[130] Vicens Vives, *Approaches*, p. 98 [p. 109]. Ramón Carande va quizá más encaminado cuando señala que a lo largo del siglo XVI la producción española de paño pierde invariablemente calidad. Véase *Carlos V*, I, páginas 191-192. Véase Elliott, *Imperial Spain*, p. 193.

[131] Vicens Vives, *Approaches*, p. 99 [p. 110].

[132] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 63.

[133] España se estaba moviendo crecientemente hacia cultivos agrícolas adecuados para la producción en haciendas. Uno de los más importantes era el vino, que se convirtió en «trabajo de campesinos asalariados, trabajadores rurales». Da Silva, *En Espagne*, p. 159. Por añadidura, los niveles salariales de estos trabajadores estaban bajando aún más a causa de la entrada de emigrantes franceses [p. 113]. Véase Nadal, *La población española*, pp. 80-88.

Inversamente, en la pesca estaba decayendo como productora, mientras se mantenía en el mercado de consumo. H. A. Innis explicita las implicaciones de ello: «La decadencia de la pesca española [en Terranova] es el reverso de la apertura del mercado español a la pesca francesa, inglesa y de Nueva Inglaterra. Ello anunciaba un comercio que durante siglos significaría el desarrollo de Terranova, la continuidad de un semillero de marinos, el consumo de bienes manufacturados británicos, y un medio de sangrar a España de metálico. Probablemente no resulta exagerado decir que en los siglos XVI y XVII la piedra angular del imperio británico se puso verdaderamente con el comercio con España. El consumo de bacalao en la Inglaterra protestante decayó al cambiar el nivel de vida, pero la católica España presentaba un mercado estable y creciente. El brindis de los pescadores de Terranova, "Por el Papa y diez chelines", es un brindis al que se unirían todos los buenos ciudadanos del imperio británico.» «The rise and fall of the Spanish fishery in

rompecabezas. Muchos escritores hacen afirmaciones semejantes a la de Vilar: «Porque los metales que enriquecían a España de forma parasitaria [...] fluían hacia aquellos países *donde su poder de compra era mayor*»[134]. O Vicens: «Cierto que en los momentos críticos de la lucha [contra el resto de Europa, Castilla] cuenta con la inyección de los metales preciosos americanos»[135].

Sin duda un factor aquí era el continuo papel clave financiero de los extranjeros: genoveses, holandeses, judíos, portugueses, franceses[136]. Otro era la renuencia de Carlos V a tomar

---

Newfoundland», *Proceedings and Transactions of the Royal Society of Canada*, 3.ª serie, XXV, apartado II, 1931, p. 167.

[134] Vilar, *Past and Present*, 10, p. 32, n. 88.

[135] Vicens Vives, *Approaches*, p. 97 [p. 108].

[136] «Los principales beneficiarios de la crisis fueron los extranjeros: los odiados genoveses (los "moros blancos", como los llamó un airado catalán), los judíos portugueses y los herejes holandeses. Banqueros extranjeros llevaban las finanzas de la Corona; los comerciantes extranjeros se habían asegurado un baluarte en la economía castellana y sus tentáculos estaban envolviendo el lucrativo comercio sevillano con América.» John Elliott, *Past and Present*, 20, p. 69.

«El desprecio profundo de lo terreno, el ideal de misión ecuménica de España, entierran definitivamente cualquier programa de recuperación económica de Castilla. Si los banqueros genoveses acaparan los beneficios de la explotación de las minas americanas y los armadores de la misma procedencia el suministro de las flotas; si los mercaderes italianos, flamencos y franceses se apoderan, tras las ferias de Medina del Campo y los embarques de Sevilla y Cádiz, del negocio colonial, la monarquía, lejos de reaccionar, va enzarzándose cada vez más en un peligroso confusionismo financiero, que, atándola al carro capitalista de allende los Pirineos, se hace primero indispensable, luego ruinoso y finalmente estéril [...] No hallamos ningún capital invertido en el país, ya sea en la bonificación del suelo agrícola, ya sea en la constitución de sociedades mercantiles para la explotación del mundo oceánico, incluso en la trata de esclavos, dejada en manos de portugueses o franceses.» Vicens Vives, *Approaches*, pp. 97-98 [pp. 108-109].

Ramón Carande deja muy en claro que esta dependencia de la España del siglo XVI respecto a los banqueros extranjeros es una consecuencia directa de la expulsión de los judíos: «Con anterioridad al siglo XVI los banqueros extranjeros no actuaron en Castilla ni Aragón, como lo hicieron en Inglaterra y Francia, por ejemplo. No faltaron, desde luego, durante los siglos XIII, XIV y XV, mercaderes exóticos en estos reinos [...] Sin embargo, nuestros reyes, los de Castilla y los de Aragón, no necesitaron banqueros extraños al reino. Los Abrahanes, Isaaces, Samueles, etc., les daban abasto. Los judíos en el campo de lo económico, y sobre todo en el ejercicio de los negocios de crédito, no encontraron, durante aquellos siglos de la Edad Media, dentro de las fronteras del país, competidores capaces de desplazarlos. Fueron los hebreos, simultáneamente, tesoreros y prestamistas de los reyes.» *El crédito de Castilla en el precio de la política imperial* (discurso ante la Real Academia de la Historia), Madrid, 1949, p. 24. Véase Klein, *The Mesta*, p. 38.

una perspectiva *nacionalista* española y a adoptar una política mercantilista [137] antes de que la burguesía castellana se viera desbordada por el impacto de los precios crecientes, los gastos de lujo de la aristocracia y los efectos inflacionarios y antiproteccionistas de los préstamos al Emperador [138], todo lo cual estaba ligado a la vinculación española con el imperio paneuropeo de los Habsburgo. El resultado de estos dos factores, el gran

[137] Elliott, *Imperial Spain*, p. 196. Este es también el sentido del capítulo de Ramón Carande titulado «La encrucijada mercantilista», *Carlos V*, I, cap. 7. Véase allí: «En la persecución de sus empresas, Carlos V hizo de España, como él mismo reconoce, su despensa. Escribe a Fernando estas palabras: *je ne puis estre soubstenu sinon de mes royaulmes d'Espagne* [sólo puedo sostenerme gracias a mis reinos de España]; mas no por eso puso en marcha ningún sistema económico de unificación nacional. Fueron los territorios otras tantas provincias de intereses incompatibles, como en los tiempos clásicos. Sin pertenecer al imperio, dependían de la soberanía del emperador intereses económicos colectivos que no recibieron la atención debida dentro del marco nacional» (p. 159)

Luis Vitale sostiene que la política española no era «mercantilista», sino «cambiaria». *Pensamiento Crítico*, 27, p. 23 De hecho sostiene que las raíces de la decadencia española estuvieron en el hecho de que España no adoptara una política proteccionista. «Paradójicamente, España se convirtió en el impulso principal para la industria en los países enemigos, Inglaterra y Francia» (p. 24).

[138] Véase Elliott, *Imperial Spain*, pp. 192-193. Klein indica en qué forma el endeudamiento del emperador obstaculizaba su capacidad de juicio en los conflictos internos españoles. A comienzos del siglo XVI, los privilegios de la Mesta, que habían conducido a la subida del precio de los alimentos, eran combatidos en las Cortes por diversos intereses que deseaban estimular más la labranza: «El mismo Carlos se encontraba en una posición un tanto difícil en lo referente a todo el problema de la ganadería. En primer lugar propuso, naturalmente, utilizar a la Mesta y su industria como sus abuelos lo habían hecho, lo que significaba que no hubiera ningún límite para la ganadería. Su política en esta dirección se veía estimulada por el hecho de que en 1525 había arrendado a sus acreedores, los Fugger, las muy valiosas tierras de pastos de los maestrazgos de las órdenes militares; y el permitir cualquier incursión considerable de la agricultura en estas tierras podría haber conducido a embarazosas demandas de sus banqueros. Por otra parte, al haber aumentado sus necesidades financieras, tenía que solicitar de las Cortes subsidios o servicios especiales. Para asegurarse estas sumas estaba obligado a conceder licencias para el cercamiento de tierras públicas a varias grandes ciudades cuya influencia era necesaria para conseguir que las Cortes votaran los subsidios [...]

»Sin embargo, Carlos no tardó en tomar una decisión, pues sus planes y ambiciones no eran del tipo que puede esperar pacientemente al desarrollo de toda una nueva industria. Necesitaba fondos inmediatamente, y uno de los recursos más explotables disponibles en sus dominios españoles era la industria ganadera, establecida desde hacía largo tiempo, y entonces más que floreciente, que precisamente en esa época era más próspera de lo que lo había sido nunca antes, y de hecho más de lo que nunca volvería a ser [...] La conservación de los bosques y

papel de intereses financieros no españoles dentro de España y la falta de voluntad (o incapacidad) del gobierno para adoptar medidas protectoras adecuadas, llevaron a una inversión del papel económico de España [139].

En lugar de oponerse a los comerciantes extranjeros, España siguió el camino de expulsar a los no católicos españoles, camino autodestructivo. La posición internacional de España como cabeza de la oposición a las fuerzas del protestantismo en Europa y a las del Islam en el Mediterráneo la condujo, una vez sufrida la derrota de la Armada Invencible en 1588 [140], a seguir las lógicas conclusiones internas de su política internacional. Habiendo expulsado a los judíos en 1492, a los moros en 1502 y 1525, y habiendo perseguido a los *marranos* y «erasmistas» a lo largo de todo el siglo XVI, España expulsó a la última minoría seudorreligiosa, los moriscos, en 1609 [141]. Los moriscos eran unos trescientos mil, y en su mayor parte trabajadores agrícolas, preferentemente localizados en Valencia y Andalucía [142]. La expulsión de los moriscos desgarró la estructura social interna en España. Fue consecuencia en parte de los problemas económi-

---

la tierra de labranza iban a verse subordinadas a los intereses de la ganadería.» Klein, *The Mesta*, pp. 327-328.

Y por si esto no fuera suficiente, el declinar de las importaciones de plata a partir de 1590 condujo al gobierno español a intentar compensar sus pérdidas mediante una desastrosa política de excesiva imposición fiscal sobre la burguesía española subsistente. Véase Elliott, *Past and Present*, 20, p. 71.

[139] «Me parece que Felipe II siempre se encontró en idéntica posición a la de los gobiernos sudamericanos del siglo XIX: cuentan con una gran riqueza de productos y minas, cuentan con la riqueza de sus plantaciones, pero se encuentran desarmados en el mundo de las finanzas internacionales Un gobierno de esta especie puede evidentemente enfadarse, puede incluso pasar a la ofensiva, pero al final ha de acabar sometiéndose entregar sus recursos y puestos de mando y ser *comprensivo*.» Braudel *La Méditerranée*, I, p. 464.

[140] «Durante algún tiempo fue evidente que España estaba perdiendo su batalla contra las fuerzas del protestantismo internacional [...] Si algún año marca la división entre la triunfal España de los dos primeros Habsburgo y la España derrotista y desilusionada de sus sucesores, ese año es 1588.» Elliott, *Imperial Spain*, pp. 282-283.

[141] «Se llamaba moriscos a los musulmanes que vivían en territorio cristiano y fueron obligados a aceptar el bautismo cristiano o a abandonar España, a partir de 1502 en Castilla y de 1525 en Aragón. La mayor parte de ellos se sometieron, mínimamente, pero conservaron la lengua y las viejas costumbres árabes.» Nota de Joan Connelly Ullman en Vicens Vives, *Approaches*, p. 31.

[142] Véase Vicens Vives, *Approaches*, pp. 102-103 [p. 113]. Vicens basa sus cifras en la obra de Henri Lapeyre, *Géographie de l'Espagne morisque*, París, SEVPEN, 1959.

cos de la primera década del siglo XVII [143], en parte de la declinante situación internacional de España [144]. Se trataba de una acción dirigida contra la aristocracia terrateniente de los latifundios, una especie de último esfuerzo por parte de los elementos burgueses de España para hundir a esta clase no preparada para el crecimiento capitalista [145]. Pero la aristocracia se salvó encontrando una compensación a los ingresos perdidos en la negativa a pagar los préstamos debidos a la burguesía, actitud en la que el Estado les apoyó [146]. Pierre Vilar resume las consecuencias diciendo: «en lugar de dañar a la economía feudal se volvió así contra sus acreedores: agricultores acomodados [*laboreurs riches*] y burgueses» [147]. El resultado neto fue doble. Por una parte, «la expulsión de los moriscos tuvo como consecuencia el desequilibrio durante más de un siglo de la península Ibérica.

[143] «[En] el transcurso de los primeros años del siglo XVII [se produce en España] una inversión de la principal tendencia de los precios, entre 1601 y 1604 [y una] inversión de la principal tendencia del volumen global de comercio entre la España del Atlántico e Hispanoamérica, en 1608-1609. La posición exacta en el tiempo de la expulsión de los moriscos [1609] debe mucho a esta modalidad de coyuntura española.» Pierre Chaunu, «Minorités et conjoncture: l'expulsion des Morèsques en 1609», *Revue Historique*, CCXXV, 1, enero-marzo de 1961, p. 93.

[144] Joan Reglà señala que en el siglo XVI se consideraba a los moriscos como una «quinta columna» potencial, y que el temor al avance otomano repercutió en el tratamiento recibido por los moriscos. Véase «La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II», *Estudios de Historia Moderna*, III, 1953, pp. 222-228.

[145] Véase Joan Reglà, «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias», *Hispania*, XIII, 51, 1953, p. 222. Sin embargo, Klein la ve en parte como una defensa de los intereses de la producción ganadera contra los agrícolas: «Se puede decir que no es improbable que la Mesta utilizara su influencia sobre los monarcas para asegurar la expulsión de los moriscos en 1609. Los archivos de sus pleitos contra cercamientos individuales de tierras de pastos con fines de labranza muestran, durante los últimos años del reinado de Felipe II, un número sorprendentemente elevado de demandados moriscos. Aunque una parte considerable de los moriscos eran buhoneros, comerciantes y mendigos, con mucho el mayor número de ellos eran agricultores campesinos. Su expulsión [...] fue [...] incuestionablemente una de las más graves pérdidas nunca conocidas en la historia agraria española.» *The Mesta*, p. 338. Véase Jordi Nadal: «Los motivos de esa persecución pueden reducirse a dos: de un lado, la minoría mora, ideológicamente irreducible, sortea con mayor fortuna que la mayoría cristiana las crecientes dificultades económicas; de otro, los vasallos musulmanes, más dóciles que sus oponentes, favorecen los intereses del feudalismo aristocrático.» *La población española*, página 63.

[146] Véase Joan Reglà, *Hispania*, XIII, 52, 1953, p. 446.

[147] Vilar, *Europe*, vol. 34, p. 6.

Decidida en Castilla, deslomó a Valencia y a Aragón» [148]. Por otra parte, hizo aún más profundas las dificultades económicas [149], y provocó que España buscara nuevas y efímeras cabezas de turco para justificar su decadencia [150].

Mientras tanto, el gobierno se encontraba cada vez más endeudado en el exterior, cada vez más inclinado a enfrentarse a la crisis presupuestaria por medio del repudio de las deudas (1557, 1575, 1596, 1607, 1627, 1647), y, finalmente, «incapaz de conseguir más dinero y, en consecuencia, incapaz de seguir luchando» [151]. Y en casa, la política exterior «fantásticamente cara de Carlos V, y su dependencia del crédito para financiarla» tuvieron como consecuencia, argumenta J. H. Elliott, no sólo el «dominio de los banqueros extranjeros sobre las fuentes de riqueza del país», sino también que «dentro de Castilla la mayor parte de la carga fuera soportada por aquellas clases menos capacitadas para hacerlo» [152]. El dilema resultante para España fue captado ya en el año 1600 por un abogado y teólogo llamado Martín González de Cellorigo: «Y ansí, el no haver dinero, oro ni plata, en España, es por averlo, y el no ser rica, es por serlo» [153].

---

[148] Chaunu, *Revue Historique*, CCXXV, p. 97. Véase Joan Reglà, «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias en la economía valenciana», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, pp. 525-545. J. H. Elliott, si bien se muestra un tanto reservado respecto al impacto económico negativo de la expulsión de los moriscos en España como un todo, concede que: «Para Valencia por lo menos, entonces, la expulsión de los moriscos supuso un desastre económico.» «The Spanish peninsula, 1598-1648», *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' war: 1609-1648/59*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, p. 455.

[149] «Es probable que una de las consecuencias inmediatas de la expulsión de los moriscos fuera que el volumen de comercio de la carrera [de Indias] en el período 1614-1622 no se pueda comparar con el período cumbre de 1605-1613.» Chaunu, *Revue Historique*, CCXXV, p. 93.

[150] «¿Hemos prestado atención suficiente a [...] la importancia de la transferencia [de objeto] hacia los judíos, o los acusados de serlo, que se produce en el curso del deterioro coyuntural de la España del siglo XVII, cuando el útil chivo expiatorio de los moriscos falta de repente?», Chaunu, *ibid.*, p. 94.

[151] G. N. Clark, *The seventeenth century*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1929, p. 42.

[152] Elliott, *Imperial Spain*, p. 204.

[153] Citado por Vilar, *Europe*, vol. 34, p. 10. H. G. Koenigsberger hace la misma observación en un lenguaje más moderno: «Así, para asombro de los extranjeros, toda la plata del Perú no pudo convertir a España en un país rico. El tesoro americano ayudó a pagar las guerras del Emperador e hizo la fortuna de los banqueros genoveses, pero de él se invirtió demasiado poco en la producción para superar el atraso econó-

Las crecientes dificultades económicas de España, combinadas con la incapacidad para crear un aparato de Estado fuerte, llevaron a un creciente bandolerismo al que el Estado no conseguía hacer frente[154]. La «lentitud» de la burocracia aumentó en vez de mejorar, ya que precisamente estas dificultades crearon una rigidez estructural en la que «los reyes españoles podían seguir adelante y gobernar con un mínimo de cambio y reforma»[155]. Y, a pesar de la caída de los ingresos del Estado, éste mantuvo, o tal vez incluso incrementó, el alto nivel de gastos de lujo de una burocracia cortesana parásita.

El golpe definitivo puede haber sido demográfico (factor que interviene, cuando lo hace, como una variable entre otras, como ya hemos argumentado). Si en el «primer» siglo XVI la población española (o al menos la de Castilla) era grande y creciente[156], esto dejó de ser cierto en el «segundo» siglo XVI, por múltiples razones: emigración a las Américas, muertes en la guerra, hambre y plagas en 1599-1600 en Andalucía y Castilla, y, como ya hemos visto, la expulsión de los moriscos en 1609. No se trata entonces de que España fuera de alguna forma menos emprendedora que otras partes de Europa[157]. Sucedió que, por las ra-

---

mico del país. Al convertirse el imperio de Carlos V cada vez más en un imperio español, la debilidad económica de España se transformó en un lastre aun más serio en su lucha contra sus rivales de Europa occidental.» «The empire of Charles V in Europe», en la *New Cambridge Modern History*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, pp. 322-323.

[154] Da Silva atribuye el auge del bandolerismo al hecho de que «las extremas tensiones de los precios de venta y el mercado ponían a los campesinos a merced de los señores locales». *En Espagne*, p. 161. Joan Reglà lo considera un subproducto de la crisis francesa: «A mayor abundamiento, la crisis francesa proyectó hacia Cataluña y Aragón nutridas oleadas de emigrantes gascones, que impulsaron vigorosamente el bandolerismo.» *Estudios de Historia Moderna*, III, p. 233. Sin duda es un poco excesivo echar toda la culpa a los gascones. Pero Enric Serrahima señala que en 1582 la situación en los Pirineos se hace desastrosa porque los hugonotes y los bandidos de las montañas nativos «hacen causa común». «Hugonotes y bandidos en el Pirineo catalán», *Estudios de Historia Moderna*, IV, 1954, p. 211.

[155] V. G. Kiernan, *Past and Present*, 31, p. 37.

[156] «Los grandes éxitos imperiales de España en el siglo XVI fueron resultado en primer término del coraje y la vitalidad de la población excedente de la sobrepoblada Castilla. Las cifras sobre la población española en el siglo XVI son limitadas y no muy dignas de confianza, pero actualmente se puede estar probablemente de acuerdo en que la población de Castilla aumentó durante buena parte del siglo, como aumentó por todas partes en Europa, con una tasa máxima de crecimiento en la década de 1530.» Elliott, *Past and Present*, 20, p. 57.

[157] Véanse los argumentos de Elliott en *Imperial Spain*, pp. 194-195.

zones que hemos aludido, el aparato de Estado no estaba adecuada y debidamente construido, y a causa de ello «las circunstancias adversas resultaron excesivamente fuertes» por utilizar la frase de Elliott [158], y España manifestó una «hipersensibilidad [...] al fenómeno de la contracción secular», en palabras de Chaunu [159]. En cualquier caso, España no se convirtió en el primer poder de Europa. Por el contrario, estaba destinada a ser primero semiperiférica y después periférica, hasta que en el siglo XX intentara lentamente volver a ascender. Tampoco había declinado España sola. Había arrastrado en su caída todas aquellas partes de Europa que habían estado aliadas a su ascenso: el norte de Italia, la Alemania del sur, Amberes, Cracovia, Portugal. Con excepción de Portugal, todas eran esencialmente ciudades-Estado, sirviendo al imperio de los Habsburgo (y español), así como a la economía-mundo como un todo. Su prosperidad no sobrevivió largo tiempo a la reestructuración del sistema mundial en el «segundo» siglo XVI.

El nuevo sistema iba a ser el único que ha predominado desde entonces, una economía-mundo capitalista en la que los Estados del centro iban a quedar entrelazados en una situación constante de tensión económica y militar, compitiendo por el privilegio de explotar a las áreas periféricas (y debilitar sus aparatos de Estado), y permitiendo a ciertas entidades jugar un papel intermediario especializado como potencias semiperiféricas.

Los Estados del centro habían sacado una saludable lección financiera de las catástrofes económicas de los imperios de los Habsburgo y de los Valois. Estaban determinados a no quedar atrapados de nuevo en un laberinto financiero que escapara a su control. En primer lugar, persiguieron crear el tipo de control de las importaciones que les capacitara para mantener una favorable balanza comercial, concepto que empezó a circular en esta época [160]. Pero los Estados hicieron más que preocuparse acerca de la balanza comercial. Se preocuparon también acerca

[158] *Ibid.*, p. 195.
[159] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 244.
[160] «El colapso financiero de todas las grandes potencias bajo el esfuerzo bélico a finales de la década de 1550, y la consiguiente paz de Cateau-Cambrésis, habían convencido a todos los gobiernos de la necesidad de acumular un fondo de guerra en metales preciosos.» Lawrence Stone, «Elizabethan overseas trade», *Economic History Review*, 2.ª serie, II, 1, 1949, p. 35. Stone cita la nueva máxima francesa: «*Les choses desquelles les hommes se peuvent passer ne doibven estre jugées nécessaires*» («Las cosas de las que los hombres pueden prescindir no deben ser consideradas necesarias»).

del producto nacional bruto, aunque no lo llamaran así, y acerca de la parte del PNB correspondiente al Estado, y de su control sobre ella. El resultado fue que para finales del «segundo» siglo XVI, como señala Carl Friedrich, «el propio Estado se había convertido en fuente de crédito, en lugar de las casas financieras que hasta entonces habían prestado fondos»[161].

Así empezó un período de involución. En general, el período siguiente podría ser considerado, como lo hace R. B. Wernham, «uno de los más brutales y fanáticos de la historia de la Europa moderna»[162], pero los conflictos al principio se daban más bien en el seno de los Estados que entre ellos. Entre los Estados reinaba por un momento una calma relativa, nacida del cansancio, «una coexistencia llena de escaramuzas y aún explosiva»[163].

Este repliegue hacia el interior del Estado —es decir, este estatismo, ya que no era necesariamente nacionalismo— estaba íntimamente ligado a la naturaleza del desarrollo económico. Es importante empezar recordando la demografía comparativa. Francia, en 1600, tenía una población estimada de 16 millones de habitantes, la mayor de Europa, aunque los diversos principados alemanes sumaban veinte millones. España y Portugal (unidas después de 1580) tenían alrededor de 10 millones; Inglaterra y Gales, 4,5 millones. Las densidades figuran en un orden bastante diferente. Las áreas de las ciudades-Estado comercial-

---

[161] Carl J. Friedrich, *The age of the baroque*, Nueva York, Harper, 1952, página 8.

[162] «Introduction», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 1.

[163] «Así, los grandes conflictos que habían desgarrado Europa durante la primera mitad del siglo XVI se fueron extinguiendo al ir cayendo exhaustos, uno a uno, los combatientes. En el este, la larga lucha entre cristianos y turcos musulmanes se fue enfriando lentamente en una coexistencia llena de escaramuzas y aún explosiva. En el centro, en el Sacro Imperio Romano, la Dieta de Augsburgo de 1555 consagra un equilibrio triple, precario pero en general cuidadosamente guardado, entre los príncipes luteranos, los príncipes católicos, y un emperador Habsburgo cuyo poder (tal como era) descansaba cada vez más sobre las lejanas fronteras orientales del imperio, sobre los ducados austriacos y sobre Bohemia. En el oeste, la paz de Cateau-Cambrésis en abril de 1559 reconocía un difícil e inestable equilibrio entre la monarquía francesa y la rama española de la casa de Habsburgo, los dos leviatanes que aún descollaban por encima de todas las demás potencias, y cuya larga disputa quedaba ahora suspendida más que finalizada. Cada uno de estos conflictos, al irse extinguiendo, dejó tras de sí su propio sistema político particular, y después de 1559 cada uno de estos sistemas siguió más y más su propio camino, en creciente aislamiento del resto.» *Ibid.*, página 2.

industriales tradicionales iban a la cabeza de la lista: Italia, con 44 habitantes por kilómetro cuadrado, y los Países Bajos, con 40. Francia tenía 34, e Inglaterra y Gales, 30. España (y Portugal) tenían tan sólo 17 [164].

El significado tanto de las cifras absolutas como de las densidades resulta ambiguo. Los números significaban fuerza en la guerra y en la industria. También significaban gente a la que gobernar y bocas que alimentar. El tamaño óptimo queda muy lejos de estar claro, como indicaba ya nuestra discusión anterior. Para el «segundo» siglo XVI, Frank C. Spooner manifiesta cierto escepticismo acerca de los beneficios económicos de una población en expansión. Habla de «ganancias [*returns*] decrecientes» [165]. Al principio, después de Cateau-Cambrésis, «la actividad económica de Europa occidental disfrutó de un período prolongado de bienestar y recuperación» [166]. Este fue el período de la inflación de plata, que socavó la minería germana, revaluó el oro y estimuló la economía europea [167]. Una consecuencia de la inflación de plata fue que, como observa Tawney, «a finales del siglo XVI la agricultura, la industria y el comercio exterior dependían en gran medida del crédito» [168]. Una segunda consecuencia fue el definitivo desplazamiento del centro de gravedad económico desde la Europa central al nuevo comercio atlántico con el oeste. Spooner dice del tratado de Cateau-Cambrésis que

---

[164] Estas cifras se encuentran en Frank C. Spooner, «The economy of Europe, 1559-1609», en *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 33. Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, pp. 361-362; Cipolla, *Guns and sails*, p. 86 n.

[165] «Sin embargo, los cambios en la población no fueron siempre tan favorables al desarrollo económico como se podría imaginar en primer término. Más hombres significaban más vagabundos y bandidos viviendo al margen de la sociedad y de la ley; también aumentaban la demanda de empleo, lo cual creaba otro difícil problema. En suma, el crecimiento de la población implicaba toda una serie de ventajas, mezcladas con cargas e inconvenientes. Es posible [...] que en un momento dado la producción humana siga la ley de los rendimientos decrecientes, un proceso de deterioro [...] A finales del siglo XVI Europa había llegado a estar relativamente sobrepoblada, más especialmente en los países occidentales, los de mayor densidad y riqueza. Una revolución tecnológica tal como la revolución industrial podría haber resuelto la situación, pero esta revolución sólo llegaría dos siglos después. En otras palabras, es posible que el nivel de la producción no pudiera alcanzar la capacidad requerida, y fuera insuficiente para la población. En efecto, la oferta no respondía a la creciente demanda.» Spooner, *New Cambridge Modern History*, III, p. 34.

[166] *Ibid.*, p. 14.

[167] Véase *ibid.*, p. 26.

[168] Tawney, *A discourse upon usury*, p. 86.

«no fue tanto el cierre de un período como la iniciación de un futuro», y añade: «el camino del futuro yacía [...] al otro lado del Atlántico y de los siete mares del mundo» [169].

Económicamente, sin embargo, el evento más significativo de estos tiempos no estuvo localizado en el Atlántico, sino en el norte. Astrid Friis sostiene que éste fue «la expansión excepcional del comercio marítimo en los Países Bajos e Inglaterra, coincidiendo con un rápido incremento de las importaciones de bienes bálticos, en especial grano, a otras partes de Europa» [170]. Según su punto de vista, las crisis de metales preciosos, crédito y finanzas no son el motor del cambio económico (y político), sino su consecuencia [171]. En este caso, dice, era la penuria de grano la causa inmediata de la tensión en el mercado monetario [172]. Uno de los resultados de esto fue fortalecer enormemente la baza de Amsterdam, que era ya en aquella época el pivote del mercado de grano báltico y que, por tanto, resultaba más solvente que Amberes y otras ciudades de las provincias del sur.

Es así como pasamos de Sevilla a Amsterdam. La historia del «segundo» siglo XVI es la historia de cómo Amsterdam recogió los hilos del imperio en disolución de los Habsburgo, creando el marco de un buen funcionamiento de la economía-mundo, que capacitaría a Inglaterra y a Francia para comenzar a emer-

---

[169] Frank C. Spooner, «The Hapsburg-Valois struggle», *New Cambridge Modern History*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, p. 358.

[170] Astrid Friis, «An inquiry into the relations between economic and financial factors in the sixteenth and seventeenth centuries», *Scandinavian Economic History Review*, I, 2, 1953, p. 193. Véanse también páginas 209-213.

[171] Refiriéndose específicamente a la tesis de Hauser sobre las crisis de 1557-1559, afirma: «La raíz del desarrollo del mal debe buscarse en las condiciones económicas imperantes más bien que en la política financiera. No es que yo piense elogiar a esta última. Probablemente era inevitable a largo plazo la quiebra de las finanzas de los Países Bajos y España. Pero ciertamente la capacidad de los habitantes para pagar impuestos y avanzar préstamos, mediante los cuales se podían anticipar los ingresos procedentes de los impuestos, fue un factor importante en el sistema financiero del dominador de los Países Bajos [...]

»W. R. Scott, que [...] se ha dedicado mucho al estudio de las depresiones de los comienzos de los tiempos modernos, especialmente en Inglaterra, dice que las malas cosechas, las plagas y las interrupciones del comercio a causa de la guerra son, entre los factores simultáneos que pueden haberlas acelerado, demasiado importantes para poder ser ignorados. Precisamente estos tres factores pueden rastrearse en los Países Bajos en el año fatídico de 1557.» *Ibid.*, p. 195.

[172] Véase *ibid.*, pp. 213-217.

ger como Estados fuertes, eventualmente para tener fuertes «economías nacionales».

Estos desarrollos fueron en su mayor parte consecuencia del hecho de que la primera fase expansionista de la economía-mundo europea estaba llegando a su término en este período. Era el momento en que «la gran marea empezaba a detenerse, como si su subida careciera del impulso necesario para sobreponerse a los obstáculos e impedimentos que ella misma había alzado» [173]. Veremos ahora las respuestas de los centros tradicionales de población y finanzas, los Países Bajos y el norte de Italia. En el próximo capítulo abordaremos la emergencia de Inglaterra, no sólo como el tercer poder político europeo (junto con Francia y España), sino como el que más rápidamente avanzó en la esfera industrial, y la forma en que Francia, al pasar de una orientación imperial a una estatista, no logró cosechar la totalidad de los beneficios de tal cambio organizativo.

¿Hasta qué punto eran importantes los Países Bajos en esta época? Lucien Febvre, en su introducción a la *magnum opus* de Chaunu sobre el comercio atlántico, sugiere —no afirma— que el comercio a y desde los Países Bajos palidece en comparación:

> Desde el punto de vista de una historia económica vista desde lo alto, desde el punto de vista de la historia cultural y del mundo a gran escala, qué hay en común entre este comercio costero de bienes de bulto, útil, pero bajo ningún concepto precioso, que iba del norte al sur, y del sur al norte [...] este comercio costero de alimentos, el trueque, las modestas compras, el transporte a cortas distancias al que dio lugar, y, considerando sólo el comercio que iba de América a Europa, la contribución de metales preciosos en cantidades hasta entonces desconocidas, que había de revivir tanto la economía como la organización política, las «grandes políticas» de los poderes europeos, precipitando y acelerando así movimientos sociales de alcance incalculable: el enriquecimiento de una burguesía mercantil y financiera que asciende, como los Fugger y tantos otros, a rango principesco; la decadencia progresiva de una nobleza que mantiene su estatus y su esplendor por el único medio de explotar de forma parasitaria los beneficios logrados por los creadores de riqueza; la larga supremacía en Europa de los Habsburgo, señores del oro y de la plata ultramarinos; frente a tantas cosas grandes, ¿qué importancia tiene este comercio local *(trafic casanier)*, este comercio artesanal del Sund y sus barcazas, arrastrando prudentemente sus gruesas panzas bajo un cielo neblinoso? [174].

[173] Spooner, *New Cambridge Modern History*, III, p. 42.

[174] Lucien Febvre, «Préface» a Huguette y Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, I, *Introduction méthodologique*, París, Armand Colin, 1955, p. xiii.

Efectivamente. ¿Cuál? Esa es la cuestión. Incluso en el supuesto de que los datos de Febvre fueran totalmente correctos —y parece haber razones para pensar que subestima seriamente el comercio del norte [175]—, deberíamos dudar antes de aceptar la intimidante floritura de la prosa de Febvre. Porque este comercio local artesanal transportaba materias primas para las nuevas industrias y alimentos para las ciudades [176]. Como ya hemos visto, marcó y codificó una nueva división europea del trabajo. Después de todo, los metales preciosos han de ser utilizados para comprar mercancías reales, y, como hemos visto también, los metales preciosos pueden no haber hecho por España mucho más que pasar por sus arcas.

La cuestión tampoco era solamente la centralidad *económica* del comercio que giraba en torno a los Países Bajos. Era también una cuestión de especialización en las nuevas capacidades requeridas para manejar un foco financiero y comercial de la economía-mundo. Fue el dominio de tales capacidades lo que permitió a los holandeses arrebatar el control del comercio

---

[175] Véase la reseña por Jan Craeybeckx del libro de Emile Coornaert, *Les français et le commerce internationale à Anvers (fin du XVᵉ-XVIᵉ siècles)*, en la que subraya que el libro de Coornaert «proporciona abundantes pruebas de que el tráfico entre las diferentes regiones del viejo continente era mucho más que la rutina diaria a pequeña escala *(train-train quotidien)* que describe Lucien Febvre en su prefacio al primer volumen de la notable obra de H. y P. Chaunu sobre *Séville et l'Atlantique*. La afirmación debe ser considerablemente revisada cuando comprobamos que simplemente las llegadas de vino desde Middelburg a menudo igualaban, o incluso excedían, en tonelaje al menos, si no en valor, el volumen anual del tráfico entre España y el Nuevo Mundo.» «Les français et Anvers au XVIᵉ siècle», *Annales ESC*, XVII, 3, mayo-junio de 1962, p. 543.

[176] Véase la descripción de Aksel E. Christensen: «Las exportaciones del Báltico [...] consistían casi exclusivamente, además del grano, en materias primas y materiales auxiliares para la industria holandesa y de Europa sudoccidental. La construcción naval era la más prominente de las industrias provistas por estas importaciones [...] El cáñamo era la materia prima para la fabricación de cuerdas, industria auxiliar diferenciada de la construcción naval y de la pesca (redes), mientras que el lino, entre varias, era la base de otra industria auxiliar, la fabricación de velas. [También la brea, el alquitrán y los metales para la construcción naval.]

»De hecho, el comercio báltico era la "madre" y el "alma" del comercio holandés, no sólo el más antiguo y todavía el más importante comercio al por mayor, sino también la base fundamental de la prosperidad y el crecimiento de la marina mercante.» *Dutch trade to the Baltic about 1600*, Copenhague, Munksgaard, 1941, pp. 365-366. Véase J. G. van Dillen, «Amsterdam's role in seventeenth-century Dutch politics and its economic background», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, II, Groninga, Wolters, 1964, esp. pp. 133-135.

mundial de especias a los portugueses, con el paso del «primer» al «segundo» siglo XVI [177].

La importancia de los Países Bajos para el comercio intraeuropeo no resulta, por supuesto, nada nuevo. Como nos recuerda S. T. Bindoff, «del siglo XI al XVII los Países Bajos fueron uno de los puntos nodales del comercio europeo...» [178]. Hemos señalado el papel clave de Amberes en el «primer» siglo XVI [179]. Amberes cayó en 1559 [180], y lo importante es observar

---

[177] «[En la segunda mitad del siglo XV] se creó [...] una nueva economía-mundo, una economía en la que Lisboa y la Casa de Contratación controlaban el tráfico mundial de especias y dirigían la flota de naves especieras al puesto comercial de Goa y luego a su fondeadero del Tajo. La administración y las técnicas financieras portuguesas resultaron inadecuadas para tareas tan lucrativas [y] los holandeses demostraron su capacidad como intérlopes [...] El tráfico de especias bajo control holandés se convirtió en un anexo inestimable de su comercio con el Báltico y la Europa noroccidental. El nuevo y ampliado comercio de especias y productos orientales engranó en un sistema comercial que se prolongaba por toda Europa y, de hecho, a través del Atlántico.» E. E. Rich, «Preface», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, página xii.

Véase nuevamente E. E. Rich: «Los holandeses, en el entretanto, habían cosechado las ventajas del comercio con el Nuevo Mundo sin necesidad de participar activamente en los viajes o el comercio hacia el este o el oeste. Gran parte de su energía se vio absorbida por sus disputas religiosas y la larga lucha con España; y en virtud de su posición geográfica y de su agudeza comercial fueron capaces de hacer de su país, y de su gran ciudad de Amberes, el puerto de llegada de las especias de Oriente y la lonja de los tesoros de América. El comercio con los arenques del mar del Norte, también, les permitió establecer un provechoso contacto comercial con Portugal y el Mediterráneo, y su comercio báltico en madera, lino, alquitrán y pieles les hizo indispensables a los otros Estados de Europa occidental, en particular a Inglaterra.» «Expansion as a concern of all Europe», *New Cambridge Modern History*, I, G. R. Potter, comp., *The Renaissance, 1493-1520*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1957, p. 468.

[178] S. T. Bindoff, «Economic change: the greatness of Antwerp», *New Cambridge Modern History*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, p. 51.

[179] El comercio hanseático con Francia y más tarde con la península Ibérica pasaba por Brujas ya en el siglo XIII. En el siglo XVI el paso por Amberes era inevitable. En esta época, por lo general, las naves hanseáticas sobrevivían más como transportistas que como comerciantes en el tráfico atlántico. Véase Pierre Jeannin, «Anvers et la Baltique au XVI^{e} siècle», *Revue du Nord*, XXXVII, abril-junio de 1955, pp. 107-109. Jeannin señala que «el ambiente de Amberes actuó como un disolvente de las tradiciones e instituciones hanseáticas» (p. 97).

[180] No todo el mundo está de acuerdo. Frank J. Smolar, jr., sostiene que su decadencia se ha exagerado; véase «Resiliency of enterprise: economic causes and recovery in the Spanish Netherlands in the early se-

que su sucesión no era en absoluto obvia. Como sabemos, Amsterdam se puso al pie del cañón, pero Lawrence Stone argumenta que una forma de interpretar este hecho es considerarlo un fracaso de Inglaterra tanto como un éxito de los holandeses, un fracaso que «retardaría» el ascenso inglés en el sistema mundial [181].

El éxito de Amsterdam fue importante, por consiguiente, tanto política como económicamente. Pero ¿cuál fue el marco político que hizo posible este éxito? Las últimas cinco décadas del siglo XVI señalan no sólo el ascenso de Amsterdam, sino también la llamada revolución de los Países Bajos, cuyas fronteras en el espacio y en el tiempo resultan tan amorfas (o, mejor dicho, tan discutidas) como su contenido social.

Para empezar, ¿fue una revolución? Y si lo fue, ¿fue una revolución nacional o una revolución burguesa? Y ¿existe acaso alguna diferencia entre estos dos conceptos? No pienso comenzar ahora un largo excursus sobre el concepto de revolución. No estamos aún listos en la lógica de este trabajo para abordar esta cuestión. Simplemente me gustaría subrayar en este punto que, en mi opinión, esta cuestión no resulta más ambigua (ni, desde luego, más clara) en el caso de la «revolución de los Países Bajos» que en el caso de ninguna otra de las grandes «revoluciones» de la era moderna.

La historiografía revela una enorme división en la interpretación de esta cuestión. Algunos consideran la revolución esencialmente como la historia de la nación «holandesa», es decir, de los Países Bajos del norte, calvinistas, luchando por la libertad y la independencia contra la Corona española, ayudada y

---

venteenth century», en Charles H. Carter, comp., *From the Renaissance to the Counter-Reformation*, Nueva York, Random House, 1965, páginas 247-248. Su razonamiento detallado se encuentra en las pp. 251-252, y concluye: «Hay fuertes indicaciones de fortaleza económica inherente y de potencial para una recuperación extensiva; los datos en este sentido son muchos, y en gran parte no han sido utilizados» (p. 253).

[181] «Inglaterra consiguió reorganizar su comercio para compensar adecuadamente los daños ocasionados por el colapso de Amberes. Pero no logró —de hecho, apenas intentó— ocupar el trono vacante. Desaprovechó la oportunidad única que se le ofreció entre la caída de Amberes y el ascenso de Amsterdam. Hay muestras de que, en este período crítico de la historia económica inglesa, logró efectivamente arrebatar a Alemania la preeminencia en las técnicas industriales y mineras. Pero perdió la carrera por la supremacía comercial y naval ante los más emprendedores, más eficientes y mejor organizados holandeses. No es desmesurado sugerir que este fracaso en beneficiarse del colapso de Amberes retrasó por lo menos un siglo el ascenso de Inglaterra a una posición de grandeza mundial.» Stone, *Economic History Review*, II, p. 54.

apoyada por los católicos «belgas» (del sur de los Países Bajos). Otros la consideran esencialmente una revuelta de toda la nación de los Países Bajos («borgoñona»), apoyada por personas de todos los grupos religiosos, que sólo consiguió liberar media nación. J. W. Smit finaliza un repaso a la historiografía con este muy sensato comentario:

> Estos problemas, no obstante, sólo pueden ser resueltos si dejamos de tratar la revuelta como un bloque y nos damos cuenta de que hubo una serie de revueltas, que representaban los intereses y los ideales de diversos grupos sociales económicos e ideológicos: revueltas que en ocasiones corren paralelas, en ocasiones entran en conflicto unas con otras y en otras ocasiones se coaligan en un único movimiento [182].

Desde el punto de vista del sistema mundial, tal y como se iba desarrollando, tenemos que preguntar: ¿por qué tuvo lugar en los Países Bajos y sólo en ellos una compleja revolución nacional y social en el «segundo» siglo XVI, una era de relativa tranquilidad y orden social en otros lugares (con la excepción, y muy importante, de Francia), y cómo es que la revuelta tuvo éxito en gran medida? [183].

En la época de Carlos V, la política interna de los Países Bajos no fue llamativamente diferente de la política de otras partes de Europa. La nobleza mantenía una relación ambivalente frente a su príncipe, temiendo su creciente poder político y económico, viéndole como protector de sus intereses tanto contra la burguesía como contra las revueltas populares, encontrando en el servicio al príncipe una salvación financiera para los «hijos menores», o los nobles arruinados: poniéndose, en última instancia, al lado del príncipe [184]. Entonces, de repente, nos en-

[182] J. W. Smit, «The present position of studies regarding the revolt of the Netherlands», en Bromley y Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, I, p. 28.

[183] «El desarrollo político que [...] tiene lugar [a finales del siglo XVI], combinado con el impresionante auge de una economía conducida por una clase mercantil encabezada por las familias gobernantes, explica en gran medida la notable posición que éstas llegan a ocupar en Holanda en el siglo XVII.» D. J. Roorda, «The ruling classes in Holland in the seventeenth century», en Bromley y Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, II, pp. 112-113.

[184] «La nobleza podía elegir entre buscar la ayuda del príncipe contra su común enemigo burgués o aliarse con la burguesía contra el príncipe, que no era menos proclive a querer recortar el poder de los nobles. Durante el reinado de Carlos V la nobleza pareció optar por el príncipe. La alta nobleza ascendió rápidamente en el servicio del Emperador, mientras la baja nobleza se contentaba con funciones administrativas menores o con servir en el ejército.» J. W. Smit, *Preconditions of revolution*, p. 31.

contramos en una situación en la que «los frustrados burgueses prósperos de las ciudades en expansión se unieron a los desesperados artesanos desclasados y a los nobles florecientes o en decadencia, convergiendo los disturbios locales en una revolución general» [185]. ¿Cómo fue esto?

Creo que la clave del *desencadenamiento* de la revolución no se encuentra en el descontento social de los artesanos y los trabajadores urbanos, ni en la burguesía, que sin duda alguna sería la gran beneficiaria de la revolución, sino en el hecho de que grandes partes de la nobleza de los «Países Bajos» temieran súbitamente que el príncipe no fuera *su* agente, que su política a corto y a medio plazo amenazara sus intereses significativamente y que no estuviera al alcance de sus posibilidades políticas el persuadirle de cambiar su política, dado que su arena política (el imperio español) era mucho mayor que la que ellos, de ser establecida, podrían controlar [186]. En pocas palabras tuvieron un reflejo de oposición «nacionalista» [187].

Veamos parte de la evidencia. Allí la nobleza, como en otros lugares, estaba crecientemente endeudada. Más aún, el Emperador no hacía más que recortar sus fuentes de ingresos [188]. Cuan-

---

[185] *Ibid.*, p. 41.

[186] «¿No se deben las grandes revoluciones a la conjunción de clases prósperas que quieren convertirse en revolucionarias y clases maltrechas que se ven obligadas a hacerlo, mientras que las revoluciones motivadas por la pura pobreza tienen de hecho corta vida?» Comentario de Pierre Vilar en *Charles Quint et son temps* (Colloques Internationaux du CNRS, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, p. 188.

[187] «En el siglo XVI, casi por vez primera, los movimientos de oposición adquirieron dimensión nacional e incluyeron clases, o elementos de clases, que iban desde los príncipes de la sangre hasta los artesanos sin empleo.» H. G. Koenigsberger, «The organization of revolutionary parties in France and the Netherlands during the sixteenth century», *The Journal of Modern History*, XXVII, 4, diciembre de 1955, p. 336.

[188] «El gobierno central y los odiados juristas estaban además privándoles de los derechos señoriales que les restaban. En 1520 una proclama prohibía la exigencia de nuevos diezmos y pretendía la abolición de todos los derechos señoriales existentes por menos de cuarenta años. En 1531, la Corona prohibió a los señores exigir nuevos dones o servicios a sus arrendatarios. La caída de los ingresos procedentes de los derechos de jurisdicción ya ha sido mencionada.» H. G. Koenigsberger, «Property and the price revolution (Hainault, 1474-1573)», *Economic History Review*, 2.ª serie, IX, 1, 1956, p. 14.

Véase Smit: «Pero es difícil determinar si tal hostilidad estaba inspirada ante todo por la preocupación de conservar su posición económica o por el deseo de mantener su estatus social. La alta nobleza todavía recibía un ingreso considerable, pero su posición económica relativa, como (en menor medida) la de la baja nobleza, parece haber ido declinando a causa del gasto ostentoso. Obviamente, las presiones económicas eran sólo uno de los muchos pesares de la nobleza, pero constituían

do Felipe II asumió el poder, descubrió una súbita resistencia a su recaudación de fondos[189]. Los últimos años de Carlos V fueron años de prueba: grandes exigencias del Emperador combinadas con una disminución de los ingresos reales de la nobleza a causa de la inflación de precios. Las quiebras y las dificultades económicas resultantes del tratado de paz de Cateau-Cambrésis hicieron que la situación empeorara súbitamente[190].

Después, encima de las desgracias económicas, Felipe II obtuvo en 1559 permiso de Roma para crear nuevos episcopados. Con ello pretendía racionalizar las fronteras políticas y lingüísticas, incrementar el número de obispados, y requerir que los obispos tuvieran preparación técnica (es decir, que fueran teólogos, en vez de hijos de grandes señores). Por añadidura, el plan requería que los fondos necesarios para dotar a los nuevos obispados se tomaran de los ingresos de ciertas abadías históricas y hasta entonces independientes, reemplazando los nuevos obispos a los abades en diversas asambleas políticas. Sin duda, como señala concisamente Pieter Geyl, esto demostraba que Felipe era un «diligente» constructor del Estado[191]. Sin embargo, «no es de extrañar que surgiera una tempestad de oposición a una plan que suponía semejante fortalecimiento de la autoridad del rey en un momento en que sus designios eran observados con desconfianza desde todas partes»[192].

En la otra dirección, la nobleza buscaba transformar el Consejo de Estado en «un cuerpo ejecutivo exclusivamente aristocrático»[193]. Felipe se negó, pero adoptó una postura de compromiso retirando las fuerzas españolas, dejando a su gobierno en

---

un incentivo fundamental para la revolución en una clase que se sentía cercada por todas partes.» *Preconditions of revolution*, pp. 41-42.

[189] Véase Pieter Geyl, *The revolt of the Netherlands (1559-1609)*, Londres, Williams & Norgate, 1932, pp. 69-70.

[190] «Si la caída del ingreso real de la baja nobleza se debió, de hecho, a la subida de los precios, entonces probablemente esta caída no se extendió por igual a lo largo de los tres primeros cuartos del siglo XVI, sino que se concentró en los quince o veinte años anteriores al estallido de la gran revuelta, en los que los precios subieron mucho más rápidamente que antes. Así, si hubo una crisis, fue una crisis relativamente aguda y brusca, agravada por la desmovilización de las *bandes d'ordonnances*, la caballería aristocrática de los Países Bajos, tras el tratado de Cateau-Cambrésis, en 1559.» Koenigsberger, *Economic History Review*, IX, página 14.

[191] «Fue un notable ejemplo de lo que el monarca podía hacer en orden a la construcción del Estado, y muestra a Felipe como un trabajador diligente en la tradición de su casa.» Geyl, *The revolt of the Netherlands*, p. 71

[192] *Ibid.*, p. 72.

[193] Smit, *Preconditions of revolution*, p. 47.

los Países Bajos sólo con las fuerzas suministradas por la nobleza local y los centros urbanos para mantener el orden. Si se añaden a este cuadro las quejas generales de las clases bajas y la burguesía media por la recesión de la década de 1560[194], y la debilidad general de la Iglesia, atacada ya desde hacía cuarenta años, resultaba posible una revuelta:

> Turbas indiferentes en lo religioso atacaron las cárceles, detestados símbolos de la opresión, y libertaron a los protestantes. La tolerancia se convirtió en consigna general, formando, en conjunción con la exigencia de unos Estados Generales libres, el nucleo del programa político de la oposición. Durante algún tiempo, estas consignas funcionaron como creencias perfectamente generalizadas de alcance nacional, o interprovincial; eran principios sencillos y, por encima de todo, eran socialmente neutrales[195].

No debemos olvidar que esto ocurre poco después de la paz de Cateau-Cambrésis, que permitió que se reanudaran las sesiones del Concilio de Trento y, por tanto, que se institucionalizara la Contrarreforma[196]. Así, el catolicismo y la Corona española se vieron más íntimamente identificados que anteriormente.

La «revolución» atravesó una serie de fases: el primer alzamiento (tanto en el norte como en el sur) y su supresión (1566-1572); el segundo alzamiento (más «protestante»), tan sólo en Holanda y Zelanda, al norte (1572-1576), que terminó con la Pacificación de Gante; un alzamiento radical en Flandes, al sur (1577-1579); una división del país en dos desde 1579 en adelante (en el norte las Provincias Unidas, en el sur un régimen lealista); un intento de unificación en 1598; conclusión de una tregua duradera en 1609.

A lo largo de este período, lo que debe señalarse es que el conflicto —amorfo y multipolar al principio— tomó una forma cada vez más clara como lucha del norte protestante, o, mejor, «protestantizado», en busca de su independencia nacional con un régimen consonante con las necesidades de la burguesía comercial, cuya fuerza a escala mundial creció a lo largo de la lucha y subsiguientemente en el siglo XVII. Una vez comenzado el conflicto, probablemente había muy poco que España, dado

---

[194] Véase *ibid.*, pp. 42-43.

[195] *Ibid.*, p. 48.

[196] «La paz entre Francia y España es el fundamento político sobre el que se asienta la reorganización tridentina del catolicismo. Hecho de particular trascendencia, no ya para un pueblo sólo, sino para la cristiandad entera.» Manuel Fernández Alvarez, «La Paz de Cateau-Cambrésis», *Hispania*, XIX, 77, octubre-diciembre de 1959, p. 544.

«el fracaso del imperio», pudiera haber hecho para detenerlo[197], especialmente dado, como veremos, el nuevo equilibrio de poder en Europa. De hecho, las presiones bajo las que actuaba España quedan claramente indicadas por el hecho de que prácticamente todos los puntos políticos críticos en las relaciones entre España y los Países Bajos, desde 1557 a 1648, vinieron inmediatamente precedidos de una crisis financiera en España[198].

---

[197] Koenigsberger acude en defensa de Felipe II: «Felipe II ha sido condenado casi universalmente por enviar al duque de Alba a los Países Bajos. Pero estos juicios, ¿no se basan en buena medida en la visión retrospectiva del historiador? ¿Podía actuar de otro modo un fuerte gobernante del siglo XVI enfrentado con la doble oposición de la alta nobleza (aunque oposición constitucional) y de un movimiento religioso revolucionario dotado de una organización militar (aunque en su infancia)? En Francia y Escocia los calvinistas habían construido sus formidables organizaciones gracias a la debilidad de los gobiernos francés y escocés. En el siglo XVI era un lugar común del oficio de Estado que las rebeliones debían ser aplastadas en su infancia. Además esta política estuvo muy a punto de tener éxito. Fracasó, quizá, porque ya era demasiado tarde, incluso en 1567, y porque Alba no tenía un poder naval para aplastar a los Mendigos del Mar. Indudablemente, Felipe II no comprendió la complejidad de la situación, y Alba demostró ser una elección equivocada para sus propósitos. Pero tampoco eso era entonces tan evidente como lo sería después; pues Alba se había comportado con considerable tacto en la guerra contra el papa Pablo IV. Sin embargo [...] incluso la crueldad del duque de Alba no provocó un brote espontáneo de rebelión en un pueblo oprimido; la revuelta de 1572 sólo llegó a ser posible a través de la acción de los altamente organizados y despiadados Mendigos del Mar, y de su también altamente organizada "quinta columna" en las ciudades de Holanda y Zelanda.» *Journal of Modern History*, XXVII, p. 341.

[198] El vínculo entre los desarrollos internos en España y los altibajos de la revolución de los Países Bajos es explicitado claramente por H. Lonchay: «Estas crisis [de las finanzas españolas] no sólo afectaron a las bolsas de Amberes, Londres y Amsterdam, sino que tuvieron un impacto sobre los acontecimientos en [Bélgica] que no ha sido advertido. La de 1557 explica por qué, pese a las victorias de San Quintín y Gravelinas, Felipe II se vio tan urgido a concluir una paz con Francia. La de 1575 nos hace comprender la Furia Española y todos los excesos de los soldados extranjeros por tanto tiempo privados de su paga. La transacción de 1596 precede la cesión de los Países Bajos a los archiduques, decidida por Felipe II tan sólo porque pensaba que sería más fácil establecer la paz en los Países Bajos de esta forma que por el uso de la fuerza. Los decretos de 1607-1608 nos dan la razón de que Felipe III se resignara a firmar la tregua de los Doce Años, tan lesiva para su orgullo. La de 1647 no fue ciertamente irrelevante para la brusca disposición de Felipe IV a reconocer definitivamente la independencia de las Provincias Unidas. Así, el destino de Bélgica estaba ligado al de España, y a menudo no se puede comprender la historia política de la una sin conocer la situación financiera de la otra.» *Académie Royale de Belgique*, páginas 994-995.

Aunque la revolución de los Países Bajos era un movimiento «nacionalista», comprendía una componente religiosa desde el principio. Mientras la nobleza buscaba en un principio monopolizar la forma y naturaleza de la disputa con el rey, la comunidad calvinista rompió con su papel pasivo prescrito, lanzándose a un frenesí de destrucción de imágenes (la rebelión iconoclasta), que barrió el país, norte y sur. Geyl afirma que las autoridades estaban «paralizadas de miedo» y que los dirigentes calvinistas mostraban «sorpresa y desazón» [199]. Fue la religión lo que añadió el toque de pasión ideológica a la revolución e hizo posible que I. Shöffer comparara la rebelión iconoclasta con el asalto a la Bastilla y los tumultos callejeros de Petrogrado en marzo de 1917 [200].

Aunque esta fase pasó rápidamente, la fuerza de los calvinistas, como partido revolucionario, como jacobinos del siglo XVI, en la analogía de H. G. Koenigsberger [201], significaba que tenían el vigor necesario para persistir cuando otros se quedaban en la cuneta, para utilizar una política de «aterrorizar a la población» [202], y para poder «movilizar a la masa en momentos estratégicos» [203]. Cuando en la Pacificación de Gante las autoridades intentaron resolver el conflicto por medio de la partición religiosa, no hicieron más que atrincherar al partido reformado en Holanda y Zelanda, y reforzar la identificación de la causa política y de la religión [204], lo que llevó eventualmente a la «protestantización» de áreas bajo control protestante. La división del país en 1579 condujo a una consolidación de ambas partes y, por

---

[199] Geyl añade: «En cualquier caso fue un trabajo verdaderamente calvinista, fiero y honrado, no contenido por ningún respeto al arte o la belleza, que buscaba purgar la tierra de los elegidos de Dios de los diabólicos ornamentos idolátricos, y derribar de un golpe un pasado de mil años. Y al hecho una vez realizado no le faltó la severa aprobación de los dirigentes intelectuales del calvinismo.» Geyl, *The revolt of the Netherlands,* p. 93.

[200] Véase I. Schöffer, «The Dutch revolution anatomized: some comments», *Comparative Studies in Society and History,* III, 4, julio de 1961, página 471.

[201] Véase Koenigsberger, *Journal of Modern History,* XXVII, p. 335. Gordon Griffiths sugiere de forma similar que la revolución holandesa puede ser considerada análoga a la francesa en términos de las categorías desarrolladas por Crane Brinton. Véase «The revolutionary character of the revolution of the Netherlands», *Comparative Studies in Society and History,* II, 4, julio de 1960, pp. 452-472.

[202] Koenigsberger, *Journal of Modern History,* XXVII, p. 342.

[203] *Ibid.,* p. 343.

[204] Véase Geyl, *The revolt of the Netherlands,* p. 161.

tanto, a una polarización religiosa duradera[205]. Las líneas de separación administrativa eran de hecho el resultado de factores geomilitares. El sur de los Países Bajos era terreno abierto donde la caballería española llevaba las de ganar. La parte norte estaba cubierta de canales y otras barreras al movimiento de la caballería. Era, en pocas palabras, un territorio ideal para la guerrilla[206]. Al cabo del tiempo, los del norte *se hicieron* protestantes; los del sur *se hicieron* católicos.

Por tanto, no es que, como han planteado muchos, el protestantismo resulte particularmente consonante con el cambio social, no más con el nacionalismo que con el capitalismo. Más

---

[205] Pieter Geyl afirma: «La verdadera explicación, entonces, de la división de los Países Bajos en un norte protestante y un sur católico, es exactamente la opuesta de la habitual. No es porque el sur fuera católico y el norte protestante por lo que la rebelión fracasó aquí y triunfó allí; es porque los ríos permitieron a la rebelión atrincherarse en el norte, mientras España recuperaba las provincias situadas del lado malo de la barrera estratégica, por lo que con el tiempo llega a existir este sistema dual de la república protestante al norte y los Países Bajos católicos al sur, la Holanda protestante y la Bélgica católica.» *Debates with historians*, Nueva York, Meridian, 1958, p. 209. Véase Henri Lapeyre, *Les monarchies européennes du XVI*e *siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1967, pp. 188-189.

Así, la separación administrativa conduce a la polarización religiosa. Más aún, no se trata de que los calvinistas se conviertan en capitalistas, sino que los capitalistas se hacen calvinistas. H. R. Trevor-Roper lo argumenta: «Si los grandes empresarios calvinistas de mediados del siglo XVII no estaban unidos por la piedad calvinista, o incluso por su supuesta expresión social, ¿qué era lo que les unía? Si los estudiamos atentamente pronto encontramos ciertos hechos evidentes. Primero, buenos o malos calvinistas, la mayor parte de ellos no eran nativos del país en el que trabajaban. Ni Holanda, ni Escocia, ni Ginebra, ni el Palatinado —las cuatro obvias sociedades calvinistas— produjeron sus propios empresarios. La compulsiva enseñanza calvinista con la que fueron adoctrinados los nativos de estas comunidades no tuvo semejante efecto. Casi todos los grandes empresarios eran inmigrantes. Segundo, la mayor parte de estos inmigrantes procedían de los Países Bajos [...] Más aún, cuando los examinamos aún más de cerca descubrimos que venían generalmente de una clase particular dentro de la república holandesa. Incluso allí habían sido inmigrantes, o lo habían sido sus padres. O eran "flamencos" —es decir, inmigrantes de las provincias del sur ahora bajo dominio español— o procedían del principado católico del obispo de Lieja.» *The European witch-craze*, pp. 15-16.

[206] «Bélgica (por usar un término moderno) era en su mayor parte un "país de caballería", adecuado para grandes batallas en campo abierto, desde Gemblours a Waterloo. El "reñidero de Europa" es una región que puede ser perdida y ganada en el campo. No así Holanda (por usar de nuevo una palabra moderna), que en su mayor parte está tan cortada por brazos de mar, ríos, canales y pantanos que es difícil encontrar dentro de sus fronteras espacio para desplegar en orden formal un gran ejército.» Oman, *A history of the art of war*, p. 541.

bien, como dijo sir Lewis Namier, «religión es el nombre del nacionalismo en el siglo XVI»[207]. El protestantismo sirvió para unificar los Países Bajos del norte. Señalamos en el capítulo anterior cómo y por qué el catolicismo quedó ligado al sentimiento nacional polaco. Y el catolicismo hizo lo mismo por Irlanda[208]. Allá donde una religión no estaba firmemente ligada a las causas nacionales, no resultó capaz de sobrevivir, como el calvinismo en Francia[209].

---

[207] Citado por Christopher Hill, *Reformation to the Industrial Revolution*, p. 23. En una comunicación personal, Hill señala que «Namier hizo esta observación en una de las varias veladas de discusión que los estudiantes de [Balliol] College tuvieron con él en 1934, cuando estaba dando las Ford Lectures en Oxford». Véase F. Chabod: «Si en la vida del Estado en el siglo XVI hay sentimientos que juegan un papel, son los religiosos antes que los nacionales o patrióticos. En el caso de Francia, esto tan sólo se aplica a la política interna, en tanto que la política exterior se libera tempranamente de consideraciones ideológicas. Pero, en el caso de los Habsburgo, ¿no se aplica también a la política exterior?» *Actes du Colloque*, p. 620.

[208] «El catolicismo en Irlanda, al igual que el protestantismo en los Países Bajos, había cobrado fuerza a causa de su identificación con una causa nacional. Aunque la sociedad irlandesa era infinitamente menos sofisticada que la de los Países Bajos, su lucha contra la dominación inglesa se caracterizaba por muchos de los mismos rasgos que marcaron la lucha holandesa contra la dominación de España. En ambas sociedades una causa religiosa impulsaba un sentimiento de identidad nacional, y a su vez era impulsada por éste. En ambas, la afiliación de los dirigentes nacionales a un movimiento religioso internacional proporcionaba nuevas oportunidades para asegurar la ayuda internacional.» J. H. Elliott, *Europe divided, 1559-1598*, Nueva York, Harper, 1968, p. 302.

[209] «Había [...] una diferencia esencial entre los regímenes de Francia y los Países Bajos que afectaba profundamente a los caracteres de sus respectivas oposiciones políticas. La misma Catalina [de Francia] era medio extranjera, pero encabezaba un gobierno real que permanecía como símbolo de la unidad nacional en un país dividido. Margarita, hija de Carlos V y flamenca, era neerlandesa por nacimiento; sin embargo, encabezaba un gobierno al que cada vez se consideraba más extraño. Esto demostró ser, a largo plazo, un hecho de incalculable importancia, puesto que permitió a la oposición aparecer —como nunca lo pudo hacer convincentemente en la Francia de la década de 1560— como la defensora de las tradiciones nacionales contra las innovaciones extranjeras.» Elliott, *ibid.*, p. 126.

Si nos preguntamos por qué el calvinismo no fue revolucionario en Inglaterra bajo Isabel como lo fue en los Países Bajos y en Francia en esta época, una vez más la posición de la autoridad real explica la diferencia: «Para empezar, Inglaterra había utilizado mucho de su espíritu nacionalista contra el papado durante los enfrentamientos de Enrique VIII con la Iglesia romana [...] En Inglaterra, desde tiempos de la reina María la cuestión de la influencia extranjera no volvió a ser un problema hasta el reinado de Carlos II. Pero más importante incluso fue en la situación inglesa la ausencia a partir de 1588 de un soberano católico que, como en Francia y Holanda, sirviera de constante recordatorio del

Lo que pasaba era que, en el torbellino de intereses conflictivos, sólo podían construirse nuevas estructuras organizativas por medio de extrañas e inestables alianzas. Los hombres buscaban asegurar estas alianzas. H. G. Koenigsberger capta con precisión este punto:

La religión era la fuerza aglutinante que mantenía unidos los diferentes intereses de las diferentes clases y les suministraba una organización y una maquinaria de propaganda capaces de crear los primeros partidos genuinamente nacionales e internacionales de la moderna historia europea. Porque estos partidos jamás abarcaban más que una minoría de cada una de sus clases constituyentes. Más aún, era por medio de la religión como podía atraerse a las clases más bajas y a las masas para que desahogaran la ira de su pobreza y la desesperación de su desempleo en bárbaras matanzas y fanáticos pillajes. El descontento social y económico creaban un terreno abonado para la captación por cualquiera de las dos partes, y la tiranía democrática popular apareció tanto en el Gante calvinista como en el París católico [210].

Si la religión sirve entonces como cemento nacional, nos dice poco acerca del contenido social de las estructuras estatales resultantes. J. W. Smit argumenta que la revolución de los Países Bajos fue esencialmente, a pesar de sus ambigüedades, una revolución burguesa que llevó a la burguesía al poder, y que la partición de los Países Bajos y las resultantes fronteras estatales son una medida de su grado de fuerza frente a sus enemigos [211].

Anticristo romano.» Leo F. Solt, «Revolutionary Calvinist parties in England under Elizabeth I and Charles I», *Church History*, XXVII, 3, septiembre de 1958, p. 235.

[210] Koenigsberger, *Journal of Modern History*, XXVII, pp. 350-351. Sobre el calvinismo como movimiento transnacional, véase Robert M. Kingdon: «Las revueltas del siglo XVI no pueden ser vistas solamente como capítulos de historias nacionales separadas; deben ser consideradas, al menos en parte, como obra de una organización religiosa internacional y revolucionaria: la Iglesia calvinista.» «The political resistance of the Calvinists in France and the Low Countries», *Church History*, XXVII, 3, septiembre de 1958, p. 233.

[211] «Después de todo, pese a todos los matices que podamos introducir, la nueva república se convirtió en la primera verdadera nación capitalista y burguesa, con una identidad nacional muy mercantil fuertemente marcada. La clave de una [interpretación de los hechos en contradicción] reside, pienso, en el hecho de que la revolución sólo triunfó en parte de los Países Bajos. Yo defendería la tesis de que la revolución de los Países Bajos fue de hecho, entre otras muchas cosas, una revolución social innovadora y progresiva. Pero la clase mercantil burguesa [...] era demasiado débil para establecer su gobierno sobre todos los Países Bajos [...] Sólo encontraría un Estado a su imagen en Holanda, donde la economía de mercado, ya en una fase avanzada de desarrollo,

Por supuesto, la nobleza estuvo implicada en diversos lugares y momentos, particularmente al principio, pero los nobles huyeron de la causa nacionalista asustados por las corrientes subyacentes de radicalismo social[212]. Pero si los movimientos sociales radicales tenían una base suficiente en el lumpenproletariado de las ciudades nacido de la expansión económica *cum* recesión, como queda ejemplificado por el breve control de Gante por Jan van Hembyze de 1577 a 1579[213], se vieron rápidamente aislados y se autodestruyeron al perder de vista el tema nacional y

---

se alimentaba con el capital, la población y los conocimientos prácticos del sur, y donde no tenía oposición importante de grupos sociales rivales.» Smit, *Preconditions of revolution*, pp. 52-53. Véase T. Wittman: «La guerra de independencia de 1566-1605 contra España constituyó un proceso coherente que cumple todos los requisitos de una revolución burguesa. Las luchas antifeudales de las masas urbanas y campesinas se fundieron en su resistencia a la opresión española y a la Iglesia católica; y estos movimientos de masas llevaron a primer plano en los Estados Generales un grupo dirigente que, especialmente tras la formación de la Unión de Utrecht, y pese a todos sus límites y contradicciones, expresaba las aspiraciones sociales de la burguesía.» «Quelques problèmes relatifs à la dictature révolutionnaire des grandes villes de Flandres, 1577-1579», *Studia Historica* (Academiae Scientiarum Hungaricae), 40, 1960, páginas 3-4.

[212] «Cada vez que hubo una seria amenaza de revolución social —desde la destrucción de imágenes en 1556 hasta la agresiva dictadura democrática de los calvinistas de Gante, a finales de la década de 1570—, la nobleza de Hainaut cerró filas y se unió por la conservación del *status quo*, incluso si esto significaba sumisión al dominio español.» H. G. Koenigsberger, *Economic History Review*, IX, p. 15.

«A largo plazo, ni siquiera la religión pudo reconciliar a la nobleza con las dictaduras democráticas, y una u otra de las partes se vio conducida a una alianza con el antiguo enemigo común. El resultado fue, en todos los casos, la ruptura del partido revolucionario y la derrota del movimiento popular.» H. G. Koenigsberger, *Journal of Modern History*, XXVII, p. 351.

[213] Véase Wittman: «las corporaciones [...] no estaban en absoluto detrás del impulso hacia la izquierda de la revolución; más bien se beneficiaron de él, e incluso más de una vez lo obstaculizaron. En las grandes ciudades flamencas existían las condiciones para una radicalización: la pauperización y la acelerada diferenciación social provocadas por la descomposición del régimen feudal en una situación en la que aún no existían los factores precisos para una rápida transición a la producción capitalista. Las masas plebeyas formadas de las filas de los maestros artesanos arruinados, jornaleros, aprendices, pequeños comerciantes y varios elementos del lumpenproletariado, reflejaban en su comportamiento político, aunque sólo fuera instintivamente, este período de evolución». *Studia Historica*, p. 16. En una nota al pie, Wittman añade: «En *La guerra de los campesinos en Alemania*, Engels hace varias observaciones pertinentes [...] sobre el enorme crecimiento del lumpenproletariado en el siglo XVI [...] Al analizar los movimientos de masas en la

volverse contra la burguesía, y, por tanto, paradójicamente, hacia una alianza con las fuerzas del Rey[214].

Así, lentamente, emergió una confederación de gobiernos de ciudades que prescindieron rápidamente de todo adorno «democrático», pero que también estaban libres de las cargas económicas que su participación en el antiguo sistema español les infligía[215]. Los comerciantes crearon para sí mismos una ligera confederación sin el aparato administrativo de la mayor parte de los otros Estados. Muchos han calificado esto de debilidad, pero Smit parece acercarse más a la cuestión cuando nos re-

---

Edad Media, los historiadores marxistas no han realizado todavía un examen detenido de este factor» (p. 16).

Sobre las opiniones religiosas de este lumpenproletariado, Smit comenta: «Al mismo tiempo debemos preguntarnos hasta qué punto la indiferencia hacia la religión dogmática se había extendido también entre las masas; hasta qué punto los iconoclastas de 1566 y los desempleados revolucionarios de 1572 eran un grupo flotante de indiferentes, adeptos *futuros* antes que vanguardia, en ese momento, del catolicismo o del protestantismo. La respuesta a la pregunta de si la revuelta fue de carácter calvinista o puramente política, moderna o conservadora, depende en buena medida del examen de la estructura social e ideología de la población.» *Britain and the Netherlands*, I, p. 24.

[214] «En ninguna parte la revolución llegó tan lejos como en Gante.» Koenigsberger, *Journal of Modern History*, XXVII, p. 344. Véase también Wittman: «Sin embargo, no existían ni la condición objetiva, una burguesía revolucionaria guiada por sus propios intereses, ni la condición subjetiva, una política más consecuente por parte de Hembyze y quienes le apoyaban. A falta de estas condiciones, la radicalización condujo a su propia negación cuando en 1583, tras la «Furia Francesa», Hembyze, que había socavado totalmente la autoridad de los orangistas, se puso a la cabeza de las fuerzas de Gante contra Guillermo de Orange y pidió ayuda a los españoles. La traición de Hembyze no plantea una cuestión moral, contrariamente a la forma en que ha sido tratada normalmente hasta ahora por los historiadores. Se trata más bien de un proceso que puede encontrarse en todas las revoluciones burguesas precoces. También en Inglaterra, en la época del protectorado de Cromwell, algunos *levellers*, una vez que el partido se derrumbó, establecieron relaciones con los realistas y los españoles, exactamente como lo hicieron Hembyze y Dalthenus.» *Studia Historica*, p. 36.

[215] «Así, los patricios de la república no se veían mantenidos a raya desde abajo. Sin embargo, es aun más notable el hecho de que la revuelta también causó la desaparición de casi cualquier restricción impuesta desde arriba. En la primera mitad del siglo XVI, la administración central había respaldado a los patricios locales contra cualquier coalición en sus ciudades de hombres prominentes ambiciosos y pequeños ciudadanos descontentos. La administración central también había cuidado de que los gobernadores no ejercieran poder fuera de sus propias ciudades. Tras la revuelta, por el contrario, los magistrados de las ciudades llegaron a ser en la práctica completamente independientes. Gobernaban sin interferencia de nadie, sin ningún control.» Roorda, *Britain and the Netherlands*, II, pp. 114-115.

cuerda que el aparato de Estado de la república holandesa «permitió el logro de un grado de integración económica mayor que cualquiera de las monarquías de Europa. La burguesía de Holanda había llevado a cabo el grado de reforma necesario para promover la expansión económica y sentirse, no obstante, libre de una excesiva centralización» [216]. Así, la revolución de los Países Bajos no podría haber comenzado jamás sin la deserción de muchos nobles del orden establecido. No podría haber tenido un segundo aliento sin las corrientes radicales procedentes de abajo. Pero al final fue la burguesía quien tomó firmemente las riendas y acabó siendo la beneficiaria del nuevo orden social.

¿Por qué, no obstante, los Países Bajos y no otro lugar? Hemos dicho que el «segundo» siglo XVI fue una era de repliegue hacia el interior, de rechazo del ideal imperial en favor de la búsqueda de un Estado fuerte. Existía aún, no obstante, durante parte de este período, una arena en la que intervenían todas las grandes potencias, en la que todas estaban implicadas. Eran los Países Bajos. Una forma de interpretar la revolución de los Países Bajos es verla como el resultado del esfuerzo de los grupos dominantes locales por lograr la misma exclusión de la interferencia política de los extranjeros, el mismo control de sí mismos que España, Francia e Inglaterra, al menos, pugnaban por disfrutar.

Otra forma de interpretarla, es decir que, debido a que a partir de 1559 España, Francia e Inglaterra se anulaban mútuamente, los habitantes de los Países Bajos tuvieron espacio social para reafirmar su identidad y arrojar de sí el yugo español. Esto fue particularmente cierto después de la derrota en 1578 de la Armada Invencible española [217]. No es que ninguno de estos países apoyara la independencia de los Países Bajos. España no quería perder parte de sus dominios. Francia, aunque deseaba debilitar a España, vacilaba a causa de las implicaciones para la lucha religiosa interna en Francia. Inglaterra quería echar a España, pero no quería dejar entrar a Francia, y prefería, por tanto, la autonomía de los Países Bajos bajo la nominal soberanía española [218]. No obstante, la cuestión es que este conflicto en el seno del sistema mundial, este debilitamiento del predo-

[216] Smit, *Preconditions of revolution*, p. 52.

[217] Véase Geyl, *The revolt of the Netherlands*, pp. 217-219.

[218] Sobre Francia, véase G. N. Clark, «The birth of the Dutch republic», *Proceeding of the British Academy*, 1946, p. 191. Sobre Inglaterra, véase R. B. Wernham, «English policy and the revolt of the Netherlands», en Bromley y Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, I, pp. 30-31.

minio mundial español, hizo posible para la burguesía de las Provincias Unidas maniobrar para defender *sus* intereses. En 1596 podían ya participar como iguales en un tratado con Francia e Inglaterra, cuando poco tiempo antes se habían ofrecido como súbditos de la una o de la otra. Como comenta Geyl: «una vez más, los celos mutuos de Francia e Inglaterra en lo concerniente a los Países Bajos resultaron ser un beneficio»[219].

La significación de la revolución de los Países Bajos no es la de haber establecido un modelo de liberación nacional. A pesar de la historiografía liberal romántica del siglo XIX, el ejemplo holandés no sirvió como generador de corrientes ideológicas. Su importancia yace en el impacto económico sobre la economía-mundo europea. La revolución de los Países Bajos liberó una fuerza que podría sostener el sistema mundial como tal sistema durante algunos difíciles años de ajuste, hasta que los ingleses (y los franceses) estuvieran dispuestos a dar los pasos necesarios para su consolidación definitiva.

Recordemos la historia económica previa de Amsterdam y otras ciudades del norte de los Países Bajos. Los holandeses estaban jugando un creciente papel en el comercio báltico[220]. Establecieron una cabeza de puente a finales de la Edad Media, y al principio del siglo XVI estaban ya reemplazando a las ciudades hanseáticas. Su comercio báltico total siguió una curva ascendente en el siglo XVI, alcanzando un punto, alrededor de 1560, en el que controlaban alrededor del 70 por 100 del comercio. Aunque el período revolucionario afectaría un tanto

---

[219] Geyl, *The revolt of the Netherlands*, p. 225.

[220] «En el transcurso del siglo XV, las ciudades de las provincias de Zelanda y Holanda dedicadas a la pesca y a la construcción naval prosperaron lenta pero irresistiblemente, extendiendo su comercio costero más y más lejos hacia el este, hasta convertirse en los más peligrosos rivales de la Hansa precisamente en aquellas regiones de Prusia en las que descansaba la principal fortaleza económica de la Liga.» Carl Brinkmann, «The Hanseatic League: a survey of recent literature», *Journal of Economic and Business History*, II, 4, agosto de 1930, p. 591.

Al mismo tiempo, Holanda estaba ganando una buena parte del comercio ultramarino de Escocia, aproximadamente la mitad del tonelaje hacia 1560. Las estadísticas no son suficientemente explícitas: «En cualquier caso, el número, e incluso el tonelaje agregado de los barcos que seguían las diferentes rutas comerciales sería una muestra imperfecta del verdadero significado del comercio entre Escocia y los Países Bajos, ya que, además del carbón y la sal, los bienes que entraban en este comercio eran de valor relativamente alto si se les comparaba, por ejemplo, con el comercio noruego [de Escocia].» S. G. E. Lythe, *The economy of Scotland in its European setting, 1550-1625*, Edimburgo, Oliver & Boyd, 1960, página 245.

al nivel del comercio báltico, los holandeses se recuperarían de esta caída temporal hacia 1630[221].

El efecto de la revolución no fue sólo asegurar la decadencia económica de Flandes, sino también fortalecer al norte en cuanto a personal, gracias a la emigración a él de muchos burgueses de Flandes. «Si Holanda y Zelanda florecieron, fue en parte debido a que se alimentaron de las mejores fuerzas vitales de Flandes y Brabante»[222]. Más aún, el principio de tolerancia religiosa proclamado por las Provincias Unidas en 1579 provocó la llegada de judíos sefarditas a partir de 1597. «Trayendo sus riquezas y su experiencia en los negocios para suplementar la prosperidad de los Estados mercantiles del norte, tal emigración se convirtió por definición en un fenómeno europeo»[223].

En cuanto pareció estabilizarse la lucha política en el seno de los Países Bajos, los holandeses saltaron de ser meramente un centro del comercio báltico a ser un centro del comercio mun-

---

[221] «Un análisis de las cifras de barcos en el comercio holandés con el Báltico conduce a la conclusión preliminar de que ni la revuelta contra España ni la gran expansión por las nuevas rutas lejanas durante los años anteriores y posteriores a 1600 supusieron una caída duradera del control holandés sobre el comercio báltico.» Christensen, *Dutch trade*, página 90.

Oscar Albert Johnsen muestra que los noruegos aprovecharon la insurrección holandesa de 1572 contra los españoles para inaugurar «relaciones comerciales directas y regulares con los países del rey de España». Sin embargo, tras el fin de la tregua de los Doce Años en 1621 la flota holandesa era suficientemente fuerte para atacar a los noruegos: «Esta piratería y estas confiscaciones arruinaron prácticamente por completo nuestra navegación en el Mediterráneo.» «Les relations commerciales entre la Norvège et l'Espagne dans les temps modernes», *Revue Historique*, año LV, fasc. 1, septiembre-diciembre de 1930, p. 78. Johnsen admite que lo que arruinó a Noruega no fue meramente la fuerza naval holandesa, sino su fuerza comercial. Véase p. 80.

Como dice Pierre Jeannin: «Se puede discutir sobre el momento exacto en que el comercio holandés triunfó sobre la Hansa, pero hacia 1600 el triunfo era completo.» *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIII, pp. 193-194.

[222] Geyl, *The revolt of the Netherlands*, p. 239.

[223] Spooner, *New Cambridge Modern History*, III, p. 31. Braudel va más lejos: «Del mismo modo que la recesión secular de 1350-1450 ha lanzado a los mercaderes judíos hacia Italia y su segura economía, así la crisis de 1600-1650 los encuentra en el igualmente seguro sector económico del mar del Norte. En esa ocasión el mundo protestante los ha salvado y los ha mimado; los judíos, inmediatamente, pagan con la misma moneda y salvan y miman al mundo protestante. Al fin y al cabo, como señala Werner Sombart, Génova gozaba de un emplazamiento tan bueno como el de Hamburgo o Amsterdam respecto a las rutas marítimas que se dirigen a América, la India o China.» *La Méditerranée*, II, p. 151.

dial[224]. Más aún, el nuevo comercio aumentó en vez de disminuir la importancia del comercio báltico, que los propios holandeses llamaban el «comercio madre». Después de todo, Europa oriental suministraba tanto el grano para alimentar a las ciudades holandesas como los suministros navales esenciales para los intereses pesqueros y los astilleros de los holandeses[225]. La construcción de barcos, a su vez, era clave para el éxito holandés en otros lugares[226].

---

[224] «Durante [el] breve período que va de 1590 a 1600 los holandeses [...] crearon un *sistema comercial completamente nuevo.* Aunque todavía en pañales, las rutas del comercio holandés colonial y levantino habían quedado establecidas de una vez. El nuevo comercio, principalmente el comercio con la India, se convirtió simultáneamente en el centro de interés de las instituciones reinantes, los principales comerciantes, y todo el público de la época.» Christensen, *Dutch trade,* p. 19.

Violet Barbour sugiere que el rápido auge de Amsterdam fue perceptible para sus contemporáneos: «Los extranjeros observaron el ascenso de Amsterdam hacia la supremacía en el comercio mundial con sorpresa no carente de resentimiento. De repente, según parece, la ciudad estaba allí.» *Capitalism in Amsterdam in the seventeenth century,* Ann Arbor (Michigan), Ann Arbor Paperbacks, 1963, p. 17. Véase Da Silva, *Revue du Nord,* XLI, p. 143, que fija la supremacía holandesa muy exactamente entre 1597 y 1598.

[225] Christensen, *Dutch trade,* p. 424. Véase Barbour: «La fuente principal de la nueva riqueza de la ciudad, como de su modesta posición ventajosa anterior, parece haber sido el comercio en grano y suministros navales, y el transporte, almacenaje y venta de estos y otros bienes pesados. Las circunstancias —hambre, guerra, y las nuevas técnicas bélicas que exigían cañones cada vez mayores, la aventura naval que exigía más barcos, mayores y mejor armados— incrementaron grandemente la demanda de bienes y servicios que Amsterdam estaba equipado para suministrar.» *Capitalism in Amsterdam,* p. 26. También habla del papel de Amsterdam en los seguros marítimos a partir de 1592 (pp. 33-35) y en el suministro de armas y municiones a partir de 1609 (pp. 35-42).

[226] «Siendo Amsterdam el mercado preferente de la madera, la construcción naval era más barata en Holanda que en ninguna otra parte. Mientras que los ingleses se aferraban a los mercantes grandes y armados, alrededor de 1595 los holandeses comenzaron a construir un nuevo tipo de barco llamado filibote [*fluyt*], un navío ligero pero manejable, largo, estrecho y rápido, empleado para llevar cargas gruesas y pesadas. El filibote era fácil de gobernar con una pequeña tripulación. El bajo flete explica por qué otras naciones navegantes apenas podían competir con el tráfico marítimo holandés con el Báltico, Noruega y Moscovia.» J. G. van Dillen, *Britain and the Netherlands,* II, p. 136. Véase Violet Barbour, «Dutch and English merchant shipping in the seventeenth century», en Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history,* Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 227-253.

Hay una breve descripción de las ventajas técnicas del *fluyt* holandés en J. H. Parry, *The age of reconnaissance,* Nueva York, Mentor Books, 1963, p. 83. Herbert Heaton sostiene que la superioridad de la construcción naval holandesa se explica por razones financieras y económicas: «1, las materias primas se compraban al por mayor, en metá-

Esto ilustró una vez más la cualidad acumulativa de la ventaja económica. Dado que los holandeses tenían ventaja en el comercio báltico, se convirtieron en el principal mercado de madera. Debido a que eran el principal mercado de madera, redujeron los costos de construcción de barcos y fueron innovadores tecnológicamente. Y, a su vez, fueron, por tanto, más capaces aún de competir en el comercio báltico. Gracias a esta ventaja podían financiar aún mayores expansiones [227]. Sobre esta base, Amsterdam se convirtió en un triple centro de la economía europea, mercado de bienes, centro de embarque y mercado de capitales, y se hizo «difícil decir qué aspecto de su grandeza era más sustancial, o disociar uno de su dependencia de los otros dos» [228]. Este proceso de ventaja acumulativa funciona al máximo en una etapa expansionista del desarrollo económico, antes de que el área en cabeza sufra la desventaja de equipos pasados de moda y costos de trabajo elevados, relativamente fijos.

Existía otra razón para la capacidad de los holandeses para prosperar. Braudel plantea la cuestión de por qué los ingleses no llegaron a dominar los mares a partir de 1588, como harían eventualmente. Encuentra la respuesta en las relaciones económicas holandesas con España, relativamente intactas a pesar de

---

lico y a bajos precios [...] 2, en la construcción de los navíos existía cierta normalización del diseño, las partes y los métodos de construcción [...] 3, el constructor era capaz de conseguir créditos a intereses mucho más bajos que sus rivales extranjeros». *Economic history of Europe*, ed. rev., Nueva York, Harper, 1948, p. 275.

[227] «El grano proporcionaba cargas y pagaba fletes que mantenían en movimiento la marina mercante de Amsterdam, y de esta forma hacía posible el transporte barato de mercancías de menor bulto [...] En una fecha tan tardía como 1666 se estimaba que tres cuartas partes del capital activo en la bolsa de Amsterdam estaban envueltas en el comercio con el Báltico.» Barbour, *Capitalism in Amsterdam*, p. 27.

[228] Barbour, *ibid.*, p. 18. André-E. Sayous especifica las ventajas del papel de Amsterdam como centro financiero: «Por otra parte, Amsterdam mejoró sus técnicas: se hizo más fácil distribuir los riesgos marítimos entre diversos grupos de capitalistas y obtener créditos en formas modernas. Los seguros marítimos se desarrollaron gracias a la participación de muchas personas que se repartían los peligros y tomaban más exacta cuenta de su alcance al fijar las tasas [...] En cuanto a los créditos, si los métodos no mejoraron, al menos aumentó su volumen por mercancía; y la letra de cambio se utilizó no sólo para transferir pagos de uno a otro lugar, sino como auténtico crédito anticipado: sin embargo todavía no servía como arbitraje siguiendo las demandas del mercado.» «Le rôle d'Amsterdam dans l'histoire du capitalisme commercial et financier», *Revue Historique*, CLXXXIII, 2, octubre-diciembre de 1938, página 263. Véanse también pp. 276-277. Para Sayous, los factores clave en el auge de Amsterdam son, de hecho, las «nuevas formas de agrupamiento del capital y de especulación» (p. 279).

la agitación política [229]. ¿No podría Inglaterra haber creado el mismo vínculo con el tesoro americano de España? Aún no; Inglaterra representaba todavía una amenaza excesiva para España como para que se le permitiera este tipo de relación [230]. Y España era aún suficientemente fuerte como para resistir a Inglaterra. El imperio podía haber fracasado, pero el control de la economía-mundo europea dependía aún del acceso a la riqueza colonial española. Holanda, si bien en revuelta contra España, seguía siendo parte de ella. Y, en cualquier caso, Holanda no era una amenaza política, como Francia e Inglaterra.

Así, pues, Holanda se benefició de ser un país pequeño, y se benefició de ser un Estado «financieramente sólido» [231]. Ofrecía máximas ventajas a los comerciantes que quisieran utilizar su arena. Su ruta hacia la riqueza no era la del mercantilismo incipiente de otros Estados [232], esencial para obtener ventaja a largo plazo, pero no para maximizar a corto plazo la ganancia de las clases mercantiles y financieras. Su ruta era la ruta del libre comercio [233]. O más bien ésta fue su ruta en el «segundo»

---

[229] «Sólo hay una explicación plausible: por ser vecina de los Países Bajos católicos, por su tenacidad en forzar las puertas de España, y por la habilidad con que supo sortear las guerras, los saqueos y la violencia, Holanda permaneció en mayor grado que Inglaterra asociada a la península Ibérica y a sus tesoros de América, sin los cuales no habría podido animar su propio comercio [...] ¿Existía entre España y Holanda una relación monetaria, reforzada por la paz de 1609-1621 y rota, como toda la fuerza de España, a mediados del siglo XVII, precisamente —y tal vez no por una simple coincidencia— en el momento en que la rueda de la fortuna iba a girar contra Holanda?» Braudel, *La Méditerranée*, I, páginas 572-573.

Barbour hace hincapié en el control de Amsterdam sobre el grano: «Es posible que el ascenso de Amsterdam como mercado de metales preciosos deba mucho al comercio de guerra con España, y algo al botín de guerra. Así, en 1595, y en años sucesivos hasta 1630, el gobierno español se vio obligado a autorizar la exportación de metales preciosos a cambio de las importaciones de grano.» *Capitalism in Amsterdam*, p. 49. Y encontramos, una vez más, que las ventajas son acumulativas: «Pero los envíos directos de plata desde Cádiz a Holanda eran tan sólo una parte de la historia. Había también envíos indirectos desde países cuyos naturales habían participado en el tesoro descargado en Cádiz: pagos por servicios o por la compra de mercancías, envíos atraídos por las posibilidades especulativas o simplemente en busca de seguridad y libre disponibilidad» (pp. 50-51).

[230] Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 209.

[231] Friedrich, *The age of the baroque*, p. 8.

[232] Como dice José Larraz (1943), si hubo un mercantilismo holandés «fue un mercantilismo bastante liberal». *La época del mercantilismo*, página 186.

[233] «Los holandeses estaban a favor de un comercio abierto lo más ampliamente posible en todas partes; los ingleses preferían un comer-

siglo XVI, cuando predominó en los mares. Mientras Amsterdam estaba aún en plena lucha por un lugar bajo el sol comercial, había llevado una política proteccionista [234].

Desde el punto de vista de la economía-mundo europea como un todo, con su era de expansión llegando a su fin, el comercio mundial holandés se convirtió en una especie de precioso fluido vital que mantenía la máquina en marcha mientras diversos países se concentraban en reorganizar su maquinaria económica y política interna. Recíprocamente, no obstante, el éxito de la política de los Países Bajos dependía del hecho de que ni Inglaterra ni Francia habían conseguido llevar aún sus tendencias mercantilistas hasta el punto en que realmente invadieran el mercado de los comerciantes holandeses operando sobre la base del libre comercio [235]. Esto puede deberse a que los holandeses eran demasiado fuertes a causa de su relativo control del mercado monetario, gracias a sus aún persistentes vínculos con España [236].

---

cio estrechamente restringido, especialmente entre Inglaterra y sus colonias, pero también entre otros países e Inglaterra.» Robert Reynolds, *Europe emerges*, Madison, Univ. of Wisconsin Press, 1967, p. 442.

Véase también Barbour: «La libertad para exportar metales monetarios, escasos en el siglo XVII fuera de allí, ayudó a estabilizar las tasas de cambio en Amsterdam, y de esta manera fomentó la circulación de letras de cambio como instrumentos negociables de crédito, cuyo descuento y venta se convirtió en un animado negocio en la ciudad.» *Capitalism in Amsterdam*, p. 53.

[234] «Una condición esencial de la imponente posición de Amsterdam como lonja mercantil de la Europa occidental parece haberla proporcionado la línea proteccionista seguida por su política marítima durante la segunda mitad del siglo XV. De acuerdo con ella, se exigía que todos los capitanes que llegaban del Báltico y eran ciudadanos de Amsterdam recalaran en la ciudad. Lo mismo se aplicaba a los ciudadanos de Amsterdam que eran copropietarios de un navío con un patrón no ciudadano. Esta norma, que constituye una ley de navegación en embrión, estaba dirigida contra Lübeck y contra el tráfico directo del Báltico a Flandes, especialmente a Brujas.» Glamann, *Fontana Economic History of Europe*, II, p. 35.

[235] «Compras al por mayor, crédito liberal y transporte barato se combinaban para mantener los precios de Amsterdam al mismo nivel que en los lugares de origen. En 1606 un miembro de la Cámara de los Comunes mantenía que los holandeses podían vender paño inglés, acabado en los Países Bajos y reexportado desde allí, a precios inferiores a los de las compañías comerciales inglesas.» Barbour, *Capitalism in Amsterdam*, p. 95.

[236] Por ejemplo, véase Barbour sobre las inversiones extranjeras holandesas y su peso: «[En el siglo XVII] en su mayor parte los géneros extranjeros en busca de crédito para compras, o de adelantos a corto plazo, se dirigían al capital privado de Amsterdam [...].

»En la sucesión de guerras entre las Coronas del norte por la suprema-

Si Amsterdam sucedió a Sevilla, si el norte de los Países Bajos se convirtió en el centro comercial y financiero de la economía-mundo europea en el «segundo» siglo XVI, ¿cómo podríamos describir lo que ocurrió a las ciudades-Estado del norte de Italia, particularmente Venecia y Génova, que parecían expandirse en vez de ver disminuir sus papeles comerciales y financieros precisamente en esta época? Lo que podemos decir es que esta expansión fue breve, y que enmascaraba un proceso de declinación oculto bajo el resplandor, de tal forma que, para finales del «segundo» siglo XVI, estas áreas se verían relegadas a la semiperiferia de la economía-mundo europea.

El verdadero salto hacia adelante de Amsterdam no ocurrió hasta 1590. Entre la crisis de 1557 y 1590 ocurrió la revolución de los Países Bajos. El papel de los Países Bajos en el comercio mundial fue necesariamente menor en este período. Como resultado, Génova hizo suyas algunas de las funciones que previamente correspondían a Amberes, y, en el aspecto bancario, a los Fugger [237]. Curiosamente, Inglaterra, que era quien más tenía

cia en el Báltico, el capital holandés, como la navegación holandesa, lucharon de ambos lados [...].

»Inglaterra y Francia ofrecían al capitalismo extranjero un suelo menos virgen que los países del norte, al ser vigorosas y competitivas las aptitudes industriales y comerciales de sus propias clases medias, y encontrando agresivo apoyo para sus respectivos géneros. Pero en ambos países actuaba el capital holandés.» *Ibid.*, pp. 105, 111, 119. Véase Braudel en la nota 229, más atrás.

[237] «La época de los banqueros genoveses [...] se intercala de 1557 a 1627 en la historia del capitalismo, inmediatamente después del breve período de los Fugger y precediendo a la aparición del capitalismo híbrido de Amsterdam. [...] Es evidente que la fortuna de los genoveses no resulta de un simple golpe de varita mágica propinado en 1557, es decir, inmediatamente después de la extraordinaria bancarrota del Estado español, ni tampoco acaba de repente en 1627, coincidiendo con la quinta o sexta suspensión de pagos en Castilla [...] Génova aún continuará siendo durante mucho tiempo uno de los pilares básicos de las finanzas internacionales.» Braudel, *La Méditerranée*, I, pp. 454-455.

Véase también Elliott: «Los banqueros genoveses se destacaron al lado de los Fugger como prestamistas de Carlos V, y a medida que la influencia de los Fugger fue disminuyendo, después de la bancarrota real de 1557, aumentó la de los genoveses». *Europe divided*, pp. 59-60.

Y Spooner: «A partir de 1570 aproximadamente comenzó el apogeo de los genoveses, abriéndose un siglo en el que toman el relevo de los Fugger, cuya preeminencia financiera declina al esfumarse la prosperidad de las minas alemanas después de 1530». *New Cambridge Modern History*, III, p. 27.

Venecia también jugó un papel clave en las finanzas de la época: «En la larga expansión económica del siglo XVI Venecia se había convertido en un engranaje decisivo en la circulación internacional de letras de cambio [...]. Desde 1587 Venecia tenía un banco de depósitos, el *Banco della*

que perder por la caída de Amberes, dado que ésta amenazaba con privar a Inglaterra del acceso a los metales preciosos americanos[238], emprendió una impetuosa serie de capturas militares de tesoros procedentes de América, lo que llevó a los españoles a enviar por mar los metales preciosos a través de Génova[239]. La fuerza de Génova derivaba, por tanto, en parte de la agitación en los Países Bajos, en parte de su total devoción a la primacía de las consideraciones económicas[240], en parte de sus continuadas estrechas vinculaciones con la monarquía y el sis-

---

Piazza di Rialto. Por un decreto de 1593, el Senado estipuló que las letras de cambio se liquidarían mediante entradas en sus libros. Como resultado de ello, se creó un gran instrumento para las transacciones internacionales. En efecto, la República tenía un doble sistema monetario: [la *moneta corrente* y la *moneta di banco*]». Frank C. Spooner, «Venice and the Levant: an aspect of monetary history (1610-1614)», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, v, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. E. Giuffrè, 1962, pp. 646-647.

[238] «La política de reservas y de inteligencia entre Felipe II e Isabel fue posible mientras la Reina y los mercaderes de Inglaterra conseguían participar de las riquezas de América por medio de los préstamos concertados en Amberes. Pero todo ese orden y ese equilibrio quedan en suspenso con la crisis de 1566 y con la retadora llegada del duque de Alba a los Países Bajos, en 1567. [...] Todo cambió ahora en un enorme sector, ni más ni menos que el del Atlántico.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 438.

[239] «En el terreno financiero, [...] Amberes comenzó a perder su posición central a partir de 1568, cuando Isabel de Inglaterra confiscó el tesoro que se encontraba a bordo de una flota de galeras españolas que se habían refugiado en el puerto de Plymouth [...]. El canal de la Mancha ya no era seguro; a consecuencia de ello los banqueros genoveses decidieron cambiar el itinerario de los metales preciosos, haciéndolos pasar por Génova y las ferias de Besançon. Así, esta última ciudad se convirtió hacia finales del siglo XVI en la principal plaza bancaria de Europa occidental y en el centro de distribución de las remesas de plata que continuaban llegando del Nuevo Mundo.

»Desde un punto de vista bancario, por consiguiente, no fue Amsterdam quien obtuvo el fruto de la sucesión de Amberes; [...] Amsterdam no se convirtió en el centro mundial de los metales preciosos hasta 1640.» Raymond de Roover, «Anvers comme marché monétaire au XVI^e siècle», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XXXI, 4, 1953, pp. 1044-1045.

Véase Braudel: «A partir de 1580 ya no será España el centro real de dispersión de la plata, sino la Italia de las grandes ciudades. Italia obtiene grandes beneficios gracias a ese papel, y se encarga de exportar al Levante (tarea tan cómoda como rentable) una parte de las superabundantes monedas de plata españolas». *La Méditerranée*, I, pp. 450-451.

[240] «Me parece innecesario insistir en el hecho bien conocido de que Génova era un mercado monetario excepcionalmente libre de interferencias de elementos no comerciales. Por ejemplo nunca existió una presión eclesiástica digna de mención sobre las actividades financieras.» Carlo M. Cipolla, *Economia Internazionale*, v, p. 256.

tema comercial españoles [241], vinculaciones cuyos orígenes ya detallamos anteriormente.

En cuanto a Venecia, mientras que el «primer» siglo XVI fue una era de decadencia del comercio mediterráneo (bajo el impacto de la conquista por los turcos de Constantinopla y Egipto y de las nuevas rutas marítimas portuguesas a Oriente), el «segundo» siglo XVI fue testigo de un gran resurgir de su comercio, en especial en el Mediterráneo oriental [242]. Este resurgir había comenzado ya alrededor de 1540, y fue debido en parte a la incapacidad portuguesa para controlar el comercio del océano Indico [243], en parte a algunas ventajas competitivas de Venecia sobre Portugal [244], y en parte a la debilidad portuguesa

---

[241] Lonchay demuestra que la tasa real de interés cargada a la Corona española por los banqueros italianos era del 16-20 por 100. Véase *Académie Royale de Belgique*, pp. 950-951. H. G. Koenigsberger dice que: «Más que ningún otro Estado, Génova había unido su fortuna a la de la monarquía española [...] Mientras Perú envió plata a Sevilla, la plutocracia genovesa floreció». «Western Europe an the power of Spain», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 257.

[242] «Gracias a la convergencia de varias fuerzas distintas, hacia mediados del siglo XVI los mercados del Levante estaban bien provistos de mercancías orientales, y Venecia recuperó su prosperidad comercial anterior. Pero durante la primera mitad del siglo la depresión había sido profunda.» Vitorino Magalhães Godinho, «Le repli vénitien et égyptien et la route du Cap, 1496-1533», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage à Lucien Febvre*, II, París, Armand Colin, 1953, p. 300. Véase Frederic C. Lane, «The Mediterranean spice trade: its revival in the sixteenth century», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 581-590, y su artículo previo «Venetian shipping during the commercial revolution», en *Venice and history*, pp. 13-14; véase también E. E. Rich, *New Cambridge Modern History*, I, esp. p. 447.

[243] «También es probable que el comercio mediterráneo, vinculado a los intermediarios árabes, haya sabido reservarse, pagándolos más caros en los puntos de embarque, Goa, Cochin y otros lugares, los productos de mejor calidad. ¿No habrán exagerado notablemente los portugueses al mantener en Asia precios de compra extremadamente bajos? [...]

»Y, no habiendo perdido el comercio mediterráneo hacia Oriente nada de su interés para los habituales intermediarios, es evidente que sólo habría podido descartarlo la fuerza, es decir, una vigilancia ejercida en las mismas fuentes de aprovisionamiento. Y los portugueses lo consiguieron en varias ocasiones; [...] Pero esa atenta vigilancia se relaja muy pronto, por decisión de los mismos portugueses.» Braudel, *La Méditerranée*, II, pp. 495-496.

[244] «A comienzos del siglo XVI, el comercio español en el Mediterráneo atravesaba una grave crisis, como consecuencia de la apertura del comercio portugués directo con la India por el cabo de Buena Esperanza [...] El monopolio portugués, sin embargo, resultó ser efímero. Por fuertes que pudieran ser en el mar, los portugueses no podían esperar, con unos pocos barcos de guerra que operaban desde bases muy dis-

en Europa[245], así como a la crisis de España en los Países Bajos[246].

Pero el renacer del norte de Italia no podía durar. Ni su base agrícola ni su base industrial eran sólidas, al contrario que las del norte de los Países Bajos y *a fortiori* que las de Inglaterra, y en el siglo XVII se habla de la decadencia de Italia.

La debilidad de la base agrícola era múltiple, dado el crecimiento de la población en el siglo XVI, particularmente acentuado en el período 1580-1620[247]. Hemos mencionado ya la dificultad relativa de las condiciones del suelo. Es cierto que durante el «primer» siglo XVI, al declinar las ganancias por el comercio, hubo un desplazamiento de la inversión hacia la agricultura, en particular el trigo[248]. Esto fue especialmente cierto en el caso de las órdenes monásticas, que no tenían permitido el partici-

persas, suprimir permanentemente todo un floreciente comercio que proveía a Egipto y al imperio turco, así como a clientes europeos [...] El comercio español en el océano Indico —o la mayor parte de él— pronto volvió a sus antiguos canales; con él revivió el comercio mediterráneo en naves venecianas. En una competencia frontal en precio y calidad las ventajas no estaban todas en absoluto de parte del comercio oceánico portugués. Los costos y riesgos de la ruta del Cabo eran grandes, y tendían a aumentar; y los portugueses no tenían mercancías que ofrecer con las que realizar fletes rentables hacia el extranjero. Compraban especias con oro y plata, y las ganancias del viaje de vuelta debían cubrir también los costos del viaje de ida [...] Puede haber habido también una diferencia de calidad de las especias, tendiendo las especias portuguesas "a estropearse y perder su aroma en el largo viaje por mar".» J. H. Parry, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 164-165.

245 Sobre el impacto de la desaparición de la factoría real portuguesa, como institución permanente, en 1549, véase S. T. Bindoff. «Independientemente de cuales fueran las razones para dar este paso, o sus inmediatas consecuencias, simbolizó el fin de una época.» *New Cambridge Modern History*, II, p. 68.

246 Véase J. B. Harrison, «Colonial development and international rivalries outside Europe, II, Asia and Africa», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 533-534.

247 Carlo M. Cipolla, por ejemplo, señala que en Milán, entre 1580 y 1610-1620, «hubo una expansión demográfica intensiva». *Mouvements monétaires dans l'Etat de Milan (1580-1700)*, París, Armand Colin, 1952, p. 31. Para Florencia se señala una expansión análoga, siendo 1619-1620 el punto de descenso, en Ruggiero Romano, «A Florence au XVIe siècle: industries textiles et conjoncture», *Annales ESC*, VII, 7, octubre-diciembre de 1952, páginas 508-512.

248 «El trigo se basta a sí mismo para establecer de una manera aplastante la superioridad de la producción agrícola sobre cualquier otra [en el siglo XVI]. La agricultura es la industria más importante del mar Interior, tanto más cuando los cereales sólo constituyen una parte del ingreso agrícola.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 385.

par en el comercio urbano. Esta tendencia se vio accentuada particularmente en la Terraferma alrededor de Venecia[249], entre 1570 y 1630, al responder los inversores locales al aumento de los precios agrícolas y la declinación de las ganancias industriales.

No obstante, a pesar del incremento de la producción, había hambre. Parte de la explicación yace en un factor que, desde el punto de vista del sistema social, es accidental y externo: un súbito incremento de la lluvia y el frío en las últimas décadas del siglo XVI, que llevó a un incremento de las tierras pantanosas y, por tanto, de la malaria[250]. Esto último resultaba particularmente serio, dado que Italia estaba sufriendo ya un tal incremento como resultado de la extensión del cultivo de tierras en el proceso de colonización interna[251]. Aun así, se podría pen-

---

[249] «La razón fundamental [de este desplazamiento] debe estar seguramente en los beneficios que los venecianos esperaban obtener de la tierra [...] Un primer incentivo era probablemente el ejemplo de los beneficios obtenidos por los grandes monasterios mediante la roturación de nuevas tierras, ya en el siglo XV [...]

»El período crucial del cambio hacia las actividades agrícolas parecería estar entre 1570 y 1630, cuando las posesiones venecianas se incrementaron probablemente en un 35 por 100.» S. J. Woolf, «Venice and the Terraferma: problems of the change from commercial to landed activities», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, pp. 194-195.

Véase Bouwsma: «En toda Italia, la propiedad eclesiástica de la tierra se había extendido en el período de la Contrarreforma; y unas condiciones especiales habían acentuado esta tendencia en territorio veneciano más que en ninguna otra parte. Las corporaciones eclesiásticas habían participado entusiásticamente con sus especiales acumulaciones de capital en los grandes proyectos de roturación de nuevas tierras de esta época». *Venice and the defenses*, p. 343.

[250] Braudel termina su exposición de las relaciones entre las lluvias y la recesión con el siguiente comentario: «Todo el drama social del hambre que domina las postrimerías del siglo puede tener su verdadera causa en la perturbación, aunque ligera, de las condiciones atmosféricas. Llevado esto al extremo límite de la prudencia, ¿qué podría decirse? Acerca de ese drama de fines de siglo no escasean, por cierto, las explicaciones demográficas o económicas, pero nada nos asegura que el clima no haya tenido su parte en tales hechos y que no debe ser considerado, en general, como un factor variable de la historia. Es difícil asegurarlo, pero algunos hechos lo demuestran bastante claramente». *La Méditerranée*, I, página 248.

[251] «No es posible sustraerse [...] a la impresión de que en el siglo XVI se produjo un recrudecimiento de este mal [la malaria]. Aunque quizá ello se debiera simplemente al hecho de que el hombre va a enfrentarse ahora a su viejo y terrible enemigo de las tierras bajas. Todo el siglo XVI, y ya todo el XV, se lanzan, en efecto, a la búsqueda de tierras nuevas. ¿Dónde encontrarlas más tentadoras, más prometedoras, que en estas llanuras húmedas y susceptibles de ser transformadas? Pero nada más

sar que una región con tal cantidad de metales preciosos podría haber importado trigo. Esto parece haber ocurrido en cierta medida, lo suficiente como para extender los efectos del hambre, creando escasez en otros lugares [252], pero no lo suficiente, aparentemente, para mantener una base agrícola para la producción industrial. ¿Por qué no? Se puede suponer que los nuevos grandes productores agrícolas (tales como los monasterios) no prestaban su peso político a la expansión de las importaciones de grano [253]. Estaba, por supuesto, el factor del costo. El grano báltico estaba lejos, y el grano egipcio y sirio resultaba a menudo inaccesible, ya fuera porque ellos también sufrían escasez o debido a un estado de guerra con los turcos [254].

---

nocivo que el primer contacto, la primera remoción de tierras infestadas [...] La activa colonización del interior que se organizó por todo el Mediterráneo en el siglo XVI costó harto cara. Fue especialmente activa en Italia. Si Italia falla en la conquista de colonias lejanas, si permanece al margen de ese gran movimiento, ¿no es, entre otras razones, porque estaba ocupada en conquistar dentro de sus propias fronteras todo el espacio susceptible de aprovechamiento según las técnicas de la época, desde las planicies inundadas de agua hasta las cumbres?» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 59. Véase P. J. Jones, «Per la storia agraria italiana nel medio evo: lineamenti e problemi», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 2, junio de 1964, pp. 307-308.

[252] «La situación alimentaria en el área mediterránea habría sido con toda probabilidad mucho más grave si el flujo de metales preciosos procedentes de América no hubiera proporcionado los medios de pago para las grandes compras de grano. De esta forma, la fluctuación climática se convirtió en uno de los factores que contribuyeron a difundir por toda Europa los efectos de la entrada de metales preciosos. La expansión del comercio y la navegación desde mediados del siglo XV debe haber ayudado también a mitigar los efectos de las malas cosechas. Sin embargo, los cambios climáticos intervinieron de forma sustancial para debilitar a los países mediterráneos en relación con las naciones ascendentes del Atlántico y del mar del Norte.» Utterström, *Scandinavian Economic History Review*, III, p. 44.

[253] «Antes y después de esta crisis [alimentaria de 1591], el Mediterráneo ha vivido siempre y esencialmente de los productos de su propia agricultura. No hay nada aquí que se parezca a lo que ocurre en los Países Bajos con Amsterdam o, mucho más tarde, en la Inglaterra del libre cambio. Los universos urbanos no quieren confiar a los de fuera el cuidado de aprovisionarlos.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 387.

Sin embargo, las importaciones de grano crecieron. Ha sido Braudel, de hecho, quien ha señalado, junto con Romano, el papel desempeñado por el trigo en la expansión de Liorna: «¿No está ligado el auge de Liorna con su creciente papel como puerto triguero? La gran hambre de 1591 y la entrada de trigo del norte [...] marcan, creemos, el punto de inflexión decisivo». Fernand Braudel y Ruggiero Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne (1547-1611)*, París, Armand Colin, 1951, p. 22.

[254] La importancia de este aislamiento respecto al Levante como fuente de grano queda indicada en la descripción de J. H. Parry de la situación

Más aún, en la medida en que estaban importando grano era bajo las peores condiciones de negociación, y a través de su rival comercial, los holandeses. Porque Amsterdam controlaba las existencias bálticas de grano y podía suministrarlo a su gusto[255]. Esta ventaja coyuntural de Holanda sobre el norte de Italia pudo transformarse entonces en algo más permanente a causa de las vinculaciones creadas por la economía-mundo. Spooner señala el papel de las nuevas y sofisticadas técnicas de crédito, endoso de letras de cambio, *patto di ricorsa* (una forma de crédito a corto plazo), y bancos públicos, todo lo cual empezaba a emerger precisamente en este momento. Este sistema de crédito era internacional, y al empezar a declinar el norte de Italia el foco de estas actividades se vio desplazado sin más[256].

---

en el siglo XV: «En el oeste, más populoso y menos productivo, la situación era más difícil. Florencia, Génova, Venecia, Ragusa, Nápoles y las ciudades del este de España —estas últimas rodeadas principalmente de tierras productoras de vino, aceite o lana— eran todas importadoras de grano por mar, ya que sus suministros locales eran insuficientes o irregulares, y el transporte local por tierra era costoso. Las principales fuentes occidentales eran Apulia y Sicilia, ambas controladas políticamente por los gobernantes de Aragón, que eran importadores regulares; pero en su conjunto el Mediterráneo occidental rara vez era autosuficiente en grano, y las ciudades de importancia también recurrían constantemente al barato y abundante grano del Levante. Venecia, en particular, contaba con el grano oriental; sus colonias del Egeo eran una útil fuente de suministro, y la República también importaba regularmente grano de Egipto. Existía en el Mediterráneo oriental, por consiguiente, un comercio marítimo de grano, especializado, complejo, y necesariamente flexible. Los barcos, venecianos, genoveses o ragusanos, eran grandes, diseñados para llevar su voluminosa carga, y normalmente no llevaban otra cosa». *The age of reconnaissance*, p. 53.

[255] «En el Mediterráneo las condiciones eran diferentes: a causa del peligro constantemente amenazante de los piratas argelinos, naves grandes y armadas eran indispensables en esta área [...] Sin embargo, Amsterdam consiguió hacerse con parte del comercio mediterráneo, gracias a sus grandes existencias de grano. Muchos años de finales del siglo XVI y de la primera mitad del XVII fueron tiempos de escasez de grano en Italia y España, mientras los almacenes de Amsterdam estaban bien provistos de trigo y centeno procedentes de Polonia o de la Prusia oriental, pudiendo obtener así grandes ganancias los comerciantes holandeses.» Van Dillen, *Britain and the Netherlands*, II, p. 136.

Véase Parry, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 158-159. Parry añade una consideración adicional sobre la causa de la escasez de grano en el Mediterráneo: «La escala masiva de las hostilidades turco-españolas en la década de 1570, y la asociación de Venecia a España, dislocaron también el comercio normal de grano, y al mismo tiempo aumentaron la demanda para el avituallamiento de flotas, ejércitos y guarniciones» (p. 159).

[256] «En otro aspecto, la extensión del crédito estaba estrechamente ligada con el marco del comercio, con las asociaciones de comerciantes

Porque los financieros comerciales se salvaron a sí mismos, en Génova, como en otros lugares, sin demasiadas preocupaciones acerca de lealtades geográficas.

Pero ¿y la industria? ¿Acaso no era el norte de Italia un centro industrial, y un centro industrial al que se había infundido nueva vida, especialmente en Venecia? J. H. Elliott menciona nuevas inversiones entre 1560 y 1600, y un momento de «opulento esplendor»[257]. La opulencia, sin embargo, no duró. De ser una de las áreas industriales más avanzadas en Europa en 1600, la Italia del norte se convirtió en una región agrícola deprimida hacia 1670. Ya hemos sugerido que la prosperidad era engañosa. Domenico Sella dice, acerca de la prosperidad económica de Venecia a finales del siglo XVI, que no puede «ocultar el hecho de que la base sobre la que se apoyaba era un tanto más estrecha en el pasado, y que, por consiguiente, su economía se había hecho tanto más vulnerable»[258]. Existen aquí dos consideraciones fundamentales; una es la pérdida de Francia e Inglaterra como clientes, a causa de la aparición de sus propias industrias textiles. Por tanto, el mercado se reducía ahora más o menos al norte de Italia y a Alemania. La segunda es que el transporte marítimo estaba ya cada vez más en manos de buques no venecianos. Como dice Carlo Cipolla: «La totalidad de la estructura económica del país era excesivamente dependiente

en puertos, mercados y ferias de toda Europa. La actividad de los comerciantes financieros de Génova era un ejemplo destacado. Establecidos en Italia, foco tradicional de Europa, y envueltos en la gran aventura atlántica de España, con agentes diseminados por todo el continente, ellos fueron el canal a través del cual se efectuó el cambio de acento en la economía internacional desde el sur al norte de Europa y el Atlántico. De esta forma prepararon el camino para el extraordinario triunfo de Holanda.» Spooner, *New Cambridge Modern History*, III, p. 31.

[257] «En una época en la que otras partes de Europa estaban dedicando más atención y recursos al comercio marítimo, Venecia escogió una dirección completamente opuesta. La flota veneciana comenzó a declinar en los años posteriores a 1560 [...] Sin embargo, esta retirada marítima coincidió con un gran giro del capital veneciano del mar hacia el continente. Aquí fue utilizado no para el comercio, sino para la adquisición de territorio y para el montaje de una industria textil a gran escala, capaz de competir con éxito con las industrias textiles del norte de Italia y de los Países Bajos, las cuales habían sufrido las consecuencias de las guerras europeas. Esta política, al menos a corto plazo, le proporcionó importantes beneficios. Durante el resto del siglo, [...] [Venecia] disfrutó de un opulento esplendor, de tal forma que durante cierto tiempo pareció como si hubiesen vuelto milagrosamente los días de su antigua gloria.» Elliott, *Europe divided*, pp. 58-59.

[258] Domenico Sella, «Crisis and transformation in Venetian trade», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, p. 90.

de su capacidad para vender en el exterior una alta proporción de los artículos manufacturados y de los servicios de que podía ofrecer»[259].

¿Qué quiere decir esto de ser *demasiado* dependiente de la venta de bienes manufacturados? Después de todo, el secreto del éxito de las áreas del centro de una economía-mundo es que intercambian sus manufacturas por las materias primas de las áreas periféricas. Pero ese cuadro tan simple deja fuera dos factores: la capacidad político-económica para mantener bajos los precios de las importaciones de materias primas (que ya argumentamos que era más factible para los Países Bajos que para el norte de Italia), y la habilidad para competir en los mercados de los países *del centro* con los productos manufacturados de otros países del centro.

La historia resulta entonces bastante simple. Mientras que los holandeses podían vender más barato que los ingleses en Inglaterra, los italianos, por comparación, tenían probablemente precios demasiado altos[260], y estaban anticuados[261]. Los gremios

---

[259] Carlo M. Cipolla, «The decline of Italy: the case of a fully matured economy», *Economic History Review*, v, 2, 1952, pp. 180-181. Esto no solamente es cierto para Venecia, sino también para Milán. Véase Cipolla, *Mouvements monétaires*, pp. 33-34. Los detalles de esta decadencia de Venecia están admirablemente especificados en un simposio que cubre el periodo 1620-1720: *Aspetti e cause della decadenza economica veneziana nel secolo XVII. Atti del Convegno (27 giugno-2 luglio 1957)*, Venecia-Roma, Istituto per la Collaborazione Culturale, 1961.

[260] E. J. Hobsbawm muestra algunas reservas en torno a la validez de este argumento sobre el nivel excesivo de los precios italianos. Véase «The crisis of the seventeenth century», en Trevor Aston, comp., *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, p. 19. Sin embargo, Barry Supple ofrece ciertos datos, que confirmarían la hipótesis de Cipolla, en *Commercial crisis and change in England, 1600-1642*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1959, pp. 159-160. Véase también la explicación de Ruggiero Romano de la decadencia de la construcción naval veneciana, especialmente a partir de 1570: «[La política de créditos a la construcción] no podía contrapesar los altos precios de los astilleros venecianos, altos en comparación con los de la construcción naval en otras partes, especialmente en el norte de Europa». «La marine marchande vénitienne au XVIe siècle», en M. Mollat *et al.*, comps., *Les sources de l'histoire maritime en Europe, du Moyen Age au XVIIIe siècle* (Actes du IVe Colloque International d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1962, página 46.

[261] «El éxito del paño del norte se debía a dos factores: costaba menos, y su calidad, quizá menos estimable que la de los productos venecianos, respondía más a las nuevas exigencias de la moda.» Sella, *Annales ESC*, XII, p. 39.

Se debe recordar que en el siglo XVI trabajo de *calidad* significaba trabajo *más* industrializado, no menos. En una era en la que el trabajo fabril se asocia con la producción para las masas y con la producción

italianos mantenían elevados los costos de la mano de obra. La imposición estatal era comparativamente elevada. Los italianos producían para un mercado de calidad. Otros aparecieron con telas más ligeras y de mayor colorido; menos duraderas, de calidad inferior, pero más baratas. El secreto del éxito industrial moderno se iba a ver tempranamente revelado. Cuando la guerra de los Treinta Años interfirió también el mercado alemán, sobrevino el desastre: caída de la producción de tejidos, desinversión de capital, emigración de las industrias a las áreas rurales, para escapar a los costos gremiales de la mano de obra y al recaudador de impuestos. Ya que las industrias no eran competitivas, fueron muriendo[262].

¿Podría el norte de Italia haber jugado el papel del norte de los Países Bajos? Es posible, pero probablemente no había

---

masiva, y en la que la artesanía sobrevive como una especie de arte para un mercado especializado, requiere un salto de la imaginación el comprender que antes de la era industrial sucedía lo opuesto. Entonces las fábricas, es decir, conjuntos de obreros cooperando juntos en un lugar bajo supervisión directa, se usaban sólo en aquellos raros casos en los que resultaba esencial la calidad, como en ciertos productos de lujo, o en los que se estimaba mucho la precisión por razones de seguridad, o en los que se daba algún otro problema que exigía un alto nivel de control. Tal era el caso, por ejemplo, de la producción de cordaje en la Venecia del siglo XVI, donde el Senado se preocupaba por «la seguridad de nuestras galeras y barcos, y, de forma similar, por nuestros marineros y nuestro capital». El Senado no confiaba además tal empresa a manos privadas. Frederic Lane cita la declaración del Senado en «The rope factory and hemp trade in the fifteenth and sixteenth centuries», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, página 270.

[262] «Cuando un país se encuentra en la desafortunada posición en la que se encontraba Italia a comienzos del siglo XVII, tarde o temprano se ponen en marcha un cierto número de fuerzas, naturales o inducidas, para provocar un reajuste. Los pasos necesarios para corregir el desequilibrio pueden variar: desarrollo de nuevos tipos de producción, búsqueda de nuevos mercados, disminución de ciertos tipos de consumo, reducción de la relación entre el nivel doméstico de precios y el nivel mundial, etc. Si un país puede desarrollar nuevos tipos de producción o explotar nuevos mercados, puede, hablando a grandes rasgos, mantener tanto su nivel de empleo como su nivel de vida. En otro caso debe admitir naturalmente una reducción drástica de su nivel de vida y, muy probablemente, de su nivel de empleo.» Cipolla, *Economic History Review*, V, pp. 186-187.

E. J. Hobsbawm duda de que fuera posible que el norte de Italia hiciera algo diferente de lo que hizo: «La decadencia de Italia [...] ilustra las debilidades del "capitalismo" parásito en un mundo feudal. Así, los italianos del siglo XVI probablemente controlaban las mayores aglomeraciones de capital, pero las invirtieron de forma flagrantemente errónea. Las inmovilizaron en edificios y las disiparon en préstamos exteriores durante la revolución de los precios (que naturalmente favorecían a los

lugar para ambos, y Holanda estaba mejor equipada para la labor, por un montón de razones, de lo que estaban Venecia, Milán o Génova. Tampoco podía Italia seguir el camino de Inglaterra y Francia, entre otras cosas por falta de seguridad política[263]. Cuando la peste golpeó a Italia en 1630[264], redujo la presión sobre el suministro de alimentos, pero también elevó aún más los salarios. Aquello fue la última gota. El norte de Italia completó así l^ transición de centro a semiperiferia. Hemos señalado ya pr^ iamente que España estaba sufriendo esta misma transición en esta época. Sin duda el norte de Italia nunca cayó tanto como algunas otras áreas mediterráneas, por ejemplo, el sur de Italia[265] y Sici-

---

deudores), o las desviaron de las actividades manufactureras hasta diversas formas de inversión inmovilizada. [...] Sin embargo, los inversores italianos, que eran conscientes desde hacía mucho tiempo de que las catedrales demasiado grandes eran malas para los negocios, actuaron bastante sensatamente. La experiencia de siglos les había mostrado que las mayores ganancias no se conseguían con el progreso técnico ni en la producción [...] Si gastaron grandes cantidades de capital de forma improductiva, puede haber sido simplemente porque no había más espacio para invertirlo de forma progresiva en ninguna escala dentro del sector capitalista [...] La expansión general de finales del siglo XVI [...] y las demandas bruscamente acrecentadas de las grandes monarquías absolutas, que recayeron sobre los contratistas privados, y el lujo sin precedentes de sus aristocracias, retrasaron la llegada del infortunio». *Crisis in Europe*, pp. 18-19.

[263] Amintore Fanfani considera que ésta es la primera, pero no la única, explicación de la decadencia: «En Italia no había otra posibilidad que la de buscar refugio en la agricultura, y por otra parte no podían frenar la decadencia por falta de tres cosas: 1, falta de un amplio mercado unitario o de una fuerte tendencia hacia la unificación; 2, ausencia de Italia del gran movimiento europeo de expansión oceánica; 3, falta de un programa económico importante adecuado a las necesidades reales de la economía italiana». *Storia del lavoro*, p. 48.

[264] La gravedad de la peste queda puesta de relieve por su impacto sobre la población: «Las pandemias de 1630 y 1657 cancelaron los avances del período 1580-1629 y 1631-1655, y retrotrajeron a la población italiana a un nivel oscilante en torno a los once millones». Carlo M. Cipolla, «Four centuries of Italian demographic development», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Arnold, 1965, p. 573.

[265] «La venta de tierra [y consecuentemente el auge del capitalismo feudal] tuvo lugar en toda la península [italiana], desde el Piamonte [...] a Sicilia.» Bulferitti, *Archivio Storico Lombardo*, IV, 21, n. 30. Villari describe el proceso en Italia meridional de lo que él llama «comercialización del feudo». *La rivolta antispagnola a Napoli*, p. 164. La venta de tales tierras por el Estado facilitó el auge de nuevos grupos que fueron ennoblecidos. «Fue un movimiento complejo de expansión y consolidación de los dominios feudales, al que la alta burguesía dio un fuerte impulso, y que coincidió con una muy enérgica afirmación del poder económico y social de la nobleza tradicional» (p. 192). Una consecuencia fue la

lia[266], pero esto sería un pobre consuelo en los siglos por venir. R. S. Lopez, al hacer el recuento de todas las desgracias ocurridas al Mediterráneo cristiano desde 1450, concluye entristecidamente: «Evidentemente, la primacía de los pueblos mediterráneos no podía sobrevivir a tantas adversidades»[267].

«feudalización de las ciudades» (p. 168), a la que se opuso una resistencia tan fuerte como inefectiva. Cambió el estilo de vida de las ciudades: «Una de las consecuencias más visibles de la expansión feudal fue el incremento del consumo de bienes improductivos y de lujo, con la construcción de palacios, capillas, villas y jardines en los centros urbanos de la provincia, en una nueva fase de su desarrollo urbano» (pp. 193-194).

[266] «Gravemente subindustrializada, estando la mayor parte de sus bancos y de su crédito bajo control de extranjeros, sirviendo las ganancias de su comercio de exportación para enriquecer a comerciantes genoveses, venecianos y catalanes, y con un sistema agrícola que combinaba las desventajas de la economía feudal con las de un moderno sistema de crédito, Sicilia permaneció pobre y no fue nunca capaz de alcanzar el puesto de cabecera que el norte de Italia había ganado a finales de la Edad Media.» Koenigsberger, *The government of Sicily*, p. 82.

[267] Lopez, *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 353. Braudel habla de un «reflujo de la economía» en todo el Mediterráneo a partir de la década de 1620. «L'économie de la Méditerranée au XVII[e] siècle», *Les Cahiers de Tunisie*, VI, 14, 2.° trimestre, 1954, p. 195. Emmanuel Le Roy Ladurie menciona esta «lepra de decrecimiento que aflige [a partir de 1620] a italianos, castellanos e hispanoamericanos». *Paysans*, p. 636.



«Dos mendigos luchando», aguafuerte de Jacques Bellange, pintor, grabador y decorador oficial de la Corte de Lorena, en Nancy, de 1602 a 1616. El aguafuerte fue hecho entre 1612 y 1617 (Washington D. C., National Gallery of Art, Rosenwald Collection).

5. LOS ESTADOS FUERTES DEL CENTRO: FORMACION DE CLASE Y COMERCIO INTERNACIONAL

Uno de los temas más persistentes en la historia del mundo moderno es el vaivén entre «nacionalismo» e «internacionalismo». No me refiero al vaivén ideológico, aunque por supuesto exista, sino al organizativo. En algunos puntos en el tiempo las principales instituciones económicas y políticas están preparadas para operar en la arena internacional, sintiendo que los intereses locales están ligados en alguna forma inmediata a los desarrollos en otros lugares del mundo. En otros momentos los actores sociales tienden a ejercer sus esfuerzos localmente, tienden a ver como primordial el fortalecimiento de los límites del Estado, y se mueven hacia una relativa indiferencia acerca de los sucesos que ocurren más allá de estos límites. Se trata, por supuesto, solo de *tendencias*, y no todos los actores están obligados a observar la tendencia dominante, así como tampoco es obligatoria o probable la coherencia al repecto por parte de los actores.

Debería subrayar que estoy hablando de una tendencia organizativa, no estructural. La cuestión no es si la economía-mundo está más o menos integrada, si las tendencias son inflacionarias o deflacionarias, si los derechos de propiedad están más o menos concentrados. Estas variables estructurales sustentan las opciones organizativas, pero la correlación entre ambas no se establece a medio sino a largo plazo. Las opciones organizativas son elecciones políticas, son decisiones que los hombres hacen de las formas que con más probabilidades puedan apoyar sus intereses.

En el «segundo» siglo XVI, después de la paz de Cateau-Cambrésis, la balanza económica osciló. El noroeste de Europa se convirtió en el corazón económico de la economía-mundo europea. Es ahora el momento de examinar qué es lo que dio a Inglaterra y Francia una fuerza tan fundamental. Dado que la aparición del sector industrial es un importante elemento de este cuadro, veamos qué tipo de transformación industrial

estaba en marcha, y por qué pareció beneficiarse tanto de ella especialmente Inglaterra.

El aspecto más importante de la transformación industrial del «segundo» siglo XVI no es la novedad de su tecnología (aunque hubo alguna), ni su organización social. La fábrica y la producción en masa seguían siendo esencialmente desconocidas. Tampoco creció mucho el nivel global de producción industrial de la economía-mundo europea. Domenico Sella nos recuerda que, a pesar de todo el desarrollo económico del siglo XVI «largo», «el sector industrial de Europa, tal y como existía en 1700, se parecía mucho más a su antecedente medieval que a su sucesor del siglo XIX» [1]

El cambio fundamental se dio en la distribución geográfica de la industria. Hasta alrededor de 1550 había focos de actividad industrial en diversas partes de Europa. La «espina dorsal industrial de Europa iba [...] de Flandes a Toscana»[2], pero había algo de industria en todas partes. A partir de 1550 aproximadamente la actividad industrial empezó a concentrarse en ciertos Estados del «noroeste» de Europa, y a declinar en otros Estados europeos. Resulta llamativa la medida en que esta decadencia golpeó a un área tras otra de los territorios que constituían el imperio de Carlos V [3].

Mientras la industria declinaba drásticamente en algunas áreas, parecía dividirse en dos variedades en las restantes áreas de Europa. John Nef distingue entre el norte de Italia, Francia y Suiza, por una parte, y el «norte» de Europa (Inglaterra, la república holandesa, Suecia, Dinamarca y Escocia), por otra. Según Nef:

---

[1] Domenico Sella, «European industries, 1500-1700», *Fontana Economic History of Europe*, II, 5, 1970, p. 5. Ruggiero Romano afirma que había muy pocas «verdaderas» industrias en el siglo XVI, tan sólo «esencialmente productos textiles, industrias de extracción de minerales, y construcción naval. Todas las restantes actividades productivas se basaban en esencia en el trabajo de artesanos individuales». *Rivista Storica Italiana*, LXXIV, página 500.

[2] Sella, *Fontana Economic History of Europe*, II, 5, p. 64.

[3] «Hubo una marcada disminución del volumen de la producción, de la escala de las empresas industriales, y de la importancia relativa de la industria [...] [en] una amplia zona de Europa, los dominios imperiales y españoles, incluyendo el Franco Condado y el sur de los Países Bajos, territorios todos que habían estado unidos nominalmente, durante una generación, bajo el emperador Carlos V.» John U. Nef, *War and human progress*, Nueva York, Norton, 1963, p. 6. En las pp. 6-7 Nef fecha la decadencia de cada una de las partes del antiguo complejo imperial de los Habsburgo.

En [aquéllas] se dio un notable crecimiento en la producción de las industrias artísticas y de lujo, un nuevo desarrollo del arte y de la artesanía, pero sólo un ligero aumento en la producción de las industrias pesadas, y por consiguiente ningún cambio llamativo en el volumen del producto. En [éstas] hubo una expansión de las industrias pesadas, y por consiguiente del producto, de la que no existía precedente alguno [4].

Sella dibuja sus líneas geográficas de forma un poco diferente. Incluye Flandes y el sur de Alemania, junto con el norte de Italia, entre las áreas de decadencia, para lo cual, como hemos visto, tiene buenas razones. No menciona a Suiza. Distingue entre Francia y Suecia, que muestran ciertos adelantos, e Inglaterra y la república holandesa, donde los avances conseguidos fueron «mucho más notables» [5], y en cada una de las cuales se estableció «un amplio espectro de actividades industriales» [6].

Ambos autores concuerdan no obstante en señalar el gran ascenso de Inglaterra. Esto resulta tanto más sorprendente cuando recordamos que muchos describen la relación de la

---

[4] *Ibid.*, p. 6.

[5] Sella, *Fontana Economic History of Europe*, II, 5, p. 65.

[6] *Ibid.*, p. 66. Véase Heaton, *Economic history of Europe*, pp. 314-319. El cuadro que traza Eli F. Hecksher de Suecia, en lo que llama período de «madurez de la economía medieval», tiende a respaldar la opinión de Sella: «Lo que resulta notable en la economía sueca del siglo XVI no es que finalmente hubiera un cambio, sino que el cambio llegara con tanto retraso. Aislado como se encontraba, política, económica e intelectualmente, el país miraba todavía al pasado más bien que al futuro. Las tareas realizadas por el gobierno eran aún tan reducidas que ni los gobernantes ni los contribuyentes se sentían obstaculizados por la pervivencia de la economía natural. Desde el momento en que el gobierno no realizaba ningún gasto sustancial en el exterior, no tenía necesidad de obtener divisas extranjeras mediante exportaciones. La forma de vida de la población en conjunto conocía tan pocos cambios que, excepto en lo referente a la sal, el comercio de importación era de poco interés general.» *An economic history of Sweden*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1954, páginas 77-78.

Frédéric Mauro insiste en el fenómeno de las industrias clave para explicar el papel preeminente de Inglaterra y Holanda: «Fue [...] la industria minera y metalúrgica la que desempeñó en la revolución comercial un papel análogo al que desempeña la del acero en el Tercer Mundo actual. Junto a la clase de los comerciantes apareció la de los industriales. La gran suerte de Inglaterra y los Países Bajos fue poseer ambas: la una ayudando a la otra, una aportando sus máquinas, otra los productos de consumo para la masa de trabajadores. Amberes-Lieja-Hondschoote: he aquí el triángulo del triunfo belga en el siglo XVI. Londres-Newcastle fue el eje de la prerrevolución industrial británica durante el reinado de Isabel.» *Le XVIe siècle européen*, pp. 298-299.

Inglaterra medieval con el continente europeo como «colonial»[7], y que Nef mantiene que incluso hasta 1547 Inglaterra estaba «industrialmente estancada en comparación con la mayor parte de los países continentales, incluyendo Francia». Aun así, debido a la expansión industrial de Inglaterra, particularmente entre 1575 y 1620, «las posiciones de ambos países [acabaron] invirtiéndose»[8].

La Baja Edad Media fue testigo de un importante cambio en la composición, y por lo tanto en el destino, del comercio de exportación inglés. Comenzó como fuente de materias primas: cereales, madera, y en menor medida, metales y cuero. Para el siglo XVI la exportación de estos elementos había declinado relativamente, y en el caso de los cereales en términos absolutos, y la tela se había convertido en la principal exportación de Inglaterra.

Los cereales (en particular el trigo) jugaron un papel cada vez menor a partir del siglo XIV. Esto fue debido, en parte, al hecho de que Europa oriental comenzó a exportar grano y llegó a absorber una parte muy grande del mercado de grano internacional. Esto puede haber servido para desalentar cualquier tendencia a aumentar innecesariamente la producción inglesa[9].

---

[7] Postan, *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 233. En otros lugares, sin embargo, Postan se muestra menos dispuesto a ver en las relaciones de Inglaterra con Italia en la Edad Media un paralelismo con el ciclo del colonialismo en el siglo XX: préstamo de técnicas y capital, seguido de expulsión del dominador colonial. Sostiene que la diferencia reside en el carácter gradual del desarrollo inglés, cuya causa se encontraba primariamente en la expansión de la población y otros factores domésticos, combinada quizá con algunos créditos e inversiones extranjeros. Sostiene en este punto que el papel de los italianos fue «muy secundario y relativamente carente de importancia cuando lo situamos en el marco de la economía nacional en su conjunto. Bien puede suceder, de hecho, que donde el impacto de los italianos resultara más decisivo no fuera en sus inversiones directas ni en sus lecciones de alta técnica, sino en la parte que desempeñaron en ayudar a los reyes a remover la vida económica del país. Los impuestos y las finanzas reales extrajeron de las clases poseedoras y trabajadoras de la tierra grandes masas de riqueza previamente inmovilizada, y las vertieron en manos de los comerciantes, financieros, contratistas de los ejércitos y negociantes de guerra. De esta forma, parte de la riqueza del país, que de otra manera habría sido atesorada, se hizo asequible al comercio y la industria». «Italy and the economic development of England in the Middle Ages», *Journal of Economic History*, XI, 4, otoño de 1951, p. 345.

[8] John U. Nef, *Industry and government in France and England, 1540-1640*, Ithaca, Great Seal Books, 1957, p. 1.

[9] «Durante toda la Alta Edad Media, pero más especialmente en el siglo XIII, Inglaterra exportó artículos alimenticios, grano incluido. Más tarde, apareció una nueva y mucho más importante fuente de grano. Como

En vez de eso, como sabemos, en Inglaterra se procedió a la partición de las reservas señoriales [*demesnes*], un factor habitualmente explicado por la declinación demográfica, la caída en el nivel de precios (especialmente de los cereales) y el elevado costo de vida. Sin duda el crecimiento del mercado de Londres en los siglos XV y XVI creó una nueva demanda de trigo [10], pero para aquel entonces las reservas señoriales inglesas estaban ya fragmentadas, y el grano era suministrado en parte desde el exterior [11]. Irlanda y Noruega se convirtieron en «colonias» económicas de Inglaterra, aunque ésta era aún una «colonia» del continente [12]. Este fue también el período de la incorporación legal de Gales a la Corona inglesa, que pro-

---

resultado de la colonización germana de las tierras eslavas más allá del Elba, se hicieron disponibles nuevos y amplios recursos agrícolas, y a partir de finales del siglo XIII el centeno de la Alemania oriental y de Polonia fluyó hacia el oeste. A comienzos del siglo XIV el grano del Báltico comenzó a formar parte de los suministros alimenticios flamencos, y hacia esa época desalojó al grano inglés de los mercados escandinavos.» Postan, *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 121.

Véase A. R. Myers: «Hasta el siglo XVI las exportaciones inglesas, con excepción del tejido, consistían principalmente en materias primas —metales, trigo y otros productos alimenticios, lana, y cuero—, y en el siglo XIV los exportadores ingleses de algunas de estas mercancías, especialmente de trigo, se estaban enfrentando a la competencia, cada vez más poderosa, de las nuevas tierras colonizadas del este de Alemania.» *England in the Late Middle Ages* (vol. IV de la Pelican History of England), Londres, Penguin Books, 1952, p. 57.

[10] Véase F. J. Fisher, *Essays in economic history*, II, pp. 197-207.

[11] Véase M. M. Postan, «The economic and political relations of England and the Hanse (1400 to 1475)», en Eileen E. Power y M. M. Postan, comps., *Studies in English trade in the fifteenth century*, Nueva York, Barnes & Noble, 1966, esp. pp. 139-141. Véase N. S. B. Gras: «En el período Tudor ocurrió un cambio de la mayor importancia [...] Londres había roto la continuidad de su inicial independencia del trigo extranjero [...] El crecimiento de Londres había creado una amplia demanda que a su vez dio origen a un comercio de importación organizado [...] Todo esto resulta especialmente interesante cuando se advierte que en el siglo XVI hubo un gran incremento en la exportación de grano en general.» *The evolution of the English corn market*, Cambridge, Harvard Univ. Press, 1915, páginas 101-102. Véase Marian Malowist, «Histoire sociale: époque contemporaine», en *IX^e Congrès International des Sciences Historiques*, I, *Rapports*, París, Armand Colin, 1950, p. 310.

Pero véase Van Dillen: «[En el siglo XVII] Inglaterra era autosuficiente, pero los Países Bajos no. Por ello el grano importado estaba destinado principalmente a los Países Bajos.» *Britain and the Netherlands*, II, p. 134. Véase también Alan Everitt, en *Agrarian History*, IV, pp. 524-527.

[12] G. N. Clark, *The wealth of England from 1496 to 1760*, Londres, Oxford Univ. Press, 1946, pp. 27-28. Pero Noruega también exportaba productos primarios a Escocia, Dinamarca y los Países Bajos, que disminuían su dependencia de Inglaterra. Véase Lythe, *The economy of Scotland*, página 147.

porcionó a Inglaterra una colonia interna dedicada en este momento en particular a la cría de ganado [13].

El comercio de exportación de lana «estaba declinando ya regularmente» [14] en el siglo xv, a causa de la competencia española, el crecimiento de las exportaciones textiles, y la absorción de la lana por la industria textil en la propia Inglaterra. En particular, el impuesto sobre la exportación de lana, utilizado como un mecanismo fiscal por el Estado, «funcionó como un arancel protector para la naciente industria textil inglesa» [15]. La exportación de lana fue prohibida formalmente en 1614, momento en el que Inglaterra intentó regular el comercio de lana de Irlanda, convirtiendo a Irlanda en exportadora de lana, pero no de tela, y sólo a Inglaterra [16].

La industria textil inglesa tenía dos características muy importantes para la emergente economía-mundo. Era cada vez más una industria *rural* en Inglaterra, e introdujo a Inglaterra en una búsqueda de extensos mercados de exportación.

Nos hemos referido, en un capítulo anterior, a la teoría de Marian Malowist según la cual en Inglaterra, como en algunas otras partes de Europa, la recesión de los siglos XIV y XV, que había causado una marcada reducción en los ingresos agrícolas, llevó a la creación de industrias textiles rurales para suplementar los ingresos. Desde el punto de vista de los capitalistas, las industrias rurales tenían también la virtud de eludir los elevados salarios impuestos por los gremios en las ciudades [17], y aprovechar la fuerza hidráulica más barata para las batanadoras [18]. Estas industrias rurales producían tejidos «no de pri-

---

[13] «Los cambios administrativos en Gales durante el período Tudor favorecieron el desarrollo del comercio de ganado al eliminar los desórdenes en las fronteras.» Caroline Skeel, «The cattle trade between Wales and England from the fifteenth to the nineteenth centuries», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.ª serie, IX, 1926, p. 138.

[14] Eileen E. Power, «The wool trade in the fifteenth century», en Eileen E. Power y M. M. Postan, comps., *Studies in the English trade in the fifteenth century*, Nueva York, Barnes & Noble, 1966, p. 39.

[15] Myers, *England in the Late Middle Ages*, p. 132.

[16] Véase P. J. Bowden, *The wool trade in Tudor and Stuart England*, Londres, Macmillan, 1962, pp. 203-212.

[17] Véase Postan, *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 244. Véase Ramsey, *Tudor economic problems*, p. 101.

[18] «La rápida extensión del uso de batanadoras a partir de finales del siglo XII conseguía mediante energía hidráulica lo que hasta entonces se había hecho a mano o con los pies. Las corrientes de agua para mover las batanadoras se encontraban en los Cotswolds, los Peninos, y el Distrito de los Lagos, y a comienzos del siglo XIV la industria textil ya se estaba desplazando hacia estos distritos. El tejido de estambre, hecho especialmente en East Anglia, no necesitaba batanado, y por consiguiente no de-

mera calidad pero [...] más baratos y por lo tanto al alcance de la nobleza empobrecida y de otros clientes en peor situación»[19]. Esta expansión de la industria textil rural en Inglaterra compensó sobradamente toda declinación en los centros urbanos[20]. Pero en tiempos de contracción económica, el mercado interno era demasiado pequeño para mantener a la industria. «Por lo tanto, esta industria tuvo que buscar mercados en el exterior. En Inglaterra y Holanda esto [...] no dejó de hacerse a partir de la segunda mitad del siglo XIV»[21].

Así, los tejidos se convirtieron en el eje del comercio de exportación inglés, un cambio con respecto al siglo XIII, en el que la exportación de grano jugaba un papel más amplio, y esto en el contexto de lo que Postan llama un «mercantilismo precoz»[22]. Un aspecto de éste fue la expulsión progresiva de

---

pendía tanto de la fuerza hidráulica, pero incluso la manufactura del estambre tendía a desplazarse hacia los pueblos, a causa de la política restrictiva de los gremios de las ciudades. Sus intentos de mantener el precio de sus artículos aceleraron su caída, ya que los desorganizados trabajadores textiles de los pueblos estaban dispuestos a aceptar salarios más bajos [...] El desarrollo de la industria textil rural en la Inglaterra de la Baja Edad Media se debió así más bien a este avance en técnica y organización que (como se ha dicho a veces) a la invitación de Eduardo III a los tejedores flamencos para instalarse en Inglaterra.» Myers, *England in the Middle Ages*, p. 56

[19] M. Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 178.

[20] «La decadencia de la industria [textil] en el siglo XIII en lo que habían sido sus más florecientes centros urbanos resulta tan llamativa como su expansión en las regiones rurales durante el mismo período, pero lo que ha atraído hasta ahora la atención de los historiadores es el aspecto urbano de la cuestión, y de él han deducido falsamente una decadencia de la industria en su conjunto.» E. M. Carus-Wilson, «An industrial revolution of the thirteenth century», *Economic History Review*, XI, 1941, página 59. Véase Edward Miller: «La producción [de la industria textil inglesa] creció rápidamente durante el siglo XIV, en una era que muchos investigadores han considerado de contracción económica.» «The fortunes of the English textile industry during the thirteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 1, agosto de 1965, pp. 39-60.

[21] Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 179. Véase Postan: «En tanto que las exportaciones inglesas consistían principalmente en lana, no había necesidad para los comerciantes ingleses de buscar muy lejos un mercado y unos clientes. La lana era una materia prima industrial; sus clientes eran los fabricantes de paño extranjeros; y los únicos centros de manufactura de paño no sólo estaban altamente localizados, sino también situados muy cerca, principalmente en los Países Bajos. Por otra parte, el paño acabado tenía que ser vendido a sus potenciales clientes y en los principales centros de consumo potencial, o, en otras palabras, a hombres y mujeres de toda la Europa continental y más allá.» *Cambridge Economic History of Europe*, II, p. 245.

[22] Postan, en Power y Postan, comps., *Studies in English trade*, p. 103; véase Clark, *Wealth of England*, pp. 39-40.

comerciantes extranjeros, en particular italianos, que fue llevada a cabo en el siglo XV [23], sin duda no sin dificultades [24]. Fue aún más difícil expulsar a los mercaderes hanseáticos, pero eso también se logró en el siglo XVI [25].

El comercio de telas causó grandes dificultades a Inglaterra. La necesidad de vender en muchos mercados significaba que Inglaterra estaba sujeta a más pérdidas, como resultado de la competencia y las dificultades económicas, que en el relativamente protegido comercio de lana [26]. De hecho, la industria de telas sufrió una serie de contratiempos en el siglo XV a causa de su expuesta situación. Tanto Postan como S. T. Bindoff consideran estos contratiempos como explicación fundamental de la aparición de la nueva organización comercial de comerciantes ultramarinos, la *Fellowship of Merchant Adventurers* de Londres, que se creó formalmente en 1486 y monopolizó las relaciones de exportación con Amberes [27]. Pero

[23] Véase Alwyn A. Ruddock, *Italian merchants and shipping in Southampton, 1270-1600*, Southampton, University College, 1951, *passim*.

[24] Véase Jacques Heers, «Les Génois en Angleterre: la crise de 1458-1466», en *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, pp. 812, 824.

[25] Véase Postan, *Studies in English trade*, p. 101.

[26] «Una destacada diferencia entre el comercio de lana y el de paño en el siglo XV reside en las condiciones bajo las cuales se vendían ambas mercancías. Con excepción de los embarques italianos, la lana era vendida por ingleses a los compradores continentales en Calais, un mercado en posesión de Inglaterra, y abiertamente protegido por el gobierno. Por el contrario, el tejido era vendido en el continente por extranjeros tanto como por ingleses, y en regiones que se extendían desde Prusia, a lo largo de la costa oeste de Europa, hasta Italia. Esta extensa y desprotegida área de mercado estaba más expuesta a perturbaciones que el concentrado y protegido mercado de la lana de Calais, con su comercio italiano suplementario. Los mayores mercados del paño inglés eran las regiones bálticas, especialmente Prusia y Polonia, los Países Bajos y el Rin inferior, finalmente Francia y Guyena. Durante el período 1448-1476 no sólo Inglaterra perdió la Guyena, sino que los mercados del Báltico y los Países Bajos se vieron trastornados por las disensiones políticas. Las condiciones de las tres áreas de mercado deben por consiguiente ser tenidas en cuenta al buscar responsabilidades de la decadencia del comercio de paño.» H. L. Gray, «English foreign trade from 1446 to 1482», en Eileen E. Power y M. M. Postan, comps., *Studies in English trade in the fifteenth century*, Nueva York, Barnes & Noble, 1966, p. 25.

[27] «A mediados del siglo XV, los mercaderes ingleses de paño habían sido excluidos de todas sus avanzadas más distantes. El mercado escandinavo se había perdido en el cambio de siglo. Los contactos con Prusia, y, a través de este país, con el conjunto de la Europa central y oriental, se vieron finalmente truncados por los sucesivos conflictos anglo-hanseáticos de las décadas de 1430 y 1450. La concentración del comercio inglés en los Países Bajos, la especialización de la industria inglesa en el paño sin terminar, el auge de la compañía de los Merchant Adventurers y de su mo-

lo que perdieron los ingleses en amplitud de mercados lo ganaron en cantidad. Más aún, se vieron forzados a la racionalización y la eficiencia, dado que, como señala Bindoff, «la nueva situación suponía no sólo un incremento en la demanda de telas, especialmente de los tipos particulares favorecidos por el comprador extranjero, sino —lo que era aún más importante— una demanda de más tela para ser entregada en un mercado ultramarino en un momento particular»[28]. Por añadidura, la parte inglesa estaba más unificada que la de los Países Bajos, que se veía asediada por la competencia entre las ciudades, y en consecuencia los *Merchant Adventurers* podían «evitar deliberadamente cualquier compromiso al uso único de una de las ciudades»[29], quedando por tanto en una posición de negociación económicamente ventajosa.

Existe otro aspecto positivo en la posición del comercio inglés. Sus impuestos eran menos opresivos que los de algunos de los más antiguos centros de comercio (Flandes, norte de Italia) y su organización técnica estaba al día y resultaba por lo tanto más económica, ofreciéndole así ventajas competitivas en fechas que se remontan al principio del «primer» siglo XVI[30].

nopolio: todos estos rasgos familiares del comercio inglés al final de la Edad Media pueden referirse a la quiebra del imperio medieval inglés a la terminación de la guerra de los Cien Años.» Postan, *Economic History Review*, XII, 1942, p. 3. Véase también Postan en Power y Postan, comps., *Studies in English trade*, p. 153.

«Pero indudablemente eran los ingleses quienes tenían el premio de permanencia entre todas las "naciones" de Amberes en esta época, y la elección de Amberes como "ciudad de mercado" del paño inglés va inmediatamente después del establecimiento del mercado de especias en la lista de razones por las que llegaban allí comerciantes de toda Europa. El comercio inglés de paño había luchado en el siglo XV, frente a muchos fracasos, por conseguir un puesto comercial en los Países Bajos. La persistencia que demostró, y que se vería tan ampliamente recompensada, era una virtud nacida de la necesidad, porque fue su fracaso en mantenerse en otros lugares a lo largo de la costa de Europa lo que llevó a tantos comerciantes ingleses a probar fortuna en los Países Bajos; hay muchos argumentos a favor de la idea de que el auge del comercio inglés de paño con Amberes, al igual que el auge de la compañía de los Merchant Adventurers que llegó a dominarlo, fueron función no del crecimiento sino de la contracción del comercio ultramarino inglés en su conjunto.» S. T. Bindoff, *New Cambridge Modern History*, II, pp. 53-54.

[28] S. T. Bindoff, *Tudor England* (vol. V de la Pelican History of England), Londres, Penguin Books, 1950, p. 20.

[29] Bindoff, *New Cambridge Modern History*, II, p. 54.

[30] «Tanto en el caso del comercio internacional como en el de las transacciones interiores, los costos de embalaje, transporte, descarga, trámites legales e impuestos sumaban sólo una pequeña parte del precio de costo. Este es un hecho que resulta importante subrayar: este comercio occidental, en el siglo XV, estaba sujeto a condiciones más favorables que

Así, al principio del «segundo» siglo XVI, Inglaterra tenía un floreciente comercio de exportación, dos tercios del cual iban a Amberes, y el tercio restante a Francia y la península Ibérica. Su déficit neto con Francia quedaba cubierto por los metales preciosos resultantes de su balanza favorable con las áreas de los Habsburgo. A comienzos de la era isabelina, el comercio ultramarino de Inglaterra podía ser descrito ya en términos brillantes [31].

Inglaterra tenía ventajas tanto políticas como económicas al comenzar el «segundo» siglo XVI. Podría argumentarse que internamente Inglaterra estaba excepcionalmente unificada, y desde un período relativamente temprano [32]. No repasaremos aquí las razones de ello, que ya discutimos con cierta extensión anteriormente, excepto para señalar que las explicaciones caen en dos terrenos fundamentales: se ha dicho que la forma medieval de estructura social se prestaba particularmente bien al desarrollo de una monarquía fuerte [33], y que la geografía natu-

el de Génova, que mantenía una política fiscal mucho más pesada. En todo caso, ciertas técnicas comerciales (transportes u operaciones accesorias) eran suficientemente avanzadas para permitir precios relativamente bajos. Ya se tratara de bienes caros como el paño inglés o de productos baratos como el alumbre, estos costos eran bajos: una característica de una economía más moderna [...]

»Las condiciones de crédito son también muy importantes. En Londres se obtenía dinero fácilmente, sin excesivas formalidades y sin tener que utilizar métodos más o menos irregulares.» Heers, *Studi in onore di Armando Sapori*, II, p. 832.

[31] «El comercio ultramarino inglés [...] consistía en el intercambio de un único producto —el resultado de lo cual, en la época, fue una industrialización verdaderamente gigantesca, que implicaba una gran revolución agraria y un cambio de toda la estructura de la economía interna— por cierto número de artículos, muchos de los cuales no los podía producir [Inglaterra] por razones climáticas, junto con una gama de productos terminados industriales de todo tipo, para satisfacer las crecientes necesidades de las clases superior y media, civilizadas y amantes del lujo. Inglaterra vestía al campesino del norte de Europa, y a cambio absorbía una gran proporción de los productos concebidos por los conocimientos técnicos europeos o importados del este y del sur por la marina mercante europea. El equilibrio del comercio dependía por completo de la capacidad de Europa para manejar, transportar y comprar el paño del que Inglaterra era un proveedor casi ilimitado.» Lawrence Stone, *Economic History Review*, II, p. 39.

[32] Véase Strayer, *On the medieval origins of the modern State*, pp. 44-45. Eli F. Hecksher señala que Inglaterra tenía una moneda unificada bajo Enrique II, en la segunda mitad del siglo XII, mientras que Francia sólo consiguió esto en 1262. *Mercantilism*, I, p. 119.

[33] Por ejemplo, Marc Bloch: «[La conquista de Guillermo] tuvo lugar en el preciso momento en que la transformación de las condiciones eco-

ral de la Inglaterra insular presentaba menos obstáculos al empuje centralizador del monarca que las áreas del continente [34].

Dadas tales explicaciones, veamos de qué forma aprovecharon al máximo los monarcas Tudor estas oportunidades «naturales», explicando así la capacidad de Inglaterra para llevar adelante su provisional superioridad industrial en el «segundo» siglo XVI.

Un factor fue la llamada «revolución administrativa» de Enrique VIII Tudor, que G. R. Elton presenta como ocurrida entre 1530 y 1542, bajo el genio del «más radical de los modernizadores» [35], Thomas Cromwell. Elton argumenta que éste fue un período de verdadero cambio, que fue testigo de la creación del Estado soberano moderno: «el Estado Tudor era una monarquía nacional hasta un grado nuevo en Inglaterra, y mientras que aparentemente subrayaba el papel del monarca, el acento real estaba puesto ya en su carácter nacional» [36]. La revolución administrativa viene aparejada con la mayor coordinación requerida por los emergentes intereses capitalistas. Si Inglaterra había de ser una entidad coherente en el marco de

---

nómicas e intelectuales en todo Occidente comenzaba a favorecer la lucha contra la desintegración. Es significativo que casi desde el mismo primer momento esta monarquía, nacida del triunfo bélico, parezca haber tenido a su disposición en una fecha temprana un personal y un aparato burocrático instruidos [...]

»Aunque [¿no deberíamos decir "a causa de que"?] en ciertos aspectos no existía otro Estado más feudal, este feudalismo era de tal especie que en último término fortalecía el prestigio de la Corona. En este país donde cada pedazo de tierra tenía su señor, el rey era literalmente el señor de todos los señores. En ninguna otra parte se aplicaba más metódicamente el sistema de feudos militares.» *Feudal society*, pp. 429-430.

[34] Por ejemplo, Heckshher: «Una de las dos causas principales de [las dificultades para la creación de un Estado centralizado en la Edad Media] era la condición de los procedimientos de comunicación, en particular la comunicación por tierra, que, bajo condiciones técnicas primitivas, siempre ofreció antes de los grandes inventos mayores dificultades que el tráfico costero o por vías de agua interiores. Un país como Inglaterra, con una línea costera notablemente larga en relación con su superficie de tierra, tenía, por esta razón, posibilidades mucho mayores de obtener la unidad política que los Estados continentales; y entre éstos ninguno estaba en peor situación que Alemania.» *Mercantilism*, I, p. 36. Véase Clark, *The wealth of England*, pp. 4-5, 44-45.

[35] La frase es de H. R. Trevor-Roper, y se encuentra en «England's modernizer: Thomas Cromwell», en *Historical essays*, Nueva York, Harper, 1966, página 74.

[36] G. R. Elton, *The Tudor revolution in government*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1953, p. 4.

la economía-mundo, no podía seguir siendo varias economías en cierta forma separadas [37].

Elton ve la introducción de una serie de nuevos procedimientos —una nueva forma de llevar las finanzas, la centralización de la administración bajo el primer secretario, la organización del Consejo Privado como esfera de coordinación, la racionalización de la casa del rey—, cada uno de los cuales suponía una reorganización «en el sentido de una mayor definición o especialización del orden burocrático» [38]. El trabajo de Elton ha hecho surgir una de esas inacabables controversias en las que los historiadores debaten, sin ayuda de datos cuantitativos, el grado en que algunas «diferencias» se suman para ocasionar un salto cualitativo [39].

¿Fue la reforma de Enrique realmente nueva o no? ¿Fue el cambio administrativo realmente revolucionario, o supuso simplemente un paso más en un proceso continuo que va del siglo XIV al XVII? Christopher Hill mantiene, en mi opinión, un punto de vista sensatamente equilibrado sobre lo que ocurrió:

> A todo lo largo de la Edad Media continuó el movimiento oscilante: gobierno más «burocrático» bajo el control de la nobleza cuando el rey era débil o menor de edad, gobierno de «la casa del rey», bajo su control personal, cuando éste era fuerte. Pero en el siglo XVI, este ciclo se rompió. Los departamentos «salieron de la corte» sin que el rey perdiera el control sobre ellos [...] [40].

[37] «Las diferentes regiones de Inglaterra (e incluso en cierta medida las diferentes ciudades) tenían en [...] los siglos XIV y XV historias económicas diferentes, de la misma forma en que el desarrollo económico de las diferentes naciones de Europa en el siglo XIX se estudia, con razón, como un conjunto de historias en buena medida separadas [...] En este aspecto la aparición del capitalismo constituye por sí misma una poderosa influencia coordinadora.» Dobb, *Studies*, p. 21.

[38] Elton, *Tudor revolution*, p. 415. También, el «cambio fundamental [fue] el paso de una burocracia formada en la Iglesia o en la casa del rey a una burocracia formada en la casa de un ministro y luego empleada al servicio del Estado» (p. 308).

[39] Véase Penry Williams y G. L. Harriss, «A revolution in Tudor history?», *Past and Present*, 25, julio de 1963, pp. 3-58; G. R. Elton, «The Tudor revolution: a reply», *Past and Present*, 29, diciembre de 1964, pp. 26-49; G. L. Harriss y Penry Williams, «A revolution in Tudor history?», *Past and Present*, 31, julio de 1965, pp. 87-96; G. R. Elton, «A revolution in Tudor history?», *Past and Present*, 32, diciembre de 1965, pp. 103-109.

[40] Hill, *Reformation to Industrial Revolution*, p. 28. Pienso que este es un resumen mejor que la versión un tanto más extrema de Elton: «Las reformas de la década de 1530, la burocratización del gobierno, consiguieron obtener esa continuidad que caracteriza al gobierno moderno y evita una verdadera anarquía incluso en momentos de guerra civil.» *Tudor revolution*, p. 417.

Este período de fortalecimiento administrativo del Estado fue al mismo tiempo, como también nos recuerda Hill, «el único período en la historia inglesa a partir de 1066 en el que el país no tuvo posesiones ultramarinas (excepto Irlanda)»[41]. De modo que el talento administrativo podía ser enfocado totalmente hacia el interior. Los resultados son muy directos y muy importantes.

Inglaterra fue capaz de desarrollar una fuerte capital como fuerza unificadora cultural y económica[42]. E Inglaterra fue ca-

[41] Hill, *ibid.*, p. 25.

[42] «El siglo XVI vio la integración de las ciudades inglesas en una sola unidad nacional, en una medida que no tenía paralelo en el continente [...] La significativa expansión de Londres, y su creciente poder como fuerza unificadora, pueden fecharse en la era posterior a la Reforma [...] Gracias al establecimiento de la ley y el orden y de una policía interna, a la terminación de las guerras privadas en Gales y el norte, a la eliminación de franquicias y la lenta mejora de las comunicaciones, los comerciantes de la City quebrantaron gradualmente los privilegios de las corporaciones locales. Al mismo tiempo los predicadores protestantes, financiados desde Londres, trabajaban para llevar los más oscuros rincones del reino a la comprensión auténtica de la religión aceptada por la capital.» Hill, *ibid.*, páginas 25-27.

Heckshen hace hincapié en lo excepcional de la posición inglesa en comparación con el continente: «En ningún otro país fue tan relativamente fácil como en Inglaterra la tarea de establecer un sistema unificado de peaje, y dos factores fueron fundamentalmente responsables de ello. El primero, como en todas las demás esferas, fue la fuerza unida e inquebrantada de la monarquía inglesa, y el segundo fue la abrumadora importancia del transporte marítimo, que hacía a las rutas terrestres y a las vías de agua interiores mucho menos importantes que en el caso de bloques geográficamente tan compactos como Alemania y Francia [...]

»Inglaterra no sólo ocupaba una posición única por la insignificancia de sus peajes en carreteras y ríos. También pudo desarrollar un sistema nacional de aduanas, completamente independiente de los peajes municipales y totalmente en manos del Estado, aduanas que no eran modificadas por numerosas exenciones ni arrendadas normalmente [...]

»Además, era característico que no sólo estuvieran las aduanas en manos del Estado, sino que mostraran una precoz distinción entre el comercio exterior y el doméstico.» *Mercantilism*, I, pp. 46, 51, 52.

Véase Gino Luzzatto, *L'età moderna*, Padua, CEDAM, 1955, p. 14.

Barry Supple formula de manera más moderada la cuestión de la integración económica: «Todavía no podemos hablar de un mercado nacional para los factores de producción o para la mayor parte de los bienes de consumo. Pero la especialización y el comercio regionales estaban suficientemente avanzados para crear un equilibrio económico que resultaría alarmantemente susceptible a las perturbaciones económicas.» *Commercial crisis*, p. 3. Sobre el crecimiento del mercado de Londres como estímulo del desarrollo económico nacional, véanse dos artículos de F. J. Fisher: «The development of the London food market, 1540-1640», en Carus-Wilson, comp., I, pp. 135-151; «The development of London as a centre of conspicuous consumption in the 16th and 17th centuries», en Carus-Wilson, comp., II, pp. 197-207.

paz de mantener la paz interna, en un período de agitación en el continente, sin un ejército regular, lo que en parte explica su avance industrial[43]. La cuestión es saber cómo consiguió escapar Inglaterra a las guerras de religión del continente, cuando podría argumentarse, como hace R. B. Wernham, que en el período que siguió al tratado de Cateau-Cambrésis, «la inestabilidad interna de las islas británicas [causada en gran medida por la inseguridad de la sucesión inglesa], las convirtió en [...] el área de peligro y el punto focal de las rivalidades en Europa occidental»[44]. Fundamentalmente fue esta misma rivalidad y el relativo agotamiento de los imperios francés y español (que ya hemos expuesto), combinados con la audacia de la *Act of Supremacy* de 1559, que establecía a Inglaterra como Estado anglicano[45], lo que «hizo posible la emergencia de una tercera gran potencia en Europa occidental, y eventualmente el desplazamiento de los imperios gemelos de los Habsburgo y los Valois por un equilibrio múltiple de poderes»[46].

Una relativa paz interna y la carencia de un ejército regular significan también una menor necesidad de impuestos y de una burocracia hinchada más allá de su tamaño eficaz por la venta de cargos[47]. La expansión del poder central se hizo por

---

[43] «En la transición de los tiempos medievales a los modernos, el pueblo inglés estaba culturalmente atrasado en comparación con la Europa central y el resto de la Europa occidental, incluyendo el oeste y el sur de Alemania; tanto si fechamos esta época a partir del fin del siglo xv como si lo hacemos desde un período anterior, y tanto si esta comparación se hace en términos de civilización material e industrial como si se hace en términos inmateriales de realizaciones intelectuales y artísticas. Pero durante el siglo siguiente la comunidad inglesa hizo tales avances que a su final se encontraba (quizá con dudas) por delante de sus vecinos continentales. Este progreso británico fue tanto absoluto como relativo, y se debió a un avance acelerado en el territorio de la isla, aunque el retraso es más visible en el continente durante el siglo XVII que incluso al final del siglo XVI [...]

»La Inglaterra isabelina tenía la ventaja que le daba en materia empresarial el que el resto de la cristiandad estuviera en esos momentos envuelto en guerras destructivas que, por fortuna para la comunidad industrial inglesa, cayeron con excepcional severidad sobre los más capaces de sus rivales industriales y comerciales.» Thorstein Veblen, *Imperial Germany and the Industrial Revolution*, Ann Arbor (Michigan), Ann Arbor Paperbacks, 1966, pp. 92, 98.

[44] R. B. Wernham, «The British question, 1559-69», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 209.

[45] Véase *ibid.*, p. 212.

[46] *Ibid.*, p. 233.

[47] Véase Hurstfield sobre el problema general para toda Europa, incluyendo Inglaterra: «Entonces los gobiernos europeos del siglo XVI se en-

medio de una burocracia más eficiente, en vez de hacerse a través de una mucho mayor (y más onerosa). Esto también era posible por la posición económica del propio monarca, el mayor terrateniente de Inglaterra [48]. Pero, como el más grande de los terratenientes en una economía relativamente aislada y unificada, cuya fuerza había de levantarse sobre las nuevas industrias, ¿de qué lado estaban los intereses del rey? No cabe duda que eran ambiguos, ya que como terrateniente el rey buscaba maximizar los ingresos de sus tierras, y como rey buscaba maximizar sus ingresos procedentes de los terratenientes [49]. Una forma de intentar resolver el dilema por parte de la Corona era reducir su papel como terrateniente. Pero entonces la monar-

---

contraron enfrentados a compromisos continuamente crecientes con unos recursos relativamente insuficientes [...] Se enfrentaban con una situación en la que las clases medias no podían o no querían cargar con la parte principal de los costos del gobierno nacional. Pero si las clases medias no deseaban cooperar, las mismas monarquías, en relación con las clases medias, eran ambiguas en cierta medida [...] [Así se produjo] una extensa serie de intentos [...] por toda Europa de someter a impuestos a la economía mediante subterfugios; de usar los procesos comerciales e industriales como una esponja fiscal. Esto implicaba necesariamente una distorsión de la economía; y se realizó en una escala masiva. Su mejor manifestación es la difundida venta de cargos.» J. Hurstfield, *New Cambridge Modern History*, III, pp. 139-140.

Pero véase Christopher Hill sobre Inglaterra: «En Inglaterra la paz Tudor, y la ausencia de un ejército permanente, significaron que los impuestos fueran relativamente ligeros en comparación con los del continente [...] Lo reducido de las sumas contribuyó a su vez a que Inglaterra no lograra desarrollar una burocracia de fuerza comparable, digamos, a la francesa.» *Reformation to the Industrial Revolution*, p. 101.

[48] «El hecho fundamental para la restauración del poder real era la restauración de la riqueza real; el rey debía ser el hombre más rico del reino para ser el más poderoso. A finales del siglo XV esto significaba, en la práctica, que tenía que ser el mayor terrateniente.» Elton, *Tudor revolution*, p. 25.

[49] «El período del absolutismo se abrió con la disolución de los monasterios, que económicamente volvió a poner a flote a la clase dominante, y la reforzó desde abajo al enriquecer a nuevas familias. Durante algún tiempo antes de esto, los terratenientes habían estado intentando reconstruir su poder económico por medio de cercamientos y subidas de las rentas, pero tales medidas provocaron el malestar de los campesinos, e hicieron necesario un gobierno central fuerte para reforzar políticamente el poder económico y social de los terratenientes. Esto, sin embargo, condujo a la monarquía absoluta a un dilema que nunca resolvió y que causó su caída. Si dejaba libres las manos a los terratenientes se enfrentaba a revueltas campesinas que podían derrocar a la clase dominante; si ponía límites a los terratenientes y protegía a los campesinos se enfrentaba a una revuelta de la clase dominante que podía poner en peligro a la monarquía.» Brian Manning, «The nobles, the people, and the Constitution», *Past and Present*, 9, abril de 1956, p. 48.

quía tenía que encontrar una fuente de ingresos alternativa. Para ello, en 1610, la Corona ofreció al Parlamento el «Gran Contrato», sustituir sus derechos feudales por una asignación anual[50]. Esta propuesta fracasó debido al desacuerdo sobre el volumen de la cantidad anual. Dado que los ingresos de la renta real estaban entonces disminuyendo, este fracaso contribuiría a crear tensiones políticas.

Inestabilidad y paz interna, una revolución administrativa pero una burocracia relativamente pequeña, una red nacional de mercados y el rey como gran terrateniente: una curiosa combinación, que lleva a «la paradoja y la perogrullada de que la primitiva Inglaterra de los Estuardo era simultáneamente un país "muy gobernado" y un país con muy poco gobierno»[51], en palabras de G. E. Aylmer. Esta paradoja es de hecho el secreto del relativo éxito de Inglaterra. Para comprenderla debemos volvernos a un debate central de la moderna historiografía inglesa: la naturaleza de las clases altas inglesas durante el siglo precedente a la revolución inglesa, y el papel de la tan disputada *gentry*.

A través de la literatura sobre este debate, lo que J. H. Hexter ha llamado «la tormenta sobre la *gentry*»[52], nos da la sensación de estar presenciando un rápido y aparentemente inacabable partido de ping-pong en el que cada jugada se ve brillantemente contestada *ad infinitum*. Requiere distracción más que concentración el darse cuenta de que existen dos debates entremezclados: uno sobre las cuestiones sustantivas de la historia inglesa en el «segundo» siglo XVI, y otro sobre las líneas fundamentales de batalla de la ciencia social moderna. Advertido esto, se requiere entonces concentración para darse cuenta de que algunas personas de hecho están cambiando de lado a gran velocidad a la mitad del debate, creando así la ilusión de un simple y directo juego de pelota.

Si el debate resulta difícil de desenmarañar, se debe a que la propia historia es muy compleja. Empecemos observando lo que se supone que pasó en términos de propiedad de la tierra.

---

[50] Véase Gordon Batho, «Landlors in England. A. The Crown», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 273.

[51] G. E. Aylmer, *The king's servants*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961, página 7.

[52] J. H. Hexter, «The myth of the middle class in Tudor England», *Reappraisals in history*, Nueva York, Harper, 1963, pp. 117-162.

Frank C. Spooner sostiene que la profunda crisis económica que sacudió Europa entre aproximadamente 1450 y 1560 «fue particularmente severa en el caso de Inglaterra [...]»[53]. Este fue sin duda uno de los factores que llevaron a la proclamación oficial de la Reforma, que hizo posible la confiscación de los monasterios y otras propiedades de la Iglesia. Entonces la Corona vendió la mayor parte de esta tierra, para obtener ingresos inmediatos y como un medio de consolidación política, dando a los compradores lo que Christopher Hill llama «intereses creados, en el protestantismo»[54]. Esta decisión política expandió de forma espectacular la cantidad de tierra disponible en el mercado, lo que aceleró todo el proceso de extensión de los modos de operación capitalistas de una forma y en una medida que ningún otro país europeo (excepto posiblemente el norte de los Países Bajos) estaba experimentando en aquella época[55]. Una vez vendidas las tierras fueron vendidas de nuevo (y en ocasiones toda una serie de veces). ¿A qué llevó todo esto en los siguientes setenta y cinco años? Esta parece ser una de las piedras angulares del debate.

Parece haber relativamente poca discusión acerca de dos argumentos que R. H. Tawney planteó en sus ensayos iniciales. El primero es que «la tendencia de un activo mercado de tierras fue, en términos globales, la de incrementar el número de propiedades de tamaño medio, disminuyendo a su vez el número de las más grandes»[56]. Obsérvese no obstante que esto no nos dice necesariamente nada acerca de quién, nobleza o

---

[53] Spooner, *New Cambridge Modern History,* III, p. 15. Lawrence Stone dice que desde 1540 hubo «un período de tres ciclos de expansiones vertiginosas y caídas abismales cada vez más marcadas, que termina con el colapso fiscal de 1553». «State control in sixteenth-century England», *Economic History Review,* XVII, 1, 1947, p. 106.

[54] Christopher Hill, «Some social consequences of the Henrician revolution», en *Puritanism and revolution,* Nueva York, Schocken Books, 1958, página 44. Marc Bloch mantiene que «la disolución de los monasterios (1536-1539) aceleró la fusión de las clases. La Corona dio o vendió la mayor parte. Todas las clases, la nobleza, la *gentry* (que en muchos casos había administrado o cultivado las tierras de los monjes), los comerciantes (las asociaciones de comerciantes de Londres), se beneficiaron». *Seigneurie française,* p. 122.

[55] Véase Clark, *Wealth of England,* pp. 64-65. Lawrence Stone sostiene que, por añadidura, las exigencias del sistema familiar condujeron a la nobleza a realizar considerables ventas de tierras. Véase *The crisis of aristocracy, 1558-1641,* ed. abr., Londres, Oxford Univ. Press, 1967, pp. 76-88.

[56] R. H. Tawney, «The rise of the gentry, 1558-1640», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history,* Nueva York, St. Martin's, 1965, I, página 202.

gentry, posee estas propiedades de «tamaño medio»[57]. El segundo punto que plantea Tawney es que este cambio de manos de la tierra tuvo como resultado una «agricultura más planteada como un negocio»[58]. De nuevo, relativamente poca discusión al respecto.

¿Pero cuál era la clasificación social de aquellos que controlaban la tierra? Aquí se desata la tormenta. Es mucho más que un asunto semántico pero la semántica también juega su papel, dado que todo el mundo da diferentes significados a aristocracia, *gentry* (alta, baja, simple *gentry*, caballeros), y *yeomen*. No resulta ningún accidente que los estudiosos discutan furiosamente esto, ya que toda la cuestión reside en que este período de la historia inglesa no es sólo un momento de cambio económico y gran movilidad social individual, sino también de cambio de categorías. No sólo nosotros no estamos seguros de cómo designar las agrupaciones sociales significativas; los hombres de aquel tiempo tampoco lo estaban[59]. No obstante, señalar la fluidez de un concepto en una época dada no implica afirmar su inutilidad. Esto debería llevar al estudioso a una escéptica audacia.

[57] Este es en particular el argumento de J. P. Cooper, uno de los más severos críticos de Tawney, que sugiere que muchos nobles poseían haciendas de tamaño medio y muchos propietarios no nobles tenían más de diez señoríos. Véase «The counting of manors», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 3, 1956, pp. 376-389.

[58] Tawney, *Essays in economic history*, I, p. 189.

[59] «No es posible, sin introducir un equívoco, plantear los comienzos de la sociedad moderna en rigurosos términos de "clase", especialmente si se insiste en restringir la noción de clase a la clasificación tripartita marxista. En un momento dado, los asalariados pueden actuar contra sus amos, tras lo cual pueden, por el contrario, actuar junto con sus amos contra la opresión del capital comercial o del gobierno; los campesinos pueden muy bien alzarse a la vez contra las maniobras del rey para disminuir el poder de *sus* nobles y contra los intentos de los nobles de incrementar las cargas feudales. A nivel del país como un todo, los campesinos nunca consiguieron establecer una solidaridad real; y, por el contrario, a menudo se encuentra que sus opresores eran habitantes de las ciudades. Cada persona pertenecía a varios grupos sociales: su familia, su gremio [*corps de métier*], su ciudad o su pueblo, su comarca —llamada "país" en el siglo XVI—, su país en el sentido moderno del término, y su clase económica. La mayor de las veces las personas se definían en términos que eran una combinación de estas diversas pertenencias sociales. Se hablaba de los "trabajadores textiles de Norfolk" y no de los trabajadores textiles en general o de los hombres de Norfolk en general. La noción que los individuos tenían de sí mismos, de sus adscripciones y de sus fidelidades, dependía simplemente de las circunstancias del momento. La cuestión de saber cuál era la fidelidad "fundamental" de un individuo es una cuestión para la que no hay respuesta, no sólo porque los datos son difíciles de valorar, sino también porque estas elecciones rara vez se

Para desenmarañar los hilos, debemos empezar siguiendo los términos del discurso. Recorramos sucesivamente la aristocracia, la *gentry* y los *yeomen*. Pero mientras lo hacemos, recordemos que «los cambios económicos estaban empujando a los más emprendedores entre [aquellos que controlaban la tierra, cualquiera que fuera su designación] hacia nuevos métodos de gestión de sus propiedades [...] Tenían mucho que ganar si adaptaban sus cultivos para cubrir las nuevas condiciones comerciales. Tenían mucho que perder si eran tan conservadores como para adherirse a los viejos métodos» [60]. Parece bastante claro que no existía correlación directa entre el estatus social y la adaptabilidad a las exigencias de la agricultura capitalista. Lawrence Stone traza un cuadro de la aristocracia en el que ésta aparece como culpable de una «gestión incompetente» de las grandes posesiones, y con una «afición cada vez mayor por el dispendio ostentoso», tal que «la distancia entre ingresos y gastos creció de ser una grieta diminuta a ser un abismo» [61]. Por añadidura, la aristocracia tenía que cargar con los altos costos de los litigios y servicios públicos, dado que «los Tudor operaban a través de una burocracia impagada» [62]. Pero sus esfuerzos por incrementar sus ingresos no sirvieron de nada: negociaron largos arriendos a cambio de rápidas entradas de dinero, se endeudaron en exceso, se apoyaron en los favores del Estado hasta que éste no quiso o no pudo dar más. Todo para nada:

> El proceso de desgaste de los recursos económicos de la aristocracia [...] continuó sin interrupción a lo largo de todo el período isabelino [...] Para 1603 parecería como si toda la estructura jerárquica de la sociedad de los Tudor estuviera al borde de una disolución inminente [63].

---

hacían en abstracto y no en relación con circunstancias particulares.» C. S. L. Davies, «Les révoltes populaires en Angleterre (1500-1700)», *Annales ESC*, XXIV, 1, enero-febrero de 1969, pp. 59-60. Por supuesto, lo que Davies dice sobre el modo y complejidades de la autodesignación de afiliación social es verdad, pero no contradice en absoluto un modelo marxista de clases. Marx tomó en cuenta precisamente las mismas consideraciones. Davies es útil, sin embargo, cuando nos recuerda que en esta época, para muchos, las adscripciones de clase eran regionales antes que nacionales.

[60] Tawney, *The agrarian problem*, p. 195.

[61] Lawrence Stone, «The anatomy of the Elizabethan aristocracy», *Economic History Review*, XVIII, 1 y 2, 1948, pp. 3-4.

[62] *Ibid.*, p. 15.

[63] *Ibid.*, pp. 37-38. Véase Tawney: «Apenas se han reunido todavía los elementos para llevar a cabo una generalización; pero no parece exagerado decir que muchas familias nobles —aunque no sólo ellas— se enfrentaron a una crisis financiera en las dos generaciones anteriores a la guerra civil.» *Essays in economic history*, I, p. 181.

Aun así, es este mismo autor quien, pocos años más tarde, canta la imaginación y el espíritu emprendedor de estos mismos aristócratas en esta misma era isabelina:

En este período la nobleza cubría un papel que ninguna otra clase, ni la *gentry* ni los comerciantes, podía o quería emular [...] La importancia de la aristocracia en este período se debe en buena medida a su disposición a apoyar y financiar nuevas empresas, consideradas como peligrosas, y que por lo tanto no conseguían el apoyo de grupos sociales más cautelosos. Dado que la minería a gran escala y las industrias metalúrgicas aún eran novedades en el período Tudor, se pusieron a la cabeza de su expansión. Dado que el comercio y la exploración oceánicos eran novedades, también en ellos desempeñaron un papel prominente[64].

Ni tampoco, según parece, estaba ausente esta iniciativa en sus posesiones [*demesnes*]:

La nobleza más antigua mostró una sorprendente disposición [...] a desarrollar nuevos recursos en sus propias posesiones [...] La decadencia económica y social de la aristocracia en relación con la *gentry* entre 1558 y 1642, no se debe desde luego a falta de iniciativa empresarial[65].

Resulta difícil reconciliar los dos cuadros ofrecidos por Stone. Dado que las estadísticas de Stone sobre el grado de crisis financiera de la aristocracia han sido sometidas a tantos ataques, y dado que ha dado marcha atrás parcial pero no totalmente[66], podríamos bien preguntarnos al igual que H. R. Trevor-Roper:

Si «más de dos tercios de la aristocracia inglesa vivían en 1600 no sólo por encima de sus medios sino al borde de la ruina financiera» [...] ¿cómo hemos de explicar el hecho de que no solamente se recuperaran de esta ruina inminente, sino que sobrevi-

[64] Lawrence Stone, «The nobility in business, 1540-1640», *Explorations in Entrepreneurial History*, x, 2, diciembre de 1957, p. 61.

[65] *Ibid.*, p. 60.

[66] Véase H. R. Trevor-Roper, «The Elizabethan aristocracy: an anatomy anatomized», *Economic History Review*, 2.ª serie, III, 3, 1951, pp. 279-298, y la contestación: «Pero Trevor-Roper tiene probablemente razón al acusarme de exagerar la gravedad a largo plazo de la crisis de la década de 1590.» Lawrence Stone, «The Elizabethan aristocracy: a restatement», *Economic History Review*, 2.ª serie, IV, 1, 2 y 3, 1951-52, p. 311. En el apartado final, Stone dice: «El que [Trevor-Roper] niegue que una mayoría de la aristocracia isabelina estaba en plena decadencia económica parece estar en contradicción con la evidencia» (p. 320). Véase también Cooper, *Economic History Review*, p. 388; Lawrence Stone, «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 1, julio de 1958, p. 73; J. H. Hexter, «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 2, agosto de 1958, p. 76.

vieran a la crisis infinitamente mayor de los siguientes sesenta años? Su extravagancia no disminuyó en esos años [...] ¿Cómo lo hicieron?[67].

La explicación de Trevor-Roper es que los problemas de la aristocracia, «aunque genuinos, no eran ni mucho menos tan serios como el señor Stone, con sus hinchadas cifras, supone», que «se aferraron» a sus tierras, y que el aumento del valor de la tierra a partir de 1600 hizo «más de lo que hizo el rey Jacobo o de lo que podía hacer cualquier rey» por sostener sus fortunas[68]. Resulta, no obstante, que Stone no está en desacuerdo sobre esto. Aunque fija la fecha en 1620, dice que:

Incluso el más incompetente [miembro de las clases terratenientes] no podía dejar de beneficiarse del aumento masivo en las rentas medias a principios del siglo XVII, y, a partir de ahí, la nivelación de los precios redujo la importancia de la ineficiente gestión de las posesiones[69].

En cuanto a J. H. Hexter, que ataca a Stone y a Tawney por una parte y a Trevor-Roper por la otra, argumenta:

Alrededor de la década de 1580, el mercado de tierras tuvo una expansión, y ésta parece haber continuado durante el medio siglo siguiente [...] En conjunto, es probable que un incremento general en el valor de la tierra resulte más favorable globalmente a los hombres que tengan más tierra de la que beneficiarse, es decir

---

[67] Trevor-Roper, *Economic History Review*, III, pp. 290-291.

[68] *Ibid.*, pp. 291-292. P. J. Bowden da una explicación adicional de por qué la decadencia fue menos seria de lo que algunos suponen: «Incluso bajo circunstancias, tales como éstas, sin embargo, no se sigue necesariamente que el terrateniente debiera sufrir una caída en su ingreso real. La hipótesis hecha anteriormente, según la cual la renta era la única fuente de ingreso del terrateniente, no corresponde de hecho a la realidad. En los siglos XVI y XVII los ingresos del terrateniente venían de diversas fuentes. La mayor parte de los terratenientes probablemente se dedicaban al cultivo directo para satisfacer las necesidades de su casa, si no para vender el producto en el mercado [...]

»Además del ingreso de la renta y de los resultados del cultivo directo [...] la más importante fuente de ingresos para la mayor parte de los terratenientes era, con mucho, la madera.» «Agricultural prices, farm profits, and rents», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 675, 677. Bowden sostiene que, a causa de que algunas rentas eran fijas y otras no, las consecuencias reales fueron dos: «La gama de rentas entre las diferentes tenencias [se amplió]»; y «la diferencia entre las tasas correspondientes a calidades superiores e inferiores de tierra [disminuyó]» (pp. 689, 693).

[69] Stone, *The crisis of aristocracy*, p. 94.

precisamente el segmento de la clase terrateniente al que tanto Tawney como Trevor-Roper atribuyen debilidad económica[70].

No obstante, fuera de una discusión acerca de fechas, la posición que Hexter toma sobre este asunto *no* es distinta de la de Stone y Trevor-Roper. Finalmente, veamos un cuarto punto de vista, diferente en muchos aspectos al de los otros tres, el de Christopher Hill. Sobre esta cuestión, dice:

De modo que para una parte de la aristocracia la reforma trajo una pérdida económica, aunque no para la clase como un todo. Deberíamos tener cuidado de no ver nada «antifeudal» en este proceso [de transferencia de tierras]. De hecho, en cierto sentido la disolución [de los monasterios] llevó a una intensificación del feudalismo, dado que multiplicó las tenencias *in capite* [...] La propiedad eclesiástica que pasó [a la monarquía] fue rápidamente disipada [...] A corto plazo, entonces, la Reforma fortaleció la posición de la clase dominante terrateniente laica como un todo, aunque debilitó a algunos de sus miembros hasta el momento poderosos[71].

Si entonces resulta haber menos discusiones acerca de la aristocracia de lo que parecía a simple vista, ¿podemos decir lo mismo acerca de la *gentry*, que era el foco original del debate? *Gentry* es, por supuesto, un término mucho más vago. Cooper señala alguna de las dificultades:

La nobleza es un grupo de individuos que disfrutan de un estatus legalmente definido que pertenece [...] sólo a un miembro varón de cada familia. Así, los hijos menores de los nobles y sus descendientes aparecerán como *gentry* en la clasificación del profesor Tawney. Los grandes terratenientes, siempre que pudieran permitírselo, eran habitualmente más generosos con sus hijos en dinero o en tierras de lo que se supone a veces. Semejante hecho influenciaba desde luego la distribución de la propiedad. [...] La *gentry* no se reclutaba sólo desde abajo, como la nobleza, sino también desde arriba. [...] Más aún, estos grupos no son compatibles en otro

[70] J. H. Hexter, «The storm over the gentry», en *Reappraisals in history*, Nueva York, Harper, 1963, p. 133. Si debiéramos creer a Hexter, podría haber habido dos partes en esta controversia —Tawney y Trevor-Roper—, pero él, Hexter, ha advertido más correctamente que ambos contendientes eran «seudomarxianos», frente a lo cual presenta su propia «interpretación *whig*». Resulta muy curioso, entonces, descubrir en un examen detenido que los argumentos de Hexter pueden dividirse de hecho en tres categorías: una a favor de Tawney en la práctica (y «peor», de acuerdo con Christopher Hill), una segunda a favor de Trevor-Roper, y una tercera diferente de ambos. No es nada seguro que esta tercera porción sea la mayor. Además, como demuestra la cita, Hexter inventa a veces diferencias que no son reales.

[71] Hill, *Puritanism and revolution*, pp. 36-37.

aspecto: la nobleza es un grupo estrictamente definido por su condición legal, mientras que la *gentry* no es definible de forma parecida. Es una clasificación según la riqueza y en parte según el modo de vida [...] Aunque a partir de 1603 comenzó la venta de títulos, la entrada en la nobleza nunca era fruto de una simple demostración de riqueza y estilo de vida[72].

¿Quiénes forman entonces la *gentry*? Quienes no son aún nobles, y son más que «*yeomen*», siendo este último término tan difícil de definir como el primero. Pero entonces descubrimos que forman parte de la «*gentry*» no sólo los hijos menores de los nobles, sino varias categorías como *knights, esquires* y *gentlemen*. Esto debería dejar claro lo que ocurre. En el orden jerárquico de la sociedad feudal se desarrollaron un gran número de categorías que prescribían rango, deberes, privilegios y honores. Los rangos estaban en evolución constante, la continuidad familiar era por supuesto inestable, y la correlación entre rango e ingresos variaba. La expansión de la agricultura capitalista se vio reflejada en el sistema de estratificación por la aparición de una nueva categoría de «terratenientes» (que sin duda podría subdividirse según el tamaño de la propiedad). La *gentry* emergió como un término que cubría a los terratenientes capitalistas. Los otros términos no desaparecieron. Pero la *gentry* era una etiqueta para este grupo, etiqueta que se expandió lentamente, absorbiendo y dejando sin uso otros términos. En el período isabelino, había aún «aristócratas» y «*yeomen*», cuando menos, además de la *gentry*. En el siglo XX de hecho sólo existen «granjeros». No llegamos a ninguna parte si reificamos la «*gentry*» definiéndola bien según la definición del término en un determinado momento, o con arreglo a nuestra determinación de la realidad social en ese momento dado. El problema es que la «*gentry*» no sólo era una clase en formación, sino también un concepto en formación. Era, no obstante, el caso de un vino nuevo en botellas viejas. En mi opinión, F. J. Fisher lo plantea con total exactitud: «El efecto de los cambios económicos de los nuevos siglos XVI y XVII fue menos la creación de nuevas categorías de hombres que el ofrecer a las categorías existentes nuevas oportunidades e inspirarlas con un nuevo espíritu»[73].

---

[72] Cooper, *Economic History Review*, p. 381. Hexter también distingue entre nobleza y aristocracia, contando a los hijos menores de los nobles como «aristócratas» y no como «*gentry*». *Reappraisals in history*, p. 127.

[73] F. J. Fisher, «The sixteenth and seventeenth centuries: the Dark Ages in English economic history?», *Economica*, n. s., XXIV, 93, 1957, p. 17. Fisher también nos recuerda, sin embargo, que el viejo significado de las categorías no estaba despojado todavía de consecuencias sociales: «Y si la

Por contraste, en mi opinión Christopher Hill no hace más que aumentar la confusión con esta formulación del problema:

Debemos sin duda partir del hecho de que la «*gentry*» no era una clase económica. Era una clase social y legal; económicamente estaba dividida. El siglo de inflación anterior a 1640 fue una gran divisoria, durante la cual, en todas las secciones de la comunidad, tuvieron lugar divisiones económicas. Algunos *yeomen* ascendieron a la *gentry*, otros se hundieron. Algunos nobles acumularon vastas propiedades, otros llegaron al borde de la bancarrota. Si tomamos muestras de la clase es fácil argumentar que la «*gentry*» ascendió o decayó; unas familias estaban haciendo una cosa y otras la otra[74].

Aunque la descripción empírica de los factores sociales me parece inatacable, en mi opinión el planteamiento teórico elude la cuestión, y precisamente la cuestión marxista. «La marca de la *gentry*», dice Julian Cornwall, «era la posesión de tierra»[75]. El término «*gentry*» venía a cubrir un grupo de hombres con la misma relación respecto a los medios de producción: propietarios de tierras libres de vínculos produciendo para el mercado. La claridad de este proceso se vió oscurecida por el hecho de que los hombres valoraban aún los atributos sociales de una categoría legal más antigua[76]. Pero fue el empuje *económico* común el tema unificador dominante de esta categoría

---

tierra no era por sí misma pasaporte suficiente hacia la gloria social, la condición noble no era inalcanzable. A primera vista, es cierto, el sistema de estatus de los siglos XVI y XVII no parece muy favorable al hombre que sube. Tal y como yo lo entiendo, este sistema, al menos en sus manifestaciones más crudas, era esencialmente biológico. Se basaba en el color, pero el color que importaba era el de la sangre, no el de la piel. El estatus de un hombre dependía menos de su propia distinción que de la posesión de un antepasado que hubiera sido distinguido antes que él. Y cuanto más remoto era el antepasado, y por tanto menos de su sangre fluía presumiblemente por las venas de un isabelino, más alto era el estatus de este isabelino. Pienso que una de las historias más patéticas del siglo XVI es la de los esfuerzos de lord Burleigh —un hombre de distinción según cualquier criterio racional— por demostrar su descendencia de un principillo galés que probablemente nunca existió, y que, si existió, a duras penas sería distinguible, probablemente, de las ovejas de sus colinas natales» (pp. 13-14).

[74] Christopher Hill, «Recent interpretations of the Civil War», en *Puritanism and revolution*, Nueva York, Schocken Books, 1958, p. 8.

[75] Julian Cornwall, «The early Tudor gentry», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 3, 1965, p. 470. Añade: «Constituía de hecho la principal clase terrateniente, superando con mucho a los nobles [*the peerage*] que en cualquier caso eran pocos en número en esta época.»

[76] Incidentalmente, Tawney sostiene que la *gentry*, o más bien en este punto de su razonamiento los *squires*, mantenían «una posición determinada no por la distinción legal sino por la estimación común». *Essays in economic history*, I, p. 174.

en el siglo XVI y después. En el seno de una clase económica unos pueden ser más ricos que otros, tener más éxito económico que otros en el mercado. La variedad de los ingresos no demuestra que un grupo no sea una clase.

¿Qué luz arroja entonces esto sobre el ya clásico debate sobre la *gentry*? El punto esencial de Tawney era que la *gentry* era un grupo con un estilo de vida mejor adaptado para la supervivencia en una era de inflación que la nobleza despilfarradora y los especuladores de ocasión. «Comparada con los aventureros que negociaban con propiedades que jamás habían visto, la *gentry* local era una población asentada enfrentada a simples merodeadores» [77]. Su ventaja sobre su equivalente francés era que «se mantenía reducida y fuerte por la crueldad del sistema familiar inglés, que sacrificaba el individuo a la institución» [78]. Era políticamente mucho más fuerte que su equivalente holandés, «totalmente cortado de sus raíces rurales» [79], porque «combinaba los vínculos locales y populares esenciales para un papel representativo con el aroma aristocrático de los *nobiles minores*, y jugaba sus bazas con un realismo lleno de tacto pero carente de escrúpulos» [80]. Por lo tanto ejemplifica el proceso de sucesión de élites que según Pirenne constituye la esencia de la historia social del capitalismo [81]. El resultado era que «las instituciones políticas [no estaban] en correspondencia con las realidades económicas», lo que llevó inexorablemente a una revolución inglesa encabezada por la *gentry* «ascendente», y causada por «fuerzas

[77] *Ibid.*, p. 197.

[78] *Ibid.*, p. 174.

[79] *Ibid.*, p. 175. Este juicio sobre la situación holandesa ha sido contradicho en una reciente tesis doctoral, de la cual se ha publicado un breve resumen, y que sostiene que el sector rural era en todos los aspectos tan importante en la economía holandesa de la época como lo era en la inglesa. Véase Jan de Vries, «The role of the rural sector in the development of the Dutch economy: 1500-1700», *Journal of Economic History*, XXXI, 1, marzo de 1971, pp. 266-268.

[80] Tawney, *Essays in economic history*, I, p. 175.

[81] «El profesor Pirenne, en un bien conocido ensayo, ha sostenido que los capitalistas de cada época sucesiva no proceden normalmente de los de la época anterior, sino que son individuos de origen humilde que se abren paso hacia arriba, forman en su momento una nueva plutocracia, se sumen, habiéndolo hecho, en un letargo con apariencias de dignidad, y a su vez se ven superados. Existen períodos en los que de alguna manera la misma alternancia de progreso y estancamiento puede observarse en la historia de las clases terratenientes. Las tres generaciones que anteceden al momento en que Harrington escribió fueron uno de estos períodos.» R. H. Tawney, «Harrington's interpretation of his age», *Proceedings of the British Academy*, 1941, p. 218.

impersonales demasiado fuertes para que pudieran controlarlas [tanto el gobernante como el Parlamento]»[82].

La base de la crítica de Trevor-Roper, como es bien sabido, además de cuestionar las estadísticas y las operaciones de codificación de Tawney[83], fue sugerir que el modelo básico de la escena política estaba desplazado:

> Ya he sugerido que fueron los cargos más que la tierra la base de muchas familias indiscutiblemente «ascendentes». Ahora iría más lejos. En lugar de la distinción entre «viejos» y «nuevos» terratenientes, entre nobleza y *gentry*, sugeriría que la distinción significativa en la sociedad terrateniente de los Tudor y de los Estuardo sería la distinción entre «la corte» y «el campo», entre los funcionarios y los simples terratenientes [...].
>
> ¿Qué fortunas hicieron los funcionarios de Enrique VIII que llevaron a cabo la nacionalización de la propiedad monástica? Naturalmente las mejores gangas fueron a parar a ellos y a sus agentes locales, la *gentry* funcionarial de los condados [...]
>
> Pero ¿qué hay de la simple *gentry* que no tenía tales posiciones? Conforme el premio se hacía más valioso más se alejaba de su alcance[84].

Por lo tanto, la guerra civil inglesa puede ser considerada, al menos en parte, como la rebelión, contra una corte renacentista, de la simple *gentry*, agobiada por los impuestos.

Finalmente, J. H. Hexter insiste en que existe un «tercer grupo de terratenientes ingleses»[85]. Dice que un vistazo a la oposición parlamentaria a los Estuardo muestra que no proceden de la «clase media rural hambrienta de poder» de Tawney, dado que son «rica *gentry* del campo» (¿Es esto tan diferente de lo que dice Tawney?), ni tampoco son los «iracundos y agobiados paletos» de Trevor-Roper, dado que eran un «grupo de hombres desusadamente bien educados» (¿es esto realmente incompatible con Trevor-Roper?)[86].

---

[82] *Ibid.*, p. 207.

[83] Véase H. R. Trevor-Roper, «The gentry, 1540-1640», *Economic History Review*, suplemento 1, 1953, pp. 4-24. Para la continuación de esta parte del debate, véase R. H. Tawney, «Postcript», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 206-214; Cooper, *Economic History Review*, pp. 377-381; Hexter, *Reappraisals in history*, pp. 124-129; Hill, «Recent interpretations», p. 9.

[84] Trevor-Roper, *Economic History Review*, pp. 26, 27, 30.

[85] Hexter, *Reappraisals in history*, p. 131.

[86] *Ibid.*, pp. 135-136. En otro punto, Hexter, a quien nunca le faltan imágenes pero no gusta de estadísticas, dice de los primeros tiempos de la Inglaterra de los Estuardo: «En el vacío causado por la incapacidad temporal de los magnates fluyó la *gentry* rural; no la pequeña *gentry*, vigorosa y de fuerte carácter, del profesor Tawney ni la simple *gentry* mohosa y comida de pulgas del profesor Trevor-Roper, sino los *knights* y *squires*

No obstante, si seguimos las afirmaciones de Hexter nos veremos de hecho llevados ante un cuadro razonablemente claro del papel social de la *gentry,* aunque no el que aparentemente él cree llevarnos. Dice en un momento dado en su crítica: «nos encontramos aún con el problema que enfrascó a Tawney en su búsqueda [...] ¿Por qué en esta coyuntura histórica particular encontraba el campo» su liderazgo en estratos sociales inferiores? ¿Por qué en la *gentry* y no en la nobleza? [87]. La respuesta de Hexter es esencialmente que el ascenso político de la *gentry* se explica por el creciente poder militar del rey coincidiendo con la decadencia del poder militar de los magnates territoriales. «Por consiguiente, la *gentry* del período de los Tudor actuaba con mayor independencia que sus predecesores en los días de Lancaster y York [...]» [88]. Como han observado muchos, ¿quién sostiene lo contrario? Y como señala acertadamente Stone: «el *deus ex machina* del señor Hexter para explicar el ascenso al poder político de la *gentry* resulta excesivamente superficial: dice que la aristocracia perdió el control militar. Por supuesto, pero, ¿por qué ocurrió esto?» [89]. Nos vemos por lo tanto de vuelta a esas variables centrales que hemos venido discutiendo (al igual que Tawney y Trevor-Roper): el crecimiento de un aparato de Estado burocrático y el desarrollo de la agricultura capitalista; y la relación entre ambos [90].

---

ricos y bien educados que se sentaron en los Parlamentos de Jacobo I y Carlos I» (p. 148). Véase el comentario de Cooper sobre la actitud de Hexter hacia las estadísticas: «Finalmente, en contra del profesor Hexter, creo que si hubiera habido en primera instancia estudio más cuidadoso de cuentas y arriendos y menos recuento de fincas, la controversia nunca habría tenido que tomar su forma actual. Para ser justo con Stone debería añadir que desde su primera incursión en este campo ha dedicado gran cantidad de tiempo a tales estudios. Imagino que Stone y yo podemos estar de acuerdo por lo menos en la necesidad de continuar tales estudios, en vez de abandonarlos como sugiere el profesor Hexter.» *Encounter,* XI, 3, septiembre de 1958, p. 74.

[87] Hexter, *Reappraisals in history,* p. 142.

[88] *Ibid.,* p. 147.

[89] Lawrence Stone, *Encounter,* p. 74.

[90] «Si ya no podemos aceptar sin reservas la tesis de profesor Tawney de que la *gentry* asciende a expensas de la nobleza entre 1540 y 1640, o de que la nobleza jacobea difería claramente de la isabelina en su gestión de las fincas, no existe contradicción en el auge dentro de las clases terratenientes de ciertas familias, o en que muchas de estas familias, especialmente en el primer período Estuardo, debieran la mejora de su estatus a los beneficios del cargo, la profesión o el comercio, antes que al rendimiento de sus tierras.» Gordon Batho, «Landlords in England. B. Noblemen, gentlemen, and yeomen», en *The Agrarian History of England and Wales,* IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640,* Londres y Nueva York, Cam-

Hexter arremete a continuación contra «el mito de la clase media». Pero aquí está atacando en realidad al liberalismo del siglo XIX y no al «marxismo» inconsciente que él sugiere que subyace en gran parte de la historia económica moderna[91]. De hecho su propio análisis no está en realidad tan alejado del de Tawney y Trevor-Roper. Los Tudor, dice, no eran favorables a la clase media, excepto un «pequeño círculo interior de banqueros-comerciantes de los Tudor», un grupo de «capitalistas ligados a la corte»[92].

La política de los Tudor era en realidad muy coherente:

> Era usualmente bastante solícita con los intereses creados. Protegía a los antiguos y creaba otros nuevos en las formas emergentes de empresa [...] No era política de los Tudor oponerse tozudamente a la corriente del cambio ni concederle vía libre, sino guiarla, conducirla, como ellos decían, a algún tipo de control conforme con el buen orden[93].

Y, para completar, Hexter añade: «Los Tudor consideraban a la clase media como la vaca lechera de la sociedad»[94].

Pero fue precisamente Lawrence Stone quien subrayó el grado en que los Tudor ejercían el control económico, favorecían a un puñado de empresarios pero no a las clases burguesas como un todo, y planteaban el fortalecimiento del poder militar del Estado como fundamental[95]; la esencia del argumen-

---

bridge Univ. Press, 1967, p. 285. Pero añade Batho: «No se debe exagerar, sin embargo, la importancia de la ocupación de cargos y de la influencia política en el ascenso de ciertas familias en la jerarquía social. Mientras que los pocos afortunados disfrutaban de grandes ingresos, la mayoría de los puestos administrativos y del gobierno central estaban pobremente pagados, y no permitían grandes ganancias aparte de las pagas oficiales, incluso en tiempos de los Estuardo» (p. 289).

[91] J. H. Hexter, «A new framework for social history», *Reappraisals* página 14.

[92] J. H. Hexter, *Reappraisals in history*, pp. 103, 105.

[93] *Ibid.*, p. 109.

[94] *Ibid.*, p. 110.

[95] «La primera mitad del siglo XVI fue un período de experimentos provisionales, pero cada vez más numerosos, de control económico, pero no hay datos que prueben que hubo un incremento de la libertad comercial [...]

»El principal objetivo del régimen económico Tudor era la seguridad, no la prosperidad [...]

»Pero la paradoja de la administración Tudor, y quizá la causa del colapso de todo el sistema, debe buscarse en la medida en que su programa de un Estado paternalista, de justicia social y conservadurismo, fue sacrificado ante las más apremiantes necesidades de una autarquía planificada y de unas finanzas de guerra oportunistas. Todos los gobiernos Tudor fueron los más resueltos oponentes teóricos de aquellos cambios sociales

to de Trevor-Roper es que la *gentry* se negó a ser una vaca lechera.

Finalmente, dice Hexter, no es cierto que el espíritu capitalista emergiera tan sólo en el siglo XVI, ya que hacía mucho que existía, ni que «los terratenientes del siglo XVI esperaran el ejemplo y la inspiración de los comerciantes de las ciudades»[96] para embarcarse en la agricultura capitalista. Precisamente. Pero entonces nos encontramos de nuevo ante el cuadro de una clase capitalista emergente reclutada en diversos substratos sociales[97].

¿Por qué tendría que ser esto extraño? Estaba sucediendo, como hemos visto, a lo largo y a lo ancho de toda la economía-mundo europea[98]. Sin duda, existían diversas expresiones políticas de los diferentes subgrupos en el seno de la «*gentry*». Barrington Moore, por ejemplo, nos ofrece una sugerencia acerca de la oposición política de la «*gentry* declinante» de Trevor-Roper, que hace tal fenómeno totalmente compatible con la oposición política de la «*gentry* ascendente» de Tawney. Cita a este último: «buena parte de la *gentry* se estanca o va hacia abajo. Sería fácil encontrar terratenientes nobles que van con los tiempos y sacan el máximo partido de sus posesiones»[99]. Moore dice después de aquellos que se «estancan»:

---

y de aquellas nuevas clases burguesas de los cuales se supone que obtuvieron su mayor apoyo.» Stone, *Economic History Review*, XVIII, páginas 109, 111, 115.

[96] Hexter, *Reappraisals in history*, p. 91; véanse también pp. 83-84.

[97] Es posible que, como sugiere Christopher Hill: «En el siglo de la inflación, parecen haber sido los granjeros, los *yeomen*, los pequeños terratenientes, quienes primero han desarrollado las virtudes burguesas necesarias para el éxito: frugalidad, industriosidad, disposición a aumentar las rentas y observar los mercados, consumo moderado y reinversión de las ganancias. Los nobles y los *gentlemen* principales, con niveles tradicionales de gasto que mantener, fueron más lentos en adaptarse, y continuaron gastando sumas que sus rentas no justificaban. Tales hombres dependían cada vez más de la corte para su supervivencia económica.» *Reformation to the Industrial Revolution*, pp. 65-66. Pero se trata, a lo más, de una cuestión de grado.

[98] Véase la comparación específica entre Inglaterra y Hungría que realiza Zs. S. Pach: «[La conversión de los terratenientes en comerciantes] no constituye un fenómeno original si comparamos [Hungría] con lo que sucede en Inglaterra en este periodo, donde esta teniendo lugar un proceso análogo. Pensamos en la "nueva nobleza", en la *gentry* inglesa que recibía esencialmente en forma de renta lo que le correspondía como cargas feudales. Se dedicaban a la venta de lana, de trigo, y de otros bienes, y habiendo expropiado a los pequeños campesinos y granjeros, iniciaron la explotación directa de su propiedad que caracteriza a la burguesía.» *Annales ESC*, XXI, p. 1.230.

[99] Tawney, *Essays in economic history*, I, p. 186.

Estos «murmuradores y descontentos» pueden haber suministrado una parte del elemento radical que respaldó a Cromwell y a la revolución puritana, aunque este ímpetu tuviera sus orígenes fundamentales en zonas inferiores de la escala social. Así, bajo el impacto del comercio y de alguna industria, la sociedad inglesa se estaba dividiendo de arriba a abajo de una forma que permitió la aparición temporal de bolsas de descontento radical producido por estas mismas fuerzas [...] En este proceso, al irse descomponiendo el orden antiguo, secciones de la sociedad que habían entrado en decadencia a causa de tendencias económicas a largo plazo, aparecen en la superficie y hacen buena parte del «trabajo sucio» violento de destrucción del *ancien régime*, dejando libre así el camino para un nuevo conjunto de instituciones. En Inglaterra el principal trabajo sucio de este tipo fue el simbólico acto de la decapitación de Carlos I [100].

Probablemente Hexter está en lo cierto al sugerir que había tres tipos de terratenientes, «ascendentes», «declinantes», y otros. Y es muy plausible que la oposición política tienda a estar correlacionada más con los primeros dos tipos que con el tercero. Para explicar la política de la primera época de los Estuardo, estos detalles son cruciales [101]. Para valorar las tendencias del cambio social, resulta mucho más importante ver el ascenso de la *gentry* no como fuerza económica ni como entidad política, sino como categoría social.

La concentración en los detalles, mientras que a menudo deja al descubierto la vacuidad de una generalización débil, también puede oscurecer el cambio secular. Lawrence Stone, después de hacer precisamente un análisis detallado de las complejidades de la movilidad social en la Inglaterra de esta época, señala que esta forma de análisis tiende a hacer perder de vista dos cambios importantes en la sociedad inglesa:

El primero era una polarización de la sociedad en ricos y en pobres: las clases altas se hicieron relativamente más numerosas, y sus ingresos reales aumentaron; los pobres se hicieron relativamente más numerosos y sus ingresos reales disminuyeron. El segundo era una mayor igualdad entre las clases altas: en primer lugar la riqueza y el poder de la alta *gentry* creció con relación a la de la aristocracia; y en segundo lugar los miembros de los oficios y profesiones aumentaron en riqueza, en número y en estatus social con relación a las clases terratenientes [102].

---

[100] Barrington Moore, jr., *Social origins of dictatorship and democracy*, Boston, Beacon Press, 1966, p. 16.

[101] En relación con esto, Christopher Hill tiene toda la razón: «Debemos dejar de generalizar sobre la *gentry*.» *Puritanism and revolution*, página 27.

[102] Lawrence Stone, «Social mobility in England, 1500-1700», *Past and Present*, 33, abril de 1966, pp. 28-29.

J. Hurstfield plantea una cuestión similar haciendo gran hincapié en su impacto sobre la política del «segundo» siglo XVI:

En Inglaterra la aristocracia jamás se convirtió en una casta, y la *gentry* terrateniente nunca llegó a ser una nobleza menor. Por lo tanto las clases media y alta mantenían una relación mucho más íntima entre sí que con la monarquía, y en tiempos de crisis tenían mucho más en común entre sí que con la Corona[103].

Stone y Hurstfield muestran el punto crucial en esta cuestión: el proceso de emergencia de una nueva categoría de clase, en el seno de la cual la «vieja» distinción entre aristocracia y *gentry* estaba perdiendo su significado. Como resume Perez Zagorin, la tendencia general en el siglo XVI largo, en Inglaterra, era «dar a hombres [...] en posición de invertir capital en la agricultura, el comercio y la industria [...] la dirección de la vida social»[104]. Y esta clase combinada salió ganando a expensas del campesinado[105]. La situación inglesa es una buena ilus-

[103] Hurstfield, *New Cambridge Modern History*, III, p. 148.

[104] Perez Zagorin, «The social interpretation of the English revolution», *Journal of Economic History*, XIX, 3, septiembre de 1959, p. 388. Añade: «La clase cuya formación constituye nuestro foco de interés estaba siendo reclutada de continuo, y comprendía naturalmente elementos diversos en cuanto al estatus, la riqueza y la fuente de ingresos. Pero pese a estas y otras diferencias, sus miembros eran especies del mismo género. Constituían una sola clase económica, porque lo que tenían en común era la posesión de capital que empleaban en busca de ganancia y de acumulación adicional» (p. 389).

[105] «Entre 1500 y 1700 el resultado final de la gran actividad de transferencia de tierras parece haber sido algo así como el movimiento neto de un cuarto de la tierra a través de los límites sociales, en unos casos al cruzar un propietario estos límites llevando su tierra consigo, en otros casos al cruzar la tierra el límite a causa de un cambio en su propiedad. Los ganadores en este proceso fueron los grandes terratenientes y la *gentry*, los perdedores los propietarios institucionales, la Iglesia y la Corona, y los campesinos probablemente en la misma proporción a grandes rasgos [...].

»En el siglo XVI la estructura de la propiedad de la tierra respondía a las presiones del mercado, a la creciente demanda de productos agrícolas, con una tendencia a pasar de la agricultura de subsistencia a una agricultura más comercial, y esto tuvo su efecto sobre el elemento campesino; no sólo creó una situación en la que muchos señores feudales explotaban sus derechos legales al extremo, sino que también ofreció oportunidades para prosperar a los *yeomen* de fortuna y emprendedores. Pero la estructura también respondía a las presiones del competitivo mundo del estatus, y al impulso de la riqueza mercantil de nueva creación a encontrar seguridad en la tierra. El estatus necesitaba nuevas defensas, en el gasto antes que en numerosos cuerpos de seguidores y servidores feudales, y esta era otra fuente de presión sobre la posición de los campesinos.» F. M. L. Thompson, «The social

tración de la generalización de Lattimore: «en cualquier sociedad en cambio gradual, son siempre los que gobiernan quienes se quedan con lo mejor de lo que perdura del viejo orden, y al mismo tiempo se apropian de lo mejor de lo que ofrece el nuevo [lo que con el tiempo conduce a] una considerable diversificación [...]»[106].

Si «*gentry*» fuera simplemente el nombre de los granjeros capitalistas al convertirse en clase, ¿qué son los *yeomen*? *Yeomen* es un término como *gentry*, un término sociolegal preexistente cuyo contenido estaba evolucionando en el siglo XVI. Mildred Campbell, en su libro acerca de los *yeomen* ingleses, estudia los diversos usos de la palabra y su relación con términos tales como granjero [*farmer*], caballero [*gentleman*], propietario [*freeholder*], labrador [*husbandman*] y jornalero [*laborer*], señalando acervamente: «no hay nada similar, podemos decir ya desde un principio, a la distinción de la que acabamos de prescindir»[107]. Su conclusión es que

> el estatus de los *yeomen* contemplado en términos de su relación con otros grupos de la estructura social, asume un carácter bastante definido. Eran una clase media rural fundamental, cuya principal preocupación giraba en torno a la tierra y los intereses agrícolas, un grupo que vivía «en la zona intermedia entre la grandeza y la necesidad», sirviendo a Inglaterra como podía hacerlo una «gente media» [...] cuya condición estaba entre la *gentry* y los campesinos[108].

Para apreciar el papel de este grupo hemos de volver a un tema discutido en un capítulo previo, la evolución del sistema de tenencia en la agricultura inglesa. Marx, en su discusión acerca de la génesis de la renta de la tierra capitalista, señala un punto crucial que a menudo se pasa por alto en las exégesis de sus opiniones:

> Además, tan pronto como la renta adopta la forma de la renta dineraria, y por ende la relación entre el campesino que abona renta y el terrateniente asume la forma de una relación contractual —transformación esta que, en general, sólo es posible en caso de un nivel relativo dado de desarrollo del mercado mundial, del comercio y de la manufactura—, también interviene necesariamente el arrendamiento del suelo a capitalistas que hasta ese momento se

---

distribution of landed property in England since the sixteenth century». *Economic History Review*, 2.ª serie, XIX, 3, 1966, p. 515.

[106] Owen Lattimore, *Inner Asian frontiers of China*, p. 123.

[107] Mildred Campbell, *The English yeoman under Elizabeth and the early Stuarts*, New Haven (Connecticut), Yale Univ. Press, 1942, p. 25.

[108] *Ibid.*, p. 61.

hallaban fuera de los marcos rurales, y que ahora transfieren al campo y a la agricultura capital adquirido en el medio urbano y los métodos de producción capitalistas ya desarrollados en las ciudades, la confección del producto en cuanto mera mercancía y en cuanto simple medio para la apropiación de plusvalor. Esta forma sólo puede convertirse en regla general en aquellos países que, cuando se opera la transición del modo feudal de producción al capitalista, *dominan el mercado mundial*[109].

Lo importante del argumento de Marx es que el proceso de transformación del sistema de tenencia de la tierra no es exclusivo de Inglaterra, como es obvio. Pero al irse convirtiendo cada vez más Inglaterra (y la república holandesa) en los territorios del centro de la economía-mundo europea en el «segundo» siglo XVI (y más aún a finales del XVII y en el siglo XVIII), el proceso va más lejos y más rápidamente en estas áreas precisamente porque constituyen el centro. Es crucial que los recursos sean usados más eficientemente para beneficiarse de la posición central comercial y financiera en la economía-mundo. En Inglaterra les compensó a las clases terratenientes pasar a un sistema de tierra totalmente alienable, al igual que les compensó a las clases terratenientes en Polonia (e incluso digamos que en el sur de Francia) el restringir los movimientos en esa dirección.

Para hacer que la tierra fuera totalmente alienable, para que la producción para la venta como mercancía fuera la consideración fundamental en la agricultura, no sólo se tenían que eliminar varios tipos de sistemas de tenencia feudal. Se tenía que eliminar también al granjero campesino, dado que el campesino podía aferrarse a la tierra y dedicarse a actividades de producción de tipo marginal por consideraciones que no maximizan la rentabilidad a corto plazo. ¿Cómo se logró de hecho esta eliminación?

H. John Habakkuk señala que existen tres maneras de expropiar a los campesinos: echarlos de sus heredades incorpo-

[109] Marx, *Capital*, III, cap. 47, p. 799 [vol. 8, pp. 1016-1017]. El subrayado es mío. Añade: «Este ingreso del capital como poder autónomo y dominante en la agricultura no se produce de una sola vez y en forma general, sino paulatinamente y en ramos particulares de la producción. Al principio no afecta a la agricultura propiamente dicha, sino a ramos de la producción como la ganadería, en especial la cría del ganado ovino, cuyo producto principal, la lana, con el ascenso de la industria ofrece al principio un constante excedente del precio de mercado por encima del precio de producción, cosa que luego se compensa. Tal lo ocurrido en Inglaterra durante el siglo XVI» (p. 801) [vol. 8, p. 1019].

rando su tierra a los propios dominios, forzarlos a aceptar arriendos limitados en sustitución de tenencias vitalicias, erosionar los derechos comunales del campesino. Argumenta que en el «segundo» siglo XVI sólo aquellos campesinos que fueran arrendatarios durante un tiempo limitado, o de por vida pero sin derecho a renovación, se veían sujetos efectivamente a tales formas de expropiación, y estima que esto supondría tan sólo alrededor del 35 por 100 del campesinado[110]. En cuanto a la venta de tierras, el cuadro está lejos de ser unilateral:

---

[110] Véase H. John Habakkuk, «La disparition du paysan anglais», *Annales ESC*, xx, 4, julio-agosto de 1965, pp. 652-654. Tawney señala en qué forma contribuía el panorama legal al mantenimiento de esta situación: «Si causas económicas hicieron rentable un nuevo sistema de cultivo, no es menos cierto que causas legales decidieron quiénes disfrutarían sus beneficios [...] Muchos arrendatarios consuetudinarios criaban ovejas a considerable escala, y no es fácil descubrir ninguna razón económica por la cual la lana barata requerida para el desarrollo de la industria de la manufactura de paño no pudiera ser proporcionada por los mismos campesinos en cuyas casas de labor se la cardaba, hilaba y tejía. El factor decisivo [...] era el hecho de que la tenencia de la gran mayoría de los pequeños cultivadores permitía que se les exprimiera mediante exacciones exorbitantes y que se les expulsara cuando llegaba a su fin su vida, plazo por el cual la mayor parte de ellos poseían sus parcelas. Su desgracia era que la protección otorgada por los tribunales a los arrendatarios en enfiteusis desde el siglo XV se limitaba a asegurar el cumplimiento de los usos señoriales existentes [...] Viviendo, como lo hacían, con las marcas de la tenencia servil aun impresas en ellos, los pequeños cultivadores de nuestro período estaban encadenados por los remanentes de la carencia de derechos legales de la Edad Media, sin disfrutar de la seguridad práctica que otorgaba la costumbre medieval, y sentían la dimensión amarga del moderno comercialismo sin gozar de la protección del omnicomprensivo Estado moderno, que era lo único que podía hacerlo tolerable.» *The agrarian problem*, pp. 406-408. (Nótese que Tawney habla de «la gran mayoría de los pequeños cultivadores». No examinó esta cuestión empírica, sin embargo, con tanto detenimiento como Habakkuk.)

Las ambigüedades del sistema de tenencia fueron, además, un factor sustancial en la aparición en las ciudades de una clase abogacial. Al ir siendo más tierras enajenables *de facto*, se buscó una definición más exacta de los derechos individuales. Para el pequeño cultivador, la única alternativa a la venta forzosa o a otros cambios indeseables en su tenencia era defenderse de las incursiones semilegales contra sus derechos alquilando abogados.

«Además de los comerciantes privados, y de sus agentes y servidores, en el siglo XVI surgió una pequeña, pero poderosa élite de profesionales. Toda ciudad provincial de ciertas dimensiones tenía su cuerpo de notarios, abogados y escribanos; municipios de las dimensiones de Northampton o Maidstone podían tener media docena de tales personas, que a menudo se autotitulaban *gentlemen* y descendían de pequeñas familias con tierra.» Everitt, *Agrarian History*, IV, p. 555.

Durante [éste] período [...] hubo sin duda señores [*seigneurs*] que compraron tierras a los campesinos, hubo también campesinos que acumularon tal cantidad de bienes que se vieron elevados al rango de *gentry*. En ambos casos el resultado fue una disminución de las propiedades campesinas. Pero hubo también campesinos que compraron los grandes dominios cuando fueron puestos en venta o que obtuvieron tenencias en enfiteusis. El resultado neto de estas transacciones no es conocido. Pero resulta perfectamente posible que estas adquisiciones supusieran más una ganancia que una pérdida para el campesinado; mientras, por una parte, los señores expropiaban a los campesinos, por la otra los campesinos, al adquirir bienes, roían los dominios de los señores [111].

La capitalización total de la agricultura estaba aún por llegar en Inglaterra. En el siglo XVI el *yeoman* tenía aún un papel que jugar. La creciente comercialización de la agricultura en este tiempo ofrecía al pequeño terrateniente no sólo «peligros» sino también «oportunidades». Campbell, que es un tanto romántico, ve al *yeoman* de forma un tanto heróica:

Terratenientes acechantes y vecinos hambrientos de tierras estaban siempre dispuestos a sacar partido de las desgracias ajenas. Aunque los precios en general subían continuamente, había a veces fluctuaciones que aparecían sin previo aviso y en secuencias imprevisibles. Otros males se sumaban a la inseguridad de los tiempos. Las epidemias descontroladas eran un terror constante. Las pérdidas por el fuego eran corrientes, y prácticamente se desconocía cualquier tipo de seguro. Un hombre debía tener ahorros disponibles para los tiempos difíciles o bien endeudarse [...]

Pero cuando de lo que se trata es de nadar o ahogarse, a menos que las probabilidades en contra sean excesivamente grandes, normalmente un hombre trata de nadar. [...] Y a pesar de las condiciones de incertidumbre citadas más arriba, más que en ninguna otra época anterior en la historia de la tenencia de tierras en Inglaterra, el hombre modesto que era industrioso y sobradamente emprendedor se encontraba con su gran oportunidad. Aquellos que podían capear los temporales encontraban en los mayores precios y el mejor mercado oportunidades para la ganancia que les empujaban a esfuerzos aún mayores. La ganancia es la madre del deseo de mayores ganancias [112].

---

111 Habakkuk, *Annales ESC*, XX, p. 657.

112 Campbell, *English yeomen*, pp. 68-69. Eric Wolf es más perspicaz en su análisis de las condiciones bajo las cuales los campesinos se orientaron crecientemente hacia la producción para el mercado: «El eterno problema del campesinado consiste, así, en equilibrar las demandas del mundo exterior con la necesidad de los campesinos de aprovisionar sus casas. Sin embargo, frente a este problema de raíz los campesinos pueden seguir dos estrategias diametralmente opuestas. La primera es aumentar la producción; la segunda restringir el consumo.

»Si un campesino sigue la primera estrategia, debe aumentar el trabajo realizado en su propia tenencia, para aumentar su productividad

Aunque el *yeoman* no fuera el beneficiario directo de la disolución de los monasterios, podía eventualmente conseguir una porción del pastel [113].

---

e incrementar la cantidad de producto para el mercado. Su capacidad para hacerlo depende en gran medida de lo fácil que le resulte movilizar los factores de producción necesarios —tierra, trabajo, capital (ya sea en forma de ahorros, dinero disponible o crédito)—, y, por supuesto, de las condiciones generales del mercado [...]

»En primer lugar [esta estrategia], se hace posible cuando se han debilitado las imposiciones tradicionales sobre los fondos de rentas de los campesinos: una condición que es probable que se dé cuando se haya hecho ineficaz la estructura de poder a través de la cual los señores drenaban los fondos. En segundo lugar, podemos esperar encontrar este fenómeno cuando se haya hecho posible para el campesino escapar a las obligaciones de suscribir con gastos ceremoniales los lazos sociales tradicionales que le unen con sus iguales. Si puede negarse a entregar su excedente a dedicaciones ceremoniales, puede utilizar los fondos así liberados para apoyar su ascenso económico. Los dos cambios frecuentemente van juntos. Al debilitarse la estructura de poder superior, muchos lazos sociales tradicionales pierden también su justificación particular. Bajo tales circunstancias, la comunidad campesina puede asistir al auge de campesinos enriquecidos que vuelven la espalda a sus compañeros menos afortunados y ocupan el vacío de poder creado por la retirada de los dueños superiores del poder. En el curso de su ascenso, frecuentemente violan las normas tradicionales sobre cómo se deben llevar y simbolizar las relaciones sociales: frecuentemente usan su poder recién adquirido para enriquecerse a costa de sus vecinos. Tales hombres fueron los *yeomen* en auge en la Inglaterra del siglo XVI, los campesinos ricos de China, los *kulaki* o "puños" de la Rusia prerrevolucionaria.» *Peasants*, pp. 15-16.

[113] «Probablemente fueron pocos los *yeomen* que se beneficiaron de la disponibilidad de las tierras de los monasterios en los primeros años tras su disolución; pues esta propiedad fue en primer término a manos de los grandes terratenientes, como donación y en pago de servicios o fue comprada. Pero grandes cantidades de ella cayeron pronto en manos de especuladores, y de esta forma salieron al mercado, donde, tras divisiones y redivisiones, fueron quedando al alcance del pequeño comprador hacia finales del siglo XVI.» Campbell, *English yeomen*, pp. 70-71.

Joyce Youings nos previene contra una sobreestimación: «Una gran parte de la tierra de los monasterios fue vendida nuevamente por los concesionarios originales, y parte de ella cambió de manos muchas veces, pero el mercado no era tan ágil, ni la especulación tan común, como muchos autores han sugerido [...] No todos estos cambios de propiedad de tierras fueron ventas claras. No se han tenido en cuenta las cesiones de partes de propiedad entre socios en una concesión, pero algunas de las "reventas" pueden haber sido simples cesiones de agentes en favor de sus superiores». «Landlords in England. C. The Church», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 349-350. Además señala que: «La mayor parte de los no nobles, ya fueran *gentlemen* o *yeomen*, iban a conseguir ganancias más rápidas arrendando las tierras de los monasterios que comprándolas» (p. 348).

Como muchos han señalado, existían dos tipos de cercamientos [*enclosures*] en aquella época: el cercamiento de grandes territorios para pastos y la consolidación de pequeñas tierras para un cultivo más eficiente. Es en este último proceso en el que el *yeoman* jugaba un papel central, un papel tanto más importante cuanto que tenía importantes consecuencias sociales, al incrementar el suministro de alimentos sin suscitar el tipo de oposición política al que se enfrentaban los cercamientos para pastos [114]. Parte de las mejoras procedían de otros factores que incrementaban la eficiencia del trabajo. Thirsk lo atribuye a:

> El uso de rotaciones más intensivas, acompañadas de un mayor abonado; la utilización de variedades mejoradas de grano; y, probablemente lo más importante, el impresionante incremento en la superficie total de tierra arada como resultado de la recuperación de los baldíos y la conversión de los pastos [...] El mayor abonado de las zonas arables se hizo posible, por supuesto, manteniendo un mayor número de animales, lo que supuso un gran incremento en el suministro de carne y lana y otros productos animales. Una mayor cría de ganado se hizo posible por la mejora de los pastos y las vegas por medio de fertilizantes, por medio de la mejora del suministro de pastos de primavera, mediante la irrigación de las vegas de los prados en el campo de la zona oeste y el cultivo de algarrobas en otros lugares, y por el mayor suministro de pastos de verano, mediante el uso de marismas y la recuperación de terrenos pantanosos y marjales costeros. *Así, las mejoras en el cultivo y el pastoreo iban de la mano, ayudándose mutuamente, y sirviendo ambas para promover la especialización y la interdependencia de las regiones* [115].

[114] «Pero usualmente, entre los acaparadores de tierras fueron los *yeomen* quienes quedaron más relativamente libres de oprobio entre sus contemporáneos, y en general entre los autores posteriores. También, el hecho de que los pequeños cercamientos se realizaran usualmente en beneficio de la agricultura, y no para la conversión en pastos, contribuyó a que sus autores escaparan a gran parte de las injurias que se acumularon sobre quienes intervinieron en el proceso de despoblación.» Campbell, *English yeomen*, p. 91.

[115] Joan Thirsk, «Farming techniques», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 199. El subrayado es mío. A diferencia de lo que observamos entre Inglaterra y Gales, sin embargo, es menos seguro que dentro de Inglaterra se produjera una especialización regional demasiado grande. Al menos E. J. Buckatzsch muestra en su estudio de las relaciones de impuestos que «el patrón de distribución geográfica de la riqueza en Inglaterra [...] se mantuvo esencialmente sin cambios desde finales del siglo XIII hasta finales del siglo XVII, [cambiando sólo] fundamentalmente durante el siglo XVIII». «The geographical distribution of wealth in England, 1086-1843», *Economic History Review*, III, 2, 1950, p. 195.

La inclusión de Gales en la división inglesa del trabajo, durante este tiempo, colaboró a este proceso de mejora agrícola. Entre otras cosas, la imposición de las formas legales inglesas, particularmente la primogenitura, llevó a una gran incertidumbre acerca del sistema de tenencia de la tierra. Esto resultó propicio para la aparición de grandes dominios en Gales. «De un extremo a otro de Gales fue un tiempo de creación de grandes posesiones y de sentar las bases de las fortunas familiares»[116]. Esto era particularmente cierto en las «tierras bajas anglificadas» que mostraban «una marcada desigualdad en el tamaño de las posesiones [...]»[117]. Yo sospecharía que los terratenientes eran en su mayor parte ingleses. El grado de mejora agrícola introducido por los cercamientos en Gales parece haber sido mayor que en Inglaterra. Gales había estado sufriendo hasta entonces «técnicas predatorias»[118]. Esto significó, no obstante, desplazamientos aún mayores de la población, que emigraba a Inglaterra, con toda probabilidad para convertirse en parte del lumpenproletariado, o en muchos casos en mercenarios, como ya hemos mencionado.

Campbell dice que ésta fue la era del «hambre de tierra»[119]. «Entre los hambrientos de tierras ninguno era más avaricioso que el *yeoman*»[120]. Evidentemente, esto tuvo consecuencias, dada la evidencia que tenemos acerca de los alojamientos rurales en Inglaterra de 1570 a 1640, el período de «la gran reconstrucción», obra, según V. G. Hoskins, de «los mayores labradores [*husbandmen*], los *yeomen* y la baja *gentry*, todos en gran medida con un mismo origen social en los siglos medievales»[121]. Lawrence Stone cita este mismo hecho, no obstante, como nueva evidencia del «ascenso de la *gentry*»[122], lo que indica una vez más la fluidez de los términos que utilizamos. ¿No son estos *yeomen* simplemente la versión menos capitalizada de la *gentry* que son agricultores capitalistas?[123].

---

[116] Frank Emery, «The farming regions of Wales», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 124.

[117] *Ibid.*, p. 152.

[118] T. Jones Pierce, «Landlords in Wales. A. The nobility and gentry», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp. *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 380.

[119] Campbell, *English yeomen*, p. 65.

[120] *Ibid.*, p. 72.

[121] W. G. Hoskins, «The rebuilding of rural England, 1570-1640», *Past and Present*, 4, noviembre de 1953, p. 30.

[122] Stone, *Past and Present*, 33, p. 26.

[123] Peter Laslett piensa que la división *de clase* clave es la que existe entre los *gentlemen* (los nobles y la *gentry*) y los demás (*yeomen* y tra-

Esto se aclara más si observamos quiénes salen perdiendo de hecho en el proceso de los cercamientos (en sus dos variedades). Al llevarse adelante los cercamientos —ya fueran los cercamientos a gran escala para la cría de ovejas o los acotamientos en pequeña escala de los *yeomen* prósperos—, una serie de hombres que previamente vivían sobre y de la tierra se vieron obligados a abandonarla, y otros se vieron reducidos a la condición de jornaleros sin tierra trabajando a cambio de un salario [124]. Esto ha sido durante largo tiempo

---

bajadores comunes). Véase *The world we have lost*, Nueva York, Scribner's, 1965, cap. 2, esp. pp. 26-27. Pero en este mismo capítulo (pp. 32-33) reproduce el esquema de Gregory King para 1688, en el que la división se establece, más correctamente desde mi punto de vista, entre quienes, según la terminología de King, «aumentan» la riqueza del reino (nobles, *gentry*, comerciantes, propietarios [*freeholders*], artesanos), y quienes la «disminuyen» (jornaleros, labriegos, soldados rasos, vagabundos). (Es decir, considero que es correcta la línea divisoria de King, no su caracterización de la naturaleza del trabajo a cada lado de la línea.) Laslett reconoce que *yeoman* «era el nombre de estatus de quienes mejores resultados obtenían en el trabajo de la tierra», y observa que «adquirió muy pronto una carga sentimental» (p. 43). Pero parece sorprendido ante la preferencia de la *gentry* por excluir a quienes no eran «ociosos», sin tener en cuenta las observaciones del investigador sobre sus intereses económicos y políticos.

«Desde tiempos de Isabel hay abundancia de inventarios domésticos que nos muestran el estilo de vida de la baja *gentry*; éste era, por supuesto, indistinguible del de los *yeomen* acomodados.» M. W. Barley, «Rural housing in England», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 713.

Véase Gordon Batho: «Pero no había una diferencia radical entre la baja *gentry* y los *yeomen* más ricos [...] De hecho, la definición [legal de *yeoman*] carecía virtualmente de sentido, pues muchos *yeomen* de la época de los Tudor o de los primeros Estuardo, como el padre de Latimer, no tenían tierra propia, sino que eran enfiteutas o arrendatarios. En innumerables testamentos y documentos legales de la época un hombre es descrito en un lugar como *yeoman* y en otro como *gentleman*, o se describe a sí mismo como *gentleman*, pero es descrito por otros como *yeoman*. Pues no era la nobleza de nacimiento o el grado de riqueza lo que distinguía a las clases. Muchos de los hijos menores de la *gentry* se convertían en *yeomen*; buena parte de la *gentry* era de reciente origen *yeoman* o incluso de orígenes más humildes, gracias a los beneficios profesionales o de los negocios. Pocos miembros de la *gentry* podían rastrear sus antepasados tres siglos atrás, y algunas familias *yeomen*, como los Reddaway de Devon, podían hacerlo». *Agrarian History*, IV, p. 301.

[124] La cuestión es que la presión se producía en un sentido o el otro: «Para resumir: en la Inglaterra de los Tudor un número sustancial de pequeños granjeros se encontraba en una peligrosa situación. Estaban expuestos a ser desposeídos en aquellas comarcas en que existían fuertes

considerado un elemento central en la creación del excedente de trabajo que constituye un elemento crítico en la «comercialización de la vida inglesa» [125]. Este cambio tuvo lugar entre 1540 y 1640. En la contracción económica algunos hombres humildes salieron ganando, pero muchos más salieron perdiendo [126]. De hecho, el mismo proceso de lograr la liberación del campesino de las restricciones del feudalismo podría haber constituido un modo adicional de empobrecimiento. Alexander Savine, en su artículo sobre los restos de servidumbre feudal en la Inglaterra de los Tudor, señala la paradoja de que «para el siervo del siglo XVI su dependencia personal de su señor se hizo una carga mayor en el momento en que logró su libertad» [127]. La paradoja es fácil de desentrañar. La manumisión no era gratis. Se compraba. De hecho, debía comprarse a elevado precio, porque Savine señala:

---

incentivos para cercar la tierra, y esto es lo que sucedió en los Midlands al comienzo y al final del siglo XVI. Donde los cercamientos no eran la norma, estaban expuestos al aumento de las rentas, a exácciones arbitrarias, y a la violación de sus derechos de pasto en las tierras comunales [...]. La inseguridad era muy general, y los enfiteutas, que formaban la espina dorsal de la Inglaterra agraria (como reconocen las gentes de la época), sólo podían esperar de los gobiernos Tudor una protección parcial e intermitente». Ramsey, *Tudor economic problems*, p. 36.

[125] «Desde un punto de vista más amplio, los cambios agrarios del siglo XVI pueden ser vistos como un largo paso hacia la comercialización de la vida inglesa. El crecimiento de las industrias textiles está estrechamente relacionado con el desarrollo de los pastos, y fue la exportación de tejidos de lana, aquel "prodigio del comercio", lo que en primer lugar introdujo de forma evidente a Inglaterra en el comercio mundial, y fue el motivo de más de una de aquellas primeras expediciones para descubrir nuevos mercados, expediciones de las que surgieron las plantaciones, las colonias, el imperio [...] El desplazamiento de la tierra de un considerable número de familias aceleró, si no inició, el proceso de transición del problema salarial medieval, consistente en la escasez de mano de obra, al moderno problema salarial, consistente en su abundancia.» Tawney, *The agrarian problem*, p. 3. Véase Joan Thirsk, «Enclosing and engrossing», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 210; Bowden, *Agrarian History*, IV, p. 598.

[126] «Una pequeña minoría de labriegos todavía poseía tierras o derechos comunales relativamente extensos, y podía beneficiarse de los nuevos cauces comerciales de la época, abriéndose paso, en una generación o dos, hasta la *yeomanry*. Las capas medias y bajas de los labriegos sin embargo, estaban perdiendo sus modestos derechos de propiedad y cayendo al nivel de un proletariado sin tierra.» Alan Everitt, «Social mobility in early modern England», *Past and Present*, 33, abril de 1966, página 57.

[127] Alexander Savine, «Bondmen under the Tudors», *Transactions of the Royal Historical Society*, n. s., XVII, 1903, p. 268.

La manumisión de los siervos se consideraba como una fuente regular de ingresos señoriales [...] La liberación de los últimos siervos fue una política que dio dividendos. El asunto fue llevado a cabo tan abiertamente en el siglo XVI que los cortesanos isabelinos podían recibir como signo especial de favor del soberano la comisión de liberar a un número definido de familias de siervos de las posesiones de la Corona; es decir, se les permitía reparar sus fortunas por medio de los pagos para la liberación [128].

Los siervos ya no suministraban la prestación semanal de trabajo al señor en la reserva señorial [129]. Más bien, «la dependencia personal del siervo se convirtió en un mero pretexto para la extorsión» [130]. Así, en este proceso, muchos se convirtieron sin duda en pobres sin tierra.

Encontramos aún más evidencia de esta pauperización en la virtual desaparición de la categoría de labrador [*husbandman*]. Por una parte, algunos de ellos estaban «convirtiéndose en *yeomen*, y las distinciones entre *husbandmen* y *yeomen* empezaban a hacerse borrosas» [131]. Y por otra parte, los labradores más pobres empezaban a estar en peor situación que muchos jornaleros que eran labriegos [*cottagers*] y necesitaban dedicarse a trabajos asalariados a tiempo parcial para arreglárselas [132]. ¿No podrían haber considerado deseable estos *cottagers* con trabajo esporádico el convertirse en jornaleros con un empleo regular?

En cualquier caso, estas dos categorías de agricultores eran vulnerables a los cercamientos y a la usurpación de sus derechos al uso de los pastos comunes. Esta usurpación, en particular, llevó al abandono de los pueblos y a la emigración [133]. Everitt señala que la creciente distinción entre los campesinos *yeomen* y los «pobres intrusos y vagabundos, virtualmente sin tierras, a menudo recién expulsados de algún otro lugar», era un fenómeno que podía observarse particularmente en las

[128] *Ibid.*, pp. 270-271.
[129] Véase *ibid.*, p. 275.
[130] *Ibid.*, p. 276.
[131] Batho, *Agrarian History*, IV, p. 303.
[132] «En ocasiones no existía diferencia marcada entre el jornalero acomodado, que trabajaba sus propias tierras y completaba sus ingresos con trabajo asalariado estacional, y el labrador pobre cuyas tierras eran insuficientes para mantener a su familia y se dedicaba al trabajo asalariado ocasionalmente para aumentar sus recursos. Todo lo que se puede decir es que el empleo del primero tendía a ser regular, y el del segundo no.» Everitt, «Farm labourers», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 397.
[133] Véase *ibid.*, p. 409.

áreas forestales más recientemente colonizadas del campo[134]. Y que «fue de este último grupo, como consecuencia de sus orígenes semivagabundos, de donde se reclutó en gran medida el ejército de trabajadores estacionales que había hecho necesario la agricultura comercial»[135].

Así surgió el crucial problema político de los mendigos y del vagabundeo, una característica notoria de la Inglaterra isabelina[136]. Frank Aydelotte ve tres factores distintos que se combinan para explicar la aparición del vagabundeo en tiempos isabelinos: los cercamientos, como factor fundamental, desde luego; pero también la paz de los Tudor y, como consecuencia, la disolución de enormes bandas de sirvientes de los nobles; y también la disolución de los monasterios y la desaparición de su papel como suministradores de caridad. El punto de vista de Aydelotte acerca de estos vagabundos, que no puede ser muy distinto al de los gobernantes de aquellos tiempos, es considerarlos como un problema *social:*

> Lejos de ser una clase impotente o inocua, los vagabundos del siglo XVI representaban una buena parte de la sólida fuerza de la Inglaterra medieval. Muchos de ellos procedían de buena cuna, pero en el esquema económico de la Inglaterra medieval no encontraron una posición útil. Tenían cerebro para planear villanías y audacia para llevarlas a cabo. En sus filas había descontentos políticos, religiosos y sociales, y agitadores. Por ello eran tan peligrosos como la peste en la Inglaterra de Isabel. Los vagabundos eran amenaza suficiente para hacer que los legisladores, desde Enrique VII en adelante, dedicaran lo mejor de su pensamiento a buscar un remedio, creando estatutos y preocupándose de su cumplimiento, hasta que el problema se vio totalmente resuelto, en la medida en que

---

[134] Uno de los atractivos de las áreas boscosas era la posibilidad de empleos complementarios (oficios de bosque y arbolado, hilado y tejido del lino, el cáñamo o la lana). Véase Everitt, *Agrarian History*, IV, pp. 425-429; Thirsk, *Agrarian History*, IV, pp. 109-110.

[135] Everitt, *Past and Present*, 33, p. 58.

[136] «En Inglaterra la mendicidad y el vagabundaje no comenzaron en el siglo XVI [...] Sin embargo, hay abundantes pruebas de que en el siglo XVI el número de pícaros y vagabundos era mayor en relación a la población de lo que lo había sido nunca antes o lo sería después.» Frank Aydelotte, *Elizabethan rogues and vagabonds* (vol. I de la serie Oxford Historical and Literary Studies), Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1913, p. 3.

«Los vagabundos revoltosos y las temibles bandas de mendigos, familiares a los estudiosos de la Inglaterra isabelina, tenían su contrapartida en los «vagabundos y prostitutas ociosos, que se autotitulaban falsamente egipcios, que recorrían Escocia, sacando por la fuerza comida y dinero, robando, amenazando y llevando el pánico a las granjas y caseríos aislados.» Lythe, *The economy of Scotland*, p. 29.

la legislación podía resolverlo, por las admirables leyes de pobres de 1572, 1597 y 1601[137].

¿Admirables? Tal vez, aunque sin duda no en el simple sentido en que Aydelotte quiere que las admiremos.

Estas leyes, no obstante, arrojan luz sobre el papel que jugaba el aparato de Estado. En primer lugar señalemos que la legislación de «bienestar social», hasta entonces desconocida en Europa, aparece en escena en *muchos* lugares en esta época. Más aún, ni siquiera es una cuestión de invención simultánea, sino una difusión cultural consciente[138]. En segundo lugar, la relación de tal legislación con la transformación económica es ambigua. Fue desde luego una respuesta a una crisis social producida por el cambio económico, una forma de evitar la rebelión política[139]. Pero su significado económico no era el de un apoyo directo a las clases capitalistas. Era una forma de estabilización política cuyo efecto resultó ser un obstáculo para los patronos tanto como para los trabajadores, tal vez incluso más[140]. Esta política de interferencia monárquica con el libre funcionamiento del capitalismo, en el siglo XVI, aparece en marcado contraste con la colaboración del Estado en el

---

[137] Aydelotte, *Elizabethan rogues and vagabonds*, p. 17.

[138] Véase Robert M. Kingdom, «Social welfare in Calvin's Europe», *American Historical Review*, LXXVI, 1, febrero de 1971, pp. 50-51.

[139] «La mayor parte de la legislación contra los cercamientos en el siglo XVI coincide con períodos de escasez. Las quejas sobre la escasez son audibles en el momento de los alzamientos de 1536, 1548-49 y 1596.» Edwin F. Gay, «The Midland revolt and the inquisitions of depopulation of 1607», *Transactions of the Royal Historical Society*, n. s., XVIII, 1904, página 213, n. 2.

[140] G. N. Clark, describiendo el código económico Tudor que puede reconstruirse a partir del estatuto de artífices (o de aprendices), del arancel, de las leyes para fomentar la construcción naval, de las leyes contra los cercamientos, y de la ley de pobres, dice: «La nueva legislación aceptaba e incluso potenciaba la economía monetaria: desplazaba los obstáculos al comercio o el pago de salarios en especie. Pero la tendencia general de estas leyes era conservadora: trataban de proporcionar una oferta adecuada de mano de obra ante todo para la agricultura, después para los oficios más simples, y de restringir la entrada en las ocupaciones de estatus social más alto y en las que se pensaba que se llevaban a cabo en lugares inadecuados [...]

»De esta forma, el código isabelino buscaba estabilizar la estructura de clases existente, la localización de la industria y el flujo del suministro de mano de obra, garantizando privilegios y fijando obstáculos en la vía de la movilidad y la libertad de contratación; pero no era el producto de una simple política económica doctrinaria; reconciliaba o efectuaba un compromiso entre intereses contrapuestos.» *Wealth of England*, pp. 84, 86.

proceso de los grandes y definitivos cercamientos del siglo XVIII [141].

Los Tudor y los primeros Estuardo son acusados a menudo de haber «fracasado», porque el resultado final de su política fue la revolución inglesa. Pero tal vez la revolución inglesa debería ser vista como un «éxito» de los monarcas Tudor y Estuardo, en la medida en que fueron capaces de posponer durante tanto tiempo la rebelión. Observemos las reacciones de los campesinos ingleses del siglo XVI, bajo tensión. Muchos eligieron el vagabundeo. Otra posibilidad era la revuelta campesina, y las hubo, qué duda cabe. Pero debería señalarse que hubo menos en Inglaterra en esta época que anteriormente, y menos en esta época en Inglaterra que en Francia y otros lugares del continente.

Cada uno de estos contrastes merece ser observado. R. H. Hilton argumenta que los cercamientos del siglo XVI tuvieron una «prehistoria». El proceso de abandono de la tierra se remonta al siglo XIII. Existía por supuesto un fenómeno de despoblación, pero Hilton opina que la pobreza era una explicación más básica del éxodo rural [142]. Después vino el «largo» e inflacionario siglo XVI. Mientras que en Europa oriental los terratenientes obligaban a los trabajadores a volver a la tierra a causa de que la expansión de la producción de cultivos para el mercado lo requería, Inglaterra tomó el camino de la ganadería (que requería menos mano de obra) y del incremento de la eficiencia de la producción de labrantío (que requería menos mano de obra). Lejos de desear el cultivo directo de sus posesiones, los grandes terratenientes buscaban arrendatarios, y preferían como inquilinos «granjeros capitalistas» antes que

---

[141] «Inglaterra resistió sin grandes daños la calamidad de los cercamientos [del siglo XVI] tan sólo porque los Tudor y los primeros Estuardo usaron el poder de la Corona para frenar el proceso de mejora económica hasta que éste resultó socialmente soportable: empleando el poder del gobierno central para aliviar a las víctimas de la transformación, e intentando canalizar el proceso de cambio para hacer menos devastador su curso.» Karl Polanyi, *The great transformation*, Boston, Beacon Press, 1944, p. 38.

[142] «Las caídas de tenencias en manos del señor no se debieron simplemente a que la población no consiguiera reemplazarse a sí misma naturalmente [...] La pobreza [...] —no la falta de tierra, sino la falta de equipo y de reservas monetarias— puede haber sido un factor [en la entrega de tenencias], no incompatible con un impulso hacia las ciudades o hacia la industria rural.» Rodney H. Hilton, «A study in the pre-history of English enclosure in the fifteenth century», *Studio in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 678-679.

«campesinos»[143]. Dado que esto era desventajoso para muchos en las áreas rurales ¿por qué no se resistieron más los campesinos? Hilton argumenta que eran demasiado débiles para resistir[144]. Encontramos una confirmación de esto en la observación de C. S. L. Davies de que hubo relativamente *más* resistencia campesina en el «primer» siglo XVI que en el «segundo», mientras que si la dureza de las condiciones fuera suficiente para explicar las explosiones campesinas, hubiera ocurrido lo contrario. Sólo a partir de 1590 los aumentos en la renta se adelantan a los incrementos de precios. Davies da dos tipos de explicación a esto: por una parte, el concepto de renta variable era relativamente nuevo, y por lo tanto escandaloso en el «primer» siglo XVI, mientras para el «segundo» los campesinos estaban ya habituados al concepto[145]. Y segundo, y tal vez más interesante, los «*yeomen* no fueron afectados negativamente por los cercamientos»[146].

Hagamos ahora una comparación de la suerte que les correspondió a los *yeomen* en Inglaterra y Francia durante este mismo período. Aquí Davies señala que fue la carga de los impuestos lo que llevó más directamente a la revuelta contra la autoridad central, y que esta carga fue menor en Inglaterra que en Francia a causa de las menores dimensiones del Estado, una burocracia relativamente menos venal, y en consecuencia menos extractiva, y la debilidad institucional de las regio-

[143] «La reserva señorial podía ser arrendada a agricultores capitalistas en gran escala, que obtenían la mayor parte de sus ingresos de los productos de la tierra, y no de su propiedad. Para los terratenientes este método era preferible desde cualquier punto de vista. El agricultor capitalista tenía una base de capital mayor que la del campesino, y no estaba tentado, como el campesino, de prestar mayor atención a su propia granja, a expensas de las tierras arrendadas al terrateniente. Por consiguiente, se ve por qué el terrateniente prefería dar arriendos limitados a un pequeño número de agricultores capitalistas en vez de a un gran número de campesinos.» Habakkuk, *Annales ESC*, XX, p. 650.

[144] «En los siglos XIII y XIV las comunidades campesinas inglesas habían sido capaces de gran resistencia, incluso de resistir con éxito a los ataques de los terratenientes contra su condición. Si permitieron que se les expulsara en los siglos XV y XVI fue porque los cambios económicos y sociales habían destruido la cohesión que había sido su fuerza en el pasado.» Hilton, *Studi in onore di Armando Sapori*, p. 685.

[145] Véase C. S. L. Davies, *Annales ESC*, XXIV, p. 35.

[146] Sin embargo, «éste no era en absoluto el caso, evidentemente, de aquellos que tenían que vivir de sus salarios, ni el de aquellos pequeños arrendatarios que tenían que complementar sus medios de vida con salarios adicionales en el trabajo agrícola o industrial. Ellos perdieron mucho durante este período». *Ibid.*, pp. 36-37.

nes, que reducía el peso del aparato de Estado, eliminando a la vez focos de rebelión [147].

Finalmente, echemos un vistazo a un último contraste, las revueltas campesinas en la Inglaterra del siglo XVI y las del siglo XVII. Tawney señala que éste es un contraste entre su «frecuencia [...] a mediados del siglo XVI» y su «comparativa rareza doscientos años más tarde», aunque la misma causa potencial, los cercamientos, estaba presente [148]. Tawney argumenta que las agitaciones agrarias del siglo XVI «marcan la transición de las revueltas feudales del siglo XV, basadas en la unión de todas las clases de una localidad contra el gobierno central, a aquellas en que una clase se opone a otra a causa de una oposición de intereses económicos» [149].

¿Qué es entonces lo que estamos diciendo? Parece que el siglo XVI, particularmente el período entre 1541 y 1640, es un período de *formación* de clase, una clase agrícola capitalista (cuyos miembros más ricos reciben el nombre de *gentry* y los más pobres el de *yeomen*). El proceso social de consolidación de las tierras en esta época en Inglaterra, implica crecientes ingresos para esta clase en general, incluyendo sus miembros menores, a la vez que el principio de la creación de un proletariado, que en su mayor parte no está aún asentado firmemente en las ciudades, sino que más bien son «vagabundos», trabajadores asalariados estacionales con parcelas de subsistencia, y lumpenproletariado en las ciudades.

El aparato de Estado no era una fuerza independiente, fuerte y coherente, sino el campo de batalla de dos tendencias conflictivas: las personas de estatus tradicional alto, que en el mejor de los casos se iban adaptando parcialmente a las nuevas posibilidades económicas, y los elementos en alza (cualquiera que fuera su origen en términos de estatus tradicional, y cualquiera que fuera su riqueza relativa en el presente), que presionaban hacia una total comercialización de la vida económica.

Mientras que estos dos elementos buscaban y a veces recibían la asistencia del Estado, ninguno estaba seguro de que tuviera algo que ganar de un aparato de Estado muy fortalecido, en gran medida porque cada una de las partes temía que la otra dominara la burocracia del Estado. La política de «bienestar social» cumplió la función de preservar el orden e inter-

---

[147] Véase *ibid.*, pp. 54-55. Véase Tawney, *The agrarian problem*, páginas 340-342.

[148] *Ibid.*, p. 321.

[149] *Ibid.*, p. 322.

ferir el juego pleno de las fuerzas del mercado. Facilitó la transición, y en consecuencia supuso ventajas para todas las fuerzas en juego.

La posición de Inglaterra en la economía-mundo fue precisamente la que hizo posible este juego de equilibrios. Estaba protegida de una excesiva interferencia extranjera por la lucha de las dos grandes potencias militares: España y Francia. No estaba lastrada por obligaciones interiores[150]. Era libre por tanto para realizar su especialización económica, especialmente gracias a las materias primas de Europa oriental, suministradas en parte por su alianza comercial con la república holandesa, que también buscaba cobijo de los gigantes militares, y que «pagó los costos» de mantener la maquinaria comercial mundial en funcionamiento. El aparato de Estado inglés era exactamente lo bastante fuerte para preservar a Inglaterra de funestas influencias exteriores, pero suficientemente débil como para no dar demasiada ventaja a los elementos «tradicionalistas» o a los nuevos parásitos de la burocracia del Estado, de modo que ni los unos ni los otros fueron capaces de devorar totalmente el excedente de las fuerzas más productivas. En breve, era una cuestión de posición óptima: aislamiento político relativo disfrutando de las ventajas económicas de la economía-mundo, un relativo equilibrio de fuerzas interno que maximizaba la paz interior, pero minimizaba los errores de un aparato de Estado excesivamente poderoso.

¿Cómo ocurrió entonces la revolución inglesa?, podríamos preguntarnos. Cabe decir ahora que estamos argumentando que la prueba del «éxito» de Inglaterra durante esta era es que la revolución inglesa ocurrió cuando ocurrió —ni antes ni después— y que las fuerzas del capitalismo moderno emergieron claramente triunfadoras, a pesar de su supuesta «derrota» y

---

[150] «El final de la Edad Media en Inglaterra estuvo marcado por la contracción y no por la expansión: el abandono del largo sueño de conquistar Francia, y, lo que es particularmente significativo, una marcada reducción en Irlanda del área bajo control inglés, del área de lenguaje y civilización ingleses. Lo gaélico regresa una vez más, lamiendo como las aguas de un lago los muros de las ciudades: Dublín, Waterford, Cork, Galway, últimas avanzadas del angloirlandés anterior. A comienzos del siglo XV, con la rebelión de Owen Glendower, Gales consiguió una temporal cuasi independencia; aunque fue derrotado y aplastado, Gales permaneció en un resentido alejamiento, inabsorbido. Ni supuso ningún progreso real la integración en el edificio del Estado de Cornwall o de las marcas escocesas, en donde "no se conocía a otro rey que a un Percy".» A. L. Rowse, «Tudor expansion: the transition from medieval to modern history», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XIV, 3, julio de 1957, p. 312.

de una supuesta «restauración» de lo antiguo. Para valorar esta cuestión del momento, deberemos observar tres fenómenos relacionados: las políticas de alianzas en esta era, los esquemas de emigración, y las llamadas crisis comerciales de la primera época Estuardo. Esto nos permitirá hablar de las «cuestiones reales» que forman el telón de fondo de la revolución inglesa.

H. R. Trevor-Roper insiste en que el conflicto esencial era el existente entre la corte y el campo. Si este es su punto clave, entonces ha ganado, porque sus presuntos oponentes —por ejemplo, Stone y Hill [151]— han aceptado esta cuestión. El problema, no obstante, no está aquí. El problema es saber qué juego político llevaba entre manos la corte, cómo se relacionaba este juego con la transformación social y económica que estaba transcurriendo, y en qué formas era causa y consecuencia del papel de Inglaterra en la economía-mundo europea.

El aparato de Estado, la corte, era simultáneamente protagonista del drama y agente mediador, un vector de fuerzas diferentes. Esto se aplica a todas las llamadas monarquías absolutas. Equilibraban fuerzas, servían como agentes de poder, efectuaban compromisos. Pero uno de los resultados a los que aspiraban era fortalecerse, convertirse en absolutos de hecho y no meramente en la teoría y en las aspiraciones.

Dada la ambigüedad de su papel y de sus objetivos, la corte era ambivalente acerca de la aparición de elementos capitalistas. Por una parte, la Corona cortejaba a la «burguesía», es decir, al conglomerado de los terratenientes capitalistas y los granjeros en buena posición, los profesionales (abogados, clérigos, médicos), los comerciantes ricos [152]. «Perseguido por el miedo a las revueltas feudales» [153], como dice Tawney, el Estado vio en ellos aliados para sus propios fines. Pero la corte, en último término, estaba dominada por la aristocracia, el rey el primero entre ellos —antiguos aristócratas, hombres que acababan de conseguir sus títulos y los valoraban tanto más debido a ello, gentes al servicio del rey que aspiraban a la nobleza—, y la corte no podía ver con entusiasmo la erosión del sistema jerárquico de estatus del que ella era la cumbre. Y no lo hizo. Cuidó amorosamente el sistema, lo reforzó, lo elaboró, lo pagó. Las cortes del Renacimiento eclipsaron en brillantez a todas las demás que Europa había conocido.

---

[151] Stone, *Encounter*, XI, p. 73; Hill, *Puritanism and revolution*, p. 28
[152] Véase Tawney, *Essays in economic history*, I, p. 176.
[153] Tawney, *Proceedings of the British Academy*, p. 211.

Su necesidad de dinero y de aliados políticos llevó a la corte a ulteriores empresas de comercio y comercialización. Su necesidad de estabilidad y deferencia la llevó a sentirse intranquila respecto a los agresivos éxitos de la nueva clase. En la medida en que era competente para ello, la corte intentó frenar el proceso acelerado de transformación capitalista, incrementando al mismo tiempo el centralismo político de las instituciones estatales. En ésto no hubo diferencia entre la Inglaterra de los Tudor y la Francia de los Valois o la España de los Habsburgo. La diferencia residió en el transfondo histórico y la posición internacional en el siglo XVI, que hicieron que la nueva clase capitalista inglesa fuera relativamente más fuerte y más capaz de absorber en su seno franjas muy amplias de la vieja aristocracia.

Muchos escritores señalan que alrededor de 1590-1600 existió un momento crítico en la política de Inglaterra. Tawney escribe:

> Pocos dirigentes han actuado con menos remordimientos que los primeros Tudor, sobre la máxima de que las bases del poder son económicas. Habían hecho del aumento de las posesiones reales [*demesne*] y de la protección del cultivador campesino, dos de las piedras angulares de la nueva monarquía. En los años finales de Isabel, la primera política se estaba desmoronando de mala manera, y la última, siempre impopular entre los grandes terratenientes, suscitaba una oposición cada vez más tenaz [154].

Con el paso del tiempo el peso de las decisiones de la Corona iba inclinándose a favor de los granjeros capitalistas, en oposición a la aristocracia como tal [155]. Estos últimos, para poder sobrevivir, empezaron a asimilarse cada vez más a la «*gentry* ascendente», y por lo tanto, desde el punto de vista del campesinado, se hicieron cada vez más explotadores [156]. Por lo tanto las relaciones entre el señor y el campesino se fueron haciendo más tenues, y ya no resultaba probable que los campesinos respondieran a peticiones de lealtad vertical regional en los conflictos nacionales [157]. La propia burocracia de la Corona estaba, no obstante, haciéndose desmesurada y «des-

---

[154] *Ibid.*, p. 216. Véase Tawney, *Essays in economic history*, I, páginas 176-177.

[155] Véase Stone, *Crisis of the aristocracy*, pp. 124, 133.

[156] Véase Tawney, *The agrarian problem*, pp. 191-192. Tawney concluye: «La brillante era que comienza con Isabel destaca como un relámpago contra el fondo de miseria e inmundicia social [...] Lo único que saben los campesinos es que quienes cobran sus rentas son más duros» (p. 193).

[157] Véase *ibid.*, p. 229.

pilfarradora», un proceso que tenía sus límites naturales, como argumenta Trevor-Roper [158]. Entonces, concuerdan Stone y Trevor-Roper, hacia 1590 el exceso de gastos obligó a su reducción. La paz en Europa (el intervalo entre 1598 y 1618) redujo los costos para todos los Estados [159]. En Inglaterra la venta de títulos por Jacobo I incrementó los ingresos [160], y así se evitó la crisis. Se evitó la crisis pero la extravagancia aumentó, a causa de la lógica ambivalente de la política de la Corona [161].

Un siglo de gobierno Tudor puede no haber causado una tan marcada declinación en la posesión de tierras por los nobles como pensó originalmente Tawney. Parece que todo lo que pasó en último término es que las posesiones reales fueron parcialmente parceladas y entregadas a granjeros capitalistas no pertenecientes a la nobleza [162]. Los beneficiarios del gobierno Tudor fueron sin duda quienes, nobles o no, pudieron dominar la nueva economía [163]. Los juegos malabares de los Tudor los mantuvieron en la cresta de la ola. Pero el «largo» siglo XVI se aproximaba a su final. Y las tensiones de sus contradicciones se sentirían bajo el gobierno de los primeros Estuardo. Este es el punto que subraya Trevor-Roper:

Incluso en la década de 1590, una burocracia mucho menos cara y más eficiente consiguió salvarse solo por la paz: ¿cómo podía este sistema mucho más escandaloso [de los Estuardo y otros monarcas

---

[158] «Una economía en rápida expansión puede traer muchas anomalías, muchos abusos. Podía traer incluso, estando en expansión, el increíble derroche de las ornamentales y parasitarias cortes e Iglesias del Renacimiento. Estando en expansión: pero ¿cuánto tiempo podía durar esta expansión? Las quiebras estaban comenzando a aparecer ya hacia 1590.» H. R. Trevor-Roper, «The general crisis of the seventeenth century», en *The European witch-craze of the 16th and 17th centuries and other essays*, Nueva York, Harper, 1969, pp. 68-69.

[159] Véase *ibid.*, p. 69.

[160] Véase Stone, *Economic History Review*, XVIII, p. 39.

[161] Cuando Isabel trató de responder a la crisis económica de la década de 1590, la misma aristocracia se vio amenaza. Véase Stone, *Crisis of the aristocracy*, pp. 124, 133. No dispuesta todavía a elimar «el sostén que sólo una aristocracia podía ofrecerle» (Tawney, *Proceedings of the British Academy*, p. 212), la Corona renovó y aumentó su extravagancia. Véase Trevor-Roper, *The European with-craze*, p. 69.

[162] Véase R. W. K. Hinton, «Letter to the editor», *Encounter*, XI, I, julio de 1958, pp. 74-75.

[163] Véase Stone, *Encounter*, XI, pp. 73-74. Incluso si es cierto que, como sostiene J. P. Cooper, «no hay todavía pruebas suficientes de que la riqueza total en tierras de la nobleza fuera menor [en 1642 que en 1559]» (*Encounter*, XI, p. 74), es probable que la tierra se desplazara hacia aquellos nobles que se habían orientado de cara al mercado capitalista.

europeos de la época] sobrevivir si la larga prosperidad del siglo XVI o la salvadora paz del XVII fallaban?
De hecho, en la década de 1620 ambos fallaron a la vez. En 1618 una crisis política en Praga puso en movimiento a las potencias europeas [...] Mientras tanto la economía europea [...] se vio súbitamente sacudida por una depresión, la universal «caída del comercio» de 1620 [164].

De modo que nos volvemos una vez más al funcionamiento del sistema mundial. La reacción de Inglaterra a la llamada «crisis del siglo XVII» fue un tanto diferente de la de otros países. Fue por esto por lo que pudo entrar en la era del mercantilismo con mucha mayor fuerza. Un aspecto de esta fuerza fue el elevado grado de comercialización de la agricultura, un proceso que hemos venido describiendo. La otra faceta fue su «industrialización».

John Nef argumenta que Inglaterra sufrió una «revolución industrial prematura» en el período 1540-1640, y que en comparación Francia no [165]. Afirma que hubo tres desarrollos básicos en Inglaterra. Se introdujeron algunas industrias previamente conocidas en el continente, pero no en Inglaterra (fábricas de papel y pólvora, fundiciones de cañones, fábricas de alumbre y vitriolo verde, refinerías de azúcar, fábricas de salitre y latón). Se importaron nuevas técnicas del continente, especialmente en minería y metalurgia. Finalmente, los ingleses hicieron su propia aportación positiva a la tecnología, especialmente en conexión con la sustitución de la madera por el carbón [166]. Más aún, Nef argumenta que «la inversión de capital, junto con la inventiva técnica, se orientaron como nunca antes en la dirección de la producción por la *cantidad*» [167]. Si, no obstante, se le pregunta a Nef el por qué de este súbito paso de Inglaterra de ser un país industrialmente «estancado»

---

[164] Trevor-Roper, *The European witch-craze*, p. 70.

[165] Véase John U. Nef, «A comparison of industrial growth in France and England from 1540 to 1640», en *The conquest of the material world*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1964, pp. 144-212. Véanse, sin embargo, las reservas de P. J. Bowden sobre esta hipótesis, en *Agrarian History*, IV, pp. 608-609. Un balance más favorable de las tesis de Nef, en una fuente francesa, se encuentra en Gaston Zeller, «Industry in France before Colbert», en Rondo Cameron, comp., *Essays in French economic history*, Homewood (Illinois), Irwin Inc., 1970, pp. 128-139.

[166] La producción de carbón de Newcastle subió de 30 000 toneladas anuales en 1563-64 a 500 000 en 1658-59. Véase Braudel, *Civilisation matérielle*, p. 281.

[167] John U. Nef, «The progress of technology and growth of large-scale industry in Great Britain, 1540-1640», en *Conquest of the material world*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1964, p. 136.

a ser un país relativamente avanzado, Nef ofrece principalmente una explicación geográfica. El amplio mercado interior, un prerrequisito para la concentración industrial, era posible «por las facilidades para un transporte acuático barato que Gran Bretaña, en virtud de su posición insular y sus buenos puertos, disfrutaba en mayor grado que ningún otro país europeo excepto Holanda»[168]. Sin duda esto es cierto, pero, dado que la geografía era la misma en siglos anteriores, nos quedamos en la duda de por qué la repentina eclosión.

Lo que sí parece claro es que existió una eclosión: en la tecnología industrial, en el grado de industrialización, y correlativamente en la población. K. W. Taylor, al observar la duplicación de la población inglesa bajo el gobierno de los Tudor, ofrece dos explicaciones: la paz doméstica y la nueva geografía del comercio mundial, que cambió la localización de Inglaterra en el «mundo» y por lo tanto acabó con la concentración de su población en el sur y en el este. «Como una planta en una maceta, abandonada largo tiempo en un alféizar y después transferida a un jardín, la economía de Inglaterra echó nuevos brotes y ramas»[169]. La explicación geográfica de Taylor, que habla de la posición de Inglaterra en relación con la economía-mundo, frente al argumento de Nef acerca de sus ventajas geográficas internas, resulta más satisfactoria, dado que aborda un elemento que precisamente cambia en el siglo XVI. Más aún, si recordamos la nueva importancia del comercio báltico y atlántico, el razonamiento resulta aun más fortalecido. Aún así, y por sí mismo, resulta insuficiente para explicar la disimilitud respecto a Francia. Tal vez tengamos que buscar en el interior de Francia factores que le impidieran sacar el mismo partido que Inglaterra de la nueva geografía.

Nótese además que la duplicación de la población de Inglaterra fue selectiva, porque supuso no sólo un crecimiento demográfico sino también una inmigración de calidad y una emigración favorable. Por una parte, tenemos la tan señalada

---

[168] *Ibid.*, p. 142. Véase Nef nuevamente: «Inglaterra obtuvo su independencia y poder económicos crecientes gracias a la fenomenal expansión del comercio a lo largo de la costa y del realizado por tierra y a lo largo de los ríos. Esta expansión fue posible mediante la vigorosa explotación de los recursos y mercados naturales de la isla de Gran Bretaña, tan rica en minerales y buenas tierras y tan bien provista de puertos que hacían posible el envío de mercancías por mar, a costos relativamente bajos, a cualquier puerto de las islas británicas.» *War and human progress*, p. 111.

[169] K. W. Taylor, «Some aspects of population history», *Canadian Journal of Economic and Political Science*, XVI, agosto de 1950, p. 308.

entrada de artesanos continentales —pañeros de Flandes, metalúrgicos alemanes, etc—, cuya llegada se atribuye usualmente a la agitación de las guerras de religión. Pero si fueron a Inglaterra es porque, como argumenta G. N. Clark, Inglaterra se había convertido en «el lugar en que el capital y la gestión empresarial podían obtener una mayor remuneración» [170]. Recordemos, no obstante, que el fin de la era isabelina fue un momento de tensión económica y social: excesivos gastos de la corte, crecimiento de la población combinado con los cercamientos, y de ahí el crecimiento del vagabundeo. Como F. J. Fisher nos recuerda, los contemporáneos consideraban a la Inglaterra isabelina «como un país en el que la presión de la población estaba llevando gradualmente a muchos a la pobreza y posiblemente disminuyendo el ingreso per cápita nacional» [171].

Existen dos formas de abordar el problema del excedente de población en el seno de un país: desplazarlo de las ciudades (es decir, segregarlo geográficamente), o directamente sacarlo del país. En la Inglaterra de los Tudor y los Estuardo, se intentaron los dos métodos. Por una parte, las leyes de pobres, las «leyes contra los pobres», como las llama Braudel [172], les empujan hacia las áreas rurales, hacia un modo de vida marginal. Por otra parte, es precisamente en estos momentos cuando Inglaterra empieza a pensar en la colonización ultramarina, en primer lugar en Irlanda, más o menos desde 1590, después en Norteamérica y las Indias Occidentales. En el caso de la emigración externa, el atractivo para los emigrantes era la movilidad social [173]. Malowist sugiere que busquemos una explicación de la segunda ola de expansión europea, que comien-

[170] Clark, *Wealth of England*, p. 51. Véase Edward Taube, «German craftsmen in England during the Tudor period», *Journal of Economic History*, IV, 14, febrero de 1939, pp. 167-168. Una descripción de las diversas formas en que los inmigrantes flamencos «alteraron los patrones de la vida inglesa, a la vez en cuestiones básicas y triviales», se encuentra en John J. Murray, «The cultural impact of the Flemish Low Countries on sixteenth and seventeenth century England», *American Historical Review*, LXII, 4, julio de 1957, pp. 853 *ss.* En este período se produce también la primera inmigración galesa importante a Inglaterra. Véase Bindoff, *Tudor England*, p. 24.

[171] Fisher, *Economica*, XXIV, p. 16.

[172] Braudel, *Civilisation matérielle*, p. 56. G. N. Clark señala: «A partir del año de la Armada Invencible, la Corona intentó detener el desarrollo de Londres, primero mediante leyes del Parlamento, después mediante proclamas, comisiones y procedimientos judiciales.» *Wealth of England*, p. 94.

[173] Véase Stone, *Past and Present*, 33, pp. 32-33.

za a finales del siglo XVI —la de Inglaterra, Holanda, y, en menor medida, Francia—, no sólo en los factores comerciales, citados a menudo, sino en la necesidad de disponer del excedente de población. Señala que muchos consideran a la expansión demográfica un estímulo a la expansión económica, pero nos recuerda que existe un punto óptimo. «Las situaciones económicas difíciles y ciertas situaciones sociales desfavorables al progreso económico parecen, por tanto, crear condiciones que favorecen la emigración, incluso la más arriesgada»[174]. Una vez más, sólo los óptimos pueden ser considerados en un país «prematuramente superpoblado»[175]. Como Inglaterra, Francia exportó su población, a España en los siglos XV y XVI (para reemplazar a los moriscos expulsados), más tarde a las «islas» de América, y mató a muchos en la persecución de los protestantes[176]. A finales del siglo XVIII, sin duda la población de Francia estaba de nuevo equilibrada[177]. Pero tardó mucho más que Inglaterra en llegar a ese equilibrio y fue a costa de una guerra interna que fortaleció a algunas fuerzas desfavorables y ahuyentó a las favorables (desfavorables y favorables, claro está, para la transformación industrial). Estas ventajas del desarrollo inglés quedan claras con la salida de la crisis económica europea de la década de 1620. No obstante, antes de tratar este punto debemos observar lo que ocurrió en Francia entre Cateau-Cambrésis y la crisis.

Para Frank C. Spooner, «la década 1550-1560 es decisiva [para Francia]»[178]. Viene marcada por una súbita escasez de oro que hace que la atención de Francia se centre en la exploración de Africa, y lleva a un desarrollo de las regiones marítimas occidentales. Marca el ascenso de París como centro financiero

[174] Malowist, *Annales ESC*, XVII, p. 929.

[175] Braudel, *Civilisation matérielle*, p. 37. Lublinskaya señala que esto ya fue sostenido por A. de Montchrétien en 1615. Véase *French absolutism*, p. 132.

[176] Sin embargo Pierre Goubert sostiene que la población francesa creció de forma estable durante el siglo XVI, pese a las guerras de religión. «Recent theories and research in French population between 1500 and 1700», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Arnold, 1965, p. 465.

[177] Sin duda la gran epidemia de 1628-1633 contribuyó en este sentido. Véase J. Meuvret, «Demographic crisis in France from the sixteenth to the eighteenth century», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Arnold, 1965, p. 509. La peste también hizo estragos en Alemania e Italia.

[178] Frank C. Spooner, «A la côte de Guinée sous pavillon français (1559-1561)», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, p. 1.001.

(contrapuesto a Lyon, que declina definitivamente hacia 1570)[179]. Más aún, viene marcada por la explosión de las guerras civiles de religión en las que se vería envuelta Francia durante el resto del siglo. Este doble desarrollo (de las regiones marítimas y París), y las guerras de religión, no carecen de relación.

La inflación afectó a los ingresos de la nobleza, particularmente de la baja nobleza que vivía de rentas fijas. Pero los campesinos no se beneficiaron de ella, como normalmente podría esperarse, debido a la devastación producida por la guerra civil. Una importante consecuencia fue el enorme incremento de la importancia del aparato de Estado, no sólo por la enorme expansión del arrendamiento de impuestos que se dio en esta época, sino también porque los nobles que deseaban sobrevivir económicamente buscaron refugio financiero en su incorporación a la corte[180].

Francia, en esta época, se veía frente a un problema importante, al intentar reorientarse en el nuevo mundo europeo tras Cateau-Cambrésis. No era ni carne ni pescado, pues ya no era un imperio, pero tampoco era aún una nación-Estado. Estaba organizada mitad y mitad para el transporte terrestre y el marítimo. Su aparato de Estado era a la vez demasiado fuerte y demasiado débil.

Existen dos terrenos en los que esta ambigüedad de opciones puede verse claramente. Uno es el del comercio, el otro la política y la religión. La realidad de las zonas económicas de comercio no encajaba con las fronteras políticas. Esto era cierto en alguna medida en toda Europa, por supuesto, y en alguna medida es siempre cierto, pero resultaba particularmente descarado en el caso de Francia, especialmente comparando a Francia con sus grandes rivales económicos futuros: Inglaterra y el norte de los Países Bajos. Emile Coornaert describe así la situación a principios del siglo XVI:

En la región que, a grandes rasgos, va desde París y la curva del Loira al Mediterráneo, Francia formaba parte de una zona económica que estaba aún marcadamente bajo la influencia de los italianos, principales hombres de negocios, maestros en las técnicas comerciales, desde finales de la Edad Media, en toda Europa occi-

[179] Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 449. Véase Emile Coornaert, «Les échanges de la France avec l'Allemagne et les pays du Nord au XVI[e] siècle», *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, XXXV, 3, 1959, página 244.

[180] Véase Henri Hauser, «The characteristic features of French economic history from the middle of the sixteenth century to the middle of the eighteenth century», *Economic History Review*, IV, 3, octubre de 1933, páginas 261-262.

dental. Gracias especialmente a ellos, esta zona era la más desarrollada desde el punto de vista de la organización y los modos de trabajo. En Francia, el polo, y al mismo tiempo el puerto de salida de esta parte del país, era Lyon, que le ponía en contacto con el sur y el centro del continente y contribuía de forma bastante activa a sus relaciones con el noroeste. Este último, que incluía el norte de Francia y el frente marítimo francés de poniente, los Países Bajos, Inglaterra y el margen renano del imperio, constituía otra zona. Su centro era Amberes, que controlaba los contactos con el norte de Europa y, en gran medida, con Alemania. Desde el punto de vista de las técnicas, estaba en camino de llegar al nivel de la zona meridional de Europa [181].

Esta división económica significaba que Francia estaba más lejos de tener una economía *nacional* que Inglaterra, y mucho más cerca que España. Pero mientras que el problema de España era que formaba parte de un conjunto mayor, el imperio de los Habsburgo, que, al menos bajo Carlos V, no controlaba en realidad, el problema de Francia era que a partir de 1557 se veía atraída al menos en tres direcciones. El corazón político del país —a grandes rasgos el noroeste, incluyendo la capital— se veía atraído hacia una zona continental, la economía que había sido dominante en el «primer» siglo XVI, es decir, estaba ligada a Amberes e incluso después de su declinación [182]. El noroeste y oeste de Francia se veían atraídos hacia la nueva economía-mundo y su comercio atlántico y báltico [183].

---

[181] Coornaert, *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, XXXV, p. 242.

[182] «El hecho de que Amberes continuara atrayendo poderosamente a los franceses, mucho tiempo después de 1550, se explica por la fragmentación económica de Francia, país cuyo equipamiento industrial todavía era además en gran medida insuficiente.» Jan Craeybeckx, «Les français et Anvers au XVIe siècle», *Annales ESC*, XVII, 3, mayo-junio de 1962, página 548. Nef sostiene, de hecho, que se trataba de una insuficiencia creciente: «[Los] cincuenta años de rápido crecimiento de la industria inglesa [1550-1600] fueron en Francia un período de retroceso.» *Conquest of the material world*, p. 146.

[183] Véase J. H. Parry, «Colonial developments and international rivalry outside Europe, I, America», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 530. H. A. Innis señala que: «En la primera mitad del siglo XVI, las flotas pesqueras en el Nuevo Mundo habían pertenecido principalmente a Francia.» *The Cod fisheries*, New Haven (Connecticut), Yale Univ. Press, 1940, página 49. Tanto los puertos del Canal como los de Vizcaya se dedicaban a ello. El comercio era tan extenso que podía mantener «la producción de un excedente de pescado seco para el mercado inglés».

De forma similar, Jeannin señala: «En las expediciones marítimas francesas al Báltico, el primer papel corresponde [...] seguramente a Dieppe [...] Los barcos franceses que cruzan el Sund en el siglo XVI proceden en su gran mayoría de Normandía, y entre los normandos predo-

El sur de Francia estaba desarrollando el sistema de *métayage* que discutimos previamente, como parte del movimiento general del Mediterráneo cristiano hacia la producción primaria, hacia una agricultura capitalista orientada a la exportación[184].

Para Henri Hauser esta variopinta asociación de actividades y orientaciones creó una «feliz situación en la que [Francia] podía prescindir de sus vecinos, mientras que éstos no podían prescindir de ella»[185]. Incluso quiere llamar a esto «autarquía». En mi opinión se trata exactamente de lo contrario, de una situación en la que Francia es una suma de fuerzas económicas centrífugas. El deseo de contrarrestar este fraccionamiento es lo que lleva a los controladores del aparato de Estado a moverse tan espectacularmente para reforzarlo, para crear el Estado más fuerte de Europa, que se convertiría bajo Luis XIV en el mismo modelo, para sus contemporáneos y para la historia, de la monarquía absoluta.

Una de las fuentes cruciales del dilema económico de Francia surge de un cambio en el sustrato tecnológico de la economía-mundo europea. Para apreciar su importancia, debemos primero analizar algunos datos contradictorios sobre los costos relativos del transporte marítimo y terrestre en la Europa

---

mina la gente de Dieppe.» *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIII, p. 329.

El extenso comercio francés con Escocia tenía dos segmentos: un comercio de Normandía en el que se exportaban manufacturas y servicios y un comercio de Vizcaya en el que se exportaban sal y vino. Véase Lythe, *The economy of Scotland*, pp. 172-182. El primero era muy similar al que los Países Bajos mantenían con Escocia en esa época. «Ambos [el norte de Francia y los Países Bajos] tenían sus propios productos vegetales distintivos, ambos tenían un nivel de técnica industrial relativamente alto, ambos servían como puntos de venta de bienes exóticos procedentes de tierras más lejanas» (pp. 174-175).

[184] «Tal como se practicaba, el *métayage* parece ser un modo de producción esencialmente capitalista, que respondía a las necesidades de los propietarios burgueses.» G. E. de Falguerolles, «La décadence de l'économie agricole dans le Consulat de Lempaut aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Annales du Midi*, LIII, 1941, p. 149. De Falguerolles sostiene que el origen de este sistema debe buscarse en las deudas acumuladas por los pequeños tenedores de tierra a consecuencia de la subida de los impuestos reales y de la inflación de los precios a finales del siglo XVI. Véanse páginas 142-146. Considera que el sistema imponía una enorme carga a la tierra, al requerir que ésta posibilitara: 1, el pago de impuestos mediante exportaciones de trigo; 2, los pagos de renta a la burguesía (reparto del grano, hortalizas, productos animales, ladrillos, cosecha de otoño, primeros frutos de un árbol); 3, la subsistencia de los hombres y el ganado. La combinación de estas tres cargas condujo a la catástrofe hacia el siglo XVIII: «agotamiento de la tierra, ruina de la burguesía, miseria de la población rural» (p. 167).

[185] Hauser, *Economic History Review*, IV, p. 260.

preindustrial. Por una parte está el argumento frecuente, y aparentemente obvio de que en la Europa preindustrial «el transporte terrestre era aun extraordinariamente caro, y las naciones que tenían mejor control del comercio marítimo se aseguraban una mayor rapidez en el crecimiento económico»[186]. Más aún, como sugiere Kristof Glamann, la teoría de los círculos que se ensanchan como resultado de las relaciones económicas se aplica particularmente al comercio marítimo. De hecho, dice, «el comercio internacional [vía rutas marítimas] resulta en muchos casos más barato y más fácil de establecer que el comercio doméstico»[187]. Por otra parte, Wilfrid Brulez señala:

> En el siglo xvi [...] el transporte terrestre mantenía un papel primordial. Este hecho es indisputable en el caso del comercio entre los Países Bajos e Italia: aunque contaban con Amberes, una salida marítima de primera categoría, y lo que es más, un centro mundial, los Países Bajos mantenían la aplastante mayoría de sus relaciones comerciales con Italia por vía terrestre. [El comercio marítimo] entre los dos países existía, pero su importancia no pasó de mínima[188].

La situación parecía ser diferente en el siglo xvii. ¿Qué había pasado? Muy simple. Parece que, aunque hubo mejoras tecnológicas, tanto en el transporte marítimo como en el terrestre, en esta época, la repercusión de las mejoras fue diferente, hasta el punto de que «para bienes muy pesados y voluminosos el transporte por agua era el más económico en todas las circunstancias [con la excepción de ganado vivo]»[189]. El desarrollo del *fluyt* holandés, al que nos referimos anteriormente, fue probablemente de una importancia clave en este aspecto. A la inversa, en el siglo xvi el transporte terrestre seguía siendo un medio más barato, más eficiente y más seguro para el trasporte de hombres, manufacturas ligeras y de alto precio, y metales preciosos[190].

---

[186] K. Berrill, *Economic History Review*, 2.ª serie, xii, 3, p. 357.

[187] Glamann, *Fontana Economic History of Europe*, ii, p. 7.

[188] Wilfrid Brulez, *Studi in onore di Amintore Fanfani*, iv, p. 125. Además, añade Brulez, parece que los mismos factores explican el que la mayor parte del comercio angloitaliano fuera por tierra en esta época: «Ciertamente los textiles, que eran el corazón del comercio angloitaliano, nunca usaron la ruta marina excepto de forma secundaria, y a lo largo de todo el siglo continuaron siendo transportados por tierra» (p. 126).

[189] Glamann, *Fontana Economic History of Europe*, ii, p. 31.

[190] Véase Jacques Heers, «Rivalité ou collaboration de la terre et de l'eau? Position générale des problèmes», *Les grandes voies maritimes dans le monde XV*ᵉ*-XIX*ᵉ *siècles* (Commission Internationale d'Histoire Maritime, VIIᵉ Colloque), París, sevpen, 1965, pp. 47-50.

¿Qué significado tiene esto para Francia? Ya presentamos la política del «primer» siglo XVI girando alrededor de los intentos de Francia y España por transformar la economía-mundo europea en un imperio-mundo. A pesar de las exploraciones del Atlántico, estos intentos estaban orientados primariamente en torno a las rutas terrestres. De hecho, esto puede haber sido una causa suplementaria de su fracaso. La política del «segundo» siglo XVI gira en torno a la creación de naciones-Estado coherentes capaces de obtener ventajas político-comerciales en el marco de una economía-mundo no imperial. Estos intentos estaban orientados primariamente a la máxima utilización de las rutas marítimas (externas e internas). Las ventajas geográficas naturales de los Países Bajos del norte y de Inglaterra les sirvieron muy bien en este caso. La política de Francia era una tensión, a menudo no explicitada, entre quienes se orientaban hacia la tierra y quienes lo hacían hacia el mar[191]. La diferencia crítica entre Francia, por una parte, e Inglaterra y las Provincias Unidas, por otra, era que en el caso de estas últimas la orientación hacia el mar y el deseo de construir una organización política y una economía nacional fuer-

[191] Véase al análisis que realiza A. L. Rowse de cómo el Estado francés no supo responder a mediados del siglo XVI a los intereses de los grupos orientados hacia el mar: «En la década de 1550 intérlopes franceses mostraban creciente actividad en las Indias Occidentales. Pero por la tregua de 1556 Francia aceptó la petición de Felipe II de que se prohibiera este comercio excepto bajo especial licencia suya, licencia que no sería fácilmente obtenible, podemos suponer. Los capitanes franceses se negaron a aceptar esto, pero carecían del apoyo de su gobierno. Compárese con Inglaterra bajo Isabel: el hecho de que Inglaterra fuera protestante fue una ventaja inestimable; nos dejó las manos libres, y no nos vimos obstaculizados ni contenidos como lo fueron los franceses. Por el tratado definitivo de Cateau-Cambrésis (1559) Enrique II renunció, en aras de la unidad católica, a toda empresa francesa en América del Sur [...] ¡Lo que Francia perdió a causa del miserable (y ortodoxo) Valois! La antorcha pasó a manos del almirante Coligny, el líder hugonote, exponente verdadero y con una visión de largo alcance de los intereses de Francia.» *The Elizabethans and America*, Nueva York, Macmillan, 1959, pp. 7-8. Sin duda es necesario prescindir del entusiasmo protestante de Rowse. Pero me parece sólida la descripción del conflicto interno entre los diferentes grupos en Francia, y de sus consecuencias para el papel francés en la economía-mundo. La cuestión sobre el protestantismo, como ya hemos analizado al tratar de su decadencia en Polonia, es que quienes tenían intereses en el nuevo empuje de las naciones-Estado operando en una economía-mundo tendían a encontrar coherente el ser protestantes, simbolizando de esta forma una oposición al poder imperial y la *Weltanschauung* de los Habsburgo, quienes se hallaban particularmente ligados a la Contrarreforma a partir de Cateau-Cambrésis.

tes eran compatibles, mientras que para Francia, a causa de su geografía, estas opciones eran en cierto modo contradictorias.

La primera pista marcada que tenemos de esto, surge de las controversias religiosas y guerras civiles que sacuden a Francia desde la muerte de Francisco II, en 1560, hasta la paz proclamada en el Edicto de Nantes de 1598.

Observemos brevemente alguna de las coordenadas geográficas y de clase de la lucha religiosa. Mientras Francia estuvo orientada fundamentalmente a una lucha con el imperio Habsburgo y contó con Lyon como candidato a supremo centro de comercio internacional, la tolerancia religiosa fue posible[192]. Después de Cateau-Cambrésis esta necesidad internacional financiera de tolerancia religiosa desapareció. Al mismo tiempo, la prosperidad de Lyon declinó, tanto por su menor importancia como centro financiero como porque fue un importante campo de batalla en las guerras de religión[193]. Las guerras habían unificado muchas fuerzas dispares, cuya política quedaba frecuentemente separada de sus motivaciones originales, como suele ocurrir en medio del calor de largas agitaciones políticas. No obstante, podríamos desenmarañar algunos cabos. La narración de Hurstfield de los orígenes de las guerras civiles, en la *New Cambridge Modern History*, es la siguiente:

> En Francia, durante este período, la tensión entre la monarquía y la nobleza explotó en una larga y sangrienta lucha. Por supuesto, es bien sabido que las guerras civiles de religión tuvieron causas seculares no menos poderosas que las causas religiosas [...] El movimiento calvinista en Francia, al principio, a mediados del siglo XVI, se había asentado entre mercaderes y artesanos, y sus primeros mártires —como en la Inglaterra mariana— procedían de las capas más humildes. Pero cuando empezaron las guerras civiles en 1562, la nobleza, tanto la alta como la provincial, se había unido a él, y de hecho había tomado su control. Sus contemporáneos en

[192] «En 1552, para cubrir los gastos de la expedición a Alemania, el Rey, o más bien Tournon, recurrió no sólo a los italianos, sino a los hermanos Zangmeister, de Augsburgo, y a Georg Weikman de Ulm, establecidos los tres en Lyon. El Rey tomó bajo su protección a estos agentes de las finanzas alemanas antiimperialistas, garantizó su libertad religiosa, y les prometió secreto.» Henri Hauser, *Journal of European Business History*, II, p. 247.

[193] «En Francia la crisis de San Quintín fue seguida casi inmediatamente por el estallido de las guerras de religión. La ciudad de Lyon quedó ahora particularmente expuesta, en razón de su posición geográfica. Fue ocupada, sitiada y saqueada, por turno, por católicos y hugonotes, y amenazada por todos los enemigos de Francia, con el duque de Saboya a la cabeza.» Hauser, *ibid.*, p. 255.

Francia reconocieron la importancia de distinguir entre ambas alas del movimiento describiendo a uno de los grupos como «hugonotes de religión», y al otro como «hugonotes de Estado». Estos últimos representaban mucho más que una distinción religiosa. Representaban la ya vieja hostilidad de las familias gobernantes de la Francia provinciana al poder de París; a la Corona y su aliado, la Iglesia católica; y por encima de todo a los Guisa, la familia más estrechamente identificada con esta Iglesia y más furiosamente opuesta a los objetivos e intereses de aquellas casas nobles provinciales y a menudo en decadencia. (El uso tradicional de la expresión «nobleza provincial» confunde en parte la cuestión: la mayor parte de sus miembros hubieran sido considerados en Inglaterra como pertenecientes no a la nobleza, sino a la familia de los caballeros y la *gentry*.)[194].

Hurstfield dibuja así un cuadro de Francia cercano al que Trevor-Roper traza de Inglaterra, con el campo frente a la corte, y tal cuadro evoca la misma falta de claridad que la analogía inglesa: ¿estaba la nobleza (o la *gentry*) en «ascenso» o en «decadencia»? ¿Con arreglo a los intereses de quién actuaba en la práctica el Estado?

Situemos junto a Hurstfield el cuadro que nos traza Koenigsberger en el mismo volumen de la *Cambridge History*:

Después de la bancarrota de 1597, Enrique II extrajo otros siete millones de libras, en impuestos extraordinarios, de sus infortunados súbditos. No obstante, se había llegado al límite. Había revueltas *campesinas* en *Normandía* y el *Languedoc*. Los nobles, aunque exentos de los impuestos, habían gastado sus ingresos e hipotecado o vendido sus posesiones al servicio del rey en los grandes rescates exigidos por la liberación de nobles prisioneros tras el desastre de San Quintín (1557) [...]

En las ciudades, los *pequeños artesanos* y *tenderos* se habían visto golpeados por la fuerte imposición y por el hundimiento periódico de la capacidad adquisitiva rural que sucedía a las malas cosechas, como la de 1557. Los *jornaleros* veían crecer los precios a mayor velocidad que los salarios, y cómo la creciente influencia y rigidez de los *gremios* bloqueaban el avance de la mayoría hasta la maestría [...]

Después de 1559 *la nobleza se unió al movimiento en gran número, especialmente en el sur* [...]

Sólo [en 1573] la organización hugonote alcanzó su total desarrollo, en un amplio arco que se extendía desde el *Delfinado*, a través de la *Provenza* y el *Languedoc*, hasta *Bearn* y la *Guyena*. Al igual que en los Países Bajos, la revolución triunfante tendía a quedar *localizada*, tanto por una alianza con los sentimientos provinciales contra las interferencias del gobierno central como por las esperanzas de la situación militar[195].

---

[194] Hurstfield, *New Cambridge Modern History*, III, p. 131.

[195] H. G. Koenigsberger, «Western Europe and the power of Spain», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva

Como reacción ante esto, surgieron uniones locales católicas, haciendo también hincapié en su identidad regional y sus aspiraciones a la (tradicional) autonomía provincial. Los localistas de París se pusieron del lado de la Liga Católica [196]. Más aún, ambos campos estaban ligados a fuerzas exteriores, los hugonotes a Inglaterra y a los príncipes protestantes de Alemania, los católicos a Roma y a los gobernantes de España y Saboya. «Así, todos los movimientos revolucionarios del período estaban ligados a poderes e intereses exteriores a sus fronteras nacionales» [197].

El rey Enrique III, intentando arbitrar en la lucha, acabó golpeando y enfrentándose a ambos campos. En un sentido fue un brillante golpe táctico intentar apaciguar el conflicto por medio del reconocimiento del pretendiente protestante, Enrique de Navarra (Enrique IV), como sucesor suyo, con la condición de que se hiciera católico. Fue entonces cuando Enrique IV lanzó su famosa frase: «*Paris vaut une messe.*» Nótese que era París, no Francia, y que fue Enrique de Navarra quien lo dijo.

Enrique IV cambió de campo, cosa que resultó fácil dado que sus motivaciones eran diferentes a las de su base de masas. La nobleza entonces se apartó en general del conflicto, y se hizo católica. Esto quitó el detonador al conflicto religioso, y por tanto debilitó a la oposición política [198]. También frustró a las clases bajas, que se lanzaron a las iracundas pero relativamente ineficaces *jacqueries* [199]. Al final los hugonotes esta-

York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 281-282, 290. El subrayado es mío Nótese que Koenigsberger habla de la creciente influencia de los gremios. John U. Nef hace la siguiente comparación: «Pero durante fines del siglo XVI y comienzos del XVII el sistema de los gremios estaba comenzando a derrumbarse en Inglaterra, al mismo tiempo que se estaba extendiendo y fortaleciendo en Francia.» *Industry and government*, p. 25.

[196] Véase Koenigsberger, *New Cambridge Modern History*, III, páginas 302-303.

[197] *Ibid.*, p. 292.

[198] «La religión fue la fuerza de unión que mantuvo unidos los intereses divergentes de las diferentes clases y les proporcionó una organización y un aparato de propaganda capaces de formar los primeros partidos verdaderamente nacionales e internacionales de la historia de la Europa moderna; pues estos partidos nunca abarcaron más que una minoría de cada una de sus clases constituyentes. Era a través de la religión como podían apelar a las clases bajas y a las turbas para que expresaran la ira de su pobreza y la desesperación de su falta de trabajo a través de fanáticos pillajes y bárbaras matanzas.» Koenigsberger, *New Cambridge Modern History*, III, pp. 306-307.

[199] «Cuando los partidos perdieron su ímpetu revolucionario y el contenido social de su retórica, rápidamente perdieron el apoyo de las cla-

ban asentados regionalmente de forma más fuerte que nunca. Habían perdido sus congregaciones en el norte y el este, y seguían siendo fuertes en el sur[200].

Una de las extensiones subyacentes era claramente regional. Por una parte, Normandía y Bretaña tendían a alejarse del resto; por otra, lo mismo sucedía con la totalidad del sur, cuyo separatismo había permanecido latente desde su derrota en el siglo XIII. Las razones de esta tensión eran en ambos casos que la creación de una economía nacional fuerte servía más para limitar que para ampliar las oportunidades de ganancia de los notables locales: la burguesía del oeste marítimo, que pretendía usar su dinero para penetrar en el comercio atlántico-báltico mejor que para construir una burocracia de Estado y un ejército; los capitalistas terratenientes del sur, que pretendían un mercado internacional libre. Los partidarios del centro no tenían una orientación anticapitalista. Tenían una orientación esencialmente intermedia: fortalezcamos primero el Estado y después vendrán las posibilidades comerciales.

Al igual que en Inglaterra, la monarquía estaba atrapada en la contradicción de desear la creación de una economía nacional basada en nuevas fuerzas que pudieran competir con éxito en la nueva economía-mundo, y constituir la cumbre de un sistema de estatus y privilegios basado en fuerzas socialmente conservadoras. Con el deseo de no elegir imprudentemente, el rey —tanto en Francia como en Inglaterra— se sentía

ses bajas. Las devastaciones causadas por las guerras de la Liga, y la creciente miseria de los campesinos franceses, produjeron un número creciente de movimientos campesinos dirigidos contra los señores y sus rentas, contra el clero y sus diezmos, y contra los recaudadores de impuestos y su *taille*; pero que no tenían en cuenta la religión o los partidos políticos. Estas *jacqueries* culminaron en 1594-95 con el movimiento de los *croquants*, en la Francia central y meridional. Estos libraron una batalla campal contra una liga de señores formada con el único propósito de derrotarlos. Este y muchos estallidos similares en el siglo XVII arrojan una luz sombría sobre la sociedad rural y el sistema fiscal en Francia; pero no tuvieron consecuencias políticas hasta la revolución de 1789.» *Ibid.*, p. 307.

Las *jacqueries* no resultan difíciles de explicar en vista de lo que Le Roy Ladurie describe como «doble pauperización» sufrida por los niveles inferiores del campesinado del Languedoc en los años 1550-1590: «la que afectó a los pequeños propietarios de tierras, cuyo número aumentó a causa de la división de las tierras, sin que el ingreso real por unidad mostrara un aumento que compensara la disminución de las dimensiones de las parcelas; y la que afectó a los trabajadores asalariados, a consecuencia de la caída de los salarios reales». *Paysans du Languedoc*, I, página 317.

[200] Véase Koenigsberger, *New Cambridge Modern History*, III, p. 314.

más a gusto en su vertiente aristocrática que en el papel de introductor de lo nuevo. Lo que difería, no obstante, era que en Inglaterra los elementos capitalistas nacientes, tanto rurales como urbanos, sentían que tenían mucho que ganar de una economía nacional más fuerte. Francia, sin embargo, tenía elementos mercantiles que sentían que estaban siendo sacrificados a un París remoto, y una agricultura capitalista en el sur cuya estructura y por lo tanto necesidades eran más cercanas a las de los terratenientes de países periféricos como Polonia (que necesitaban una economía abierta por encima de todo) que a las de los terratenientes ingleses en cuyos dominios estaban creciendo las nuevas industrias caseras. En Inglaterra había un sentido en el que el rey podía contar con que sus oponentes se refrenaran, dado que su actitud «nacional» iba en pro de sus intereses «a corto plazo». El rey en Francia no podía, y tuvo que usar medios más severos para mantener unificado el país; de aquí la guerra civil, en la segunda mitad del siglo XVI, y el centralismo burocrático, que aparecería en la primera mitad del siglo XVII.

El precio, no obstante, fue elevado. Las guerras de religión facilitarían el ascenso del absolutismo, desde luego. Pero como añade Mousnier: «Al contrario que en Inglaterra, el desarrollo del comercio, la industria y la burguesía se vio frenado [*freiné*]»[201]. Ni tampoco se había pagado todavía el precio totalmente. La era de Luis XIII y Richelieu había de ser aun testigo de ulteriores costos. No obstante, para calcular este precio, debemos ahora volver a la situación general de la economía-mundo.

El siglo XVI «largo» tocaba a su fin. Y, así lo afirma la mayoría de los historiadores, existe evidencia de que había una crisis. ¿Una o varias crisis? Porque hubo una recesión económica en la década de 1590, una aún mayor en la de 1620, y lo que algunos consideran el golpe de gracia alrededor de 1650. No

[201] Mousnier, *Les XVIe et XVIIe siècles*, p. 103. El efecto económico negativo de las guerras de religión resultó acumulativo, pues, como señala H. M. Robertson, «en los lugares en que las condiciones económicas tomaron un giro desfavorable, el uso del Estado como mecanismo de protección de los intereses existentes y amenazados se convirtió en una práctica común». En Alemania, la multiplicidad de autoridades significó una reducción de los mercados y condujo a la reemergencia de los gremios y de los monopolios urbanos. «En Francia, también, el poder de los gremios había sido reforzado considerablemente hacia fines del siglo, con las ordenanzas de 1581 y 1597.» «European economic developments in the sixteenth century», *South African Journal of Economics*, XVIII, 1, 1950, p. 46.

nos extenderemos excesivamente en la discusión acerca de las fechas, acerca de si el punto de corte ideal es 1622, 1640 ó 1650. Spooner argumenta, de hecho, que uno de los elementos claves a observar acerca de este «punto y divisoria culminantes» del siglo XVI largo fue que el punto de inflexión «se extendió a lo largo de un período de tiempo bastante amplio»[202]. Hemos elegido como fecha terminal, por diversas razones, la de 1640, pero no nos comprometemos a no traspasar este límite. La cuestión fundamental, no obstante, es que, virtualmente sin excepción, los historiadores aceptan la idea de que hubo algún tipo de punto de inflexión crítico en esta época[203].

¿En qué consistió? En primer lugar, en una inversión de los precios, en la terminación de la inflación de precios que había sostenido la expansión económica de la economía-mundo europea. La tendencia de los precios no se invirtió de golpe. Resulta crucial, para la comprensión de este período, y para el subsiguiente desarrollo de la economía-mundo, ver que, en general, la inversión ocurrió antes en el sur que en el norte, antes en el oeste que en el este, y antes en las áreas marítimas que en el interior del continente[204]. Existió un desfase, y de no pocos años.

En España los problemas empezaron poco después de la derrota de la Armada Invencible. No obstante, el comercio aún tuvo sus altos y sus bajos. Los datos de Chaunu presentan el año 1608 como punto culminante del comercio atlántico español. Después viene una etapa sostenida hasta 1622, que Chaunu atribuye a las cualidades económicamente terapéuticas de la paz temporal[205], seguida de un definitivo descenso. La derrota

---

[202] Frank C. Spooner, «The European economy 1609-1650», *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' War, 1609-1648/59*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, p. 69.

[203] Excepto quizá René Baehrel, que va contra la corriente e identifica un ciclo de precios que va de 1594 a 1689, en el que 1628-1655 es solamente el período intermedio. Véase *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin XVI^e siècle-1789)*, París, SEVPEN, 1961, pp. 50-57.

[204] Véase Pierre Chaunu, «Le renversement de la tendence majeure des prix et des activités au XVII^e siècle», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, IV, *Evo moderno*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1962, p. 231.

[205] «La paz es quizá el secreto principal de este tan paradójico mantenimiento del tráfico más allá de 1608-12 hasta 1619-22, de estos algo más de diez años que separan con una larga vacilación el claro final de la fase de influencia de una prosperidad que ya no existe y el claro punto de comienzo de la fase descendente del Atlántico español.» Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (2 bis), *La conjoncture (1593-1650)*, París, SEVPEN, 1959, p. 889. Véanse también pp. 1404-1405.

político-militar de la Armada Invencible, no obstante, no hizo más que pinchar un globo, de paredes ya excesivamente delgadas por el agotamiento de la base de recursos de la prosperidad española. La explotación española de las Américas había sido particularmente destructiva, una especie de caza y recolección primitivas llevadas a cabo con una tecnología avanzada [206]. En este proceso, España agotó las tierras y sus hombres. Más aún, España no sólo agotó la mano de obra india; agotó en otras formas, como hemos visto, su propia mano de obra [207].

Una muy importante consecuencia fue la caída de la importación de metales preciosos. Por ejemplo: la importación anual media de éstos a Sevilla, procedente de las Américas, en el período 1641-1650, fue el 39 por 100 de lo importado en el período 1591-1600, en el caso de la plata, y sólo el 8 por 100 en el del oro. La producción de metales preciosos había caído «víctima de la inexorable ley de la disminución de los rendimientos marginales y la caída de las ganancias [208]. No obstante, dado que el comercio no disminuyó de repente —de hecho siguió expandiéndose— la devaluación era inevitable.

Aquí supuso por primera vez una diferencia crucial la existencia de una única economía-mundo de desarrollo nacional desigual. Los países del noroeste de Europa devaluaron mucho menos que los de Europa del sur, centro y este [209]. Hablamos por supuesto de precios de los metales preciosos. René Baehrel tiene una digresión muy brillante en la que demuestra que los cambios de los precios de los metales preciosos no están relacionados necesariamente con las variaciones de los precios, y que los hombres toman sus decisiones económicas reales fun-

[206] «En el siglo XVI toda América había sido vista como un inmenso campo de recolección. La recolección, ya se realizara transfiriendo simplemente a los circuitos comerciales riquezas potenciales atesoradas mediante siglos de trabajo estéril, o escarbando los filones superficiales o las tierras más cercanas a las rutas de transporte, sólo fue posible gracias a un intermediario, gracias al sostén de la humanidad indígena. Pero el primer uso que se hizo de los indios con este fin fue destructivo para los hombres, sin ningún cuidado para conservarlos, utilizados como riquezas que no se intenta restablecer. De aquí el rápido agotamiento en cuarenta años del área sembrada, en setenta años de toda la superficie. Hasta el punto de que las grandes plantaciones del siglo XVIII tuvieron que hacer uso exclusivo de mano de obra importada.» Chaunu, *ibid.*, pp. 1422-1423.

[207] Véase *ibid.*, pp. 1423-1425.

[208] Spooner, *New Cambridge Modern History*, IV, p. 79.

[209] Spooner deja esto perfectamente en claro en *ibid.*, cuadro 2 (página 86) y mapa 1 (p. 87). Inglaterra y Holanda son los países que más resisten a la devaluación; Polonia, Génova y España, los que menos. Francia estaba tan sólo ligeramente mejor que España.

damentalmente en términos de estos últimos[210]. Resulta significativo, no obstante, que haga esto en un libro dedicado a la discusión de la economía de los siglos XVII y XVIII. A. D. Lublinskaya señala que lo que distingue al siglo XVII del XVI es precisamente el hecho de que, a partir de 1615, por primera vez, existe «un movimiento *independiente* de los precios, que *no* depende de las entradas de oro y plata»[211]. Afirma que este hecho marca el final de la «revolución de los precios». Ruggiero Romano insiste que la devaluación se agrava súbitamente en los años 1619-1621: «Lo que importa es la intensidad del fenómeno»[212]. Había tal abundancia de dinero en 1619 que el interés bajó a un 1,2 por 100, «la tasa de interés mínima absoluta de todo el período 1522-1625»[213].

De la depresión general sólo escapan Holanda y en cierta medida (inmediatamente veremos en qué medida) Inglaterra[214]. De hecho, Romano argumenta que Holanda no sólo escapa, sino que, más o menos, 1590-*1670* es un período de *expansión* agrícola holandesa[215].

---

[210] Véase Baehrel, *Une croissance*, pp. 2-20; también René Baehrel, «Economic et histoire à propos des prix», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage à Lucien Febvre*, París, Armand Colin, 1953, I, pp. 287-310. Baehrel concluye así este artículo: «Marc Bloch recomendaba que se prestara atención a las "pantallas sociales". ¿Debemos hablar también de "pantallas económicas"? Lucien Febvre me enseñó una vez que la objeción de Lutero contra las indulgencias era que proporcionaban una falsa seguridad. ¿Podemos decir otro tanto de los precios en metales preciosos?» (p. 310).

[211] Lublinskaya, *French absolutism*, p. 15.

[212] Romano, *Rivista Storica Italiana*, LXXIV, p. 522.

[213] *Ibid.*, p. 525. Romano toma sus cifras de Cipolla, «Note sulla storia del saggio d'interesse», cuadro 3. Creo que Romano ha copiado mal la cifra de Cipolla: debería ser 1,1 por 100.

[214] Véase Ruggiero Romano, «Encore la crise de 1619-22», *Annales ESC*, XIX, 1, enero-febrero de 1964, p. 33.

[215] Véase Romano, *Rivista Storica Italiana*, LXXIV, p. 516. Incidentalmente, Glamann explica por qué termina eventualmente esta expansión. Señala que el papel del grano del Báltico en Europa pierde significación *a partir de 1650*, y desde entonces el papel económico holandes declina, a causa de la aparición de una nueva autosuficiencia en grano en el sur y el oeste de Europa. *Fontana Economic History of Europe*, II, p. 42. Esto a su vez puede explicarse en parte por una reducción de la población (quizá), y en mayor medida por el aumento tanto de la productividad como de la extensión de tierra cultivable, que en el caso de la Europa meridional era parte de su periferización. Además, en la contracción de la economía-mundo europea entre 1650 y 1750, Inglaterra encontró rentable mantener sus altas balanzas comerciales recuperando parte del comercio internacional de grano que en eras de mayores beneficios había cedido a las áreas periféricas.

¿Por qué habría estado relativamente tan aislada la Europa del noroeste contra los vientos de mala fortuna? Chaunu tiene una explicación que es un tanto compleja. En el siglo XVI los precios en el noroeste de Europa aumentaron menos marcadamente que en España, debido al retraso de tiempo en la llegada de los metales preciosos. No obstante, el noroeste de Europa siempre obtenía parte de sus metales preciosos a través del contrabando. La proporción de metales preciosos introducidos por contrabando fue aumentando con el paso del tiempo. Por lo tanto, el impacto inflacionario del oro y la plata de contrabando estaba creciendo en porcentaje sobre el impacto total precisamente cuando los precios españoles comenzaron a caer. «Los precios del norte de Europa, a causa de su menor receptividad a los factores depresivos, tienden por tanto a aproximarse a los niveles de precios españoles»[216]. Esto parece un poco traído por los pelos, ya que para que fuera plausible tendríamos que asumir que no hubo ninguna caída significativa en el suministro absoluto, ya no relativo, de metales preciosos de contrabando, lo que, según puede inferirse de las cifras de Spooner, probablemente no fuera cierto.

Pierre Jeannin parece estar más en lo justo al analizar la resistencia del noroeste de Europa a las fuerzas depresivas como consecuencia de las ventajas que esta región tenía en el seno de la economía-mundo[217]. Cita la localización geográfica (en el Atlántico y en el cruce de caminos entre los graneros y bosques del nordeste y los países necesitados de sus exportaciones); las aptitudes industriales (enraizadas en el pasado, como los tejidos ingleses y holandeses; o en el potencial económico liberado por la extensión de la economía internacional, como el hierro sueco). Más aún, la misma expansión de las fuerzas productivas en el norte supuso un crecimiento continuo de la población precisamente en un momento de decadencia demográfica de la región mediterránea. Pierre Chaunu estima que entre 1620 y 1650 la población del imperio pasó de veinte a siete millones, disminuyendo la población de Italia en dos millones entre 1600 y 1650.. *Relativamente* protegidas de

[216] Chaunu, *Séville*, VIII (2 bis), p. 90.

[217] «La "prosperidad" que disfrutaba el noroeste no es una forma de gracia concedida por no se sabe qué poder misterioso; es el resultado de causas internas, entre las cuales un breve resumen distingue rápidamente entre elementos estructurales y coyunturales.» Pierre Jeannin, «Les comptes du Sund comme source pour la construction d'indices généraux de l'activité économique en Europe (XVI^{e}-XVII^{e} siècles)», *Revue Historique*, CCXXXI, abril-junio de 1964, p. 325.

esta caída demográfica estaban Inglaterra y, esta vez, Francia[218].

Como fenómeno geopolítico, esto supuso el final del Atlántico español y el establecimiento de un Atlántico europeo[219]. La guerra, cuya reanudación en 1624 señala de hecho un aplastante golpe a la economía española, comenzó con el ataque holandés a la colonia portuguesa de Brasil, perteneciendo en aquella época Portugal a la Corona española[220]. En términos del comercio asiático, y en especial la pimienta, entre 1590 y 1600 los holandeses y los ingleses invadieron lo que había sido hasta entonces un monopolio luso-español, lo que explica el hundimiento de los precios de las especias[221]. Se puede fácilmente comprender cómo los hombres de aquella era desarrollaron una teoría mercantilista que les llevó a sentir que «el total de prosperidad del mundo era constante, y [que] el objetivo de la política comercial [...] era asegurar para cada nación individual la mayor parte posible del pastel»[222].

Pero de hecho no era constante. Por una parte, se podría argumentar que el final del siglo XVI supuso para toda Europa el «hundimiento de la ganancia, la desaparición de las rentas, el estancamiento económico»[223]. Pero es preciso especificar. Romano insiste que el siglo XVI fue, «igual que los siglos XII y XIII, un siglo de grandes ganancias *agrícolas*»[224]. Es la caída de las ganancias agrícolas *fáciles* lo que explica el creciente papel de la agricultura capitalista a gran escala basada en una mano de obra agrícola cada vez más obligada y peor pagada,

---

[218] Véase Pierre Chaunu, «Réflexions sur le tournant des années 1630-1650», *Cahiers d'Histoire*, XII, 3, 1967, pp. 259-260.

[219] Véase Lublinskaya, *French absolutism*, p. 52.

[220] Véase Chaunu, *Séville*, VIII (2 bis), pp. 1535-1537, sobre el impacto que tuvo en la economía española.

[221] Véase H. Kellenbenz, «Autour de 1600: le commerce de poivre des Fuggers et le marché international de poivre», *Annales ESC*, XI, 1, enero-marzo de 1956, esp. pp. 23, 27.

[222] Glamann, *Fontana Economic History of Europe*, II, p. 5. ¿Es esto tan erróneo, incluso desde la perspectiva actual? El punto de vista de H. M. Robertson es éste: «En el siglo XIX hubo, quizá, una tendencia a minimizar o incluso a dar de lado los costos del progreso económico; en la actualidad hay, quizá, una tendencia a prestarles una atención exagerada. En el siglo XVI estos costos ocupaban un plano tan prominente como para que pareciera casi axiomático que las ganancias de un hombre o de un país eran las pérdidas de otro; que una mayor actividad aquí significaba menos empleos allí; que, como lo resume el proverbio holandés, *de een man zijn brood is de ander zijn dood.*» *South African Journal of Economics*, XVIII, p. 46.

[223] Chaunu, *Cahiers d'Histoire*, XII, p. 264.

[224] Romano, *Annales ESC*, XIX, p. 33. El subrayado es mío.

a finales del siglo XVII y en el XVIII. Los comentarios de Romano no resultan apropiados:

Estos vastos fenómenos, que Fernand Braudel ha llamado por una parte *«faillite»*, *«trahison de la bourgeoisie»*, y por otra *«réaction seigneuriale»*, no parecen ser, observados de cerca, dos tipos separados y distintos, sino uno sólo: casi las mismas personas, o al menos, los descendientes de una familia, que *traicionaban* sus orígenes burgueses (y por encima de todo sus funciones burguesas), y entraban en el sistema de la *réaction seigneuriale*, un fenómeno que al tratar el caso italiano he llamado «refeudalización»[225].

Pero una vez más, como observa Romano, Holanda y en menor medida Inglaterra son las excepciones.

No obstante, no debemos adelantarnos a nuestra narración. Resulta crucial para comprender la era subsiguiente observar de cerca cómo Inglaterra y Francia capearon las convulsiones de finales del siglo XVI «largo». La consolidación de la economía-mundo europea que ocurriría en los siglos XVII y XVIII se centraría en torno a la competición entre Francia e Inglaterra por la primacía. Pero, en cierto sentido, las cartas cruciales habían sido ya repartidas en el período 1600-1640.

Cuando G. N. Clark intenta explicar el «notable» adelanto de la industria en Inglaterra en el «segundo» siglo XVI, sugiere que la raíz yace en el comercio internacional. Y cuando analiza el comercio internacional de Inglaterra en este período encuentra tres contrastes fundamentales entre el final del período y su comienzo: (1) aunque el comercio internacional de Inglaterra se expandió en términos absolutos declinó en relación a la industria interna en cuanto a cobertura de las necesidades de consumo; (2) aunque Amsterdam sucedió a Amberes como eje de la economía-mundo europea, la relación de Inglaterra con los Países Bajos cambió de ser de dependencia y complementariedad a ser una relación de rivalidad; (3) el comercio exterior de Inglaterra se hizo mucho más diversificado dentro de Europa, e Inglaterra inició un comercio sistemático con Rusia, el Levante mediterráneo, el área del océano Indico, y las Américas[226].

Antes del final del reinado de Isabel, no obstante, estos cambios no habían ocurrido aún en una medida notable. Ni tampoco se desarrollaron de una forma tan sencilla como su-

---

225 Romano, *Rivista Storica Italiana*, LXXXIV, pp. 511-512. Sobre el carácter excepcional de Holanda véase p. 512; sobre Inglaterra como una excepción más limitada, véanse pp. 517, 519.

226 Véase Clark, *Wealth of England*, pp. 103-107.

giere Clark. Porque estos cambios alteraron el delicado equilibrio social y político que habían intentado crear los Tudor tan hábilmente, y dejaron al desnudo los intereses conflictivos que habían de desgarrar el sistema político inglés. Abordemos cada uno de estos cambios por separado.

Sin duda es cierto que el comercio internacional declinó como proporción del producto nacional bruto, y que esto podría ser interpretado como un signo de la salud económica a largo plazo de Inglaterra. Pero así se pasa por alto el hecho de que el propio proceso de industrialización interna hizo a la estructura social de Inglaterra no menos, sino más dependiente de los avatares del mercado mundial. Barry Supple señala que, a diferencia de lo que ocurriría en el período posterior a la revolución industrial, el capital fijo jugaba un papel pequeño en la economía industrial, y por lo tanto las fluctuaciones en la economía nacional no venían causadas por un exceso de capacidad ni podían identificarse con las fluctuaciones de una industria de bienes de capital. Las fluctuaciones del crédito también tenían en aquel momento menor importancia que posteriormente. Por tanto, la prosperidad del mercado doméstico era en gran medida función de las fluctuaciones de las cosechas (inducidas por las variaciones climáticas) y de la «demanda de ultramar, que era frecuentemente el determinante estratégico de las alteraciones en la actividad interna»[227]. Y tales alteraciones fueron políticamente cruciales, precisamente a causa del desarrollo industrial de Inglaterra:

> La producción de tela estaba suficientemente adelantada como para dejar de ser, en general, un empleo marginal para una población predominantemente agraria. De aquí que para el gobierno y para la comunidad en general la existencia de la industria textil significara la perenne amenaza de un brote de malestar y desórdenes en el seno de una clase sin tierra e incluso sin ninguna propiedad. Esta situación contribuyó a la aparición de la ley de pobres isabelina e hizo que generaciones de estadistas recelaran de apoyar el crecimiento industrial[228].

¿Qué podía hacer entonces Inglaterra para garantizar la estabilidad económica, y por lo tanto política? Una solución viene indicada por Supple: retrotraerse aún más. F. J. Fisher observa que «Bacon consideraba el reinado de Isabel como un período crítico durante el cual Inglaterra había dependido

[227] Supple, *Commercial crisis*, p. 9.

[228] Supple, *ibid.*, pp. 6-7. Véase Astrid Friis, *Alderman Cockayne's project and the cloth trade*, Copenhague, Levin & Munksgaard, 1927, p. 22.

peligrosamente del grano extranjero [...]»[229]. Con el tiempo este fue el camino de desindustrialización que tomó la Italia del norte. Otra solución podía ser el impulso hacia el exterior, superando la insuficiencia de los suministros por medio de fuentes adicionales de éstos y la insuficiencia de la demanda por medio de la creación de nuevos mercados[230]. Este es el camino en el que se estaban embarcando los Países Bajos del norte. Intentar una u otra solución suponía tomar decisiones críticas en términos de la estructura social interna de Inglaterra. Estas fueron precisamente las decisiones que los Tudor intentaron evitar con todas sus energías. El resultado fue quedarse a mitad de camino. El examen realizado por Lawrence Stone del volumen del comercio isabelino de ultramar le lleva a la conclusión de que «la famosa expansión del comercio durante el reinado de Isabel parece ser un mito piadoso»[231].

Si nos fijamos entonces en el grado en el que Inglaterra se había liberado de la tutela económica holandesa hacia el año 1600, encontramos que, sin duda, el proceso de control creciente por parte de la burguesía comercial inglesa del comercio interno inglés se ha completado más o menos con actos tales como la abolición de los privilegios hanseáticos primero en 1552 y definitivamente en 1558[232]. Esto benefició a monopolios ce-

[229] F. J. Fisher, «Tawney's century», en Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, pp. 4-5.

[230] A grandes rasgos, Fisher describe estas insuficiencias como sigue: «En la producción primaria, los obstáculos a la expansión se encuentran principalmente en el campo de la oferta, y en gran medida son consecuencia de las limitaciones de las técnicas de la época [...]

»En los siglos XVI y XVII, al igual que en la Edad Media, los hombres no sólo buscaban en la tierra su comida, sino también su bebida, su combustible, y materiales industriales básicos como madera, lana, cueros, pieles y sebo [...] Bajo tales circunstancias, la expansión económica y demográfica tendía a someter a la tierra a una presión que, en épocas posteriores y bajo diferentes circunstancias, se iba a ejercer sobre la balanza de pagos [...]

»En la producción secundaria, por el contrario, el obstáculo a la expansión parece haberse encontrado en el campo de la demanda y no en el de la oferta [...] En la mayor parte de las industrias, el principal factor de producción era la mano de obra, y la mano de obra era a la vez abundante y barata [...] El jornalero y el labriego, irregularmente empleados y pagados miserablemente, eran malos clientes.» *Ibid.*, páginas 3, 4, 6.

[231] Stone, *Economic History Review*, II, p. 50.

[232] «De forma simbólica, este último acontecimiento de 1598 era un signo de que Inglaterra se estaba moviendo desde la periferia hacia el centro de un nuevo sistema de comercio.» W. E. Minchinton, «Introduction», *The growth of English overseas trade in the seventeenth and eigh-*

rrados como los *Merchant Adventurers*[233]. Los intereses de tales grupos yacían fundamentalmente en el inestable equilibrio de permanecer a mitad de camino.

Cuando, bajo los Estuardo, otros comerciantes obtuvieron los derechos legales para desafiar de forma más directa el papel holandés en el acabado industrial de tejidos —el llamado proyecto de Alderman Cockayne[234]—, fracasaron. Según Supple, este fracaso demostró que

> la división internacional del trabajo por medio de la cual los holandeses teñían y remataban los tejidos semimanufacturados de Inglaterra no era un fenómeno arbitrario sostenido por la supervivencia artificial de las normativas de las compañías. Por el contrario, a principios del siglo XVII reflejaba realidades económicas a las que Inglaterra solo se podía enfrentar bajo su propia responsabilidad[235].

Por tanto, las vacilaciones isabelinas en expandirse hacia el exterior podrían no haber sido tan insensatas[236]. Los Tudor habían estado por tanto posponiendo los conflictos sociales internos hasta haber fortalecido la autonomía política del aparato de Estado, de forma que Inglaterra pudiera tener la fuerza necesaria para tolerar el explosivo pero inevitable reajuste de las fuerzas políticas y sociales.

Finalmente, ¿hasta qué punto fue la era isabelina una era de diversificación en ultramar? Desde luego, fue en esta época cuando los barcos ingleses volvieron al Báltico y empezaron a hacer viajes al Mediterráneo, a Rusia, a Africa. Y esta fue la época de la constitución de las primeras compañías con carta de privilegios. Pero debemos tener cuidado de no exagerar. Por una parte, Europa oriental estaba aún más íntimamente ligada a las economías de Francia y España (vía Amsterdam) que a Inglaterra[237], y, por otra parte, es el comercio con Francia y

teenth centuries, Londres, Methuen, 1969, p. 3. «Se estaba moviendo», pero no había llegado todavía. Esa es la cuestión.

[233] Véase Rich, *New Cambridge Modern History*, I, pp. 461-462.

[234] La descripción clásica se encuentra en Friis, *Alderman Cockayne's project*, p. 22.

[235] Supple, *Commercial crisis*, pp. 49-50.

[236] El mismo Stone admite: «Es muy significativo de la nueva estructura de la economía inglesa el que los grandes mercados de consumo abastecidos por la producción en aumento fueran las necesidades militares del Estado y los productos vitales básicos para las clases más pobres.» *Economic History Review*, XVII, p. 108.

[237] Véase R. W. K. Hinton, *The Eastland trade and the common weal in the seventeenth century*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1959, páginas ix-x.

las provincias holandesas rebeldes lo que sigue siendo fundamental para Inglaterra en el período de Isabel [238].

Las realidades de la escena comercial inglesa son a la vez causa y consecuencia de la política de los monarcas Tudor. Estaban con un pie a cada lado [239]. La crisis económica internacional del período 1590-1640 convirtió esta posición en algo cada vez más imposible, y por tanto la estabilidad política de la monarquía y de los monopolios a los que ésta protegía empezó a ser cada vez menor. La estabilidad no es siempre el *summum bonum* de todo el mundo. Para algunos resultaba «irritante» [240]. Hacia 1604, la irritación de los comerciantes que querían aprovechar las posibilidades de la expansión comercial encontró su expresión en diversas leyes sobre libre comercio que fueron llevadas al Parlamento. El impulso inmediato probablemente vino de la paz con España, que había abierto nuevas perspectivas de comercio, como normalmente ocurre en estos casos, tanto eliminando ciertas obstrucciones al comercio como por el desempleo, por así decir, de la anteriormente floreciente banda de corsarios [241].

Durante la siguiente década las cosas parecieron marchar bien para la industria textil inglesa, que llegó a un máximo en sus exportaciones en 1614. Pero había de ser, utilizando la frase de Supple, «un transitorio veranillo de San Martín» [242]. A continuación vino una depresión económica «sin rival» que «determinó una restricción permanente del mercado ultramarino para las pañerías antiguas» [243]. ¿Qué causó este súbito derrumbamiento? De hecho no fue tan súbito, sino más bien, como dice R. W. K. Hinton, «un súbito empeoramiento de una situa-

---

[238] Véase Stone, *Economic History Review*, XVII, p. 51.

[239] «La estabilidad dependía de que se limitara el crecimiento del capitalismo, y en eso consistió la política económica de la monarquía absoluta [...] [Al mismo tiempo] las necesidades militares y estratégicas de la monarquía absoluta la llevaron en alguna medida a favorecer el crecimiento del capitalismo industrial.» Manning, *Past and Present*, 9, página 49.

[240] «A finales del siglo XVI resultaba ya inconveniente la estabilidad que había parecido tan deseable una generación antes; al darse nuevamente las condiciones para la expansión comercial, los sentimientos contrarios a tal expansión declinaron; y desarraigar los intereses creados que se habían desarrollado gracias a las restricciones de la gran depresión se convirtió en una de las tareas fundamentales del siglo XVII.» Fisher, en Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, I, p. 172.

[241] Véase Friis, *Alderman Cockayne's project*, pp. 149-150.

[242] Supple, *Commercial crisis*, p. 29.

[243] *Ibid.*, p. 52.

ción que llevaba ya deteriorándose cierto tiempo»[244]. Lo que ocurrió fue que la devaluación de las monedas continentales respecto a la inglesa creó unos términos de intercambio [*terms of trade*] enormemente desfavorables, que «elevaron el precio de la tela [inglesa] desplazándola de sus mercados [del norte y centro de Europa]»[245]. Esto creó un flujo de metales preciosos hacia el exterior que se vió agravado por la necesidad de grano extranjero a causa de las malas cosechas de 1621 y 1622[246]. La dramática pérdida de metales preciosos «tuvo gran importancia en una economía sencilla dependiente del suministro estable de moneda metálica segura»[247].

J. D. Gould argumenta que Inglaterra pagó entonces el precio de haber «despilfarrado» su ventaja internacional en precios de 1550-1600 «en una pugna en pos de privilegios». Consiguientemente, ahora que la ventaja de precios se había visto invertida, «Inglaterra se vio cargada con una economía rígida, oligopólica y de elevados costos, mal adaptada para competir con un rival [los holandeses] que crecían basándose en los bajos costos, la adaptabilidad y el estar al día»[248]. Los holandeses podían ahora introducirse en el propio comercio de importación de Inglaterra[249], y las exportaciones de textiles a Alemania y al

---

[244] Hinton, *Eastland trade*, p. 20. Véase Supple: «Pues es bueno recordar que sólo podemos explicar todo el impacto de la depresión refiriéndonos a los daños causados por el proyecto de Cockayne, el crecimiento de industrias rivales, las cargas financieras del paño inglés, los disturbios provocados por las guerras en el continente, y los difundidos obstáculos preexistentes a los comerciantes ingleses. Esto significaba que la economía, en cuanto se produjera cualquier acontecimiento adverso, experimentaría aún otro de esos períodos de extrema decadencia económica que constituyen perpetuos rivales históricos de la llamada "gran depresión"». *Commercial crisis*, p. 64.

[245] Supple, *ibid.*, p. 80.

[246] Véase *ibid.*, pp. 89-96.

[247] *Ibid.*, p. 162.

[248] J. D. Gould, «The trade depression of the early 1620's», *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 1, 1954, p. 87.

[249] Véase Hinton, *Eastland trade*, pp. 18-19. Véase también su análisis de un estudio empírico concreto: «Los años de 1611 a 1618 fueron los únicos de nuestro período en que tanto Inglaterra como las Provincias Unidas estuvieron en paz, y en los que, por tanto, sus barcos y comerciantes compitieron a este respecto en igualdad de condiciones. Es evidente que, compitiendo en los mismos términos, los holandeses establecieron rápidamente un absoluto dominio comercial, sin duda gracias a sus fletes notablemente bajos. El año de 1615 es el primero que vemos en los libros del puerto de Boston [Lincolnshire] [...] Encontramos que en 1615-1618 el valor de todos los bienes sólidos [es decir, excepto vino] importados de las Provincias Unidas fue mayor que el de los bienes sólidos importados de todos los demás lugares juntos, mientras que en

este de Europa se veían golpeadas tanto por la competencia holandesa como por la local [250].

Tanto los comerciantes como el gobierno se vieron alarmados. Los comerciantes reaccionaron exigiendo más protección, por ejemplo la limitación del derecho de los no ingleses a importar bienes a Inglaterra, el incremento de la utilización obligatoria de barcos ingleses, la libertad para reexportar el grano báltico, lo cual aumentaría el comercio de telas y suministraría metales preciosos para la compra de grano [251]. El gobierno tenía una perspectiva bastante diferente. En primer lugar los intereses agrícolas, ampliamente representados en el Parlamento, presionaban en pro de una prohibición de la *importación* de trigo, a causa de sus necesidades de protección contra los bajos precios [252]. En segundo lugar, el gobierno se preocupaba de reconciliar sus necesidades «de aliviar la pobreza local, para evitar motines y tumultos, y de revivir el comercio, con el fin de mantener la estabilidad y el poder económicos» [253]. Para hacer lo primero el gobierno se vio tentado por la solución adoptada por los gobiernos de los países subdesarrollados del siglo XX: la creación de empleos. Pero, como hoy en día, tal solución no era sencilla [254]. En vez de ofrecer nueva protección, el gobierno tendió a liberalizar los monopolios, por ver si tal medida podía revivir el comercio y la industria [255]. Pero no podía ir muy lejos en esta dirección, ya que el mantenimiento de compañías privilegiadas tenía demasiadas ventajas para el gobierno. Garantizaba la lealtad de una burocracia casi pública que realizaba funciones consulares y aduaneras, era una fuente de ingresos a través de préstamos e impuestos, e incluso pro-

---

cualquier otra época se había dado la situación inversa. De forma similar, en el mismo período llegaron anualmente al puerto de Boston más barcos procedentes de las Provincias Unidas que de todos los demás lugares juntos, lo que no sucede en ningún otro año de la serie excepto 1628, un año de muy pequeño comercio [...] [Estos hechos] respaldan la explicación dada en la época a la crisis de 1620, atribuyéndola al efecto del comercio holandés sobre el comercio inglés de importación.» «Dutch entrepôt trade at Boston, Lincs., 1600-1640», *Economic History Review*, 2.ª serie, IV, 3, abril de 1957, p. 470.

[250] Hinton, *Eastland trade*, p. 45.

[251] Véase *ibid.*, pp. 28, 31-32.

[252] Véase *ibid.*, p. 29.

[253] Supple, *Commercial crisis*, p. 64.

[254] «Al intentar, con diverso éxito, encontrar medios para persuadir a los comerciantes de que continuaran comprando paño en unos momentos en que afirmaban no poderlo vender rentablemente en el exterior, el [Consejo Privado] se encontró metido en un avispero de cuestiones polémicas.» *Ibid.*, p. 237.

[255] Véase *ibid.*, 68-69.

porcionaba un sustituto de la armada como aparato protector del comercio internacional [256]. «Las patentes y los monopolios, el encubrimiento de objetivos egoístas bajo trivialidades verborreicas, eran parte integral de la trama del gobierno de los Estuardo» [257]. Si el gobierno llegó a moverse algo en una dirección antimonopolista fue de hecho tan sólo bajo la presión del Parlamento, «vociferantemente representativo de los exportadores y de la baja *gentry*» [258].

Tampoco los dioses fueron propicios a Inglaterra. El resurgir del comercio en 1623-1624 se vio contrarrestado por la plaga de 1625, así como por una mala cosecha. El reinicio de la guerra contra España, tan dañina para esta última, como hemos visto, no supuso ventaja alguna para Inglaterra. La renovada necesidad de grano llevó a otra crisis de la balanza de pagos [259]. Así el corazón tradicional de la industria inglesa llegó a encontrarse «en medio de una prolongada historia de decadencia, dolorosa adaptación y sobreproducción general» [260]. La interferencia de la Corona no resolvió el problema; sólo agravó la situación al crear una «crisis de confianza mercantil» [261].

Aparentemente no era tan fácil para la industria textil inglesa reducir gastos. Esto era en parte consecuencia de que los comerciantes estaban demasiado estrechamente imbricados en el aparato de Estado para que la Corona pudiese forzar a los industriales a conformarse con menos [262]. Además, los tra-

---

[256] Véase *ibid.*, pp. 242-243.

[257] *Ibid.*, p. 227.

[258] *Ibid.*, p. 71.

[259] Véase *ibid.*, pp. 99-102. Véase W. B. Stephens: «Menos predecible a partir de las fuentes bibliográficas es el hecho de que en muchos puntos de exportación los verdaderos años de crisis fueron los años finales de la década de los veinte, mientras que el frenazo de los primeros años de la década fue limitado, corto, y vino seguido de algo similar a una expansión.» «The cloth exports of the provincial ports, 1600-1640», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXII, 2, agosto de 1969, p. 241.

[260] Supple, *Commercial crisis*, p. 119.

[261] *Ibid.*, p. 125.

[262] «El gobierno, desde un principio, se enfrentaba a una tarea imposible. Si se reforzaban las exigencias legales los costos subirían en tal medida que se podría augurar un desempleo general. Si un cambio en los métodos de producción era el resultado de la depresión económica, como parece haber sucedido en la mayor parte de los casos, entonces no se podía responder a ésta intentando limitar aquél. Dadas las técnicas industriales de la época, podrían haberse dado casos en que el paño inglés estuviera perdiendo terreno en el exterior fundamentalmente por sus malas condiciones. Pero parece haber habido muchos más ejemplos en los que el proceso causal se invertía; y en este caso, desde el mo-

bajadores debían ser relativamente lo bastante fuertes como para oponerse a la introducción de recortes significativos de sus salarios [263]. Por tanto la única solución, aparte de la desindustrialización, era la de obviar los intereses creados mediante el desarrollo de nuevas industrias. Fue así de hecho como Inglaterra encontró su salvación industrial, en las llamadas «nuevas pañerías» [264], que disfrutaron de un auge considerable como materias de exportación precisamente al decaer las «antiguas pañerías» [265].

---

mento en que la manufactura deficiente era tan sólo una forma limitada y sin perspectivas de reducir los costos, las respuestas a los problemas de Inglaterra se encontraban en otras direcciones.» *Ibid.*, p. 147.

[263] «Donde existía mano de obra sin cualificar barata y abundante, se podían manufacturar a bajo costo bienes de baja calidad. Esto era especialmente aplicable cuando la pobreza generalizada tipificaba una región en la que la producción de textiles proporcionaba tan sólo un empleo secundario a los jornaleros dedicados a ella. El trabajo en un empleo del que no se espera que produzca la totalidad de los medios de subsistencia es, normalmente, más barato que en una ocupación a tiempo completo. Esta era la razón aducida por Adam Smith que los paños más toscos fueran, históricamente, más baratos que los más finos. A comienzos del siglo XVII las condiciones económicas en la Europa oriental se aproximaban a esta situación, y esto significaba que esta área resultaba especialmente adecuada para la producción efectiva de paño barato si se reducían las expectativas de calidad del mercado.» *Ibid.*, p. 140.

[264] Las variedades de paño eran múltiples. Parece haber habido: a) de lana: cálidos y pesados; es decir, paño ancho; en cuestión de fortaleza se recurría a las variedades enfieltradas de lana; empleaban fibras rizadas de hebra corta; a menudo la hilaza era cardada, es decir, enredada; la lana se abatanaba, es decir, se enjabonaba y se golpeaba la lana estando húmeda, para hacerla más cálida, sólida y duradera; eran monótonos en su diseño, y adecuados para los climas más fríos; b) «nuevos tipos» de paño, aún básicamente de lana: más estrechos y más baratos, incluían carisetos, docenos y *straits*; constituyen el primer movimiento en dirección a los nuevos mercados del sur; c) estambres propiamente dichos: hilados de lana cardada de hebra larga; su fortaleza venía de la urdimbre y la trama; más ligeros que los paños anchos, usaban menos lana para la misma longitud; no abatanados: adecuados para los climas mediterráneos no tropicales; d) «nuevas pañerías» o «telas»: básicamente una variable de los estambres; los más ligeros de todos; amplia variedad de formas; en ocasiones abatanados; a veces la trama era de seda, lino o algodón; incluían *bayes*, *sayes*, sargas, perpetuanes, *stammetts*, estameñas, rasolinas, fustanes y muchos otros. Véase Bowden, *Wool trade*, páginas 41-43; Friis, *Alderman Cockayne's project*, p. 2; Supple, *Commercial crisis*, p. 5; D. C. Coleman, «An innovation and its diffusion: the "new draperies"», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXII, 3, diciembre de 1969, pp. 418-423.

[265] La causa de este auge ha sido atribuida por P. J. Bowden a factores tecnológicos antes que comerciales. El sostiene: «El pasto tenía una influencia mucho mayor que la temperatura sobre la finura de vellón y la longitud de su hebra. Al mejorar la alimentación que recibía la oveja

Había una segunda solución al dilema de los precios elevados: Inglaterra desarrolló un comercio de reexportación. Y fue este aspecto de la política comercial de Inglaterra lo que estimuló las dos más llamativas características nuevas del siglo XVII: el interés en la expansión colonial y la rivalidad anglo-holandesa. Ambas tendencias cristalizarían después de la guerra civil, pero ambas eran evidentes antes de ella [266].

Los nuevos productos requerían nuevos mercados, y fueron España y el área mediterránea en general los más importantes de los nuevos campos para las exportaciones de Inglaterra [267], un área relativamente libre de las obstrucciones de los viejos monopolios ingleses [268]. El mercado español, en particular, re-

---

ésta crecía. La hebra de lana no era ninguna excepción, y, como cualquier otra parte del animal, aumentaba en longitud y grosor como resultado de la mejor alimentación [...] Los cercamientos para la cría de ovejas hicieron más fácil la vida tanto de los granjeros como de las ovejas. Como ya había señalado lord Ernle, "al multiplicarse los cercamientos, las ovejas estuvieron mejor alimentadas, y el vellón aumentó de peso y en longitud, aunque perdió algo de la finura de su calidad". Así, a lo largo de los siglos XVI y XVII hubo una disminución gradual de la oferta de lana fina y corta producida en Inglaterra, y un aumento de la oferta de lana más larga y más tosca.» «Wool supply and the woollen industry», *Economic History Review*, 2.ª serie, XI, 1, 1956, pp. 45-46. Supple replica que Bowden «no toma en cuenta ni la expansión de la industria continental con la que debía medirse un producto inferior, ni el notable crecimiento de la oferta de lana europea, sobre la que se basaba la industrialización en el continente. Además, la competencia era más aguda no *directamente* en el mercado de más alta calidad, sino en el mercado para textiles relativamente más bastos, que presumiblemente aumentaría en la medida en que los bienes inferiores producidos en el exterior estuvieran sustituyendo al tradicional paño ancho inglés. Fue una serie de cambios radicales en el mercado y en las ofertas alternativas, y no sólo el deterioro de la industria inglesa, lo que tuvo tan infortunadas repercusiones para las antiguas pañerías». *Commercial crisis*, p. 143.

[266] Véase F. J. Fisher, «London's export trade in the early seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, III, 2, 1950, pp. 159-161.

[267] «La creciente fortaleza de la economía inglesa en el medio siglo aproximado que precede a la guerra civil, en nada se expresa más claramente que en sus relaciones con el Mediterráneo. En este período la industria inglesa resolvió los problemas técnicos que hasta este momento la habían mantenido atrás, e inundó los mercados del Mediterráneo oriental y occidental con productos de lana, reduciendo incidentalmente a Turquía e Italia al papel de suministradores de materias primas industriales.» Ralph Davis, «England and the Mediterranean, 1570-1670», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, página 117.

[268] Véase Fisher, *Economic History Review*, III, p. 336. Véase Bowden: «Los [viejos tejidos de lana] eran más adecuados para llevarlos en el norte, el centro y el este de Europa, mientras que los [nuevos tejidos de estambre] resultaban admirablemente apropiados para el cálido, pero no

sultaba atractivo a causa de «su inflación interna y sus compras coloniales»[269]. Inglaterra estaba empezando a consumir la carroña del imperio español. Y al ir declinando la industria italiana, las exportaciones inglesas llenaron parcialmente el hueco[270].

En cuanto a la colonización, hemos de recordar que durante un largo tiempo no le fue necesario a Inglaterra (Francia u Holanda) implicarse en empresas directamente coloniales. El tratado de Cateau-Cambrésis, sin duda en parte como signo de cansancio de la expansión imperial, incluía una extraordinaria cláusula que decía así: «al oeste del primer meridiano y al sur del Trópico de Cáncer [...] ninguna violencia realizada por cualquiera de las partes a la contraria será considerada como una contravención de los tratados»[271]. Este concepto, conocido popularmente como «nada de paz más allá de la línea», fue reafirmado en Vervins en 1598. Permitía, desde luego, la libertad de crear nuevas colonias, pero también la libertad del saqueo. Y durante aproximadamente cincuenta años el saqueo fue mucho más rentable de lo que hubiera sido la colonización[272]. Por contraste, ésta parecía una aventura dudosa. Se

---

tropical, clima mediterráneo. La fortuna de Inglaterra fue poseer casi un monopolio de la lana de hebra larga.» *Economic History Review*, IX, página 57. Monopolio, en este caso, en el sentido de falta de competencia, no en el sentido de restricciones legales a la entrada. Hacia mediados del siglo XVII, la lana de hebra larga se había desarrollado en Irlanda, y a finales de siglo también existía en cantidades limitadas en Holanda, Zelanda y Flandes. (Véase p. 53, n. 3.)

[269] Fisher, *Economic History Review*, III, p. 155.

[270] Véase Charles Wilson, «Cloth production and international competition in the 17th century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIII, 2, 1960, página 212.

[271] Citado en Rich, *New Cambridge Modern History*, I, p. 467.

[272] «Los colonizadores [españoles del Nuevo Mundo] —ávidos de esclavos y bienes manufacturados de todo tipo, con buenos recursos de metálico a su disposición, constreñidos sin embargo legalmente a tratar con un monopolio rapaz e ineficiente— ofrecían un perfecto mercado para los intérlopes, con considerable riesgo para entrar en él.» Parry, *New Cambridge Modern History*, III, pp. 516-517.

John Maynard Keynes fue uno de los primeros en reconocer la importancia de la actividad de los corsarios en el proceso de acumulación de capital en Inglaterra. Reprochó a los historiadores de la generación anterior el haber dado de lado esta fuente fundamental de metales preciosos: «Es característico de nuestros historiadores el que, por ejemplo, la *Cambridge Modern History* no haga mención de estos factores económicos como configuradores de la era isabelina y posibilitadores de su grandeza.» *Treatise on money*, II, p. 156, n. 1.

Webb describe el proceso como «tropezarse con una ganga una vez puesta en movimiento». Es decir: «En vez de tomar el oro y la plata de su fuente, como habían hecho los españoles, lo tomaban, sin muchas contem-

daba por supuesto que los españoles se habían apoderado ya de los buenos lugares e «incluso los dinámicos isabelinos —y sin duda alguna la propia Reina— eran conscientes de lo absurdo de hacer prospecciones al azar sobre un vasto continente»[273]. Además, Inglaterra tenía a Irlanda como salida para los emigrantes locales[274].

Estas actitudes cambiaron durante el período posterior a 1600. Inglaterra consolidó sus relaciones con Escocia uniendo ambos tronos en la persona de Jacobo I. La colonización de Irlanda adoptó así una nueva importancia, tanto para Inglaterra como para Escocia[275]. Irlanda quedó integrada en la división británica del trabajo. Sus bosques fueron utilizados para suministrar madera a Inglaterra[276]. En el curso de los siguientes cien años se convertiría en emplazamiento de una importante industria del hierro controlada por ingleses[277]. E Inglaterra co-

placiones, una vez que los españoles se habían hecho con él.» *The great frontier*, p. 196.

[273] Parry, *New Cambridge Modern History*, III, p. 524.

[274] Véase *ibid.*, p. 526. Incluso en Irlanda, la actitud de Inglaterra se hizo más abierta en esta época: Irlanda comerciaba ampliamente con España. Aunque esto creara disgusto y sospechas en los ingleses, no intentaron reprimir el comercio. «Bajo Isabel Inglaterra fue, en esta materia al menos, más liberal que en años posteriores. Los católicos irlandeses tampoco se vieron sometidos a trabas económicas.» Cyril Falls, *Elizabeth's Irish wars*, Londres, Methuen, 1950, p. 20.

[275] Véase Lythe, *The economy of Scotland*, pp. 63-70. El consecuente intento escocés de establecer colonias en Nueva Escocia fracasó en esta época, porque «a partir de 1603 Escocia ya no tenía una política exterior independiente, no se había ganado todavía una franca buena voluntad por parte de Inglaterra, y en Nueva Escocia chocaba con Francia, la única nación que podía haber amparado sus ambiciones» (p. 75).

[276] En 1600 una octava parte del territorio irlandés estaba cubierta de bosques. Todos ellos habían desaparecido prácticamente en 1700. Se obtuvieron rápidas ganancias de la venta de madera para curtir el cuero, para la construcción naval, para hacer duelas y fundir hierro. También se cortó madera con fines domésticos (materiales de construcción, leña). Además de los motivos económicos, existió la consideración militar de eliminar pantanos y bosques en los que los resistentes irlandeses no podían ser perseguidos por los jinetes ingleses. Véase Eileen McCracken, «The woodlands of Ireland circa 1600», *Irish Historical Studies*, XI, 44, septiembre de 1959, pp. 273, 287, 289.

[277] «Se ha supuesto generalmente que el auge en Irlanda de una industria del hierro controlada por ingleses coincidió con una escasez de combustible en Inglaterra. Ahora parece probable que fuera el costo del combustible, y no su escasez, la dificultad que acechaba a la industria inglesa [...]

»Hacia finales del siglo XVI el combustible, junto con la mano de obra, era el componente más caro de los costos de la industria inglesa [...] Durante el mismo período, en Irlanda era mucho más barato.» *Ibid.*, página 295.

menzaría a crear colonias en América del Norte. Parry atribuye el cambio a la caída del prestigio español, y a la búsqueda de materias primas: comida barata, especialmente pescado[278], y suministros estratégicos (madera, cáñamo y brea), cuyas fuentes bálticas podían verse cortadas en tiempos de guerra. Por añadidura, las colonias serían un nuevo mercado para las manufacturas, y un lugar al que exportar los pobres[279]. Sin duda alguna todo esto es cierto pero exceptuando la consideración sobre el poderío militar de España, todo hubiera sido cierto en gran medida un siglo antes. La nueva carrera por las colonias en la que se embarcaron las tres potencias del noroeste de Europa, ¿no es un simple indicativo de su competitividad? ¿No era en gran medida una colonización preventiva, especialmente en la estela de la decadencia de España?

El impacto de estas convulsiones internacionales forzó una crisis política en Inglaterra. En mi opinión, Perez Zagorin ha captado con bastante precisión la naturaleza del conflicto:

> La génesis de la revolución inglesa no se encuentra en una lucha de clases —dado que las fracciones dirigentes de ambas partes en la guerra civil incluían gentes procedentes de la misma clase económica, cuyo desarrollo se había ido produciendo de manera constante durante el siglo precedente. Más bien se encuentra en un conflicto en el seno de esta clase entre los grupos gobernantes de Inglaterra[280].

Y esta guerra interna en el seno de la clase gobernante no simplemente se vio forzada por las exigencias de la arena económica internacional, sino que fue posible por una previa eliminación de dos grandes peligros a los que se enfrentaba el sistema político inglés, como afirma Stone: «el campo [había

[278] En el período 1550-1600 los ingleses habían comenzado a desplazar a los españoles de las pesquerías de Norteamérica, sobre todo a partir de 1580, cuando Dinamarca comenzó a implantar un sistema de licencias para la pesca en aguas de Islandia. Hacia finales de siglo, Inglaterra se había establecido en la península de Avalon. Sin embargo, hasta 1600-1650 Inglaterra no estuvo plenamente establecida en Terranova y Nueva Inglaterra, pudiendo apoderarse del mercado español. Véase Innis, *The Cod fisheries*, pp. 30-81.

[279] Véase Parry, *New Cambridge Modern History*, III, p. 527.

[280] Zagorin, *Journal of Economic History*, XIX, pp. 391-392. Este argumento es muy similar al propuesto originalmente por Tawney: «Se trataba fundamentalmente de una lucha entre economías de distinto tipo, que correspondían más estrechamente a peculiaridades regionales que divisiones sociales.» *Essays in economic history*, I, p. 186.

quedado] limpio de toda interferencia por parte de los pobres o de los españoles [...]»[281].

Existen dos cuestiones un tanto estúpidas en torno al desencadenamiento de la guerra civil. Una es la de si fue o no inevitable. Ante la afirmación de Tawney de que «la caída de la monarquía se vio acelerada por las medidas adoptadas por los Tudor para preservarla»[282], Trevor-Roper afirma que el problema fundamental fue una administración despilfarradora, que podía haber sido reformada por el Parlamento. «Ya que, por supuesto, la propia monarquía no constituía obstáculo alguno. Es absurdo decir que tal política era imposible sin una revolución»[283].

Veremos en breve las consecuencias que tuvieron para Francia las reformas administrativas que Trevor-Roper recomienda retrospectivamente al Parlamento Largo. Pero la «inevitabilidad» es una discusión sin sentido. Si un elemento hubiera sido diferente, por supuesto que los resultados hubieran sido diferentes. Pero si variamos uno, ¿por qué no dos o tres? La realidad es que la guerra civil ocurrió de hecho, y la labor del investigador es explicarla.

La otra cuestión estúpida es la de si las «verdaderas» cuestiones que dividían a Inglaterra eran o no las creencias sobre la libertad y la religión. Hexter insiste que fueron éstas, y parece sentirse un tanto sorprendido de ver que tantos de sus compañeros y antagonistas en la controversia estén de acuerdo (Hinton, Stone, Pocock, Hill, Trevor-Roper, hablando por sí mismo y por Tawney). Les da la bienvenida a su compañía de *whigs*[284].

---

[281] Stone, *Economic History Review*, XVII, p. 120. Seguramente, sólo en semejante ambiente de relativa seguridad se puede encontrar el curioso cuadro de las compañías privilegiadas [*chartered companies*] volviéndose en contra de su benefactor, el Estado. Véase la explicación de Robert Ashton: «Es difícil eludir la conclusión de que muchas de las compañías habían llegado a una etapa de su desarrollo en la que se inclinaban a dar por garantizado un amplio apoyo del gobierno, y a ser más conscientes de aquellas de sus metas que no habían alcanzado que de las sustanciales ganancias que efectivamente habían conseguido. Desde tal mentalidad, las aparentes violaciones de sus privilegios era muy probable que adquirieran a ojos de los concesionarios una importancia desproporcionada.» «Charles I and the City», en Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, p. 151. Si la estructura social hubiera estado realmente amenazada desde dentro o desde fuera, es difícil imaginar que las compañías privilegiadas se hubieran permitido tales lujos.

[282] Tawney, *Proceeding of the British Academy*, p. 212.

[283] Trevor-Roper, *The European witch-craze*, pp. 86-87.

[284] Hexter, *Encounter*, XI, p. 76.

J. G. A. Pocock, al menos, se pone un poco a cubierto, insistiendo en que es un «posmarxista» y no un *neowhig*[285]. Pero se trata de una discusión estúpida, ya que por supuesto los protagonistas de la guerra civil expresaron muchas de sus divisiones en términos ideológicos, que giraban en torno a la libertad política y las perspectivas religiosas. Y por supuesto lo hacían en serio. Y por supuesto el resultado de la guerra civil había de tener consecuencias para el sistema normativo rector de la vida política inglesa.

Diseccionar las coordenadas ideológicas de un conflicto político y social, no obstante, no es nunca significativo a menos que se pueda enraizar tal análisis en las relaciones sociales prevalecientes en ese momento, y por lo tanto comprender las exigencias ideológicas que implican estas relaciones. En *realidad* el debate gira en torno a la totalidad de éstas relaciones, en torno a si deberían mantenerse como están o cambiar en alguna dirección específica.

La guerra civil inglesa fue un conflicto complejo, como lo son todos los grandes conflictos sociales. *Uno* de los mayores enfrentamientos era el existente entre, por una parte, quienes subrayaban el papel de la monarquía, esperando aferrarse así a un sistema de privilegios y sumisiones que se desvanecía[286], cuyo miedo a una revolución social pesaba más que cualquier otra consideración, y estaban de alguna forma paralizados ante las forzadas opciones de la economía-mundo; y, por otra parte, aquellos que daban primacía a la prosecución de la comercialización de la agricultura, que daban la bienvenida a un cierto cambio de los esquemas sociales, que veían escasas virtudes en las extravagancias de la corte, y que se orientaban hacia la maximización de la ventaja de Inglaterra en la economía-mundo.

Volvamos a Francia, donde las cosas estaban igual, pero fundamentalmente no eran iguales. Davis Bitton dice de los años 1560-1640 que fueron «una fase crucial en la transición de la nobleza francesa de la Baja Edad Media a la nobleza francesa del Antiguo Régimen» [287]. También lo fueron en Inglaterra. Pero qué diferente fue la transición en Francia. En el gran debate entre Boris Porshnev y Roland Mousnier —al que llegaremos en un momento—, Porshnev argumenta en esencia que lo que ocurrió en Francia en esta era fue que «la venta de cargos no

[285] J. G. A. Pocock, «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 4, octubre de 1958, p. 70.

[286] Véase Stone, *Crisis of the aristocracy*, pp. 349-351.

[287] Bitton, *The French nobility in crisis*, Stanford (California), Stanford Univ. Press, 1969, p. 1.

trajo consigo el "aburguesamiento" del poder, sino una "feudalización" de la burguesía»[288]. A lo que responde Mousnier: «no existió nada semejante a un orden "feudal-absolutista". En la medida en que existía una tendencia hacia el absolutismo, estaba incorporada a una pugna contra el orden feudal. Lo que quedaba del orden feudal tendía a paralizar el absolutismo»[289]. Aunque pienso que este debate es parcialmente semántico, y que, por lo demás, Porshnev lleva en él la mejor parte, lo que sí que se puede decir es que Mousnier se aproxima más a la verdad si se aplican sus razonamientos para explicar el caso de Inglaterra y los de Porshnev para explicar el de Francia. Es decir, esquemáticamente y simplificando en exceso, se podría afirmar que en Inglaterra la aristocracia salió perdiendo a corto plazo y ganando a largo plazo al transformarse sus componentes en capitalistas burgueses, mientras que en Francia la aristocracia ganó a corto plazo y perdió a largo plazo al obligar a la burguesía a abandonar su función propia, y contribuyendo así al estancamiento económico. Esto ocurrió así, planteamos nosotros, esencialmente en función de sus diferentes relaciones con respecto a la economía-mundo.

Pero en primer lugar repasemos una vez más hasta qué punto ésta es una definición justa del sistema social francés. Por razones que ya hemos trazado a grandes rasgos, el Estado francés en 1600 era más fuerte que el inglés. Esto quería decir que la burocracia era «para la burguesía el medio fundamental para ascender en la jerarquía social»[290], en medida mucho mayor que en Inglaterra. A su vez esta venalidad conducía a un mayor interés de la burguesía en la monarquía francesa[291]. Esto lleva a Mousnier a argumentar que en aquella época había en Francia una situación de clase relativamente abierta[292]. Pero el propio Mousnier muestra lo difícil que era el ascenso. Señala

[288] Boris Porshnev, *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, París, SEVPEN, 1963, p. 577.

[289] Roland Mousnier, comp., *Lettres et mémoires addressés au Chancelier Séguier (1633-1649)*, I, París, Presses Universitaires de France, 1964, páginas 82-83.

[290] Roland Mousnier, *La vénalité des offices sous Henri IV et Louis XIII*, Ruán, Maugard, s. f. (*ca.* 1945), p. 58. Véanse también pp. 518-532.

[291] Véase G. Pagès, «La vénalité des offices dans l'ancienne France», *Revue Historique*, CLXIX, 3, 1932, pp. 493-494.

[292] «Si bien se mantenían las distancias dentro de la jerarquía de clases, a veces incluso la lucha de clases, no había una separación tajante entre las clases. El paso de una a otra se producía por menudas gradaciones, a través de múltiples y matizadas relaciones.» Mousnier, *Vénalité*, página 532.

que para que un *roturier* llegara al estatus de *maître des requêtes* eran necesarias generalmente cuatro generaciones[293]. Yo creo que de hecho Porshnev capta la situación de clase con mayor sutileza. No se trata tanto de que exista mucha movilidad entre las clases como de que existen estratos de personas para quienes el sentimiento de clase varía con arreglo a la situación concreta. El más significativo de estos estratos es la burocracia de origen burgués, la *noblesse de robe*:

> En el momento en que un trabajador, que ha mantenido sus vínculos con su pueblo, pierde su trabajo en la fábrica, se convierte de nuevo en campesino. De la misma forma, cuando se intentaba arrebatar a los *officiers* sus derechos y privilegios de propiedad, es decir, privarles de su estatus como nobleza privilegiada, automáticamente caían virtualmente de nuevo a su estatus original de burgueses [...] [Los] *officiers* afectados negativamente por [las decisiones de] Mazarino se sentían burgueses, y al principio de la Fronda su actitud era la misma que la de la totalidad de la clase burguesa[294].

Precisamente a causa de la relativa facilidad para adquirir el estatus aristocrático formal en Francia (lo que también se daba en Inglaterra bajo los Estuardo, pero menos) surgió en el siglo XVI esa «ambigüedad del estatus de nobleza» de la que se quejaba la aristocracia francesa, y que les llevó a una «preocupación intensa, obsesiva por los privilegios honoríficos»[295], y también a hacer un gran hincapié en las reglas estrictas de comportamiento y en la teoría de la *dérogeance*[296].

La descripción tradicional de la monarquía absoluta, como aliada de la burguesía en contra de la nobleza, siempre chocaba contra el hecho del que el llamado régimen clásico de la monarquía absoluta de Luis XIV era también el principal ejemplo de reafirmación de los privilegios señoriales. Marc Bloch resolvió este dilema argumentando que la reafirmación señorial fue el más fundamental de los dos fenómenos antitéticos, y que sin la monarquía absoluta esta tendencia hubiera tenido plena fuerza. En otras palabras, se puede decir que «la victoria de la monarquía absoluta limitó la extensión de la "reacción feudal"»[297].

---

[293] Véase Mousnier, *Lettres et mémoires*, I, pp. 168-169.
[294] Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 578.
[295] Bitton, *The French nobility in crisis*, p. 100.
[296] Véase *ibid.*, pp. 70-76.
[297] Bloch, *Caractères originaux*, I, p. 139.

A. D. Lublinskaya está de acuerdo con esto en lo esencial[298], trazando el siguiente cuadro de Francia en el «segundo» siglo XVI. A partir de 1559 el papel de los banqueros extranjeros declinó en Francia, tanto a causa de la decadencia de Italia y Alemania como por las guerras de religión. Estas guerras, no obstante, evitaron que la burguesía comercial francesa cubriera el hueco. Por tanto, para obtener fondos, el gobierno francés creó un sistema de arrendamiento de impuestos. Eventualmente los arrendatarios de impuestos se fusionaron con el aparato financiero del Estado. «El arrendamiento de impuestos era un negocio rentable. Sobre este hecho el gobierno fundó su sistema de préstamos forzados por parte de los principales arrendatarios de impuestos, convirtiendo a éstos en su fuente de crédito»[299]. De aquí las íntimas relaciones entre los «financieros» y el Estado, hasta tal punto que su propia supervivencia dependía de la fuerza del Estado en el supuesto de que «el gobierno fuerte que deseaban [...] siguiera fuertemente necesitado de sus créditos»[300]. Aunque tal vez no sea cierto que la monarquía no sometiera a impuestos a la nobleza[301], era su propia dependencia respecto a los *officiers* venales lo que hacía más difícil su establecimiento, ya que, como afirma Lublinskaya, la reforma impositiva hubiera supuesto necesariamente el desembolso de dinero o la recompra de los cargos, lo que era, con mucho, excesivamente caro[302]. Cualquier cosa que incrementara el endeudamiento del Estado reforzaba la posición de estos *officiers*. En particular, «la guerra era muy rentable para los financieros»[303].

---

[298] «La línea principal de la política de la monarquía absoluta seguía una dirección favorable a la burguesía, que necesitaba grandemente una fuerte autoridad central, capaz de defender sus intereses económicos más allá de las fronteras de Francia, así como dentro de ellas.» Lublinskaya, *French absolutism*, p. 330.

[299] *Ibid.*, p. 240.

[300] *Ibid.*, p. 271.

[301] «Sería totalmente inexacto imaginar que la nobleza se encontraba totalmente protegida de las presiones fiscales impuestas al país por los gobiernos de Luis XIII y la regencia.» Pierre Deyon, «A propos des rapports entre la noblesse et la monarchie absolue pendant la première moitié du XVII[e] siècle», *Revue Historique*, CCXXXI, abril-junio de 1964, página 342.

[302] Véase Lublinskaya, *French absolutism*, p. 226. Corrado Vivanti añade que semejante decisión habría sido peligrosa para el Estado, política y financieramente, ya que «habría unido a todo el tercer estado en una coalición contra la monarquía absoluta». «Le rivolte popolari in Francia prima della Fronde e la crisi del secolo XVII», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 4, diciembre de 1964, p. 966.

[303] Lublinskaya, *French absolutism*, p. 271.

Puede advertirse que alguno de estos razonamientos tienen un carácter muy *ad hoc* con una rápida referencia a Inglaterra, donde el «feudalismo fiscal» o el arrendamiento de rentas por asociaciones de negociantes se convirtieron en prácticas comunes bajo Isabel y los primeros Estuardo [304], sin guerras de religión que lo expliquen y sin ningún crecimiento a gran escala de una burocracia venal a consecuencia de ello. Más aún, en la medida en la que se vieron restringidas las ganancias por impuestos, fue a consecuencia de reformas administrativas cuya motivación inmediata fueron las exigencias de las finanzas de guerra y la necesidad de reducir significativamente el recorte introducido por los intermediados fiscales entre el Estado y los contribuyentes [305].

No obstante, esto no importa. Contra esta línea de razonamiento ha habido un ataque más fundamental, efectuado por Boris Porshnev. Porshnev desata un ataque a gran escala contra el argumento de que «la venalidad era una forma de la supremacía política de los burgueses» [306], teoría que atribuye a Pagès y después a Mousnier. Porshnev viene a plantear que la Francia del siglo XVII era «en sus características principales todavía una sociedad feudal, caracterizada por el predominio de las relaciones feudales de producción y de las formas feudales de economía» [307].

Porshnev argumenta que existían formas capitalistas, pero que la burguesía «sólo participaba en el poder político del Estado feudal en la medida en que no actuaba como una clase de la sociedad capitalista» [308]. La burguesía perseguía los títulos por razones de vanidad y codicia, y adoptó también un estilo de vida aristocrático. Por añadidura, se vio inducida a abandonar las actividades económicas verdaderamente burguesas a causa de las ventajas fiscales de utilizar su dinero como capital de crédito en lugar de capital industrial o agrícola [309].

Así, cuando ocurrieron los alzamientos campesinos del periodo 1623-1684 (a lo que llegaremos en un momento) la burguesía vacilaba. Por una parte, también ellos estaban descontentos por los elevados impuestos. Por otra parte, se identificaban con los

---

[304] Véase J. Hurstfield, «The profits of fiscal feudalism, 1541-1602», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 1, 1955, pp. 53-61; Robert Ashton «Revenue farming under the early Stuarts», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 3, 1956, pp. 310-322.

[305] Véase Hurstfield, *Economic History Review*, VIII, p. 60.

[306] Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 39.

[307] *Ibid.*, p. 43.

[308] *Ibid.*, p. 545.

[309] Véase *ibid.*, pp. 545-561.

intereses de la aristocracia y temían a los plebeyos. Algunos se revelaron, algunos huyeron del país, y otros llegaron a pactar con el Estado, comprando cargos y metiendo su dinero en operaciones de crédito [310].

Si nos preguntamos por qué Inglaterra y Holanda produjeron una nobleza «*embourgeoisée*» y Francia no, la respuesta es que «en Francia el feudalismo gozaba de una perfección y una vitalidad clásica que impedían todo *embourgeoisement* de la nobleza» [311]. No se trata de que Francia estuviera más atrasada, sino de que «las particularidades cualitativas de la economía francesa hacían imposible un agrupamiento de clases capaz de permitir una semirrevolución burguesa con arreglo al modelo inglés» [312]. La lucidez de los argumentos de Porshnev empieza a vacilar en esta comparación crucial, en la que tiene que apoyarse en inexplicadas perfecciones, particularidades no definidas, y la vaguedad conceptual del término «semirrevolución».

Es precisamente en este punto donde Corrado Vivanti ofrece su ayuda a Porshnev. Coincidiendo totalmente con el rechazo de Porshnev de los argumentos de Mousnier en el sentido de que la Fronda fue un elemento aislado en la historia francesa, sugiere que Porshnev no sigue la lógica de su propio argumento hasta el final, y que en cambio se queda empantanado denunciando a la burguesía por traicionar a la revolución. No podía hacer otra cosa, ya que «no formaba aún un grupo social suficientemente fuerte y autónomo» [313], Vivanti plantea esta hipótesis en la forma de una pregunta:

> ¿En qué medida se puede decir que la «reacción» o «restauración feudal» y la propia «traición de la burguesía» en el siglo XVII sentaron —por un camino diferente al que podríamos encontrar en otros lugares, en condiciones de crisis análogas— la base para aquella acumulación de capital que la economía [francesa] del siglo XVI no había conseguido crear? [314].

Es decir, dados «esos obstáculos objetivos que finalmente imposibilitaron al tercer estado emprender una acción autónoma en las arenas sociales y políticas» [315], ¿no fue este camino la segunda mejor alternativa? Si bien no permitió a Francia el grado de desarrollo al que llegaría Inglaterra, no obstante evitó que Francia descendiera a un papel de país semiperiférico,

[310] Véase *ibid.*, pp. 282-285, 446.
[311] *Ibid.*, p. 580.
[312] *Ibid.*, pp. 580-581.
[313] Corrado Vivanti, *Rivista Storica italiana*, LXXVI, p. 966.
[314] *Ibid.*, p. 965.
[315] *Ibid.*, p. 965.

como España e Italia. Incluso el sur de Francia, que se lanzó por el camino de la aparcería, no tuvo una regresión económica comparable a la de las áreas vecinas en el Mediterráneo. Le Roy Ladurie insiste que se puede afirmar del sur de Francia (y de Cataluña), al contrario que del norte de Italia y de Castilla, que el estado de la economía «es calmado y contenido, se modifica y se va haciendo pesado, pero aun no entra en involución [...] el drama de Languedoc no es la caída, sino la inelasticidad, la rigidez de la producción agrícola; no la regresión [*decroissance*], sino la ausencia de un crecimiento marcado»[316]. Esto le ocurriría a la postre al sur de Francia, pero cincuenta años después que a otras áreas.

Lucien Goldmann hace una crítica paralela de la teoría de la alianza entre la monarquía absoluta y la burguesía. Argumenta que, por el contrario, la alianza básica era la existente entre la monarquía y la nobleza, aunque no obstante la monarquía se cubría los flancos creando una nueva burguesía. Entonces, sin embargo, plantea Goldmann, precisamente para mantener a esta burguesía como burguesía y no como una seudoaristocracia, la monarquía introdujo la reforma de la *paulette* a principios del siglo XVII[317]. La *paulette*, instituyendo de hecho un impuesto sobre los cargos, mantuvo a la burocracia venal, haciendo así que la burguesía fuera burguesa[318].

---

[316] Le Roy Ladurie, *Paysans*, pp. 636-637.

[317] La *paulette* recibía su nombre del financiero Paulet, que la ideó Antes del decreto de 1604 que estableció la *paulette*, los cargos podían ser vendidos por una persona a otra, pero no transmitidos a los herederos, pues, si el funcionario moría antes de cuarenta días tras su renuncia, la transacción quedaba invalidada. El decreto de 1604 hacía posible transmitir el cargo a los propios herederos, si el funcionario pagaba al comienzo de cada año un impuesto (la *paulette)* equivalente a la sexagésima parte del valor del cargo. Véase Swart, *The sale of offices*, pp. 9-10.

[318] «El gobierno de la monarquía limitada dependía de los *officiers* y de los *Cours Souverains*, y por consiguiente presuponía un estrecho entendimiento entre el rey y el tercer estado. El gobierno de la monarquía absoluta dependía de los *Conseils* y de los *intendants*, y por consiguiente presuponía un equilibrio de poder entre las diferentes clases, entre la nobleza por un lado y los *officiers* y el tercer estado por otro. El desarrollo de la monarquía absoluta implicaba así [...] una política de alianza entre la Corona y los nobles. Esto traía consigo el riesgo de que la aristocracia se abriera paso en el aparato de gobierno, en la misma forma en que lo había hecho la burguesía cuando el rey estaba aliado con el tercer estado. Por consiguiente, la monarquía ante todo debía buscar que este aparato permaneciera por encima de todas las clases sociales, y, en segundo lugar, asegurar que los *offices* se mantuvieran como territorio exclusivo de la clase media.» Lucien Goldmann, *The hidden god,* Nueva York, Humanities Press, 1964, pp. 127-128. Por tanto, surge la *paulette*.

y en consecuencia, dependiente también de la monarquía [319].

La explicación de Goldmann se centra en la distinción entre dos variedades de funcionarios del Estado: una más antigua compuesta por los *notables* y la *noblesse de robe*, los *officiers* y miembros de los *Cours Souverains* y *Parlements*, y otra más reciente, formada por los *commissaires* y *conseillers d'Etat*, y por quienes servían como *intendants* y *maîtres des requêtes*. Goldmann ve a estos últimos desplazando a los primeros «en la primera mitad del siglo XVII, y especialmente de 1620 a 1650» [320]. Goldmann analiza el impulso que hay detrás de este nuevo sistema como un esfuerzo de la monarquía, «tras el acceso al poder de Enrique IV en 1598, por recuperar el terreno perdido» [321] durante las guerras de religión.

Dado que los *officiers* habían sido de gran ayuda a la monarquía durante las guerras de religión, y por tanto esperaban que su poder y su importancia crecieran en vez de disminuir, se vieron trastornados tanto por la *paulette* [322] como por la aparición de los *commissaires*. La tensión entre *officiers* y *commissaires* fue creciendo, llegando a un punto culminante alrededor de 1637-1638. Goldmann relaciona esto con el ascenso entre los *officiers* del jansenismo, una ideología que «insistía en la vanidad esencial del mundo y en el hecho de que la salvación sólo podía ser hallada en la soledad y el retiro» [323].

Mientras que el cuadro de la monarquía hecho por Goldmann es cercano al de Porshnev, su retrato de la burguesía se acerca más al de Mousnier, que manifiesta «un sentimiento de extrema repugnancia ante la idea de considerar el siglo XVII como una época "feudal", dado que fue más bien una época en la que el "capitalismo comercial" había penetrado profundamente en el país» [324], en la totalidad del país y no sólo en las ciudades. Los monopolios no supusieron una ruptura en el ascenso del capitalismo, sino «una condición para su desarrollo en esta etapa» [325]. Pero Mousnier se siente escandalizado sobre todo por

[319] Véase *ibid.*, p. 120.
[320] *Ibid.*, p. 141.
[321] *Ibid.*, p. 106.
[322] Es decir, trastornados en un primer momento. Una vez que perdieron sus primitivas esperanzas de poder e influencia, apreciaron el aspecto beneficioso de la *paulette*. Véase Goldmann, *The hidden god*, p. 129.
[323] *Ibid.*, p. 120.
[324] Roland Mousnier, «Recherches sur les soulèvements populaires en France avant la Fronde», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, v, 1958, p. 107.
[325] *Ibid.*, p. 108.

la asimilación de los *officiers* a la nobleza. Reacciona con la dignidad ofendida de un verdadero aristócrata.

Un *officier* de cierta importancia es judicialmente un noble. Un noble, pero no un caballero ni un señor (*un feodal*). Porshnev jamás hace esta distinción. ¿Llamaríamos acaso a la nobleza veneciana, a los grandes comerciantes, un cuerpo feudal? En Francia, el público insistía en las distinciones. Un *officier* ennoblecido por su cargo, seguía siendo un burgués. La gente deploraba el hecho de que la verdadera nobleza, la de los caballeros, careciera de empleo en el Estado, y de que los cargos públicos fueran prerrogativa de aquellos a los que se llamaba irónicamente «caballeros de pluma y tintero». Burgués, eso es lo que uno seguía siendo, fuera *officier* o *commissaire*, incluso amparado por la *fleur de lys* y revestido de la púrpura de su cargo, equipado con un título de caballero, de barón, de presidente del Parlamento o miembro del Consejo Real [326].

Mousnier concluye negando que él o Pagès hayan sugerido nunca que la burguesía controlara a la monarquía. «Era la monarquía la que subyugaba a todas las clases en la reconstrucción del Estado. Pero en esta labor se vio ayudada por la burguesía» [327].

Es importante notar que en este debate se han mezclado una serie de cuestiones. Una es la naturaleza del sistema. Otra es la naturaleza de las relaciones entre las clases. Una tercera es el papel de la monarquía. Hemos explicado ya en un capítulo previo por qué creemos que el término «feudalismo» en relación con la producción agrícola en esta época (cultivos para el mercado, incluso aunque estuvieran basados en mano de obra obligada o semiobligada) resulta confuso y no facilita el análisis. Insistir en que Francia estaba envuelta en esta época sustancialmente en una economía-mundo capitalista no supone necesariamente afirmar, no obstante, que la burguesía ejerciera un poder político sustancial. Es obvio que carecía de él. En el este de Europa, los aristócratas eran granjeros capitalistas, y la burguesía comercial indígena estaba en vías de extinción. Ni tampoco nos dice nada necesariamente sobre el papel particular de

[326] *Ibid.*, p. 110. Corrado Vivanti responde a Mousnier: «Además, cuando Mousnier, tratando de mostrar las consecuencias extremas y los abusos de tal terminología, pregunta "¿llamaríamos cuerpo feudal a la nobleza veneciana, aquellos grandes comerciantes?", por analogía se nos vienen a la cabeza los famosos versos: "tú que eres rey de Cerdeña y en Pisa un burgués" ["voi che re siete in Sardegna / ed in Pisa cittadini"], y nos vemos llevados a replicar de inmediato que, en efecto, también el patriciado veneciano se dedicó a hacerse con dominios feudales en el imperio de Oriente (es decir, en el imperio primero bizantino y luego otomano), y en Terraferma.» *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, p. 969

[327] Mousnier, *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, v, p. 110

la monarquía en Francia en contraposición con otros Estados de esta economía-mundo. J. H. M. Salmon observa que «al igual que el debate acerca de la *gentry* y la aristocracia en Inglaterra, la controversia [sobre la Francia de principios del siglo XVII] se centra en torno al carácter de la sociedad y del gobierno en el comienzo de la era moderna» [328]. ¡Exactamente!

Mousnier probablemente tenga más razón que Porshnev al considerar a la monarquía como una institución que, lejos de dominar claramente la situación, luchaba por afirmar su preeminencia política, incluso en Francia, pero Porshnev tiene más razón que Mousnier al ver que uno de los desarrollos que más claramente distingue a Francia de Inglaterra es el comparativo éxito político en Francia de la antigua aristocracia, cuyos intereses a corto plazo no conducían a largo plazo a que Francia pudiera beneficiarse al máximo de la división del trabajo en la economía-mundo.

Volvámonos ahora a la «crisis» final del siglo XVI «largo», y veamos exactamente qué impacto tuvo en la arena política francesa. Podemos partir del hecho de que la caída de precios en Francia durante el período 1600-1610 fue favorable económicamente a Francia y su burguesía [329]. E incluso Porshnev admite que sería excesivo sostener que los capitalistas industriales no tenían peso alguno en Francia. Acepta que «la evolución del capitalismo continuó su curso, pero a un paso más lento» [330].

El problema residía en gran parte en el comercio exterior, cuya importancia para las economías nacionales discutimos previamente al analizar la reacción de Inglaterra ante la crisis comercial. Aunque Francia había recuperado en cierta medida entre 1600 y 1610 las pérdidas ocasionadas por las guerras de religión, se produjo otra gran caída a partir de 1610, en esta

---

[328] J. H. M. Salmon, «Venality of office and popular sedition in seventeenth century France», *Past and Present*, 37, julio de 1967, p. 43. Minna Prestwick utiliza casi las mismas palabras en su reseña de la obra de Porshnev y de un libro de Robert Mandrou: «Así, lo que comenzó como una polémica sobre la naturaleza de los alzamientos en la Francia del siglo XVII se ha convertido en un debate sobre la naturaleza de la sociedad y el carácter del gobierno.» *English Historical Review*, CCCXX, julio de 1966, p. 572.

[329] «Los precios bajos no afectaron adversamente a la industria. En Francia, por ejemplo, la primera década del siglo XVII fue un período de rápida expansión en la industria, la producción artesanal y la agricultura, un período en el que se redujo la deuda del Estado, se equilibró el presupuesto estatal, etc. Las ganancias de comerciantes e industriales crecieron, y en estos años consiguieron enriquecerse notablemente.» Lublinskaya, *French absolutism*, p. 13.

[330] Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 560.

ocasión en gran medida consecuencia de la competencia holandesa y en alguna medida de la inglesa. Y lo que hizo que los holandeses e incluso los ingleses fueran capaces de aventajar en precios a los franceses durante este período fue que, en un momento de contracción del mercado mundial, la ventaja acumulada de capital y tecnología industriales de los cincuenta-sesenta años anteriores resultaba crucial:

Francia se quedó rezagada detrás de sus competidores respecto a todos los índices importantes. La división del trabajo en las industrias francesas estaba a un nivel inferior; la escasez de trabajadores especializados no permitía a los empresarios establecer una jerarquía adecuada de niveles de salarios. Los subsidios estatales, absolutamente necesarios en aquella época, eran casuales y esporádicos, y de poca importancia, mientras que la acumulación de dinero no se daba en una escala suficiente; Francia se vió excluida del saqueo directo de las colonias que alimentó la acumulación primitiva en Holanda y España, así como la industria en Inglaterra.

Las consecuencias de esto fueron que los productos industriales franceses eran comparativamente caros. Como resultado, la burguesía comercial e industrial francesa era incapaz de competir con éxito con los holandeses e ingleses en su propio mercado doméstico, y en cierta medida también en los mercados extranjeros. Se vio obligada a utilizar su capital de otras maneras [...] La construcción de barcos y la navegación francesa, y por tanto también el comercio transoceánico francés, iban a la zaga de los ingleses y holandeses, técnica y económicamente [...]

Por todas estas razones, la burguesía francesa estaba muy interesada en una mayor protección, y el gobierno de Francia hizo lo posible por cubrir sus necesidades en ese aspecto[331].

---

[331] Lublinskaya, *French absolutism*, pp. 144-145. Zeller señala que todo el sistema de las *manufactures royales* que florece en la Francia del siglo XVI se basaba en el deseo de evitar que salieran del país metales preciosos. Así, el rey fomentaba el establecimiento de industrias productoras de bienes *de lujo*, para evitar su importación. *Essays in French economic history*, pp. 130-131.

Esto tuvo graves consecuencias durante las contracciones de comienzos del siglo XVII. «La deflación fue particularmente difícil para la economía francesa. Los productos que Francia exportaba no dejaban grandes márgenes de beneficio. Sus exportaciones se basaban fundamentalmente en las diferencias entre los precios franceses y españoles. Cuando la entrada de metales preciosos se hizo más lenta, esa diferencia se redujo.

»Desde otro punto de vista, el período deflacionario se caracterizó por un notable intento de racionalización económica en los países que habían emprendido resueltamente el camino de la producción capitalista: las Provincias Unidas e Inglaterra. La producción capitalista significaba un intento de sacar ventaja de la acumulación de dinero para maximizar las ganancias en un mercado con los adecuados medios monetarios.

»Por comparación, es fácil comprender por qué los esfuerzos industriales franceses, de Enrique IV a Luis XIV, fueron tan sólo una serie de intentos, con mayor o menor éxito, de desarrollar industrias de lujo

Esto colocó entonces a Francia en un estrato intermedio dentro de la economía-mundo. Mientras que los franceses estaban capacitados para explotar en cierta medida a España y a Alemania, los ingleses y los holandeses podían explotar el mercado francés al igual que el español[332].

La relativa fuerza del aparato de Estado francés comparado con el de Inglaterra y las Provincias Unidas no le favoreció necesariamente en este problema. Si los monarcas franceses de la época hubieran estado comprometidos sin reservas en el desarrollo de la industria y los intereses de la burguesía, sin duda Francia debería haber superado la ventaja, después de todo no tan marcada, que le llevaban las otras dos naciones. Pero los monarcas franceses eran ambivalentes. Su intromisión no siempre conducía a la maximización de los intereses comerciales nacionales en la economía-mundo. De hecho, Nef atribuye una de las razones de los éxitos de Inglaterra no a diferentes designios reales, sino al hecho de que los franceses fueron más eficientes en su interferencia con las empresas burguesas[333]. De forma semejante, argumenta Nef, el comparativo aislamiento de Inglaterra respecto a las guerras europeas en este período, significó un hincapié en los «hábitos de obediencia a la autoridad real»[334] menor que en Francia. La capacidad del monarca francés para establecer impuestos, combinada con la de la nobleza para verse exenta de ellos, supuso una carga más pesada no sólo para el populacho sino también para la burguesía.

---

con el fin de reducir las importaciones. Pese a todo, el país en su conjunto permanecía en ese estado de miseria monetaria observado por Desmarets, pero que Colbert había reconocido ya en 1670, cuando admitió ante el Rey "la dificultad general" que encontraban los arrendadores y recaudadores generales de impuestos para "sacar dinero de las provincias", y al concluir que "en el comercio público" había incluso menos.» Jean Meuvret, «Monetary circulation and the economic utilization of money in 16th and 17th-century France», en Rondo Cameron, comp., *Essays in French economic history*, Homewood (Illinois), Irwin Inc., 1970, páginas 148-149.

[332] Véase Lublinskaya, *French absolutism*, p. 328.

[333] «Pero la gran diferencia entre [Francia e Inglaterra] no residía en la naturaleza de las leyes [industriales], sino en su cumplimiento. En Francia los funcionarios ponían tanto vigor para asegurar el cumplimiento de las leyes que los artesanos intentaban en ocasiones asesinarlos a causa de su celo. En Inglaterra los funcionarios se mostraban tan laxos que los trabajadores se ponían a veces en huelga en un esfuerzo por recordarles sus deberes [...] La mayor parte de las regulaciones eran de tal tipo que interferían con el progreso de la empresa industrial capitalista.» Nef, *Industry and government*, p. 56.

[334] *Ibid.*, p. 98.

Finalmente, no debemos pasar por alto la relación entre la posición alcanzada en la economía-mundo, por ejemplo, hacia 1610 y la posición futura. Las dificultades de los franceses para competir con los holandeses y los ingleses en sus mercados domésticos les llevaron a concentrarse en la producción de aquellas mercancías en las que tenían cierta ventaja histórica y un mercado doméstico relativamente mayor que otros países europeos: productos de lujo, en especial sedas[335]. Pero los bienes más baratos para mercados más amplios hubieran provisto a largo plazo una base industrial más segura.

La guerra de los Treinta Años impuso grandes presiones a los franceses. Al crecer los gastos militares y expandirse los ejércitos, creció también el volumen de la burocracia del Estado, y, como causa y consecuencia, también aumentó el grado de imposición, tanto directa por parte del Estado como *de facto* por añadidura a través de la depredación de las tropas en las zonas campesinas[336]. El impacto de la guerra sobre el precio del grano báltico, y por tanto sobre los precios de la comida en general, ha sido mencionado ya anteriormente. Todo esto se vio considerablemente agravado por las grandes epidemias que brotaron entre 1628 y 1633, y especialmente en 1630-31. Ya fueran las malas cosechas las que llevaron a la extensión de la enfer-

[335] Véase Sella, *Fontana Economic History of Europe*, II, p. 26.

[336] En ello coinciden Porshnev y Mousnier. Véase Porshnev, *Les soulèvements populaires*, pp. 458-463; Roland Mousnier, *Peasant uprising in seventeenth-century France, Russia, and China*, Nueva York, Harper, 1970, páginas 306-311.

«La guerra, al coincidir como lo hizo con los largos años de depresión económica, impuso a los recursos financieros y al aparato administrativo de estos Estados [del oeste y el sur de Europa] unas exigencias que obligaron a sus gobiernos simultáneamente a extender su competencia administrativa y a aumentar los impuestos. Pero aunque estas dos políticas eran lógicamente complementarias, resultaron ser incompatibles en la práctica. El aparato burocrático necesario para la extensión del poder real, o bien no existía en absoluto, o, si existía, resultaba ineficaz y mal controlado. Cuanto más aumentó la presión financiera, más se vieron obligados los gobiernos centrales a recurrir a la cooperación voluntaria de las clases y corporaciones privilegiadas [...]

»En teoría la monarquía francesa era una monarquía absoluta. Su autoridad legislativa y ejecutiva, y sus poderes casi ilimitados para establecer impuestos, eran aceptados en general en todo el país. En la práctica, sin embargo, la monarquía se veía limitada por las inmunidades, virtualmente intocables, de las clases, las corporaciones y los individuos, y por la falta de un control central efectivo sobre los grandes y heterogéneos cuerpos de funcionarios reales. Como en todas partes, la producción de guerra exigía mayor centralización, y a la vez hacia más difícil el ponerla en práctica.» H. G. Koenigsberger, *The Hapsburgs and Europe*, pp. 279-280.

medad, o ésta la que provocó la escasez de grano, ambas cosas se dieron simultáneamente y golpearon duramente a Francia [337].

Dado este análisis es fácil comprender por qué fueron tan generales los alzamientos campesinos en esta época. No sólo iban en aumento las exacciones del Estado sobre el campesinado, sino que la nobleza encontraba dificultades para obtener sus rentas y prestaciones de los campesinos a causa de su hundimiento económico [338]. Sin duda esto significó en muchos casos que tanto los nobles como los campesinos de un área se encontraran enfrentados simultáneamente con la monarquía, y en alguna medida «el sentido de lealtad y de obligación mutua [entre el señor y el campesino] persistiera» [339] en la Francia de principios del siglo XVII; pero sería un error llevar esta idea demasiado lejos, como algunos parecen inclinados a hacer. Porque no sólo los investigadores actuales, sino también los campesinos de entonces podían percibir que, después de las guerras de religión, el señor, como dice Salmon, «ya perteneciera a la antigua *noblesse* o a la nueva era menos un compañero de miserias del campesino que una causa parcial de ellas» [340]. Después de todo es precisamente la actuación política de la nobleza lo que explica el lento progreso del desarrollo económico [341]. Al mismo tiempo, la industrialización parcial de Francia permitió que tal descontento se extendiera de las áreas rurales a las urbanas, ligadas ambas entre sí por el creciente número de personas, especie de lumpenproletariado sin empleo fijo, que iba de allá para acá, y cuyo margen de existencia era excesiva-

---

[337] Véase Jean Meuvret, *Population in history*, esp. pp. 511-512. «En Francia el peso de los impuestos subió de 43 a 80 millones de libras entre 1623 y 1640. El precio del trigo, sin embargo, cayó espectacularmente a partir del período 1638-1640. Esta coincidencia de una subida fiscal y una regresión económica explica las grandes revueltas que acompañan el final del ministerio de Richelieu.» Ardant, *Impôt*, II, p. 754.

[338] Véase Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 119.

[339] Elizabeth S. Teall, «The seigneur of Renaissance France», *Journal of Modern History*, XXXVII, 2, junio de 1965, p. 150.

[340] Salmon, *Past and Present*, 37, p. 43.

[341] «Francia seguía siendo una tierra de campesinos pobres bajo una clase de señores rentistas; seguía siendo un país pobre y pobremente desarrollado que dependía de métodos económicos tradicionales. Las tendencias que habían comenzado en el período de paz que precede el estallido de las guerras de religión no llegaron a madurar, mientras que en Inglaterra emprendieron un desarrollo ininterrumpido.» Friedrich Lütge, «Economic change: agriculture», *New Cambridge Modern History*, II, G. B. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, p. 47.

mente estrecho como para soportar una excesiva agravación de la crisis[342].

Robert Mandrou contribuye a este debate pidiéndonos que consideremos los alzamientos populares de 1623-1648 en el contexto del transcurso de la historia de Francia, que fue testigo de tales alzamientos tanto anteriormente como después. Nos recuerda que los diversos impuestos «deben ser considerados como signos de una situación económica grandemente deteriorada, y no simplemente como la causa única o más inmediata de las revueltas»[343]. Mandrou nos anima entonces a emprender un camino mucho más fructífero. Nos pide que atendamos

> a las localizaciones, a la cartografía: el oeste, Normandía, Guyena, el centro (Marche, Berry, Borbonesado), esta es el área más frecuentemente afectada, la más estimulada por esta reacción en cadena de disturbios. ¿Podemos ver en ello una consecuencia de la mayor participación de las provincias que tienen que enfrentarse a una ruptura en el crecimiento del «siglo XVI largo», siendo el reflujo de los años 1620-1680 precursor de una depresión más evidente aquí que en las áreas más continentales, más carentes de desarrollo [*fruste*]? ¿Pero acaso estas zonas de agitación rural y urbana del siglo XVII no fueron también las provincias en las que las guerras de religión fueron más ardientes durante el siglo precedente?[344].

Esta es realmente una pista magnífica, que encaja perfectamente en nuestra hipótesis general, y en la que además coinciden tanto Mousnier como Porshnev. Mousnier dice:

> El estudio de cada alzamiento es inseparable de la investigación de las economías locales y de las estructuras sociales. ¿Por qué se dieron principalmente en el oeste, centro y sudoeste los alzamientos rurales? ¿No sería posible clasificar a las ciudades con arreglo al grado de desarrollo del capitalismo en ellas, y examinar si existe alguna correlación con alguna de las constantes de las revueltas?[345]

Porshnev señala que los alzamientos de 1623-1648 vinieron precedidos por otras tres series a lo largo del siglo XVI. Las dos primeras fueron la de 1520-1550, ligada a la Reforma, y la

---

[342] Véase Porshnev, *Les soulèvements populaires*, pp. 268-275. Porshnev toma el término «plebeyos» de *La guerra de los campesinos en Alemania*, de Engels, para describir a estas gentes de las ciudades. Dice: «Los plebeyos no constituían un preproletariado, sino una masa heterogénea, que tenía raíces en diferentes grupos de la sociedad feudal, y que, poco a poco, se estaba fusionando en una verdadera unidad» (p. 269).

[343] Robert Mandrou, «Les soulèvements populaires et la société française du XVII[e] siècle», *Annales ESC*, XIV, 4, octubre-diciembre de 1959, p. 760.

[344] *Ibid.*, p. 761.

[345] Mousnier, *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, V, p. 112.

de 1570-1590, durante la cual los movimientos populares «cifraban sus esperanzas en la Liga Católica, de la que se declaraban partidarios». Después de 1590-1600 hubo una última oleada que adoptó ya un revestimiento no religioso[346]. De hecho Porshnev argumenta además que el disgusto popular contra las guerras de religión llevó a la desacralización de la autoridad, lo que a su vez explica la gran necesidad de reafirmar la autoridad del Estado sentida a principios del siglo XVII[347].

Este argumento de Porshnev plantea una vez más algunas preguntas acerca del significado de los movimientos y agrupamientos religiosos de los comienzos de la Europa moderna, sus relaciones con la reafirmación de las identidades nacionales e, inversamente, con las fuerzas centrífugas religiosas. Hemos hablado anteriormente del tratamiento que Koenigsberger hace de los hugonotes como movimiento nacional revolucionario francés[348]. Cabe, desde luego, dentro del terreno de la especulación razonable, el que los hugonotes pudieran haberse consolidado en el sur y en el oeste de Francia, de forma paralela a la consolidación de los calvinistas en el norte de los Países Bajos, lo que podría haber conducido, como allí, a una división territorial. Este fue sin duda un temor presente en aquella época[349]. En el marco de tal perspectiva, no resulta sorprendente que en un momento dado los hugonotes solicitaran auxilio de la católica España. La liquidación de los hugonotes fue entonces parte integrante del impulso por mantener la integridad de Francia como Estado[350], y Mousnier señala el papel que jugó la venta

[346] «Hacia finales del siglo XVI, convencidas de la inutilidad de las banderas de la Reforma y el catolicismo para defender sus intereses, las masas populares abandonaron cualquier cobertura religiosa para su lucha de clase, tras haber sufrido todo tipo de desilusiones políticas y confesionales. En parte por esta razón, a finales del siglo XVI, cuando las masas populares francesas hablan simple y francamente en términos de un lenguaje de clase, las clases feudales francesas se apresuran a "poner fin a las guerras fratricidas de religión", y, olvidando sus disputas, se alían a la monarquía de Enrique IV.» Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 47. Véanse también pp. 280-281.

[347] Véase *ibid.*, pp. 572-573.

[348] Véase Koenigsberger, *Journal of Modern History*, XXVII, pp. 338-340.

[349] Véase Lublinskaya, *French absolutism*, p. 166.

[350] Georges Duby y Robert Mandrou hablan de «los católicos que defienden la unidad política del reino». *Histoire de la civilisation française*, I, *Le Moyen Age et le XVI[e] siècle*, París, Armand Colin, 1958, p. 341. Véase Victor-L. Tapié: «La Francia de la regencia y de los primeros años de Luis XIII [...] era una presa [...] Varias provincias francesas eran objeto de disputas territoriales [...]

»*En esa época*, ningún Estado era suficientemente fuerte o rico para crear en torno suyo una protección [*concours*] de paz y progreso econó-

de cargos, a partir de 1620, en la compra de los cuadros calvinistas[351].

Que el regionalismo era más fundamental que el cisma religioso se aprecia claramente en la forma en que el sur de Francia, la antigua Occitania, dejó de ser una plaza fuerte de los hugonotes. Henri Espieux habla de que la Reforma encuentra sus plazas fuertes «tanto en Occitania como en las márgenes de la antigua Galia romana del siglo VI, mientras que el catolicismo es esencialmente del norte [...]»[352]. Pero, señala, cuando Enrique de Navarra accede al trono «en detrimento de la causa occitana», entonces, «por medio de un singular giro, Occitania se mostró simpatizante de la Liga [*ligeuse*], única forma que le quedaba de preservar su diferencia»[353]. Finalmente, Espieux argumenta que los occitanos abrazaron el jansenismo con el mismo «espíritu no conformista», causa que «contribuía al mantenimiento de su actitud rebelde [*humeur frondeuse*]»[354]. Espieux considera esta rebeldía como el método de Occitania para resistirse a su integración a Francia, que le vino impuesta en el siglo XVI, lograda y reforzada por las cargas fiscales que se le hizo soportar, y hecha aún más intolerable por la declinación económica de Marsella y Burdeos en el «segundo» siglo XVI, no sólo en relación con París, sino incluso en relación con Barcelona y Génova: una vez más estratos dentro de estratos[355].

La descripción de Porshnev del alzamiento en Normandía en 1639 registra temas similares. Tal y como ha podido reconstruir la historia, los campesinos en Normandía soportaban en los siglos XIV y XV una carga señorial mayor que cualquier otro lugar de Francia. A causa de este hecho, así como de las destrucciones de la guerra de los Cien Años, los campesinos huyeron, creando así una aguda escasez de mano de obra, lo que llevó a la declinación relativamente rápida de los arrendamientos a perpetuidad, en beneficio de los arrendamientos a plazo, más favorables al campesinado. La revolución de los precios y el

mico, pero un Estado resuelto podía salvaguardar sus condiciones de independencia territorial y permitir a sus recursos naturales la posibilidad de dar sus propios frutos. A Richelieu le corresponde el mérito de haber visto esto, y a Luis XIII el de haber comprendido que su ministro le servía bien.» *La France de Louis XIII et de Richelieu*, París, Flammarion, 1952, pp. 524-526.

[351] Véase Mousnier, *Vénalité*, pp. 601-602.

[352] Henri Espieux, *Histoire de l'Occitanie*, Nimes, Le Centre Culturel Occitan, 1970, p 155.

[353] *Ibid.*, p. 159.

[354] *Ibid.*, p. 161.

[355] Véase *ibid.*, pp. 146-154.

emergente papel de Francia en la economía-mundo condujo a la aparición de problemas para los campesinos propietarios: rentas más elevadas, parcelas más pequeñas, vuelta parcial a una economía natural, o, en pocas palabras, a una detención del desarrollo capitalista [356]. En una época en la que el granjero *yeoman* inglés se beneficiaba de los cercamientos de la tierra arable, su equivalente normando estaba perdiendo terreno. En cuanto a la burguesía, Porshnev señala una división entre sus dos segmentos: los magistrados, ligados a los intereses locales y por lo tanto partidarios de la rebelión; y los financieros, firmemente ligados al Estado y empeñados por tanto a favor de la aristocracia local [357]. La rebelión puede ser considerada como una muestra de descontento con la política del centro, que estaba privando al campesino normando (y al burgués local) de los beneficios de una más completa participación en la nueva economía-mundo.

En el noroeste, al igual que en Occitania, se consideraba que la monarquía perseguía una perspectiva «nacional» francesa que era económicamente regresiva. En nombre de lo tradicional las provincias exteriores no exigían menos, sino más progreso económico [358]. No fue entonces accidente alguno que el alzamiento de 1639 en Normandía se viera seguido de alzamientos en Provenza, Bretaña, Languedoc y Poitou [359]. Tampoco fue un accidente que el telón de fondo inmediato del alzamiento de Normandía fuera la resistencia del monarca a aliviar la carga impositiva sobre Normandía en la estela de las dificultades económicas que siguieron a la epidemia de 1632-1633, porque «estando su majestad sobrecargada de gastos excesivamente grandes, no puede aliviar a su pueblo como sería su deseo» [360]. No podía hacerlo, dado que el dinero estaba siendo utilizado en la creación de la entidad nacional francesa.

Supongamos —gran juego histórico— que Francia hubiera sido una entidad geográfica de forma diferente, cubriendo solo el norte y el oeste de Francia, con Ruán como capital. Supongamos que Occitania hubiera sido un Estado separado a partir del siglo XIII. ¿Acaso no es posible que esa Francia truncada hubiera descubierto que los intereses nacionales del aparato

---

[356] Véase Porshnev, *Les soulèvements populaires*, pp. 402-403, 418-419.
[357] Véase *ibid.*, p. 578.
[358] Un ejemplo de este fenómeno, referido al siglo XX, lo describe Jeanne Favret en «Le traditionalisme par excès de modernité», *European Journal of Sociology*, VIII, 1, 1967, pp. 71-93.
[359] Véase Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 470.
[360] *Ibid.*, p. 425.

de Estado central y los intereses comerciales de la burguesía estaban un tanto más en armonía los unos con los otros? ¿Acaso no es posible que una Francia tal, aparentemente más débil, hubiera sido capaz de hacer lo que hizo Inglaterra, responder a la emergente economía-mundo creando una base industrial? Tal vez.

Pero una Francia tal no existió. Lo que existió no era, como hemos dicho, ni carne ni pescado, y se veía desgarrada por luchas religioso-regionales. La presión hacia la creación de un Estado de una sola religión era tan poderosa en la Europa del siglo XVI como la existente en el Africa del siglo XX hacia los Estados de un solo partido. Pero el precio fue elevado. Para Francia el precio fue llegar a un acuerdo con la aristocracia prácticamente con arreglo a sus términos: la *«réaction seigneuriale»*, la *«féodalisation»* de la burguesía. No habría una guerra civil en el siglo XVII, sólo la *Fronde*. La revolución burguesa vendría en 1789, en otra época, por otros motivos, y en algunos aspectos demasiado tarde. En el siglo XVII la burguesía administrativa francesa, la *noblesse de robe*, se vio obligada a recordar que no podía permitirse el lujo de perseguir demasiado a fondo sus estrechos intereses, dado que, si lo hacía, la integridad del Estado y por tanto la base económica de esta burguesía administrativa se verían amenazadas.

Los diferentes papeles (papeles, no intenciones) de las monarquías de Inglaterra y Francia fueron, en último término, un factor crucial. Una forma de verlo es definir la lucha política como un intento de las monarquías de la época por erosionar los privilegios de todos los grupos no estatales, y observar, como hace Cooper, que con mucho tuvieron mejor éxito contra las ciudades (y por tanto contra ciertos segmentos de la burguesía) que contra las clases terratenientes [361]. Braudel habla de las ciudades «mantenidas bajo control» o «disciplinadas» por parte de las monarquías [362]. Según este punto de vista las clases terratenientes buscaban utilizar al Estado como ayuda para mantenerse al frente de las rápidas corrientes de expansión económica. En esta perspectiva, los *frondeurs*, aunque perdieran, salieron ganando, mientras que la aristocracia inglesa, aunque hubiera una restauración, salió perdiendo. Al final, argumenta Braudel, la primacía inglesa en el mundo sería la primacía de

[361] J. P. Cooper, «General introduction», *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' War, 1609-1648/59*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, página 15.

[362] Braudel, *Civilisation matérielle*, p. 399.

Londres, «que construyó Inglaterra con arreglo a sus requerimientos [*à sa guise*] tras la revolución pacífica de 1688»[343].

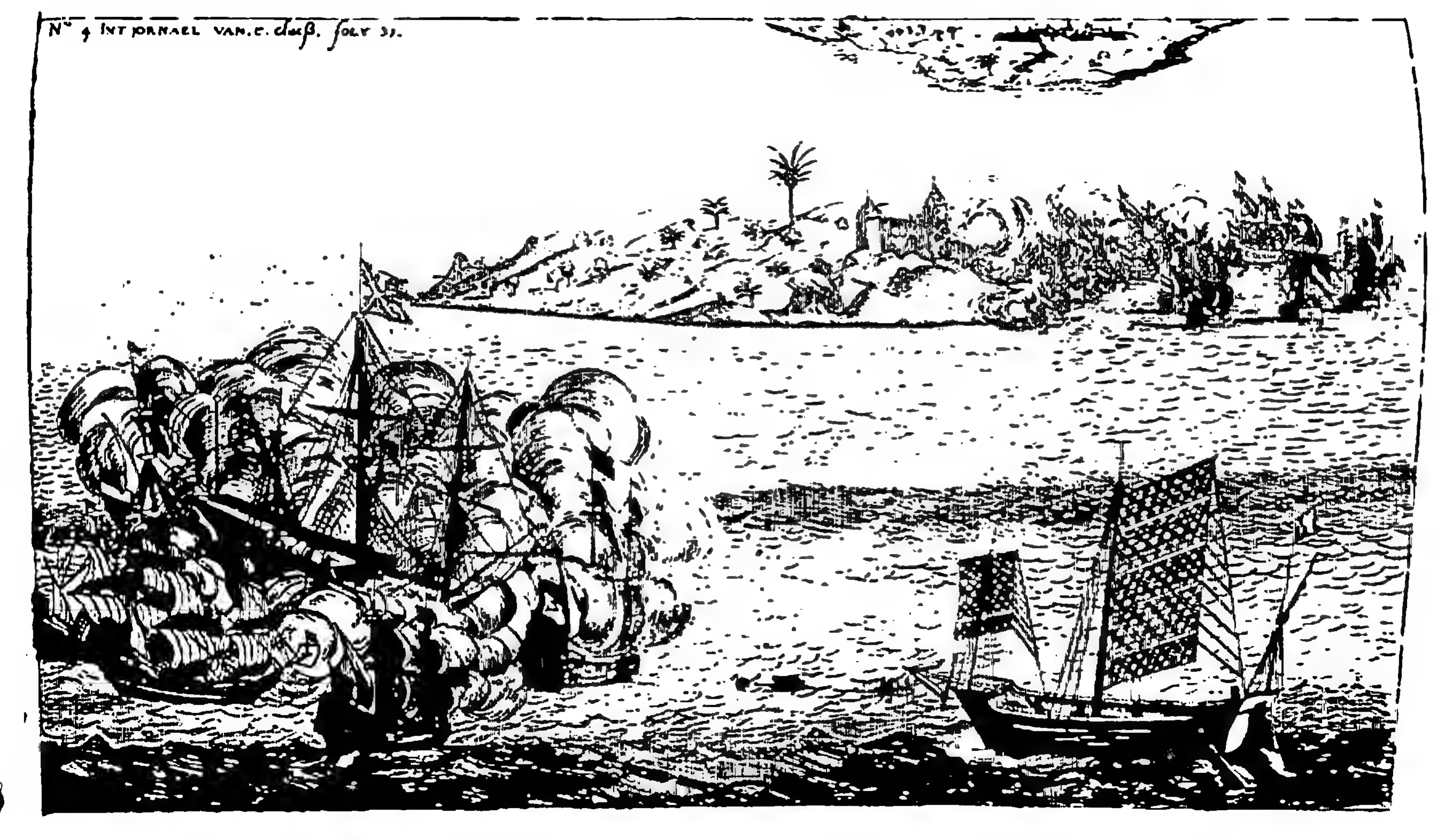
En la vacilación entre las demandas de la burguesía y la aristocracia, las monarquías, tanto en Inglaterra como en Francia, fueron acercándose progresivamente a las exigencias de la aristocracia. La diferencia era que en Inglaterra los intereses de la burguesía comercial estaban ligados a un centro poderoso, mientras que en Francia en alguna medida estaban ligados a la periferia nacional. Esta diferencia era consecuencia de consideraciones geográficas en el marco de la economía-mundo europea.

Un resultado de esto fue que, para mantener controlada a una burguesía intrínsecamente más alborotadora, la monarquía francesa tuvo tanto que fortalecerse como que comprar a la burguesía por medio de la venta de cargos, lo que a su vez apartó a ésta de la inversión industrial. En Inglaterra la aristocracia, para sobrevivir, tuvo que aprender las formas de la burguesía y fusionarse parcialmente con ella. En Francia la presión para sobrevivir recayó sobre la burguesía. En Francia y en Inglaterra el centro triunfó sobre la periferia. Pero en Inglaterra esto significó un paso hacia adelante en la causa de la burguesía nacional, mientras que en Francia supuso un paso atrás para la burguesía.

La guerra civil inglesa ocurrió en el último momento posible. El resurgimiento de las clases terratenientes en los siguientes ciento cincuenta años había de ser grande en todas partes, incluso en Inglaterra. Pero allí, al menos, la burguesía había obtenido el *droit de cité*. Y las clases terratenientes eran menos la aristocracia que la *gentry*, formada al fin por *bons bourgeois*. En Francia, la burguesía era demasiado débil en el siglo XVII para producir un Cromwell. Hasta 1789 sus intereses no llegarían a ser consonantes con los del Estado como tal Estado. Para entonces la economía-mundo habría evolucionado, y sería demasiado tarde para que Francia lograra la primacía en su seno.

[343] *Ibid.*, p. 396.




N° 4 INT JORNAEL VAN. C. Claeß. folio 31.

«La flota (holandesa) frente a Mozambique, y la captura de una carraca (portuguesa) cerca de Goa», ilustración del «Diario de observaciones de un viaje a las Indias Orientales, por Cornelis Claeszoon de Purmerent, timonel de la nave Bantam, al servicio de los poderosos señores de la Compañía Unida», publicado en 1651.

6. LA ECONOMIA-MUNDO EUROPEA: LA PERIFERIA FRENTE A LA ARENA EXTERIOR

Los límites de una entidad definida en términos políticos son relativamente sencillos de determinar. Si queremos conocer el territorio que ocupaba el imperio chino en el año 1600, necesitamos consultar algunos archivos que nos hablan de los títulos jurídicos en esas fechas. Sin duda, siempre aparecerán zonas marginales por cuya soberanía compitan dos estructuras estatales rivales, o en las que la autoridad imperial difícilmente pueda ser percibida *de facto*, lo que nos puede llevar a considerar que el título no es más que una ficción jurídica. Pero los criterios son razonablemente claros: la combinación de la afirmación de autoridad con alguna medida (por amplia que sea) de autoridad efectiva (por ligera que sea) nos dirá en general lo que queremos saber.

Pero ¿qué podemos decir de los límites de un sistema social no definido en términos políticos, de una «economía-mundo» como la que hemos venido analizando aquí? Al decir que en el siglo XVI existía una economía-mundo *europea*, indicamos que sus límites eran menores que los de la Tierra como un todo. Pero ¿en qué medida? No podemos simplemente incluir en ella a cualquier parte del mundo con la que comerciara «Europa». En 1600 Portugal comerciaba con el reino centroafricano de Monomotapa, así como con Japón. Y, no obstante, *prima facie* sería difícil argumentar que Monomotapa o Japón fueran parte de la economía-mundo europea en aquel tiempo. Pero, sin embargo, sostenemos que Brasil (o al menos ciertas áreas de la costa de Brasil) y las Azores formaban parte de la economía-mundo europea. Existía un comercio de tránsito a través de Rusia entre Europa occidental y Persia [1]. Y aun así argumentamos que Persia estaba con toda seguridad fuera de esta economía-mundo, e incluso también Rusia. Rusia fuera, pero Polonia dentro. Hungría

[1] Un resumen de este comercio puede verse en H. Kellenbenz, «Landverkehr, Fluss- und Seeschiffahrt im europäischen Handel», en *Les grandes voies maritimes dans le monde, XVe-XIXe siècles* (Commission Internationale d'Histoire Maritime, VIIe Colloque), París, SEVPEN, 1965, pp. 132-137.

dentro, pero el imperio otomano fuera. ¿Sobre qué base se determinan estas definiciones?

No es una cuestión de simple volumen de comercio o de su composición. Celso Furtado dice:

Aparte del oro y la plata, poco de lo que se podía producir en América durante el primer siglo de su colonización podía introducirse en el mercado de Europa. Al contrario que las Indias Orientales, que introducían artículos de gran valor por unidad de peso, tales como especias, sedas y muselinas, las Américas no producían nada que pudiera servir de base a un comercio lucrativo[2].

No obstante, las Américas están dentro y las Indias Orientales fuera, o al menos eso es lo que nosotros planteamos.

Denotaremos esta distinción como una distinción entre la periferia de una economía-mundo y su arena exterior. La periferia de una economía-mundo es aquel sector geográfico de ella en el cual la producción es primariamente de bienes de baja categoría (esto es, de bienes cuya mano de obra es peor remunerada), pero que es parte integrante del sistema global de la división del trabajo, dado que las mercancías implicadas son esenciales para su uso diario. La arena externa de una economía-mundo está compuesta por aquellos otros sistemas mundiales con los cuales una economía-mundo dada mantiene algún tipo de relaciones comerciales, basadas primariamente en el intercambio de objetos preciosos, lo que a veces se ha llamado «comercios ricos». Intentaremos demostrar esta distinción fundamentalmente analizando las diferencias existentes entre Rusia y diversas partes de Europa oriental entre el área del océano Indico y la América hispana *en el siglo* XVI.

A primera vista, tanto Rusia como Europa oriental parecen manifestar grandes similitudes. Ambas parecen experimentar el auge de los grandes dominios dedicados a cultivos para el mercado y basados en mano de obra obligada. De hecho, como señala Braudel, esto ocurre también por estas fechas en el imperio otomano[3]. En ambas áreas, la coacción ejercida sobre

---

[2] Celso Furtado, *Economic development of Latin America*, p. 11.

[3] «Los historiadores, al estudiar Occidente entre los siglos XVI y XVIII, hablan de una refeudalización [...] Pues bien, algo muy semejante está sucediendo en Turquía. [...] El primero en abrir brecha en este aspecto es el libro de Busch-Zantner. El autor describe en él [...] lo que fueron los *tschiftliks*, propiedades creadas —piensa— a la par con el ímpetu de las bonificaciones de tierras y particularmente en las regiones productoras de cereales. Ömer Lutfi Barkan y sus alumnos han podido comprobar [...] ese crecimiento de la propiedad moderna en provecho de esos sultanes y pachás que, como ya dijimos, se estaban beneficiando del

los campesinos es fundamentalmente obra de las autoridades del Estado. En ambas áreas, la clase terrateniente parece emerger de esta era enormemente fortalecida, y la burguesía, por el contrario, debilitada. Más aún, ambas áreas parecen verse afectadas por la revolución de los precios, y conformarse a sus parámetros generales con razonable fidelidad. No obstante, una observación más detallada revelará alguna diferencia[4].

Trataremos las diferencias entre las relaciones mantenidas por Rusia y Europa del este con Europa occidental bajo tres encabezamientos distintos: a) una diferencia en la naturaleza del comercio; b) una diferencia en la fuerza y el papel del aparato de Estado, y c) como consecuencia de los dos puntos anteriores, una diferencia en la fuerza y el papel de la burguesía urbana indígena.

El gran historiador prerrevolucionario ruso V. O. Kluchevsky construyó su historia de Rusia sobre el supuesto de que «el factor fundamental principal en la historia de Rusia ha sido la emigración o la colonización, y [...] todos los demás factores han venido más o menos inesperadamente conectados con esta raíz»[5]. En la medida en que esto es cierto, constituye un fenómeno del siglo XVI, cuando, al igual que el resto de Europa, Rusia «entró en una nueva era de crecimiento económico»[6]. Se

boom cerealero; [...] se ha reservado para sí la venta del trigo a los compradores de Occidente, prohibiendo al *pueblo* el derecho a este tráfico. Es fácil suponer que esta transformación tuvo amplias consecuencias. Turquía conoce entonces lo que Europa occidental conoció cuando sonó la hora de la *revolución* de los precios y la revolución agrícola: un crecimiento demográfico.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 537.

[4] Nuestra posición, en lo esencial, es la J. H. Elliott. El reconoce que «algunas de las formas de vida de las marcas de Europa [es decir, de la Europa oriental] se daban también en suelo ruso». Con ello se refiere a que en ambas áreas se desarrollaron en esta época grandes propiedades que producían para el mercado con trabajo obligado. No obstante, dice Elliott: «La sociedad servil de Moscovia continuaba siendo, sin embargo, un mundo en sí misma, que amenazaba a sus vecinos a causa de su creciente poderío militar, pero que permanecía sin relacionarse económicamente con el mundo europeo. Por otra parte, Polonia, Silesia, Brandemburgo y Prusia estaban siendo llevadas inexorablemente a la órbita de la vida de Europa occidental.» *Europe divided*, p. 47. Véase George Vernadsky: «Geopolíticamente hablando, el medio ruso no es europeo, sino eurasiático. La Rusia medieval no es tanto Europa oriental como Eurasia occidental.» «Feudalism in Russia», *Speculum*, XIV, p. 306.

[5] V. O. Kluchevsky, *A history of Russia*, I, Londres, Dent, 1911, p. 2.

[6] Jerome Blum, *Lord and peasant in Russia from the ninth to the nineteenth century*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1961, p. 120. Añade: «Entre las más claras evidencias de ello se encuentra el crecimiento del reino en superficie y población. Rusia, como los Estados atlánticos de la Europa occidental, se embarcó en el siglo XVI en un am-

afirma comúnmente que la conquista del janato de Kazán, en el Volga, en 1552, seguida por la de Astracán, en 1556, marcó un punto crucial[7]. Durante el siguiente siglo Rusia colonizó la zona de estepa boscosa hacia el sur, a lo largo del Don hasta el mar de Azov y a lo largo del Volga hasta el Caspio. También avanzó considerablemente a través de Siberia. En aquel mismo tiempo, los ucranianos (por aquel entonces bajo dominio polaco) avanzaron a lo largo del Dnieper, todo el cual se convertiría en parte de Rusia en 1654. La expansión rusa hacia el sur y el este fue un importante elemento en la moderna historia mundial, y es interesante señalar que la dirección de la expansión era función de la fuerza de los regímenes de las regiones que rodeaban a Rusia. Como nos recuerda George Vernadsky, precisamente «en el mismo momento en que los rusos se vieron detenidos y rechazados en el oeste empezaron a avanzar por el este hacia Siberia»[8].

Por lo tanto, en el caso de Rusia, los comerciantes occidentales se veían frente a un país mucho mayor que Polonia o Bohemia o Mecklemburgo, y que era claramente una estructura imperial. Mientras que el comercio externo de Polonia se realizaba casi exclusivamente con Europa occidental, Rusia comerciaba *tanto* con el este como con el oeste, y, como dice Jerome Blum, el «comercio oriental probablemente fuera más importante para Rusia que su comercio con el oeste»[9].

No es sólo que el comercio hacia el este fuera mayor en volumen, sino que era de tal naturaleza y volumen que tendía a

---

bicioso programa de expansión colonial. El derrumbamiento del poder mongol, y la emergencia de un Estado ruso unificado bajo la dirección de Moscú, ofrecían la oportunidad para adquisiciones territoriales, aparentemente ilimitadas, en la extensa masa de tierra eurasiática que yace más allá de las fronteras de Moscovia.»

[7] «La conquista de Kazán fue una tremenda victoria militar y un gran logro político. Desde el punto de vista religioso, fue entendida como una victoria de la cristiandad sobre el Islam.» George Vernadsky, *The tsardom of Muscovy, 1547-1682* (vol. v de *A history of Russia*), New Haven (Connecticut), Yale Univ. Press, 1969, parte 1, p. 58.

«La caída de Kazán eliminó bruscamente toda barrera al avance de los eslavos hacia el este.» Roger Portal, *Les slaves*, París, Armand Colin, 1965, p. 110.

[8] Vernadsky, *Tsardom*, parte 1, p. 175.

[9] Blum, *Lord and peasant*, p. 128. Véase M. V. Fechner, *Torgovlja russkogo gosudarstva so stranani voctoka v XVI veke*, a quien citan M. Mollat *et al.* diciendo que el comercio ruso con Oriente, por río y caravana, era «mucho más importante» que su comercio con Occidente («siempre sobreestimado»). *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, III, p. 780. Por su parte, Mollat *et al.* dudan en tomar una posición sobre el volumen relativo «en ausencia de cifras».

crear una economía-mundo, o, como lo plantean algunos escritores que trabajan en un marco teórico ligeramente diferente, un mercado nacional. A. G. Mankov señala el papel crucial de la producción de grano, concepto con el que ya estamos familiarizados: «No se puede hablar del desarrollo efectivo de relaciones comerciales en el seno de la sociedad feudal antes del momento en que los cereales se convierten en mercancía, lo que testifica un cierto nivel de diferenciación entre la agricultura y los oficios [*métiers*]» [10]. Examinaremos, por lo tanto, el fenómeno de la expansión de la producción de trigo, observable tanto en Polonia como en Rusia en los siglos XV y XVI. Polonia, como ya hemos argumentado, está integrada ya para el siglo XVI en la economía-mundo europea, en cuyos mercados se vende el trigo, y para cuyos mercados se cultiva. Como plantean Braudel y Spooner: «La característica dominante del final del siglo [XVI] es claramente el hecho de que el trigo polaco se ve ahora absorbido en la combinación general de los precios europeos» [11]. Esto fue crucial tanto para Polonia como para el resto de Europa, para la cual Polonia por aquellas fechas se había convertido en «la mayor exportadora de cereales» [12].

El ascenso de una economía polaca exportadora de trigo significó, como hemos visto, la aparición de grandes dominios con trabajo obligado en cultivos para el mercado. Significó también el aumento de la fuerza política de la *nobleza*, cuyo interés económico en eliminar los obstáculos al comercio era parangonable con el de los comerciantes europeos occidentales. Sus esfuerzos combinados mantuvieron a Polonia como una economía abierta [13]. Hasta qué punto la prosperidad de la nobleza

---

[10] A. G. Mankov, *Le mouvement des prix dans l'Etat russe au XVIe siècle*, París, SEVPEN, 1957, p. 28.

[11] Braudel y Spooner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 398.

[12] Stanislaw Hoszowski: «L'Europe centrale dans la révolution des prix: XVIe et XVIIIe siècles», *Annales ESC*, XVI, 3, mayo-junio de 1961, p. 446.

[13] «Sin embargo, la política económica de la nobleza encontró su expresión más completa en el famoso decreto parlamentario de 1565, que prohibía a los comerciantes polacos exportar bienes polacos e importar bienes extranjeros, y fomentaba oficialmente la entrada de comerciantes extranjeros en Polonia. Por supuesto, esta ley se quedó en letra muerta. No obstante, es una elocuente ilustración de las tendencias que guiaban en aquellos días la política económica de la nobleza polaca y, creemos, la de las noblezas de otros países bálticos, con la excepción de Suecia. Podemos considerar que lo que caracteriza la actitud de la nobleza de la época frente al comercio y la industria de la burguesía es un antimercantilismo *sui generis*.» Marian Malowist, «Über die Frage des Handelspolitik des Adels in den Ostseeländern im 15 und 16 Jahrhundert», *Hansische Geschichtsblätter*, 75, 1957, p. 39.

polaca dependía de este comercio abierto es algo que se vio claramente ilustrado por las dificultades económicas provocadas por el bloqueo del Vístula, entre 1626 y 1629, por parte de Gustavo Adolfo de Suecia, que pretendía con ello «cortar el nervio» de Polonia [14]. El hecho de que «la exportación de cereales a través de los puertos bálticos hubiera tomado rápidamente [en Polonia] proporciones tales que dominaba la totalidad de la estructura económica del país» [15], es utilizado por Jerzy Topolski para explicar los devastadores efectos de la regresión del siglo XVII en Polonia, efectos que variaron en las diferentes regiones con arreglo al grado en el cual la economía local estaba orientada hacia la exportación [16].

Puede objetarse que el valor del trigo implicado es relativamente pequeño en proporción al producto total de la economía-mundo europea, pero Boris Porshnev replica que «no son las cantidades de mercancías exportadas (de hecho, no demasiado grandes) lo que debería ser el objeto de atención de los investigadores, sino más bien la tasa de ganancia compartida por los comerciantes intermediarios y los propietarios terratenientes que explotaban el trabajo de los siervos» [17]. Y Stanislaw Hoszowski señala que en la inflación global del siglo XVI no sólo los precios polacos empezaron a aumentar antes incluso que los de la Europa central y occidental, antes del impacto del tesoro americano sobre los precios [18], sino que también, dentro de Po-

---

[14] «La exportación de cereales polacos quedó prohibida en consecuencia. Gustavo Adolfo comprendía perfectamente la importancia de este hecho para la nobleza polaca. "Occupato hoc flumine [el Vístula]", dijo al enviado de Bethlen Gabor, "praecluso etiam portu Dantiscano et omni maris Baltici aditu prohibito, ipse iam nervus rei gerendae Poloniae incisus est". Tenía razón. La detención de las exportaciones de trigo condujo a una caída de los precios dentro del país, de la que se resintieron nobles y campesinos, principales contribuyentes de Polonia. Se hacía más difícil subir los impuestos precisamente cuando los gastos del Estado aumentaban a causa de la necesidad de pagar para reclutar tropas. Sólo gracias al esfuerzo del Rey y de quienes le rodeaban pudo combatir Polonia, durante tres años y pese a las dificultades financieras, en esta guerra que tanto esfuerzo requería.» Wladyslaw Czalpinski, «Le problème baltique aux XVIe et XVIIe siècles», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, IV, *Histoire moderne*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 41.

[15] Jerzy Topolski, «La régression économique en Pologne», *Acta Poloniae Historica*, VII, 1962, p. 46.

[16] Véase *ibid.*, pp. 47-48.

[17] Boris Porshnev, «Les rapports politiques de l'Europe occidentale et de l'Europe orientale à l'époque de la guerre des Trente Ans», *International Congress of Historical Scienses* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, IV, *Histoire moderne*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 137.

[18] Véase Hoszowski, *Annales ESC*, XVI, p. 446.

lonia, fueron los «propietarios terratenientes quienes obtuvieron el máximo beneficio de [la subida de los precios], mientras que los campesinos y las gentes de las ciudades sólo obtuvieron pérdidas de ella» [19]. La contrapartida de este colapso económico de los campesinos fue la frecuencia de las revueltas campesinas [20].

Comparemos ahora el papel de la producción de trigo en Rusia en esta época. Empecemos con la afirmación de Mankov acerca de la Rusia del siglo XVI: «en este tiempo se puede hablar tan sólo de un mercado interno de cereales» [21]. Es decir, si bien prácticamente no se exportaba nada de trigo, «existía ya, en el siglo XVI, un vínculo entre mercados locales que estaban en ocasiones muy alejados entre sí» [22]. Así, la agricultura capitalista emergió en este momento, y en formas similares, en Polonia (y otros países del este de Europa), por una parte, y en Rusia, por otra. Pero mientras que la primera producía para un mercado europeo occidental en expansión, en Rusia los «señores producían para el mercado doméstico en expansión» [23]. De hecho, en el siglo XVI «se necesitaba un permiso especial del zar para embarcar [grano] al exterior del país» [24]. La especialización de la economía-mundo europea del siglo XVI se ve repetida a escala menor en el seno de la economía-mundo rusa. El centro de la economía-mundo rusa exportaba bienes manufacturados (artículos metálicos, productos textiles, bienes de cuero, armas y armaduras) a cambio de bienes de lujo, tela de algodón, caballos y ovejas [25]. Por añadidura, *re*exportaba bienes elaborados occidentales hacia el este, «aunque esta actividad aparen-

[19] *Ibid.*, p. 453.

[20] Véase S. Pascu, V. V. Mavrodin, Boris Porshnev e I. G. Anteleva, «Mouvements paysans dans le centre et le sudest de l'Europe du XVe au XXe siècles», *XIIe Congrès International des Sciences Historiques, Rapports*, IV, *Méthodologie et histoire contemporaine*, Viena, Ferdinand Berger & Söhne, 1965, pp. 21-35.

[21] Mankov, *Le mouvement des prix*, p. 28.

[22] *Ibid.*, p. 38. Véase la discusión en pp. 38-43.

[23] Blum, *Lord and peasant*, p. 205.

[24] *Ibid.*, p. 128.

[25] Véase *ibid.*, pp. 128-129. Véase R. H. Hilton y R. E. F. Smith: «Se debería mencionar, incidentalmente, que el desarrollo en el siglo XVI del comercio regional, en una amplia gama de bienes, con Irán, Turquía, la horda de Nogai y los janatos uzbekos, fue particularmente importante. Mientras que Rusia ha sido considerada en ocasiones en esta época como un suministrador semicolonial de materias primas para Occidente, para el Oriente Rusia era un suministrador de bienes manufacturados tanto como de materias primas.» «Introduction» a R. E. F. Smith, *The enserfment of the Russian peasantry*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, p. 27.

temente no era demasiado significativa en el siglo XVI»[26]. Rusia disfrutaba de los felices efectos de ser el punto focal de una comunidad económica: «Pieles, sales, cueros, y otros productos fluían hacia las regiones más antiguas desde las colonias, creando nueva riqueza y estimulando la actividad comercial e industrial»[27].

Pero ¿qué hay del comercio ruso con el oeste? ¿Acaso no era equiparable al polaco? Debemos tener cuidado de no proyectar retrospectivamente en el siglo XVI fenómenos de los siglos XVIII y XIX, momento en el cual la economía-mundo rusa como entidad separada había desaparecido efectivamente, y Rusia se había convertido en un área periférica más de la economía-mundo europea[28].

Es cierto, a primera vista, que lo que estaba pasando en el siglo XVI era que «en su comercio con el oeste, Rusia intercambiaba materias primas y productos semielaborados por artículos manufacturados»[29]. Rusia exportaba diversas materias primas utilizadas para pertrechos navales (lino, cáñamo, grasa, cera), además de pieles y productos de lujo y artículos metálicos importados (incluyendo municiones). Pero no parece que este comercio fuera crucial en ningún sentido. Para Europa occidental, no se puede decir que Rusia fuera importante como «reserva de grano y productos forestales»[30] hasta el siglo XVII. T. S. Willan encuentra el valor fundamental de Rusia para Inglaterra, país occidental con el que más comerciaba aquélla en el siglo XVI, en ser «una fuente de materias esenciales para la flota». Pero añade:

> Resulta un poco difícil decidir si este comercio resultaba igualmente valioso para los rusos. El equivalente que recibían a cambio de los pertrechos navales exportados a Inglaterra tal vez fueran las armas y municiones que la compañía alegaba enviar a Rusia, especialmente en los «cincuenta» y los «sesenta»[31].

[26] Blum, *Lord and peasant*, p. 129.

[27] *Ibid.*, p. 122.

[28] «Podemos rastrear fácilmente las crecientes conexiones de Rusia con Europa occidental desde tiempos de Iván el Grande, a finales del siglo XV [...] En este aspecto, el reinado de Pedro el Grande no introdujo ningún cambio repentino. Pero sigue siendo cierto que la impresión en las mentes de la gente en el exterior de Rusia —y sin duda también en el interior— fue desde este momento muy diferente.» Geoffrey Barraclough, *History in a changing world*, Oxford, Blackwell, 1957, pp. 192-193.

[29] Blum, *Lord and peasant*, p. 128.

[30] Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 180.

[31] T. S. Willan, «Trade between England and Russia in the second half of the sixteenth century», *English Historical Review*, LXIII, 247, julio de 1948, p. 320.

«Especialmente en los "cincuenta" y los "sesenta".» Volveremos sobre esa observación más adelante. A. Attman sugiere que la importación crucial no eran los bienes metálicos, sino más bien la plata en forma de lingotes y de objetos de arte. Ofrece como comprobación de esta hipótesis la extraordinaria acumulación de plata en las iglesias, monasterios y palacios, así como importantes hallazgos de lingotes de metal [32]. Si se recuerda que una importante exportación era la de pieles, «por aquel entonces signo de dignidad y riqueza» [33], uno de los llamados «comercios ricos», podemos considerar la mayor parte del comercio ruso-occidental en el siglo XVI como un intercambio de objetos preciosos, un método de consumir excedente en vez de producirlo, por lo tanto, algo suprimible en momentos de contracción y, consiguientemente, algo no central para el funcionamiento del sistema económico. Esto no significa que no fuera importante. Los intermediarios se beneficiaban de él. Sin duda el Estado obtenía de él ingresos aduaneros. Sin duda, también, reforzaba el sistema de acumulación de prestigio social. La cuestión, no obstante, es que si se hubiera dado un bloqueo equivalente al del Vístula por Gustavo Adolfo, en 1626, su impacto sobre la economía interna rusa habría sido muchísimo menos importante que el que tuvo sobre Polonia.

Hemos estado utilizando a Polonia como ejemplo de país de la periferia de la economía-mundo europea (por oposición a la arena exterior). Pero Polonia era en muchos sentidos un caso extremo. ¿Encontraríamos alguna diferencia si examináramos otros países de la periferia? La respuesta es que habría algunas diferencias, pero que no parecen ser cruciales.

Por ejemplo, tanto en Bohemia como en Hungría, el «trabajo forzado» de los «siervos» no siempre existía exclusivamente en la forma de la *corvée*, sino que en ocasiones se daba en la forma de «trabajo asalariado forzado» [34]. Josef Válka señala que esta

---

[32] Citado en Mollat *et al.*, *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, III, p. 782.

[33] Parry, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 167.

[34] «[El señorío checo del siglo XVI] no sólo utiliza de hecho la *corvée*, sino también el trabajo asalariado y el trabajo asalariado forzado [...] Por consiguiente, existía trabajo asalariado. Pero es una forma de trabajo asalariado pesadamente recubierta de relaciones feudales: el trabajo asalariado en el dominio del señor se convierte simplemente en una más de las obligaciones de los siervos.» Josef Válka, «La structure économique de la seigneurie tchèque au XVIe siècle», *Deuxième Conférence Internatio-*

forma intermedia de prestación de trabajo en Bohemia está ligada al hecho de que la producción agrícola es diversificada y dirigida a un mercado interior[35]. Josef Petráň señala de manera similar que en varios de los territorios menores de Europa central (Bohemia, Silesia, Sajonia, Austria) había una menor tendencia al crecimiento de grandes posesiones, y sugiere que somos testigos del nacimiento de la especialización no sólo entre la agricultura y la industria, sino en el seno de la propia agricultura, donde, no obstante, «como es natural, la especialización no podía ser completa»[36]. Malowist señala que la especialización agrícola en Dinamarca es paralela a la de Europa oriental, dado que durante el siglo XVI la nobleza danesa y de Holstein «desarrolló una economía basada en el trabajo de siervos, así como en el comercio de productos agrícolas y lácteos, y también en el producto de sus siervos, cuyas posibilidades de dedicarse al comercio estaban limitadas a un mínimo»[37]. Pero dice que este proceso social de apropiación aristocrática «que puede ser visto con la máxima claridad en Polonia, Brandemburgo, Pomerania, Mecklemburgo y Livonia, se presentó *más débilmente* en Dinamarca»[38].

Lo que podemos decir acerca de estos ejemplos es que muestran que la textura de la división europea del trabajo se estaba haciendo más compleja ya en el siglo XVI. No obstante, el significado de un bajo coeficiente de exportación para Bohemia, un pequeño país rodeado por el resto de la economía-mundo europea, y el de un coeficiente similarmente bajo para Rusia, un gran imperio al borde mismo de la economía-mundo europea, debe haber sido notablemente distinto. La libertad de acción política para Bohemia era en última instancia mucho menor, y, por tanto, su dependencia económica, mucho mayor en última instancia. Este es un caso en que el analista debe fijarse en los absolutos para los mínimos y en las proporciones para los má-

---

nale d'Histoire Economique, II, *Middle Ages and modern times*, París, Mouton, 1965, pp. 214-215.

«El trabajo asalariado se combinaba en la *corvée*, pero siempre, pese a todo, bajo un régimen feudal y mediante compulsión. Así, las nuevas tendencias de la agricultura húngara en el siglo XVI se caracterizan por la extensión de los dominios señoriales a expensas de las tenencias de los campesinos, por la extensión de la producción señorial para el mercado, y por el recurso a formas de trabajo asalariado.» Zs. S. Pach, *Annales ESC*, XXI, p. 1229.

[35] Véase Válka, *Deuxième Conférence Internationale*, II, pp. 212-213.

[36] Josef Petráň, *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique*, II, p. 222.

[37] Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 180.

[38] *Ibid.*, p. 188. El subrayado es mío.

ximos[39]. Bohemia tenía menos elasticidad que Rusia en caso de un corte del comercio. Por tanto, sus actividades económicas tenían que desarrollarse más conscientemente en el marco de las necesidades de la economía-mundo europea.

Volvamos ahora al comentario de Willan acerca de las décadas de 1550 y 1560. Debería resultar obvio por nuestra exposición hasta aquí que la línea que separa la periferia de la arena exterior es fluida, tanto en el sentido de que resulta difícil para un analista delimitarla como en el sentido de que se desplaza fácilmente. Una forma de observar la historia de Rusia en este período es verla como una reacción a un ensayo por parte de Europa de incluirla en el seno de la economía-mundo. Este intento falló entonces porque la tecnología y la economía europea no eran aún suficientemente fuertes. Eventualmente, en una época posterior, tendría éxito. Robert Reynolds describe este proceso de forma algo etnocéntrica:

> Hasta donde podemos saber, fueron los ingleses quienes abrieron la brecha y detonaron la expansión rusa [...] La apertura por parte de Inglaterra de la ruta [del norte en 1553] proporcionó a Rusia un tremendo mercado para las pieles, lo que estimuló a los cosacos de la frontera, y a los Stroganov, con su talento administrativo y su capital, a presionar tan rápidamente como era posible hacia el norte y el este. Cada año se apoderaron de nuevas regiones para el comercio de pieles, exactamente igual que los comerciantes de pieles franceses e ingleses, y después los americanos, presionaban cada vez más hacia el oeste en Norteamérica. Con el gran mercado para las pieles se abrió la posibilidad de comprar tejidos finos, artículos de metal y otras cosas de Europa occidental[40].

¿Cómo encaja esta entrada inglesa en el mundo ruso con los desarrollos políticos internos de éste? Es a esto a lo que debemos atender ahora, para ver cómo reacciona Rusia al «ser traída a Europa», y cómo esta reacción diferenció aún más a Rusia de Europa oriental. Malowist señala que el grano cultivado en Rusia central era vendido en el norte y en el oeste de la Rusia europea, y en Siberia[41]. Así, el desarrollo de la producción rusa de trigo «había facilitado la colonización y conquista» de sus propios y riquísimos territorios del norte y del oeste, que a su vez «suministraron inmensas riquezas, en primer lugar

[39] Véase, por ejemplo, Malowist: «La gran importancia de las manufacturas extranjeras no obstaculizó el desarrollo de la industria rusa en la misma forma en que lo hizo en los países bálticos, a causa de la inmensa superficie del país, incluso aunque, en un primer momento, la industria rusa estuviera poco desarrollada.» *Economic History Review*, XII, p. 189.

[40] Reynolds, *Europe emerges*, pp. 450, 453.

[41] Véase Malowist, *Past and Present*, 13, pp. 35-36.

para el tesoro de los zares, y más adelante, para los mercaderes» [42].

Para apreciar el papel del Estado ruso deberíamos recapitular sobre lo que argumentamos en el capítulo anterior acerca del papel del Estado en los Estados del centro de la Europa occidental, observar a continuación el papel del Estado en los Estados periféricos de Europa oriental, y después comparar a ambos con el papel del Estado en Rusia. Hemos presentado a la monarquía absoluta con una estructura en la que el rey y su entorno aspiraban a la primacía política con la ayuda directa de una burocracia patrimonial y venal, y de ejércitos regulares de mercenarios. Por una parte, el rey buscaba el apoyo de segmentos favorecidos de la burguesía comercial urbana, que le suministraban dinero y suponían un cierto contrapeso político ante las tendencias centrífugas de la vieja nobleza. Por otra parte, el rey era el pináculo del sistema de estatus tradicional, y era en última instancia el protector de la nobleza contra los efectos corrosivos del sistema capitalista en desarrollo [43].

Por lo tanto, en términos de ambos estratos sociales, la antigua nobleza y la burguesía comercial urbana, la monarquía absoluta era para cada uno de ellos un mal menor, y su fuerza creció sobre la base de la falta de alternativas, dado que servía bien a ambos al crear la posibilidad para la nación como entidad

---

[42] Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 189.

[43] Joseph A. Schumpeter capta de forma muy aguda las contradicciones internas de la monarquía absoluta: «El rey, la corte, el ejército, la Iglesia y la burocracia se mantenían cada vez más con las ganancias creadas por el proceso capitalista, e incluso las fuentes de ingreso puramente feudales engrosaban a consecuencia del desarrollo capitalista de la época. Cada vez más, también, las políticas interior y exterior y los cambios institucionales se moldeaban para ajustarse a este desarrollo y propulsarlo. *En esta medida*, los elementos feudales en la estructura de la llamada monarquía absoluta sólo aparecen como atavismos, que de hecho es el diagnóstico que se adoptaría a primera vista.

»En un examen más detenido, sin embargo, advertimos que estos elementos significan más que eso. El marco de acero de esta estructura todavía lo formaba el material humano de la sociedad feudal, y este material aún se comportaba de acuerdo con patrones precapitalistas. Ocupaba los cargos de Estado, proporcionaba los oficiales del ejército, proyectaba las políticas a seguir: funcionaba como una *clase dirigente* y, aunque tomando en cuenta los intereses burgueses, se cuidaba de distanciarse de la burguesía. La pieza central, el rey, lo era por la gracia de Dios, y la raíz de su posición era feudal [...] por mucho que se aprovechara de las posibilidades económicas ofrecidas por el capitalismo Todo esto era más que un atavismo. Era una simbiosis activa de dos estratos sociales, uno de los cuales apoyaba al otro sin duda económicamente, pero era apoyado a su vez por él políticamente.» *Capitalism, socialism and democracy*, Londres, Allen & Unwin, 1943, p. 136.

de lograr una superior participación en el producto excedente de la economía-mundo europea en su conjunto. En el siglo XVI podemos hablar, como mucho, de «fiscalismo» o de «mercantilismo precoz» del Estado. Desde aproximadamente 1650 en adelante, los Estados occidentales emprendieron una política mercantilista a toda escala, calculada para fortalecer aún más sus posiciones relativas en la economía-mundo.

Mientras que el siglo XVI fue un período de crecimiento del poder del Estado en Europa occidental, fue una era de declinación del poder del Estado en Europa oriental, a la vez causa y consecuencia de la posición económica de esta última. Este es un ejemplo más del impacto acumulativo de los cambios sociales. Al ir haciéndose más fuerte la aristocracia de Polonia, a través de su rentable papel en el comercio internacional, e irse debilitando la burguesía indígena, la base impositiva del Estado fue desapareciendo, lo que significa que el rey no se podía permitir el mantener un ejército adecuado [44]. Los magnates necesitaban entonces garantizar su propia protección, pero esto a su vez abría la posibilidad de guerras privadas [45]. Algunos de estos ejércitos privados igualaban en tamaño al de la Corona [46]. El rey se convirtió en un rey electo, y en la legislatura central, *la Sejm*, empezó a ceder buena parte de su autoridad a las dietas locales.

Desde este punto en adelante, la desintegración del aparato de Estado prosiguió paso a paso. Janusz Tazbir muestra cómo un paso conducía al siguiente:

---

[44] «Lo que le falta a [Polonia] en el siglo XVI no es, desde luego, un impulso vital del que dio múltiples pruebas, sino una economía monetaria activa y de amplio radio de acción. Si el Estado polaco es tan frágil en profundidad, y si su rey lo es "más por representación que por ejercicio del poder", la razón hay que buscarla en el orden político y social de la "república" y en la imposibilidad de centralizar suficientes reservas de plata y, en consecuencia, de disponer de un ejército moderno.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 184.

[45] «Las aspiraciones reformadoras de la Corona indujeron a los magnates a buscar un mayor debilitamiento de la administración. La restricción gradual de las prerrogativas reales fue acompañada por el crecimiento de los privilegios de los grandes nobles, especialmente los magnates de las marcas orientales, que tenían a su disposición sus propios ejércitos, grandes riquezas, y numerosos clientes entre la *gentry* local dependiente. Así, los magnates tenían todo lo que se le negaba al monarca reinante: abundantes recursos financieros, un ejército fuerte y el apoyo de un partido político [...] Ya a comienzos del siglo XVII, las familias de los magnates estaban envueltas en guerras privadas, unas contra otras, devastando el país y devorando sus recursos.» Janusz Tazbir, *History of Poland*, página 209.

[46] Véase *ibid.*, p. 224.

Desde 1613 las decisiones concernientes a los impuestos, como norma, fueron transferidas a las dietas locales. Esta descentralización del sistema fiscal llevó a una situación en la que algunos distritos tenían que pagar impuestos mayores que otros. El caos se hizo aún más profundo cuando se confió a las dietas locales incluso la votación de los impuestos dirigidos a la defensa del Estado (1640). Todo esto tenía que conducir a una disminución de los ingresos del tesoro, lo que, a su vez, hacía virtualmente imposible pagar un ejército.

Los soldados, que tenían pagos pendientes, organizaron ligas o confederaciones militares que arrasaron el país, constituyendo peligrosos centros de fermento político[47].

En Europa occidental la propiedad real creció a expensas de las propiedades de la Iglesia, incluso en la católica España, pero no así en Polonia. Durante el primer impacto de la Reforma, algunas tierras parroquiales de la Iglesia fueron confiscadas por los protestantes, pero incluso con eso el grueso de las propiedades importantes de la Iglesia permaneció intacto. Entonces triunfó la Contrarreforma, por razones que ya hemos estudiado. No obstante, a causa de la misma debilidad del Estado, las propiedades de la Corona declinaron[48].

En otros lugares de la Europa del este ocurrían procesos similares. Casi todo el mundo asocia actualmente el Estado prusiano con dos fenómenos: un Estado fuerte y una fuerte clase de *Junkers*. El siglo XVI vio precisamente el ascenso de una poderosa clase de *Junkers* en las áreas que más adelante constituirían Prusia. Pero fue también un siglo en que el Estado se estaba debilitando, no fortaleciendo.

Por una parte, el sistema de propiedad llamado *Gutsherrschaft*, basado en la *corvée* y en las pequeñas parcelas con una

---

[47] *Ibid.*, p. 225.

[48] «En marcado contraste con la propiedad eclesiástica, particularmente las haciendas de los monasterios, la propiedad real continuó reduciéndose en el período moderno. El Estatuto del rey Alejandro (1504) había restringido el derecho real a dar, vender o hipotecar los dominios reales, pero la escasez crónica de dinero obligó a su sucesor, Segismundo I (1506-1548), a continuar la política de su hermano, si bien en una escala algo menor. Las fincas reales eran la principal garantía para las ciudades. En Europa occidental, donde el dinero era prestado en la mayor parte de los casos por comerciantes y banqueros, los acreedores acostumbraban a apoderarse como garantía de los ingresos reales, aduanas e impuestos. En Polonia, sin embargo, tanto los nobles acreedores como unos pocos banqueros comerciantes ricos aprovecharon al máximo la oportunidad de apoderarse de las fincas reales.» Antoni Mączak, «The social distribution of landed property in Poland from the sixteenth to the eighteenth centuries», *Third International Conference of Economic History*, París, Mouton, 1968, I, pp. 456-457.

casa de labor[49], que creció al este del Elba en esta época, reemplazando a la más antigua forma feudal llamada *Gutswirtschaft*, se diferenciaba de ésta muy marcadamente, como el propio nombre indica, en el sistema interno de autoridad. En el nuevo sistema, como plantea Friedrich Lütge, «la finca [era] algo semejante a una especie de pequeña unidad política en el seno del Estado: sus habitantes sólo indirectamente [eran] súbditos del príncipe del territorio»[50]. En segundo lugar, como en Polonia, los Hohenzollern estaban usando las posesiones de la Corona, e incluso las antiguas tierras de la Iglesia[51], como garantía de préstamos, proceso que progresivamente socavaba su fuerza. Estas medidas, tomadas *in extremis* por la Corona, fueron extremadamente beneficiosas para la clase de los *Junkers*[52].

---

[49] «El *Gutsherrschaft* implicaba la eliminación gradual de la antigua propiedad señorial y la creación de pequeñas y numerosas parcelas con una casa de labor.» Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 26.

[50] Lütge, *New Cambridge Modern History*, II, p. 36. J. Siemenski utiliza un lenguaje similar con referencia a Polonia: «En breve, [en el siglo XVI] las grandes haciendas se convirtieron en pequeños Estados regidos por sus señores y propietarios [*squires*], que decidían las cargas impuestas al campesinado (en la forma de servicios o de uso de monopolios) y el alcance del autogobierno campesino.» «Constitutional conditions in the fifteenth and sixteenth centuries», *Cambridge History of Poland*, I, W. F. Reddaway *et al.*, comps., *From the origins to Sobieski (to 1696)*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1950, p. 427.

[51] Ni siquiera la confiscación de las tierras de la Iglesia ayuda a resolver el problema, a menos que la base económica del área en cuestión sea suficientemente fuerte para proporcionar una base fiscal adecuada: «La disolución de los monasterios [al este del Elba], exactamente igual que en Inglaterra, no hizo a los gobernantes independientes de la votación de créditos por los Parlamentos. Las crecientes necesidades monetarias de los príncipes, y la rápida subida de los precios, les obligaron a vender o empeñar a los nobles muchas de las haciendas de los monasterios [...] Así, en contra de una opinión ampliamente difundida, el poder de los príncipes no se vio reforzado por la Reforma, sino que continuó declinando.» F. L. Carsten, *The origins of Prussia*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1954, p. 166.

[52] «El pago de las deudas en tierras, en especial reservas señoriales, era, evidentemente, lo más rentable para el acreedor en la época de la revolución de los precios. El sistema predominante de creación de crédito, empeñando las fincas de la Corona y transfiriendo su gestión como garantía para el acreedor, basaba la contracción y pago de préstamos en una combinación de economía monetaria y economía natural. Desde el punto de vista de los terratenientes, la demanda de crédito "público" abría la posibilidad de que el capital se reprodujera a una tasa excepcionalmente alta, a través de inversiones especulativas en tierras. El dinero que recibía el solicitante del préstamo quedaba usualmente muy por debajo del valor de capital real de las partidas empeñadas. El margen tendía a aumentar a consecuencia de la continua tendencia ascendente

Este proceso de declinación del poder principesco en Alemania continúa a lo largo de todo el siglo XVI y llega a su punto más bajo en 1648, con la Paz de Westfalia, que pone fin a la guerra de los Treinta Años, paz que, como argumenta A. J. P. Taylor, fue «no la causa de la decadencia y debilidad germanas, sino más bien su resultado [...]». Aunque la paz fue «impuesta» por las potencias extranjeras, sin su intervención las cosas hubieran estado aún peor. «La única alternativa en 1648 no era una menor interferencia extranjera, sino una intervención mayor: la continuación de la guerra hasta que la mayor parte de Alemania estuviera dividida de hecho entre Suecia, Francia y los Habsburgo» [53].

La posición de Suecia merece un breve examen, ya que la evolución del aparato de Estado en Suecia se aproximaba al modelo de Europa occidental más que al de la periferia, aunque estuviera económicamente muy subdesarrollada en esta época. No era fuerte porque su comercio e industria fueran fuertes, aunque la producción de hierro creció continuamente a partir de 1540 [54]; sino, un tanto paradójicamente, porque su agricultura era débil, y sus aristócratas deseaban echar mano a las ganancias de otras tierras a falta de capacidad para crearlas por sí mismos. O al menos esto argumenta Malowist:

---

del precio de la tierra y de los productos agrícolas. El acreedor, por consiguiente, se veía indemnizado con una renta económica exorbitante y flexible que, mientras se hallaba en posesión de la garantía, podía ser incrementada adicionalmente mediante una utilización más eficiente o una explotación despiadada. Sólo la persistencia de agudos desajustes fiscales y el carácter restringido del mercado de capitales, que a consecuencia de la decadencia económica de las ciudades y de los burgueses se había visto progresivamente sujeto a la influencia de los grandes terratenientes y de los altos funcionarios del gobierno, obligaron a los Hohenzollern a recurrir una y otra vez a este método.» Rosenberg, *American Historical Review*, XLIX, parte 1, p. 22.

El mismo declinar del poder de los príncipes, en favor de la nobleza terrateniente, puede encontrarse en el reino español de Nápoles, proporcionando así nuevas pruebas del estrecho vínculo entre papel económico emergente y estructura política. Los terratenientes, allí, se dedicaron a la producción de grano, especialmente a comienzos del siglo XVII. Mantuvieron e incrementaron sus prerrogativas parlamentarias, redujeron efectivamente el alcance del poder del virrey español, mantuvieron controlada la burocracia, situando a sus propios hombres en los puestos más altos, conservando la venalidad tan sólo de los cargos inferiores, y mantuvieron la supremacía absoluta en la organización militar del Estado. Véase Villari, *La rivolta antispagnola*, pp. 3-5, 14, 17, 24-25, 28.

[53] Taylor, *Course of German history*, p. 23.

[54] Véase Frank C. Spooner, *New Cambridge Modern History*, IV, p. 97.

Merecería la pena repasar ciertos aspectos del dominio sueco del Báltico. De hecho, los comienzos de la expansión sueca, modestos al principio, aparecen también en el siglo XV. Más aún, Suecia, en los siglos XV y XVI, era económicamente un país muy atrasado, no solamente en comparación con Europa occidental, sino incluso en comparación con la Alemania del este o Polonia [...] Así, se debería observar que no había nada en la situación de los mercaderes suecos que pueda explicar la agresión de Suecia contra sus vecinos, dado que estos comerciantes sacaban unas ganancias infinitesimales de las conquistas de Suecia, e incluso, en ocasiones, intentaban oponerse a la política de conquista, considerándola más bien como una fuente creciente de impuestos.

Por el contrario, el grupo que apoyaba firmemente la expansión era la aristocracia, la nobleza, incapaz de incrementar sus ingresos, bastante pequeños en aquella época, a expensas de un campesinado que era fuerte y estaba bien organizado. Y era precisamente a los grandes señores de la nobleza a quienes las conquistas y la administración de los territorios conquistados les suponían importantes fuentes de nuevos ingresos [55].

Y si nos preguntamos por qué el campesinado era tan fuerte, es posible quizá que fuera precisamente a causa de que Suecia en aquella época poseía una «agricultura que difícilmente podía cubrir sus propias necesidades», y que, por lo tanto, su única fuente real de riqueza inmediata era ser «una especie de parásito viviendo de las debilidades de sus vecinos, como consecuencia del enorme crecimiento del poder de la nobleza» [56].

Suecia, como caso moderadamente anómalo, ilustra así adecuadamente el proceso. Como Estado periférico con una burguesía débil, era una arena en la que el poder político de la aristocracia creció con la expansión económica del siglo XVI, pero el cultivo de trigo se vio dificultado por el trastorno climático de la época, que afectó particularmente y de forma negativa a los países escandinavos [57]. La nobleza necesitaba, por lo tanto, conquistas, y para ello necesitaba un Estado fuerte, no débil. Una vez dotados de un Estado fuerte, serían capaces en el siglo XVII y XVIII de utilizar el mercantilismo como una palanca para el avance industrial, evitándose así, por tanto, la suerte de Polonia.

---

55 Malowist, *Annales ESC*, XVIII, p. 926.

56 Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 189.

57 «Parece, por consiguiente, que el caso de los países nórdicos debe ser considerado como un caso especial: allí, un invierno demasiado duro puede ser extremadamente perjudicial para los cultivos de grano, y una serie de inviernos rigurosos puede tener serias consecuencias, mientras que en Francia no sería prácticamente perjudicial, o incluso sería benéfico.» Le Roy Ladurie, *Histoire du climat*, p. 281.

Estamos ahora en disposición de echar un vistazo a Rusia. Una evidencia clave en favor de la hipótesis de que Rusia *no* era parte de la economía-mundo europea es precisamente el crecimiento de la monarquía absoluta rusa de una forma que manifiesta paralelismos sustanciales con los desarrollos de la Europa occidental, y que resulta llamativamente diferente a la Europa del este.

¿Cuáles son los hechos? El auge del trabajo obligado en cultivos para el mercado en la Rusia del siglo XVI fue producto de la intervención del Estado en la economía, ligada directamente a la creación de prebendas militares llamadas *pomestie*, utilizadas para recompensar a aquellos que apoyaban al zar. En cierto sentido existe algún paralelismo aquí con las encomiendas de la América hispana. No obstante, al contrario que en la América hispana, el sistema de trabajo obligado no podía ser introducido abruptamente, dado que primero la tierra debía ser expropiada a la vieja nobleza (los boyardos) y a los monasterios. Tampoco existía un equivalente al *cacique* como intermediario, excepto en la medida en que se pueda considerar al cura ortodoxo ruso como representante de un papel análogo en ciertas áreas. Más bien, el respaldo legislativo de la «servidumbre» vino al final de un proceso en el que la «refeudalización» había sido puesta en marcha por un proceso de creciente endeudamiento campesino. V. O. Kluchevsky describe cómo se produjo esto:

> El préstamo del terrateniente daba lugar a unas relaciones en las que el campesino señorial tenía que elegir entre un tiempo definido de campesinado insolvente y un término indefinido de esclavitud [esto es, satisfacer la deuda mediante trabajo personal]. No obstante, esta restricción no era una vinculación policial al lugar de residencia [...], sino una mera dependencia industrial, a través de la deuda con un individuo (a saber, el terrateniente) bajo la ley civil general del país. Así, las postrimerías del siglo XVI vieron expirar por sí mismo el derecho de desplazamiento del campesino, y sin haber sido abrogado por la ley [...]
>
> [El] campesino, al negociar con el terrateniente para lograr una parcela y un préstamo, renunciaba por sí mismo y a perpetuidad (a través de su contrato de arrendamiento) al derecho de poner fin jamás, o por cualquier medio, a las obligaciones que por aquel contrato asumía [58].

No obstante, el sometimiento voluntario a servidumbre se hizo insuficiente en Rusia cuando los éxitos militares de Iván el Terrible a mediados del siglo XVI llevaron a la incorporación de extensas tierras libres en el sudeste de lo que es hoy la Rusia

[58] Kluchevsky, *A history of Russia*, II, pp. 233, 241.

europea. Para evitar que la población campesina huyera a estas nuevas tierras, lo que para los beneficiarios de los *pomestie* significaba perder su fuerza de trabajo, y para el gobierno, por tanto, perder sus contribuyentes, «se introdujeron restricciones en la libertad de movimientos de los campesinos»[59]. Como comenta Alexander Gerschenkron, «el proceso de sometimiento a servidumbre es casi inconcebible sin el poder del Estado. ¿De qué otra forma se podía realizar en un país tan abierto hacia vastos espacios libres al sur y al este como era la gran planicie rusa?»[60]. El papel activo del aparato de Estado estaba, por tanto, ligado muy de cerca al hecho de que Rusia estuviera envuelta en una operación de conquista.

Igualmente lo estaba España, por supuesto. Pero España, a causa de los metales preciosos, de los concesionarios de crédito italianos y de sus vínculos Habsburgo, estaba y permaneció en definitiva ligada íntimamente a la economía-mundo europea. No obstante, el proceso original de creación del Estado ruso tenía algunos paralelos con el de España. España fue creada como resultado de una reconquista de su territorio por una cruzada cristiana contra los conquistadores musulmanes procedentes del Africa del norte. Rusia fue creada por un proceso de liberación del «yugo tártaro», de reconquista de su territorio por medio de una cruzada cristiana contra los invasores musulmanes (o islamizados) del Asia central. El papel de Moscovia fue paralelo al de Castilla, y el impulso de una lucha común colaboró grandemente al triunfo de Moscovia[61].

Como parte del precio de lograr la ayuda de la clase guerrera tradicional, los boyardos, en esta reconquista, los zares de Moscovia hubieron de concederles un título de primacía perpetua con arreglo a un orden de rangos a principios del tiempo histórico[62]. Este sistema, conocido como *mestnichestvo*, fue una

[59] Marc Szeftel, «Aspects of feudalism in Russian history», en Rushton Coulbourn, comp., *Feudalism in history*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1956, p. 176.

[60] Alexander Gerschenkron, «Review article: lord and peasant in Russia from the ninth to the nineteenth century», *Journal of Economic History*, XXIV, 1, marzo de 1964, p. 56.

[61] «Estos fueron los nuevos fenómenos prominentes en la absorción de Rusia por Moscú desde mediados del siglo XV en adelante. Primero, las comunidades locales comenzaron a volverse abiertamente hacia Moscú, por decisión propia o a instancia de sus respectivos gobiernos; lo cual ocasionó que la unificación moscovita del país adquiriera un carácter diferente y progresara con ritmo más rápido. Es decir, dejó de ser una cuestión de captura o de negociación privada y se convirtió en un movimiento *nacional, religioso*.» Kluchevsky, *A history of Russia*, II, p. 8.

[62] Véase *ibid.*, II, p. 44.

importante tradición creada por el proceso del cambio. Para equilibrar esta nueva fuerza de la aristocracia, Iván III creó a finales del siglo XV un nuevo sistema de feudos no alodiales llamados *pomestie*, que eran concedidos como prebenda a cambio de servicios militares. Los *pomestie* fueron creados a partir de tierras fronterizas conquistadas, de tierra confiscada a los monasterios y boyardos errantes, y también de tierra de los campesinos libres [63].

No obstante, por falta de una Reforma, la Iglesia fue capaz de contraatacar, y la existencia de dos tipos de tendencia de la tierra, la *pomestie* y la vieja forma señorial conocida como *votchina*, dio a los monasterios una gran oportunidad, al empezar a vender o donar sus tierras a la Iglesia los dueños de *votchini*, especialmente a partir de 1550, a cambio de la tenencia de por vida. Desde luego, hubo justificaciones religiosas, pero el factor clave parece ser sociopolítico [64].

Fue la creación de una nueva forma de tenencia, la *pomestie*, no basada en las obligaciones recíprocas feudales tradicionales y a menudo en áreas fronterizas, combinada con el hecho de la expansión territorial y, por lo tanto, de la inmediata disponibilidad de tierras, lo que llevó al gobierno por el camino de hacer las obligaciones de trabajo y residencia de los campesinos cada vez más compulsivas a lo largo del siglo XVI, empezando con el Código de 1497 y culminando en el Código de la Asamblea

---

[63] «La transformación conllevaba más que la simple reducción del alodio hereditario (*votchina*) y la emergencia de la tenencia temporal (*pomestie)* atribuida a cambio de la realización de servicios al Estado por el arrendatario. En el curso del proceso, una considerable cantidad de tierras antes en manos de campesinos «negros» [es decir, libres] fueron reasignadas por el Estado a sus servidores. Este proceso eminentemente político resulta bastante incomprensible excepto dentro del marco de un Estado en expansión y de sus crecientes necesidades.» Alexander Gerschenkron, «An economic history of Russia», *Journal of Economic History*, XII, 2, primavera de 1952, p. 131. Sobre los orígenes fiscales del sistema véase Ardant, *Impôt*, II, pp. 1089-1097.

[64] «Las adquisiciones de tierra por los monasterios alcanzaron su cenit durante las crisis políticas y económicas de finales del siglo XVI. Muchos *votchinniki*, para prevenir la pérdida de sus tierras por un desastre económico o a través de su confiscación por el rey, cedieron su propiedad a los monasterios a cambio de la tenencia vitalicia de toda o parte de la tierra que donaban, o de alguna otra tierra propiedad del monasterio. De esta forma, el que hasta entonces había sido propietario podía vivir su vida pacíficamente bajo la protección del monasterio, disfrutar las ganancias de su propiedad, y escapar a los peligros que acechan a la clase de los *votchinniki* durante el reinado de Iván el Terrible.» Blum, *Lord and peasant*, pp. 191-192.

de 1649[65]. Sin tales restricciones los campesinos se hubieran negado al servicio. La fuerza política de la Iglesia significaba que el Estado era incapaz de detener esta sangría de tierra para el sistema fiscal. La única alternativa era incrementar los impuestos sobre la tierra remanente, exprimiendo aún más a los campesinos[66]. Dado que, por añadidura, a los campesinos se les ofrecían términos más favorables en las tierras monásticas, el aumento en los impuestos sirvió como un impulso más para la emigración campesina.

Este es el fondo de la cuestión de «los cincuenta y los sesenta». El reinado de Iván IV (el Terrible) entre 1547 y 1584 fue un período crítico en la historia rusa, dado que Iván, a través de una concentración absoluta en el objetivo de incrementar la autoridad del Estado, cristalizó la forma de estructura social interna que Rusia habría de conocer durante varios siglos por venir, intentando entre tanto establecer la autonomía del Estado ruso respecto a la economía-mundo europea. Como veremos, a corto plazo tuvo éxito en este último propósito o, dicho de otra forma, ganó el tiempo suficiente para asegurar que cuando Rusia fuera absorbida más adelante en la economía-mundo, entrara en ella como un Estado semiperiférico (como la España de los siglos XVII y XVIII) en vez de hacerlo como un Estado periférico (como Polonia).

Dentro de Rusia el arma fundamental del zar para incrementar el poder del Estado era la creación de un aparato de Estado patrimonial (como en Europa occidental), ligado en el caso de Rusia, más incluso que en el caso de Francia e Inglaterra, a la redistribución de los derechos sobre la tierra. Una

---

[65] Véase *ibid.*, pp. 247-268. Hilton y Smith fijan su comienzo en 1460 (véase *Enserfment*, pp. 18-19, 42-46, 73-75), pero están de acuerdo en que la transformación se hizo definitiva en 1649 (véase pp. 25, 141-152).

[66] «La conexión entre la cuestión de los *votchini* de los monasterios y las fortunas de los campesinos era una conexión doble. Por una parte, el hecho de que los *votchini* de los monasterios se formaran a expensas de las tierras de la hacienda, de la corte, y de las ligadas al servicio militar, y el que resultaran inútiles todos los intentos de cortar el goteo de tales tierras hacia los monasterios, y de devolverlas a la hacienda y el servicio, obligó al gobierno a recuperar en trabajo de los campesinos (a través de mayores impuestos) lo que perdía en la propiedad de los monasterios; mientras que, por otra parte, el hecho de que las tierras que los monasterios cedían en arriendo constituyeran una perpetua amenaza contra la rentabilidad de las tierras de la hacienda y el servicio (ya que las buenas condiciones de arriendo de las primeras atraían al campesinado de las segundas) obligó al gobierno a intentar aliviar el mal imponiendo restricciones al derecho de los campesinos a emigrar.» Kluchevsky, *A history of Russia*, II, p. 197. Sobre la condición general del campesinado, véase Blum, *Lord and peasant*, pp. 219-246.

reforma clave fue la abolición del sistema de administración regional llamado *kormlenie*, un sistema de prebendas de arrendamiento de impuestos y su sustitución por una burocracia pagada en parte en metálico y en parte con la concesión de tierras[67]. Esta reforma no sólo creó una burocracia central; creó al mismo tiempo su base fiscal[68]. Esto estaba combinado con la creación de instituciones locales de gobierno firmemente en manos de la *gentry* local, cuyo auge fue favorecido por la expansión de la autoridad del zar y comienza con ella[69]. Fue en este momento (1556) cuando el servicio militar se vinculó firmemente a la tenencia de los *pomestie*, garantizando así al zar un ejército regular relativamente leal[70]. El crecimiento de los *pomestie* y, por tanto, la creciente complejidad de supervisar el funcionamiento del sistema, condujeron a la creación de una oficina central de tierra en Moscú para los *pomestie*[71].

Mientras tanto, en el exterior Iván IV seguía una política de expansión, no sólo hacia las tierras fronterizas del sur (en aquella época, Crimea), sino por el oeste hacia el Báltico, la llamada guerra de Livonia, que se prolongó a lo largo de veinticinco años (1558-1583). Su objeto era convertir a Rusia en una potencia báltica. Fue una guerra larga y de resultados esencialmente inconcluyentes[72]. Si hubieran sido más concluyentes, Rusia podría haberse visto arrastrada definitivamente al sistema mundial europeo en aquellas fechas.

Se puede comprender por qué la expansión hacia el oeste tentaba al zar en su capacidad empresarial. Al contrario que los

---

[67] Véase *ibid.*, pp. 142-143. La palabra *kormlenie* es traducida como *living* (medio de vida, sustento) por R. E. F. Smith, *The enserfment of the Russian peasantry*, Londres y Nueva York, Cambridge, Univ. Press, 1968, p. 156.

[68] Rusia conoció por vez primera el establecimiento de un sistema de impuestos estatales directos durante el régimen de Iván el Terrible. Véase A. Miller, «Considérations sur les institutions financières de l'Etat moscovite aux XVIe et XVIIe siècles», *Revue Internationale de Sociologie*, XL, 7-8, julio-agosto de 1932, pp. 374-378. Miller muestra claramente cómo esto vino ligado a la abolición de la *kormlenie:* «Desde el momento en que la población ya no tenía que efectuar pagos a los *kormlenshchiki*, se los sustituyó por una serie de impuestos que desde entonces serían recaudados a beneficio del gobierno central» (p. 378).

[69] Véase Vernadsky, *Tsardom*, parte 1, pp. 87-174.

[70] Véase *ibid.*, pp. 85-86.

[71] «Se hizo necesario introducir la normalización y la burocratización en las relaciones de servidumbre para asegurar su adecuado funcionamiento [...] La tendencia hacia la uniformidad fue especialmente evidente en la normalización de las dimensiones de las tenencias transferidas a los *pomeshchiki*.» Blum, *Lord and peasant*, p. 179.

[72] Véase Vernadsky, *Tsardom*, parte 1, pp. 87-174.

gobernantes de las diversas naciones de Europa oriental, el zar estaba en posición de beneficiarse directamente de la expansión del comercio, a causa de un aparato de Estado ya más fuerte. En Polonia fue la aristocracia la que consiguió un control monopolístico sobre el comercio de exportación: en Rusia fue el zar. Reservó estos derechos para sí mismo y para aquellos a los que favorecía [73]. Así, el comercio exterior era de interés para el zar no sólo como fuente de ingresos aduaneros, sino como salida para la enorme cantidad de bienes que le entregaban en especie los campesinos. Iván IV pretendía utilizar a toda Europa en la misma forma que la ciudad servía al señor feudal medieval. Dado que la empresa era de vastas dimensiones, consideró conveniente y rentable asegurarse la cooperación de una burguesía comercial (tanto extranjera como indígena) que se hiciera cargo de la mercancía. Cuando los aristócratas polacos eliminaron a los intermediarios comerciales polacos, evitaron así el pago de ciertos impuestos sobre sus bienes. De esta forma el Estado perdió ingresos, y la burguesía polaca declinó. Cuando el soberano es el terrateniente, todos los ahorros o dispensas de impuestos no son sino simples transacciones contables. *Ergo*, en Rusia, no tenía grandes ventajas financieras convertir a los individuos que supervisaban la transferencia de bienes en miembros de la plantilla de la firma, frente a los empresarios independientes. Ya que estos últimos habían tomado la iniciativa, era más fácil dejarles seguir adelante.

Por tanto, en Rusia, al igual que en Europa occidental, la burguesía comercial indígena sobrevivió, y al mismo tiempo el aparato de Estado se vio fortalecido [74]. Si el zar Iván IV hubie-

[73] «El zar Iván IV era considerado, en opinión de los extranjeros, uno de los señores feudales más ricos de Europa [...] Los muy rentables monopolios del comercio real aplicados al comercio exterior descansaban exclusivamente sobre la economía señorial del mismo zar y de quienes le rodeaban.» Peter I. Lyashchenko, *History of the national economy of Russia to the 1917 revolution*, Nueva York, Macmillan, 1949, pp. 213-214.

Esto puede explicar por qué en un primer momento Iván IV pareció tan favorable al desarrollo de vínculos comerciales con Inglaterra. Inna Lubimenko, de hecho, sostiene que él estaba mucho más interesado en el desarrollo de tales vínculos que Isabel, y que fue la reserva inglesa lo que condujo a la fuerte reacción de Iván. Véase *Les relations commerciales et politiques de l'Angleterre avec la Russie avant Pierre le Grand*, París, Lib. Ancienne Honoré Champion, 1933, pp. 40-53.

[74] «Resulta claro así que el comercio marítimo no sólo favorecía la acumulación de capital en Rusia, sino que fortalecía a aquellas fuerzas cuyo interés se encontraba en la unidad del país y el poder de su Estado [...] [Los comerciantes, cada vez más ricos y numerosos, estaban] interesados tanto en el libre comercio en el interior del país como en la expansión política y comercial fuera de él; pues tal expansión [les] per-

ra tenido éxito, no es seguro que los comerciantes rusos hubieran disfrutado de las ventajas que preveían. Nunca lo sabremos, ya que, cuando la guerra de Livonia acabó en tablas desde el punto de vista exterior, todo lo que en realidad se había logrado era llevar a su punto culminante una crisis social y económica dentro de Rusia.

En las arenas políticas intrínsecamente inestables de la época, la falta de un éxito continuado por parte de un Estado, en el área internacional, llevaba a enfrentamientos abiertos de intereses en su interior, que siempre suponían un riesgo de desintegración del Estado. Para contrarrestar esta turbulencia interna, Iván IV recurrió a fuertes medidas policiales, la famosa *oprichnina*, por la que se ganó el título de «Terrible». Suponía esencialmente la creación de una guardia especial de palacio, con la ayuda de la cual el zar purgó drásticamente a sus enemigos, especialmente entre la aristocracia. Las armas fueron dos: la muerte y la confiscación de la propiedad, capacitando esta última al zar para redistribuir las tierras entre aquellos cuya lealtad esperaba conservar.

Esto fue un triunfo político, en cuanto que acabó con el miedo a un *coup d'état*. Pero, en opinión de muchos, le salió el tiro por la culata. Por ejemplo, Blum dice:



> El choque de la *oprichnina*, junto con la continua sangría de la larga e infructuosa guerra de Livonia [...] sobre los recursos del país, desequilibraron la estructura económica y social del territorio [...] La confiscación de los grandes complejos territoriales y sus subdivisiones en *pomestie* dañó al sistema agrícola sobre el que se basaba la economía de la nación, haciendo retroceder las técnicas, disminuyendo la producción y creando nuevas tensiones entre señores y campesinos [75].

mitiría establecer contacto con Occidente a través de Lituania y el Báltico y [les] abriría las puertas de las riquezas de Siberia, y quizá del Oriente Medio y Lejano.» Malowist, *Past and Present*, 13, pp. 38-39.

[75] Blum, *Lord and peasant*, pp. 146-147. Blum habla también de «una calamitosa caída de la producción en las décadas de 1570 y 1580». Jerome Blum, «Prices in Russia in the sixteenth century», *Journal of Economic History*, XVI, 2, junio de 1956, p. 196. Véase Lyashchenko: «La transición de la antigua forma de economía, amplia, feudal y autocontenida, a la nueva forma de la *pomestie* con trabajo servil, arraigada en el impulso hacia una explotación máxima de la mano de obra, no podía dejar de producir un declinar general, más o menos diferido, en el conjunto de la economía nacional del Estado de Moscú en el siglo XVI [...]

»Gracias a sus inmunidades, las *votchini* tenían tantos privilegios para ligar a los campesinos a la tierra que podían reunir fácilmente grandes cantidades de mano de obra e introducir una esclavización gradual de los campesinos [...] La economía de una *pomestie* no podía funcionar a base de mano de obra *jolop* [servil: véase Smith, p. 162], de la que se

Blum culpa también a la pesada fiscalidad, combinada con plagas, malas cosechas y huidas en masa de los campesinos [76]. Una acentuada y súbita inflación entre 1575 y 1590 reflejó estos hechos y los acentuó. A. G. Mankov, sobre la base de su estudio acerca de los movimientos de precios rusos en el siglo XVI, está dispuesto a «ver en la crisis de los años 1580-1590 una crisis generalizada de la economía nacional» [77], punto de vista que afirma compartir con los escritos históricos soviéticos en general [78].

---

disponía sólo en pequeña cantidad, por no decir nada de su baja calidad, particularmente bajo las condiciones de una economía monetaria. Pero tampoco podía basar su producción enteramente en el trabajo de campesinos económicamente dependientes, ya que la fortaleza de la economía de la *pomestie* no era, en general, demasiado grande. La necesaria organización del trabajo en la *pomestie* sólo podía lograrse mediante compulsión extraeconómica, "atando" a la fuerza de trabajo a la *pomestie* al esclavizar a los trabajadores no sólo mediante el endeudamiento, los préstamos, los plazos, etc., sino también a través del reconocimiento del "derecho" del *pomeshchik* al trabajo obligado del campesino [...]

»La ruina del campesinado y el aumento de la presión económica por parte de los *pomeshchiki* obligó a los campesinos a reducir su tierra de labrantío [que, habiendo alcanzado "más del 95 por 100 a mediados del siglo XVI", cayó en la década de 1580 al "31,6 por 100 en la provincia central, y a un mero 6,9 por 100 en la provincia de Novgorod"] y a buscar salvación en la huida desde las tierras esclavizadas a tierras "libres". A consecuencia de ello, durante el siglo XVI se hizo notar una decadencia no sólo de la *pomestie* misma, sino también de la economía campesina vinculada a ella.» *National economy of Russia*, pp. 191-193.

[76] Véase Blum, *Lord and peasant*, pp. 158-159.

[77] Mankov, *Les mouvements des prix*, p. 126. El texto francés menciona el período 1570-1580, pero una lectura del contexto parece indicar que se trata de un error tipográfico, que, por consiguiente, he corregido.

[78] «La situación cambió bruscamente en el curso de la década siguiente [1580-1590], en relación con la crisis económica que, como es bien sabido, ocurrió en esta época. La bibliografía histórica soviética concede un papel primordial a esta crisis. Sus causas, su naturaleza y su alcance geográfico han sido ampliamente desarrollados. La excesiva tensión a la que habían estado sometidas todas las fuerzas de la economía nacional durante la dura guerra de Livonia, el desfavorable resultado de ésta, la ruina y el abandono de regiones enteras en las que la economía agrícola había estado inmediatamente antes muy desarrollada, la creación en este momento de la *oprichnina*, que dislocó las propiedades de los boyardos y los príncipes, la reasignación forzosa de tierras y la "dispersión de los pequeños campesinos" [...] La decadencia de la agricultura y la ruina de los campesinos que vivían en los territorios reservados condujo en particular a la reducción del mercado de cereales. A causa de la necesidad de cereales, se produjo una brusca subida de la demanda, y los precios aumentaron.» Mankov, *ibid.*, p. 36.

Mankov, incidentalmente, está seguro de que Rusia entra más o menos en la revolución de los precios en Europa. Jerome Blum hace la siguiente reserva: «Bien puede haber habido [una subida análoga de los precios

Vernadsky argumenta, en una línea similar, que la guerra de Livonia fue un terrible error, porque Rusia no tenía más opción que continuar luchando en el frente de Crimea, y, por tanto, al optar por luchar en Livonia, Rusia estaba decidiendo llevar a cabo una guerra en dos frentes, una política de resultados desastrosos[79]. Esto, en mi opinión, pasa por alto la cuestión crucial de que posiblemente Rusia tampoco tuviera otra opción en Livonia. Vernadsky ve la guerra de Livonia como un fracaso, en el que los rusos tuvieron «suerte de conseguir un armisticio con Suecia el 5 de agosto de 1583, a pesar de que sus términos fueran altamente desfavorables»[80]. Tal vez, de modo alternativo, podemos considerarla un éxito gigantesco. Rusia *no* fue arrastrada a la economía-mundo europea. Su burguesía y su monarca se salvaron, al menos de momento, del destino de sus homólogos polacos.

Esto no es una pura fantasía. Boris Porshnev analiza las grandes líneas de las relaciones internacionales en Europa en el siglo XVI considerando que los oponentes al objetivo Habsburgo y católico de crear un único sistema imperial favorecieron la creación de una barrera oriental de Estados —Suecia, Polonia (más adelante Polonia-Lituania) y el imperio otomano—, «dirigida primariamente contra Europa central», pero que también se convirtió en «una barrera que aislaba del resto de Europa a Rusia, la cual se fue haciendo cada vez más fuerte»[81].

Al recuperar terreno el catolicismo en Polonia, no obstante, el Estado de Polonia-Lituania se convirtió en un aliado de España. Cuando, en los años posteriores a Iván IV, el Estado ruso se vio desgarrado por luchas internas, que culminaron en el llamado «período de trastornos» (1610-1613), Polonia, apoyada secretamente por los Habsburgo y, por distintos motivos, también por Suecia, emprendió un «intento de desmembrar y subyugar a Rusia»[82], intento que fracasó. Más aún, Vernadsky afirma que también existía interés por parte de los ingleses, en esa época, por establecer «un protectorado sobre la totalidad o parte de Rusia»[83]. Sin duda, un importante factor que contribuyó

en Rusia], pero los datos [de Mankov] no lo demuestran.» *Journal of Economic History*, XVI, p. 185.

[79] Véase Vernadsky, *Tsardom*, parte 1, pp. 94-95.

[80] *Ibid.*, p. 166. Añade: «Así terminó la guerra de Livonia, que había durado un cuarto de siglo, había exigido al pueblo ruso muchas penalidades y sacrificios y, junto con los efectos ulteriores de la *oprichnina*, había introducido a Rusia en una profunda crisis socioeconómica.»

[81] Porshnev, *International Congress of Historical Sciences*, IV, p. 140.

[82] *Ibid.*, p. 142.

[83] Vernadsky, *Tsardom*, parte 1, p. 291.

al fracaso de estos proyectos fue la existencia de las agudas divisiones de la guerra de Treinta Años, que obligó constantemente a los enemigos inmediatos de Rusia a dedicarse a cuestiones más urgentes.

Pero Rusia cada vez se acercaba más a su absorción en Europa. La «desastrosa» política de Iván IV la pospuso. Véase la descripción que hace Kluchevsky de lo sucedido al final del siglo XVI «largo»:

> Vemos a Inglaterra y a Holanda ayudar [al zar] Miguel [1613-45] a reconciliarse con sus enemigos, Polonia y Suecia, por la razón de que Moscovia era un valioso mercado para la primera y también una ruta conveniente hacia el este, hacia Persia, e incluso hacia la India. Además, vemos al rey francés proponer una alianza a Miguel, para cubrir los intereses comerciales de Francia en el este, donde rivalizaba tanto con Inglaterra como con los holandeses [...] El imperio del zar Miguel era más *débil* que el imperio de los zares Iván [IV] y Teodoro [1584-98], *pero* estaba muchísimo *menos aislado* en Europa [84].

¿En lugar de «pero» no deberíamos decir «y por lo tanto»? Lo que Iván había buscado era la creación de un imperio ruso, no una parte del pastel europeo. Ese sería más adelante el objetivo de Pedro el Grande.

La tercera gran diferencia entre Rusia y Europa oriental era, como hemos indicado, consecuencia directa de la diferente estructura y dirección del comercio y de la diferente fuerza del aparato de Estado. En Rusia las ciudades y la burguesía indígena sobrevivieron el siglo XVI «largo», mientras que en la Europa oriental en gran medida no. Y la tierra, aunque en su mayor parte en la forma de grandes posesiones iguales a las desarrolladas en la Europa oriental, estaba en Rusia en manos de «hombres nuevos», llamados a veces «*gentry*», a veces «baja nobleza» (ya hemos visto lo poco importante que resulta esta distinción). Estos eran hombres que no descendían de la antigua clase de los boyardos, sino de dos grupos, los *dvoriane* (una especie de nobleza de corte) y los llamados «hijos de los boyardos», que en épocas anteriores eran aristócratas menores y absentistas. Los boyardos que sobrevivieron eran en gran medida «parientes no reales del zar» [85]. Así, especialmente des-

---

[84] Kluchevsky, *A history of Russia*, III, p. 128. El subrayado es mío.

[85] «Los magnates del siglo XVII eran predominantemente hombres nuevos. A mediados del siglo, sólo nueve de los 23 hombres más ricos al servicio del zar eran descendientes de las viejas familias principescas. Los demás eran parientes del zar de estirpe no real (el zar era de origen boyardo moscovita), o miembros de la clase de los servidores sin título,

pués del período de trastornos, cuando el zar Miguel fue capaz de llevar a sus lógicas conclusiones las políticas de Iván IV, emergió una nueva clase de magnates [86]. Eventualmente, la nueva aristocracia se apropió de todos los atributos formales de la antigua. El *mestnichestvo* fue abolido en 1682. La *pomestie* se hizo transferible *de facto* por venta y herencia, difuminando así su distinción de los *votchini* [87]. El código de leyes de 1649 disminuyó considerablemente la distinción entre las dos formas de propiedad [88], y en 1681 ambas se verían unificadas legalmente [89].

El ascenso de los «hombres nuevos» ocurrió, por supuesto, en todas partes; por supuesto, en Europa occidental, como ya hemos visto, y en muchos aspectos también en Europa oriental. Pero Blum capta el punto esencial:

> La experiencia rusa [...] difería en un aspecto importante de la del resto de Europa oriental (y se asemejaba a la del oeste). En las otras tierras del este el ascenso de la baja nobleza se hizo posible por la declinación del poder de los soberanos. En Rusia la *gentry* debía su ascenso al incremento de poder del zar. Era la cola de la cometa del nuevo absolutismo [90].

---

incluyendo hombres procedentes de la baja *gentry*.» Blum, *Lord and peasant*, p. 212. Véase Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 189; Lublinskaya, *French absolutism*, p. 60.

[86] «Pero, como clase, la *gentry* participó en la victoria del absolutismo. Leales instrumentos del zar en la lucha contra la gran nobleza, dirigentes del renacimiento nacional en el "período de trastornos" [primeros años del siglo XVII], y electores de [el zar] Miguel [1631], se vieron recompensados convirtiéndose en clase dominante en el lugar de los *kniazhata* [príncipes] y boyardos. Aquellos miembros de la antigua aristocracia que habían logrado retener parte de su poder, lucharon en vano para evitar que la *gentry* conquistara los puestos más altos del Estado. Trataron de impedirlo insistiendo en el sistema de *mestnichestvo*, entonces irremediablemente anticuado, pero las invocaciones a la genealogía ya no podían resistir a la voluntad del zar. Los nombramientos y los ascensos se hacían por orden del trono, y se basaban en los méritos y, probablemente más a menudo, en el favoritismo, pero no en el linaje. Finalmente, en 1682 se abolió el sistema de *mestnichestvo*, desde hacía mucho tiempo superado.» Blum, *Lord and peasant*, p. 151.

[87] «En el siglo XVII los boyardos y los *pomeshchiki* se hicieron casi indistinguibles, siendo hereditaria la tierra de ambos, y careciendo de ninguna relación con servicios efectivamente realizados.» C. M. Foust, «Russian expansion to the East through the eighteenth century», *Journal of Economic History*, XXI, 4, diciembre de 1961, p. 470. «[En 1731] otro ucase imperial ordenó que desde entonces las *pomestie* fueran consideradas como *votchini*.» Blum, *Lord and peasant*, p. 185.

[88] Véase Vernadsky, *Tsardom*, parte 1, pp. 394-411.

[89] Véase Vernadsky, *Speculum*, XIV, pp. 321-322.

[90] Blum, *Lord and peasant*, p. 151. Obsérvese incidentalmente cómo Blum pasa a utilizar el término *gentry* como sinónimo de «baja nobleza».

Finalmente, el contraste entre la Europa oriental y Rusia queda claro en las áreas urbanas. Las ciudades, la burguesía urbana indígena y la industria nativa declinaron más en la Europa oriental. Era, sin duda, una cuestión relativa. Rusia, en comparación con Europa *occidental*, puede considerarse que declinó relativamente, si no absolutamente. Y la decadencia no fue total en Europa oriental. Sin embargo, la evidencia parece indicar una distancia cualitativa entre la Europa oriental y Rusia.

La diferencia puede haber sido menor en el «primer» siglo XVI[91]. Pero al irse dedicando cada vez más los propietarios terratenientes al comercio directo, emprendieron actividades

---

Sobre las relaciones de la *gentry* polaca con la monarquía, véase Tazbir: «Esto dio origen en 1537 a la "guerra de las gallinas", cuando el amplio despliegue de oposición de la *gentry*, reunida cerca de Lvov para preparar una expedición armada, obligó al rey, a la reina Bona y a los magnates que les rodeaban, a aceptar un compromiso. En la raíz del éxito de la *gentry* se encuentra también la consolidación de su posición económica. Ésta era el resultado del desarrollo de fincas trabajadas con mano de obra servil, cuyas dimensiones crecían a expensas de los campesinos, que eran desplazados de sus tierras y recibían otras más pequeñas o menos productivas.» *History of Poland*, p. 176.

[91] Sobre Polonia, por ejemplo, sostiene Tazbir: «La prosperidad económica de las ciudades no podía ser puesta en peligro por las leyes de la *Sejm* [Dieta] que eximían de impuestos a los bienes comprados por la *gentry* o manufacturados en sus fincas. Leyes idénticas no tuvieron en otros países ningún efecto adverso sobre la situación de la gente de las ciudades. En esta época existían en Polonia numerosas compañías mixtas burguesía-*gentry*, que marchaban bastante bien. La ley de 1565, que impedía a los burgueses comerciar en grano, y prohibía a los comerciantes polacos vender bienes polacos en el exterior o importar bienes extranjeros a Polonia, situaba a las grandes ciudades en una posición bastante ventajosa, al convertirlas así en el único intermediario en este comercio. Por otra parte, la ley de 1565 nunca entró en efecto. Ni tampoco podía obstaculizar el desarrollo de las ciudades el bando que prohibía la compra de tierras por los burgueses, bando que fue promulgado varias veces por la *Sejm*. Por el contrario, favorecía la inversión en empresas industriales del capital procedentes del comercio.» *History of Poland*, pp. 177-178.

Pero después señala igualmente: «Entre el siglo XVI y el XVII las ciudades polacas comenzaron a sentir los efectos del continuo desarrollo de una economía agrícola señorial basada en el trabajo servil [...] Un tipo diferente de ciudades eran las fundadas entre el siglo XVI y el XVII en tierras de los latifundios de los magnates [...] Al ser estas ciudades propiedad de los señores locales, eran sometidas por ellos naturalmente a una explotación creciente. La supremacía de la nobleza se hizo sentir también en otros centros urbanos [...] Los efectos adversos para las ciudades y los edificios de Polonia de la supremacía política de la *gentry* y de la expansión de una economía agrícola basada en el trabajo servil tan sólo se harían evidentes en años posteriores, pero los primeros signos

abiertamente «antiurbanas» en Europa oriental[92]. Con el auge de los «reyezuelos» en Polonia y del *Gutsherrschaft* al este del Elba, el príncipe como terrateniente encontraba pocas razones en sus propias necesidades inmediatas para sentir simpatía hacia los habitantes de las ciudades[93]. Y al declinar las ciudades la nobleza se hizo aún más fuerte[94]. En Rusia, Kluchevsky podría hablar del «crecimiento extraordinariamente lento y doloroso de las ciudades e industrias rusas durante los siglos XVI y XVII»[95], pero al menos se trataba de crecimiento, y no de decadencia. Blum es más positivo. Dice:

La nueva importancia del intercambio en la vida económica [en el siglo XVI] vino marcada por la reemergencia de la ciudad como centro de industria y comercio, y como mercado de productos de granja y otros artículos hechos en Rusia y en países extranjeros. Las antiguas ciudades revivieron, se establecieron otras nuevas, y algunos asentamientos rurales (como muestran los registros de tierras de Novgorod) empezaron a abandonar la agricultura por el comercio y la industria[96].

Junto con la fuerza de las ciudades desapareció la fuerza de la burguesía comercial indígena. Las aristocracias locales no sólo arrebataron el comercio de exportación a los comerciantes locales, «reduciéndolos al papel de agentes»[97], sino que se repar-

---

de una crisis económica ya se podían advertir en la primera mitad del siglo XVII» (pp. 226-227).

[92] «[La] decadencia de las ciudades se vio muy acelerada por la política que siguió la nobleza en Alemania oriental, Livonia, Polonia y Bohemia [...] Uno de sus fines principales era romper los monopolios urbanos sobre el comercio exterior e interior. También existía la determinación de poner fin a la práctica de las ciudades de acoger a los campesinos fugitivos.» Jerome Blum, *American Historical Review*, LXII, p. 834.

[93] «La Reforma tuvo otra consecuencia [al este del Elba]: fuera de Prusia, los gobernantes se convirtieron en propietarios de grandes dominios, de forma que sus intereses como terratenientes coincidían desde este momento con los de la nobleza y eran opuestos a los de las ciudades en cuestiones de comercio.» Carsten, *The origins of Prussia*, p. 166.

[94] «Sobre todo, fue el largo declinar de las ciudades orientales y su subyugación lo que eliminó toda resistencia al auge de la nobleza [...]

»La subyugación y el declinar de las ciudades cambió de forma fundamental el equilibrio de la sociedad medieval, y abrió paso al dominio de una clase sobre otra. En Prusia, la cesión a Polonia en 1466 de todas las ciudades importantes [excepto Königsberg] condujo al mismo resultado.» *Ibid.*, pp. 116, 147.

[95] Kluchevsky, *A history of Russia*, II, p. 145.

[96] Blum, *Lord and peasant*, p. 23.

[97] Malowist, *Economic History Review*, XII, p. 186. Véase Carsten: «Hasta el siglo XVI las exportaciones de grano de Brandemburgo estuvieron en manos de las ciudades y sus burgueses, que se beneficiaron con-

tieron el comercio de importación con una burguesía *extranjera*[98]. La burguesía indígena de un país era la extranjera de otro. Los comerciantes alemanes que no encontraban lugar en las economías del este del Elba eran más que bien recibidos en Polonia, y se sentían políticamente agradecidos como correspon-

---

siderablemente de este comercio. Cuando la nobleza se interesó más en producir grano para el mercado, comenzó a invadir la esfera de la empresa urbana.» *The origins of Prussia,* p. 170.

Véase Ferdo Gestrin: «La burguesía eslovena evolucionó en un sentido opuesto al que habría cabido esperar a la vista del proceso general. Más que a la producción no agrícola, permaneció ligada al comercio, especialmente al comercio de tránsito, pero en este campo se vio derrotada por la doble competencia de los campesinos y los señores. Por ello, a lo largo del siglo [XVI] [...] nunca dejó de declinar lentamente, a pesar de algunas mejoras pasajeras en su situación.» «Economie et société en Slovénie au XVIe siècle», *Annales ESC,* XVII, p. 687.

Véase Hoszowski: «[La *gentry* polaca] no sólo deseaba obtener una ganancia del producto de sus tierras, sino también del comercio de este producto. Por esta razón, se las ingeniaron, mediante la adecuada legislación de la *Sejm,* para asegurar la libertad de tránsito por el Vístula y sus afluentes, después la libertad de derechos de aduana para los productos agrícolas y forestales exportados al exterior desde sus propios dominios, así como el no tener que pagar derechos de aduana por los bienes importados desde el exterior para ser usados en sus propias fincas y granjas. En la práctica real, la clase feudal extendió estos privilegios aduaneros, y exportaba grano, ganado y otros productos agrícolas, comprados a los campesinos en los pueblos o en los mercados rurales, sin pagar derechos de aduana. También introducía en el país, por el Vístula y sin pagar derechos de aduana, algunas mercancías extranjeras que luego vendía a la gente que vivía en sus fincas. De esta forma, la *gentry* reunió en sus propias manos el comercio de productos agrícolas, madera y productos forestales, desalojando de este comercio a los burgueses y recortando gravemente las oportunidades de los comerciantes de las ciudades de obtener beneficios de los bienes importados.» *Poland at the XIth International Congress,* p. 127.

[98] «La política económica de los nobles de los países bálticos también contribuyó en gran medida a la decadencia de las ciudades. Esta política consistía en intensificar la exportación de artículos alimenticios y productos primarios y favorecer la importación de manufacturas dando fuerte apoyo al comercio exterior en sus propios territorios. Con esta línea de conducta se pretendía asegurar la abundancia de bienes extranjeros y mantener sus precios bajos.» Malowist, *Economic History Review,* XII, p. 188. Malowist llama a esta política «antimercantilismo».

«Una característica fundamental del comercio polaco de exportación era que estaba dominado por la *gentry* en lo que se refiere al país en su conjunto [...] mientras que las importaciones desde el exterior estaban en su mayor parte en manos de comerciantes extranjeros.» Hoszowski, *Poland at the XIth International Congress,* p. 129.

«Para la burguesía comercial y para la prosperidad urbana, la entrada de capital extranjero [de Italia y el sur de Alemania] era más temible que la competencia en las áreas rurales.» Gestrin, *Annales ESC,* XVII, p. 680.

de[99]. De hecho, se podría especular acerca de si la posterior capacidad de recuperación de la burguesía alemana no se debería al hecho de que sobrevivieron en lugares como Polonia y Eslovenia. En Rusia, por el contrario, aunque los comerciantes indígenas encontraron competencia por parte de los grandes terratenientes, incluidos los monasterios, y muy especialmente el propio zar, a pesar de todo, sobrevivieron[100]. Un factor que ayudó a ello fue que los principales mercaderes conocidos como *gosti* tuvieran la posibilidad de jugar el doble papel de agentes del zar, tanto comercial como fiscalmente, y de comerciantes por su propia cuenta[101]. Por lo tanto, eventualmente podían prescindir de sus conexiones con el zar, e incluso convertirse en sus rivales efectivos. En último término, «la empresa privada llevó sobre sus hombros, de hecho, una buena parte de la expansión rusa hacia el Pacífico, aunque rara vez con el apoyo del Estado, y más bien en competencia con él»[102].

En cuanto a las industrias artesanales, parecieron declinar por todas partes, en gran medida porque la ausencia de barreras arancelarias permitía a los cada vez más económicos pro-

[99] «Los ciudadanos de Gdańsk eran muy conscientes de las ventajas económicas que llevaba aparejada la unión política con Polonia, y, por consiguiente, pese a su origen alemán y a usar la lengua alemana, entre la mayoría de los patricios, mercaderes y comerciantes de Gdańsk existía una fuerte inclinación hacia Polonia [...] [La gente de Gdańsk] estaba ansiosa de mantener su unión con Polonia, que era la fuente de su prosperidad.» Hoszowski, *Poland at the XIth International Congress*, p. 141.

[100] «A diferencia de Europa occidental, donde el comercio era predominantemente una ocupación de la clase media, en Rusia se dedicaban al comercio personas de todos los niveles de la sociedad [...] El mismo zar, como sus antiguos predecesores los príncipes de Kiev, era el más importante empresario individual de todo el imperio [...] Los zares no se limitaban a tratar con los productos de sus propias tierras. Mantenían monopolios sobre muchos artículos [...] A veces el zar, a través de sus funcionarios y agentes comerciales, aumentaba el producto total de una mercancía, subía su precio, y obligaba a los comerciantes a comprar.» Blum, *Lord and peasant*, p. 129.

[101] «Además de comerciar por su propia cuenta, [los *gosti*] eran los agentes comerciales del zar, siendo escogidos para esta función de entre los comerciantes con mejor fortuna del reino. También se les otorgaba la responsabilidad de recaudar ciertos impuestos, y se les requería que entregaran una suma fijada por el gobierno. A cambio de estos deberes se les concedía un estatus especial, análogo al de la nobleza al servicio del zar. Los Stroganov fueron los más famosos entre estos comerciantes. De origen campesino, iniciaron su ascenso en la última parte del siglo XIV, con el comercio de sal. Con el paso del tiempo ampliaron sus actividades a otras empresas industriales y comerciales. Se convirtieron en grandes terratenientes en el norte colonial, y estuvieron a la cabeza en la explotación de las riquezas de Siberia.» *Ibid.*, pp. 130-131.

[102] Foust, *Journal of Economic History*, XXI, p. 475.

ductos de la industria europea occidental aventajar los precios de los productos locales [103]. En la medida en que sobrevivieron las industrias locales, por ejemplo, los encajes checos, fue sirviendo como industrias domésticas rurales para casas comerciales exteriores a su área [104]. Pese a todo, esto supuso cierta diferencia, ya que favoreció una diversificación de la agricultura y preparó el camino para el posterior desarrollo industrial de Bohemia [105]. En Rusia, no obstante, debido a que constituía su

[103] «Estas activas relaciones comerciales de los Países Bajos, así como de otros Estados occidentales, con los países del Báltico, nos llevan a observar de pasada que, si la riqueza de los nobles polacos estaba estrechamente ligada a la exportación de trigo a Holanda, por el contrario la libre importación de mercancías occidentales, de superior calidad y menor precio de venta (especialmente paños holandeses e ingleses), contribuyó a la ruina de la industria nacional. En la misma línea, las siempre crecientes tendencias monopolistas de la flota holandesa condujeron gradualmente a la ruina de las flotas de las ciudades del Báltico, incluyendo la de Gdańsk, principal puerto polaco [...]

»Al obtener grandes beneficios de su privilegiada situación económica en el Báltico, los Países Bajos, Inglaterra y Francia desde fecha temprana, se tomaron un interés cada vez mayor en lo que sucedía en esta parte del mundo. En primer término, estos Estados deseaban preservar a su comercio de los inconvenientes de la guerra. Por ello podemos observar nuevos esfuerzos de mediación en los conflictos [de 1617, 1629, 1635].» Czalpinski, *XIe Congrès International des Sciences Historiques, Rapports*, IV, p. 37.

[104] «A partir de la segunda mitad del siglo XVI comenzaron a realizarse contratos colectivos entre casas comerciales alemanas de Nuremberg y otras ciudades, por una parte, y los gremios checos del encaje por otra, contratos que suponían un compromiso por parte de los gremios de entregar determinadas cantidades de encaje, de un cierto nivel de calidad, a precios fijados en el contrato.

»Después de la guerra de los Treinta Años, parece ser que el sistema de entrega colectiva por los gremios a las casas comerciales ya no podía garantizar, bajo las nuevas condiciones de la época, cantidades suficientes de la mercancía para su exportación ultramarina. Se tenían que desarrollar nuevas formas de producción y de comercio. Este sería el llamado sistema de encargos o trabajos a domicilio [*putting-out, Verlagssystem*], cuyo comienzo puede rastrearse ya en el siglo XVI, pero cuyo pleno desarrollo sólo se produjo en la segunda mitad del siglo XVII y en el siglo XVIII.» A. Klima y J. Macurek, «La question de la transition du féodalisme au capitalisme en Europe centrale (16e-18e siècles)», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, IV, *Histoire moderne*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 87.

[105] «Una característica especial distingue a la gran finca checa de los siglos XVI y XVII. Aquí también vemos el desarrollo de la producción de grano y de la agricultura primaria, pero al mismo tiempo se va más allá con el procesamiento de productos agrícolas, por ejemplo, la obtención de cerveza a partir del grano, y otros ejemplos de producción industrial. La cerveza es lo que da especialmente sus rasgos peculiares a las grandes fincas checas, diferenciándolas de sus vecinas de Alemania, Polonia y el norte de Hungría (es decir, Eslovaquia) [...] Otro rasgo diferenciador de

propia economía-mundo, parte del capital acumulado se dedicó al desarrollo industrial [106]. Incluso en el caso de la industria de exportación más importante de la economía-mundo europea, los tejidos, terreno en el que cabría haber esperado que la industria rusa sucumbiera ante la competencia, la industria local retuvo la mayor parte del mercado de masas, e incluso parte del mercado de calidad [107].

Podríamos hacer un análisis similar de por qué el imperio otomano no era parte de la economía-mundo europea [108]. Es tal

---

la producción agrícola checa en comparación con los países vecinos, en particular en el siglo XVI, fue el desarrollo de la cría de peces en viveros [...] Además, las grandes fincas feudales buscaron en tierras checas penetrar también en la producción industrial. En los siglos XVI y XVII estuvieron particularmente presentes en la búsqueda de minerales metálicos, la minería y la producción de hierro.» *Ibid.*, pp. 99-100.

[106] «Las condiciones para la acumulación de capital en manos de una clase nativa de comerciantes eran, por tanto, mucho más favorables en Rusia que en Polonia, siendo esta ventaja incluso mayor, ya que la nobleza rusa, que padeció crisis serias, muy serias, en el siglo XVI y comienzos del XVII, no tomaba gran parte en el comercio a gran escala.

»Además, parece que el capital acumulado localmente fue utilizado con fines productivos en una medida mucho mayor que en Polonia. Su inversión aceleró el ritmo de la colonización de las regiones económicamente atrasadas de Rusia, y en sus fronteras del norte y del sudeste. Ciertamente contribuyó a aumentar la cantidad de productos esenciales tanto para las necesidades internas del país como para su comercio exterior. Los comerciantes, además, invirtieron masivamente en ciertas industrias, como la minería de sal y la industria de hierro de los Urales, que resultarían de considerable importancia para el equipamiento de los ejércitos rusos. Por consiguiente, la cantidad de mercancías esenciales para la población del país como un todo creció; incluso gran número de campesinos se vieron introducidos en la red de la economía mercantil.» Malowist, *Past and Present*, 13, p. 39.

[107] «Nuestra conclusión es, por consiguiente, que entre los tejidos de la lana, en el siglo XVI, los más comunes eran la mezcla basta de lino y lana y la *svitka*; esto se ve corroborado por el testimonio de un visitante extranjero, Barberini. Hace hincapié, no sin arrogancia, en que los rusos no saben fabricar paños y los importan desde el exterior: "No obstante, en las zonas rurales de Rusia fabrican paño ordinario para uso de las clases inferiores, principalmente rurales, de la población. Se trata de paños bastos de lino y lana; distinguen una calidad superior, otra media y otra inferior, y los venden en los mercados de los pueblos".

»Un segundo grupo, considerablemente menos importante, incluía los paños de calidad, usados por las clases altas de la población y por la corte del zar. Se trataba principalmente de paños importados: flamencos (de Brujas, Ypres y Brabante), y más tarde ingleses. Pero esta categoría incluía también paños hechos en Rusia. Novgorod, en particular, era conocido por su paño de alta calidad.» Mankov, *Le mouvement des prix*, p. 102.

[108] Dos artículos que estudian el imperio otomano del siglo XVI, en relación con Europa, son el de Bernard Lewis, «Some reflections on the

vez más interesante dedicar nuestra atención a la cuestión del comercio portugués en el océano Indico y de cómo difería del comercio atlántico español.

Hemos de empezar prescindiendo del mito del papel de los turcos en el auge del comercio portugués en el océano Indico. Lejos de haber motivado el ascenso del imperio otomano el cierre del Mediterráneo oriental para la Europa occidental, motivando así la búsqueda por Portugal de la ruta del Cabo hacia Asia, se reconoce en general ahora que las exploraciones ultramarinas de Portugal precedieron el ascenso de los otomanos, y que la declinación del comercio de especias en el Mediterráneo oriental fue anterior a la entrada de Portugal en él. De hecho, A. H. Lybyer atribuye precisamente la «decadencia» del Levante mediterráneo no a las resistencias culturales ante la tecnología moderna, sino a la desviación estructural del comercio, y, por tanto, a la no inclusión del Levante en la economía-mundo europea en expansión.

[Los turcos] no fueron agentes activos en la obstrucción deliberada de las rutas. No aumentaron por su notoria indiferencia y conservadurismo grandemente las dificultades del tráfico oriental, si es que las aumentaron en absoluto. Tampoco hicieron imperativo el descubrimiento de nuevas rutas. Por el contrario, salieron perdiendo con el descubrimiento de una nueva y más ventajosa ruta. Si no hubiera habido un camino en torno a Africa, toda la historia del Levante desde el 1500 bien podría haber sido muy diferente. En primer lugar los sultanes mamelucos podrían haber encontrado en su comercio ininterrumpido suficiente apoyo financiero para permitirles resistir con éxito el ataque de los turcos en 1516. Pero si los turcos hubieran conquistado Egipto mientras la corriente principal del comercio oriental pasaba aún por él, se habrían visto privados del control de estas rutas mucho antes de lo que en realidad ocurrió, o habrían tenido que acomodarse al enorme y creciente comercio a través de sus dominios. En este último caso podrían haberse visto forzados a adoptar formas modernas, y a sumar a su maravillosa capacidad para la unificación territorial un esquema paralelo de organización de su comercio [...] El desplazamiento de las rutas comerciales no fue realizado por los turcos, sino a pesar de los turcos y en perjuicio suyo [109].

---

decline of the Ottoman Empire», *Studia Islamica,* XI, 1958, pp. 111-127, y el de Ömer Lutfi Barkan, «"La Méditerranée" de Fernand Braudel vue d'Istamboul», *Annales ESC,* IX, 2, abril-junio de 1954, pp. 189-200.

Véase el comentario de Otto Brunner: «En su estrecha conexión entre poder político, comercio a larga distancia y comercio de lujo, Bizancio estaba sin duda mucho más cerca del tipo ruso [de economía] que del de Europa occidental.» «Europäisches und russisches Bürgertum», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte,* XL, 1, 1953, p. 15.

[109] A. H. Lybyer, «The Ottoman Turks and the routes of oriental trade», *English Historical Review,* CXX, octubre de 1915, p. 588.

En un capítulo anterior hemos intentado explicar el complejo de fuerzas que dentro de Portugal (y España) llevaron a las exploraciones del siglo XV y al comercio ultramarino y los imperios del XVI. Resulta llamativo reflexionar acerca de cómo las motivaciones económicas de la expansión ibérica apuntaban marcadamente hacia las áreas atlánticas (el hemisferio occidental, aunque ellos no lo supieran, y Africa occidental), pero no hacia Asia, aunque la ideología de las exploraciones hiciera gran hincapié en la búsqueda de una ruta hacia las Indias. Por ejemplo, cuando Vitorino Magalhães-Godinho enumera largamente los factores que dominaron la fase inicial de la expansión portuguesa (la falta de oro, la escasez de grano, la búsqueda de tierras y esclavos para la producción de azúcar, la necesidad de zonas pesqueras), no hace mención alguna de la pimienta las especias, las drogas, las sedas, las porcelanas o las piedras preciosas, en suma, de todo aquello que los portugueses importarían de hecho de Asia en el siglo XVI [110]. Pero en el último cuarto del siglo XV se despertó el interés de los portugueses por el comercio de especias [111], y la búsqueda del Preste Juan quedó ligada a este interés en la mente del rey Juan II, «dado que el reino [del Preste Juan] le serviría como estación de tránsito en la ruta hacia la India, de donde los capitanes portugueses traerían de vuelta aquella riqueza hasta entonces suministrada por Venecia» [112]. Y el oro de Africa oriental, más la pimienta y las especias de Asia, constituirían de hecho más de la mitad de los ingresos del Estado portugués hacia el año 1506, creciendo desde entonces el peso del comercio asiático hasta constituir así el «puntal de la economía imperial» [113].

Vasco de Gama llegó, vio y conquistó mucho más y más rápidamente que Julio César. Resulta sin duda extraordinario que, en muy pocos años, los barcos portugueses dominaran completamente el extenso comercio del océano Indico. ¿Cuál era la estructura de esta empresa y cómo llegó a establecerse tan rápidamente?

---

[110] Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, pp. 40-41. Por una razón: Europa parecía bien provista de especias a través del Levante (véase p. 537), y Godinho duda de que en esa época los portugueses tuvieran en las especias algo más que un interés romántico y pasajero: «¿Orientaron sus actividades realmente [Enrique] u otros portugueses de su tiempo hacia estos países de maravillas [en el Oriente]? Parece más bien que no; ¿por qué habría estado interesado el comercio portugués en esta época en desviar en su provecho las rutas de las especias?» (p. 548).

[111] Véase *ibid.*, pp. 43, 550-551.

[112] *Ibid.*, p. 551.

[113] *Ibid.*, p. 831. Véase el cuadro de p. 830.

La respuesta a esto último es relativamente sencilla: la superioridad tecnológica del barco con cañones que había sido desarrollado en la Europa atlántica en los dos siglos anteriores, y a la cual se la había añadido en 1501 una innovación tecnológica crucial: la incorporación de aberturas para los cañones en los propios cascos de los barcos, por contraposición a su colocación en la superestructura [114]. ¿Era este adelanto tecnológico suficiente para explicar el éxito portugués, o debemos sumar a él la creencia de que Portugal «fue a Asia con un espíritu de determinación a triunfar que fue más fuerte que la voluntad de resistir de los pueblos asiáticos», como insiste George B. Sansom? [115]. Tal vez, aunque tiendo a sentir que las cualidades culturales, tales como un espíritu fruto de la psicología colectiva, son el producto de coyunturas estructurales sociales muy específicas y no sobreviven durante demasiado tiempo a su base.

En cualquier caso, desde aproximadamente 1509, cuando los portugueses derrotaron a la flota egipcia en Diu, la armada portuguesa mantuvo una «hegemonía incontestada» [116] en el océano Indico. Por añadidura, durante el siglo XVI (pero sólo

[114] «La [incorporación de aberturas para los cañones] fue de la mayor importancia. Dio a los barcos más grandes la posibilidad de aumentar enormemente su armamento. El montar los cañones en la cubierta principal no sólo hacía posible montar muchos más, sino que también hacía posible el uso de piezas mucho mayores sin poner en peligro la estabilidad del navío [...]

»Cuando los buques de la Europa atlántica llegaron [al océano Indico], nada pudo resistirlos. Como escribía Albuquerque orgullosamente a su rey en 1513, "al rumor de nuestra llegada todos los barcos [nativos] se desvanecieron, e incluso los pájaros dejaron de sobrevolar las aguas". No se trataba de prosa retórica. En los quince años siguientes a su primera llegada al Indico los portugueses destruyeron completamente la potencia naval de los árabes, y el rey pudo autodenominarse justificadamente "Señor de la Conquista, la Navegación y el Comercio de Etiopía, Arabia, Persia y la India".» Carlo M. Cipolla, *Guns and sails*, pp. 82, 137.

Una descripción detallada de los barcos portugueses de esta época puede verse en Frédéric Mauro, «Types de navires et constructions navales dans l'Atlantique portugais aux XVIe et XVIIe siècles», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, VI, julio-agosto de 1959, pp. 185-193.

[115] Citado con aprobación por C. R. Boxer, que da esta razón para dudar de que la explicación tecnológica sea suficiente: «El monopolio, sin embargo, no era tan completo como se podría creer. Además del hecho de que los portugueses nunca tuvieron suficientes barcos de guerra propios para hacer efectivo su cumplimiento en todos los momentos y lugares, los corruptos funcionarios coloniales eran sobornados fácilmente, y a menudo barcos nativos eran fletados por comerciantes portugueses (o en nombre suyo).» «The Portuguese in the East, 1500-1800», en H. V. Livermore, comp., *Portugal and Brazil, an introduction*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1953, p. 193.

[116] Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 18.

hasta 1570 en lo que se refiere a los estrechos de Malaca) los comerciantes portugueses se encontraban no sólo allí, sino en el mar de la China, en las costas de Africa oriental y occidental, en el Atlántico sur, en Terranova y, por supuesto, en Europa. «Así, presente por doquiera, una economía portuguesa» [117].

El sistema portugués de control en Asia era básicamente muy simple: una flota de dos escuadrones (uno para bloquear el mar Rojo y otro para patrullar la costa occidental de la India), un gobernador general en Goa y siete fuertes en la periferia [118]. Con propósitos comerciales mantenían una serie de puestos de comercio [*feitoria*] y establecieron tres grandes mercados intermedios, Malaca, Calicut y Ormuz, y una parada subsidiaria en Adén [119]. El mayor de ellos era Malaca, que se convirtió en un gigantesco almacén y puerto comercial, localizado en ella casi obligatoriamente porque los monzones obligaban a los barcos de vela procedentes del este a descargar allí [120]. Esta estructura fue desarrollada por la principal figura portuguesa en escena, Afonso de Albuquerque, que la elaboró como una solución a los dilemas militares de la empresa [121].

En general, el comercio estaba en manos del Estado [122], y, cuando el papel de Portugal empezó a desvanecerse a finales

---

[117] *Ibid.*, p. 19.

[118] Véase *ibid.*, p. 574.

[119] Véase *ibid.*, pp. 591, 595.

[120] Véase *ibid.*, p. 594.

[121] «Cuando las aspiraciones portuguesas debieron enfrentarse al desafío de rivales europeos con igual potencia marítima, la defensa del vasto comercio ganado exigió una organización más estrecha, y los puestos de guarnición necesitaron tropas que pudieran enfrentarse a un ataque europeo y resistir sin apoyo naval. La respuesta portuguesa fue elaborada en forma de tesis por el gobernador Afonso de Albuquerque, que desarrolló un plan para la construcción de una serie de fuertes independientes y para canalizar el comercio a través del puesto de Goa, en la costa malabar, y en Europa a través únicamente del puerto de Lisboa, que concentró su sistema defensivo en el área vulnerable del golfo Pérsico y el golfo de Adén, y que propuso una solución al problema de los hombres precisos mediante el desarrollo de una población mestiza.» Rich, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 204-205.

[122] «El más extenso comercio ultramarino realizado por el Estado fue el comercio de Portugal con la India y los puertos intermedios de la costa africana, un comercio que abrió caminos completamente nuevos. Desde sus primeros días, y hasta 1577, este comercio colonial fue promovido y, en la medida en que se cumplieron las normas legales que lo regulaban, emprendido enteramente por cuenta y riesgo del rey, y en sus propios barcos, y sólo en casos excepcionales se concedieron licencias a mercaderes privados para comerciar con la India, aunque estas excepciones fueron algo más frecuentes en el comercio africano.» Heckshér, *Mercantilism*, I, p. 341.

del siglo XVI, el sector privado abandonó totalmente el disminuido comercio, debido al creciente riesgo[123].

En unas pocas áreas pequeñas, los portugueses ejercían soberanía directa. En diversas áreas, tales como Cochin o Ceilán, el gobernante local se encontraba bajo «protección» portuguesa. Pero en la mayor parte de los lugares los portugueses no pretendieron gobernar políticamente, «circulando y comerciando con arreglo a las leyes, usos y costumbres de los Estados en que se encontraban»[124]. Como escribe Donald F. Lach, los europeos, en aquella época, «estaban interesados principalmente en aquellos países en que una unidad efectiva y una autoridad central permitían la existencia de condiciones estables para el comercio y de un clima favorable para la evangelización»[125].

Para apreciar por qué no consideramos el área comercial del océano Indico parte de la economía-mundo europea, a pesar de que estuviera tan completamente dominada por una potencia extranjera, debemos examinar sucesivamente el significado de esta dominación para los países asiáticos afectados, su significado para Europa y establecer una comparación con aquellas partes de las Américas que estaban bajo el dominio ibérico.

Parece haber poca duda de que un elemento importante en el relampagueante ascenso de Portugal, primero en el océano Indico y después en el mar de la China, fue el «vacío de comercio marítimo», como lo llama Trevor-Roper, que existía en aquella época en ambas áreas: «el vasto comercio de Asia —del cual el comercio a larga distancia con Europa no era más que un fragmento— estaba abierto al primero que llegara. Los portugueses llegaron y lo tomaron; y mientras duró el vacío —hasta

[123] «Sin embargo, desde finales del siglo XVI cayó en desgracia la ruta del Cabo, cuyo tráfico declinó considerablemente. Ahora los ingleses y los holandeses traían a Europa grandes cargas de pimienta y otras especias y drogas. Esta es la razón fundamental de que, a partir de 1597, el comercio volviera a manos del Estado: los empresarios privados ya no se atrevían a correr el riesgo de formar compañías para la "cosecha" de la mercancía de regreso ["la ferme de *trazida*"] [...] Los holandeses emprendieron sus primeras operaciones con seguridad respecto a sus ganancias, tanto a partir del comercio como del apresamiento de barcos portugueses; sus navíos viajaban, a la ida y a la vuelta, sin miedo a un ataque, lo que no sucedía con los portugueses. Por consiguiente, los empresarios privados no deseaban invertir su capital; reunir tan sólo pequeñas cantidades, siendo la mayor parte del capital invertida por el Estado, no era suficiente para constituir una compañía.» Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, pp. 696-697.

[124] *Ibid.*, p. 656.

[125] Donald F. Lach, *Asia in the making of Europe*, I, *The century of discovery*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1965, libro II, páginas 827-828.

que Europa se lo arrebató o Asia se resistió— fue monopolio suyo»[126]. El vacío no era económico, sino político, porque resulta crucial para la comprensión de la situación el hecho de que los portugueses no crearon este comercio. Se apoderaron de una red de comercio preexistente, que en aquel momento se encontraba en manos de comerciantes musulmanes (árabes y gujaratis) en el océano Indico, y de piratas *wako* en el mar de la China[127]. La expulsión de los comerciantes musulmanes, que fue la primera en producirse, se realizó «por la fuerza bruta, y no por competencia pacífica»[128]. Fue debida a una superioridad político-naval[129].

La principal importación de Asia a Lisboa era la pimienta, o la pimienta y las especias. Ya a finales del siglo XV, antes de que Portugal apareciera en escena, Europa consumía probablemente un cuarto de la producción de Asia[130], y para cubrir el incremento de demanda de Europa, la producción asiática se duplicó a lo largo del siglo[131]. A cambio, lo que obtenía principalmente Asia de Europa eran metales preciosos, plata y oro[132]. La plata venía en gran medida de las Américas y el

---

126 H. R. Trevor-Roper, *Historical essays*, p. 120.

127 Sobre el desplazamiento de los musulmanes del océano Indico, véase Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 630; C. R. Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, pp. 45-48. Sobre los portugueses como sustitutos de los piratas *wako*, véase Trevor-Roper, *Historical essays*, p. 120, que a su vez se basa en C. R. Boxer, *The Christian century in Japan*, y en Sansom, *A history of Japan*, II, p. 268.

128 Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, p. 46.

129 «Afortunadamente para los portugueses, en la época de su aparición en aguas de Asia los imperios de Egipto, Persia y Vijayanagar no tenían barcos armados en el océano Indico, y los navíos chinos habían quedado reducidos oficialmente, por decreto imperial, a la navegación a lo largo de la costa china.» Boxer, en Livermore, *Portugal and Brazil*, pp. 189-190.

130 Véase Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 596.

131 Véase *ibid.*, pp. 581-582, 591; Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, p. 59.

132 «La pimienta era la principal mercancía importada de Oriente, y la plata en barras la principal exportación a la "Goa dorada" [...] Durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XVI 'los comerciantes malabares de pimienta se negaron a aceptar como pago nada que no fuera oro.» Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, pp. 52, 60.

Cabe señalar que Chaunu piensa que este comercio constituía un buen negocio para Europa: «Se compraban de 120 a 150 000 toneladas de especias, sin casi ninguna mercancía a cambio, con 150 toneladas de oro, que el peso de la dominación había arrancado de las débiles sociedades africanas, y con una cantidad de metálico difícil de calcular, pero en absoluto comparable a las 6 000 toneladas de plata equivalentes que quedaban por compensar.» *Conquête et exploitation des nouveaux mondes (XVIe siècle)*, París, Presses Universitaires de France, 1969, p. 323.

Japón[133]. El oro parece haber venido al principio principalmente de Africa oriental[134], después del sudeste de Africa, de Sumatra y China[135].

Dada la apasionada acumulación por Europa de metales preciosos, resulta verdaderamente extraño que esta especie de desequilibrio formal de pagos persistiera durante tanto tiempo. Pero si Europa deseaba lo que Asia le ofrecía, parece que éste era el precio que había que pagar. Esto apunta a un sentido fundamental en el que Asia no era parte de la economía-mundo europea en este tiempo, dado que desde 1500 a 1600 las relaciones de Europa con los Estados asiáticos «eran conducidas ordinariamente en un marco y unos términos establecidos por las naciones asiáticas. Excepto aquellos que vivían en unos pocos

---

[133] «Tan sólo gracias a su comercio con América pudo desarrollar Europa su comercio asiático. Pues sin la plata del Nuevo Mundo, las especias, la pimienta, la seda, las piedras preciosas, más tarde la porcelana china, ninguno de estos preciosos bienes de lujo podría haber sido adquirido por Occidente.» Chaunu, *Séville*, I, pp. 13-14.

«El comercio con Occidente llegó a un punto de inflexión durante el período posterior a la apertura de las minas de plata mexicano-peruanas, pues el producto de éstas fluyó en considerable proporción hacia China a cambio de seda, porcelana y té.» Max Weber, *Religion of China*, p. 5. Weber señala que en China la plata se depreció con respecto al oro en esta época, cayendo de 4 : 1 en 1368 a 8 : 1 en 1574, 10 : 1 en 1635 y 20 : 1 en 1737.

«Después de China, Japón era el principal país con el que Portugal comerciaba. La prosperidad de Macao [en el siglo XVI] se debió en gran medida a la exportación de metales preciosos desde este país.» Chang, *Sino-Portuguese trade*, p. 117. La capacidad de Portugal para controlar el comercio entre China y Japón era lo que le permitía obtener parte de los metales preciosos con los que comerciaba en el sudeste asiático y en la India.

«El brusco aumento de la producción de oro y plata, especialmente de plata, a partir del siglo XVI, está estrechamente relacionado con el nuevo desarrollo del comercio exterior.

»El desarrollo del comercio con Japón por los barcos portugueses y el consiguiente aumento de las ganancias fueron, de hecho, un resultado del comercio intermedio, consistente en el cambio de plata japonesa por seda cruda y otras mercancías chinas.

»El principal propósito del comercio autorizado por Hideyoshi era conseguir mercancías chinas en un tercer país a causa de la política Ming que prohibía atracar en el continente a los barcos extranjeros, especialmente japoneses. El comercio exterior japonés disfrutó de un brillante período de desarrollo, y fue en este período cuando la producción de metales preciosos en el Japón alcanzó su más floreciente máximo.» A. Kobata, «The production and uses of gold and silver in 16th and 17th century Japan», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 2, octubre de 1965, pp. 245-246.

[134] Véase Chaunu, *Conquête*, p. 316.

[135] Véase Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, p. 60.

enclaves coloniales, los europeos estaban todos allí en una situación de tolerancia»[136]. Y esto a pesar de la superioridad militar de Europa. Porque hemos de recordar que esta superioridad militar era tan solo una superioridad *naval*[137].

Desde un punto de vista asiático, los comerciantes portugueses se diferenciaban en un aspecto fundamental de los que les habían precedido históricamente. Los compradores no eran «comerciantes —empresarios privados—, sino un formidable poder naval que actuaba en nombre de un Estado extranjero, en beneficio de sus comerciantes y de sí mismo»[138]. Esto significaba que las relaciones comerciales —de hecho, los precios— se fijaban por medio de tratados reconocidos por la ley internacional. Pero los Estados tenían que tratar con Estados. Y a los portugueses les costó cierto tiempo acostumbrarse al alto nivel de dignidad de Estado con el que se encontraban[139]. Inicialmente, los portugueses estaban deseosos de obtener los enormes beneficios que las capturas podían brindarles, pero al cabo de diez breves años se dieron cuenta que ésta era una política de muy poco alcance[140]. Se dedicaron entonces a convertirse en árbitros intermediarios del comercio *intra*asiático, cuyos beneficios utilizaron para capitalizar el comercio de la ruta del Cabo, trayendo tanto especias *como* metales preciosos a Portugal. Era, como dice Godinho, un «sueño grandioso», una «empresa desmesurada»[141]. Sacrificaron los metales preciosos (y más) por las especias, pero lograron un «comercio intraasiático centralizado», y eso era «algo totalmente nuevo en Asia»[142]. Traducido

[136] Lach, *Asia in the making of Europe*, libro I, p. xii. Véase Braudel: «Así, en los siglos XVI y siguiente circulan por el vasto espacio asiático productor de especias, de drogas y de seda las preciosas monedas de oro, y, sobre todo, de plata, acuñadas [en el Mediterráneo] [...] Los grandes descubrimientos hacen variar las rutas y los precios, pero no alteran esta realidad fundamental [de un déficit de pagos].» *La Méditerranée*, I, p. 422.

[137] «Aunque los europeos viajaban con aparente facilidad a lo largo de las rutas marítimas de Asia, tan sólo penetraban en los principales Estados del continente infrecuentemente y con dificultad. Y en el siglo XVI nunca estuvieron en posición de imponer su voluntad a los gobernantes imperiales de China o la India; las grandes capitales políticas y culturales del continente asiático no se sentían en ningún sentido amenazadas por sus armas.» Lach, *Asia in the making of Europe*, libro I, p. xii.

[138] Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 619.

[139] Véase la maravillosa historia del paso en falso de Vasco de Gama al encontrarse por vez primera con el rey de Calicut, en Godinho, *ibid.*, pp. 588-590.

[140] Véase *ibid.*, pp. 627-629.

[141] *Ibid.*, pp. 630-631.

[142] Meilink-Roelofsz, *Asian trade*, p. 119.

términos de la economía-mundo europea, el papel de los portugueses como intermediarios significaba que «una buena parte de las importaciones europeas derivaban de exportaciones invisibles de los servicios de flete y comerciales»[143]. El grado en el que el comercio intraasiático resultaba central para la economía de la presencia portuguesa en Asia se pone de relieve por el hecho de que tan sólo al cabo de setenta y cinco años, en 1578, el primer barco rápido sin escalas [*une «carrière» de droiture*] se dirigía de Lisboa a Malaca[144]. Así, para Asia los comerciantes portugueses significaron dos cosas: los comerciantes asiáticos tenían que tratar con un Estado como agente de los comerciantes, y el comercio *intra*asiático se vio racionalizado. No obstante, J. C. van Leur no cree que esto sea suficiente para hablar de cambio social:

> El régimen colonial portugués [...] no introdujo ni un solo elemento económico nuevo en el comercio del sur de Asia [...] El régimen portugués sólo introdujo un sumidero no intensivo en la estructura existente de fletes y comercio. El siguiente período [el de los holandeses] organizaría en su momento un nuevo sistema de comercio y fletes extranjeros, introduciría penetrantes relaciones coloniales y, crearía nuevas formas económicas en Europa, tal vez no como un resultado directo, sino más bien como un desarrollo paralelo potenciado por el sistema [...]
> El carácter internacional del comercio asiático se mantuvo, mientras que la independencia política de los Estados orientales permaneció prácticamente intocada por la influencia europea. La gran ruta comercial intraasiática conservó todo su significado[145].

Lo escrito sobre el tema tiende a apoyar la valoración de Van Leur[146]. Los portugueses llegaron y se encontraron con

[143] Cipolla, *Guns and sails*, p. 136.
[144] Véase Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 655.
[145] J. C. van Leur, *Indonesian trade and society*, La Haya, Hoeve Ltd., 1955, pp. 118-119, 165. Incluso Meilink-Roelofsz, que en general se muestra reservado frente a los análisis de Van Leur, considera que no se produce un cambio fundamental hasta el siglo XVII: «El presente estudio se propone mostrar tan sólo que ya en la primera mitad del siglo XVII [...] estaba comenzando a manifestarse el influjo europeo, incluso si, admitámoslo de inmediato, no se manifestaba todavía en todas partes ni en todos los aspectos.» *Asian trade*, pp. 10-11.
[146] «Los portugueses no habrían conseguido controlar, en quince años la mitad del comercio del océano Indico, si no hubieran incorporado y continuado la experiencia de un millar de años, si no hubieran sido capaces de construir, en buena medida, sobre lo ya existente. Sus rutas sobreimpusieron una nueva jerarquía; desviaron las más importantes corrientes del comercio. Pero en lo esencial dejaron intactos un millar de años de comunicaciones e intercambios. La revolución portuguesa es rápida porque se limita a la cumbre.» Chaunu, *Conquête*, p. 177.
«La presencia de los portugueses en la India apenas si fue sentida.

una floreciente economía-mundo. Organizaron ésta un poco mejor y se llevaron algunos bienes a casa como recompensa por sus esfuerzos. La organización social de la economía, así como las superestructuras políticas, permanecieron en gran medida intactas. El cambio principal tuvo lugar en la producción de pimienta, la única especia que «dio origen a una producción masiva» [147]. Pero la tecnología de la pimienta es tan simple que se requería muy poca mano de obra para expandir la producción haciéndola más extensiva, porque la pimienta tiene una propiedad importante: «una vez plantada no hay que preocuparse de ella» [148]. Por tanto, un siglo de dominación portuguesa sólo significó para la mayor parte de Asia que los beneficios los obtuvieran los portugueses en vez de los árabes. El historiador indio K. M. Pannikar resume esta perspectiva diciendo:

> No suponía ninguna diferencia para los gobernantes indios que sus comerciantes vendieran sus bienes a los portugueses o a los árabes. De hecho, los portugueses tenían una ventaja en el hecho de que eran capaces de vender a los gobernantes indios armas y equipo que éstos necesitaban. En lo concerniente a los comerciantes indios, desarrollaron rápidamente un sistema de permisos por medio del cual podían continuar su comercio sin la competencia de los comerciantes árabes, y en ese sentido puede decirse que el monopolio portugués les ayudó [149].

---

excepto por unos pocos individuos en unos pocos lugares [...] Es probable que, si los portugueses hubieran abandonado a finales del siglo XVI su imperio en la India, hubieran dejado menos rastro incluso que los griegos, los escitas y los partos: quizá algunas monedas, algunas palabras mutiladas en el lenguaje de los bazares, algunas comunidades de sangre mestiza en decadencia, y algunas tradiciones evanescentes de guerreros y sacerdotes extranjeros.» George B. Sansom, *The western world and Japan*, Nueva York, Knopf, 1950, p. 87.

«Malaca, como nexo vital del comercio, continúa, incluso tras su captura por los portugueses, observando prácticas comerciales largamente establecidas.» Lach, *Asia in the making of Europe*, libro II, p. 829.

«Sólo su armada permitía a los portugueses mantenerse, e incluso así su posición era precaria. En la guerra sobre tierra, su superior armamento era de poca utilidad, al resultar de hecho menos adecuado que las armas de los nativos para el combate en un terreno tropical. Los europeos, además, se enfrentaban con un número muy superior de nativos, familiarizados con el terreno y con el clima. Así, a lo largo de todo el siglo XVI, la influencia de los portugueses permaneció confinada a una pequeña área en torno a los establecimientos de la costa.» Meilink-Roelofsz, *Asian trade*, p. 124.

[147] Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 577.

[148] *Ibid.*, p. 578.

[149] K. M. Pannikar, *Asia and western dominance*, p. 53.

Esta es la razón de que, a pesar de que «las empresas de los reyes portugueses [...] combinaban monopolios de protección, de transporte y de productos transportados» [150], Charles Boxer pueda considerar al dominio marítimo portugués una «superestructura inherentemente frágil» [151]. Asia, incluso las regiones costeras del océano Indico, no se transformaron en parte de la economía-mundo europea en el siglo XVI. Asia era una extensa arena en la que Europa comerciaba, desde luego en términos un tanto desiguales. Es decir, elementos de monopolio impuestos a la fuerza interferían con las operaciones de mercado. Existió, utilizando la frase de Chaunu, una «conquista talasocrática» [152] por parte de Portugal, pero la vida interior de Asia continuó básicamente intacta pese a este contacto. Sin duda, sería difícil sostener que la producción primaria asiática formaba en estos tiempos parte de la división europea del trabajo.

Se puede hallar ulterior evidencia si observamos el impacto del comercio asiático portugués sobre Europa. Europa no conquistó Asia en el siglo XVI porque no podía hacerlo. Su ventaja militar existía solamente en el mar [153]. En tierra estaba retrocediendo todavía ante el ataque otomano [154], y este equilibrio militar sólo cambiaría con la revolución industrial [155].

Lo que Asia suministraba a Europa en esta época eran bienes de lujo. Ahora bien, los bienes de lujo son importantes y

---

150 Frederic C. Lane, *Venice and history*, pp. 426-427.

151 Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, p. 57.

152 Chaunu, *Conquête*, p. 205. Véase C. R. Boxer: «El viejo imperio colonial portugués fue esencialmente una talasocracia, ya se centrara en las especias de Oriente, en los esclavos de Africa occidental, o en el azúcar, el tabaco y el oro de Brasil. Era, sin embargo, un imperio marítimo fundido en un molde militar y eclesiástico.» *Race relations in the Portuguese colonial empire, 1415-1825*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1963, p. 2.

153 «Los europeos poseían una ventaja relativa sobre los mares. En tierra seguirían siendo por largo tiempo altamente vulnerables [...] [Los] europeos no fueron capaces de producir una artillería de campo móvil y eficaz hasta la cuarta década del siglo XVII [...]

»En general, los europeos consideraban que cualquier intento de extender su control al interior de Asia carecía de posibilidades de éxito [...]

»En una fecha tan tardía como 1689, las fuerzas de la Compañía de las Indias Orientales fueron completamente barridas en tierra en la India.» Cipolla, *Guns and sails*, pp. 138, 141, 145.

154 «Mientras Europa se expandía con intrepidez por ultramar e imponía agresivamente su predominio sobre los continentes de Asia, Africa y las Américas, en su frontera oriental retrocedía apresuradamente bajo la presión de las fuerzas turcas.» *Ibid.*, p. 140.

155 «La conquista o el control efectivos de vastas zonas del interior se produjo más tarde como un subproducto de la revolución industrial.» *Ibid*, p. 146.

nada despreciables, pero ocupan un segundo lugar con respecto a la comida (grano, ganado, pescado, azúcar) y la fuerza de trabajo necesaria para producirla. También quedan en segundo lugar con respecto a los metales preciosos, no como tales metales preciosos atesorados, sino como dinero (aunque era cosa de magia que los metales preciosos pudieran ser utilizados como dinero, estando la magia en la posibilidad de su uso eventual como mercancía, si fuera preciso).

En comparación con la comida, e incluso con los metales preciosos, una economía-mundo puede adaptarse con relativa facilidad a oscilaciones en el suministro de bienes de lujo.

La pimienta, puede argumentarse, no era totalmente un lujo; ni siquiera lo eran las especias, ya que resultaban esenciales para la conservación de la comida y como medicina [156]. Una vez más, era una cuestión de grados. La comida conservada era en su mayor parte carne, no exactamente un lujo, pero tampoco destinada a aquellos que vivieran con dietas de subsistencia. Lo mismo puede decirse de las medicinas [157]. Por supuesto, como argumenta Chaunu, con un nivel de vida creciente en Europa, y un equilibrio mundial de poder en pleno cambio, la pimienta se iba convirtiendo cada vez menos en un lujo. La cuestión, supongo, es en qué medida.

¿Cuándo aparece por primera vez [la pimienta] en Occidente? Tradicionalmente se señalan varios jalones. El primero son los contactos entre el Este y el Oeste en el Mediterráneo en los siglos XII y XIII, en tiempo de las cruzadas. Para ser más exactos, hay que tomar en consideración dos factores. El aumento del consumo de

---

[156] «Se nos hace difícil, en la actualidad, imaginar la importancia de las especias en el siglo XVI [...] Sin embargo, en tiempos en los que el azúcar era casi desconocido, en los que no se contaba ni con la refrigeración ni con los forrajes para proporcionar en invierno algo que no fuera carne salada o sazonada, en los que existían pocos vegetales que pudieran introducir vitaminas o variedad en la dieta, y en los que las especias y otras drogas orientales constituían la principal *materia médica*, les correspondía un lugar realmente importante en el comercio de Europa.» Robertson, *South African Journal of Economics*, XVIII, p. 42. No es cierto, sin embargo, como ya hemos visto, que el azúcar fuera virtualmente desconocido en esta época. Era cultivado de forma intensiva en las islas del Mediterráneo y del Atlántico, y estaba siendo introducido en el Brasil y, más tarde, en el Caribe.

[157] Se debe tener presente, sin embargo, el orden de importancia. La pimienta era relativamente más importante que las especias. Chaunu observa: «En el comercio del siglo XVI, la pimienta no era considerada una especia. La pimienta, esta base imprescindible de la conservación de la carne, no tenía el prestigio de las especias en el sentido más estricto de la palabra, ni el de las drogas.» *Conquête*, p. 200.

pimienta tiene que ser ligado, desde luego, al incremento del consumo de carne en los siglos XIV y XV, fenómeno que ha sido claramente establecido. Mucho más duradero, no obstante, el desarrollo de esquemas de consumo que implicaban productos costosos y procedentes de muy lejos me parece inseparable de la variación de la situación de poder con respecto a los siglos XII y XIII. Las especias suministradas *en las condiciones del* [*siglo*] XIII constituían un lujo. Lograrlas requería desarrollar ese poder que permitiría a la cristiandad occidental desarrollar lentamente su potencial [*le lent décollement de ses moyens*]. Este poder permitió al Occidente lograr uno tras otro esos diversos estimulantes para las papilas gustativas y el sistema nervioso que la cristiandad latina había sido menos hábil en producir que las civilizaciones orientales [158].

En cualquier caso, en la medida en que la pimienta no era un lujo, sino una seminecesidad, la más importante en *cantidad*, si no en precio, era precisamente la malagueta de Africa occidental, no los productos asiáticos [159].

No existe, por supuesto, ninguna duda de que el comercio asiático fue *rentable* para Portugal. Después de todo, de eso se trataba. Godinho emplea veinticinco páginas en evaluarlo. Un solo ejemplo, tal vez espectacular, bastará. El valor en moneda portuguesa de las mercancías recibidas fue evaluado en 1512 por Albuquerque como ocho veces superior al de las mercancías exportadas [160]. Es fácil ver, por tanto, por qué la pimienta fue «la mercancía especulativa más notable de [los siglos XVI y XVII], atrayendo la atención de los más grandes comerciantes y capitalistas de la época» [161]. La divisibilidad y la

---

[158] *Ibid.*, pp. 316-317. El subrayado es mío.

[159] «El comercio africano de especias representaba para Portugal un volumen de tráfico notablemente mayor que el de cualquier especia asiática, con la excepción de la pimienta y el jengibre, y a menudo mayor que su suma total. Por sí sola, la malagueta sobrepasaba casi siempre al jengibre. Por supuesto, el precio de la malagueta era sólo una fracción del precio de las especias orientales: en marzo de 1506, un quintal costaba 8 cruzados, mientras que el de pimienta se vendía a 22, el de canela, a 32 y 33, y el de jengibre, a 18 ó 19. Pese a su bajo precio, el valor total de la malagueta a menudo igualaba, y en ocasiones superaba, el de cada una de las otras especias, con excepción de la pimienta y el jengibre: pues 2 000 quintales de malagueta a 8 cruzados (y, en 1506, a 11) equivalían a 500 de canela a 32 cruzados o a 840 de jengibre a 19 cruzados.» Godinho, *L'economie de l'empire portugais*, p. 547. Véanse en las pp. 539-542 las descripciones botánicas y las situaciones geográficas de los productos de Africa occidental.

[160] La valoración se encuentra en *ibid.*, pp. 683-709. El ejemplo está en la p. 699.

[161] Glamann, *European trade*, p. 52.

durabilidad de la pimienta, así como su margen de beneficio, «la convertían en un excelente objeto de especulación»[162].

Esta especulación no era simplemente la del capitalista como empresario individual; era predominantemente la del Estado portugués, que buscaba «incrementar la riqueza nacional por medio del uso del poder militar», en palabras de Frederic Lane[163]. Consideraremos más adelante los costos de esta política. Resulta pertinente, no obstante, insertar en este punto la valoración que hace Lane de esta «especulación» colectiva:

> En un plazo largo de cincuenta a cien años, una política más pacífica, favorecedora de un mayor desarrollo del comercio oriental, podría haber hecho más rica a la nación. Aunque la conquista de la India incrementó el ingreso nacional portugués durante algún tiempo, vino seguida más adelante por un decrecimiento en la productividad de la mano de obra de la nación. Por lo tanto, no supone un caso claro de éxito en la utilización de la fuerza armada para incrementar la prosperidad de la nación[164].

Pero ¿podía haber seguido Portugal una «política más pacífica»? Resulta dudoso, en parte, como sugiere el propio Lane, a causa del tipo de capital y mano de obra que existía en Portugal en 1500[165].

No obstante, la discusión sobre la rentabilidad deja en claro las limitaciones de los beneficios comerciales en una arena externa. Los beneficios, en última instancia, son los que produce el pillaje. Y el pillaje es al cabo del tiempo algo destructivo, mientras que la explotación en el marco de una única economía-mundo se autorrefuerza.

---

[162] *Ibid.*, p. 53.

[163] Frederic C. Lane, «National wealth and protection costs», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 166, p. 376.

[164] *Ibid.*, p. 381.

[165] «En lo que los portugueses se mostraban superiores a otras naciones no era la astucia en el comercio, sino la audacia para aventurarse en la navegación y en la guerra. A causa de las tradiciones militares y religiosas de los portugueses, y de su estructura de clases, la política de cruzada proseguida en la India pudo estimular energías que obtuvieran para los portugueses más riquezas de las que éstos podrían haber ganado por medios menos belicosos. Un veneciano de 1500 era probable que creyera que los portugueses podían ganar más con una política más pacífica, porque tal habría sido el caso si la clase dirigente portuguesa hubiera sido en 1500 de carácter similar a la veneciana. Por estas fechas muchos nobles venecianos se habían vinculado de forma irreversible al comercio pacífico o a la gestión de fincas rurales. Ya no eran, como habían sido trescientos o cuatrocientos años antes, durante sus disputas con Bizancio, igualmente eficientes como comerciantes y como corsarios.» *Ibid*, páginas 395-396.

Tal vez esto quede más claro si intentamos ahora comparar sistemáticamente la actuación ibérica en Asia con la actuación ibérica en las Américas. En primer lugar, deberíamos decir unas palabras sobre las relaciones entre Portugal y España. La bula papal *Inter Coetera*, en su segunda versión de junio de 1493, trazó una famosa línea que supuestamente asignaba diversas partes del mundo no europeo al cuidado de Portugal y España a efectos de su evangelización [166]. Para las regiones atlánticas, esto venía a significar la soberanía de Portugal sobre el Brasil y las islas del Atlántico no pertenecientes al Caribe, y la de España sobre el grueso del continente. Supuestamente Asia era «asignada» a Portugal. Pero Magallanes convenció a Carlos V de que reinterpretara el mapa, siendo difícil en el siglo XVI estimar las longitudes, y tomó posesión de las Filipinas en nombre de la Corona española en 1520 [167], aunque, no obstante, no fueron ocupadas de hecho hasta 1564. De hecho, sólo cuando Portugal empieza a tambalearse como fuente de suministro de pimienta, a causa del resurgir de Venecia, manda España su expedición a las Filipinas en busca de pimienta, en las islas y en China [168].

Así nos encontramos con un predominio hispánico en las Américas, con un reducto portugués, y un predominio portugués en Asia, con un reducto español. Resulta llamativo hasta qué punto era semejante la política *ibérica* en ambas áreas. Ya que, en el siglo XVI, la península Ibérica establece *colonias* en las Américas, pero *puestos de comercio* en Asia [169].

---

[166] La historia se complica a causa de intrigas diplomáticas. Véase Samuel Eliot Morison, *Admiral of the ocean sea*, Boston, Little Brown, 1942, pp. 367-374; Chaunu, *Conquête*, pp. 251-254.

[167] Véase Pierre Chaunu, «Le galion de Manille», *Annales ESC*, VI, 4, octubre-diciembre de 1951, p. 449.

[168] Véase *ibid.*, pp. 450-451.

[169] Originalmente España intentaba establecer en las Américas puestos comerciales, no colonias. Lo único que condujo a España a la colonización fue la falta del tipo de economía política que habría podido permitir tal relación. Luis Aznar describe este proceso: «Ni los rudimentarios placeres de oro, ni el tráfico de esclavos, ni la capitación [...] produjeron lo bastante para igualar los gastos de las tres primeras expediciones emprendidas por Colón en el siglo XV y para pagar los salarios de los primeros colonos. Las noticias del desastre de la Española se extendieron rápidamente, y originaron descrédito en los círculos de la corte [...]

»[La corte cambió su política, y] de esta manera lo que comenzó como una empresa feudal se convirtió, a comienzos del siglo XVI, en un sistema orgánico de gobierno, prototipo del que establecerían los países colonizadores en el curso de los dos primeros siglos de la era moderna.» «Las

Ya hemos escrito acerca de la política española en las Américas y la política portuguesa en Asia. Es digno de señalar que cada uno intentó generalizar su experiencia dominante a la otra área, pero que, percatándose de su error, ambos llegaron a adaptarse a los requerimientos del área. Los portugueses intentaron limitar su presencia en Brasil al establecimiento de puertos comerciales, pero se vieron obligados a colonizarlo, como medida preventiva, alrededor de 1530 [170]. De forma semejante los españoles pretendieron utilizar un sistema de encomiendas en las Filipinas, pero el comercio internacional era insuficiente para sufragar su costo, y volvieron al esquema portugués. «El comercio de Manila se asentó así en un intercambio directo de plata procedente de Nueva España a cambio de productos chinos» [171].

La razón de estas dos diferentes políticas parece ser, como ya hemos apuntado, doble. Por una parte, los beneficios de la colonización americana fueron en cierto sentido mayores. Por

---

etapas iniciales de la legislación sobre indios», *Cuadernos Americanos*, VII, 5, septiembre-octubre de 1948, pp. 177-178.

[170] «Durante la primera mitad del siglo XVI, los portugueses consideraron el descubrimiento del Brasil como una cuestión de importancia secundaria. De hecho, los esfuerzos por consolidar el control sobre la línea costera de lo que ahora es Brasil, a grandes rasgos entre los puertos actuales de Santos y Recife, fueron en gran medida una acción refleja tomada para impedir que Francia e Inglaterra establecieran enclaves costeros, competidores de los portugueses, para la exportación del palo de Brasil utilizado como tinte en la industria de tejidos de lana de los Países Bajos e Inglaterra. El temor a la competencia fue lo único que condujo en la segunda mitad del siglo a una ocupación permanente y al establecimiento de una economía de plantación.» Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *The colonial heritage of Latin America*, p. 22; véase Chaunu, *Conquête*, p. 222.

Véase el siguiente análisis de la actitud de Portugal hacia Brasil en esta época: «En la fase inicial, la inexistencia de tesoros de fácil captura redujo el interés por el Brasil, tanto más cuanto que el comercio de las Indias Orientales conocía en esa época su más extraordinario desarrollo. La Corona portuguesa, procurando atraer capitales privados para su colonia americana, la dividió en doce capitanías hereditarias, cuyos donatarios serían investidos de gran parte de los privilegios reales. La inexistencia de base económica, a excepción de la región en que se implantó el cultivo de la caña de azúcar, llevó esa experiencia al fracaso. La Corona debió asumir directamente y por mucho tiempo los costos de defensa de amplios territorios de escaso valor económico. Aunque inspirado, en sus aspectos formales, en instituciones feudales portuguesas, el régimen de capitanías hereditarias debe ser entendido como un esfuerzo por atraer capitales privados para la obra de expansión comercial dirigida por la Corona, asemejándose al de las compañías de comercio que en la segunda mitad del siglo XVI surgieron en Inglaterra y Holanda.» Celso Furtado, *Economic development of Latin America*, pp. 9-10, n. 2.

[171] Harrison, *New Cambridge Modern History*, III, p. 554.

otra parte, las dificultades de colonizar Asia eran mucho mayores. La combinación de ambas significó que las Américas se convirtieron en la *periferia* de la economía-mundo europea del siglo XVI, mientras Asia seguía siendo una *arena externa*.

Al hablar de beneficios no nos referimos a ganancias a corto plazo, aunque incluso en este terreno las Américas parecen haber aventajado a Asia aproximadamente en un 50 por 100 [172], sino a las ganancias a largo plazo en términos de costos de oportunidad. El comercio asiático era un *comercio de importación*, especialmente aquella parte de él que atravesaba el Levante [173]. De hecho, una de las razones por las que España abandonó eventualmente el galeón de Manila fue precisamente la oposición interior a la sangría de metales preciosos que representaba [174].

---

172 «Para el orden de magnitud del siglo XVI, no obstante, tenemos [...] [que] si Lisboa, con el Oriente Lejano, vale 1, Brasil vale entre 0,05 y 0,1, y Sevilla vale 1,5. Al comienzo del siglo XVII Sevilla vale más o menos una vez y media lo que Lisboa.» Chaunu, *Conquête*, p. 269.

Esto no nos dice nada sobre la importancia de este comercio para Europa en su conjunto. «Es difícil medir el peso de Sevilla y Lisboa, es decir, el peso del monopolio, el peso del cuarto sudoccidental de la península Ibérica, porque es más fácil medir el monopolio que medir el mundo europeo sobre el que éste se apoya. Las diferencias en las posibilidades de medida, en relación con la evaluación de la importancia del comercio americano, dominado por Sevilla, y del comercio asiático, dominado por Lisboa, no resultan de ninguna incapacidad intrínseca para medir los monopolios, sino, en medida mucho mayor, de nuestra incapacidad temporal para medir el resto [es decir, lo que no forma parte del monopolio].» *Ibid.*, p. 273.

173 «Mientras que la mayor parte de las importaciones de ultramar se pagaban con exportaciones de moneda y metales preciosos —el comercio de las Indias Orientales era decididamente un comercio de importación, con el fin principal de satisfacer una demanda europea y no de encontrar mercados para los productos europeos—, las importaciones a través del Levante presentaban un aspecto bastante diferente. Los mundos de Arabia y las Indias codiciaban numerosos artículos de los países del Mediterráneo. El cobre era un metal del que existía particular demanda, y era enviado hacia el este desde Europa central a través de Venecia. Se exportaba hacia el este coral de las pesquerías de la costa tunecina, en parte por la Compagnie du Corail francesa, que operaba desde Marsella en la segunda mitad del siglo XVI. Tejidos, mercurio y azafrán, junto con el opio de Egipto, entraban en la corriente de bienes que se intercambiaban entre los países mediterráneos, el Levante y las Indias. Indudablemente, esta circunstancia explica también por qué el tráfico de caravanas no llegó a un punto muerto cuando los portugueses descubrieron la ruta marítima a las Indias e intentaron dar una nueva dirección al transporte de la pimienta.» Glamann, *Fontana Economic History of Europe*, II, pp. 56-57.

174 «El mayor adversario del galeón de Manila era, sin duda, la misma administración española. A los ojos de los comerciantes de Sevilla, cuyas quejas llegaban fácilmente a los Consejos del Rey, a los ojos de la orto-

Sin duda, esto no carece de excepciones, como ya hemos indicado. Parece, por ejemplo, que los bosques de teca de la India fueron incorporados en cierta medida a la economía-mundo europea como suministradores de madera para los barcos construidos en los astilleros de Goa [175].

Pero esto resulta secundario comparado con la cosecha de metales preciosos, madera, cuero y azúcar del Nuevo Mundo, en el cual se pasó durante este siglo de una técnica de recolección a una forma estable de producción utilizando mano de obra barata con supervisión europea [176], lo cual *transformó* la estructura social de las áreas involucradas, incorporándolas a la economía-mundo europea [177].

---

doxia bullonista de la corte, el comercio del galeón era el peor de todos los comercios con el Oriente Lejano; su déficit se cubría con la exportación de metales preciosos.» Chaunu, *Annales ESC*, VI, p. 458.

Otra razón para oponerse a este flujo de metales preciosos era que éstos, cada vez más, ni siquiera pasaban por Lisboa y Sevilla: «Por la ruta del Cabo, los reales [de plata] fluían hacia todo el Oriente. Gracias a ellos el comercio de China —porcelana, seda cruda y telas de seda, oro— superó a todos los demás y condujo a frecuentar el Japón, mercado para la seda y fuente de plata. El profundo deseo del metal blanco en China, por una parte, y el desarrollo de la América española, por otra, condujeron a la creación de una ruta directa de Acapulco a Manila, la cual despertó la hostilidad de Goa y Lisboa y las unió a Sevilla, también perjudicada por dicha ruta.» Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 833.

No obstante, el caso español muestra un violento contraste con el de Inglaterra. A comienzos del siglo XVII, la Compañía de las Indias Orientales inglesa se vio atacada por la sangría de plata que acompañaba su comercio, y a la que muchos juzgaban responsable de las depresiones comerciales de la época. «Ante esto, la respuesta de la Compañía fue que, desde el momento en que sus reexportaciones al continente y al Oriente Medio superaban en valor al tesoro enviado a las Indias, toda la cuestión era inseparable de la balanza de pagos del país en su conjunto.» K. N. Chaudhuri, «The East India Company and the export of treasure in the early 17th century», *Economic History Review*, XVI, 1, agosto de 1963, p. 25. La Compañía, por supuesto, tenía toda la razón. «Europa» estaba perdiendo metales preciosos, pero Inglaterra, no. La diferencia estriba en la incapacidad española para situarse en el centro del comercio interregional en Europa, como lo hizo Inglaterra en esta época.

[175] Véase Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, pp. 56-57; también Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, p. 683.

[176] Véase Chaunu, *Conquête*, pp. 290-296, 300-311.

[177] Véase la descripción que hace Boxer del impacto del azúcar sobre la estructura social brasileña. *The Portuguese seaborne empire*, pp. 84-105. En lo referente a las operaciones mineras, véase Alvaro Jara: «Es incuestionable que en muchas regiones de las Américas la minería tuvo un tremendo poder para reorganizar, incluso socavar, la estructura que la población había tenido en la era precolonial. La nueva concentración de las poblaciones indígenas producida por la creación de los centros mineros —y no pensamos sólo en Potosí, sino en muchos otros centros de produc-

Sólo cuando no tenía opción, cuando no podía lograr un producto en el marco de su propia economía-mundo, salía Europa a la arena exterior para conseguirlo a un costo más elevado. Por ejemplo, la seda. Woodrow Borah ha descrito las razones del hundimiento de la producción mexicana de seda cruda a finales del siglo XVI [178]. Es precisamente entonces, como señala Chaunu, cuando nos encontramos con «el apogeo del comercio con galeones, la masiva, brusca y efímera llegada de seda china al mercado de las Indias» [179]. Por supuesto, cuando los españoles no tienen más plata americana que ofrecer a los chinos, no pueden comprar seda, y el comercio del galeón de Manila se viene abajo alrededor de 1640 [180].

Como regla general, los límites geográficos de una economía-mundo son una cuestión de equilibrio. La dinámica de fuerzas en el centro puede llevar a una presión expansionista (como vimos que ocurrió en Europa en el siglo XV). El sistema se expande hacia el exterior hasta que llega al punto en que la pérdida es mayor que la ganancia. Un factor, por supuesto, es la distancia, en función del estado de la tecnología. Al principio mencionamos el concepto de un mundo de sesenta días. Hay muchas formas de estimar el tiempo. Compárese la descripción

---

ción de plata, oro y mercurio— creó, probablemente por vez primera, el fenómeno social de esas masas flotantes y desposeídas, desarraigadas de todo, sin un futuro o una seguridad para el mañana, agrupadas en zonas seudourbanas, en las que la concepción de la ciudad no tenía para ellas ningún sentido como tal, al menos en la medida de poder conllevar una mejora de su anterior nivel de vida.» Jara, *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, p. 28.

[178] Woodrow Borah señala que se comenzó a producir seda porque era «compacta y fácilmente transportable en carreta o mula, garantizaba bajos costos de transporte, un mercado seguro en la colonia o en España, y grandes ganancias». *Silk-raising in colonial Mexico* (Ibero-Americana, vol. 20), Berkeley, Univ. of California Press, 1943, p. 15. Borah ofrece tres explicaciones de la decadencia de la producción de seda: el declinar de la población india a causa de los malos tratos; los excesivos impuestos y explotación de los indios, que les llevaron a huir y destruir los bosques de moreras; la disminución de las ganancias a causa del suministro adicional, procedente de Filipinas, al mercado mundial. Véase su larga discusión de estas causas de la decadencia en las pp. 85-101.

[179] Chaunu, *Annales ESC*, VI, p. 462, n. 1. Aunque Borah parece indicar en un pasaje que el auge del comercio filipino fue una de las causas del declinar de la seda mexicana, en otro pasaje sugiere que sucedió a la inversa, apoyando de esta forma a Chaunu: «Por contraste, el desarrollo del comercio filipino coincidió con la decadencia de la producción mexicana de seda; las importaciones en gran escala de sedas chinas comenzaron en 1579, y por esas fechas comenzó a declinar el cultivo doméstico de la seda.» Borah, *Silk-raising*, p. 90.

[180] Véase Chaunu, *Annales ESC*, VI, pp. 460-461.

de Chaunu del tiempo para ir de la península Ibérica a las Américas y a Asia. Del primero dice: «viaje de ida, un mes; regreso, seis semanas, incluyendo el viaje completo las cargas y descargas, en un ciclo anual que se extiende entre los períodos muertos del invierno» [181]. Del otro dice:

En el punto de distancia máxima —digamos el eje Sevilla-Manila, allá por 1565—, el universo nacido de la larga transformación de los siglos XV y XVI es un universo de cinco años. Es decir, cinco años es el tiempo medio necesario para un viaje de ida y vuelta de España a las Filipinas [182].

Está claro que la diferencia era considerable.

Pero la resistencia de la distancia se veía multiplicada por la resistencia de la autoridad establecida. Las Américas fueron conquistadas fácilmente. Incluso los Estados estructurados, como los aztecas y los incas, no fueron adversarios para las armas europeas. Asia era otra cuestión totalmente distinta. Ni Portugal ni sus sucesores del siglo XVII fueron capaces de lograr la potencia de fuego necesaria para hacer conquistas territoriales significativas. A falta de esto, no podían establecer un sistema como en las Américas o en la Europa oriental, en que un poco de fuerza permite una gran expropiación de excedente. Por el contrario, requería mucha fuerza (los portugueses contra sus rivales marítimos) lograr la adquisición de una cantidad menor de excedente (porque los comerciantes locales podían insistir en reservarse un porcentaje mucho mayor). Una forma de considerar esto es estimar la rentabilidad de los usos alternativos de la fuerza. Frederic Lane lo conceptualiza así:

Me arriesgo a proponer como hipótesis que las empresas [coloniales] que utilizaron la fuerza para el pillaje y contra el comercio de sus rivales [por ejemplo, los portugueses en Asia], se vieron en general sujetas a ingresos cada vez menores, pero que muchas empresas que utilizaron la fuerza para crearse protección [contra la destrucción o captura de su capital y la pérdida de su fuerza de trabajo], incluyendo muchas que impusieron el trabajo forzado [por ejemplo, los portugueses en Brasil], disfrutaron de la ventaja de ingresos crecientes [183].

Manejarse en la periferia y en la arena externa requiere diferentes habilidades. Sólo en la periferia el grupo económica-

---

[181] Chaunu, *Conquête*, p. 290.
[182] *Ibid.*, p. 277. Una larga discusión sobre distancias y tiempos se encuentra en las pp. 277-290.
[183] Lane, *Venice and history*, p. 28.

mente más poderoso es capaz de reforzar su posición por medio también de la dominación cultural. Los portugueses comprendieron esto mucho mejor que los españoles. Estos últimos consideraban la evangelización cristiana mucho más prioritaria que los portugueses, que percibían mejor los límites de su poder en este gran encuentro cristiano-musulmán en el Asia del siglo XVI. Chaunu señala que los españoles hicieron grandes esfuerzos por detener la penetración musulmana en las Filipinas. Tuvieron un cierto éxito, pero pagaron un precio económico: «Esta profunda hostilidad hacia el Islam, esta incapacidad de llegar a acuerdos con los principillos musulmanes de las Molucas, ¿no constituye la verdadera explicación, más que la hostilidad portuguesa, de por qué los españoles de las Filipinas no consiguieron tener éxito en el comercio de especias?» [184]. Comparemos esto con la decisión portuguesa en el Congo, donde al principio jugaron con la evangelización, la colonización, e incluso con la agricultura de cultivos para el mercado, y posteriormente se dieron cuenta de que los costos eran demasiado elevados y se retiraron a una relación de puerto comercial en la que buscaban primariamente esclavos y marfil [185].

En Asia, la dominación portuguesa del océano Indico y los estrechos de Malaca se enfrentó a crecientes amenazas al avanzar el siglo XVI «largo»: de los árabes *cum* Venecia (la antigua ruta del Levante), de las estrellas ascendentes del noroeste de Europa (Inglaterra y Holanda), y de renacientes fuerzas indígenas en Asia.

En un capítulo anterior hemos hablado ya del resurgir del Mediterráneo oriental en el «segundo» siglo XVI. Por tanto, recapitulemos brevemente aquí. Aislar el Levante requería un costoso bloqueo. El núcleo de la cuestión era que «Portugal no era suficientemente rico para mantener esta vasta red, sus fuertes,

---

[184] Chaunu, *Annales ESC*, VI, p. 455, n. 2.

[185] Alfredo Margarido observa: «El Congo "pagano" rehusaba el sello del catolicismo y resistía las exigencias de una economía colonial [*économie de traite*]. Los portugueses se vieron obligados a desmantelar el reino, para poder crear el excedente indispensable para proseguir su política de colonización en Sudamérica.» «L'ancien royaume du Congo», *Annales ESC*, XXV, 6, noviembre-diciembre de 1970, p. 1725.

Boxer también dice que lo que él considera un «prometedor experimento» se vino abajo tras la muerte del rey don Alfonso I en 1543, «parcialmente a causa de los compromisos crecientes de Portugal en Asia y Sudamérica, pero principalmente a causa de la difusión e intensificación del tráfico de esclavos». *Race relations*, p. 20. Véase también Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, pp. 97-103; Georges Balandier, *Daily life in the kingdom of the Kongo*, Nueva York, Pantheon, 1968.

sus costosos escuadrones, sus funcionarios»[186]. En la década de 1530, los turcos pudieron llegar otra vez al golfo Pérsico, y a partir de entonces la participación portuguesa en el comercio declina[187]. Para 1560 Alejandría exportaba tantas especias a Europa como a finales del siglo XV[188], aunque, sin duda, proporcionalmente menos. Más aún, los portugueses no querían o no podían bajar sus precios para hacer frente a la competencia veneciana[189]. Y, por supuesto, sólo nos referimos al comercio de

---

[186] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 496. La corrupción era otro factor en este comercio de altas ganancias: «Durante algunas décadas después de 1500, los portugueses pusieron serios obstáculos al comercio por el mar Rojo, y forzaron a los precios de las especias en Alejandría a sobrepasar su nivel del siglo XV. Más tarde, los funcionarios portugueses en la India se hicieron tan ineficientes, o tan fáciles de corromper, que dejaron de poner costosos obstáculos al comercio por el mar Rojo y el golfo Pérsico.» Frederic C. Lane, *Venice and history*, p. 33.

[187] Véase Lybyer, *English Historical Review*, XXX, p. 586.

[188] Lane, *Venice and history*, p. 31.

[189] Godinho cita a un mercader veneciano del siglo XVI, Cesare de Federici: «La pimienta que va a Lisboa no es tan buena como la que llega a través de los estrechos de la Meca [probablemente el mar Rojo]; porque el enviado del rey de Portugal hizo hace muchos años un contrato con el rey de Cochin, en nombre del rey de Portugal, y fijó el precio de la pimienta, con la consecuencia de que el precio no podía subir ni bajar. Así el precio es muy bajo, de forma que los campesinos sólo la entregan muy renuentemente, y está poco madura y sucia. Como los mercaderes árabes pagan mejor, les dan mejor pimienta, mejor preparada.» *L'économie de l'empire portugais*, pp. 638-639.

Godinho insiste en que las pérdidas de navíos en la ruta del Cabo *no* son una explicación de la decadencia portuguesa: «En conclusión: en el transcurso de ciento treinta y seis años, las pérdidas en el viaje de ida representan menos de un 11 por 100, y en el de vuelta, menos de un 15 por 100. Cuando en 1558, preparando una especie de presupuesto para el comercio de especias, se incluyó una partida para una pérdida anual de uno de cada cinco barcos (20 por 100) en el viaje de regreso, el cálculo fue muy generoso. El italiano Sassetti, que estaba familiarizado con el Mediterráneo, y que había pasado por la experiencia de verse obligado a regresar a su puerto de partida el año anterior, escribió desde Cochin que era menos peligroso ir de Lisboa a la India que de Barcelona a Génova» (p. 671).

Cabe preguntar, como lo hace Guy Chaussinand-Nogaret en una crítica del libro de Godinho, por qué los portugueses no desarrollaron en esta época grandes compañías comerciales, como lo hicieron más tarde ingleses y holandeses, que pudieran haber utilizado métodos comerciales más eficientes para superar a sus competidores europeos. (Un intento de crear en 1628 una compañía de este tipo fracasó.) «¿Por qué Portugal, que parecía haber estado a la cabeza del gran movimiento que vio el nacimiento del moderno capitalismo comercial, se encontró a comienzos del siglo XVII incapaz de seguir los modelos del norte [de Europa que por entonces existían]? ¿No se encuentra parte de la respuesta en el papel que desempeñaba el capitalismo internacional en Lisboa, lo que Virginia Rau ha llamado "especulación [*agiotage*] cosmopolita"? Lo que nos lleva

pimienta, dado que el comercio de drogas no parece haberse convertido en un monopolio portugués en ningún momento[190]. De hecho, la decadencia portuguesa se ha de medir por el hecho de que eventualmente, a partir de 1580, buscaron sacar tajada del propio comercio veneciano[191]. La decadencia de Portugal era, por tanto, muy real. Godinho nos previene de pasar al otro extremo e imaginar una rosada imagen de Venecia en pleno ascenso[192], cuestión que ya hemos analizado. Venecia no podía recoger todo lo que dejaba caer Portugal.

Un rival aún más efectivo era el noroeste de Europa. No debemos olvidar que cuando las Coronas de España y Francia se declararon ambas en bancarrota en 1557, la Corona portuguesa siguió sus pasos en 1640. No revisaremos las razones del ascenso de Holanda y de Inglaterra. Pero debemos tomar nota de un factor crucial en el comercio de especias, que es la existencia de hecho de *dos* comercios de especias, llamados a menudo «el contrato asiático», y «el contrato europeo». Es decir, había ganancias al traer las especias de Asia a Lisboa (o Venecia, o más adelante Amsterdam) y había beneficios sobre estas mismas especias al revenderlas a sus consumidores europeos finales, que se hallaban fundamentalmente en el norte de Europa[193].

---

de nuevo a la cuestión de quiénes fueron los grandes beneficiarios del comercio de especias. Evidentemente no lo fue el país que poseía su monopolio: el "rey de la pimienta" vio cómo sus ganancias quedaban devoradas por la enormidad de las inversiones requeridas.» «L'or, le poivre, le Portugal et l'économie mondiale», *Annales ESC*, XXV, 6, noviembre-diciembre de 1970, p. 1595. A la luz de este comentario, véase el punto de vista de Furtado, ya recogido en la nota 170.

El único intento portugués de establecer una compañía privada de este tipo se produjo prácticamente por iniciativa del Estado. Fundada en 1628, se disolvió en 1633. Véase Da Silva, *En Espagne*, pp. 140-141.

[190] Véase Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, pp. 596-616. Dice que las acciones portuguesas en el océano Indico, incluso en su momento de mayor eficacia, «no tuvieron casi importancia sobre el suministro de drogas» (p. 616).

[191] Véase *ibid.*, p. 771. Como los turcos prohibieron a los súbditos del rey de España (lo que a partir de 1580 incluía a los portugueses) comerciar en su dominios, los mercaderes portugueses tomaban nombres franceses, ingleses o venecianos.

[192] Véase *ibid.*, p. 714. Sobre las iniciales dificultades venecianas en 1502, Godinho dice también: «La crisis no fue causada por los viajes portugueses, puesto que los precede [...] Es decir, que el establecimiento de la ruta de las Indias y la acción emprendida contra el comercio del mar Rojo recayeron sobre un cuerpo que tenía abiertas heridas graves y extremadamente sensibles, lo cual, sobrepasando la causa inmediata de la apertura de la crisis, la transformó en una depresión duradera» (p. 729).

[193] Véase Kellenbenz, *Annales ESC*, XI, p. 8.

Los portugueses no tenían la red necesaria para vender la pimienta en Europa, especialmente después de la decadencia de Amberes, con la que tenían estrechas relaciones. Dice Chaunu del Portugal de 1585:

Aislado del norte, el rey de España, que gobierna en Lisboa desde 1580, ofrece en vano el contrato de Europa. Italia no es suficientemente fuerte [*n'est pas du taille*]. Nadie en España puede soñar en ello. Tiene que sustituir a Amberes por toda la fuerza del capitalismo alemán, el de los Welser y los Fugger.

¿Cómo decirlo más claramente? En definitiva, el contrato de Europa toma prioridad sobre el contrato de Asia [194].

Pero los Welser y los Fugger, a su vez, no son suficientemente fuertes para enfrentarse a los ingleses y a los holandeses [195]. Y el ascenso de los holandeses es de hecho el golpe de gracia para Venecia, porque Amsterdam, «más eficiente que [Lisboa], le rompe el cuello al viejo comercio mediterráneo» [196].

Los holandeses (y los ingleses) no sólo tenían ventaja en Europa. Su superioridad naval en el océano Indico suponía una ventaja financiera adicional. Podían sacar ganancias no sólo del comercio, sino también del saqueo de barcos portugueses [197]. Aun

---

[194] Chaunu, *Conquête*, p. 358.

[195] «Hamburgo tan sólo disfruta brevemente de su primacía en el comercio internacional de especias. La década de 1590 fue de gran importancia en la ampliación del comercio colonial. Holandeses e ingleses buscaron con éxito ampliar su participación en el mercado mundial de especias.» Kellenbenz, *Annales ESC*, XI, p. 23.

La red holandesa en Europa fue utilizada también para sacar tajada del comercio brasileño de azúcar en esta época: «Brasil era la principal fuente del azúcar consumida en Europa. La mayor parte del comercio de azúcar y esclavos entre Brasil y Portugal o entre el Africa occidental y Brasil, estaba todavía en manos de mercaderes y contratistas portugueses, muchos de ellos de origen judío; pero la exportación de azúcar de Portugal al resto de Europa estaba en manos de los holandeses, y los capitanes holandeses también se afanaban en un comercio clandestino con los puertos brasileños. Los portugueses locales estaban en connivencia con este comercio, y resistían los esfuerzos de la burocracia española por impedirlo. En Portugal, los mercaderes también cedieron sus nombres, a cambio de una comisión, a las empresas comerciales holandesas, durante los períodos en los que el comercio holandés con los puertos de la península Ibérica estuvo oficialmente prohibido.» Parry, *Age of reconnaissance*, p. 277.

[196] Chaunu, *Séville*, I, p. 13.

[197] Véase Godinho, *L'économie de l'empire portugais* pp. 696-697. Pero en la p. 671 Godinho previene prudentemente contra la sobreestimación de este mismo factor.

Los holandeses e ingleses comenzaron a viajar a América también en esta época. Cuando los españoles decretaron un bloqueo de la navegación holandesa en la península Ibérica en 1595, los holandeses sufrieron una

así, los holandeses (y los ingleses) no introdujeron aún un nuevo elemento en el escenario asiático. Continuaron el papel intermediario de los portugueses [198].

Esto nos lleva entonces a lo que sucede en Asia. Al venirse abajo los portugueses, los gobernantes asiáticos recuperan cierto control. Por ejemplo, de 1570 en adelante, en los estrechos de Malaca, los javaneses se apoderan del comercio de especias, al menos hasta la intrusión de los holandeses en 1596 [199]. Durante

---

aguda escasez de sal, que era una exportación ibérica. Hermann Kellenbenz subraya el hecho de que la sal «era muy importante para la industria [holandesa] del arenque». «Spanien, die nördlichen Niederlande und die Skandinavisch-baltische Raum in der Weltwirtschaft und Politik um 1600», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLI, 4, 1954, p. 293.

Los holandeses descubrieron que se podía obtener sal en la península de Araya, en el litoral caribeño de Sudamérica. Comenzaron a explotarla, y en el viaje de vuelta los barcos se dedicaban en buena medida al contrabando y al pillaje. Para España el resultado era grave: «Para España, ante todo, esto significaba que su política europea de restricción de la sal [como presión política sobre los "rebeldes" del norte de los Países Bajos] había resultado un fracaso. España perdía abiertamente el precio de las ventas y los derechos que antes obtenía al enviar la sal peninsular a los holandeses. Ahora éstos recibían sal americana gratis y libre de impuestos, por un valor estimado de un millón de florines anuales.» Engel Sluiter, «Dutch-Spanish rivalry in the Caribbean area, 1594-1609», *Hispanic American Historical Review*, XXVIII, 2, mayo de 1948, p. 181.

España trató de expulsar a los holandeses, y logró hacerlo temporalmente, pero tan sólo al precio de armar una gran flota y abrir nuevamente la península Ibérica a los holandeses por la tregua de 1609. En cierto sentido era demasiado tarde para reparar el daño. «Para España, la intrusión en gran escala de los holandeses en el Caribe, sincronizada con su fuerte presión marítima y comercial en Oriente Lejano, Africa occidental, Brasil, Guayana y la misma península, fue un factor adicional que vino a complicar la defensa ibérica del mundo colonial tropical [...] Temporalmente España rehizo sus defensas en el Caribe y, en cierta medida, en todas partes, pero ¡a qué precio! Lanzada abruptamente a la defensiva en todo el mundo colonial por los holandeses en este periodo, se agotó protegiendo la vital zona tropical hasta el punto de que no le quedó ninguna energía para afirmar sus derechos exclusivos en las zonas todavía no ocupadas de los márgenes de su imperio. Sólo en este contexto resultaba inteligible, por ejemplo, que Inglaterra pudiera descubrir y conservar Virginia, su primera y débil avanzada en América, sin interferencias de los españoles, que poseían sólidas bases en el Caribe y Florida.» Sluiter, *Hispanic American Historical Review*, XXVIII, páginas 195-196.

[198] Véase Cipolla, *Guns and sails*, p. 136. Véase Chaudhuri: «Tanto los ingleses como los holandeses encontraban extremadamente lucrativo el participar en el "comercio interior" de Asia, y su patrón normal de comercio era invertir su plata en la compra de bienes por piezas en la India, para cambiarlos luego por especias en las Indias Orientales.» *Economic History Review*, XVI, p. 26.

[199] Véase Godinho, *L'économie de l'empire portugais*, pp. 814-817.

un cierto tiempo los portugueses compensaron esto con su nuevo monopolio del transporte comercial entre China y Japón[200]. Pero, al conseguir los japoneses superar la anarquía interna, ya no necesitaron más a los portugueses. Originalmente los emperadores Ming habían prohibido comerciar a los japoneses a causa de su ira contra los piratas *wako*. Una vez que los *wako* estuvieron bajo control, el comercio directo fue posible de nuevo. Más aún, ahora los holandeses y los ingleses aparecían en escena sin ninguna gentileza hacia España(-Portugal). Los japoneses empezaban a sentirse incómodos con los jesuitas, y ahora era posible ya para Japón aislarse del mundo, especialmente dado que los fabricantes indígenas estaban eliminando la necesidad de seda china[201].

Tal vez el aislamiento del Japón fuera ocasionado por la excesiva agresividad evangelizadora de la Iglesia cristiana, como afirma C. R. Boxer[202]. Es preciso tomarse en serio una hipótesis proveniente de Boxer, cuya amplitud de conocimientos y juicio histórico exigen respeto. No obstante, existe poca evidencia empírica que él haya presentado para respaldar su juicio. ¿Acaso no es posible que Japón se hubiera aislado de todas formas, dada su creciente fuerza interior y lo exiguo de sus relaciones con cualquier economía-mundo?

Los ciudadanos portugueses aprendieron la lección de la decadencia del *boom* de los puertos comerciales. Empezaron a

---

[200] Véase Boxer, *The Portuguese seaborne empire*, p. 63.

[201] Véase Trevor-Roper, *Historical essays*, pp. 120-123.

[202] «De no ser por la introducción, crecimiento, y forzosa supresión del cristianismo militante en los siglos XVI y XVII, parece probable que el Japón de los Tokugawa no se habría replegado a su concha de aislamiento. Esto a su vez implica que la expansión ultramarina de Japón en este período no habría abortado. Los japoneses, pacíficamente o por otros medios, se habrían establecido en Filipinas, Indochina, y en ciertas regiones de Indonesia, para el fin del siglo XVII; y con toda probabilidad habrían podido compartir los frutos de la revolución industrial europea muchas décadas antes de la fecha en la que efectivamente lo hicieron.» C. R. Boxer, *The Christian century in Japan*, p. vii. Siempre es difícil discutir análisis del tipo «qué habría sucedido si». Pero me parece que los hechos subsiguientes se pueden interpretar de forma muy distinta. ¿No se puede sostener acaso que sólo porque Japón en esta época se encerró tan efectivamente en su concha pudo resurgir en el siglo XIX con la suficiente fortaleza para negarse a desempeñar un papel periférico en el sistema mundial, y, por tanto, para industrializarse rápidamente?

Eijiro Honjo expresa un punto de vista similar al de Boxer sobre las razones del aislamiento: «Los males que acompañaron la difusión del catolicismo romano en Japón causaron que el *shogunado* Tokugawa adoptara la política de aislamiento.» «Facts and ideas of Japan's oversea development prior to the Meiji restoration», *Kyoto University Economic Review*, XVII, 1, enero de 1942, p. 1.

distanciarse de su patria y a adaptarse a la supervivencia en Asia. En términos económicos, se convirtieron en gran medida en asiáticos de extracción europea, aunque en términos políticos no fuera así en la misma medida y no lo fuera en absoluto en términos culturales. J. B. Harrison describe la creciente autonomía militar y política del *Estado da India* en el transcurso del siglo XVI, proceso que va aparejado con la creciente importancia para los portugueses del comercio intraasiático[203]. Con el creciente conflicto de intereses entre los portugueses de Portugal y los de la India,

> los portugueses se incrustan en los mundos del Oriente, instalándose por doquiera como *casados* [literalmente, aquellos que mantienen un hogar], se ajustan a los intereses locales o regionales, se entregan a operaciones locales o interregionales[204].

Cuando España absorbe a Portugal en 1580, se acentúa aún más el proceso. Los portugueses locales no quieren dejar entrar a los castellanos en su mercado, y el rey de España carece de fuerza para obligarles[205]. Esto significa que en lugar de irla introduciendo en el estatus de área periférica, un siglo de presencia ibérica distanció aún más a Asia. Hasta más o menos un siglo después, Europa no llegaría a ser suficientemente fuerte como para empezar a incorporar estas regiones.

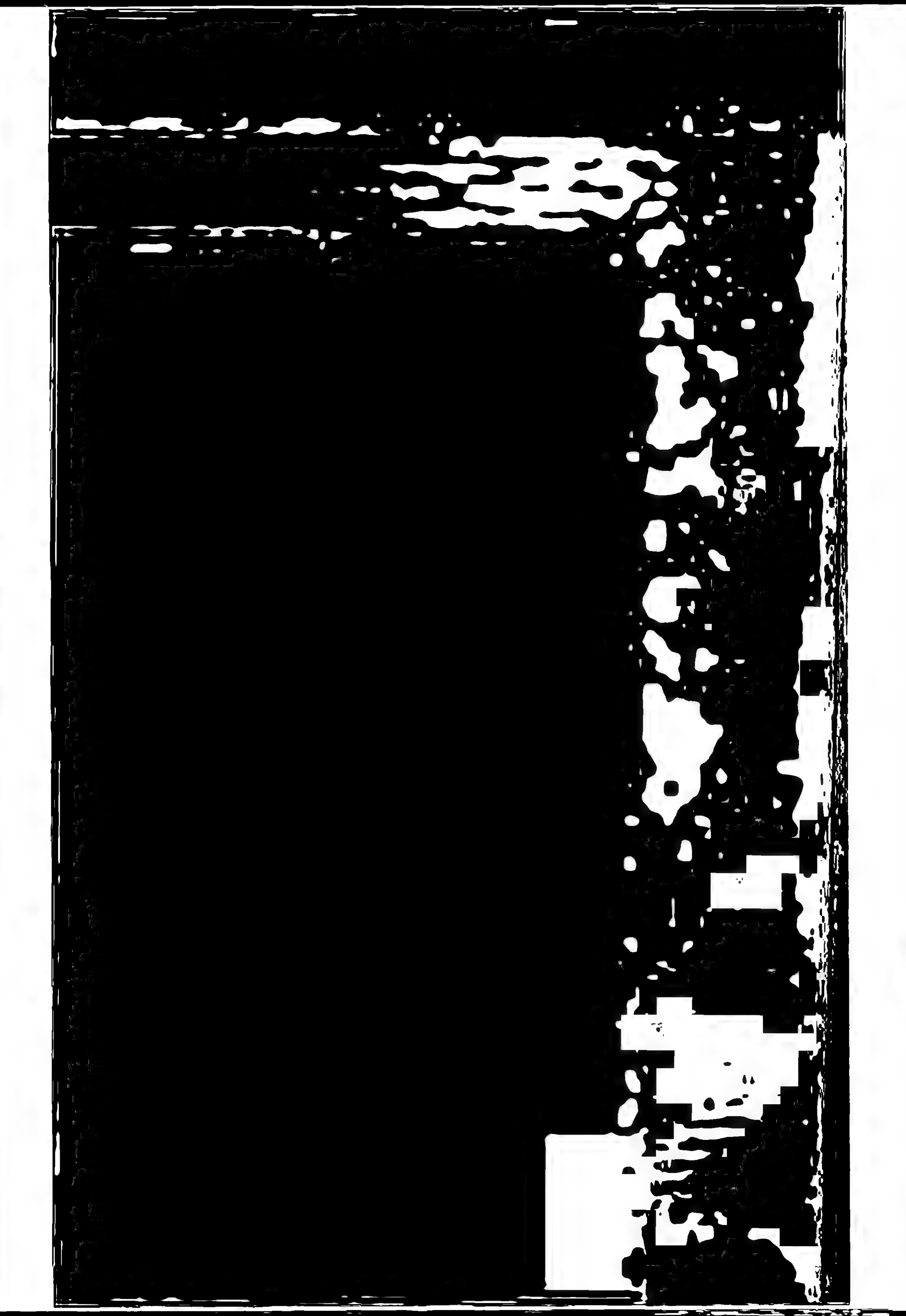
---

[203] Véase Harrison, *New Cambridge Modern History*, III, pp. 538-543. Godinho dice que la capitanía de las Molucas era, alrededor de 1570, «prácticamente independiente». *L'économie de l'empire portugais*, p. 812.

[204] Godinho, *ibid.*, p. 783.

[205] «La primera reacción de los empavorecidos habitantes portugueses de Macao [cuando se enteraron en 1582 de la unión de España y Portugal en 1580] fue poner la colonia fuera del alcance de los gobernadores españoles. Pues si los portugueses de Macao quedaban reducidos a la condición de súbditos españoles ordinarios, y si el puerto de Macao se abria entonces a los españoles, como cabía esperar, el "monopolio" portugués sobre el comercio chino llegaría inmediatamente a su fin, y su pérdida sería irreparable.» Chang, *Sino-Portuguese trade*, p. 100.

Se llegó a un compromiso. Se otorgó a los portugueses de Macao un estatuto semiindependiente, jurando fidelidad a la Corona española, pero enarbolando bandera portuguesa y obteniendo de los chinos un estatuto de mandarinato de segunda clase. Chang pone en claro los motivos de los españoles para aceptar este compromiso: «El rey de Castilla, [...] temiendo que una interferencia en los asuntos internos de Macao pudiera conducir a enfrentamientos, e incluso a una revuelta abierta, aceptó su sumisión nominal.» *Ibid.*, p. 101.





«Richmond Palace» o «El Támesis en Richmond», óleo del primer cuarto del siglo XVII, realizado por David Vinckenboons (1578-1629), artista flamenco que emigró a Inglaterra y pintó por encargo real en tiempos de Jacobo I y Carlos I.

7. REPASO TEORICO

El teorizar no es una actividad separada del análisis de los datos empíricos. Los análisis sólo se pueden hacer en términos de proposiciones y esquemas teóricos. Por otra parte, los análisis de acontecimientos o procesos deben incluir como punto de partida una serie completa de valores específicos de alguna de las variables, sobre cuya base se pueda explicar cómo se llegó a los resultados finales. Para presentar la explicación histórica con claridad, a menudo hay que asumir o pasar por alto la exposición de las interrelaciones formales entre las variables.

Consiguientemente, a menudo tiene sentido repasar el material una segunda vez, más brevemente y de forma más abstracta, en la conclusión. Sin duda esto debería ser útil para el lector. Pero resulta aún más importante para el autor, al obligarle a un grado de rigor en el análisis cuya ausencia podría perfectamente pasar desapercibida en medio de la complejidad de los detalles. El material empírico tratado hasta aquí ha sido, sin duda, complejo; de hecho, mucho más complejo de lo que era posible reflejar. Por tanto, nos proponemos revisar lo que se ha venido argumentando en este libro.

Para describir los orígenes y el funcionamiento inicial de un sistema mundial, he tenido que formular una cierta concepción de éste. Un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación, y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo para su beneficio. Tiene las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida durante el cual sus características cambian en algunos aspectos y permanecen estables en otros. Se puede definir sus estructuras como fuertes o débiles en momentos diferentes en términos de la lógica interna de su funcionamiento.

Lo que caracteriza a un sistema social, desde mi punto de vista, es el hecho de que la vida en su seno está en gran medida

autoincluida, y que la dinámica de su desarrollo es en gran medida interna. El lector puede pensar que la utilización de la expresión «en gran medida» es un ejemplo de ambigüedad académica. Admito que no puedo cuantificar. Probablemente nadie pueda hacerlo jamás, dado que la definición está basada en una hipótesis contrafáctica: si el sistema, por cualquier razón, quedara aislado de todas las fuerzas externas (lo que no ocurre virtualmente nunca), la definición implica que el sistema continuaría funcionando sustancialmente de la misma manera. Una vez más, por supuesto, es difícil traducir el término sustancialmente en criterios operacionales fuertes. No obstante, la cuestión es importante, y resulta clave para muchas partes del análisis empírico de este libro. Tal vez debiéramos considerar la idea de autoinclusión como un absoluto teórico, una especie de vacío social, raras veces visible y aún más implausible de crear artificialmente, pero que aun así constituye una asíntota socialmente real, la distancia a la cual es mensurable de alguna forma.

Utilizando tal criterio, se sostiene aquí que la mayor parte de las entidades descritas usualmente como sistemas sociales —«tribus», comunidades, naciones-Estado— no son, de hecho, sistemas totales. Por el contrario, de hecho argumentamos que los únicos sistemas sociales reales son, por una parte, las economías relativamente pequeñas, altamente autónomas, de subsistencia, que no formen parte de ningún sistema que exija tributo regular; y, por otra parte, los sistemas mundiales. Es preciso, sin duda, distinguir a estos últimos de los primeros, porque son relativamente grandes; es decir, constituyen, en lenguaje familiar, verdaderos «mundos». Más precisamente, no obstante, quedan definidos por el hecho de que su autoinclusión como entidades económico-materiales está basada en una división extensiva del trabajo, y de que contienen en su seno una multiplicidad de culturas.

Más aún, se sostiene aquí que hasta el momento sólo han existido dos variedades de tales sistemas mundiales: imperios-mundo, en los que existe un único sistema político sobre la mayor parte del área, por más atenuado que pueda estar su control efectivo, y aquellos sistemas en los que tal sistema político único no existe sobre toda o virtualmente toda su extensión. Por conveniencia, y a falta de un término mejor, utilizamos el término «economía-mundo» para definir a estos últimos.

Finalmente, hemos argumentado que antes de la era moderna las economías-mundo eran estructuras altamente inestables, que

tendían a convertirse en imperios o a desintegrarse. La peculiaridad del sistema mundial moderno es que una economía-mundo haya sobrevivido durante quinientos años y que aún no haya llegado a transformarse en un imperio-mundo, peculiaridad que es el secreto de su fortaleza.

Esta peculiaridad es el aspecto político de la forma de organización económica llamada capitalismo. El capitalismo ha sido capaz de florecer precisamente porque la economía-mundo contenía dentro de sus límites no uno, sino múltiples sistemas políticos.

No estoy defendiendo aquí el clásico argumento de la ideología capitalista según el cual el capitalismo es un sistema basado en la no interferencia del Estado en los asuntos económicos. Todo lo contrario. El capitalismo se basa en la constante absorción de las pérdidas económicas por las entidades políticas, mientras que las ganancias económicas se distribuyen entre manos «privadas». Lo que defiendo en vez de eso es que el capitalismo como modo económico se basa en el hecho de que los factores económicos operan en el seno de una arena mayor de lo que cualquier entidad política puede controlar totalmente. Esto les da a los capitalistas una libertad de maniobra que tiene una base estructural. Ha hecho posible la expansión económica constante del sistema mundial, aunque con una distribución muy desigual de sus frutos. El único sistema mundial alternativo que podría mantener un alto nivel de productividad y cambiar el sistema de distribución supondría la reintegración de los niveles de decisión políticos y económicos. Esto constituiría una tercera forma posible de sistema mundial, un gobierno mundial socialista. Esta no es una forma que exista en el presente, y no era remotamente concebible siquiera en el siglo XVI.

Las razones históricas de que la economía-mundo europea apareciera en el siglo XVI y resistiera a los intentos de transformarla en un imperio han sido expuestas largamente. No las repasaremos aquí. Se debe destacar, no obstante, que las dimensiones de una economía-mundo son función del estado de la tecnología, y en particular de las posibilidades de transporte y comunicación dentro de sus límites. Dado que esto es algo sometido a cambios constantes, no siempre favorables, los límites de una economía-mundo son siempre fluidos.

Hemos definido un sistema mundial como un sistema en el que existe una división extensiva del trabajo. Esta división no es meramente funcional —es decir, ocupacional—, sino geográfica. Es decir, la gama de tareas económicas no está distribuida uniformemente a lo largo y lo ancho del sistema mundial.

En parte esto es consecuencia de consideraciones ecológicas, sin duda. Pero en su mayor parte es función de la organización social del trabajo, que magnifica y legitima la capacidad de ciertos grupos dentro del sistema de explotar el trabajo de otros, es decir, de recibir una parte mayor del excedente.

Mientras que en un imperio la estructura política tiende a ligar la cultura con la ocupación, en una economía-mundo la estructura política tiende a ligar la cultura con la localización espacial. La razón es que en una economía-mundo el primer punto de presión política accesible a los grupos es la estructura local (nacional) del Estado. La homogeneización cultural tiende a servir los intereses de grupos clave, y las presiones se ensamblan para crear identidades cultural-nacionales.

Este es particularmente el caso en las áreas favorecidas de la economía-mundo, lo que hemos llamado Estados del centro. En tales Estados, la creación de un fuerte aparato de Estado unido a una cultura nacional, fenómeno a menudo llamado integración, sirve como mecanismo para proteger las disparidades surgidas en el seno del sistema mundial y como máscara ideológica justificadora del mantenimiento de tales disparidades.

Las economías-mundo están divididas, pues, en Estados del centro y áreas periféricas. No digo *Estados* periféricos porque una característica de las áreas periféricas es que el Estado indígena es débil, oscilando entre la no existencia (es decir, una situación colonial) y la existencia con un escaso grado de autonomía (es decir, una situación neocolonial).

Existen también áreas semiperiféricas que están entre el centro y la periferia en una serie de dimensiones, tales como la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato de Estado, la integridad cultural, etc. Algunas de estas áreas eran áreas centrales en versiones anteriores de una cierta economía-mundo. Otras eran áreas periféricas, promocionadas más adelante, por así decirlo, como resultado de la geopolítica cambiante de una economía-mundo en expansión.

La semiperiferia, no obstante, no es un artificio de puntos de corte estadísticos, ni tampoco una categoría residual. La semiperiferia es un elemento estructural necesario en una economía-mundo. Estas áreas juegan un papel paralelo al representado, *mutatis mutandis*, por los grupos comerciantes intermedios en un imperio. Son puntos de recopilación de cualificaciones vitales, a menudo políticamente impopulares. Estas áreas intermedias (como los grupos intermedios en un imperio) desvían parcialmente las presiones políticas que los grupos localizados primariamente en las áreas periféricas podrían en otro

caso dirigir contra los Estados del centro y los grupos que operan en el seno y a través de sus aparatos de Estado. Por otra parte, los intereses localizados primariamente en la semiperiferia se hallan en el exterior de la arena política de los Estados del centro, y encuentran difícil perseguir sus fines a través de coaliciones políticas que podrían estar abiertas para ellos si estuvieran en la misma arena política.

La división de una economía-mundo supone una jerarquía de tareas ocupacionales en la cual las tareas que requieren mayores niveles de cualificación y una mayor capitalización quedan reservadas para las áreas de mayor rango. Dado que una economía-mundo capitalista recompensa esencialmente el capital acumulado, incluyendo el capital humano, en mayor medida que la fuerza de trabajo «en crudo», la mala distribución geográfica de estas cualificaciones ocupacionales posee una fuerte tendencia hacia su automantenimiento. Las fuerzas del mercado la refuerzan en vez de minarla. Y la ausencia de un mecanismo político central en la economía-mundo hace muy difícil la introducción de fuerzas capaces de contrarrestar la mala distribución de los beneficios.

Por lo tanto, el proceso en marcha en una economía-mundo tiende a aumentar las distancias económicas y sociales entre sus distintas áreas en el mismo proceso de su desarrollo. Un factor que tiende a enmascarar este hecho es que el proceso de desarrollo de una economía-mundo trae consigo adelantos tecnológicos que hacen posible la expansión de sus márgenes. En este caso, regiones particulares del mundo pueden cambiar su papel estructural en la economía-mundo en beneficio propio, a pesar de que simultáneamente puede seguir aumentando la disparidad de beneficios entre los diferentes sectores de la economía-mundo en su conjunto. Para observar este fenómeno crucial claramente hemos insistido en la distinción entre el área periférica de una economía-mundo dada y la arena externa de dicha economía-mundo. La arena externa de un siglo se convierte a menudo en la periferia —o semiperiferia— del siguiente. Pero también, por otra parte, los Estados del centro pueden convertirse en semiperiféricos y los semiperiféricos en periféricos.

Mientras que las ventajas de los Estados del centro no han dejado de aumentar a lo largo de la historia del sistema mundial moderno, la capacidad de un Estado en particular para permanecer en el sector del centro no está libre de amenazas. Los galgos andan siempre a la carrera en pos de la liebre persiguiendo el primer puesto. De hecho, bien podría ocurrir que en

este tipo de sistema no fuera posible estructuralmente evitar, a lo largo de un extenso período de tiempo histórico, una circulación de las élites, en el sentido de que el país particular predominante en un momento dado tiende a ser reemplazado más pronto o más tarde por otro país.

Hemos insistido en que la moderna economía-mundo es, y sólo puede ser, una economía-mundo capitalista. Por esta razón hemos rechazado la denominación de «feudalismo» para las diversas formas de agricultura capitalista basadas en el trabajo obligado que surgen en una economía-mundo. Más aún, aunque esto no se haya discutido en este volumen, por esta misma razón observaremos con gran reserva y prudencia en futuros volúmenes la afirmación de que existen en el siglo XX economías nacionales socialistas en el marco de la economía-mundo (por oposición a movimientos socialistas que controlan ciertos aparatos de Estado en el seno de la economía-mundo).

Si los sistemas mundiales son los únicos auténticos sistemas sociales (fuera de las economías de subsistencia verdaderamente aisladas), esto implica que la emergencia, la consolidación, y los papeles políticos de las clases y los grupos de estatus deben estudiarse como elementos de este sistema *mundial*. Y a su vez se sigue que uno de los elementos clave para analizar una clase o un grupo de estatus no es sólo el estado de su autoconciencia, sino la amplitud geográfica de su autodefinición.

Las clases siempre existen potencialmente [*an sich*]. La cuestión es bajo qué condiciones adquieren conciencia de clase [*für sich*], es decir, bajo qué condiciones operan en las arenas político-económicas como un grupo, e incluso en cierta medida como una entidad cultural. Tal autoconciencia es función de las situaciones de conflicto. Pero para los estratos superiores el conflicto abierto y, por tanto, la conciencia clara, siempre son *faute de mieux*. En la medida en que los límites de clase no se hagan explícitos, en esa medida será más probable que se mantengan los privilegios.

Dado que en las situaciones conflictivas las múltiples fracciones tienden a reducirse a dos en virtud de la formación de alianzas, es por definición imposible tener tres o más clases (conscientes). Es obvio que puede existir una multitud de grupos de intereses ocupacionales que pueden organizarse para actuar en el seno de la estructura social. Pero tales grupos son en realidad una variedad de los grupos de estatus y de hecho a menudo se solapan con otros tipos de grupos de estatus, tales como los definidos por criterios étnicos, lingüísticos o religiosos.

Decir que no puede haber tres o más clases no significa, no obstante, que siempre haya dos. Puede no haber ninguna, aunque esto es raro y transitorio. Puede haber una, y esto es lo más común. Puede haber dos, y esto es de lo más explosivo.

Decimos que puede haber una sola clase, aunque hemos dicho también que las clases sólo existen de hecho en situaciones de conflicto, y los conflictos presuponen dos partes. No existe contradicción ninguna en ello, dado que un conflicto puede darse entre una clase, que se concibe a sí misma como la clase universal, y todos los otros estratos. Esta ha sido, de hecho, la situación habitual en el sistema mundial moderno. La clase capitalista (la *burguesía)* ha afirmado ser la clase universal y pretendido organizar la vida política para alcanzar sus objetivos contra dos oponentes. Por una parte estaban quienes hablaban a favor del mantenimiento de las tradicionales distinciones de rango, a pesar de que estos rangos pudieran haber perdido su correlación original con la función económica. Tales elementos preferían definir la estructura social como una estructura sin clases. Fue para contrarrestar esta ideología para lo que la burguesía llegó a actuar como una clase consciente de sí misma.

Pero la burguesía tenía otro oponente, los trabajadores. Siempre que los trabajadores tomaban conciencia de sí mismos como clase, lo que no era demasiado frecuente en el siglo XVI, definían la situación como una situación polarizada en dos clases. En tales circunstancias la burguesía se encontraba con un profundo dilema táctico. En la medida en que mantenían su propia conciencia de *clase,* instigaban con este hecho la conciencia de clase de los trabajadores, y se arriesgaban, por tanto, a minar su propia posición política. En la medida en que para resolver este problema ponían sordina a su conciencia de clase, se arriesgaban a debilitar su posición frente a los poseedores del alto rango tradicional.

El proceso de cristalización de la conciencia de clase de una burguesía, que se considera una clase universal que extrae sus miembros de todos los rangos sociales, ha quedado ilustrado por nuestra discusión de la emergencia de la *gentry* como categoría social en la Inglaterra de los Tudor o del ascenso de los burgueses [*burghers*] en el norte de los Países Bajos. Una de las formas en que apoyaban su afirmación de ser una clase universal era mediante el desarrollo de un sentimiento nacional, que daba un barniz cultural a su afirmación.

El profundo dilema de una burguesía amenazada con la insurrección por la izquierda, por así decirlo, y que temía una

alianza entre sus dos grupos oponentes, bajo la forma de exigencias regionalistas, ha quedado ilustrada en nuestras discusiones sobre la Francia del «segundo» siglo XVI. La burguesía optó allí por una retirada temporal. Tal vez no tenían ninguna otra alternativa viable. Pero esta retirada había de tener consecuencias a largo plazo en el posterior radicalismo social de la revolución francesa (por momentáneo que fuera) y en el retraso a largo plazo del desarrollo económico de Francia con respecto a Inglaterra.

Nuestros ejemplos aquí son de burguesías que tomaron conciencia, pero dentro de los límites de una nación-Estado. Claramente ésta no era la única posibilidad. Podían haber tomado conciencia de sí mismas como una clase mundial. Y muchos grupos presionaron por lograr tal definición. Por una parte estaban las diversas comunidades de banqueros-comerciantes internacionales. Por otra parte estaban los muchos grupos de cultivadores capitalistas de las áreas periféricas.

En el apogeo de Carlos V eran muchos quienes en los Países Bajos, en el sur de Alemania, en el norte de Italia y en otros lugares, ligaban sus esperanzas a las aspiraciones imperiales de los Habsburgo (algunos manteniendo al mismo tiempo y prudentemente un pie a la puerta de los Valois). Si bien estos grupos seguían siendo un estrato social y no formaban aún una clase consciente, se movían en esa dirección, y parecía ser solamente cuestión de tiempo. Pero con el fracaso del imperio las burguesías de Europa se dieron cuenta de que su futuro social y económico estaba ligado a los Estados del centro. Y aquellos que, en virtud de sus afiliaciones étnico-religiosas, podían dirigirse al Estado nacional como arena de actuación política, así lo hicieron.

En cuanto a los cultivadores capitalistas de la periferia, se hubieran considerado con gran placer parte de una *gentry* internacional. Sacrificaron de buena gana las raíces culturales locales a cambio de la participación en culturas «mundiales». Pero para constituir una clase internacional necesitaban la cooperación de los estratos capitalistas de los Estados del centro, y ésta no se produciría. De modo que progresivamente estos cultivadores capitalistas periféricos se convirtieron en los anticuados y altaneros hacenderos hispanoamericanos o nobles de la Europa oriental de siglos posteriores, retrocediendo de una potencial conciencia de clase internacional hacia una solidaridad local de estatus, lo cual era perfectamente útil para los intereses de las burguesías europeas occidentales.

La concentración geográfica de actividades económicas particulares constituye una presión continuada para la formación de grupos de estatus. Cuando los estratos dominantes locales se ven amenazados por cualquier conciencia de clase incipiente de los estratos inferiores, hacer hincapié en la cultura local es muy útil para desviar los conflictos locales internos, creando en su lugar solidaridad local contra el exterior. Si, por añadidura, estos estratos dominantes locales se sienten oprimidos por estratos superiores del sistema mundial, se ven doblemente motivados para perseguir la creación de una identidad local.

Evidentemente, no se construye una identidad a partir de la nada. Se construye sobre lo que se encuentra, en términos de lenguaje, religión, y estilos de vida distintivos. No obstante, resulta bastante claro que la homogeneidad y la pasión lingüísticas y religiosas (y, *a fortiori*, la devoción por estilos de vida distintos) son creaciones sociales que no pueden ser justificadas por simple continuidad de tradiciones eternas. Son creaciones sociales forjadas con dificultad en tiempos difíciles.

El siglo XVI fue un tiempo difícil en gran parte de Europa. Fue, por supuesto, la época de la Reforma y de la Contrarreforma; fue una época de grandes guerras de religión civiles. Fue una era de «partidos» religiosos internacionales. Pero al final, cuando el polvo se asentó, todos los trastornos religiosos resultaron en un esquema de relativa homogeneidad religiosa de las diversas entidades políticas, en el marco de un *laissez-faire* internacional: *cuis regio eius religio*.

Hemos intentado indicar en nuestra discusión de los diversos desarrollos específicos por qué diversas formas de protestantismo acabaron siendo la religión de los Estados del centro (excepto Francia, y también el porqué de esta excepción) y el catolicismo la religión de la periferia y de la semiperiferia. Nos hemos mostrado escépticos acerca de la posibilidad de que las doctrinas de las diversas teologías tuvieran gran cosa que ver con esto, aunque podrían haber facilitado la labor. Más bien las doctrinas de estas teologías, tal y como evolucionaron en la práctica por oposición a su concepción original, reflejaron y sirvieron para mantener los papeles de las diversas áreas en el sistema mundial.

Se dice a menudo que Carlos V perdió una gran oportunidad de crear un Estado alemán protestante unido intentando mantenerse como árbitro de la división religiosa en vez de optar por un papel de protagonista. Pero una crítica tal olvida el hecho de que Carlos V pretendía crear un imperio-mundo, no un Estado del centro en el seno de una economía-mundo. Los im-

perios se desarrollan espléndidamente sobre múltiples religiones que reflejan múltiples papeles, pocos de los cuales están concentrados dentro de fronteras políticas específicas. La homogeneidad nacional en el seno de una heterogeneidad internacional es la fórmula de una economía-mundo.

Al menos ésta es la fórmula en los simples comienzos. Los Estados del centro, a causa de su compleja división interna del trabajo, empiezan a reflejar el esquema del sistema en su conjunto. En el siglo XVI Inglaterra ya estaba moviéndose en la dirección de convertirse en Gran Bretaña, que tendría una homogeneidad regional dentro de una relativa heterogeneidad para la nación como un todo.

La religión no tiene por qué ser la característica cultural definitoria de los principales grupos de estatus; puede utilizarse el lenguaje. De hecho, el lenguaje empezó a jugar tal papel en el siglo XVI, y su importancia se iría incrementando con el paso de los siglos. El reforzamiento religioso de la especialización de los papeles en una economía-mundo tiene, no obstante, ventajas sobre el reforzamiento lingüístico. Interfiere menos con el proceso de comunicaciones que se desarrolla en el seno de la economía-mundo. Y se presta menos (sólo menos) a los enclaustramientos aislacionistas, a causa de los temas universalistas que subyacen en las religiones mundiales.

La economía-mundo europea del siglo XVI tendía globalmente a ser un sistema de una sola clase. Eran las fuerzas dinamicas que se beneficiaban de la expansión económica y el sistema capitalista, especialmente en las áreas del centro, los que tendían a tener conciencia de clase, es decir, a operar en el seno de la arena política como grupo definido primariamente por su papel común en la economía. Este papel común estaba definido, de hecho, un tanto a grandes rasgos desde una perspectiva del siglo XX. Incluía a personas que eran granjeros, mercaderes e industriales. Los empresarios individuales pasaban de una a otra de todas estas actividades, o las combinaban. La distinción crucial era la establecida entre estos hombres, cualquiera que fuera su ocupación, orientados principalmente a la obtención de beneficios en el mercado mundial, y los otros que no seguían tal orientación.

Los «otros» respondieron en términos de sus privilegios de estatus: los de la aristocracia tradicional, los que los pequeños granjeros habían obtenido del sistema feudal, los resultantes de monopolios gremiales ya superados. Bajo la cubierta de similitudes culturales, a menudo se pueden consolidar extrañas alianzas. Estas alianzas extrañas pueden tomar una forma muy activa

y obligar a los centros políticos a tenerlas en cuenta. Señalamos tales ejemplos en nuestra discusión sobre Francia. O pueden tomar una forma políticamente pasiva, que sirve espléndidamente a las necesidades dominantes del sistema mundial. El triunfo del catolicismo polaco, como fuerza cultural, fue un caso de este tipo.

Los detalles del lienzo se completan con la panoplia de múltiples formas de grupos de estatus, con sus particulares fuerzas y acentos. Pero el gran trazo es en términos del proceso de formación de clase. Y en este sentido el siglo XVI no fue decisivo. Los estratos capitalistas formaron una clase que sobrevivió y ganó el *droit de cité,* pero que no triunfó aún en la arena política.

La evolución del aparato de Estado refleja precisamente esta incertidumbre. Los Estados fuertes sirven a los intereses de algunos grupos y dañan a los de algunos otros. No obstante, desde el punto de vista del sistema mundial como un todo, si ha de haber una multitud de entidades políticas (esto es, si el sistema no es un imperio-mundo), entonces no puede darse el caso de que todas estas entidades sean igualmente fuertes. Porque si lo fueran estarían en condiciones de bloquear el funcionamiento efectivo de entidades económicas transnacionales cuyo centro estuviera en otro Estado. Se seguiría de esto entonces que la división mundial del trabajo se vería impedida, la economía-mundo declinaría, y eventualmente el sistema mundial se haría pedazos.

Tampoco puede darse el caso de que *ningún* aparato de Estado sea fuerte. Porque, en tal caso, los estratos capitalistas carecerían de mecanismo alguno para proteger sus intereses, garantizar sus derechos de propiedad, asegurar diversos monopolios, distribuir las pérdidas entre el conjunto de la población, etc.

Esto implica entonces que la economía-mundo desarrolla un esquema en el que las estructuras del Estado son relativamente fuertes en las áreas del centro y relativamente débiles en la periferia. Qué áreas juegan los distintos papeles es en muchos aspectos cuestión de accidente. Lo que es necesario es que en algunas áreas el aparato de Estado sea mucho más fuerte que en otras.

¿Qué queremos decir con un aparato de Estado fuerte? Queremos decir fuerte frente a otros Estados en el seno de la economía-mundo, incluyendo otros Estados del centro, y fuerte frente a las unidades políticas locales dentro de las fronteras del Estado. En efecto, nos referimos a una soberanía *de facto*

tanto como *de jure*. También nos referimos a un Estado que sea fuerte frente a cualquier grupo social particular en el seno del Estado. Obviamente tales grupos varían en cuanto a la cantidad de presión que pueden ejercer sobre el Estado. Y obviamente ciertas combinaciones de estos grupos controlan el Estado. El Estado no es un árbitro neutral. Pero el Estado es más que un simple vector de fuerzas dadas, aunque sólo sea porque muchas de estas fuerzas están situadas en más de un Estado, o se definen en términos que tienen poca correlación con los límites del Estado.

Un Estado fuerte es entonces una entidad parcialmente autónoma, en el sentido de que tiene a su alcance un margen de acción que refleja los compromisos de múltiples intereses, incluso si estos márgenes tienen unos límites determinados por la existencia de algunos grupos de fuerza primordial. Para que exista una entidad parcialmente autónoma tiene que haber un grupo de gentes cuyos intereses directos se vean servidos por tal entidad: administradores del Estado y burocracia de Estado.

Tales grupos emergen en el marco de una economía-mundo capitalista porque el Estado fuerte es la mejor opción entre alternativas difíciles para los dos grupos más fuertes en términos políticos, económicos y militares: el estrato capitalista emergente y las viejas jerarquías aristocráticas.

Para el primero, el Estado fuerte en la forma de las «monarquías absolutas» era un cliente magnífico, un guardián contra el bandidaje local e internacional, un modo de legitimación social, una protección preventiva contra la creación de fuertes barreras estatales en otros lugares. Para las segundas, el Estado fuerte representaba un freno para estos mismos estratos capitalistas, un apoyo de las convenciones de estatus, un mantenedor del orden, un promotor del lujo.

Sin duda, tanto los nobles como los burgueses consideraban los aparatos de Estado como un oneroso sumidero de fondos, una burocracia entrometida e improductiva. Pero ¿qué opciones tenían? No obstante, siempre permanecieron reacios, y la política inmediata del sistema mundial se constituía de los tiras y aflojas resultantes del esfuerzo de ambos grupos por aislarse de lo que ellos veían como efectos negativos del aparato de Estado.

Un aparato de Estado supone un mecanismo basculante. Existe un punto en que la fuerza crea más fuerza. Los ingresos fiscales capacitan al Estado para tener una burocracia civil y un ejército más numerosos y eficientes, lo que a su vez lleva a obtener mayores ingresos fiscales: un proceso que continúa

en espiral. El mecanismo basculante funciona también en el sentido opuesto: la debilidad conduce a una mayor debilidad. Entre estos dos puntos de oscilación yace la política de creación del Estado. Es en esta arena donde las habilidades de los grupos dirigentes suponen una diferencia. Y la existencia de estos dos mecanismos basculantes explica que en ciertos momentos una pequeña distancia en el sistema mundial pueda convertirse con gran rapidez en una distancia muy grande.

En aquellos Estados en los que el aparato de Estado es débil, los administradores del Estado no juegan el papel de coordinar un complejo mecanismo industrial-comercial-agrícola. Más bien se convierten simplemente en un grupo de terratenientes entre los otros, con poco derecho a afirmar su legítima autoridad sobre la totalidad.

Estos tienden a ser llamados dirigentes tradicionales. La lucha política se expresa a menudo en términos de tradición frente a cambio. Esta es, por supuesto, una terminología toscamente equívoca e ideológica. Puede aceptarse de hecho, como un principio sociológico general, que en cualquier momento dado, lo que se considera tradicional tiene un origen más reciente que el que normalmente se le atribuye, y representa primariamente los instintos conservadores de algún grupo amenazado por la caída de su estatus social. De hecho, no parece haber nada que aparezca tan rápidamente como una «tradición» cuando surge necesidad de ella.

En un sistema de una sola clase, lo «tradicional» es aquello en cuyo nombre los «otros» combaten al grupo con conciencia de clase. Si pueden incrustar sus valores legitimándolos ampliamente, o, mejor incluso, incorporándolos a las barreras legislativas, cambian así el sistema de manera favorable para ellos.

Los tradicionalistas pueden triunfar en algunos Estados, pero si una economía-mundo debe sobrevivir, tienen que perder más o menos en los otros. Más aún, la ganancia en una región es la contrapartida de la pérdida en otra.

Esto no es exactamente un juego de compensaciones, pero también resulta inconcebible que todos los elementos de una economía-mundo capitalista cambien de valores simultáneamente y en una dirección determinada. El sistema social está construido sobre la base de tener en su seno múltiples sistemas de valores que reflejan las funciones específicas que grupos y áreas juegan en la división mundial del trabajo.

No hemos agotado aquí los problemas teóricos relacionados con el funcionamiento de una economía-mundo. Hemos

intentado hablar sólo de los que se ponen de relieve en el período inicial de creación de la economía-mundo, a saber, la Europa del siglo XVI. En etapas posteriores surgen muchos otros problemas que serán tratados tanto empírica como teóricamente en volúmenes posteriores.

En el siglo XVI Europa era como un caballo sin domar. No era fácil el esfuerzo de algunos grupos por establecer una economía-mundo basada en una particular división del trabajo, por crear Estados nacionales en las áreas del centro, como garantes político-económicos de este sistema, y por conseguir que los trabajadores pagaran no sólo las ganancias, sino los costos de mantenimiento del sistema. Se le debe reconocer a Europa el mérito de que esto se realizara, ya que sin el empuje del siglo XVI el mundo moderno no habría nacido, y, a pesar de todas sus crueldades, es preferible que haya nacido a que no lo hubiera hecho.

También se le debe reconocer a Europa el mérito de que no fuera fácil, y particularmente que no fuera fácil porque la gente que pagó los costos a corto plazo levantó su voz indignada ante tanta injusticia. Los campesinos y los trabajadores de Polonia, de Inglaterra, de Brasil y México, se rebelaron todos a su manera. Como dice R. H. Tawney acerca de los disturbios agrarios de la Inglaterra del siglo XVI: «Tales movimientos son prueba de sangre y nervio, y de un elevado y orgulloso espíritu [...] Feliz la nación cuyo pueblo no ha olvidado cómo rebelarse» [1].

La marca del mundo moderno es la imaginación de sus beneficiarios y su refutación por los oprimidos. La explotación y la negativa a aceptar la explotación como inevitable o justa constituyen la perenne antinomia de la era moderna, unidas en una dialéctica que está lejos de alcanzar su culminación en el siglo XX.

[1] Tawney, *The agrarian problem*, p. 340.

BIBLIOGRAFIA

Abel, Wilhelm, *Die Wüstungen des Ausgehenden Mittelalters*, 2.ª ed., Stuttgart, Fisher Verlag, 1955.

Abrate, Mario, «Creta, colonia veneziana nei secoli XIII-XV», *Economia e Storia*, IV, 3, julio-agosto de 1957, pp. 251-277.

Actes du Colloque de la Renaissance, París, Lib. Philosophique J. Vrin, 1958.

Ardant, Gabriel, *Théorie sociologique de l'impôt*, 2 vols., París, SEVPEN, 1965.

Arnold, Stanislaw, «Les idées politiques et sociales de la Renaissance en Pologne», *La Pologne au Xe Congrès International des Sciences Historiques à Rome*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1955, pp. 147-165.

Ashton, Robert, «Revenue farming under the early stuarts», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 3, 1956, pp. 310-322.

Ashton, Robert, «Charles I and the City», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, páginas 138-163.

Aspetti e cause della decadenza economica veneziana nel secolo XVII. Atti del Convegno (27 giugno-2 luglio 1957), Venecia-Roma, Istituto per la Collaborazione Culturale, 1961.

Aydelotte, Frank, *Elizabethan rogues and vagabonds* (vol. I de la serie Oxford Historical and Literary Studies), Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1913.

Aylmer, G. E., *The King's servants*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961.

Aznar, Luis, «Las etapas iniciales de la legislación sobre indios», *Cuadernos Americanos*, VII, 5, septiembre-octubre de 1948, pp. 164-187.

Baehrel, René, «Economie et histoire à propos des prix», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage à Lucien Febvre*, París, Armand Colin, 1953, I, pp. 287-310.

Baehrel, René, *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin XVIe siècle-1789)*, París, SEVPEN, 1961.

Bagú, Sergio, «La economía de la sociedad colonial», *Pensamiento Crítico*, 27, abril de 1969, pp. 30-65.

Balandier, Georges, *Daily life in the kingdom of the Kongo*, Nueva York, Pantheon, 1968.

Bannon, John F., comp., *Indian labor in the Spanish Indies: was there another solution?*, Boston (Massachusetts), C. D. Heath, 1966.
Barbour, Violet, «Dutch and English merchant shipping in the seventeenth century», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*. Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 227-253. (Originalmente en *Economic History Review*, II, 1930.)
Barbour, Violet, *Capitalism in Amsterdam in the seventeenth century*, Ann Arbor (Michigan), Ann Arbor Paperbacks, 1963.
Barkan, Ömer Lutfi, «La "Méditerranée" de Fernand Braudel vue d'Istamboul», *Annales ESC*, IX, 2, abril-junio de 1954, pp. 189-200.
Barley, M. W., «Rural housing in England», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 696-766.
Baron, Salo W., *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., III, *Heirs of Rome and Persia*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1957,
Baron, Salo W., *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., IV, *Meeting of East and West*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1957.
Baron, Salo W., *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., XI, *Citizen or alien conjurer*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1967.
Baron, Salo W., *A social and religious history of the Jews*, 2.ª ed., XII, *Economic catalyst*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1967.
Barraclough, Geoffrey, *History in a changing world*, Oxford, Blackwell, 1957.
Barraclough, Geoffrey, *The origins of modern Germany*, Oxford, Blackwell, 1962.
Barraclough, Geoffrey, «Universal history», en H. P. R. Finberg, comp., *Approaches to history: a symposium*, Toronto, Univ. of Toronto Press, 1962, pp. 83-109.
Batho, Gordon, «Landlords in England, A: the Crown», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, páginas 256-276.
Batho, Gordon, «Landlords in England, B: noblemen, gentlemen and yeomen», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 276-306.
Bauthier, Robert Henri, «The fairs of Champagne», en Rondo E. Cameron, comp., *Essays in French economic history*, Homewood (Illinois), Irwin, 1970, pp. 42-63.
Becker, Marvin B., «Economic change and the emerging Florentine territorial State», *Studies in the Renaissance*, XIII, 1966, pp. 7-39.
Beloff, Max, *The age of absolutism, 1660-1815*, Nueva York, Harper, 1962.
Bennett, M. K., *The world's food*, Nueva York, Harper, 1954.
Beresford, Maurice W., *The lost villages of England*, Londres, Lutterworth Press, 1954.

Berrill, K., «International trade and the rate of economic growth», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 3, 1960, pp. 350-359.

Betts, Reginald R., «La société dans l'Europe centrale et dans l'Europe occidentale», *Revue d'Histoire Comparée*, n.s., VII, 1948, páginas 167-183.

Bindoff, S. T., *Tudor England* (vol. V de la Pelican History of England), Londres, Penguin Books, 1950.

Bindoff, S. T., «Economic change: the greatness of Antwerp», *New Cambridge Modern History*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, páginas 50-69. [«La evolución económica. La grandeza de Amberes», *Historia del mundo moderno*, II, *La Reforma*, Barcelona, Sopena, 1970.]

Bishko, Charles Julian, «The Castilian as plainsman: the medieval ranching frontier in La Mancha and Extremadura», en Archibald R. Lewis y Thomas F. McGann, comps., *The New World Looks at its history*, Austin, Univ. of Texas Press, 1967, pp. 47-69.

Bitton, Davis, *The French nobility in crisis*, Stanford (California), Stanford Univ. Press, 1969.

Blanchard, Ian, «Population change, enclosures, and the early Tudor economy», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 3, diciembre de 1970, pp. 427-445.

Bloch, Marc, «Medieval "Inventions"», en *Land and work in medieval Europe*, Berkeley, Univ. of California Press, 1967, pp. 169-185. (Traducido de *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, 36, noviembre de 1935.)

Bloch, Marc, «Economie-nature ou économie-argent: un pseudo-dilemme», *Annales d'Histoire Sociale*, I, 1939, pp. 7-16.

Bloch, Marc, *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe* (Cahiers des Annales, 9), París, Armand Colin, 1954.

Bloch, Marc, *Seigneurie française et manoir anglais*, París, Armand Colin, 1960.

Bloch, Marc, *Feudal society*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1961. [*La sociedad feudal*, México, UTEHA, 1958.]

Bloch, Marc, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 2 vols., París, Armand Colin, 1964. [*La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, Crítica, 1978.]

Bloch, Marc, «The Rise of dependent cultivation and seigniorial institutions», *Cambridge Economic History of Europe*, I, M. M. Postan, comp., *The agrarian life of the Middle Ages*, 2.ª ed., Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1966, pp. 235-290. [«La aparición de las formas dependientes de cultivo de la tierra y las instituciones señoriales», en *Historia económica de Europa*, I, *La vida agraria en la Edad Media*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1948.]

Blum, Jerome, «Prices in Russia in the sixteenth century», *Journal of Economic History*, XVI, 2, junio de 1956, pp. 182-199.

Blum, Jerome, «Rise of serfdom in Eastern Europe», *American Historical Review*, LXII, 4, julio de 1957, pp. 807-836.

Blum, Jerome, *Lord and peasant in Russia from the ninth to the nineteenth century*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton Univ. Press, 1961.
Borah, Woodrow, *Silk-raising in colonial Mexico* (Ibero-Americana, vol. 20), Berkeley, Univ. of California Press, 1943.
Borah, Woodrow, *New Spain's century of depression* (Ibero-Americana, vol. 35), Berkeley, Univ. of California Press, 1951.
Borah, Woodrow, *Early colonial trade between Mexico and Peru* (Ibero-Americana, vol. 38), Berkeley, Univ. of California Press, 1954.
Boserup, Ester, *The conditions of economic growth*, Chicago (Illinois), Aldine, 1965. [*Las condiciones del desarrollo en la agricultura*, Madrid, Tecnos, 1967.]
Bouwsma, William J., «Politics in the age of the Renaissance», en *Chapters in Western civilization*, 3.ª ed., Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961, I, pp. 199-244.
Bouwsma, William J., *Venice and the defenses of republican liberty*, Berkeley, Univ. of California Press, 1968.
Bowden, P. J., «Wool supply and the woollen industry», *Economic History Review*, 2.ª serie, IX, 1, 1956, pp. 44-58.
Bowden, P. J., *The wool trade in Tudor and Stuart England*, Nueva York, Macmillan, 1962.
Bowden, P. J., «Agricultural prices, farm profits, and rents», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, páginas 593-695.
Boxer, C. R., *The Christian century in Japan*, Berkeley, Univ. of California Press, 1951.
Boxer, C. R., «The Portuguese in the East, 1500-1800», en H. V. Livermore, comp., *Portugal and Brazil, an introduction*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1953, pp. 185-247.
Boxer, C. R., *Four centuries of Portuguese expansion, 1415-1825*, Johannesburgo, Witswatersrand Univ. Press, 1961.
Boxer, C. R., *Race relations in the Portuguese colonial empire, 1415-1825*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1963.
Boxer, C. R., *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825*, Nueva York, Knopf, 1969.
Braudel, Fernand, «Monnaies et civilization: de l'or du Soudan à l'argent d'Amérique», *Annales ESC*, I, 1, enero-marzo de 1946, páginas 9-22.
Braudel, Fernand, «La double faillite "coloniale" de la France aux XVe et XVIe siècles», *Annales ESC*, IV, 4, octubre-diciembre de 1949, páginas 451-456.
Braudel, Fernand, «Qu'est-ce que le XVIe siècle?», *Annales ESC*, VIII, 1, enero-marzo de 1953, pp. 69-73.
Braudel, Fernand, «L'économie de la Méditerranée au XVIIe siècle», *Les Cahiers de Tunisie*, IV, 14, 2.° trimestre de 1956, pp. 175-196.
Braudel, Fernand, «Le pacte de ricorsa au service du roi d'Espagne et de ses prêteurs à la fin du XVIe siècle», en *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, pp. 1115-1125.

Braudel, Fernand, «Les emprunts de Charles-Quint sur la place d'Anvers», *Charles Quint et son temps* (Colloques internationaux du CNRS, París, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, pp. 191-201.

Braudel, Fernand, «European expansion and capitalism: 1450-1650», en *Chapters in Western civilization*, 3.ª ed., Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961, I, pp. 245-288.

Braudel, Fernand, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 2.ª ed. revisada y aumentada, 2 vols., París, Armand Colin, 1966. [*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, Madrid, FCE, 1976.]

Braudel, Fernand, *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, vol. I, París, Armand Colin, 1967. [*Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Labor, 1974.]

Braudel, Fernand, y Romano, Ruggiero, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne (1547-1611)*, París, Armand Colin, 1951.

Braudel, Fernand, y Spooner, Frank C., «Les métaux monétaires et l'économie du XVIe siècle», en *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, IV, *Storia moderna*, Florencia, G. B. Sansoni, 1955, pp. 233-264.

Braudel, Fernand, y Spooner, Frank C., «Prices in Europe from 1450 to 1750», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 374-486. [«Los precios en Europa desde 1450 a 1750», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Brenner, Y. S., «The inflation of prices in early sixteenth-century England», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 2, 1961, pp. 225-239.

Brinkmann, Carl, «The Hanseatic League: a survey of recent literature», *Journal of Economic and Business History*, II, 4, agosto de 1930, pp. 585-602.

Brulez, Wilfrid, «Les routes commerciales d'Angleterre et Italie au XVIe siècle», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, IV, *Evo moderno*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 121-184.

Brunner, Otto, «Europäisches und russisches Bürgertum», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XL, 1, 1953, páginas 1-27.

Brutzkus, J., «Trade with Eastern Europe, 800-1200», *Economic History Review*, XIII, 1943, pp. 31-41.

Bücher, Karl, *Industrial evolution*, Nueva York, Holt, 1901.

Buckatzsch, E. J., «The geographical distribution of wealth in England, 1086-1843», *Economic History Review*, 2.ª serie, III, 2, 1950, páginas 180-202.

Bulferetti, Luigi, «L'oro, la terra e la società: una interpretazione del nostro Seicento», *Archivio Storico Lombardo*, 8.ª serie, IV, 1953, páginas 5-66.

Burckhardt, Jacob, *The civilization of the Renaissance in Italy*, Nueva York, Modern Library, 1954. [*La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Zeus, 1968.]

Cahen, Claude, «A propos de la discussion sur la féodalité», *La pensée*, 68, julio-agosto de 1956, pp. 94-96.

Cahen, Claude, «Au seuil de la troisième année: réflexions sur l'usage du mot "féodalité"», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, III, 1.ª parte, abril de 1960, pp. 2-20.

Campbell, Mildred, *The English yeomen under Elizabeth and the early Stuarts*, New Haven (Connecticut), Yale Univ. Press, 1942.

Capistrano de Abreu, J., *Capítulos de história colonial (1500-1800)*, Río de Janeiro, Soc. Capistrano de Abreu, 1928.

Carande, Ramón, *El crédito de Castilla en el precio de la política imperial*, discurso leído ante la Real Academia de la Historia, Madrid, 1949.

Carande, Ramón, *Carlos V y sus banqueros: la vida económica en Castilla (1516-1556)*, 2.ª ed. corr. y aum., 2 vols., Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1965.

Carsten, F. L., *The origins of Prussia*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1954.

Carus-Wilson, E. M., «An industrial revolution of the thirteenth century», *Economic History Review*, XI, 1941, pp. 39-60.

Ciocca, Pierluigi, «L'ipotesi del "ritardo" dei salari rispetto ai prezzi in periodi di inflazione: alcune considerazioni generali», *Bancaria*, XXV, 4, abril de 1969, pp. 423-437; 5, mayo de 1969, pp. 572-583.

Cipolla, Carlo M., *Mouvements monétaires dans l'Etat de Milan (1580-1700)*, París, Armand Colin, 1952.

Cipolla, Carlo M., «Note sulla storia del saggio d'interesse: corso, dividendi, e sconto dei dividendi del Banco de S. Giorgio nel secolo XVI», *Economia Internazionale*, V, 2, mayo de 1952, pp. 255-274.

Cipolla, Carlo M., «La prétendue "révolution des prix"», *Annales ESC*, X, 4, octubre-diciembre de 1955, pp. 513-516.

Cipolla, Carlo M., «Four centuries of Italian demographic development», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Arnold, 1965, pp. 570-587.

Cipolla, Carlo M., *Guns and sails in the early phase of European expansion, 1400-1700*, Londres, Collins, 1965. [*Cañones y velas*, Barcelona, Ariel, 1967.]

Cipolla, Carlo M., *Clocks and culture, 1300-1700*, Nueva York, Walker & Co., 1967.

Cipolla, Carlo M., *Money, prices, and civilization in the Mediterranean world: fifth to seventeenth century*, Nueva York, Gordian Press, Inc., 1967.

Cipolla, Carlo M., «The economic decline of Italy», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, pp. 126-145. (Versión revisada y aumentada de «The decline of Italy: the case of a fully-matured economy», *Economic History Review*, V, 1952.)

Clark, G. N., *The seventeenth century*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1929.

Clark, G. N., «The birth of the Dutch Republic», *Proceedings of the British Academy*, 1946, pp. 189-217.

Clark, G. N., *The wealth of England from 1496 to 1760*, Londres, Oxford Univ. Press, 1946.

Coleman, D. C., «An innovation and its diffusion: the "new draperies"», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXII, 3, diciembre de 1969, pp. 417-429.

Coles, Paul, «The crisis of Renaissance society: Genoa, 1448-1507», *Past & Present*, 11, abril de 1957, pp. 17-47.

Colvin, H. M., «Castles and government in Tudor England», *English Historical Review*, LXXXIII, 327, abril de 1968, pp. 225-234.

Cook, Sherburne F., y Simpson, Lesley Boyd, *The population of central Mexico in the sixteenth century* (Ibero-Americana, vol. 31), Berkeley, Univ. of California Press, 1948.

Cooper, J. P., «The counting of manors», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 3, 1956, pp. 376-389.

Cooper, J. P., «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 3, septiembre de 1958.

Cooper, J. P., «General introduction», en *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' war, 1609-48/59*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, pp. 1-66. [«Introducción general», en *Historia del mundo moderno*, IV, *La decadencia de España y la guerra de los Treinta Años, 1610-48/59*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Coornaert, Emile, «La genèse du système capitaliste: grand capitalisme et économie traditionnelle au XVIe siècle», *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, VIII, 1936, pp. 127-139.

Coornaert, Emile, «Les échanges de la France avec l'Allemagne et les pays du Nord au XVIe siecle», *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, XXXV, 3, 1959, pp. 407-427.

Cornwall, Julian, «The early Tudor gentry», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 3, 1965, pp. 456-471.

Coulbourn, Rushton, comp., *Feudalism in history*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1956.

Coulbourn, Rushton, «A comparative study of feudalism», en Rushton Coulbourn, comp., *Feudalism in history*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1956, pp. 183-395.

Craeybeckx, Jan, «Quelques grands marchés de vins français dans les anciens Pays-Bas et dans le Nord de la France à la fin du Moyen Age et au XVIe siècle: contribution à l'étude de la notion d'étape», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, pp. 849-882.

Craeybeckx, Jan, «Les français et Anvers au XVIe siècle», *Annales ESC*, XVII, 3, mayo-junio de 1962, pp. 542-554.

Craeybeckx, Jan, «Les industries d'exportation dans les villes flamandes au XVIIe siècle, particulièrement à Gand et à Bruges», *Studi in*

onore di Amintore Fanfani, IV, *Evo moderno*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 411-468.
Czalpinski, Wladyslaw, «Le problème baltique aux XVIe et XVIIe siècles», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, IV, *Histoire moderne*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 25-47.
Czarnowski, Stefan, «La réaction catholique en Pologne à la fin du XVIe siècle et au début du XVIIe siècle», *La Pologne au VIIe Congrès International des Sciences Historiques*, Varsovia, Sociedad Polaca de la Historia, 1933, II, pp. 287-310.
Chabod, F., «Y a-t-il un Etat de la Renaissance?», *Actes du Colloque sur la Renaissance*, París, Lib. Philosophique J. Vrin, 1958, pp. 57-74.
Chang, T'ien-Tsê, *Sino-Portuguese trade from 1514 to 1644*, Leiden, Brill, 1934.
Chaudhuri, K. N., «The East India Company and the export of treasure in the early 17th century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 1, agosto de 1963, pp. 23-38.
Chaunu, Pierre, «Le galion de Manille», *Annales ESC*, VI, 4, octubre-diciembre de 1951, pp. 447-462.
Chaunu, Huguette y Pierre, «Économie atlantique, économie-monde (1504-1650)», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, I, 1, julio de 1953, páginas 91-104.
Chaunu, Huguette y Pierre, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, I, *Introduction méthodologique*, París, Armand Colin, 1955.
Chaunu, Pierre, «Pour une histoire économique de l'Amérique espagnole coloniale», *Revue Historique*, LXXX, 216, octubre-diciembre de 1956, pp. 209-218.
Chaunu, Pierre, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (1), *Les structures géographiques*, París, SEVPEN, 1959.
Chaunu, Pierre, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (2), *La conjoncture 1504-1592)*, París, SEVPEN, 1959.
Chaunu, Pierre, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (2 bis); *La conjoncture (1593-1650)*, París, SEVPEN, 1959.
Chaunu, Pierre, «Séville et la "Belgique", 1555-1648», *Revue du Nord*, XLII, 1960, pp. 259-292.
Chaunu, Pierre, «Minorités et conjoncture: l'expulsion des Morèsques en 1609», *Revue Historique*, CCXXV, 1, enero-marzo de 1961, pp. 81-98.
Chaunu, Pierre, «Le renversement de la tendance majeure des prix et des activités au XVIIe siècle», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, IV, *Evo moderno*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 219-255.
Chaunu, Pierre, *L'Amérique et les Amériques*, París, Armand Colin, 1964.
Chaunu, Pierre, «Réflexions sur le tournant des années 1630-1650», *Cahiers d'Histoire*, XII, 3, 1967, pp. 249-268.
Chaunu, Pierre, *L'expansion européenne du XIIIe au XVe siècle*, colección Nouvelle Clio, 26, París, Presses Universitaires de France, 1969. [*La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona, Labor, 1972.]

Chaunu, Pierre, *Conquête et exploitation des nouveaux mondes (XVIe siècle)*, colección Nouvelle Clio, 26 bis, París, Presses Universitaires de France, 1969. [*Conquista y explotación de los nuevos mundos*, Barcelona, Labor, 1973.]

Chaussinand-Nogaret, Guy, «L'or, le poivre, le Portugal et l'économie mondiale», *Annales ESC*, xxv, 6, noviembre-diciembre de 1970, páginas 1591-1596.

Cheung, Steven N. S., *The theory of share tenancy*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1969.

Chevalier, François, *Land and society in colonial Mexico*, Berkeley, Univ. of California Press, 1963.

Christensen, Aksel E., *Dutch trade to the Baltic about 1600*, Copenhague, Munksgaard, 1941.

Darby, H. C., «The clearing of the woodland in Europe», en William L. Thomas, jr., comp., *Man's role in changing the face of the earth*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1956, pp. 183-216.

Da Silva, José-Gentil, «Trafics du Nord, marchés du "Mezzogiorno", finances génoises: recherches et documents sur la conjoncture à la fin du XVIe siècle», *Revue du Nord*, XLI, 1959, pp. 129-152.

Da Silva, José-Gentil, «Villages castillans et types de production au XVIe siècle», *Annales ESC*, XVIII, 4, julio-agosto de 1963, pp. 729-744.

Da Silva, José-Gentil, *En Espagne: développement économique, subsistence, déclin*, París, Mouton, 1965. [*Desarrollo económico, subsistencia y decadencia en España*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967.]

Da Silva, José-Gentil, «L'autoconsommation au Portugal (XIVe-XXe siècles)», *Annales ESC*, XXIV, 2, marzo-abril de 1969, 250-288.

Davies, C. S. L., «Provisions for armies, 1509-50: a study in the effectiveness of early Tudor government», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 2, 1964, pp. 234-248.

Davies, C. S. L., «Les révoltes populaires en Angleterre (1500-1700)», *Annales ESC*, XXIV, 1, enero-febrero de 1969, pp. 24-60.

Davis, Ralph, «England and the Mediterranean, 1570-1670», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, pp. 117-137.

De Bary, William Theodore, «Introduction», en William Theodore de Bary, comp., *Self and society in Ming thought*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1970, pp. 1-27.

De Bary, William Theodore, «Individualism and humanitarianism in late Ming thought», en William Theodore de Bary, comp., *Self and society in Ming thought*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1970, páginas 145-247.

De Falguerolles, G. E., «La décadence de l'économie agricole dans le consulat de Lempaut aux XVII et XVIIIe siècles», *Annales du Midi*, LIII, 1941, pp. 142-168.

De Lagarde, Georges, «Réflexions sur la cristallisation de la notion d'Etat au XVIe siècle», en Enrico Castelli, comp., *Umanesimo e scienza politica*, Milán, Dr. Carlo Marzorati, 1951, pp. 247-256.

Delumeau, Jean, *Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*, 2 vols., París, Boccard, 1957.

De Maddalena, Aldo, «Il mondo rurale italiano nel cinque e nel seicento», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 2, julio de 1964, pp. 349-426.

De Oliveira Marques, António H., «Notas para a história da feitoria portuguêsa na Flandres no século XV», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, II, *Medioevo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 437-476.

De Roover, Raymond, «Anvers comme marché monétaire au XVIe siècle», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XXXI, 4, 1953, páginas 1003-1047.

De Vries, Jan, «The role of the rural sector in the development of the Dutch economy: 1500-1700», *Journal of Economic History*, XXXI, 1, marzo de 1971, pp. 266-268.

De Vries, Philip, «L'animosité anglo-hollandaise au XVIIe siècle», *Annales ESC*, V, 1, enero-marzo, de 1950, pp. 42-47.

Deyon, Pierre, «A propos des rapports entre la noblesse et la monarchie absolue pendant la première moitié du XVIIe siècle», *Revue Historique*, CCXXXI, abril-junio de 1964, pp. 341-356.

Dobb, Maurice, *Studies in the development of capitalism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1946. [*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1976.]

Dobb, Maurice, «Reply», *Science and Society*, XIV, 2, primavera de 1950, pp. 157-167. [«Respuesta», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]

Dobb, Maurice, *Papers on capitalism, development, and planning*, Nueva York, International Publ., 1967. [*Ensayos sobre capitalismo, desarrollo y planificación*, Madrid, Tecnos, 1970.]

Dollinger, Philippe, *La Hanse (XIIe-XVIIe siècles)*, París, Montaigne, 1964.

Domar, Evsey D., «The causes of slavery or serfdom: a hypothesis», *Journal of Economic History*, XXX, 1, marzo de 1970, pp. 18-32.

Dowd, Douglas F., «The economic expansion of Lonbardy, 1300-1500: a study in political stimuli to economic change», *Journal of Economic History*, XXI, 2, junio de 1961, pp. 153-160.

Duby, Georges, «Le grand domaine de la fin du moyen âge en France», *Première Conférence Internationale d'Histoire Economique* (Estocolmo, agosto de 1960), *Contributions*, París, Mouton, 1960, páginas 333-342.

Duby, Georges, «The French countryside at the end of the 13th century», en Rondo E. Cameron, comp., *Essays in French economic history*, Homewood (Illinois), Richard D. Irwin, Inc., 1970, pp. 33-41. (Traducido del *Bolletino dell'Istituto Storico Italiano per il Medio Evo*, 74, 1962.)

Duby, Georges, «Démographie et villages désertés», *Villages désertés et histoire économique, XIe-XVIIIe siècles*, París, SEVPEN, 1965, páginas 13-24.

Duby, Georges, *Rural economy and country life in the medieval West*, Columbia, Univ. of South Carolina Press, 1968. [*Economía rural y*

vida campesina en el Occidente medieval, Barcelona, Península, 1973.]

Duby, Georges, y Mandrou, Robert, *Histoire de la civilisation française*, I, *Le Moyen Age et le XVIe siècle*, París, Armand Colin, 1958.

Duby, Georges, y Mandrou, Robert, *Histoire de la civilisation française*, II, *XVIIe-XXe siècles*, París, Armand Colin, 1958.

Eberhard, Wolfram, *Conquerors and rulers: social forces in Medieval China*, 2.ª ed., Leiden, Brill, 1965.

Edler, Florence, «The effects of the financial measures of Charles V on the commerce of Antwerp, 1539-42», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XVI, 3-4, julio-diciembre de 1937, pp. 665-673.

Ehrenberg, Richard, *Capital and finance in the age of the Renaissance*, Nueva York, Harcourt, 1928.

Eisenstadt, S. N., «Political struggle in bureaucratic societies», *World Politics*, IX, 1, octubre de 1956, pp. 15-36.

Eisenstadt, S. N., «The causes of disintegration and fall of empires: sociological and historical analyses», *Diogenes*, 34, verano de 1961, páginas 82-107.

Eisenstadt, S. N., «Empires», *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan and Free Press, 1968, V, pp. 41-49. [*Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, V, Madrid, Aguilar, 1977.]

Eitzen, Stanley D., «Two minorities: The Jews of Poland and the Chinese of the Philippines», *Jewish Journal of Sociology*, X, 2, diciembre de 1968, pp. 221-240.

Elliott, J. H., «The decline of Spain», *Past & Present*, 20, noviembre de 1961, pp. 52-75.

Elliott, J. H., *Imperial Spain, 1469-1716*, Nueva York, Mentor, 1966. [*La España imperial, 1469-1716*, Barcelona, Vicens-Vives, 1965.]

Elliott, J. H., *Europe divided, 1559-1598*, Nueva York, Harper, 1968, [*La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, Siglo XXI, 1973.]

Elliott, J. H., *The Old World and the New, 1492-1650*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970. [*El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1972.]

Elliott, J. H., «The Spanish peninsula, 1598-1648», en *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' war 1609-48/59*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, pp. 435-473. [«La península Ibérica, 1598-1648», en *Historia del mundo moderno*, IV, *La decadencia de España y la guerra de los Treinta Años, 1610-48/59*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Elman, P., «The economic causes of the expulsion of the Jews in 1290», *Economic History Review*, VII, 1, noviembre de 1936, pp. 145-154.

Elton, G. R., *The Tudor revolution in government*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1953.

Elton, G. R., «The Tudor revolution: a reply», *Past & Present*, 29, diciembre de 1964, pp. 26-49.

Elton, G. R., «A revolution in Tudor history?», *Past & Present*, 32, diciembre de 1965, pp. 103-109.

Emery, Frank, «The farming regions of Wales», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 113-160.

Engels, Frederick, *Socialism: utopian and scientific*, Nueva York, International Publishers, 1935. [*Del socialismo utópico al socialismo científico*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, t. II, pp. 92-161.]

Engels, Frederick, *The origins of the family, private property and the state*, Londres, Lawrence & Wishart, 1940. [*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, t. II, pp. 177-345.]

Engels, Frederick, *The peasant war in Germany*, en *The German revolutions*, Chicago, Illinois, Univ. of Chicago Press, 1967. [*Las guerras Campesinas en Alemania*, México, Grijalbo, 1971.]

Espeiux, Henri, *Histoire de l'Occitanie*, Nimes, Le Centre Culturel Occitan, Collection Cap-e-Cap, 1970.

Everitt, Alan, «Social mobility in early modern England», *Past & Present*, 33, abril de 1966, pp. 56-73.

Everitt, Alan, «Farm labourers», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 396-465.

Everitt, Alan, «The marketing of agricultural produce», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, páginas 466-592.

Falls, Cyril, *Elizabeth's Irish wars*, Londres, Methuen, 1950.

Fanfani, Amintore, *Storia del lavoro in Italia della fire del secolo XV agli inizii del XVIII*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1959.

Fanon, Frantz, *The wretched of the earth*, Nueva York, Grove Press, 1966. [*Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1963.]

Favret, Jeanne, «Le traditionalisme par excès de modernité», *European Journal of Sociology*, VIII, 1, 1967, pp. 71-93.

Febvre, Lucien, «Préface», en Huguette y Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, Armand Colin, 1955, I, pp. ix-xv.

Felix, David, «Profit inflation and industrial growth: the historic record and contemporary analogies», *Quarterly Journal of Economics*, LXX, 3, agosto de 1956, pp. 441-463.

Ferguson, Wallace, «Toward the modern State», en Wallace Ferguson, comp., *Renaissance Studies*, 2, London (Ontario), University of Western Ontario, 1963, pp. 137-153. (Originalmente en *The Renaissance: a symposium*, 1953.)

Fernández Alvarez, Manuel, «La paz de Cateau-Cambrésis», *Hispania. Revista Española de Historia*, XIX, 77, octubre-diciembre de 1959, páginas 530-544.

Fisher, F. J., «The development of the London food market, 1540-1640», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 135-151. (Originalmente en *Economic History Review*, V, 1935.)

Fisher, F. J., «The development of London as a centre of conspicuous consumption in the sixteenth and seventeenth centuries», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, pp. 197-207. (Originalmente en *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.ª serie, XXX, 1948.)

Fisher, F. J., «London's export trade in the early seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, III, 2, 1950, pp. 151-161.

Fisher, F. J., «The sixteenth and seventeenth centuries: the Dark Ages in English economic history?», *Economica*, n.s., XXIV, 93, 1957, páginas 2-18.

Fisher, F. J., «Tawney's century», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Nueva York y Londres, Cambridge Univ. Press, 1961, pp. 1-14.

Fourastié, Jean, y Gradamy, René, «Remarques sur les prix salariaux des céréales et la productivité du travailleur agricole en Europe du XVe et XVIe siècles», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 647-656.

Foust, C. M., «Russian expansion to the East through the eighteenth century», *Journal of Economic History*, XXI, 4, diciembre de 1961, páginas 469-482.

Fox, P., «The Reformation in Poland», en *The Cambridge History of Poland*, I, W. F. Reddaway *et al.*, comps., *From the origins to Sobieski (to 1696)*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1950, pp. 322-347.

François, Michel, «L'idée d'empire sous Charles-Quint», *Charles Quint et son temps* (Colloques internationaux du CNRS, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, pp. 23-35.

Frank, André Gunder, *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967. [*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970.]

Fried, Morton, «On the concept of "tribe" and "tribal society"», en June Helm, comp., *Essays on the problem of tribe* (Actas de la reunión anual de primavera de 1967 de la American Ethnological Society), páginas 3-20.

Friedrich, Carl J., *The age of the baroque*, Nueva York, Harper, 1952.

Friis, Astrid, *Alderman Cockayne's project and the cloth trade*, Copenhague, Levin and Munksgaard, 1927.

Friis, Astrid, «An inquiry into the relations between economic and financial factors in the sixteenth and seventeenth centuries», *Scandinavian Economic History Review*, I, 2, 1953, pp. 193-241.

Furtado, Celso, *Economic development of Latin America*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970. [*La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, México, Siglo XXI, 1974.]

Gay, Edwin F., «The Midland revolt and the inquisitions of depopulation of 1607», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.s., XVIII, 1904, pp. 195-244.

Génicot, Leopold, «Crisis: from the Middle Ages to modern times», en *Cambridge economic history of Europe*, I, M. M. Postan, comp.,

The agrarian life of the Middle Ages, 2.ª ed., Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1966, pp. 660-741.

Gerschenkron, Alexander, «An economic history of Russia», *Journal of Economic History*, XII, 2, primavera de 1952, pp. 146-154.

Gerschenkron, Alexander, «Review article: lord and peasant in Russia from the ninth to the nineteenth century», *Journal of Economic History*, XXIV, 1, marzo de 1964, pp. 53-59.

Gerth, Hans, «Glossary», en Max Weber, *The religion of China*, Nueva York, Free Press, 1951, pp. 298-308.

Gestrin, Ferdo, «Economie et société en Slovénie au XVIe siècle», *Annales ESC*, XVII, 4, julio-agosto de 1962, pp. 663-690.

Geyl, Pieter, *The revolt of the Netherlands (1559-1609)*, Londres, Williams & Norgate, 1932.

Geyl, Pieter, *Debates with historians*, Nueva York, Meridian, 1958.

Gibson, Charles, *The Aztecs under Spanish rule*, Stanford (California), Stanford Univ. Press, 1964. [*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI, 1967.]

Glamann, Kristof, «European trade, 1500-1700», *Fontana Economic History of Europe*, II, 6, 1971.

Godinho, Vitorino Magalhães, «Création et dynamisme économique du monde atlantique (1420-1670)», *Annales ESC*, V, 1, enero-marzo de 1950, pp. 2-36.

Godinho, Vitorino Magalhães, «Le repli vénitien et égyptien et la route du Cap, 1496-1533», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage à Lucien Febvre*, París, Armand Colin, 1953, II, pp. 283-300.

Godinho, Vitorino Magalhães, *L'économie de l'empire portugais aux XVe et XVIe siècles*, París, SEVPEN, 1969.

Goldmann, Lucien, *The hidden god*, Nueva York, Humanities Press, 1964.

Gordon-Walker, P. C., «Capitalism and the Reformation», *Economic History Review*, VIII, 1, noviembre de 1937, pp. 1-19.

Goubert, Pierre, «Recent theories and research in French population between 1500 and 1700», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Arnold, 1965, pp. 457-473.

Gould, J. D., «The trade depression of the early 1620's», *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 1, 1954, pp. 81-90.

Gould, J. D., «The price revolution reconsidered», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 2, 1964, pp. 249-266.

Grabowski, Thadée, «La réforme réligieuse en Occident et en Pologne», *La Pologne au Ve Congrès International des Sciences Historiques* (Bruselas, 1923), Varsovia, 1924, pp. 67-72.

Gramsci, Antonio, *Il Risorgimento*, Roma, Giulio Einaudi, 1955. [*Il Risorgimento*, Buenos Aires, Granica, 1974.]

Gras, N. S. B., *The evolution of the English corn market*, Cambridge, Harvard Univ. Press, 1915.

Gray, H. L., «English foreign trade from 1446 to 1482», en Eileen E. Power y M. M. Postan, comps., *Studies in English trade in the fifteenth century*, Nueva York, Barnes & Noble, 1966, pp. 1-38.

Griffiths, Gordon, «The revolutionary character of the revolution of the Netherlands», *Comparative Studies in Society and History*, II, 4, julio de 1960, pp. 452-472.

Guillén Martínez, Fernando, *Raíz y futuro de la revolución*, Bogotá, Tercer Mundo, 1963.

Habakkuk, H. John, «La disparition du paysan anglais», *Annales ESC*, XX, 4, julio-agosto de 1965, pp. 649-663.

Hall, A. Rupert, «Scientific method and the progress of techniques», *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, páginas 96-154. [«El método científico y el progreso de la técnica», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Hamilton, Earl J., «American treasure and Andalusian prices, 1503-1660», *Journal of Economic and Business History*, I, 1, noviembre de 1928, pp. 1-35.

Hamilton, Earl J., «American treasure and the rise of capitalism», *Economica*, IX, 27, noviembre de 1929, pp. 338-357. [«El tesoro americano y el florecimiento del capitalismo», en E. J. Hamilton, *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, Madrid, Revista de Occidente, 1948.]

Hamilton, Earl J., «Origin and growth of the national debt in Western Europe», *American Economic Review*, XXXVII, 2, mayo de 1947, páginas 118-130.

Hamilton, Earl J., «Prices and progress: prices as a factor in business growth», *Journal of Economic History*, XII, otoño de 1952, páginas 325-349.

Hamilton, Earl J., «The history of prices before 1750», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, I, *Méthodologie, histoire des universités, histoire des prix avant 1750*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 144-164.

Hammarström, Ingrid, «The "price revolution" of the sixteenth century: some Swedish evidence», *Scandinavian Economic History Review*, V, 1, 1957, pp. 118-154.

Harrison, J. B., «Colonial development and international rivalries outside Europe, II, Asia and Africa», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 532-558. [«El desarrollo colonial y las rivalidades internacionales fuera de Europa, II, Asia y Africa», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Harris, G. L., y Williams, Penry, «A revolution in Tudor history?», *Past & Present*, 31, julio de 1965, pp. 87-96.

Hartung, Fr., y Mousnier, R., «Quelques problèmes concernant la monarchie absolue», *Relazioni del X Congresso Internazionale di*

Scienze Storiche, IV, *Storia moderna*, Florencia, G. B. Sansoni, 1955, pp. 1-55.

Hauser, Henri, «The European financial crisis of 1559», *Journal of European Business History*, II, 2, febrero de 1930, pp. 241-255.

Hauser, Henri, «The characteristic features of French economic history from the middle of the sixteenth century to the middle of the eighteenth century», *Economic History Review*, IV, 3, octubre de 1933, pp. 257-272.

Heaton, Herbert, *Economic history of Europe*, ed. rev., Nueva York, Harper, 1948.

Hecksher, Eli F., *An economic history of Sweden*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1954.

Hecksher, Eli F., *Mercantilism*, 2 vols., ed. rev. Londres, Allen & Unwin, 1955.

Heers, Jacques, «Les Génois en Angleterre: la crise de 1458-1466», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, pp. 809-832.

Heers, Jacques, «Rivalité ou collaboration de la terre et de l'eau? Position générale des problèmes», en *Les grandes voies maritimes dans le monde, XVe-XIXe siècles* (VIIe Colloque, Commission Internationale d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1965, pp. 13-63.

Helleiner, Karl, «The population of Europe from the Black Death to the eve of the vital revolution», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 1-95. [«La población europea desde la peste negra hasta los umbrales de la revolución vital», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Hexter, J. H., «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 2, agosto de 1958.

Hexter, J. H., «The myth of the middle class in Tudor England», *Reappraisals in history*, Nueva York, Harper, 1963, pp. 71-116.

Hexter, J. H., «A new framework for social history», *Reappraisals in history*, Nueva York, Harper, 1963, pp. 14-25.

Hexter, J. H., «Storm over the gentry», *Reappraisals in history*, Nueva York, Harper, 1963, pp. 117-162. (Originalmente en *Encounter*, X, 5, mayo de 1968.)

Hibbert, A. B., «The origins of the medieval town patriciate», *Past & Present*, 3, febrero de 1953, pp. 15-27.

Hill, Christopher, «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XVII, 4, otoño de 1953, pp. 348-351. [«Comentario», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]

Hill, Christopher, «Recent interpretations of the civil war», en *Puritanism and revolution*, Nueva York, Schocken Books, 1958, pp. 3-31.

Hill, Christopher, «Some social consequences of the Henrician revolution», en *Puritanism and revolution*, Nueva York, Schocken Books, 1958, pp. 32-49.

Hill, Christopher, «Protestantism and the rise of capitalism», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1960, pp. 15-39.
Hill, Christopher, *Reformation to the industrial revolution, 1530-1780* (vol. II de la Pelican Economic History of Britain), Londres, Penguin Books, 1967.
Hilton, R. H., «Peasant movements in England before 1381», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, pp. 73-90. (Originalmente en *Economic History Review*, II, 1949.)
Hilton, R. H., «Y eut-il une crise générale de la féodalité?», *Annales ESC*, VI, 1, enero-marzo de 1951, pp. 23-30.
Hilton, R. H., «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XVII, 4, otoño de 1953, pp. 340-348. [«Comentario», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]
Hilton, R. H., «A study in the pre-history of English enclosure in the fifteenth century», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 673-685.
Hilton, R. H., y Smith, R. E. F., «Introduction», en R. E. F. Smith, *The enserfment of the Russian peasantry*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 1-27.
Hinton, R. W. K., «Dutch entrepôt trade at Boston, Lincs., 1600-40», *Economic History Review*, 2.ª serie, IX, 3, abril de 1957, pp. 467-471.
Hinton, R. W. K., «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 1, julio de 1958.
Hinton, R. W. K., *The Eastland trade and the common weal in the seventeenth century*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press., 1959.
Hobsbawm, E. J., «The crisis of the seventeenth century», en Trevor Aston, comp., *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1965, pp. 5-58.
Honjo, Eijiro, «Facts and ideas of Japan's over-sea development prior to the Meiji restoration», *Kyoto University Economic Review*, XVII, 1, enero de 1942, pp. 1-13.
Hoskins, W. G., «The rebuilding of rural England, 1570-1640», *Past & Present*, 4, noviembre de 1953, pp. 44-57.
Hoszowski, Stanislaw, «The Polish Baltic trade in the 15th-18th centuries», *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences, in Stockholm*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1960, pp. 117-154.
Hoszowski, Stanislaw, «L'Europe centrale dans la révolution des prix: XVIe et XVIIe siècles», *Annales ESC*, XVI, 3, mayo-junio de 1961, páginas 441-456.
Hudson, G. F., *Europe and China*, Londres, Arnold, 1931.
Hurstfield, J., «The profits of fiscal feudalism, 1541-1602», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 1, 1955, pp. 53-61.
Hurstfield, J., «Social structure, office-holding and politics, chiefly in Western Europe», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wer-

nham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, páginas 126-148. [«Las estructuras sociales, administrativas y políticas de la Europa occidental», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Innis, Harold A., «The rise and fall of the Spanish fishery in Newfoundland», *Proceedings and Transactions of the Royal Society of Canada*, 3.ª serie, XXV, sección II, 1931, pp. 51-70.

Innis, Harold A., *The Cod fisheries: the history of an international economy*, New Haven (Connecticut), Yale Univ. Press, 1940.

Jara, Alvaro, «Una investigación sobre los problemas del trabajo en Chile durante el período colonial», *Hispanic American Historical Review*, XXXIX, 2, 1959, pp. 239-244.

Jara, Alvaro, *Guerre et société au Chili: essai de sociologie coloniale*, París, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1961.

Jara, Alvaro, «La producción de metales preciosos en el Perú en el siglo XVI», *Boletín de la Universidad de Chile*, 44, noviembre de 1963, pp. 58-64.

Jara, Alvaro, «Estructuras de colonización y modalidades del tráfico en el Pacífico sur hispanoamericano», *Les grandes voies maritimes dans le monde, XV-XIXe siècles* (VIIe Colloque, Commission Internationale d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1965, pp. 247-275.

Jara, Alvaro, «Economía minera e historia económica hispanoamericana»», en *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones de Historia Americana, 1966, pp. 15-54.

Jara, Alvaro, «Salario en una economía caracterizada por las relaciones de dependencia personal», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 601-615.

Jeannin, Pierre, «Anvers et la Baltique au XVIe siècle», *Revue du Nord*, XXXVII, abril-junio de 1955, pp. 93-113.

Jeannin, Pierre, «Les relations économiques des villes de la Baltique avec Anvers au XVIe siècle», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIII, 3, septiembre de 1956, pp. 153-217; 4, diciembre de 1956, pp. 323-355.

Jeannin, Pierre, «Les comptes du Sund comme source pour la construction d'indices généraux de l'activité économique en Europe (XVI-XVIIIe siècles)», *Revue Historique*, CCXXXI, enero-marzo de 1964, pp. 55-102; abril-junio de 1964, pp. 307-340.

Johnsen, Oscar Albert, «Les relations commerciales entre la Norvège et l'Espagne dans les temps modernes», *Revue Historique*, 55, CLXV, 1, septiembre-diciembre de 1930, pp. 77-82.

Jones, E. L., y Woolf, S. J., «The historic of agrarian change in economic development», en E. L. Jones y S. J. Woolf, comps., *Agrarian change and economic development*, Londres, Methuen, 1969, pp. 1-21.

Jones, P. J., «Per la storia agraria italiana nel medio evo: lineamenti e problemi», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 2, junio de 1964, páginas 287-348.

Kellenbenz, Herman, «Spanien, die nördlichen Niederlande und die Skandinavisch-baltische Raum in der Weltwirtschaft und Politik um 1600», *Vierteljahrschrift für Social- und Wirtschaftsgeschichte*, XLI, 4, 1954, pp. 289-332.

Kellenbenz, Herman, «Autour de 1600: le commerce de poivre des Fuggers et le marché international de poivre», *Annales ESC*, XI, 1, enero-marzo de 1956, pp. 1-28.

Kellenbenz, Herman, «Landverkehr, Fluss- und Seeschiffahrt im Europäischen Handel (Spätmitterlalter-Anfang des 19. Jahrhunderts)», en *Les grandes voies maritimes dans le monde, XVe-XIXe siècles* (VIIe Colloque, Commission Internationale d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1965, pp. 65-174.

Kerridge, Eric, «The movement in rent, 1540-1640», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, pp. 208-226. (Originalmente en *Economic History Review*, VI, 1953.)

Keynes, J. M., *A treatise on money*, 2 vols., Nueva York, Macmillan, 1950.

Kiernan, V. G., «Foreign mercenaries and absolute monarchy», *Past & Present*, 11, abril de 1957, pp. 66-83.

Kiernan, V. G., «State and nation in Western Europe», *Past & Present*, 31, julio de 1965, pp. 20-38.

Kingdon, Robert M., «The political resistance of the Calvinists in France and the Low Countries», *Church History*, XXVII, 3, septiembre de 1958, 220-233.

Kingdon, Robert M., «Social welfare in Calvin's Europe», *American Historical Review*, LXXVI, 1, febrero de 1971, pp. 50-69.

Klein, Julius, *The Mesta: a study in Spanish economic history, 1273-1836*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1919. [*La Mesta*, Madrid, Revista de Occidente, 1936.]

Klíma, A., y Macůrek, J., «La question de la transition du féodalisme au capitalisme en Europe centrale (16e-18e siècles)», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, IV, *Histoire moderne*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, páginas 84-105.

Kluchevsky, V. O., *A history of Russia*, 5 vols., Londres, J. M. Dent, 1911.

Kobata, A., «The production and uses of gold silver in 16th and 17th century Japan», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 2, octubre de 1965, pp. 245-266.

Koenigsberger, H. G., *The government of Sicily under Philip II of Spain*, Londres, Staples Press, 1951.

Koenigsberger, H. G., «The organization of revolutionary parties in France and the Netherlands during the sixteenth century», *The Journal of Modern History*, XXVII, 4, diciembre de 1955, pp. 335-351.

Koenigsberger, H. G., «Property and the price revolution (Hainault, 1474-1573)», *Economic History Review*, 2.ª serie, IX, 1, 1956, pp. 1-15.
Koenigsberger, H. G., «The empire of Charles V in Europe», en *New Cambridge Modern History*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, pp. 301-333. [«El imperio de Carlos V en Europa», en *Historia del mundo moderno*, II, *La Reforma*, Barcelona, Sopena, 1970.]
Koenigsberger, H. G., «Western Europe and the power of Spain», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 234-318. [«La Europa occidental y el poderío español», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]
Koenigsberger, H. G., «The European civil war», en *The Habsburgs and Europe, 1516-1660*, Ithaca, Nueva York, Cornell Univ. Press, 1971, pp. 219-285. (Originalmente en H. R. Trevor-Roper, comp., *The age of expansion.*) [*La época de la expansión*, Barcelona, Labor, 1970.]
Kosminsky, Eugen A., «The evolution of feudal rent in England from the XIth to the XVth centuries», *Past & Present*, 7, abril de 1955, páginas 12-36.
Kosminsky, Eugen A., «Peut-on considérer le XIVe et le XVe siècles comme l'époque de la décadence de l'économie européenne?», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit., Cisalpino, 1957, I, pp. 551-569.
Kovacevic, Desanka, «Dans la Serbie et la Bosnie médiévales: les mines d'or et d'argent», *Annales ESC*, XV, 2, marzo-abril de 1960, páginas 248-258.
Kula, Witold, *Théorie économique du système féodal: pour un modèle de l'économie polonaise, 16e-18e siècles*, París, Mouton, 1970. [*Teoría económica del sistema feudal*, México, Siglo XXI, 1974.]
Kuznets, Simon, «The state as the unit of study of economic growth», *Journal of Economic History*, XI, 1, invierno de 1951, pp. 25-41.
Lach, Donald F., *Asia in the making of Europe*, vol. I, *The century of discovery*, 2 vols. Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1965.
Laclau, Ernesto, «Feudalism and capitalism in Latin America», *New Left Review*, 67, mayo-junio de 1971, pp. 19-38. [«Feudalismo y capitalismo en América Latina», en *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978.]
Ladero Quesada, Miguel Angel, «Les finances royales de Castille à la veille des temps modernes», *Annales ESC*, XXV, 3, mayo-junio de 1970, pp. 775-788.
Lane, Frederic C., «The rope factory and hemp trade in the fifteenth and sixteenth centuries,» en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 269-284. (Originalmente en *Journal of Economic and Business History*, IV, 1932.)
Lane, Frederic C., «Venetian shipping during the commercial revolution», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins

Press, 1966, pp. 3-24. (Originalmente en *American Historical Review*, XXXVIII, 1937.)

Lane, Frederic C., «The Mediterranean spice trade: its revival in the sixteenth century», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 25-34. (Originalmente en *American Historical Review*, XLV, 1940.)

Lane, Frederic C., «National wealth and protection costs», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, páginas 373-382. (Originalmente en Jesse Clarkson y Thomas C. Cochran, comps., *War as a social institution*, 1941.)

Lane, Frederic C., «The economic meaning of war and protection», *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 383-398. (Originalmente en *Social Philosophy and Jurisprudence*, VII, 1942.)

Lane, Frederic C., «Force and enterprise in the creation of oceanic commerce», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 399-411. (Originalmente en *Journal of Economic History*, suplemento X, 1950.)

Lane, Frederic C., «Economic consequences of organized violence», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 412-428. (Originalmente en *Journal of Economic History*, XVIII, 1958.)

Lapeyre, Henri, *Géographie de l'Espagne morisque*, París, SEVPEN, 1959.

Lapeyre, Henri, *Les monarchies européennes du XVIe siècle*, colección Nouvelle Clio, 39, París, Presses Universitaires de France, 1967. [*Las monarquías europeas del siglo XVI*, Barcelona, Labor, 1969.]

Larraz, José, *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*, Madrid, Atlas, 1943.

Laskowski, Otton, «Infantry tactics and firing power in the XVI century», *Teki Historyczne*, IV, 2, 1950, pp. 106-115.

Laslett, Peter, *The world we have lost*, Nueva York, Scribner's, 1965.

Lattimore, Owen, *Inner Asian frontiers of China*, 2.ª ed., Irvington-on-Hudson, Capitol Publishing Co., y Nueva York, American Geographical Society, 1940.

Lattimore, Owen, «The frontier in history», en *Relazioni del X Congresso di Scienze Storiche*, I, *Metodologia-Problemi generali-Scienze ausiliare della storia*, Florencia, G. C. Sansoni, 1955, pp. 103-138.

Lattimore, Owen, «La civilisation, mère de Barbarie?», *Annales ESC*, XVII, 1, enero-febrero de 1962, pp. 95-108.

Lefebvre, Henri, «Une discussion historique: du féodalisme au capitalisme: observations», *La Pensée*, 65, enero-febrero de 1956, páginas 22-25. [«Algunas observaciones», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]

Lenin, V. I., *The development of capitalism in Russia*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1956. [*El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Barcelona, Ariel, 1975.]

Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Les paysans du Languedoc*, 2, vols., París, SEVPEN, 1966.

Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967.
Levenson, Joseph R., comp., *European expansion and the counter-expansion of Asia, 1300-1600*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1967.
Lewis, Archibald R., «The closing of the European frontier», *Speculum*, XXXIII, 4, octubre de 1958, pp. 475-483.
Lewis, Bernard, «Some reflections on the decline of the Ottoman empire», *Studia Islamica*, IX, 1958, pp. 111-127.
Livermore, H. V., «Portuguese history», en H. V. Livermore, comp., *Portugal and Brazil, an introduction*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1953, pp. 48-81.
Lockhart, James, «Encomienda and hacienda: the evolution of the great estate in the Spanish Indies», *Hispanic American Historical Review*, XLIX, 3, agosto de 1969, pp. 411-429.
Lockwood, David, «Social integration and system integration», en George K. Zollschan y Walter Hirsch, comps., *Explorations in social change*, Boston (Massachusetts), Houghton, 1964, pp. 244-257.
Lonchay, H., «Etude sur les emprunts des souverains belges au XVIe et XVIIe siècles», *Académie Royale de Belgique, Bulletins de la Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques et de la Classe des Beaux-Arts*, 1907, pp. 923-1013.
Lopez, R. S., «The trade of medieval Europe: the South», en *Cambridge Economic History of Europe*, II, M. M. Postan y E. E. Rich, comps., *Trade and industry in the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1952, pp. 257-354. [«El comercio de la Europa medieval: el Sur», en *Historia económica de Europa*, II, *El comercio y la industria en la Edad Media*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1967.]
Lopez, R. S., y Miskimin, H. A., «The economic depression of the Renaissance», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 3, 1962, páginas 408-426.
Lopez, R. S., Miskimin, H. A., y Udovitch, Abraham, «England to Egypt, 1350-1500: long-term trends and long-distance trade», en M. A. Cook, comp., *Studies in the economic history of the Middle East from the rise of Islam to the present day*, Londres, Oxford Univ. Press, 1970, pp. 93-128.
Lowmianski, Henryk, «The Russian peasantry», *Past & Present*, 26, noviembre de 1963, pp. 102-109.
Lubimenko, Inna, *Les relations commerciales et politiques de l'Angleterre avec la Russie avant Pierre le Grand*, París, Lib. Ancienne Honoré Champion, 1933.
Lublinskaya, A. D., «Préface à l'édition russe des *Caractères originaux de l'histoire rurale française*», *Annales ESC*, XIV, 1, enero-marzo de 1959, pp. 91-105.
Lublinskaya, A. D., *French absolutism: the crucial phase, 1620-1629*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968.
Ludloff, R., «Industrial development in 16th-17th century Germany», *Past & Present*, 12, noviembre de 1957, pp. 58-75.

Lütge, Friedrich, «Economic change: agriculture», en *New Cambridge Modern History*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, pp. 23-50. [«La evolución económica. La agricultura», en *Historia del mundo moderno*, II, *La Reforma*, Barcelona, Sopena, 1970.]

Luttrell, Anthony, «Slavery and slaving in the Portuguese Atlantic (to about 1500)», en Centre of African Studies, Universidad de Edimburgo, *The transatlantic slave trade from West Africa* (multicopiado, 1965), pp. 61-79.

Luzzatto, Gino, *Storia economica dell'età moderna e contemporanea*, 1.ª parte, *L'età moderna*, Padua, CEDAM, 1955.

Lyashchenko, Peter I., *History of the national economy of Russia to the 1917 revolution*, Nueva York, Macmillan, 1949.

Lybyer, A. H., «The Ottoman Turks and the routes of Oriental trade», *English Historical Review*, XXX, octubre de 1915, pp. 577-588.

Lythe, S. G. E., *The economy of Scotland in its European setting, 1550-1625*, Edimburgo, Oliver & Boyd, 1960.

Mączak, Antoni, «The social distribution of landed property in Poland from the sixteenth to the eighteenth centuries», *Third International Conference of Economic History*, París, Mouton, 1968, I, pp. 455-469.

Malowist, Marian, «Histoire sociale: époque contemporaine», *IXe Congrès International des Sciences Historiques*, I, *Rapports*, París, Armand Colin, 1950, pp. 305-322.

Malowist, Marian, «L'évolution industrielle en Pologne du XIVe au XVIIe siècle: traits généraux», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 571-603.

Malowist, Marian, «Über die Frage des Handelspolitik des Adels in den Ostseeländern im 15. und 16. Jahrhundert», *Hansische Geschichtsblätter*, 75, 1957, pp. 29-47.

Malowist, Marian, «Poland, Russia and Western trade in the 15th and 16th centuries», *Past & Present*, 13, abril de 1958, pp. 26-39.

Malowist, Marian, «The economic and social development of the Baltic countries from the 15th to the 17th centuries», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 2, 1959, pp. 177-189.

Malowist, Marian, «A certain trade technique in the Baltic countries in the fifteenth to the seventeenth centuries», *Poland at the XIth International Congress of Historical Sciences*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1960, páginas 103-116.

Malowist, Marian, «Un essai d'histoire comparée: les mouvements d'expansion en Europe au XVe et XVIe siècles», *Annales ESC*, XVII, 5, septiembre-octubre de 1962, pp. 923-929.

Malowist, Marian, «Les aspects sociaux de la première phase de l'expansion coloniale», *Africana Bulletin*, 1, 1964, pp. 11-40.

Malowist, Marian, «Le commerce d'or et d'esclaves au Soudan occidental», *Africana Bulletin*, 4, 1966, pp. 49-72.

Malowist, Marian, «The problem of the inequality of economic development in Europe in the latter Middle Ages», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIX, 1, abril de 1966, pp. 15-28.
Malowist, Marian, «The social and economic stability of the Western Sudan in the Middle Ages», *Past & Present*, 33, abril de 1966, páginas 3-15.
Malowist, Marian, «Les débuts du système des plantations dans la période des grandes découvertes», *Africana Bulletin*, 10, 1969, pp. 9-30.
Malowist, Marian, «Quelques observations sur le commerce de l'or dans le Soudan occidental au Moyen Age», *Annales ESC*, XXV, 6, noviembre-diciembre de 1970, pp. 1630-1636.
Mandrou, Robert, «Les soulèvements populaires et la société française du XVIIe siècle», *Annales ESC*, XIV, 4, octubre-diciembre de 1959, pp. 756-765.
Mankov, A. G., *Le mouvement des prix dans l'état russe au XVIe siècle*, París, SEVPEN, 1957.
Manning, Brian, «The nobles, the people, and the Constitution», *Past & Present*, 9, abril de 1956, pp. 42-64.
Maravall, José A., «The origins of the modern State», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VI, 4, 1961, pp. 789-808.
Margarido, Alfredo, «L'ancien royaume du Congo», *Annales ESC*, XXV, 6, noviembre-diciembre de 1970, pp. 1718-1726.
Marrero, Manuela, «Los italianos en la fundación del Tenerife hispánico», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 329-337.
Marx, Karl, *Pre-capitalist economic formations*, Londres, Lawrence and Wishart, 1964. [*Formaciones económicas precapitalistas*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1971.]
Marx, Karl, *Capital*, 3 vols., Nueva York, International Publishers, 1967. [*El capital*, 8 vols., Madrid, Siglo XXI, 1975-79.]
Masefield, G. B., «Crops and livestock», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 276-301. [«La agricultura y la ganadería», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]
Mattingly, Garrett, *Renaissance diplomacy*, Londres, Jonathon Cape, 1955.
Mauny, R. A., «The question of Ghana», *Africa*, XXIV, 3, julio de 1954, páginas 200-213.
Mauro, Frédéric, «Types de navires et constructions navales dans l'Atlantique portugais aux XVIe et XVIIe siècles», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, VI, julio-agosto de 1959, pp. 185-193.
Mauro, Frédéric, «Toward an "intercontinental model": European overseas expansion between 1500-1800», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 1, 1961, pp. 1-17.
Mauro, Frédéric, *Le XVIe siècle européen: aspects économiques*, colección Nouvelle Clio, 32, París, Presses Universitaires de France,

1966. [*Europa en el siglo XVI. Aspectos económicos*, Barcelona, Labor, 1970.]

McCracken, Eileen, «The woodlands of Ireland circa 1600», *Irish Historical Studies*, XI, 44, septiembre de 1959, pp. 271-296.

Meilink-Roelofsz, M. A., *Asian trade and European influence in the Indonesian archipelago between 1500 and about 1630*, La Haya, Nijhoff, 1962.

Meuvret, Jean, «Monetary circulation and the economic utilization of money in 16th- and 17th-century France», en Rondo E. Cameron, comp., *Essays in French economic history*, Homewood (Illinois), Irwin, Inc., 1970, pp. 140-149. (Traducido de *Etudes d'Histoire Moderne et Contemporaine*, I, 1947.)

Meuvret, Jean, «Demographic crisis in France from the sixteenth to the eighteenth century», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Arnold, 1965, pp. 507-522.

Miller, A., «Considérations sur les institutions financières de l'état moscovite aux XVIe et XVIIe siècles», *Revue Internationale de Sociologie*, XL, 7-8, julio-agosto de 1932, pp. 369-421.

Miller, Edward, «The economic policies of governments: France and England», en *Cambridge Economic history of Europe*, III, M. M. Postan, E. E. Rich y Edward Miller, comps., *Economic organization and policies in the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1963, pp. 290-340. [«La política económica de los gobiernos: Francia e Inglaterra», en *Historia económica de Europa*, III, *Organización y política económica en la Edad Media*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1972.]

Miller, Edward, «The fortunes of the English textile industry during the thirteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 1, agosto de 1965, pp. 39-60.

Miller, Edward, «Government economic policies and public finance, 900-1500», *Fontana Economic History of Europe*, I, 8, 1970.

Minchinton, W. E., «Introduction», *The growth of English overseas trade in the seventeenth and eighteenth centuries*, Londres, Methuen, 1969, pp. 1-57.

Miranda, José, «La función económica del encomendero en los orígenes del régimen colonial, Nueva España (1525-1531)», *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, II, 1941-1946, páginas 421-462.

Miranda, José, *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI*, México, Colegio de México, 1957.

Miskimin, H. A., «Agenda for early modern economic history», *Journal of Economic History*, XXXI, 1, marzo de 1971, pp. 172-183.

Mollat, Michel, «Y a-t-il une économie de la Renaissance?», en *Actes du colloque sur la Renaissance*, París, Lib. Philosophique J. Vrin, 1958, pp. 37-54.

Mollat, Michel, Johansen, Paul M., Postan, M. M., Sapori, Armando, y Verlinden, Charles, «L'économie européenne aux derniers siècles du Moyen-Age», *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scien-*

ze Storiche, III, *Storia del medioevo*, Florencia, G. B. Sansoni, 1955, páginas 655-811.

Molnar, Erik, «Les fondements économiques et sociaux de l'absolutisme», en *XIIe Congrès International des Sciences Historiques, Rapports*, IV, *Méthodologie et histoire contemporaine*, Viena, Verlag Ferdinand Berger & Söhne, 1965, pp. 155-169.

Moore, jr., Barrington, *Social origins of dictatorship and democracy*, Boston, Beacon Press, 1966. [*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1973.]

Morineau, Michel, «D'Amsterdam à Séville: de quelle réalité l'histoire des prix est-elle le miroir?», *Annales ESC*, XXIII, 1, enero-febrero de 1968, pp. 178-205.

Morison, Samuel Eliot, *Admiral of the Ocean Sea*, Boston, Little Brown, 1942.

Mousnier, Roland, *La vénalité des offices sous Henri IV et Louis XIII*, Ruán, Maugard, s.f., ca. 1945.

Mousnier, Roland, *Les XVIe et XVIIe siècles* (vol. IV de la *Histoire générale des civilisations*), París, Presses Universitaires de France, 1954. [*Los siglos XVI y XVII. Progreso de la civilización europea y ocaso de Oriente (1492-1715)*, vol. IV de la *Historia general de las civilizaciones*, Barcelona, Destino, 1968.]

Mousnier, Roland, «Recherches sur les soulèvements populaires en France avant la Fronde», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, V, 1958, pp. 81-113.

Mousnier, Roland, comp., *Lettres et mémoires addressés au chancelier Séguier (1633-1649)*, 2 vols., París, Presses Universitaires de France, 1964.

Mousnier, Roland, *Peasant uprisings in seventeenth-century France, Russia and China*, Nueva York, Harper, 1970. [*Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.]

Mundy, John H., y Riesenberg, Peter, *The medieval town*, Princeton (Nueva Jersey), Van Nostrand, 1958.

Murray, John J., «The cultural impact of the Flemish Low Countries on sixteenth and seventeenth century England», *American Historical Review*, LXII, 4, julio de 1957, pp. 837-854.

Myers, A. R., *England in the late Middle Ages* (vol. IV de la Pelican History of England), Londres, Penguin Books, 1952.

Nadal, Jordi, «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI: estado actual de la cuestión», *Hispania. Revista Española de Historia*, XIX, 77, octubre-diciembre de 1959, pp. 503-529.

Nadal, Jordi, *La población española: siglos XVI a XX*, Barcelona, Ariel, 1966.

Needham, Joseph, *Science and civilization in China*, I, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1954.

Needham, Joseph, «Les contributions chinoises à l'art de gouverner les navires», *Colloque International d'Histoire Maritime* (Lisboa, 1960), París, 1966, pp. 113-134.

Needham, Joseph, «The Chinese contributions to vessel control» *Scientia*, XCVI, 98, abril de 1961, pp. 123-128; 99, mayo de 1961, páginas 163-168.

Needham, Joseph, «Commentary» sobre Lynn White, jr., «What accelerated technological change in the Western Middle Ages?», en A. C. Crombie, comp., *Scientific Change*, Nueva York, Basic Books, 1963.

Needham, Joseph, «Poverties and triumphs of Chinese scientific tradition», en A. C. Crombie, comp., *Scientific change*, Nueva York, Basic Books, 1963, pp. 117-153.

Nef, John U., «Silver production in Central Europe, 1450-1618», *Journal of Political Economy*, XLIX, 4, agosto de 1941, pp. 575-591.

Nef, John U., *Industry and government in France and England, 1540-1640*, Ithaca, Great Seal Books, 1957. (Originalmente en *Memoirs of the American Philosophical Society*, XV, 1940.)

Nef, John U, *War and Human Progress*, Nueva York, Norton, 1963.

Nef, John U., «The progress of technology and growth of large-scale industry in Great Britain, 1540-1640», en *The conquest of the material world*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1964, páginas 121-143. (Originalmente en *Economic History Review*, V, 1934.)

Nef, John U., «A comparison of industrial growth in France and England from 1540 to 1640», en *The conquest of the material world*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1964, pp. 144-212. (Originalmente en *Journal of Political Economy*, XLIV, 1936.)

Nef, John U., «Prices and industrial capitalism in France and England», en *The conquest of the material world*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1964, pp. 240-267. (Originalmente en *Economic History Review*, VII, 1937.)

Nef, John U., «Industrial Europe at the time of the Reformation, c. 1515-c. 1540», en *The conquest of the material world*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1964, pp. 67-117. (Originalmente en *Journal of Political Economy*, XLIX, 1941.)

Néré, Jean, «Le développement du capitalisme», *Revue Historique*, CCIII, enero-marzo de 1950, pp. 64-69.

North, Douglas C., y Thomas, Robert Paul, «An economic theory of the growth of the Western world», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 1, abril de 1970, pp. 1-17.

Ohlin, Goran, «Entrepreneurial activities of the Swedish aristocracy», *Explorations in Entrepreneurial History*, VI, 2, diciembre de 1953, páginas 147-162.

Oman, sir Charles, *A history of the art of war in the sixteenth century*, Londres, Methuen, 1937.

Ots Capdequí, J. M., *El Estado español en las Indias*, México, FCE, 1941.

Pach, Zs. P., «Die Abbiegung der Ungarischen Agrarentwicklung von den Westeuropäischen», *XIe Congrès International des Sciences Historiques* (Estocolmo, 1960), *Résumés des communications*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 154-156.

Pach, Zs. P., «The development of feudal rent in Hungary in the fifteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIX, 1, abril de 1966, pp. 1-14.

Pach, Zs. P., «En Hongrie au XVIe siècle: l'activité commerciale des seigneurs et leur production marchande», *Annales ESC*, XXI, 6, noviembre-diciembre de 1966, pp. 1212-1231.

Pagès, G., «Essai sur l'évolution des institutions administratives en France du commencement du XVIe siècle à la fin du XVIIe», *Revue d'histoire moderne*, n.s., 1. enero-febrero de 1932, pp. 8-57; 2, marzo-abril de 1932, pp. 113-151.

Pagès, G., «La vénalité des offices dans l'ancienne France», *Revue Historique*, CLXIX, 3, 1932, pp. 477-495.

Pannikar, K. M., *Asia and Western dominance*, Londres, Allen & Unwin, 1953.

Parry, J. H., *The age of reconnaissance*, Nueva York, Mentor Books, 1963.

Parry, J. H., «Transport and Trade Routes», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 155-219. [«El transporte y las rutas comerciales», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Parry, J. H., «Colonial developments and international rivalry outside Europe, I, America», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 507-532. [«El desarrollo colonial y las rivalidades internacionales fuera de Europa, I, América», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Parsons, Talcott, *Structure and process in modern societies*, Nueva York, Free Press, 1960. [*Estructura y proceso de las sociedades modernas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.]

Pascu, S., Mavrodin, V. V., Porshnev, Boris, y Anteleva, I. G., «Mouvements paysans dans le centre et le sudest de l'Europe du XVe au XXe siècles», *XIIe Congrès International des Sciences Historiques: rapports*, IV, *Méthodologie et histoire contemporaine*, Viena, Verlag Ferdinand Berger & Söhne, 1965, pp. 21-35.

Penrose, Boies, *Travel and discovery in the Renaissance, 1420-1620*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1952.

Perroy, Edouard, «A l'origine d'une économie contractée: les crises du XIVe siècle», *Annales ESC*, IV, 2, abril-junio de 1949, pp. 167-182.

Perroy, Edouard, *et al.*, *Le Moyen Age* (vol. III de la *Histoire générale des civilisations)*, París, Presses Universitaires de France, 1955. [*La Edad Media*, vol. III de la *Historia general de las civilizaciones*, Barcelona, Destino, 1967.]

Pesez, Jean-Marie, y Le Roy Ladurie, Emmanuel, «Le cas français:

vue d'ensemble», *Villages désertés et histoire économique, XIe-XVIIIe siècles*, Paris, SEVPEN, 1965, pp. 127-252.

Petráň, Josef, «A propos de la formation des régions de la productivité spécialisée en Europe centrale», en *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique* (Aix-en-Provence, 1962), II, *Middle Ages and modern times*, París, Mouton, 1965, pp. 217-222.

Phelps-Brown, E. H., y Hopkins, Sheila V., «Wage-rates and prices: evidence for population pressure in the sixteenth century», *Economica*, XXIV, 96, noviembre de 1957, pp. 289-306.

Phelps-Brown, E. H., y Hopkins, Sheila V., «Builders' wage-rates, prices, and population: some further evidence», *Economica*, XXVI, 101, fabrero de 1959, pp. 18-38.

Phelps-Brown, E. H., y Hopkins, Sheila V., «Seven centuries of building wages», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, pp. 168-178. (Originalmente en *Economica*, XXII, 1955.)

Phelps-Brown, E. H., y Hopkins, Sheila V., «Seven centuries of the price of consumables, compared with builders' wage-rates», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, pp. 179-196. (Originalmente en *Economica*, XXIII, 1956.)

Pierce, T. Jones, «Landlords in Wales, A: The nobility and gentry», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 357-381.

Pike, Ruth, «The Genoese in Seville and the opening of the New World», *Journal of Economic History*, XXII, 3, septiembre de 1962, páginas 348-378.

Pirenne, Henri, «The stages in the social history of capitalism», *American Historical Review*, XIX, 3, abril de 1914, pp. 494-515.

Pirenne, Henri, *Economic and social history of Medieval Europe*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1936. [*Historia económica y social de la Edad Media*, México, FCE, 1.ª ed 1939.]

Pirenne, Henri, *Early democracies in the Low Countries*, Nueva York, Norton, 1971.

Pocock, J. G. A., «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 4, octubre de 1958.

Polanyi, Karl, *The great transformation*, Boston, Beacon Press, 1944.

Porshnev, Boris, «Les rapports politiques de l'Europe occidentale et de l'Europe orientale à l'époque de la guerre des Trente Ans», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Rapports*, IV, *Histoire moderne*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 136-163.

Porshnev, Boris, *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, París, SEVPEN, 1963. [*Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1978, ed. abr.]

Portal, Roger, *Les slaves*, París, Armand Colin, 1965.

Postan, M. M., «The chronology of labour services», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.ª serie, XX, 1937, pp. 169-193.

Postan, M. M., «The fifteenth century», *Economic History Review*, IX, 2, mayo de 1939, pp. 160-167.

Postan, M. M., «Some social consequences of the Hundred Years' War», *Economic History Review*, XII, 1 y 2, 1942, pp. 1-12.

Postan, M. M., «The rise of a money economy», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 1-12. (Originalmente en *Economic History Review*, XIV, 1944.)

Postan, M. M., «Some economic evidence of declining population in the Later Middle Ages», *Economic History Review*, 2.ª serie, II, 3, 1950, pp. 221-246.

Postan, M. M., «Italy and the economic development of England in the Middle Ages», *Journal of Economic History*, XI, 4, otoño de 1951, páginas 339-346.

Postan, M. M., «The trade of medieval Europe: the North», en *Cambridge Economic History of Europe*, II, M. M. Postan y E. E. Rich, comps., *Trade and industry in the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1952, pp. 119-256. [«El comercio de la Europa medieval: el norte», en *Historia económica de Europa*, II, *El comercio y la industria en la Edad Media*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1967.]

Postan, M. M., «Note» (sobre un artículo de W. C. Robinson), *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 1, 1959, pp. 77-82.

Postan, M. M., «The economic and political relations of England and the Hanse (1400 to 1475)», en Eileen E. Power y M. M. Postan, comps., *Studies in English trade in the fifteenth century*, Nueva York, Barnes & Noble, 1966, pp. 91-153.

Pounds, Norman J. G., «Overpopulation in France and the Low Countries in the Later Middle Ages», *Journal of Social History*, III, 3, primavera de 1970, pp. 225-247.

Power, Eileen E., «The wool trade in the fifteenth century», en Eileen E. Power y M. M. Postan, comps., *Studies in English trade in the fifteenth century*, Nueva York, Barnes & Noble, 1966, pp. 39-90.

Prawer, Joshua, y Eisenstadt, S. N., «Feudalism», en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan and Free Press, 1968, V, pp. 393-403. [«Feudalismo», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, V, Madrid, Aguilar, 1977.]

Prestwick, Minna, recensión de Boris Porshnev, en *English Historical Review*, CCCXX, julio de 1966, pp. 565-572.

Pullan, Brian, «Wage-earners and the Venetian economy, 1500-1630», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 3, 1964, pp. 407-26.

Quinn, D. B., «Ireland and sixteenth-century European expansion», en T. Desmond Williams, comp., *Historical studies*, Londres, Bowes & Bowes, 1958, pp. 20-32.

Ramsey, Peter, *Tudor economic problems*, Londres, Gollancz, 1968.

Rau, Virginia, «A family of Italian merchants in Portugal in the fifteenth century: the Lomellini», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 715-726.

Redlich, Fritz, «European aristocracy and economic development», *Explorations in Entrepreneurial History*, VI, 2, diciembre de 1953, páginas 78-91.
Redlich, Fritz, «De praeda militari: looting and booty, 1500-1815», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, suplemento 39, 1956.
Redlich, Fritz, «Military entrepreneurship and the credit system in the 16th and 17th centuries», *Kyklos*, X, 1957, pp. 186-193.
Redlich, Fritz, «The German military enterpriser and his work force», I, *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, suplemento 47, 1964.
Reglá, Juan, «La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II», *Estudios de Historia Moderna*, III, 1953, páginas 219-234.
Reglá, Juan, «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias», *Hispania. Revista Española de Historia*, XIII, 51, 1953, pp. 215-267; 52, 1953, pp. 402-479.
Reglá, Juan, «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias en la economía valenciana», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, páginas 525-545.
Renouard, Yves, «1212-1216: Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du XIIIe siècle», *Annales de l'Université de Paris*, XXVIII, 1, enero-marzo de 1958, páginas 5-21.
Revah, I. S., «L'hérésie marrane dans l'Europe catholique du 15e au 18e siècle», en Jacques LeGoff, *Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle, 11e-18e siècles*, Paris, Mouton, 1968, pp. 327-337. [*Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVIII)*, Madrid, Siglo XXI, en preparación.]
Reynolds, Robert L., *Europe emerges*, Madison, Univ. of Wisconsin Press, 1967.
Rich, E. E., «Expansion as a concern of all Europe», *New Cambridge Modern History*, I, G. R. Potter, comp., *The Renaissance, 1493-1520*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1957, pp. 445-469. [«La expansión como materia de interés para toda Europa», en *Historia del mundo moderno*, I, *El Renacimiento, 1493-1520*, Barcelona, Sopena, 1970.]
Rich, E. E., «Colonial settlement and ist labour problems», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, páginas 302-373. [«La colonización y sus problemas laborales», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]
Rich, E. E., «Preface», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cam-

bridge Univ. Press, 1967, pp. xi-xxxii. [«Prefacio», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Robertson, H. M., «European economic developments in the sixteenth century», *South African Journal of Economics*, XVIII, 1, marzo de 1950, pp. 36-53.

Robinson, W. C., «Money, population and economic change in Late Medieval Europe», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 1, 1959, páginas 63-76.

Romano, Ruggiero, «La pace di Cateau-Cambrésis e l'equilibrio europeo a metà del secolo XVI», *Rivista Storica Italiana*, LXI, 3, septiembre de 1949, pp. 526-550.

Romano, Ruggiero, «A Florence au XVIIe siècle: industries textiles et conjoncture», *Annales ESC*, VII, 7, octubre-diciembre de 1952, páginas 508-512.

Romano, Ruggiero, «A propos du commerce de blé dans la Méditerranée des XIVe et XVe siècles», en *Eventail de l'histoire vivante: Hommage à Lucien Febvre*, París, Armand Colin, 1953, II, pp. 149-161.

Romano, Ruggiero, «La marine marchande vénitienne au XVIe siècle», en M. Mollat *et al.*, comps., *Les sources de l'histoire maritime en Europe, du Moyen Age au XVIIIe siècle* (Actes du IVe Colloque International d'Histoire Maritime), París, SEVPEN, 1962, pp. 33-55.

Romano, Ruggiero, «Tra XVI e XVII secolo. Una crisi economica: 1619-1622», *Rivista Storica Italiana*, LXXIV, 3, septiembre de 1962, páginas 480-531.

Romano, Ruggiero, «Encore la crise de 1619-22», *Annales ESC*, XIX, 1, enero-febrero de 1964, pp. 31-37.

Roorda, D. J., «The ruling classes in Holland in the seventeenth century», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, II, pp. 109-132.

Rosenberg, Hans, «The rise of the Junkers in Brandenburg-Prussia, 1410-1653», *American Historical Review*, 1.ª parte, XLIX, 1, octubre de 1943, pp. 1-22; 2.ª parte, XLIX, 2, enero de 1944, pp. 228-242.

Rosenberg, Hans, *Bureaucracy, aristocracy and autocracy: the Prussian experience, 1660-1815*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1966.

Roth, Cecil, *The history of the Jews of Italy*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1946.

Rowse, A. L., «Tudor expansion: the transition from medieval to modern history», *William & Mary Quarterly*, 3.ª serie, XIV, 4, julio de 1957, pp. 309-316.

Rowse, A. L., *The Elizabethans and America*, Nueva York, Macmillan, 1959.

Ruddock, Alwyn A., *Italian merchants and shipping in Southampton, 1270-1600*, Southampton, University College, 1951.

Ruiz Almansa, Javier, «Las ideas y las estadísticas de población en España en el siglo XVI», *Revista Internacional de Sociología*, I, 1947, páginas 89-107.

Rusche, Georg, y Kirchheimer, Otto, *Punishment and social structure*, Nueva York, Russell & Russell, 1939.

Salmon, J. H. M., «Venality of office and popular sedition in seventeenth century France», *Past & Present*, 37, julio de 1967, pp. 21-43.

Samsonowicz, Henryk, «Salaires et services dans les finances citadines de la Prusse au xve siècle et dans la première moitié du xvie siècle», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 533-551.

Sansom, George B., *The Western world and Japan*, Nueva York, Knopf, 1950.

Sansom, George B. A., *A history of Japan*, II, *1334-1615*, Stanford (California), Stanford University Press, 1961.

Savine, Alexander, «Bondmen under the Tudors», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.s., XVII, 1903, pp. 235-289.

Sayous, André-E., «Le rôle d'Amsterdam dans l'histoire du capitalisme commercial et financier», *Revue Historique*, CLXXXIII, 2, octubre-diciembre de 1938, pp. 242-280.

Schneidman, J. Lee, *The rise of the Aragonese-Catalan empire, 1200-1350*, 2 vols., Nueva York, N.Y. Univ. Press, 1970.

Schöffer, I, «The Dutch revolution anatomized: some comments», *Comparative Studies in Society and History*, III, 4, julio de 1961, páginas 470-477.

Schumpeter, Joseph A., *Business cycles*, 2 vols., Nueva York, McGraw-Hill, 1939.

Schumpeter, Joseph A., *Capitalism, socialism and democracy*, Londres, Allen & Unwin, 1943. [*Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1971.]

Schumpeter, Joseph A., «The sociology of imperialism», en *Social classes, imperialism*, Nueva York, Meridian Books, 1955. [*Imperialismo y clases sociales*, Madrid, Tecnos, 1965.]

Schurz, Walter L., «Mexico, Peru and the Manila galleon», *Hispanic American Historical Review*, I, 4, noviembre de 1918, pp. 389-402.

Sée, Henri, *Modern capitalism*, Nueva York, Adelphi Co., 1928. [*Los orígenes del capitalismo moderno*, México, FCE, 1.ª ed. 1937.]

Sella, Domenico, «Les mouvements longs de l'industrie lainière à Venise aux XVIe et XVIIe siècles», *Annales ESC*, XII, 1, enero-marzo de 1957, pp. 29-45.

Sella, Domenico, «Crisis and transformation in Venetian trade», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, páginas 88-105.

Sella, Domenico, «European industries, 1500-1700», *Fontana Economic History of Europe*, II, 5, 1970.

Serrahima Cirici, Enrique, «Hugonotes y bandidos en el Pirineo catalán», *Estudios de Historia Moderna*, IV, 1954, pp. 207-223.

Serrão, Joël, «Le blé des îles atlantiques: Madère et Açores aux XVe et XVIe siècles», *Annales ESC*, IX, 3, julio-septiembre de 1954, páginas 337-341.

Servoise, R., «Les relations entre la Chine et l'Afrique au xve siècle», *Le Mois en Afrique*, 6, junio de 1966, pp. 30-45.

Siemenski, J., «Constitutional conditions in the fifteenth and sixteenth centuries», en *The Cambridge History of Poland*, I, W. F. Reddaway *et al.*, comps., *From the origins to Sobieski (to 1696)*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1950, pp. 416-440.

Skeel, Caroline, «The cattle trade between Wales and England from the fifteenth to the nineteenth centuries», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.ª serie, IX, 1926, pp. 135-158.

Slicher van Bath, B. H., «The rise of intensive husbandry in the Low Countries», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Londres, Chatto, 1960, I, pp. 130-153.

Slicher van Bath, B. H., *The agrarian history of Western Europe, a.D. 500-1850*, Nueva York, St. Martin's, 1963. [*Historia agraria de Europa occidental*, Barcelona, Península, 1974.]

Slicher van Bath, B. H., «Les problèmes fondamentaux de la société pré-industrielle en Europe occidentale», *Afdeling Agrarische Geschiedenis Bijdragen*, 12, 1965, pp. 3-46.

Sluiter, Engel, «Dutch-Spanish rivalry in the Caribbean area, 1594-1609», *Hispanic American Historical Review*, XXVIII, 2, mayo de 1948, pp. 165-196.

Smit, J. W., «The present position of studies regarding the revolt of the Netherlands», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, I, pp. 11-28.

Smit, J. W., «The Netherlands revolution», en Robert Forster y Jack P. Greene, comps., *Preconditions of revolution in early modern Europe*. Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1970, páginas 19-54.

Smith, R. E. F., *The enserfment of the Russian peasantry*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968.

Smith, Robert S., «Indigo production and trade in colonial Guatemala», *Hispanic American Historical Review*, XXXIX, 2, mayo de 1959, páginas 181-211.

Smolar, jr., Frank J., «Resiliency of enterprise: economic causes and recovery in the Spanish Netherlands in the early seventeenth century», en Charles H. Carter, comp., *From the Renaissance to the Counter-Reformation*, Nueva York, Random House, 1965, pp. 247-268.

Soldevila, Ferran, «Barcelona demana à l'emperador Carles V l'autorització per a comerciar directament amb America (1522)», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 633-641.

Solt, Leo F., «Revolutionary Calvinist parties in England under Elizabeth I and Charles I», *Church History*, XXVII, 3, septiembre de 1958, páginas 234-239.

Spooner, Frank C., «A la côte de Guinée sous pavillon français (1559-1561)», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, pp. 1001-1008.

Spooner, Frank C., «The Habsburg-Valois struggle», *New Cambridge modern history*, II, G. R. Elton, comp., *The Reformation, 1520-1559*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1958, pp. 334-358. [«La pugna entre los Habsburgo y los Valois», en *Historia del mundo moderno*, II, *La Reforma*, Barcelona, Sopena, 1970.]

Spooner, Frank C., «Venice and the Levant: an aspect of monetary history (1600-1614)», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, páginas 643-667.

Spooner, Frank C., «The economy of Europe, 1559-1609», en *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 14-93. [«La economía de Europa, 1559-1609», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Spooner, Frank C., «The European economy, 1609-50», *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' war, 1609-48/59*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1970, pp. 67-103. [«La economía de Europa, 1609-1650», en *Historia del mundo moderno*, IV, *La decadencia de España y la guerra de los Treinta Años, 1610-48/59*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Stahl, Henri H., *Les anciennes communautés villageoises roumaines-asservissement et pénétration capitaliste*, Bucarest, Ed. de l'Académie de la République Socialiste de Roumanie, 1969.

Stein, Stanley J. y Barbara H., *The colonial heritage of Latin America*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1970. [*La herencia colonial de América Latina*, México, Siglo XXI, 1.ª ed., 1970.]

Stephens, W. B., «The cloth exports of the provincial ports, 1600-1640», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXII, 2, agosto de 1969, páginas 228-243.

Stoianovich, Traian, «Material foundations of preindustrial civilization in the Balkans», *Journal of Social History*, IV, 3, primavera de 1971, pp. 205-262.

Stone, Lawrence, «State control in sixteenth-century England», *Economic History Review*, XVII, 1, 1947, pp. 103-120.

Stone, Lawrence, «The anatomy of the Elizabethan aristocracy», *Economic History Review*, XVIII, 1 y 2, 1948, pp. 1-53.

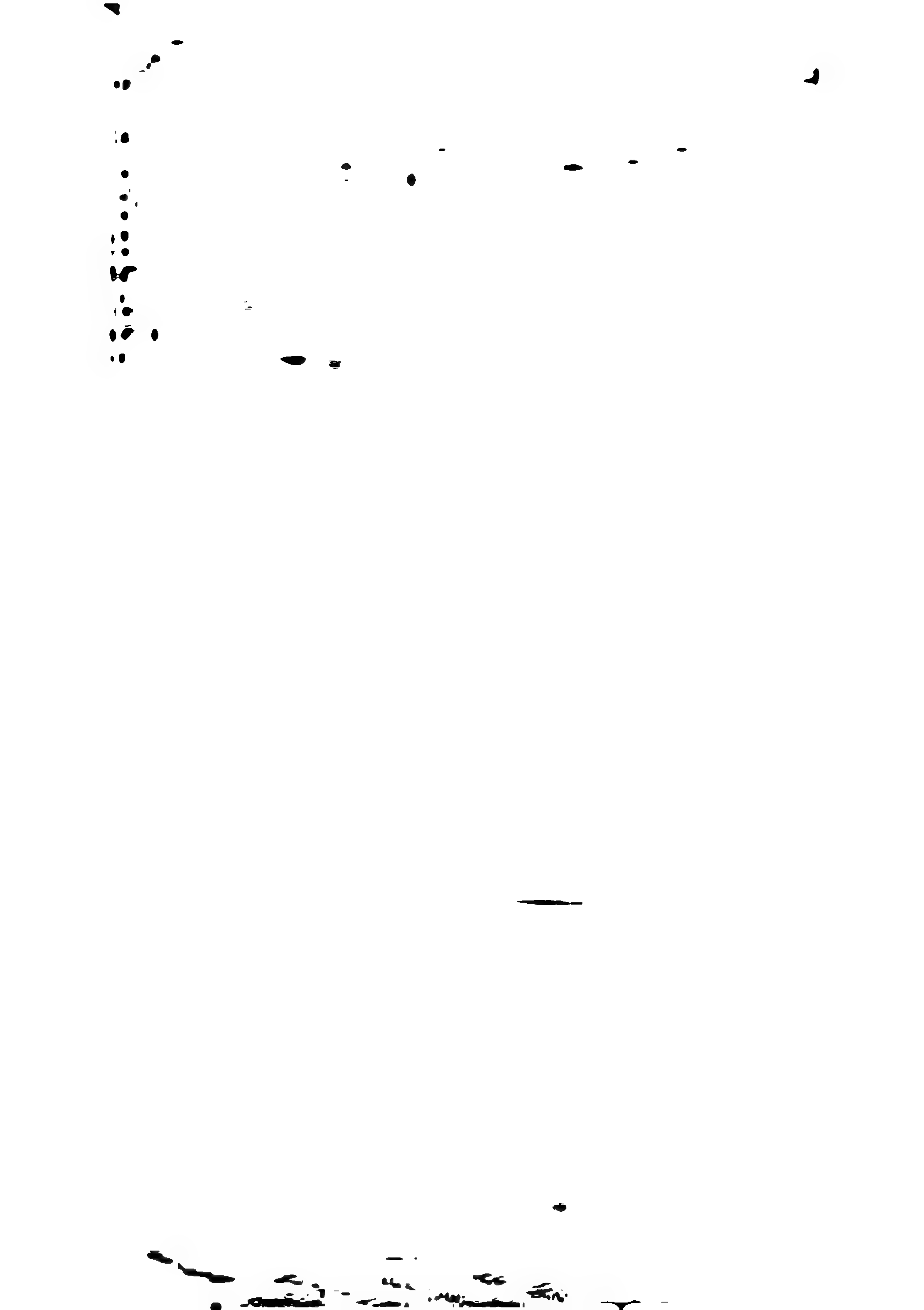
Stone, Lawrence, «Elizabethan overseas trade», *Economic History Review*, 2.ª serie, II, 1, 1949, pp. 30-58.

Stone, Lawrence, «The Elizabethan aristocracy: a restatement», *Economic History Review*, 2.ª serie, IV, 1, 2 y 3, 1951-52, pp. 302-321.

Stone, Lawrence, «The nobility in business, 1540-1640», *Explorations in Entrepreneurial History*, X, 2, diciembre de 1957, pp. 54-61.

Stone, Lawrence, «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 1, julio de 1958.

Stone, Lawrence, «Social mobility in England, 1500-1700», *Past & Present*, 33, abril de 1966, pp. 16-55.



Stone, Lawrence, *The crisis of the aristocracy, 1558-1641*, ed. abr., Londres, Oxford Univ. Press, 1967. [*La crisis de la aristocracia*, Madrid, Revista de Occidente, 1976.]

Strauss, Gerald, *Nuremberg in the sixteenth century*, Nueva York, Wiley, 1966.

Strayer, Joseph, *On the medieval origins of the modern state*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1970.

Streider, Jacob, «Origin and evolution of early European capitalism», *Journal of Economic and Business History*, II, 1, noviembre de 1929, pp. 1-19.

Supple, Barry, *Commercial crisis and change in England, 1600-1642*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1959.

Swart, K. W., *The sale of offices in the seventeenth century*, La Haya, Nijhoff, 1949.

Sweezy, Paul, «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XIV, 2, primavera de 1950, pp. 134-157. [«Crítica», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]

Szeftel, Marc, «Aspects of feudalism in Russian history», en Rushton Colbourn, comp., *Feudalism in history*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press., 1956, pp. 167-182.

Takahashi, H. K., «The transition from feudalism to capitalism: a contribution to the Sweezy-Dobb controversy», *Science and Society*, XVI, 4, otoño de 1952, pp. 313-345. [«Contribución al debate», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]

Takahashi, H. K., «On the "transition" from feudalism to the bourgeois revolution», *Indian Journal of Economics*, XXXV, 140, 1955, páginas 143-151.

Tapié, Victor-L., *La France de Louis XIII et de Richelieu*, París, Flammarion, 1952.

Taube, Edward, «German craftsmen in England during the Tudor period», *Journal of Economic History*, IV, 14, febrero de 1939, páginas 167-178.

Tawney, R. H., *The agrarian problem in the sixteenth century*, Nueva York, Longmans, 1912.

Tawney, R. H., «Introduction», en Thomas Wilson, *A discourse upon usury*, Londres, Bell & Sons, 1925, pp. 1-172.

Tawney, R. H., «Harrington's interpretation of his age», *Proceedings of the British Academy*, 1941, pp. 199-223.

Tawney, R. H., «The rise of the gentry, 1558-1640», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 173-206. (Originalmente en *Economic History Review*, XI, 1941.)

Tawney, R. H., «Postscript», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1965, I, pp. 206-214. (Originalmente en *Economic History Review*, VII, 1954.)

Taylor, A. J. P., *The course of German history*, Londres, Hamilton, 1945.

Taylor, K. W., «Some aspects of population history», *Canadian Journal of Economics and Political Sciences*, XVI, agosto de 1950, pp. 301-313.
Tazbir, Janusz, «The commonwealth of the gentry», en Aleksander Gieysztor *et al.*, *History of Poland*, Varsovia, PWN, 1968, pp. 169-271.
Teall, Elizabeth S., «The seigneur of Renaissance France», *Journal of Modern History*, XXXVII, 2, junio de 1965, pp. 131-150.
Thiriet, Freddy, *La Romanie vénitienne au Moyen Age*, Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 183, París, Boccard, 1959.
Thirsk, Joan, «Industries in the countryside», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, páginas 70-88.
Thirsk, Joan, «Enclosing and engrossing», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 200-255.
Thirsk, Joan, «The farming regions of England», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 1-112.
Thirsk, Joan, «Farming techniques», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 161-199.
Thompson, F. M. L., «The social distribution of landed property in England since the sixteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie., XIX, 3, diciembre de 1966, pp. 505-517.
Thorner, Daniel, «L'économie paysanne: concept pour l'histoire économique», *Annales ESC*, XIX, 3, mayo-junio de 1964, pp. 417-432.
Thrupp, Sylvia, «Medieval industry, 1000-1500», *Fontana Economic History of Europe*, I, 6, 1971.
Tilly, Charles, «Food supply and public order in modern Europe», multicopiado en Charles Tilly, comp., *The building of states in Western Europe*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, en preparación.
Tilly, Charles, «Reflections on the history of European statemaking», multicopiado en Charles Tilly, comp., *The building of states in Western Europe*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, en preparación.
Topolski, Jerzy, «La régression économique en Pologne», *Acta Poloniae Historica*, VII, 1962, pp. 28-49.
Trevor-Roper, H. R., «The Elizabethan aristocracy: an anatomy anatomized», *Economic History Review*, 2.ª serie, III, 3, 1951, pp. 279-298.
Trevor-Roper, H. R., «The gentry, 1540-1640», *Economic History Review*, suplemento 1, 1953.
Trevor-Roper, H. R., «Letter to the editor», *Encounter*, XI, 1, julio de 1958.
Trevor-Roper, H. R., «England's moderniser: Thomas Cromwell», en *Historical essays*, Nueva York, Harper, 1966, pp. 74-78.
Trevor-Roper, H. R., «The Jesuits in Japan», en *Historical essays*, Nueva York, Harper, 1966, pp. 119-124.

Trevor-Roper, H. R., «The general crisis of the seventeenth century», en *The European witch-craze of the 16th and 17th centuries and other essays*, Nueva York, Harper, 1969, pp. 46-89.

Trevor-Roper, H. R., «Religion, the Reformation, and social change», en *The European witch-craze of the sixteenth and seventeenth centuries and other essays*, Nueva York: Harper, 1969, pp. 1-45. (Anteriormente publicado como parte de *The crisis of the seventeenth century: religion, the Reformation, and social change.)*

Tyminiecki, Kazimierz, «Le servage en Pologne et dans les pays limitrophes au Moyen Âge», *La Pologne au Xe Congrès International des Sciences Historiques à Rome*, Varsovia, Academia Polaca de Ciencias, Instituto de Historia, 1955, pp. 5-28.

Ullman, Joan Connelly, «Translator's footnotes», en Jaime Vicens Vives, *Approaches to the history of Spain*, 2.ª ed. Berkeley, Univ. of California Press, 1970.

Umiński, J., «The Counter-Reformation in Poland», en *The Cambridge History of Poland*, I, W. F. Reddaway *et al.*, comps., *From the origins to Sobieski (to 1696)*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1950, pp. 394-415.

Utterström, Gustaf, «Climatic fluctuations and population problems in early modern history», *Scandinavian Economic History Review*, III, 1, 1955, pp. 3-47.

Vaccari, Pietro, «I lavoratori della terra nell'occidente e nell'oriente dell'Europa nella età moderna», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, II, pp. 969-978.

Válka, Josef, «La structure économique de la seigneurie tchèque au XVIe siècle», *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique*, II, *Middle Ages and modern times*, París, Mouton, 1965, páginas 211-215.

Van der Sprenkel, Otto B., «Population statistics of Ming China», *Bulletin of the SOAS*, XV, 2.ª parte, 1953, pp. 289-326.

Van der Wee, Herman, *The growth of the Antwerp market and the European economy*, 3 vols., La Haya, Nijhoff, 1963.

Van Dillen, J. G., «Amsterdam's role in seventeenth-century Dutch politics and its economic background», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, II, pp. 133-147.

Van Houtte, J. A., «Bruges et Anvers: marchés "nationaux" ou "internationaux" du XIVe au XVIe siècles», *Revue du Nord*, XXXIV, 1952, páginas 89-108.

Van Houtte, J. A., «Anvers aux XVe et XVIe siècles: expansion et apogée», *Annales ESC*, XVI, 2, marzo-abril de 1961, pp. 248-278.

Van Houtte, J. A., «Déclin et survivance d'Anvers (1550-1700)», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, pp. 703-726.

Van Houtte, J. A., «L'approvisionnement des villes dans les Pays-Bas (Moyen Age et temps modernes)», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 73-77.

Van Leur, J. C., *Indonesian trade and society*, La Haya, Van Hoeve, Ltd., 1955.
Veblen, Thorstein, *Imperial Germany and the industrial revolution*, Ann Arbor (Michigan), Ann Arbor Paperbacks, 1966.
Verlinden, Charles, «The rise of Spanish trade in the Middle Ages», *Economic History Review*, x, 1, 1940, pp. 44-59.
Verlinden, Charles, «Deux aspects de l'expansion commerciale du Portugal au moyen age», *Revista Portuguêsa de História*, IV, 1949, páginas 169-209.
Verlinden, Charles, «Italian influence in Iberian colonization», *Hispanic American Historical Review*, XXXIII, 2, mayo de 1953, páginas 199-211.
Verlinden, Charles, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, 2 vols., Brujas, De Tempel, 1955.
Verlinden, Charles, «La colonie italienne de Lisbonne et le développement de l'économie métropolitaine et coloniale portugaise», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 615-628.
Verlinden, Charles, «Crises économiques et sociales en Belgique à l'époque de Charles Quint», en *Charles Quint et son temps* (Colloques internationaux du CNRS, París, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959, pp. 177-190.
Verlinden, Charles, «L'état et l'administration les communautés indigènes dans l'empire espagnol d'Amérique», *International Congress of Historical Sciences* (Estocolmo, 1960), *Résumés des communications*, Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 133-134.
Verlinden, Charles, «La Crète, débouché et plaque tournante de la traite des esclaves aux XIVe et XVe siècles», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, III, *Medioevo*, Milán, Dr. A. Giuffrè Ed., 1962, páginas 593-669.
Verlinden, Charles, *et al.*, «Mouvements des prix et des salaires en Belgique au XVIe siècle», *Annales ESC*, x, 2, abril-junio de 1955, páginas 173-198.
Vernadsky, George, «Feudalism in Russia», *Speculum*, XIV, 3, julio de 1939, pp. 300-323.
Vernadsky, George, *The Tsardom of Muscovy, 1547-1682* (vol. V de *A history of Russia*), 2 partes, New Haven (Connecticut), Yale Univ. Press, 1969.
Vicens Vives, Jaime, «Discussion» de Charles Verlinden, «Crises économiques et sociales en Belgique à l'époque de Charles-Quint», en *Charles Quint et son temps* (Colloques internationaux du CNRS, 30 de septiembre-3 de octubre de 1958), París, CNRS, 1959.
Vicens Vives, Jaime, *An economic history of Spain*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton Univ. Press, 1969. [Ed. castellana original: *Historia económica de España*, Barcelona, Vicens Vives, 10.ª ed. 1977.]
Vicens Vives, Jaime, *Approaches to the history of Spain*, 2.ª ed., Berkeley, Univ. of California Press, 1970. [Ed. castellana original: *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens Vives, 2.ª ed. 1976.]

Vilar, Pierre, «Le temps de Quichotte», *Europe*, vol. 34, 121-122, enero febrero de 1956, pp. 3-16. [«El tiempo del *Quijote*», en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974.]

Vilar, Pierre, «Problems on the formation of capitalism», *Past & Present*, 10, noviembre de 1956, pp. 15-38. [«El problema de la formación del capitalismo», en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974.]

Vilar, Pierre, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, 3 vols., París, SEVPEN, 1962.

Villari, Rosario, *La rivolta antispagnola a Napoli: le origini (1585-1647)*, Bari, Laterza, 1967.

Vitale, Luis, «Latin America: feudal or capitalist?», en James Petras y Maurice Zeitlin, comps., *Latin America: reform or revolution?*, Greenwich (Conn.), Fawcett, 1968, pp. 32-43.

Vitale, Luis, «España antes y después de la conquista de América», *Pensamiento Crítico*, 27, abril de 1969, pp. 3-26.

Vivanti, Corrado, «Le rivolte popolari in Francia prima della Fronda e la crisi del secolo XVII», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 4, diciembre de 1964, pp. 957-981.

Warriner, Doreen, «Some controversial issues in the history of agrarian Europe», *Slavonic and East European Review*, XXXII, 78, diciembre de 1953, pp. 168-186.

Watson, Andrew M., «Back to gold—and silver», *Economic History Review*, 2ª serie, XX, 1, 1967, pp. 1-34.

Webb, Walter Prescott, *The great frontier*, Boston (Massachusetts), Houghton Mifflin, 1952.

Weber, Max, *General economic history*, Nueva York, Free Press, 1951. [*Historia económica general*, México, FCE, 1974.]

Weber, Max, *The religion of China*, Nueva York, Free Press, 1951.

Weber, Max, *The religion of India*, Nueva York, Free Press, 1958.

Weber, Max, *Economy and society*, Totowa (Nueva Jersey), Bedminster Press, 1968. [*Economía y sociedad*, 2 vols., México, FCE, 1974.]

Wernham, R. B., «English policy and the revolt of the Netherlands», en S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groningen, Wolters, 1964, I, pp. 29-40.

Wernham, R. B., «The British question, 1559-69», *New Cambridge Modern History*, III. R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 209-233. [«La Inglaterra Isabelina, 1559-69», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Wernham, R. B., «Introduction», *New Cambridge Modern History*, III. R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 1-13. [«Introducción», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

[illegible] biological [illegible]

[illegible]

[illegible] and [illegible]

[illegible] Spanish [illegible]

[illegible] Joyce [illegible]

[illegible] pages 204–25[illegible]

[illegible] Perez [illegible]

[illegible] Journal of [illegible]

Vilar, Pierre, «Le temps de Quichotte», *Europe*, vol. 34, 121-122, enero febrero de 1956, pp. 3-16. [«El tiempo del *Quijote*», en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974.]

Vilar, Pierre, «Problems on the formation of capitalism», *Past & Present*, 10, noviembre de 1956, pp. 15-38. [«El problema de la formación del capitalismo», en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974.]

Vilar, Pierre, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, 3 vols., París, SEVPEN, 1962.

Villari, Rosario, *La rivolta anstispagnola a Napoli: le origini (1585-1647)*, Bari, Laterza, 1967.

Vitale, Luis, «Latin America: feudal or capitalist?», en James Petras y Maurice Zeitlin, comps., *Latin America: reform or revolution?*, Greenwich (Conn.), Fawcett, 1968, pp. 32-43.

Vitale, Luis, «España antes y después de la conquista de América», *Pensamiento Crítico*, 27, abril de 1969, pp. 3-28.

Vivante, Corrado, «Le rivolte popolari in Francia prima della Fronde e la crisi del secolo XVII», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 4, diciembre de 1964, pp. 957-981.

Warriner, Doreen, «Some controversial issues in the history of agrarian Europe», *Slavonic and East European Review*, XXXI, 78, diciembre de 1953, pp. 168-186.

Watson, Andrew M., «Back to gold—and silver», *Economic History Review*, 2.ª serie, XX, 1, 1967, pp. 1-34.

Webb, Walter Prescott, *The great frontier*, Boston (Massachusetts), Houghton Mifflin, 1952.

Weber, Max, *General economic history*, Nueva York, Free Press, 1950. [*Historia económica general*, México, FCE, 1974.]

Weber, Max, *The religion of China*, Nueva York, Free Press, 1951.

Weber, Max, *The religion of India*, Nueva York, Free Press, 1958.

Weber, Max, *Economy and society*, Totowa (Nueva Jersey), Bedminster Press, 1968. [*Economía y sociedad*, 2 vols., México, FCE, 1974.]

Wernham, R. B., «English policy and the revolt of the Netherlands», en S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Groninga, Wolters, 1964, I, pp. 29-40.

Wernham, R. B., «The British question, 1559-69», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 209-233. [«La Inglaterra Isabelina, 1559-69», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

Wernham, R. B., «Introduction», *New Cambridge Modern History*, III, R. B. Wernham, comp., *The Counter-Reformation and the price revolution, 1559-1610*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 1-13. [«Introducción», en *Historia del mundo moderno*, III, *La Contrarreforma y la revolución económica, 1559-1610*, Barcelona, Sopena, 1974.]

White, jr., Lynn, «What accelerated technological progress in the Western Middle Ages?», en A. C. Crombie, comp., *Scientific change*, Nueva York, Basic Books, 1963, pp. 272-291.

Willan, T. S., «Trade between England and Russia in the second half of the sixteenth century», *English Historical Review*, LXIII, 247, julio de 1948, pp. 307-321.

Willetts, William, «The maritime adventures of the great eunuch Ho», en Colin Jack-Hinton, comp., *Papers on early South-East Asian history*, Singapur, Journal of Southeast Asian History, 1964, páginas 25-42.

Williams, Eric, *Capitalism and slavery*, Londres, Deutsch, 1964. [*Capitalismo y esclavitud*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1973.]

Williams, Penry, y Harriss, G. L., «A revolution in Tudor history?», *Past & Present*, 25, julio de 1963, pp. 3-58.

Wilson, C. H., «Cloth production and international competition in the 17th century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIII, 2, 1960, páginas 209-221.

Wilson, C. H., «Trade, society and the State», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, pp. 487-575. [«El comercio, la sociedad y el Estado», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Wittman, T., «Quelques problèmes relatifs à la dictature révolutionnaire des grandes villes de Flandres, 1577-1579», *Studia Historica* (Academicae Scientarum Hungaricae), 40, 1960.

Wolf, Eric, *Sons of the shaking earth*. Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1959. [*Pueblos y culturas de Mesoamérica*, México, Era, 1967.]

Wolf, Eric, *Peasants*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1966. [*Los campesinos*, Barcelona, Labor, 1971.]

Wolfe, Martin, «Fiscal and economic policy in Renaissance France», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1955), París, Mouton, 1968, pp. 687-689.

Woolf, S. J., «Venice and the Terraferma: problems of the change from commercial to landed activities», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, pp. 175-203.

Wright, L. P., «The military orders in sixteenth and seventeenth-century Spanish society», *Past & Present*, 43, mayo de 1969, páginas 34-70.

Youings, Joyce, «Landlords in England, C: the Church», en *The Agrarian History of England and Wales*, IV, Joan Thirsk, comp., *1500-1640*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, páginas 306-356.

Zagorin, Perez, «The social interpretation of the English revolution», *Journal of Economic History*, XIX, 3, septiembre de 1959, páginas 376-401.

Zavala, Silvio, *La encomienda indiana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935.
Zavala, Silvio, *New viewpoints on the Spanish colonization of America*, Filadelfia, Univ. of Pennsylvania Press, 1943.
Zeller, Gaston, «Industry in France before Colbert», en Rondo E. Cameron, comp., *Essays in French economic history*, Homewood (Illinois), Irwin, Inc., 1970, pp. 128-139. (Traducido de *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, XXVIII, 1950.)

INDICE DE ILUSTRACIONES

Las ilustraciones han sido seleccionadas y anotadas con la ayuda de Sally Spector.

El uso de este índice se complica por el hecho de que los mismos términos se usaron con frecuencia para designar fenómenos parcialmente diferentes en los sistemas feudal y capitalista. Este retraso de la terminología respecto a los cambios institucionales se analiza en el libro, y por ello es conveniente su lectura antes de utilizar el índice. Como regla general, hemos intentado separar instituciones distintas bajo encabezados diferentes: por ejemplo, señoríos y fincas (capitalistas).

Otros tres principios generales se han seguido en la preparación de este índice. No se han incluido períodos de tiempo, como la Edad Media y el siglo XVI, excepto cuando se refieren a un régimen específico (por ejemplo, la monarquía Tudor).

Los nombres de pueblos se incluyen bajo el nombre del país correspondiente, excepto cuando éste no existe (como en el caso de los eslavos) o al menos no existía en el período de tiempo analizado (como en el caso de los turcos).

Cada producto manufacturado puede aparecer bajo cuatro encabezados: como materia prima, como producto, como industria y como comercio. Por ejemplo: lana; textiles, lana; industrias, textil; pañeros.

INDICE ANALITICO